«UNA VOZ FUNDAMENTAL DEL TERROR MODERNO».
MIKE FLANAGAN

EL PRECIO DE NUESTRA SUERTE ES UN SACRIFICIO AL AÑO. SIN EXCEPCIÓN.

DÍAS OSCUROS

THOMAS OLDE HEUVELT

Traducción de
Ana Isabel Sánchez

NOCTURNA EDICIONES

THOMAS OLDE HEUVELT

DÍAS OSCUROS

Traducción del inglés
Ana Isabel Sánchez

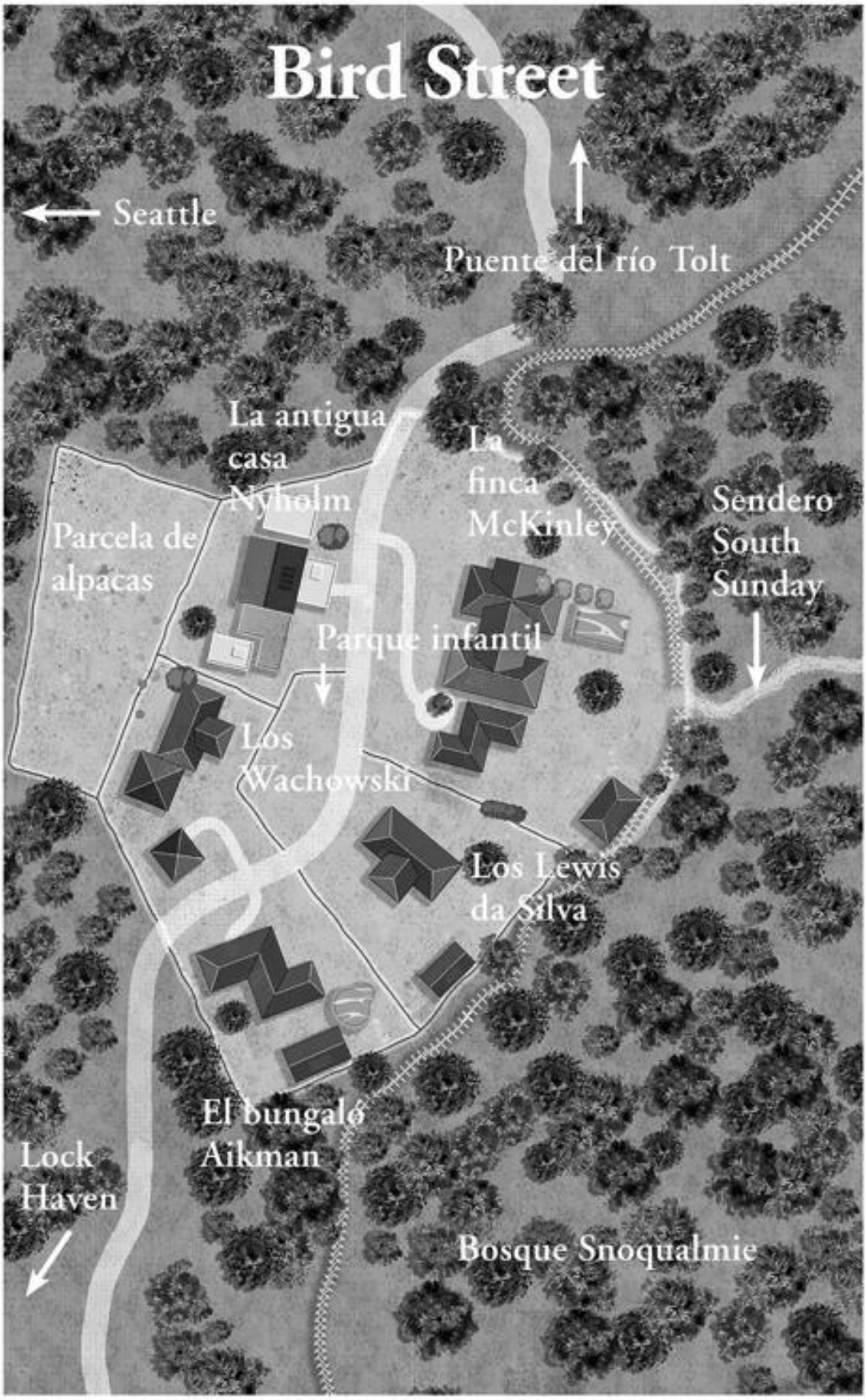
NOCTURNA EDICIONES

DARKER DAYS
Copyright © Thomas Olde Heuvelt 2025
© de la traducción: Ana Isabel Sánchez Díez, 2026
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Medea, 4. 28037 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: noviembre de 2026
ISBN: 979-13-87690-74-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Hajnalka Bata

DÍAS OSCUROS


Bird Street
Seattle
Puente del río Tolt
La antigua casa Nyholm
La finca McKinley
Sendero South Sunday
Parcela de alpacas
Parque infantil
Los Wachowski
Los Lewis da Silva
El bungaló Aikman
Lock Haven
Bosque Snoqualmie

RESIDENTES DE BIRD STREET

LOS LEWIS DA SILVA
Luana Perreira da Silva
Ralph Lewis
Kaila Lewis da Silva (15)
Django Lewis da Silva (10)

LOS WACHOWSKI
Joyce Wachowski
Marc Wachowski
Ethan Wachowski (14)
Liam Wachowski (10)
Harper Wachowski (7)
Seepy (alpaca)
Sappy (alpaca)

LA FINCA MCKINLEY
Graham McKinley
Dorothy McKinley
Juliette McKinley
Olivia Davis
Maurice McKinley

EL BUNGALÓ AAKMAN

Elizabeth Aikman
Harry Aikman

LA ANTIGUA CASA NYHOLM
Graham McKinley, «Gray Júnior»
Laura Vaccarelli
Aurora Evangeline McKinley (6)
Richard Theodore McKinley, «Ricky» (recién nacido)
Helmut(galgo)
Schwarzwald(galgo)

ANTIGUOS RESIDENTES
Arthur Nyholm
Linda Nyholm
Rover Nyholm

PARTE I
&
2022

RALPH

La mujer enferma. Los buenos samaritanos de Bird Street.
Se está mejor en casa que en ningún sitio.

3 DE NOVIEMBRE

La mujer tenía pinta de querer morir. Tenía pinta de que, aunque no la ayudaran aquella tarde, iba a morir de todos modos. Pero allí estaba, en manos de los vecinos de Bird Street, que la llevaban al bosque.

Se llamaba Ann Olsen Dickinson, y lo más importante, según Ralph Lewis, era que parecía estar en paz. Ralph, su vecina Elizabeth Aikman y la señora Olsen Dickinson habían mantenido muchas conversaciones a lo largo de las últimas semanas, pero él sabía que las verdaderas motivaciones de la mayoría de la gente no se hacían evidentes hasta el último momento. A veces sentían que eran una carga para su familia. Sobre todo los ancianos y los enfermos crónicos. Si sus ojos revelaban algo que no fuera autodeterminación, Ralph sentenciaba que la operación era éticamente cuestionable y la cancelaba. En el último momento si era necesario. Era juez del Tribunal Superior del Condado de King en Seattle, pero no hacía falta ser juez para verlo. Bastaba con ser humano.

El caso de Ann Olsen Dickinson estaba más claro que el agua: estaba preparada. La prueba no se encontraba solo en los estragos de su devastadora enfermedad —la pelusa blanca del cuero cabelludo; las manos escuálidas y con forma de garra de león; el rostro marchito y hundido, sumergido en la bufanda de lana como

una luna desinflada—. Mientras cargaban con su palanquín entre los alerces y bajo la lluvia torrencial, la señora Olsen Dickinson se sentía dichosa.

No paraba de hablar.

—Ay, fijaos en eso —dijo con la voz de un cuervo—. Cuántas luces. ¡Y música! ¿Habéis hecho todo esto por mí?

Elizabeth sonrió desde debajo de la empapada capucha amarilla.

—Claro, Ann. Todo tiene que ser perfecto. No nos conformaríamos con menos.

—Es maravilloso. —Ann cogió una bocanada de aire sibilante que estalló en un ataque de tos. Elizabeth le puso una mano en la espalda, esperó a que el acceso remitiera y luego vertió té caliente en la tapa de un termo y se la pasó. La enferma se la acercó a la boca y consiguió sorber un poco—. Eres un ángel —dijo con la voz ronca—. Todos vosotros sois buenos samaritanos.

A Ralph le picaba el cuero cabelludo, una conexión de nervios le enviaba vibraciones de inquietud por todo el cuerpo. Sí, todo tenía que ser perfecto. Elizabeth no había mentido al decirlo. Querían ofrecerles un último destello de trascendencia a los que llevaban al bosque.

Esa parte del Bosque Nacional de Snoqualmie —la reserva que lindaba con Lock Haven, Washington, que estaba cercada por una valla metálica alta y cubierta de maleza y que era propiedad del clan McKinley— se extendía a lo largo de kilómetros por la vertiente occidental de la cordillera de las Cascadas. Había un único camino de acceso, conocido en la zona como el sendero South Sunday. Comenzaba al fondo de la finca McKinley, al otro lado de una verja de hierro oxidada que interrumpía el muro y que permanecía cerrada

con llave todo el año. La semana anterior, Graham McKinley Júnior y su hermano Maurice («Uf, qué capullos», era la reacción habitual de Luana al oír esos nombres, y Ralph estaba más que de acuerdo con su esposa) habían desenrollado unas enormes bobinas de cable eléctrico desde la caseta del generador, situada junto a la verja, y los habían escondido entre los arbustos a lo largo del sendero. Marc Wachowski, el vecino de enfrente, colaboró con la decoración. Habían colocado de manera estratégica unas trescientas luces LED a ambos lados del sendero; brillaban con suavidad y se atenuaban al ritmo de paisajes sonoros meditativos reproducidos a través de decenas de altavoces protegidos por carcasas impermeables. Se habían adentrado sistemáticamente en el bosque desde la verja hasta el Lugar de la Calma (que Maurice McKinley insistía en llamar el Lugar de la Ejecución; «una de las razones —decía Luana—, aunque sin duda no la única, de su capullismo»). Y, por último, habían colgado de los árboles más de mil doscientos tarros llenos de lucecitas eléctricas. El resultado era mágico: a lo largo de sus más de tres kilómetros de extensión, el sendero South Sunday era un viaje entre luces hechizantes que parpadeaban en tonos rosas, azules y verdes al compás de la música. Si cerrabas los ojos, te imaginabas caminando por un túnel de fuegos fatuos.

Ralph descubrió que tantísimas luces centelleantes juntas engañaban a los sentidos.

Casi dejabas de oír la lluvia torrencial.

Casi dejabas de ver las ramas sombrías y desnudas de noviembre que se balanceaban como brazos esqueléticos al límite de tu campo visual, y lo que se escabullía a toda prisa más allá.

Casi dejabas de ser consciente del hedor de la maleza y del subsuelo.

Eran una procesión de seis.

Ralph y Harry Aikman arrastraban entre ambos el palanquín, en cuyo asiento cubierto viajaba la señora Olsen Dickinson. Harry delante, Ralph detrás. No pesaba mucho —la mujer estaba en los huesos—, pero la caminata era cuesta arriba y a Ralph se le habían entumecido las manos por la lluvia. Elizabeth, la esposa de Harry, correteaba junto a la mujer enferma como un pomerania fiel, pero la estrechez del sendero la obligaba a esquivar los árboles o a caminar entre helechos que le llegaban hasta las rodillas y se había resbalado más de una vez. Juliette McKinley, la tolerable hermana de los intolerables hermanos McKinley, iba delante con un farol. Su esposa, Olivia Davis, cerraba la fila y Ralph la oía respirar con nerviosismo. Aquel era el tercer año de Olivia en Bird Street y saltaba a la vista que se sentía incómoda. No era de extrañar.

Ann Olsen Dickinson era una sexagenaria sana cuando le diagnosticaron cáncer de cuello uterino en 2019. La cirugía y los posteriores tratamientos de radio y quimioterapia surtieron el efecto esperado y le regalaron a Ann dos años relativamente buenos, aunque dentro de las limitaciones de la pandemia. Pero en septiembre los médicos le habían descubierto metástasis en los pulmones y los ganglios linfáticos y le habían comunicado que los tratamientos solo aliviarían los síntomas. Le alargarían un poco la vida.

Los vecinos de Bird Street lo sabían porque Elizabeth Aikman era su cuidadora voluntaria a domicilio, asignada por el Centro Médico

de la Universidad de Washington. Ella le había administrado la morfina que, además de quitarle el dolor, la había liberado de cualquier tipo de inhibición. En Elizabeth, Ann había encontrado alguien dispuesta a escucharla.

—Stanley se enteró de que había preguntado por la Ley de Muerte Digna. Y ¿adivina qué? ¡Ese puñetero imbécil hizo que me declararan incapaz! ¿No te parece increíble? ¡Cuarenta y un años de matrimonio y eso es lo que recibes a cambio! ¡Solo porque vamos a la misma iglesia que ese médico de mierda!

Ah, el grupo de vecinos sabía dos o tres cosas sobre la Ley de Muerte Digna del estado de Washington. Así que entendían cómo el marido de Ann, tan abrumado por el dolor que había buscado consejo en Dios en lugar de en su esposa, la había utilizado con pericia para impedirle el acceso a un final digno y elegido por ella misma.

—Y ni siquiera está conmigo. Se va a dar largos paseos hasta el estrecho porque es incapaz de soportarlo. Pobre hombre, me da mucha pena. Pero no quiero esperar hasta que se me meta en los huesos. Hasta que mi cuerpo se canibalice a sí mismo gritando de dolor. ¿Qué clase de vida es esa?

Eso no era vida, había convenido Elizabeth.

Pero a lo mejor ella podía echarle una mano.

En aquel momento, la señora Olsen Dickinson estaba tan puesta de morfina que no sentía ningún dolor. Mientras los vecinos la alejaban de la civilización, ella los deleitaba alegremente con la historia de su vida. Elizabeth se encargaba de los «ooohs» y los «aaahs». Ralph empatizaba, más de lo que le habría gustado, pero ir detrás del

palanquín le hacía centrarse más en el esfuerzo físico que en el emocional, y eso le permitía dejar vagar la mente.

Se puso a pensar en las ballenas. En las orcas y en las jorobadas que los niños y ellos habían visto retozando por el estrecho de Puget hacía tres semanas. Eso sí que fueron «ooohs» y «aaahs». Había sido durante una de las muchas excursiones dominicales que Luana y él planeaban todos los octubres con una determinación casi sombría. Otras los llevaban al parque de tirolinas High Trek Adventure, cerca de Paine Field; al MoPOP y al Chihuly Garden and Glass, en Seattle; al Washington Serpentarium, en Monroe; y al Mini Mountain Indoor Ski Center, en Bellevue. A sus diez años, Django seguía pensando que todo era genial, sobre todo la iguana que le habían dejado coger en Monroe: «¡A lo mejor me hace caca encima!».

Para Kaila, en cambio, a sus quince años aquello significaba refrenar un aburrimiento catastrófico. Argumentaba que las salidas familiares obligatorias la distraían de su rutina en el Aquatic Center del condado de King. Kaila Lewis da Silva era saltadora de trampolín. Sus entrenadores la estaban preparando para los Juegos Olímpicos de París 2024 y, de momento, todo parecía indicar que se clasificaría.

—Y, además —dijo una noche de octubre—, solo intentáis comprarme para aplacar la culpa, y no tengo ninguna intención de daros ese gusto.

Kaila era un ángel, una niña maravillosa, pero incluso en sus mejores momentos su franqueza adolescente podía resultar brutal. Luana le había levantado la voz y la había mandado a su cuarto.

—¡Vale! —gritó Kaila—. ¡Iba a irme a mi habitación de todos modos!

Y dio un portazo.

Fue Django quien rompió el silencio:

—Qué locura, ¿eh?

Pero Kaila tenía razón. ¿Acaso las salidas familiares no eran un esfuerzo bastante cursi por redimir lo irremediable? Una tarde de avistamiento de ballenas o de esquí sobre una cinta transportadora no hacían gran cosa por aliviar el recuerdo de la Unidad de Crisis de Fairfax, la Unidad de Psiquiatría del Hospital Infantil de Seattle o las tres semanas en Stillwater, hacía dos años.

«Obvio», diría Kaila.

Tras dejarla reflexionar durante un lapso breve, Ralph había subido a su habitación.

—No quiero volver a confinarme —le dijo ella cuando ambos se sentaron en su cama—. No cuando mis amigos no tienen que hacerlo, para variar.

—Lo sé, cariño. Pero lo superaremos. Como siempre. ¿Sabes por qué?

—Porque nos queremos. Bla, bla, bla.

—Exacto. Y, oye, no puedes permitir que tu hermano se tire por esas tirolinas él solo. No parará de hablar de ellas en toda la semana.

—Seguro que escribe una canción sobre ellas. «Shoo-ba-dee tirolina».

—«Bebop Parkour Blues» —añadió Ralph. Se rieron—. ¿Qué me dices? ¿Deberíamos empezar a subirte un poco la dosis de litio?

Kaila había asentido con desánimo.

A cambio, acordaron que podía invitar a casa a su novio, Jackson. Dándole un poco de tiempo, no solía ser difícil hacer que Kaila terminara cediendo. A veces, gracias a Jax. Pero sobre todo, sospechaba Ralph, porque su hija sabía que después de aquello solo quedaba Halloween. Su última oportunidad de divertirse un poco.

Después de Halloween, todos los niños de Bird Street se confinaban en su casa.

Luego llegaba noviembre.

Ralph escuchó el repiqueteo de la lluvia contra la capucha de su poncho. La vibración de inquietud que sentía en el cuero cabelludo se le extendió hacia la espalda. Los Días Oscuros se les venían encima.

«Siempre crees que puedes escapar de ello. Siempre crees que no será tan horrible. Pero sí lo es. Y ahora es demasiado tarde para prepararte. Ha empezado. Que Dios nos ayude».

De repente, sintió un deseo casi doloroso de estar en casa. De ponerse cómodo y jugar a Aventureros al Tren con los niños mientras picoteaban nachos *supreme* y el *pão de queijo* de Luana detrás de las contraventanas que impedían el paso de la lluvia, del bosque de Snoqualmie y de todo lo que en él habitaba.

Juliette McKinley se detuvo y la procesión frenó en seco.

En el sendero, ante ellos, había un montón de ramas.

Les bloqueaba el paso.

—¿Podemos rodearlo con ella? —preguntó Elizabeth.

Cuando miró hacia atrás, Ralph vio que tenía el rostro ceniciento. Harry ladeó la cabeza y le lanzó a su mujer una clarísima mirada de: «Más tonta y no naces».

—Saldremos del sendero —decidió Olivia.

Pasó junto al palanquín dando zancadas, agarró a Juliette de la mano libre, la apartó del montón de ramas y buscó un lugar por el que desviarse. El terraplén de la izquierda era demasiado empinado. El de la derecha no era mucho mejor y tenía nudos de raíces de alerce retorcidas y resbaladizas, pero no había otra opción.

—¿Va todo bien? —preguntó Ann Olsen Dickinson cuando Harry siguió a Juliette y el palanquín se inclinó hacia atrás. Aunque Harry resbaló sobre una raíz, Olivia lo sujetó y Ralph reaccionó bien cuando la mayor parte del peso recayó sobre él. La mujer enferma gritó; luego rompió a reír a carcajadas—. ¡¿Qué me estáis haciendo?! ¿No sería más fácil retirar las ramas? Tampoco son tantas.

—Hay un desvío fácil aquí al lado —mintió Juliette.

—Ay, madre, cuánto lío… Queridos, de verdad que no tenéis por qué hacer esto.

—Sí, tenemos que hacerlo —respondió Elizabeth—. Dentro de un momento verás por qué.

—¡Y con este tiempo! —resolló la mujer—. He visto llover con ganas en Olympia y en la cuenca del Pacífico más de un millón de veces, pero ¡caray, la que está cayendo aquí!

—No pasa nada, señora Dickinson. —Fue Olivia la que habló—. No se preocupe.

—¿Preocuparme? ¿Qué es lo peor que podría pasarme? ¿Que me caiga y me muera?

La mayoría de ellos se unieron a su risa, pero Ralph pensó: «No, puede ser peor».

Dejaron atrás el montón rodeando la primera hilera de alerces y luego volvieron al sendero. La señora Olsen Dickinson tenía razón:

habría sido más fácil retirar las ramas. Solo llegaban hasta las rodillas. Pero ninguno de ellos se había mostrado dispuesto a hacerlo. Daba la sensación de que la forma en que estaban apiladas a lo largo del sendero tenía un propósito, era demasiado artificial para ser obra de la naturaleza. No obstante, ninguno de ellos las había puesto allí.

Y por la mañana no estaban.

Diez minutos más tarde, llegaron al Lugar de la Calma. Elizabeth Aikman se llevó las manos a la parte baja de la espalda y dijo:

—Mira, Ann. ¿Preguntabas por qué tanto lío? Pues aquí tienes la respuesta.

Era un claro bajo un grupo de abetos y arces altos. Allí, la música relegaba el sonido de la lluvia a un segundo plano. Ella Fitzgerald cantaba «It's Only a Paper Moon». Y, por increíble que parezca, estaba seco. Cuando te fijabas mejor, atisbabas la lona que Marc Wachowski y los hermanos McKinley habían extendido entre las copas de los árboles, pero en el crepúsculo del bosque la mirada se veía más atraída hacia los cientos de luces ambientales, que centelleaban como un cielo estrellado. Debajo había fuegos ardiendo en varios braseros. Una gran pantalla para proyector mostraba el retrato de un matrimonio con tres hijas. Ralph reconoció a una Ann Olsen Dickinson más joven y mucho más saludable.

En medio de todo se alzaba una espléndida cama con dosel, de un blanco brillante.

La señora Olsen Dickinson se llevó las manos a la boca y, a pesar de que Ralph solo le veía la espalda, supo que estaba llorando.

—Oh, esto es maravilloso… —susurró mientras la transportaban poco a poco al interior del círculo de braseros—. La cama… ¡y Ella!

Con una voz sorprendentemente clara, lo bastante buena como para ser la de una cantante de variedades si no fuera por el cáncer, comenzó a entonar la parte sobre el cielo de lienzo y el árbol de muselina, y sobre que no sería falso si creyeras en mí.

Ralph y Harry se detuvieron ante las cortinas de seda que caían del dosel, donde Juliette y Olivia esperaban como guardianas. Elizabeth sostuvo a la enferma mientras se apeaba, aunque resultaba evidente que podía mantenerse en pie por sí misma. Envuelta en su bata, parecía el esqueleto de un ratón envuelto en servilletas, pero Ralph se dio cuenta de que aún no estaba tan cerca del abismo como para que su cuerpo se hubiera rendido. Sencillamente, Annie Dickinson no tenía intención de dejar que las cosas llegaran tan lejos.

Bajaron el palanquín. Rotando los hombros, Ralph se unió a los demás alrededor de la cama, donde Elizabeth ayudó a Ann a quitarse la bata y acomodarse bajo los edredones de plumas.

—Esto es precioso, chicos —dijo—. Muy bonito. ¿Cómo puedo agradecéroslo?

—Gratitud es lo último que necesitamos, Ann —dijo Elizabeth—. Estamos encantados de hacer esto por ti. ¿Necesitas algo?

—No me iría mal un poco más de té.

—Tengo algo mejor —intervino Juliette.

De un baúl que había junto a la cama sacó una bandeja sobre la que colocó seis vasos de chupito y una botella de *crème de cassis*.

—¡No, un Gabriel Boudier! —Ann aplaudió—. Para nuestra luna de miel, Stanley reservó un castillo con vistas al río Saona, en Francia, y

¡eso era lo que bebíamos todas las noches! Igual que Hércules Poirot, me decía. Qué sexy estaba mi Stanley con su traje… —Preocupada, levantó la mirada del recuerdo—. Pero se supone que no debo beber, ¿no?

Entonces sí se rieron todos, incluso Olivia.

—Si alguna vez hubo un momento para pasar de los consejos médicos, es este, ¿no crees?

Sí, lo creía. Juliette sirvió la bebida y fue pasando la bandeja. A Ralph se le secó la boca cuando llegó hasta él. Juliette se dio cuenta de que vacilaba, pero insistió. En cuanto el juez olió el alcohol, las comisuras de la boca se le inundaron de saliva.

Ann levantó su chupito para brindar por los buenos samaritanos de Bird Street.

—Bueno, salud. Por la vida.

Entrechocaron los vasos. Ralph sintió que una gota le resbalaba por la sien, y esta vez no era de lluvia. Si bebía ahora, se iría a casa, directo al garaje, y se sentaría en el asiento del conductor del Forester. Sacaría la botella de Smirnoff y el vaso que tenía escondido debajo. Lo del vaso era por superstición: Ralph no bebía de la botella. Le importaban tres cojones el hielo y la lima. Qué coño, le importaba tres cojones la tónica… Pero no se bebe de la botella.

Ralph Lewis estaba dispuesto a declarar bajo juramento que no era alcohólico, y estaría diciendo la verdad. Pero era noviembre. Todo cambiaba en noviembre.

Después de apurar un vaso aquella noche, lo seguiría otro. No habría Aventureros al Tren. Ni picoteo ni calidez ni ambiente hogareño con los niños. Se pelearían.

De repente, volcó el vaso sobre el suelo del bosque.

Se había resistido.

Por esa vez.

—No esperaba tener miedo —dijo Ann. La voz de la mujer había recuperado la ronquera, y Ralph tuvo que aguzar el oído para captar sus palabras—. Pero lo tengo.

—No hay nada que temer, Ann —dijo Elizabeth.

Ralph le lanzó una mirada a su vecina. Luego se arrodilló junto a la cama y tomó entre las suyas una de las manos huesudas de Ann.

—Sabes que siempre puedes cambiar de opinión.

Ella hizo un gesto con la mano para restarle importancia a sus palabras, como si no fuera a eso a lo que se refería.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué hacéis esto?

Esa pregunta terminaba llegando tarde o temprano, y estaban preparados.

—Porque hay muchos casos en los que la Ley de Muerte Digna no da la talla —respondió Harry—. Fíjate en ti. Estás sufriendo y, si hay algo que no eres, es incapaz. Pero solo te ofrecen dos opciones: o aguantas esta vida hasta el final, cosa que sin duda será un tormento, o tú misma te desprendes de ella.

—Te refieres a pegarme un tiro en la boca —dijo Ann con tono objetivo—. Stanley guarda una pistola en la caja fuerte de arriba. Nunca me han interesado mucho las armas, pero, si no hubiera conocido a Elizabeth, creo que la habría usado.

—¿Ves? Eso no nos parece bien. Opinamos que los pacientes deberían tener otra salida. Una más pacífica.

—Bueno, basta ya de hablar de nosotros —intervino Elizabeth al tiempo que daba una palmada—. Tenemos otra sorpresa para ti.

La presentación de diapositivas. «It's Only a Paper Moon» dio paso a «Dream a Little Dream of Me» y, con pulsar una sola vez su mando a distancia, Elizabeth puso en marcha un carrusel de fotos de la vida de Ann. Ralph sintió que una oleada repentina de rabia afilada lo recorría de arriba abajo como un viento frío. «Está yendo demasiado rápido —pensó—. Ya no la está escuchando».

Si hubieran estado en cualquier otro mes, la sensación no habría superado el simple fastidio; sin embargo, en aquel momento sentía una ira real y desenfrenada que se volvió hacia el exterior y le sorprendió con su intensidad. Oh, los Días Oscuros… Se propagaban como un virus, inadvertidos, pero como todo el mundo andaba por ahí con las mismas manchas rojas, nunca te dabas cuenta de cómo se apoderaban de ti. Y cada vez te resistías un poco menos a ellas. Los Días Oscuros eran lo que hacía que Elizabeth presionara a Ann, y los Días Oscuros eran lo que alimentaba la intensa reacción de Ralph.

Ya.

El juez se alejó del círculo de hogueras y cerró los ojos. Contó hasta diez. Cuando volvió a abrirlos, se sentía un poco más tranquilo. Elizabeth le había agarrado la mano a Ann. Se dio cuenta de que era un gesto cargado de compasión verdadera, y eso lo hizo avergonzarse un poco de su reacción. Elizabeth se hallaba bajo la misma influencia que él: era algo que no debía pasar por alto.

Ahora la pantalla mostraba a las tres hijas de la mujer en los columpios. A una joven Ann que volvía la cabeza por encima del hombro para mirar atrás, con una exuberante melena que se

desparramaba como la luz del sol. El castillo en Francia, y sí, su Stanley había sido un placer para la vista. Si no hubiera estado tan embelesada, es posible que la enferma les hubiera preguntado cómo habían conseguido aquellas fotos, pero no lo haría. Nunca lo hacían.

Ralph captó los crujidos más allá de la primera hilera de abetos occidentales, lo bastante intencionados como para oírse por encima de Ella y de la lluvia. Allí, fuera del círculo de luz y prácticamente en el bosque frío y húmedo, se sintió vulnerable. Se reunió a toda prisa con los demás y fingió no haber oído nada.

Ann estaba llorando de nuevo, y ahora era Olivia quien le sostenía la mano. Por primera vez, Ralph vio verdadera tristeza en los ojos de la mujer.

—Stanley debe de estar muy preocupado…

Sí. Aunque su paseo lo hubiera llevado nada menos que hasta el estrecho, había muchas probabilidades de que Stanley acabara de volver a su casa de Mill Creek y hubiese descubierto que su esposa, enferma terminal, había desaparecido. Ya debía de haber llamado a sus hijas y a la policía, y sí, estaría muy preocupado.

Una vez que todo hubiera terminado, le habían dicho a Ann, la dejarían en la misma franja de bosque donde, varias horas antes, envuelta en una capa y encorvada sobre su andador, se había subido al coche anónimo que la esperaba fuera del alcance de las cámaras de seguridad del barrio. Le habían prometido que la dejarían en medio del sendero para que la encontraran pronto. Terca como era, debía de haber salido a dar un paseo, algo que Stanley le había prohibido. En su estado, una caída no tardaría en desembocar en hipotermia y la muerte. ¿Y los medicamentos? No hay de qué preocuparse, Ann. Las posibilidades de que la sometieran una

autopsia, con su enfermedad, eran casi nulas. Sobre todo si el relato era tan evidente.

—Me siento muy mal por que tenga que ser así —había dicho Ann —. Pero, siendo Stanley tan inflexible, ¿qué cabía esperar?

Ahora, en el momento de su muerte, era Olivia quien la consolaba. Después, Elizabeth se acercó a la cama con un cojín de satén rojo entre las manos. Sobre él descansaban dos jeringuillas.

—Aquí las tienes, Ann. Esta es el sedante y esta es el relajante muscular. No sentirás nada. Te quedarás dormida en cuestión de segundos, como en cualquier otro momento, y ya no volverás a despertarte.

La mujer se quedó mirando las agujas durante un largo rato.

—Casi me da miedo decirlo —murmuró al final con la voz temblorosa.

—¿Qué, Ann? —preguntó Olivia.

—No dejo de pensar en nuestra luna de miel. El castillo tenía un patio donde los invitados cenaban y degustaban vinos. Había un cantante de *chanson* y un pianista que era mayor de lo que yo lo soy ahora. ¿Y sabéis lo que hizo Stanley? Me cogió del brazo, me levantó de la silla y bailó conmigo por todo el patio. Todo el mundo se reía y aplaudía. ¡Qué vergüenza pasé! Pero Stanley no. Él era así. Bastaba con que me mirara para que me tranquilizase.

—Qué bonito, Ann —comentó Olivia.

—Recuerdo que vimos *El mago de Oz* en el Pacific Crest Theater antes de que lo derribaran. Cuando Judy Garland dijo: «Se está mejor en casa que en ningún sitio», supe que estaría con Stanley el resto de mi vida. —Con los ojos llorosos, miró a los buenos

samaritanos de Bird Street uno por uno y apartó el cojín de satén—. Stanley es mi hogar. Creo que no quiero hacer esto, chicos.

Se produjo un momento extraño y cargado de tensión, y Ralph sintió las implicaciones de las palabras de Ann flotando de forma casi palpable entre ellos. No duró más de un segundo, pero, aun así, Ralph se imaginó una imagen grotesca: Elizabeth agarrando la primera jeringuilla del cojín y clavándosela en la manga a la mujer enferma, ignorando sus gritos de pánico.

No obstante, Elizabeth dio un paso atrás y dejó el cojín sobre el baúl.

—Ann, querida, pues claro —dijo—. Esta decisión es completa, incondicional y explícitamente tuya.

—Lo siento muchísimo…

—Un momento —intervino Juliette—. Hemos llegado hasta aquí. ¿Estamos seguros de que esto es lo mejor? —Vio la cara que ponía Olivia y añadió—: Para ella, quiero decir.

—La señora Olsen Dickinson sabe lo que es mejor para ella —dijo Ralph mientras se volvía hacia la enferma—. Y no tiene por qué disculparse.

—Pero ¿y todo el esfuerzo que habéis dedicado? ¡Los riesgos que has corrido! ¿Quién va a encargarse de desmontar todo esto?

Se incorporó como si quisiera hacerlo ella misma. Pero se movió demasiado rápido y eso le provocó otro ataque de tos.

Cuando se le pasó, Harry dijo:

—No se preocupe por nada, señora Dickinson. Nosotros nos ocuparemos de todo.

—¿Puedo al menos daros algo? ¿Por las molestias?

Elizabeth se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—No, Ann. No lo aceptaremos. Esto lo hemos hecho por ti y solo por ti. Y por eso me veo obligada a hacerte esta pregunta. —Intercambió una mirada con Ralph, que llegó demasiado tarde para intervenir—. ¿Estás segura? Porque Juliette tiene razón. Sabes por qué estás aquí. Sabes lo que te espera si abandonas ahora.

—Lo sé, cariño —respondió Ann—. Pero no había estado tan segura de nada en toda mi vida. Con Stanley a mi lado, seré capaz de soportarlo. Quiero ver florecer los narcisos una vez más y, si lo consigo, tendré que agradecéroslo a vosotros.

Harry le posó la mano izquierda en la espalda a su esposa, y la derecha en el hombro.

—Me alegro mucho de que hayamos podido ayudarla a encontrar el camino de vuelta a la luz, señora Dickinson.

No fue que Harry apartara a su mujer de la cama, pensó Ralph, pero casi.

En cuanto a él mismo…, ¿se sentía aliviado?

No lo sabía. Pero, de repente, estaba exhausto.

En febrero, Elizabeth recibiría una postal anónima que reconocerían de inmediato. «Ese médico de mierda me dio seis semanas, pero ¡he vivido lo suficiente para ver los narcisos! Aunque siento que el final ya está cerca. Gracias a todos por el tiempo que me habéis dedicado».

En aquel momento, mientras la preparaban para volver a salir del bosque, Ann Olsen Dickinson dijo:

—Merece la pena repetirlo: sois buenos samaritanos. Todos.

Ralph sacó su móvil. Tenía un mensaje de Luana. «¿Cómo ha ido? Te quiero». Le envió una respuesta: «Se ha rajado. Estoy deseando

verte. Y a los niños. No tardaré en volver a casa».

Ninguno de los vecinos se preocupó aquella tarde.

Siempre había otros interesados.

Y aún tenían tiempo.

En ese momento, lo tenían.

DJANGO

Prodigio. Halloween en Bird Street. Kaila y el cuchillo.
Lo que pasó con el Steinway.

29 DE OCTUBRE

Django Lewis da Silva conocía Bird Street como conocía las teclas del piano. Había rincones a los que no ibas a menudo —las notas más graves y las más agudas, la valla de alambre cubierta de maleza al fondo del patio trasero—, pero aquel era su hogar.

A los diez años, Django era consciente de que era un prodigio. Jamás lo expresaría de ese modo, porque ese tipo de calificaciones no le interesaba. Pero a otros sí, como al perplejo comité de la Escuela de Música del Estrecho de Puget, al que había obsequiado con una interpretación, en su opinión, bastante agarrotada de «Ain't Misbehavin'», de Fats Waller. Aun así, lo habían aceptado como el alumno más joven de la historia en su programa de excelencia de los miércoles. El director Green, del Colegio de Primaria Carnation, radiante de orgullo, le había concedido una dispensa para que pudiera asistir.

Además, cuando vivías en Bird Street, se esperaba que, más o menos, destacaras en algo. El mejor amigo de Django, Liam Wachowski, que vivía al otro lado de la calle, había construido la Space Needle en su desván. Medía casi dos metros. Antes de eso, el puente Golden Gate, que se extendía desde la puerta del despacho de escritura de la señora Wachowski hasta el lavadero. Papá decía que Liam sería arquitecto. Se notaba por lo impresionantes que eran

sus creaciones. Django sabía que Liam no quería que los otros niños supieran que todavía jugaba con piezas de construcción de la marca K'nex, pero lo único que los Wachowski tenían en igual abundancia eran ejemplares firmados de los libros sobre dietas de su madre, apilados por toda la casa a la espera de que los enviaran. Que el *New Day Northwest* hubiera publicado un reportaje sobre las construcciones de K'nex de Liam no había ayudado. Amity Addrisi lo describía como un «verdadero prodigio».

Pero Liam no aspiraba a ser arquitecto. Aspiraba a ser jardinero central en los Angels, el equipo de béisbol. Liam no era Mike Trout, pero jugaba en las Pequeñas Ligas para el Redmond Ridge y tenía un promedio de bateo de .387.

Django sabía, instintivamente, que su amigo haría realidad su sueño. Cuando vivías en Bird Street, sabías esas cosas. También intuía que, algún día, él sería pianista en salas rebosantes de humo y de gente bailando. Justo aquella mañana, tras enterarse de la noticia del fallecimiento de The Killer, había visto en YouTube un vídeo de un programa de televisión británico llamado *Don't Knock the Rock* —en blanco y negro y de 1964— en el que Jerry Lee Lewis llevaba a la multitud de estudiantes que se agolpaban alrededor de su piano a un frenesí de *whole lotta shakin'*. Que The Killer y él compartieran apellido era un bonus, pero así era como Django se imaginaba su futuro.

Era el último sábado antes de los Días Oscuros, y su padre le había dejado ir en el asiento del copiloto hasta casa del señor Hendrickx, en Lakewood.

El señor Hendrickx los estaba esperando en la puerta de su rancho. «¡Adelante, jovenzuelos!», les dijo con esa voz ronca que

olía a los Virginia Slims que, según su esposa, fumaba a todas horas, aunque nunca cuando ellos estaban delante.

A Django le hizo gracia que llamara a su padre «jovenzuelo», pero le pareció que tenía sentido. El señor Hendrickx tenía noventa y seis años y estaba casi ciego. Era incluso mayor de lo que Jerry Lee había llegado a serlo. A pesar de que era tan alto como papá, el señor Hendrickx estaba encorvado y torcido. Al estrecharle la mano, Django imaginó que estaba sujetando una garra de uñas amarillentas, rígida, dura e inflexible. Le dio pena que el hombre ya no tuviera unas manos normales.

—Es artritis —contestó su padre cuando Django le preguntó una vez al respecto—. ¿Te acuerdas del noviembre pasado, cuando te dolían tanto los dedos que no podías tocar? El señor Hendrickx siente ese dolor todo el año.

—Pero sigue tocando. ¿Cómo es posible?

Papá se encogió de hombros.

—Supongo que es difícil librarse de las viejas costumbres.

Lo cual no fue una gran respuesta.

El viejo Knight del señor Hendrickx, que él mismo se encargaba de afinar, estaba al fondo de la salita. Aquel día, Django tocó «It Don’t Mean A Thing If It Ain’t Got That Swing». Como siempre, no supo muy bien lo que estaba haciendo ni adónde lo llevaría la música. Se limitó a seguir la línea de bajo saltarina, libre para insertar la melodía en el ritmo del gran y brillante zapato negro del señor Hendrickx, que marcaba el compás sobre las baldosas. Aquel golpeteo… No existía nada mejor que él. Django quería unos zapatos lustrados como aquellos, porque repiqueteaban y chascaban mucho mejor que sus Nike.

Cuando el piano se detuvo, el señor Hendrickx aplaudió con aire triunfal.

—Increíble. ¡Qué ritmo! Y tiene diez años. ¡Diez! No me lo puedo creer.

Papá rio con modestia, pero Django no. No había sonado igual que Duke Ellington en Spotify. Ni como el señor Hendrickx, para el caso.

—Quiero tocarla como usted.

El señor Hendrickx le puso una mano nudosa sobre el hombro y se sentó en el taburete a su lado.

—Sácate eso de la cabeza ahora mismo, chico. Quiero que toques como lo haces tú. Deja que te diga una cosa sobre el jazz. Y me refiero al swing de los años treinta, no al bebop ni a esas otras mierdas tan sosas que vinieron después, que no son más que un gimoteo interminable sobre dos acordes.

Le lanzó una mirada risueña a papá, que le hizo un gesto para que continuara. Por eso Django le tenía tanto cariño al anciano. El señor Hendrickx le enseñaba todo lo que quería saber. Le hablaba de la guerra y de Hitler, que asesinaba a judíos y a gitanos y detestaba el jazz. De que él había luchado en el frente francés cuando era un joven soldado, de que por las noches bailaba con las chicas del lugar y de que se había unido a bandas locales en fiestas secretas mientras las ciudades ardían. De las bombas lanzadas desde los aviones alemanes, que estallaban a lo lejos, y de la estrecha vinculación que existía entre la muerte y la alegría. Django escuchaba sus historias sin aliento.

—Antes de la guerra, mi madre no me dejaba tener esos viejos discos de 78 rpm de Coleman Hawkins y de Duke Ellington porque

no los soportaba. Y, en Europa, los alemanes los tenían prohibidos. La única manera en que pude formarme por mi cuenta en el jazz fue escuchando la radio británica y practicando en los bailes. Repitiéndolo. Tal como tú estás haciendo ahora.

Django tenía siete años la primera vez que escuchó tocar al señor Hendrickx. En su disco, publicado junto con su diario de guerra. Su madre se lo había puesto mientras preparaba la cena. Meneaba las caderas al ritmo de canciones que, más tarde, Django llegaría a conocer como «Lady Be Good», «In The Mood» y «Honeysuckle Rose». El niño se quedó plantado en el umbral de la puerta, incapaz de moverse. Pero quería moverse. Hasta la última fibra de su cuerpo.

Al final, el viejo teclado de papá le quitó la incapacidad de expresar sus sentimientos con palabras, aunque no del todo. Eso solo llegó cuando mamá y papá reconocieron su talento y, en Navidad, le regalaron el Steinway de la habitación del fondo, que pronto se convertiría en una extensión no solo de sus dedos, sino de su alma. A Django no le interesaba el pop y *American Idol* le importaba un comino. Pero el swing tenía chispa.

Así fue como acabaron con el señor Hendrickx.

—Lo que intento decirte —continuó entonces el anciano— es que, cuando repitas estas canciones, jamás sonarán igual dos veces. La música te brota del alma. Dejas que los acordes te guíen e improvisas por intuición. Si lo haces bien, la música depende solo de tu estado de ánimo y del ambiente de la sala. Y tú lo estás haciendo bien, Django. Estás transmitiendo un mensaje. Si no te hacen caso, tienes que dejar claro tu mensaje. El jazz ayudó a la gente a superar la guerra porque era liberador. El jazz es libertad con ritmo.

Durante el trayecto de regreso a casa, Django intentó atrapar las gotas de lluvia desde la ventanilla del coche, pero al otro lado del cristal eran inalcanzables. En la lista de reproducción de papá sonaban a todo volumen los Stones y Pink Floyd.

—Rock de carcamales —refunfuñó Django.

31 DE OCTUBRE

El tiempo era bastante templado para ser Halloween. Aun así, Django sentía que la oscura nube de noviembre se cernía sobre él. Lo odiaba. ¿Por qué todo el mundo se encontraba fatal de buenas a primeras? ¿Por qué le prohibían de repente salir al patio trasero? Y ¿por qué todo lo que querías se volvía en tu contra de forma inesperada y sin motivo alguno?

Durante el resto del año, Django era un niño sin preocupaciones que disfrutaba de todo lo que la vida tuviera a bien ofrecerle. Pero había cosas que no entendía, cosas que se le escapaban. Como los Días Oscuros. Su madre le había explicado que había épocas buenas y malas. Los Días Oscuros eran una época mala. Por suerte, solo duraban unas semanas. Pero a Django se le hacían eternas. No podías hablar de ello en el colegio o habría consecuencias. Y tampoco podías luchar contra ello. Más te valía sacarle todo el partido posible a Halloween, porque a partir de ahí todo iba cuesta abajo.

El día anterior, en casa de los Wachowski se había producido un acalorado debate sobre la supervisión parental durante el «truco o trato».

—¡Ya tenemos casi once años! —gritó Liam.

—Tienes diez.

La señora Wachowski le dedicó a su hijo una sonrisa que dejaba claro que no le aguantaría ni una tontería a nadie.

—Pero si los Días Oscuros no empiezan hasta después de Halloween —intervino Django—, ¿qué más os da?

Su padre no pensaba picar:

—No hay excusa para la estupidez, Django.

Se decidió que Liam y él podrían ir solos con la condición de que no entraran en ninguna casa y se mantuviesen «más o menos cerca» del señor Wachowski, aunque a saber qué narices significaba eso. El señor Wachowski acompañaría a la hermana pequeña de Liam, Harper, y a sus amigas.

Kaila iba a ir con Ethan, el hermano de catorce años de Liam, a Carnation, a la fiesta de Halloween de un compañero de clase. Kaila iba disfrazada de bruja. Pero no llevaba un sombrero puntiagudo y una nariz larga, sino los brazos encadenados al cuerpo y puntos de sutura pintados en los ojos y la boca. Lo había leído en un libro, explicó. Django se ofreció a traerle hilo y aguja para que pareciera más realista.

—¿Y tú de qué vas? ¿De Light de *Death Note* o algo así? —preguntó ella.

—Soy el zombi de Jerry Lee Lewis —contestó él, indignado, y se dio la vuelta para mostrarle el taburete de papel maché que le colgaba del trasero.

—Ah, claro. Lo va a pillar todo el mundo, hermanito.

Django estaba satisfecho con el resultado: el pelo engominado y con tupé, una camisa abierta, una chaqueta, la boca torcida y, por

supuesto, los puntos de sutura llenos de sangre de un zombi. ¿Quién iba a ser si no?

Mamá se había puesto una peluca afro marrón y barba. Papá tenía un aspecto aún más ridículo. Con una especie de forro de lana alrededor de la cintura, era… ¿una oveja?

—Yo soy Bob Ross —afirmó su madre.

—Y yo soy una Nubecita Feliz[1] —añadió su padre.

Apenas podían contener su alegría.

—Pero… ¿Qué? —dijo Kaila.

Mamá cogió una paleta de pintura y un pincel de la mesa y volvió a posar junto a su marido.

—¿Lo veis así?

—Son demasiado jóvenes —dijo su padre—. Seguro que los Wachowski se parten de risa.

Y así fue: los Wachowski estallaron en carcajadas cuando fueron a llevar a Liam.

—¡Estáis graciosísimos! Marc, ¡fíjate!

Joyce Wachowski iba de Miss América («Qué sorpresa», oyó Django que Kaila le decía a su madre aquella noche mientras se lavaban los dientes) y Marc iba de piña. Liam ya le había dicho de qué se iba a disfrazar, pero superó las expectativas. Era un Demogorgon de los Seattle Mariners. Uniforme de béisbol, una máscara que parecía una flor abierta, dientes por todas partes. Harper iba de bailarina de terror y no paraba de hacer piruetas silenciosas por la habitación sin salirse del papel en ningún momento.

—Y tú, Ethan —se rio mamá—, ¿no vas de ese perro de *La Patrulla Canina*?

—De Marshall convertido en Cujo —confirmó Ethan, que gruñó para mostrar la sangre y la espuma que le rodeaban las mandíbulas.

—Django Lee Lewis, estás estupendo —dijo la señora Wachowski —. Y qué homenaje tan bonito. Tócanos algo, por favor.

—Mamá, tenemos que irnooos… —protestó Ethan.

—Bueno, nos da tiempo a una canción, ¿no? Venga, Luana dice que Liam y tú sonáis de maravilla.

Django no tenía tan claro que sonaran «de maravilla», pero sí bastante bien. De modo que se dirigieron a la habitación de atrás, donde él se quitó el taburete de papel maché para sentarse en el de verdad y Liam dejó la máscara de Demogorgon sobre el Steinway. Django tocó una introducción afilada y penetrante, surcó las teclas del piano de arriba abajo moviendo los dedos a una velocidad vertiginosa. Luego, la interrumpió con un *riff* atronador tocado con la mano izquierda y cantó que «*You shake my nerves and you rattle my brain*». Liam se sumó cantando: «*Too much love drives a man insane*». Se repitieron el uno al otro durante la introducción y Django hizo que el piano respondiera entre cada verso. Con los brazos extendidos hacia las teclas más agudas y las más graves, las quería todas. Le temblaba el abdomen. Patullaba el suelo con los pies. Se mordía la sonrisa de los labios con los dientes y, después de eso, «*goodness gracious*», era «Great Balls of Fire».

Era imposible estarse quieto. A Liam le temblaban los hombros como si fuera un espantapájaros. Django se levantó y le dio una patada al taburete para alejarlo de él, porque eso era lo que había visto hacer a Jerry Lee en YouTube. Y, madre mía, los *glissandi*, cuando podía deslizar la uña del pulgar por las teclas. «Bombardeos en picado», los llamaba el señor Hendrickx, y ese nombre era mucho

más guay, por supuesto. Era él quien le había enseñado a hacerlos. Decía que ya no tenía la velocidad de antes en los dedos, pero si le ponías a Albert Ammons, si le ponías a Lux Lewis o a Jimmy Yancey, el viejo señor Hendrickx lo daba todo.

Django también lo dio todo. Sus padres y los Wachowski bailaban por la habitación de atrás. Hasta Kaila y Ethan sonreían. Puede que el jazz fuera libertad, pero el boogie-woogie era diversión. La propia palabra lo decía todo.

—Lo habéis hecho muy bien —le dijo papá más tarde, mientras Django volvía a engancharse el taburete de papel maché al cinturón —. Deberíais formar un dúo. O un grupo.

—Quizá.

Pero, instintivamente, Django sabía que aquellas canciones no estaban hechas para que las entonara un niño. Requerían de una voz áspera, ronca. Una voz con historia. Como la del señor Hendrickx.

—Recordad —le dijo su madre mientras salían de casa—, en casa a las nueve en punto. A esa hora cerraremos las contraventanas.

—Y lo mismo os digo a vosotros, Ethan y Kaila —añadió la señora Wachowski—. Estaré delante de casa de los Remlinger a las ocho y cuarenta, quiero veros salir por la puerta al instante. Si vuestro trasero no está en el asiento a las ocho y cuarenta y dos, llamaré al timbre.

—Patético —suspiró Ethan al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco.

—No te pases, Scooby-Doo.

Liam y Django empezaron por el bungaló de los Aikman. El porche

del señor y la señora Aikman estaba decorado con calabazas talladas y telarañas, y les dieron Hershey's Kisses, Hot Tamales y Tootsie Rolls.

Bird Street serpenteaba a través de un claro que se abría en el bosque y tenía cinco casas bien separadas entre sí. Tres estaban en la ladera de la montaña: el bungaló de los Aikman, su propia casa y el casoplón de los McKinley. En el lado de Lock Haven: la casa de Liam, el parque infantil y la villa propiedad de Gray Júnior y Laura No-sé-cuántos. Vaxxer-algo. Mamá y papá seguían llamándola «la antigua casa Nyholm». Django no había llegado a conocer a los Nyholm, que se habían mudado cuando él era pequeño. Pero recordaba vagamente la casa. Recordaba su presencia vacía y oscura. Liam decía que la habían derribado porque estaba encantada. Django no se lo creía, pero se alegraba de que ahora hubiera una villa moderna en su lugar. Ya tenían más que suficiente con una casa espeluznante en la calle.

Los galgos empezaron a ladrar en cuanto llamaron al timbre, y oyeron que Gray rugía:

—¡Abajo, *Helmut*!

Esa era otra: los perros. No se sabía qué era más raro, si su aspecto o su nombre. El otro se llamaba *Schwarzwald*.

Al parecer, Laura se había ido al pueblo a pedir caramelos con Aurora (que tenía seis años), mientras que Gray se había quedado en casa con el pequeño Ricky. No habían decorado la casa, pero el hombre les dio a Django y a Liam un Reese's Peanut Butter Cup a cada uno, así que no pasaba nada.

Cruzaron la calle hasta la mansión que pertenecía al resto del clan McKinley. Esa no necesitaba parafernalia de Halloween para dar

miedo. A Django se le ponían los pelos de punta cada vez que la veía, grande y silenciosa, cerniéndose al final del camino de entrada. La hiedra de las paredes hacía que pareciera que el bosque se la estaba tragando.

Django nunca había entrado, pero sabía que la casa tenía diferentes partes a las que papá llamaba «alas»; en una vivían los viejos McKinley; en otra, su hijo menor, Maurice; y en otra, su hija, Juliette. Juliette era lesbiana, lo cual significaba que tenía una esposa llamada Olivia, y a Django le caía muy bien Olivia. Además, era la única persona de color, aparte de mamá, Kaila y él, que había en Bird Street. Habían asistido a su boda, hacía unos años, en los jardines que había detrás de la mansión. Fue en primavera, y los cerezos en flor parecían nubes blancas y esponjosas.

Liam llamó tres veces con la pesada aldaba de hierro, pero nadie respondió. Aun así, juraba que había visto movimiento detrás de las cortinas.

—Pues nos colamos —dijo Liam—. Vamos, molará un montón.

—Te estás marcando un farol.

Liam lo pensó.

—Cierto. Pero podemos untarles barro en las ventanas.

—No —decidió Django—. No quiero hacerlo.

Para cuando volvió a casa, se había levantado un viento feroz y una enorme luna amarilla flotaba apenas por encima del bosque. Su padre y Kaila estaban montando las contraventanas en la parte trasera de la casa. Dejaron que Django los ayudara con los postigos de la puerta de atrás. Una vez que los aseguraron con el pestillo, empezó a oír cómo traqueteaban por el viento. La llave de la puerta

trasera desapareció en el bolsillo del pantalón de papá. Más tarde, la colgaría de un pequeño gancho al fondo de un mueble de su despacho. Django lo sabía porque los niños siempre sabían dónde escondían sus padres las cosas que querían mantener fuera de la vista.

Papá les había dicho que se reunieran en la cocina, donde olía a tarta de manzana recién hecha. Django fue el primero en bajar.

Error: su madre ya estaba allí. Deambulando por el salón como un fantasma, encendiendo velas para crear un ambiente agradable. Estaba cantando una canción, tal vez para no oír el viento. Se había quitado la peluca y la barba, y tenía el rostro tenso. Si vio a su hijo, no dio muestras de ello.

Mamá y papá habían retirado los espejos. Las puertas de cristal de la vitrina tampoco estaban. Debían de haberlas guardado en el garaje, junto con los espejos del baño, la ducha y el pasillo, apilados debajo de los cojines del jardín con un cartón entre uno y otro. La foto enmarcada que solía ocupar la repisa de la chimenea —los cuatro de vacaciones en Italia— se había visto sustituida por un cuadro de Kaila y Django junto al viejo caballito de balancín que su madre había pintado hacía años. El gran espejo enmarcado de la pared del salón pesaba demasiado para quitarlo, así que lo habían envuelto en una sábana y lo habían adornado con los dibujos de Django y las cintas de Kaila.

En el salón, Django echó un vistazo por detrás de la cortina. Bird Street estaba tranquila. Un rostro pálido y con los ojos hundidos le devolvía la mirada desde el cristal.

La mano fría de mamá se le posó en el hombro. Lo apartó a toda prisa. Cerró la cortina.

En la cocina, su padre puso la tarta sobre la mesa y le quitó el paño de cocina.

—A partir de ahora, vamos a cuidarnos aún más los unos a los otros. —Cogió el cuchillo de cocina—. Todos estaremos pendientes de los demás e intentaremos tratarnos con mucha amabilidad.

—Kumbayá —suspiró Kaila.

Papá cortó la tarta. Estaba jugosa por dentro y tenía muy buena pinta. Django se puso de rodillas en la silla y apoyó los codos en la mesa.

—¿Kaila tendrá que irse? —preguntó.

Su hermana le dio una colleja.

—Eres tonto, en serio…

—Niños… —advirtió mamá.

—Nadie va a irse a ninguna parte —respondió su padre—. Ni siquiera tú, Django. Juntos superaremos los Días Oscuros, como todos los años. —Le sirvió a su hijo un trozo bien grande. Empezaron a comerse la tarta con los tenedores de bambú en lugar de con los cubiertos de acero, que reflejaban el entorno—. Bueno, ¿qué casa de Halloween os ha dado más miedo?

Charlaron durante mucho rato y fue divertido. Aun así, todo parecía alterado. Algo había cambiado dentro de la casa, algo que no eran las contraventanas ni los espejos. Pero, por más que mirase a su alrededor, Django no identificaba de qué se trataba. Los mismos muebles, el mismo papel pintado, la misma cocina de siempre. Kaila. Papá. Mamá. Sin embargo…

Bajó la mirada hacia el tenedor y de repente lo entendió. Era él. No veía las cosas del mismo modo que antes. ¿Cómo iba a verlas

igual, con los ojos que le habían devuelto la mirada desde el cristal de la ventana?

Eran dos profundos agujeros negros en una máscara distorsionada que ya no se parecía a su propio rostro.

1 DE NOVIEMBRE

Detrás de la casa de Liam había una parcela con dos alpacas. Django y su amigo iban allí después del colegio, perseguían a los animales y jugaban a «esquivar el escupitajo».

—¡Venga, *Seepy*! —gritó Liam mientras se daba palmadas en los muslos con las manos—. ¡Pspsps! ¡No me vas a dar aunque quieras! ¡Pspsps!

Eran unas criaturas extrañas, con cara de oveja tonta, cuerpo de burro y el cuello largo. Django siempre se reía cuando les veía los dientes torcidos, que les conferían un aspecto muy ridículo. Las alpacas eran mansas y no solían escupir, pero, si te situabas justo delante de ellas dando saltos y soplándoles, se ponían nerviosas. El truco para esquivar el escupitajo era agacharse a tiempo. Eso fue justo lo que hizo Liam cuando *Seepy* echó la cabeza hacia atrás y escupió.

—¡No me has dado! —se burló, y Django empezó a carcajearse.

Aún riendo, Liam hizo amago de abrazar a *Seepy*, pero el animal se asustó y las dos alpacas salieron corriendo.

En el extremo más alejado de la parcela, podías trepar por la valla, tras la que había un sendero que rodeaba la propiedad de Gray Júnior y llevaba de nuevo a Bird Street. Acababan de llegar allí cuando, desde el otro lado de la calle, papá bajó corriendo por el

camino de entrada. Sonrió a los chicos, pero su semblante estaba serio.

—¡Django! A Kaila le ha pasado algo. Tengo que ir a Fairfax. Quédate con Liam hasta que mamá llegue a casa, ¿vale?

—¿No puedo ir contigo? —preguntó.

Su padre metió la bolsa de Kaila en el asiento trasero y negó con la cabeza. Su hermana estaba bajo supervisión; no podía salir. Y Django no podía visitarla.

—Tiene que descansar. Esta gente sabe lo que hace.

Django sabía lo que era Fairfax: un centro de crisis psiquiátricas. En efecto, esa gente sabía lo que hacía, porque Kaila había vuelto a casa la última vez. Su padre dijo algo más, pero Django miró el Forester y, en su mente, se puso a tocar a Duke Ellington. El señor Hendrickx tenía razón: no sonaba como antes. Era como si la melodía flotara a su alrededor y se desvaneciese, igual que las gotas de lluvia al otro lado de la ventanilla del coche cuando habían vuelto a casa el sábado.

—Liam, diles a tus padres que luego los llamo.

Los chicos pasaron junto al bungaló de los Aikman, donde el bosque se tornaba más denso. Olía bien: a tierra y madera, con un ligero dejo a humo porque alguien había encendido una hoguera en algún sitio. A cierta distancia de la carretera, al final de un bosquecillo donde solían construirse casas en los árboles durante verano, se encontraba la valla de alambre. Todavía no se veía, pero más adelante se acercaba a la carretera.

—¡Mueve el culo! —gritó Django—. ¡Camina o te pego un tiro aquí mismo!

Marchaban en fila india entre los helechos húmedos que les golpeaban los pantalones. Django le clavó una rama entre los hombros a Liam. Ese era su rifle.

—Tío, nunca les dirían que van a pegarles un tiro. Si se lo dijeran, nadie seguiría adelante.

—¡Avanza!

El señor Hendrickx le había explicado que los soldados alemanes obligaban a los judíos a cavar hoyos. Hoyos a cuyo borde serían ejecutados, un método eficaz para que cayeran dentro. Puf. Esa imagen había perturbado mucho a Django. No lo reconocería jamás ante Liam, pero incluso había tenido pesadillas al respecto. Durante su siguiente visita, papá le había pedido al anciano que suavizara sus historias de guerra.

Cuando llegaron a la valla, Django le ordenó a Liam que se diera la vuelta. Levantó el rifle y apretó el gatillo. Liam salió disparado hacia atrás, chocó contra la malla metálica y cayó de rodillas con gran dramatismo. Gimió mientras moría. «Murió como la rata que era —pensó Django—. En el suelo sucio del bosque».

Después, se sentaron con la espalda apoyada en la valla y se turnaron para jugar al Minecraft en el Samsung de Liam. Tenía un protector de pantalla antirreflejos, así que sus padres lo consideraban seguro. La valla cedió un poco. Medía dos metros de altura y estaba coronada con alambre de púas… Eso era todo. No pasarás.

Cuando Django levantó la vista, se horrorizó al ver que el crepúsculo se había asentado bajo los árboles. En aquella época del año, se te echaba encima sin que te dieras cuenta. Puede que su madre ya estuviera en casa.

—Tenemos que irnos.

Liam cerró la pantalla del Minecraft.

—A mí no me da miedo escalar la valla —dijo—. Es fácil, mira.

Empezó a trepar embutiendo los dedos y la punta de las zapatillas en los huecos con forma de diamante que trazaba el alambre. Avanzaba despacio. Django apretó los puños y sintió un cosquilleo de inquietud. Liam siguió trepando hasta rodear la parte superior de la valla, por debajo del alambre de púas, con las manos pálidas.

«No pienso cruzar la valla jamás —pensó Django—. Las manos se te quedarán atrapadas en el alambre de púas y te cortará los dedos si te caes. Los oirás caer al suelo del bosque, paf-paf, pero ya no tendrás nada con lo que buscarlos a tientas en la oscuridad. No pienso cruzar la valla jamás».

Liam tomó impulso y bajó de nuevo al suelo de un salto. Django lo miró con el corazón desbocado.

—En otro momento.

Cuando volvió a casa, su madre hizo tortitas. Nadie hacía las tortitas mejor que mamá.

—Espero que Kaila vuelva a casa esta noche —dijo—. Le guardaremos unas cuantas, eso le levantará el ánimo. Venga, come.

Tenía los ojos enrojecidos. Debía de haber llorado, pero aun así preparó un montón enorme de tortitas bien doradas, con plátano y canela. Django se echó un buen chorro de sirope de arce en las suyas. Por lo general, su madre le habría dicho que no se pusiera tanto, pero hoy todo era confuso y ni siquiera lo comentó. El chico aprovechó la oportunidad para coger una Cherry Coke en lugar de leche. Eso también pasó desapercibido.

—Me siento fatal por ella —dijo mamá—. No lo hemos visto venir. Tan pronto, quiero decir. Tú estás bien, ¿no?

—¿Qué cuchillo usó? —preguntó él.

—Django, ¿qué más da eso? Esas cosas no se preguntan.

—Pero ¿tenía intención de suicidarse?

—No, eso es muy distinto. No pretendía hacerse daño. A veces las personas como ella tienen brotes psicóticos. Eso significa que pierden el control y ya no saben lo que hacen. Kaila me ha dicho que fue como si dejara de sentir el cuerpo y que se asustó muchísimo. Por eso se cortó: para sentir algo.

«Kaila se ha rajado la barriga —pensó Django—. Con un cuchillo. ¿Con ese que mamá usa para cocinar y da tanto miedo? ¿Con el de pelar manzanas? Solo te rajas la tripa para deshacerte de un bebé que no quieres tener. O si quieres asesinar a alguien. No si quieres sentir algo. ¿Por qué no escucha jazz si lo que quiere es sentir algo?».

—¿Has acabado? —preguntó mamá—. Acábate la leche. Recogeré la mesa y luego podrías tocar algo. Después, te dejaré jugar a la consola hasta que papá llame para decirnos si Kaila vuelve a casa.

«Ha sido con el cuchillo de pan. El que tiene tantos dientes. ¿Hubo mucha sangre?».

2 DE NOVIEMBRE

Kaila era bipolar. Por lo general, no suponía ningún problema, pero a veces las cosas se ponían muy feas. Sobre todo durante los Días Oscuros. Había vuelto a casa desde Fairfax la noche anterior, muy tarde, así que aquel día la habían dejado faltar a clase y quedarse

tumbada en el sofá. Sin embargo, como todos estaban muy afectados, había dicho papá, Django tampoco tenía que ir al colegio. Su madre había llamado al trabajo para decir que estaba enferma. Su padre no iba a trabajar pasara lo que pasase: estaba de permiso sabático.

A la hora del almuerzo, Kaila se sentó a la mesa de la cocina en bata, con el pelo cayéndole a los lados del rostro pálido. Django le lanzaba miradas furtivas a la barriga.

—Come un poco más, Kaila —suspiró mamá—. Ya te has saltado el desayuno esta mañana.

—Mamá, es muy agobiante que estés tan encima de mí. Jax hace lo mismo, me envía mensajes cada diez minutos para decirme que me quiere. ¡Aaaarggg!

—Cariño, solo está preocupado por ti —dijo su padre—. Como todos.

—No voy a suicidarme, ¿vale? Estoy bien.

Pero no estaba bien. Si ya no sabías lo que hacías, no estabas bien. La medicación hacía que se sintiera mejor, había dicho mamá, pero no la curaba. La «estabilizaba». Pero no era tan grave como para que tuviera que mudarse, como hacía dos años. En aquella ocasión, tuvieron que «internarla».

Django no sabía muy bien qué decirle a su hermana. Le daba miedo pedirle que le dejara echarles un vistazo a los vendajes, porque entonces vería lo grande que era el agujero que se había hecho en la tripa.

Mamá soltó el tenedor.

—Ralph, ¿estás seguro de que podemos ir esta noche?

—Por supuesto —contestó papá—. Kaila se quedará en casa de Jax, sus padres ya saben que va a ir. Y él te echará un ojo, ¿a que sí?

La chica puso los ojos en blanco.

—Por decirlo suavemente.

—Uf, no sé… Me gustaría que pudiéramos cancelarlo…

—Mamá, en serio, ¡id! Estoy deseando librarme del rollo tan deprimente que hay por aquí.

—Bueno, vale. Pero llámanos, ¿eh? Y le pediré a Jax que él también nos llame.

Mamá y papá tenían la cena con los vecinos. Django y Liam se quedarían a dormir en casa de Noah, lo cual era bastante guay, porque la Xbox de Noah admitía el *Psychonauts 2*.

Cuando aquella tarde Django levantó la cabeza del piano y salió de la habitación de atrás, Kaila le dijo:

—¿Estabas tocando «Sorry»?

Se puso rojo como un tomate.

—Solo estaba improvisando.

—Sonaba superbién, hermanito. Sobre todo con tu estilo. Porque esa es la canción más cutre del mundo.

Y le sonrió. Subió las escaleras aturdido. Había hecho sonreír a Kaila. Era capaz de hacerlo. Él era su medicina.

Duke Ellington o Justin Bieber: tócalos con el ritmo adecuado y los dos molan.

3 DE NOVIEMBRE

Papá cerró las cortinas y le dio un beso de buenas noches. La luz del

pasillo se derramaba sobre la cama de Django. En cuanto su padre se marchó, la luz se marchó con él.

Se incorporó. Se metió debajo de la cortina. Ahora estaba en otro mundo. Un mundo secreto: el mundo de Bird Street, donde el viento susurraba y los árboles se mecían. Al otro lado de la calle, estaban las luces de casa de Liam. A la izquierda, la luz del porche del señor y la señora Aikman. A la derecha, casi invisibles detrás de los alerces, las farolas del camino de entrada de los McKinley. Pero la calle estaba oscura. Tan oscura que podías bailar o morir entre las hojas de la cuneta y que nadie se diera cuenta.

Aunque no esa noche. De pie entre los columpios del parque infantil del otro lado de la calle se encontraba Joyce Wachowski, la madre de Liam. Una silueta negra con los brazos largos y colgantes. Costaba reconocerla en la oscuridad, pero era ella. Miraba fijamente hacia su habitación. A Django se le erizó el pelo.

«No te agaches. No te muevas. No puede verme».

Pero, al fijarse mejor, vio que no lo estaba mirando a él. Estaba mirando hacia la izquierda, más allá de la casa. No se movía. ¿Qué hacía allí plantada?

Sin embargo, no había nada extraño en aquel panorama: todos los vecinos de Bird Street llevaban una vida secreta. La madre de Liam escribía libros sobre dietas, pero por la noche era espía de la Gestapo. Salía a la caza de judíos y de discos de jazz ocultos. El señor y la señora Aikman coleccionaban libros y artefactos antiguos, pero en realidad eran oficiales de las SS. Con las botas relucientes, Marchaban por la calle arrastrando una cadena de prisioneros desnudos y demacrados, con las mejillas hundidas y los ojos macilentos. Los respectivos trabajos diurnos de Maurice y Gray

Júnior tenían que algo ver con el software y el dinero, pero por la noche gritaban órdenes en alemán —¡*Helmut*! ¡*Schwarzwald*!— y hacían el trabajo sucio. Y luego estaba su padre, el viejo Graham McKinley Sénior. Él era el peor. Graham McKinley era *Hauptsturmführer*. Django no sabía muy bien qué implicaba eso, pero no te convenía cruzarte con él por la noche.

Aquellos eran los vecinos de Bird Street. Tras las casas que habitaban se alzaba la altísima valla con alambre de púas. Pero ¿estaban dentro o fuera de lo que se suponía que esta debía contener?

Django no se movió hasta que, veinte minutos más tarde, la madre de Liam empezó a alejarse con paso lento. Desapareció entre las sombras. «Debe de estar cansada», se dijo Django.

Ahora que lo pensaba, ¿cuál era la vida secreta de su padre y su madre?

4 DE NOVIEMBRE

En cuanto llegó del colegio, se dirigió al Steinway. Abrió la tapa. Se sentó. Acarició el marfil con delicadeza y, sin emitir ningún sonido, pasó un dedo por los sostenidos y los bemoles. Pisó el pedal hasta el fondo. Una explosión de resonancia hizo que las cuerdas susurraran, como el eco de una tormenta lejana.

En primavera, las ventanas daban a un florido patio trasero. En verano, el sol de la mañana atravesaba las cortinas como los focos de una sala de conciertos. Ahora, lo único que veía eran paneles de madera oscura. ¿Qué había ahí fuera que no podía verse?

Django empezó a tocar «Mood Indigo». El señor Hendrickx se la había tocado la semana anterior y el chico intentó recordarla, intentó imitar sus movimientos, su sonido. En algún lugar de aquella melodía melancólica se escondían claves de sol y escalas menores, pero Django nunca las había descubierto. No sabía leer música. Ni siquiera sabía muy bien cómo tocaba. Desde fuera, cualquier persona pensaría que, cuando se sentaba al piano, estaba sumido en sus pensamientos, pero él sentía que su mente flotaba a media altura por la habitación y que otra persona tomaba el control de sus dedos. En circunstancias normales, se limitaba a dejar que sucediera, pero aquel día le provocaba una sensación inquietante. Él, Django, tenía que hacerse con el control. Cada vez que la canción quería fluir en otra dirección o amenazaba con descarrilarse, trataba de recordar la secuencia correcta de la posición de los dedos. No podía permitirse cometer errores, tenía que saber con exactitud adónde querían llevar los brazos a los dedos mientras las muñecas los seguían obedientemente. Pero la libertad que buscaba no llegaba. Se le acalambraron las manos. El ritmo se tornó errático; la melodía, amarga. No existía nada más que esta canción, pero no era «Mood Indigo».

El jazz podía sostenerte durante una guerra, pero ¿sería capaz de sacarte de los Días Oscuros? ¿Cómo iba a centrarse en la música cuando todo el mundo actuaba de una forma tan extraña?

«Ahí fuera, todo es demasiado peligroso —había dicho papá—. También la valla. Mantente alejado de ella. ¿Te acuerdas del verano pasado en la isla de Vancouver? Cuando juegas demasiado cerca del borde de los acantilados, puedes caerte. Así que ni se te pase por la cabeza hacerlo, porque en el fondo sabes que no es seguro».

El bosque que había detrás de la casa era demasiado peligroso. El patio trasero era demasiado peligroso. En lo más profundo de su ser, Django sabía que era cierto.

No serían más que unas semanas, hasta que acabaran los Días Oscuros. Hasta ese momento, se cuidaban los unos a los otros.

Intentó resucitar la canción, pero tenía los brazos entumecidos. Era como si sus dedos se movieran por voluntad propia. Intentó imaginarse a gente bailando por la sala acentuando el primer y el tercer tiempo de cada compás, pero su mente solo consiguió evocar hileras de personas atadas con cadenas de hierro y soldados gritándoles. Rompió a sudar. El *crescendo* de la canción terminó convirtiéndose en agresividad, en una obscenidad que Django no dejaba de martillear sin piedad. El tempo se acercó peligrosamente al punto en que ya no podría refrenarlo. Si pudiera, dejaría de ver esas terribles imágenes en su cabeza. Pero la procesión seguía adelante, implacable, llena de rostros tensos. Si alguien protestaba, los soldados le azuzaban a los galgos. Los soldados, que tenían la cara de los McKinley. De los Wachowski. De los Aikman. Y de papá y mamá.

Todo sucedía allí, en el bosque que había detrás de su casa. ¿Era esa la razón de que no pudieras cruzar la valla?

«Basta. Tengo que parar ahora que aún puedo».

Pero no pudo.

Una imagen titiló entre la neblina que tenía ante los ojos. Django guiaba a Liam por el bosque. Llegaron a la valla detrás del terreno de los Aikman. Al otro lado había personas, aunque a duras penas encajaban en esa descripción. Podía contarles las costillas. Metían los dedos a través de la malla. Cuando Django disparó su arma,

Liam salió volando de espaldas contra la valla, pero esta vez le apareció en el estómago un círculo de sangre que crecía deprisa. Liam lo miró con ojos incrédulos. Aquello no estaba bien, no era eso lo que tenía que pasar. No era más que un juego. Pero, cuando Liam cayó, lo hizo al otro lado de la valla metálica. Las personas esqueléticas empezaron a buscarlo a tientas.

La música que brotaba de los dedos de Django no era «Mood Indigo», ni siquiera era jazz. Era virtuosismo, pero un virtuosismo estridente, aterrador, agobiante. No conocía la resignación ni el perdón. Solo una pasión negra como el carbón que se negaba a que la domaran. «¡Basta ya!». Le palpitaba la cabeza. No veía. El dolor que sentía en los dedos gritaba formando un conjunto instrumental disonante con sus impulsos ciegos.

Alguien gritó:

—Django, ¿qué narices estás…? Ay, Dios.

Pasos rápidos, alguien lo agarró. Las patas del taburete arañaron el suelo hasta que el asiento cayó de lado. El silencio repentino fue estremecedor.

El marfil estaba cubierto de sangre.

Sin poder creérselo, Django levantó las manos. Tenía los dedos desgarrados. Las uñas le colgaban, la sangre le goteaba por las palmas. Chorreaba hasta el suelo.

Alguien le dio la vuelta y de pronto vio el rostro de su madre. Ella le agarró las muñecas. Django se lanzó a sus brazos llorando como un niño pequeño. Aun así, se dio cuenta de que mamá cogía una bocanada de aire. De que los brazos, las manos y los dedos se le ponían rígidos mientras le agarraba el pelo y la piel del cuello. Su madre se volvió y lo sacó a rastras de la habitación de atrás.

Por eso volvió a ver el Steinway.

En la madera negra y reflectante del instrumento, aún se veían unas figuras oscuras y demacradas que lo miraban fijamente. Sin poder evitarlo, recordó a Jerry Lee Lewis en YouTube, con los bailarines agolpados alrededor del piano.

Solo que aquellas personas no estaban bailando.

Estaban tendiendo las manos hacia él.

Y mamá también las había visto.

LUANA

Reunión en la sala de trofeos. São Paulo. Cinco opciones.
La llegada del Contable.

2 DE NOVIEMBRE

Sus hijos eran su mayor fuente de felicidad. Por eso odiaba mentirles. Mentirles sobre lo que iban a hacer esa noche. Sobre lo que iban a hacer al día siguiente, en el bosque de detrás de su casa.

Django se había ido con Liam a casa de Noah Stone, en Carnation. Luana mantuvo la compostura hasta que Jax recogió a Kaila en el Bolt EV de sus padres, pero mientras los veían alejarse sintió que le fallaban las piernas. Ralph la rodeó con un brazo, pero percibió la misma fragilidad en las extremidades de su marido. Menudo espectáculo ofrecerían en el retrovisor si los dos se desplomaran contra el suelo.

—Solo un año más —dijo Ralph mientras las luces traseras desaparecían por la lluviosa carretera del bosque.

—No digas eso. No quiero pensar en ello.

Él le dio un beso en la coronilla.

—De acuerdo, no pensaremos en ello todavía. Venga, vamos a cambiarnos.

Pero no les quedaba más remedio que pensar en ello. Al año siguiente, Kaila cumpliría dieciséis. Tendría que tomar una decisión. Y eso fue lo que hizo que Luana se retrotrajera al día anterior, al cuarto de su hija, a Kaila con el cuchillo de pelar patatas. El daño físico, gracias a Dios, no había sido grave, pero Luana no era capaz

de librarse del recuerdo de sostener a su niña mientras le presionaba una toalla húmeda contra el estómago, la mecía con suavidad y le susurraba palabras de consuelo para sacarla de la crisis. Ni de llevarla después en coche hasta Fairfax porque Ralph aún estaba volviendo a casa desde el juzgado.

«"Driving Home for November", casi como la canción. No es divertido. Es profético, en realidad. Cierto: el veranillo de san Miguel ha dado paso al frío de noviembre sin que nadie se diera cuenta. Las estaciones han cambiado demasiado rápido. Y ahora los Días Oscuros ya están aquí».

Aquello le erizó la piel de los brazos. No se le había pasado cuando, veinte minutos más tarde, bajó las escaleras con la mirada clavada en el frente para no tener que fijarse en los espacios vacíos que habían dejado los espejos. No era la ausencia de reflejo lo que le afectaba: no le hacía falta ver lo hundidos que tenía los ojos ni cómo le colgaba la piel. Su retirada le hacía cobrar conciencia de que habían dejado atrás la normalidad. Nada de eso era normal.

—¿Qué opinas?

Levantó un sobrio vestido negro con la mano izquierda y luego lo cambió por el jersey azul marino de cuello alto que llevaba en la derecha.

—Son bonitos —dijo Ralph mientras sacaba una revista de su envoltorio de plástico—. Los dos me parecen bien, cariño.

—No me estás ayudando. —Las perchas le temblaron con irritación en las manos—. Elige uno, por favor.

—El jersey de cuello alto. Es mil veces más espectacular.

Luana no era propensa a dudar sobre asuntos triviales, pero entonces estiró el brazo para observar la ropa y le lanzó a Ralph una

mirada amarga.

—Eso es falso.

—Ergo: ya te has decidido.

Volvió a besarla, esta vez en el cuello. Luana se quedó paralizada. ¿Cómo era capaz de quedarse ahí plantado, abriendo el correo como si no pasara nada?

«No hablamos de ello. Así que no existe».

Así era como habían salido adelante en Brasil, y así era como salían adelante en Bird Street. Luana Perreira da Silva había llegado a Estados Unidos hacía dieciocho años, y no solo hablaba un inglés perfecto e idiomático, sino que también era profesora de cultura, literatura y antropología brasileñas en la U-Dub de Seattle. No era exactamente psicología, pero resultaba innegable que su mecanismo de supervivencia no había cambiado en todos esos años: atrapada por su intelecto, se sumergía en asuntos triviales. Cualquier cosa con tal de no tener que pensar en lo que, al fondo del patio trasero, detrás de la valla cubierta de hiedra, se acercaba de una forma tan inevitable.

—Les he comprado una botella de Pleasant Hill Cellars —dijo. Con la ropa colgada del brazo, se dirigió a la isla de la cocina, en calcetines y sin hacer ruido, y cogió una caja de madera—. Pero no estoy segura de si les gustará, teniendo en cuenta que los McKinley son unos entendidos…

—Claro que les gustará. —Ralph dejó la revista y se acercó a ella para quitarle la caja de entre las manos—. A ver.

—Fue caro, así que debe de ser bueno, ¿no?

—Vaya, un Cabernet Sauvignon de 2013. Es imposible que te equivoques con algo así.

Ralph tiró de la tapa corredera, que cedió de repente. La botella saltó de su lecho de paja, se le resbaló y se hizo añicos contra el suelo de la cocina. Luana gritó, Ralph contuvo un taco. Una mancha de color rojo intenso con un olor dulzón se extendió por las baldosas.

Se miraron el uno al otro. Luana se mordió el labio.

—Ahora sí que será curioso ver si les gusta, juez.

Ralph se echó a reír.

—No pasa nada. Cuidado, no te muevas de donde estás o pisarás los cristales.

Al quitarle la ropa de las manos y dejarla sobre la encimera, aplastó un trozo de cristal con el zapato. Les sentó bien reírse de aquello. Eran cosas que pasaban, y más en esa época. Pero entonces Luana sintió el frío del vino tinto que le empapaba los calcetines y le sobrevino una repentina necesidad de llorar.

«No pasa nada», había dicho Ralph.

Pero era noviembre y Luana no estaba segura de que fuera así.

El charco de vino que se extendía a sus pies parecía sangre.

Se reunían una vez al año, los buenos vecinos de Bird Street. La cita era siempre el 2 de noviembre, y siempre en la sala de trofeos de los McKinley. Cuatro familias, doce adultos, los niños en otra parte… Dorothy era la única que seguía ausente. Doce personas con traje de noche, charlando y riendo. Una gigantesca cabeza de jabalí los observaba desde la chimenea, un trofeo de caza. Los Wachowski. Los Aikman. Dos generaciones de los McKinley. Y los Lewis da Silva.

«Somos felices —pensó Luana mientras miraba en torno a la estancia—. Todos, perfecta e indiscutiblemente felices».

El hogar que había al otro extremo de la mesa irradiaba un calor sofocante, pero ella no paraba de temblar. Como todos los años, dudaba de cómo relacionarse con sus vecinos. Fue un detalle que Ralph se sentara a su lado. Su marido había rechazado el *gintonic* que le había ofrecido Paula —la asistenta de los McKinley— y le había pedido que le sirviera un refresco. Luana, en cambio, había aceptado la copa para aplacar un poco sus emociones. En aquel momento, Ralph estaba compartiendo chismes del juzgado con Maurice y Harry Aikman. Sentado a la cabecera de la mesa, el Graham de cabello blanco escuchaba. Los tres hombres estallaron en carcajadas y levantaron las copas para brindar por Ralph.

El patriarca del clan McKinley tenía ochenta y un años. El tiempo no había pasado por él, pero tampoco le había restado fuerzas, más bien todo lo contrario. Detrás de él había un cuadro pintado al óleo de un hombre cuyos rasgos juveniles mostraban un parecido familiar inconfundible. Luana conocía la historia: se trataba de su padre, John McKinley, a quien Graham veneraba con una devoción casi religiosa; hijo de James McKinley, fundador de Lock Haven, a quien Graham odiaba con toda su alma. Aun así, el patriarca era un buen hombre, a pesar de la maldición de su familia. Trágico, en realidad, porque al mirar a sus dos hijos Luana no pudo evitar preguntarse por qué a veces las astillas eran tan distintas del palo. Y cómo podían pudrirse tanto.

A su derecha, Laura Vaccarelli acababa de terminar de amamantar al pequeño Ricky y ahora lo estaba meciendo para que se durmiera. El recién nacido era la única excepción a la regla de «prohibido niños». Luana sentía que tenía poco en común con ella. Era la directora de ojos ahumados del Correccional de Menores del

Condado de King, en Seattle, y sus planes para presentarse a las elecciones al Senado Estatal de 2024 por el Partido Republicano estaban muy avanzados. Pero respecto al bebé sí que podía identificarse, así que rompió el hielo:

—Qué rápido está creciendo, ¿no?

—¡Ay, es maravilloso! ¡Nuestra nubecita regordeta! El pediatra dice que es precoz en todos los sentidos. Estamos encantados con él. Pero eso no hace falta que te lo diga, Luana. Ya sabes a qué me refiero.

Estuvo a punto de atragantarse con la ginebra. Agarró la servilleta y sonrió con educación.

—¿Me ayudas con el paño para que pueda acostarlo? No quiero que se despierte.

La muselina olía a leche materna; no era del todo desagradable, pero a Luana se le revolvió el estómago. Laura se levantó, dejó al bebé en su cochecito y subió la capota. Estaba aparcado bajo una escena de caza bastante perturbadora. Hombres a caballo, perros corriendo. Un cervatillo muerto, dientes salvajes clavados en la yugular del animal. Los McKinley procedían de una larga estirpe de cazadores, como a Gray Júnior le encantaba recordar. Había sido una bala suya la que había matado al jabalí de encima de la chimenea.

Laura cogió la muselina que le tendía y la metió dentro de la bolsa de pañales.

—Gracias, querida, eres un ángel. Uf, qué alegría volver a verte.

«Es cierto —pensó Luana—. Son felices. Cada uno a su manera, que es única».

Por ejemplo, los Wachowski. Marc regentaba una exitosa clínica de bótox en Bellevue. El último libro de Joyce había estado entre los

más vendidos de *The New York Times* durante dieciséis semanas consecutivas, y el verano anterior había presentado sus consejos dietéticos en *Good Morning America*. Cuarenta y dos años, tres hijos preciosos y seguía teniendo un cuerpo de infarto. Uno se preguntaba cómo lo hacía. Sus bolsos y sus camisas lucían los logos de Vuitton, Gucci y Balenciaga. Para los niños, nada de caballos, solo alpacas, porque eran ese tipo de gente. Puede que los Wachowski no fueran muy profundos, pero donaban con generosidad a Médicos Sin Fronteras, al Hospital Infantil de Seattle y a la Fundación Make-A-Wish. Alardeaban de ello, además, y les hacía inequívocamente felices.

O los McKinley. El dinero no da la felicidad, pero ese dicho no parecía ser cierto en el caso de sus vecinos. Maurice era un agresivo operador intradía que convertía criptomonedas en cuantiosos beneficios. Gray dirigía más de una decena de empresas de internet en la zona del Noroeste del Pacífico y tenía sesenta empleados. Juliette era representante de psicofármacos y su trabajo la llevaba por todo el mundo. Pero el patriarca se llevaba la palma. Graham McKinley había heredado una fortuna de su padre, quien había vendido la granja lechera Lock Haven Dairy a la Carnation Evaporated Milk Company. El propio Graham había sido director ejecutivo de Emerald Steel, una empresa proveedora de piezas de acero para Boeing, Microsoft y compañías de construcciones navales, hasta que, según se rumoreaba, la vendió por ocho cifras en 2007. Dinero, carrera, prestigio: el denominador común era que los McKinley eran, a todas luces, felices.

Los Aikman eran más sutiles. No era que no tuviesen una buena posición económica, solo que les daba igual. Jamás te toparías con

Harry Aikman en una feria de antigüedades ni en una convención de marchantes, pero siempre estaba allí, en busca de tesoros que añadir a su colección de biblias antiguas y manuscritos raros. Sin embargo, eso no era lo que le hacía sentirse más realizado. Harry era un ermitaño y su mayor felicidad era su esposa. Muy bonito, salvo cuando te dabas cuenta de que, si Elizabeth Aikman celebraba algo, no era a su marido, sino dejar claro su propio y excepcional intelecto. A Elizabeth le hacían feliz su capacidad para contextualizar las cosas y la humanidad que acompañaba a la sabiduría y la compasión. Luana se preguntaba si el matrimonio de la señora Aikman con Bird Street no sería un experimento social y filosófico; aun así, aquel patrón en apariencia disruptivo los hacía felices a ambos.

¿Y ellos? A Ralph lo habían reelegido para su cuarto mandato en el Tribunal Superior del Condado de King. Hacía dos años, el gobernador Jay Inslee se había puesto en contacto con él para ofrecerle una vacante en el Tribunal Supremo del Estado de Washington. Desconcertado, había rechazado la oferta. Sus amigos le habían dicho que estaba loco, pero Luana sabía que su marido quería seguir involucrado en los casos cotidianos.

«Son los que me hacen más feliz», le había asegurado.

Y lo era: como brújula moral de Bird Street, Ralph no podía ser más feliz.

Aquellos eran los buenos vecinos de Bird Street. Todos prósperos. Triunfando donde otros fracasaban. Conocimiento. Riqueza. Fama. Poder. Belleza. Amor. Lo bastante sutiles como para no destacar. Un observador neutral podría tachar la correlación de mera coincidencia.

Al menos, si eso hubiera sido todo.

Pero no lo era.

Si ampliaras un poco la imagen, verías que la suerte que Maurice tenía con sus criptomonedas era anormal. A eso debías añadirle que también ganaba dinero a espuertas apostando a los caballos, porque la frecuencia con la que predecía el resultado de las carreras era desmesurada.

Podrían hacerse afirmaciones similares sobre todos los vecinos.

Olivia Davis, sentada al otro lado de la mesa junto a Juliette, tenía suerte de estar viva. Al fin y al cabo, lo que le había causado tantos daños en el páncreas debería haberla matado hacía años.

Y luego estaban los niños. A Luana le parecía que había algo sobrecogedor en la idea de que existieran unos niños perfectos, algo bastante desagradable. Sin embargo, todos destacaban en algo. Django tenía altas capacidades, al igual que Ethan, Liam y Harper Wachowski, los vecinos de enfrente. Aunque Kaila «solo» había obtenido una puntuación por encima de la media en las pruebas, sobresalía en los idiomas y los estudios cinematográficos. El futuro del pequeño Ricky aún estaba por ver, pero el Museo de Arte de Seattle había comprado varios cuadros de su hermana mayor, Aurora Evangeline, de seis años.

Django tenía la música.

Kaila tenía el salto de trampolín.

Todos ellos… felices. Puede que Kaila fuera bipolar, pero durante once meses al año era hipomaníaca y excepcionalmente feliz.

Y sin embargo…

Desde las entrañas de la casa les llegó un ruido sordo. En el sofocante silencio posterior, Luana oyó el siseo de la savia hirviendo que rezumaba de los troncos de abedul de la chimenea. Vio que

Ralph le lanzaba una mirada de sorpresa a su reloj de pulsera. Al otro lado de la mesa, Marc hizo lo mismo.

—Es el ascensor —explicó Graham—. Debe de ser madre.

Un alivio visible inundó los rostros que rodeaban la mesa. Aunque fue efímero, puesto que enseguida empezaron a oír unos ruidos lentos, como de algo que se arrastraba por el pasillo. Una vez. Y otra. Como si alguien estuviera trasladando un cadáver. Elizabeth Aikman se levantó y desapareció por la puerta, pero regresó momentos después con la cara pálida. El motivo se evidenció un instante después, cuando Dorothy McKinley la siguió al interior de la sala.

Todos sabían que, en aquellos días, empeoraba cada vez más a causa del Parkinson que padecía, pero, aun así, a Luana le sorprendió la rapidez de su deterioro. Hacía solo una semana que había visto a la mujer por última vez. Aquel día, había cruzado la calle sin ayuda y con la espalda recta. Ahora, caminaba despacio, encorvada sobre el andador, arrastrando el pie derecho como si fuera algo muerto. Tenía la cabeza gacha, pero la fina cortina de cabello dorado no lograba ocultar que se había quedado en los huesos.

Marc Wachowski se quedó sin aliento. Todos clavaron la vista en Dorothy mientras pasaba por detrás de Graham. Nadie más se atrevió a acudir en su ayuda como había hecho Elizabeth. Fue Juliette la que terminó rompiendo el silencio:

—Hola, madre. Me alegro de que hayas venido.

Los demás se animaron entonces a murmurar su saludo. Dorothy levantó la cara mientras se dejaba caer en el asiento contiguo al de su marido. Pronunció un sonido ronco e incomprensible con la boca

permanentemente torcida, pero los observó con la lucidez de siempre y los movimientos de sus ojos delataron la presencia de una mente intacta. Solo estaba atrapada dentro de su cuerpo de noviembre.

«Ya», pensó Luana, y aquello la llevó de vuelta a Kaila. A Kaila y el cuchillo de pelar patatas.

Por eso vacilaba. Por eso no era capaz de relajarse aquella noche como los demás.

Era demasiado pronto. Los Días Oscuros apenas habían comenzado.

Temía que, aquel año, el precio fuera demasiado alto.

Primer plato: salmón. Salmón rojo salvaje ahumado, con huevos de codorniz, tomates *cherry*, lima y lichis. Paula trajo la festiva bandeja y repartió la ensalada. Las botellas de Sauvignon Blanc abandonaron las cubiteras.

—Dorothy, te has superado —dijo Marc.

—Desde luego —convino Laura—. Tiene una pinta increíble, madre.

Todos los vecinos estuvieron de acuerdo, todos elogiaron a Dorothy. Todos sabían que era imposible que, en su estado, lo hubiera preparado ella misma. La anciana farfulló unas palabras de agradecimiento apenas inteligibles. Luana, inquieta, asintió mirando a Paula, que se retiró a la cocina sin abrir la boca.

Los ojos vidriosos del jabalí los observaban mientras comían. Gray Júnior contó una anécdota acerca de que su colectivo de hackers había sacado a la luz las malas prácticas de una gran compañía de seguros y había hecho caer a su director ejecutivo, un poderoso

magnate de Nueva York, al filtrar su colección privada de selfis con la cara pintada de negro y en lencería. «Pesca involuntaria», lo llamó Gray, y los Wachowski se partieron de risa. Elizabeth, al otro lado de la mesa, presumió de que Harry le había comprado un tomo del siglo xv a una abadía francesa por solo trescientos dólares y de que, tras un estudio minucioso, había resultado ser uno de los primeros libros impresos que existían. Harry restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano, pero rodeó con un brazo posesivo a su esposa, que miraba en torno a la mesa con los ojos hambrientos. La mirada de Elizabeth delataba la infalible intuición de alguien capaz de olfatear las debilidades ajenas como un sabueso.

Luana peló un huevo de codorniz, pero le temblaban demasiado los dedos. La membrana estaba pegajosa y el huevo se rompió. Fuera, una cortina de lluvia caía desde los aleros y velaba las luces del camino de entrada. Aunque la estancia daba a la calle, donde no hacía falta tapar las ventanas, no le gustaba nada mirarlas durante demasiado tiempo. Nada de nada. La gente dejaba las luces exteriores encendidas cuando esperaba a otro invitado, y un invitado que llegara con aquel tiempo solo podía albergar malas intenciones.

—¿Cómo te ha ido a ti, Luana? —preguntó Juliette—. Esta noche apenas nos has contado nada. ¿Qué tal tu año?

Sintió que la atención de todos los vecinos se centraba en ella. «Sí, cuéntanos, ¿qué tal te ha ido? ¿No has disfrutado de otro año pleno y sin dolor, a pesar de que los médicos te dijeron que te quedarías lisiada para el resto de tus días? Ah, y más importante aún, ¿cómo están los niños? ¡Caray, cómo han crecido! Aunque Ralph y tú seguís sin decirles que ni siquiera deberían haber existido, ¿no? ¡Ay, ay, ay!».

Notó un pinchazo en la pelvis y, con el rostro crispado, soltó el tenedor. Era la vieja fractura. Podía engañarse diciendo que le daba la lata cuando hacía frío y el tiempo era húmedo, pero no era eso. Empeoraba en noviembre. Siempre empeoraba en noviembre.

Olivia le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa. Aquel sutil gesto de apoyo le dio a Luana la fuerza que necesitaba para sonreír a Juliette.

—Muy bien, gracias —contestó—. Hemos tenido un año muy próspero.

El fuego de la chimenea se reflejaba en los colmillos torcidos de la bestia.

Cuiabá, veinte años antes

—Insuficiencia ovárica prematura —dijo la ginecóloga—. Te trataremos con suplementos hormonales, pero no resolverán el problema. Me temo que eres estéril.

No menstruaba. Su cuerpo había dejado de ovular antes de tiempo, oyó decir a la médica. Luana clavó la mirada en las luces blancas de neón. Tenía veinticinco años y estaba menopáusica.

Dos años intentándolo, y aquel era el final del camino.

Luana había nacido en el seno de una familia de clase media en São Paulo. Había sido su investigación doctoral sobre la desigualdad social en los *grilos* lo que la había llevado a Mato Grosso, pero era el amor lo que la había atado a ese lugar. Se llamaba Mosquito, un empleado de gasolinera sin ningún tipo de cualificación y dotado de un afecto leal con el que ella no siempre había sabido lidiar. En sus brazos, en el centro geográfico del continente y mucho antes de que

hubiera oído hablar de Lock Haven, Washington, o del pacto de Bird Street, Luana descubrió que su mayor deseo en la vida no era perseguir su carrera académica, como siempre había creído, sino tener un hijo fruto de su amor compartido y darle todo lo que se le pudiera pasar por la cabeza.

Para Mosquito, aquel deseo conllevaba un peso añadido, puesto que era hijo de padres adoptivos. Siempre había sentido un vacío en el corazón, un agujero lleno de preguntas sin respuesta sobre sus orígenes (no había ningún registro) y de desasosiego por la ausencia de un vínculo parental temprano (lo adoptaron a los tres años). Anhelaba darle a su hijo todo lo que a él le había faltado en sus primeros años.

Lo intentaron. Eran jóvenes y tenían todo el tiempo del mundo. Los dolores de estómago y los problemas menstruales no eran tan importantes. Se le pasarían. Pero, cuando no fue así, la ansiedad se le incrustó en el cuerpo. ¿Se lo había tomado demasiado a la ligera? Pero ¿cómo iba a saber que…?

Y ahora era estéril.

Tras su visita a la ginecóloga, Luana se sumió en una profunda depresión. No solo se sintió rota por dentro, sino que su incapacidad para tener hijos también rompió algo en el interior de Mosquito, que poco después la dejó. Regresó a São Paulo. Durante los dos años siguientes, reprimió cualquier idea relacionada con reproducirse. Sentía su femineidad mancillada, y ni siquiera su psiquiatra logró convencerla de lo contrario. Para entonces, lo único que conseguía hacerla dormir eran la *cachaça*, los analgésicos o la heroína. A veces, un cóctel de las tres cosas. Su vida estaba atrapada en una espiral de la que no podía escapar. Y estaba convencida de que algo

terrible la esperaba al final de aquel descenso. Un frío enorme, flotante e informe.

Fue entonces cuando perdió a sus padres. El primero en marcharse fue su padre, debido a una insuficiencia hepática aguda. Para entonces, su madre ya estaba en el hospital. El cáncer se le había extendido a los huesos y le había retorcido el frágil cuerpo. Al final, gritaba de dolor con los ojos ciegos clavados en su única hija. Solo sobrevivió dos meses al padre de Luana.

«Ahora me he quedado sola —pensó ella—. Sin madre. Sin padre. Sin hijos. No puedo tener vida porque no puedo crear vida».

En un momento de lucidez, salió del hospital. Cerró los ojos para protegerse del sol brillante y empezó a caminar por la avenida Rebouças. Mirando hacia el pasado, no sabía decir si se había tratado de un verdadero intento de suicidio o, más bien, de un esfuerzo por rendirse a la vida: «Aquí estoy. Esta soy yo. Te desafío. Si consigo cruzar la calle, empezarás de nuevo por mí. Te aceptaré con los brazos abiertos».

En cualquier caso, no se extrañó cuando el cromo hizo pedazos la luz del sol, cuando el acero, el caucho a punto de derretirse y el asfalto caliente se deslizaron por debajo de ella. No hubo dolor, solo un espantoso sonido de cosas rompiéndose: el metal, el cristal, su cuerpo. Más tarde, le contarían que el logotipo de Chevrolet se le había quedado tatuado en el muslo; no en la piel, porque se la había arrancado, sino en la carne que había debajo. Se estrelló contra el asfalto y perdió el conocimiento.

Se despertó envuelta en una soledad silenciosa, tumbada en un charco de su propia sangre. No podía llevar mucho tiempo inconsciente, porque aún no había llegado ninguna ambulancia.

Luana se dio cuenta de que se había quedado tirada en la calle como un insecto aplastado. Cuando el viento le acarició los labios desgarrados, comprendió que su vida llevaba años encaminándose a ese momento. No le daba miedo morir, pero sentía una tristeza enorme: nunca había querido que fuera así.

Un hombre con traje se agachó a su lado y le bloqueó el sol. No le veía la cara, rodeada como estaba por un halo de luz dorada. Sobre el asfalto, junto a él, descansaba un maletín de cuero negro. Le puso delante un libro abierto.

—*Vas a morir, Luana* —dijo el hombre, la sombra, el eclipse. ¿Le estaba hablando en portugués? No lo tenía claro, pero lo entendía. Tal vez lo hubiera oído solo en su mente. Las palabras que le dirigía no sonaban ni arrepentidas ni alegres. Estaba exponiendo los hechos. Proponiendo una transacción—. *Pero no tienes por qué. Puedo devolverte la vida. Puedo hacerte feliz. Será una vida de prosperidad, libre de dolor, y todos tus deseos se harán realidad…*

Le vio las manos pálidas. Un dedo inusualmente largo que daba golpecitos en la página vacía y amarillenta.

—*Solo tienes que firmar…*

Luana sopesó su vida en la balanza que se le ofrecía. La idea que le acudió a la cabeza le pareció tan trivial que le entraron ganas de reírse: no tenía bolígrafo. Pero, cuando quiso decirlo, lo único que le brotó de la boca fue sangre. Una de las costillas le había perforado el pulmón derecho.

Además, Luana Perreira da Silva era brasileña, y su vida estaba lo bastante impregnada de supersticiones como para saber, más que de sobra, quién era ese hombre.

Para ese tipo de contratos, no necesitabas bolígrafo.

La sopa: un consomé claro de carne de caza. Cocido dos veces con hueso de jabalí asado y un *bouquet* de puerro, apio nabo, granos de pimienta machacados y setas. Agua salada con sabores, en opinión de Luana, pero se suponía que era un clásico.

Eran las ocho y cuarto y las conversaciones se habían apagado. Solo se oía el tintineo de las cucharas. El crepitar del fuego a la cabecera vacía de la mesa. A Dorothy, que sorbía y respiraba con estertores entre bocado y bocado. La lluvia que azotaba la ventana.

Luana no solía pensar en Brasil a menudo. La había pillado desprevenida, contemplando el interior de la brecha que se abría entre lo mucho que aquellos recuerdos parecían difuminarse durante el año y la viveza con la que resurgían ahora.

«Solo tienes que firmar…».

Se le cayó la cuchara y la sopa salpicó la mesa. Levantó la vista, sobresaltada, temiendo ver todas las miradas clavadas en ella, pero nada de eso.

Los demás se limitaron a seguir comiendo. Todos absortos en su propia sopa de traumas. El único ruido que se oía era el del péndulo, que empujaba las manecillas del reloj, compas a compás, cada vez más cerca de las diez.

Se le iluminó el móvil; un mensaje de Kaila. Estaban haciendo una maratón de la cuarta temporada de *The Good Place*.

Al menos allí todo iba bien.

—Bien. —Graham McKinley rompió el silencio—. ¿Hacemos un repaso?

El plato principal estaba servido. Venado. Puré de chirivía. Ensalada de chucrut y remolacha. Mandaron a Paula a casa. Luana

sabía que al día siguiente volvería para recoger y limpiar, y después le concederían un mes de permiso remunerado. El viejo Graham no quería correr ningún riesgo con el ama de llaves durante los Días Oscuros.

—Tenemos cinco opciones —dijo Elizabeth Aikman tras un silencio tenso. Era una parte propia del ritual. Ralph era la brújula moral de los vecinos, pero el patriarca tendría que dar el visto bueno—. Aunque antes quiero que nos congratulemos. Ha sido un esfuerzo conjunto de todos los presentes. Creo que merece la pena mencionarlo.

Un murmullo de asentimiento.

—Los cinco encajan en el perfil.

—Cuatro —corrigió Ralph.

Graham lo miró.

—Lo cierto es que hay cuatro que encajan en el perfil. Uno traspasa todos los límites éticos. En cuanto a otro, no estoy seguro de que su caso sea mucho mejor.

—Bueno, ahí es donde Ralph y yo discrepamos —dijo Elizabeth tratando de ocultar su irritación. Poner en duda su competencia siempre era meterse en un terreno pantanoso, pero Luana sospechaba que aquel día había algo más. La había visto tomarse una pastilla hacía un rato, y estaba bastante convencida de que no era para prevenir la acidez de estómago. En aquel momento, su vecina apretó la copa con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos—. Por supuesto, nuestra ambición es eliminar cualquier duda ética sobre…

—No nos adelantemos —la interrumpió Graham mientras hacía girar dos dedos en el aire—. ¿Quiénes son?

Elizabeth amusgó los ojos. Luego le dio un codazo a Harry, que se sacó una nota del bolsillo de la camisa. Su mujer la desdobló.

—La primera es Ann Olsen Dickinson. Sesenta y siete años, cáncer de cuello uterino metastásico, cuidados paliativos, vive en Mill Creek. Su marido ha hecho que la declaren mentalmente incompetente, lo que la inhabilita para el suicidio asistido.

—¿Está dispuesta? —preguntó Graham.

—La llevaremos mañana. Todos los preparativos están listos.

—Muy bien.

—La señora Dickinson conlleva ciertos riesgos —dijo Ralph—, pero dentro de unos márgenes aceptables. Su marido dará la voz de alarma en cuanto se dé cuenta de que ha desaparecido. Y luego está la cuestión ética de que deja allegados.

Maurice resopló con desdén.

—Pero ¿dejarla morir como a un perro sí es ético? ¿Ahogada en sus propias flemas solo porque ese tipo ha hecho un trato con Dios?

—No somos nosotros quienes debemos juzgarlo —replicó Ralph, impasible—. Pero, teniendo en cuenta su pronóstico, la he aprobado.

El patriarca asintió y le hizo un gesto a Elizabeth para que continuara.

—El segundo es Garrett Wetzel. Ochenta y seis años, viudo y paciente de Alzheimer, vive en la Residencia de Ancianos Bellevue. También rechazado para el suicidio asistido por motivos de incapacidad mental.

—Obvio —dijo Maurice.

—Le he hecho tres visitas, una de ellas acompañada de Harry. Me encontré con un hombre pragmático y bien arreglado. Desorientado, repetitivo, pero con plena conciencia de su estado. Dice que en la

costa este tiene tres hijos y cinco nietos que no lo visitan nunca, según ellos por culpa del covid. El señor Wetzel se siente muy solo. Intentó suicidarse tomándose una caja entera de ibuprofenos con la leche, y dice que volvería a hacerlo si no le diera tanto miedo fallar.

—Lo de que no recibe visitas es cierto, lo hemos comprobado —añadió Harry—. El único problema sería sacarlo de allí sin que lo notaran.

Graham asintió.

—¿El tercero?

—Mary Beth Lambert, sesenta y tres años, de Chilliwack, Canadá. Gray la localizó cuando pidió unas pastillas ilegales en una página web sudamericana. Tardamos bastante en hacernos una idea clara del caso, pero Gray investigó un poco y es interesante. Puso que le entregaran las pastillas en el número 26 de Berkeley Avenue, pero la señora Lambert vive en el 62.

—No es un error, por supuesto —dijo Graham Sénior mientras cortaba un trozo de venado y lo mojaba en salsa.

—Creemos que no. ¿Qué hace una mujer cuando no quiere que su marido se entere de que ha comprado un cóctel letal? No pone la dirección de los vecinos de al lado, porque se acercarían a llevárselo y podría ser el señor Lambert quien les abriera la puerta. Pero el número veintiséis está veinte puertas más abajo. ¿Qué probabilidades hay de que esa gente conozca siquiera a los Lambert? Así que la mujer se pasa por allí el día que FedEx hace la entrega y llama al timbre. Pregunta si por casualidad han recibido un paquete a su nombre por error. Nadie le daría la menor importancia. Pensarían que el remitente se ha equivocado de número, nada más.

—Impecable —dijo Maurice, que sonrió con la boca llena de comida.

Elizabeth no le hizo caso. Se limitó a juntar las manos y recostarse contra el respaldo del asiento.

—Y, según el código de seguimiento, la entrega está prevista para pasado mañana.

La historia de la señora Lambert tenía que ver con un cáncer de pulmón. La ley canadiense era más indulgente, así que no le resultaría difícil cumplir con los requisitos para la eutanasia. Pero su historia también tenía que ver con que su marido y ella eran presbiterianos estrictos. Aunque, a juzgar por el pedido tan meditado que la señora Lambert había hecho en internet, daba la sensación de que se había replanteado sus prioridades.

Gray, desde la otra esquina de la mesa, dijo:

—Si lo de la señora Dickinson no sale bien mañana, interceptaremos el paquete. Solo saldrá si su marido no está en casa, así que esa será nuestra oportunidad para hablar con ella. Le señalaremos los riesgos de esa basura extranjera y le ofreceremos una alternativa más segura. Creo que, si hacemos una cuantiosa donación a su iglesia, estará dispuesta a escucharnos.

—Al número cuatro lo encontró Laura. —Elizabeth se apartó unos cuantos pelos sueltos de la cara—. Ha estado haciendo prospección como voluntaria en el albergue para personas sin hogar de St Martin. ¿Laura?

—Un hombre tímido llamado Eric. Viene de vez en cuando. No sabemos dónde pasa el resto del tiempo, pero no puede ser lejos. Lleva años en la calle, tiene un problema de drogadicción. Una vez que me gané su confianza, ¡no os hacéis una idea del torrente de

desgracias que le salió de dentro! Desgarrador. Gray tuvo que dejarse la piel para desenterrar sus antiguos historiales médicos. ¿A que sí, Gray?

—Todos los sistemas pueden hackearse —convino—. Sobre todo los de los centros sanitarios: tienen más filtraciones que el Katrina. Eric es Eric Shellnutt, de Chatsworth, Illinois. Proclive a las tendencias suicidas antes incluso de desaparecer del radar. Bipolar, pan comido.

Luana se estremeció justo en el mismo instante en que el viejo patriarca dejaba su copa sobre la mesa con un estrépito y los sobresaltaba a todos.

—¡Nada de esto es «pan comido», Júnior!

Había fuego en sus palabras. Le temblaba el labio. Júnior bajó la mirada.

—Lo siento, papá.

Por debajo de la mesa, Ralph le apretó la pierna a Luana. Como siempre, ella escuchaba el catálogo con un pavor entumecido. No era la única: al otro lado de la mesa, Olivia permanecía sentada con el rostro ceniciento y mirándose las manos.

—En fin —continuó Laura con la voz temblorosa—, me contó que ha intentado morir por sobredosis tres veces, pero que no le sale bien. Le comenté que quizá podría conseguirle un chute mejor.

Apartó la silla y empezó a hacer aspavientos sobre el cochecito para dejar claro que no tenía nada más que decir. El pequeño Ricky llevaba toda la noche callado.

—Sería una buena opción —sugirió Marc—. Nosotros cumplimos su deseo y él no deja rastro.

—Cierto —dijo Elizabeth—, pero es difícil llegar a un acuerdo con pacientes como él, así que aún está por ver.

Ralph abrió los brazos y los apoyó sobre la mesa.

—No creo que haga falta que os explique por qué opino que es una mala idea,

—No —dijo el viejo Graham, ya más calmado—. Pero lo más seguro es que las cosas no lleguen hasta ese punto. Tenemos tres opciones espléndidas… Bien hecho. ¿Has mencionado una quinta?

Luana intentó intercambiar una mirada con Ralph, pero él tenía los ojos clavados en Elizabeth, rebosantes de desdén. Quería mostrarle una señal de apoyo a su marido.

—Sí —suspiró Elizabeth al fin—. Joyce la encontró en el Refugio Evergreen.

Joyce posó la copa en la mesa y se llevó dos dedos a los labios mientras se tragaba el Cabernet.

—*Cosmopolitan* publicó un reportaje sobre famosos que colaboran en refugios. Es maravilloso ejercer un impacto tan real, ¿sabéis? También entrevistaron a Hailee Steinfeld y Maye Musk, así que fue divertido.

«Y ¿eso es relevante porque…?», pensó Luana.

—Conocí a un guatemalteco que lleva ya tres semanas allí. Danilo No-Sé-Cuántos. Es terrible. El hombre es una catástrofe andante. Perdió a su mujer por un cáncer. Le pagó todo lo que tenía a un coyote para que lo ayudara a cruzar la frontera de Arizona junto con sus dos hijos, pero la camioneta se averió y ese cerdo los dejó encerrados en la parte de atrás en pleno desierto, con todo el calor. De los siete pasajeros, Danilo fue el único que sobrevivió. A saber cómo, escapó de la Patrulla Fronteriza y evadió el sistema. Un golpe

de suerte, en mi opinión, porque el sistema está jodido. Desde entonces, se ha dedicado a vagar hacia el norte. Me miró a los ojos y me preguntó por qué Dios es tan cruel como para permitirle llegar tan lejos.

Todo el mundo guardaba silencio. Luana le vio a Elizabeth en los ojos que se estaba planteando qué le resultaba más angustioso: si las desgracias del hombre o el hecho de que, de entre todos los posibles colaboradores de un refugio, hubiera tenido que toparse con una cabeza hueca como Joyce.

Juliette preguntó en voz baja:

—Y ¿no quiere seguir adelante?

—No, no quiere.

—Y aquí es donde marco el límite —intervino Ralph—. Esto escapa a toda moral y ética. ¡Venga ya, chicos! ¡Inmigrantes! ¡Trata de personas! Estáis hablando de gente con una barrera lingüística, con una historia que no podemos verificar, ¡ni siquiera comprender del todo! No podemos cometer ese error.

—Pero, Ralph —replicó Elizabeth—, lo ha perdido todo. ¿De qué otro modo podríamos interpretarlo?

—Con todo el respeto, Joyce, ¿le has preguntado directamente a ese hombre si quiere acabar con su vida? Y, si es así, ¿en qué idioma te ha contestado?

—Yo hablo español… —dijo Joyce con un acento espantoso en ese idioma al mismo tiempo que levantaba las manos.

El juez negó con la cabeza.

—¿Tienes alguna idea de cómo entiende el suicidio su cultura?

De repente, Dorothy tomó la palabra. Con voz ronca, balbuciente, apenas inteligible. Todos se quedaron mirándola. Luana tardó un

instante en comprender lo que había dicho.

«Sería fácil atraerlo hasta aquí».

Maurice rompió el silencio:

—Lo siento, Ralph, pero mamá tiene razón. No creo que sea tan mala idea. Sin parientes, sin papeles, nadie lo echará de menos, no será una prioridad para las autoridades…

Luana ya no aguantaba más, así que se aclaró la garganta.

—¿Podríais recordarme por qué elegisteis a Ralph?

Miró a todos sus vecinos uno por uno, hasta llegar a Elizabeth.

—Para encontrar la solución más humana y protegernos de las malas decisiones. —Elizabeth sonaba casi agresiva—. Luana, eso ya lo sé, pero…

—En ese caso, quizá deberíamos dejarle hacer su trabajo.

Elizabeth estaba a punto de replicar, pero Graham se le adelantó:

—Escuchad, es una historia espantosa. Por supuesto que queréis ser clementes. Si ese hombre deseara de verdad acabar con todo, y en caso de que eso estuviera dentro de la ley, haría lo que pudiera por él. Pero, Dorothy, no sabes lo que dices. Y Ralph tiene razón. Parece que todos os estáis olvidando de una cosa: no podemos concederle clemencia. —Se inclinó hacia delante y dio un golpe en la mesa con una mano seca, curtida, un gesto que convirtió sus palabras en un veredicto—. Aquí… no.

Nadie habló. Todos sabían que tenía razón.

Un golpeteo seco. Todos dieron un respingo. Una rama impulsada contra la ventana por una ráfaga de viento. Aquello les recordó lo que se acercaba cada vez más ahí fuera, en la oscuridad de la noche rota.

Postre: *crumble* de pera. Helado de canela. *Cointreau*. Juliette y Olivia se encargaron de servirlo ahora que Paula se había marchado.

Eran las nueve y veinte.

Recibió un mensaje de Django. «Mooola el *Psychonauts*». Luego: «No hay bombones de mantequilla de cacahuete». Seguido de una retahíla de emojis llorando. Luana le respondió: «Lo compensaremos mañana, cariño. Diviértete en casa de Noah, dulces sueños». Y un corazoncito. Django: «Eres la mejor mamá del MUNDO!!!». Con un montón de corazones.

De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Un nudo le obstruyó la garganta e intentó coger una bocanada de aire. Todo se reducía a los niños: la recuperación de Luana, su llegada a Estados Unidos, conocer a Ralph. Qué fácil había sido todo. Y luego, en octubre de 2006, había descubierto que estaba embarazada de once semanas… Tres meses después de haberse mudado a Bird Street.

«¿Recuerdas cómo le temblaba el labio a la ginecóloga cuando te dijo que era un absoluto misterio? ¿Que en la ciencia médica no se conocía ningún caso de regeneración espontánea? Debía de tratarse de un óvulo que se había quedado rezagado. Que habían pasado por alto. En teoría, una célula madre podía convertirse en óvulo. En realidad, estaba especulando, lo calificó de coincidencia increíble, pero su emoción lo decía todo. Y, mientras observabas al feto moviéndose en tu útero a través del monitor, te dijo que tu embarazo no solo era excepcional, sino prácticamente antinatural».

Antinatural.

Pero Kaila nació sana. Y, cinco años después, había vuelto a ocurrir con Django. Luana era estéril, pero Ralph se había hecho la vasectomía, solo por si acaso.

Dos hijos eran más que suficiente.

«Es *feio*», le dijo una voz desde lo más recóndito de su mente mientras cogía una cucharada de *crumble* que le resultó casi imposible de tragar. *Feio*. Feo.

Aquel lugar era la causa de su felicidad, le había dicho Ralph. El bosque vallado que había detrás de su casa. Luana lo había sentido incluso ese primer verano. Por primera vez desde el accidente, había sido capaz de caminar sin dolor. Cierto, aquello había llegado tras someterse a una fisioterapia intensiva, pero la facilidad con la que los músculos y las articulaciones habían recuperado su antigua movilidad había sido milagrosa.

«Pero no fue lo único, ¿verdad? Hacía meses, no, años, que tu cuerpo no experimentaba niveles tan bajos de estrés. El nudo que te oprimía el corazón se deshizo. La presión arterial te bajó sin ningún tipo de explicación médica y las palpitaciones cesaron».

Sí. Dos años antes, deseaba morir, pero desde que se había mudado a Bird Street con Ralph y sus padres, había empezado a triunfar: sobre su depresión, sobre la pérdida de sus padres y sobre el accidente.

«Y, aun así, no querías ceder a ello. Ni siquiera esa noche en que Ralph, con la mano posada sobre el milagro de tu vientre, te susurró al oído: "¿Ves? Te lo dije, ¿a que sí?". No, eras demasiado pragmática para su superstición. A pesar del vago pero innegable escalofrío que sentiste, te limitaste a posarle un dedo sobre los labios. Sentías que te merecías algo de felicidad después de tantas desgracias».

Y sí, se la había merecido, pero por otras razones. Aquella felicidad no se pagaba…, se elegía.

Y eso le daba miedo.

«Porque te sentías sucia por ello, pero no lo bastante sucia. Eras feliz. Y no dejabas de preguntarte: si supieras que tu vida ya está determinada, si supieras que tus sueños se harán realidad, ¿no estarías dispuesta a aceptar ciertas cosas a cambio? ¿Cosas malas, esas de las que no hablamos?».

Entonces había llegado el primer noviembre. Y cuando había visto quién entraba en la sala de trofeos de los McKinley el día 2, a las diez en punto de la noche…

De repente, Luana echó la silla hacia atrás. Masculló una disculpa y no hizo caso ni a Laura ni a Ralph cuando le preguntaron si estaba bien. Mientras pasaba por detrás de la mesa, fingió que todo iba bien, pero en cuanto salió de la estancia echó a correr. Llegó al baño del otro lado del pasillo justo a tiempo. Se dejó caer de rodillas y vomitó.

Cuando terminó, se sentó con la espalda apoyada en la pared, la mirada clavada en las rodillas y un sabor desagradable en la boca.

«Hasta el último momento, no te creíste que fuera real. A pesar de las advertencias de Ralph, te sorprendió el impacto que tuvo sobre ti. Pero, aun cuando la depresión volvió con toda su intensidad, aun cuando tus pensamientos empezaron a llevar una vida propia y siniestra, aun cuando la madre de Ralph se tropezó en las escaleras y se rompió el tobillo, y Ralph, el dulce Ralph, que había dicho que te cuidaría, empezó a beber y a gruñir… Aun entonces seguiste sin creerte que fueras a hacerlo».

Sin embargo, a mediados de noviembre habían ayudado a un encorvado anciano de ochenta años a adentrarse en el bosque, donde le habían administrado la eutanasia.

Y mañana tendrían que volver a hacerlo.

Todos los años, en noviembre, llegaban los Días Oscuros. El bosque de Snoqualmie se agitaba. Volvía con la precisión de un reloj, una tormenta de las estaciones.

Comenzaba de forma inocente, como un «Blue Monday».

Los vecinos se sentían desmoralizados. Les aparecían dolores. Se ponían enfermos.

Pero luego empeoraba.

Reveses económicos. Peleas. Accidentes.

Y luego empeoraba todavía más.

La factura de un año de prosperidad se salda con unas cuantas semanas de lo contrario. Un tiempo de reflexión para que se dieran cuenta de lo que se arriesgaban a perder. Aquel era el precio que tenían que pagar por su felicidad.

O… la mitad del precio.

La única forma de acabar con los Días Oscuros era que alguien muriera en el bosque que había detrás de su casa. Una vez que llevaban a cabo el sacrificio, su maldición comenzaría a desvanecerse y los Días Oscuros terminarían, a más tardar, el 28 o el 29 de noviembre. Si el Día de Acción de Gracias caía más tarde, todo serían especias de calabaza, cosas bonitas y una feliz cena a base de pavo.

Si fracasaban, sus calamidades seguían empeorando. Y empeorando. Hasta que…

Alguien llamó con suavidad a la puerta. El cuarto de baño volvió a materializarse ante ella. Ralph.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí, tranquilo. No me encuentro muy bien.

—Lo siento. —Se quedó callado un instante y añadió—: Son casi las diez.

—Ya voy.

Luana se levantó y se lavó la cara. No había espejo sobre el lavabo, lo cual fue un alivio, porque no tenía muy claro si sería capaz de enfrentarse a sí misma.

Aquellos suicidios, aquellas eutanasias eran su póliza de seguro de vida más humana. El menor de dos males. Ralph le había mostrado las estadísticas de la ciudad, sacadas del archivo personal de Harry Aikman, que se remontaban a los años sesenta del siglo pasado. Fuera de allí, en las zonas del otro lado de Carnation Avenue y Lennox Mountain Road, durante el mes de noviembre la tasa de suicidios era seis veces más alta que la media nacional. Los delitos violentos se multiplicaban por diez. Y luego estaban las muertes naturales, una cifra impactante, al igual que la de accidentes y hospitalizaciones. Todo aquello era información pública, al alcance de cualquiera que estuviese dispuesto a atar cabos. Pero eso era lo inquietante: fuera de Bird Street, nadie los ataba. Era como si hubiera un punto ciego sobre esa parte del bosque de Snoqualmie. El centro de Lock Haven estaba más lejos; allí la influencia era menor. La gente no se daba cuenta y lo achacaba al trastorno afectivo estacional. Pero las cifras no mentían.

Y ¿el resto del año?

Había casas enormes por toda la ciudad.

Si ellos, los guardianes de Bird Street, no efectuaban su sacrificio anual, la maldición de los Días Oscuros se extendería. Se enconaría como un hongo en la psique local. Moriría gente. Mucha gente.

Y no se detendría.

Luana se secó las manos y abrió la puerta. Ralph estaba esperándola. Su marido le rodeó la muñeca con una mano y esbozó una sonrisa débil. Se dio cuenta de que lo estaba pasando tan mal como ella. Normal que aquel año les estuviera costando tanto. Solo podían pensar en Kaila.

—Vamos —dijo Ralph—. Todo irá bien.

Pero, una vez más, no lo tenía claro. Kaila cumpliría los dieciséis en abril. Al año siguiente, tendrían que iniciarla.

Cuando volvieron a la sala de trofeos, habían recogido la mesa. Ahora, delante de cada uno de ellos se alzaba un cáliz de cristal grabado, grande y vacío. Debajo del jabalí, a la cabecera sin ocupar de la mesa, había un decimocuarto. McKinley contemplaba el fuego desde el otro extremo de la mesa, y la mayoría de los vecinos lo imitaba. A esa hora, las llamas parecían irracionalmente feroces. Su resplandor albergaba un encanto extraño e hipnotizador.

Se sentó, se puso el bolso en el regazo. Laura le preguntó en un susurro si estaba bien. Luana asintió, no la miró.

Durante un rato, lo único que oyó fue la respiración ronca y sibilante de Dorothy. La anciana estaba arrellanada en la silla. Luana no estuvo segura de si estaba despierta hasta que la mujer levantó una mano, temblorosa y en forma de garra, para agarrar la de su marido.

Vio que Marc Wachowski jugueteaba con su anillo de casado. Lo hacía girar con el pulgar y el índice de la mano derecha, como si quisiera quitárselo y no terminara de decidirse. Joyce fingía no verlo.

Un trozo de leña restalló en la chimenea y un resplandor rojo se reflejó en el cáliz de la cabecera de la mesa.

A las diez menos cinco, Graham McKinley se puso en pie. Apretó un botón en un mando a distancia y se oyó un traqueteo mecánico. El retrato de su padre se deslizó hacia la izquierda y dejó al descubierto una caja fuerte. El patriarca marcó un código y la caja se abrió. Hecho esto, volvió a sentarse.

Desde algún rincón de la noche, brotó un aullido lastimero. Luana tardó cinco largos, escalofriantes y aterradores segundos en darse cuenta de que provenía de los galgos de Laura y Gray, en la casa de enfrente.

Nadie hablaba.

Nadie miraba a los demás.

Todos esperaban.

Entonces el péndulo vibró y el reloj dio las diez.

Después del tercer toque, el monumental estruendo de la aldaba retumbó en el pasillo. Dos veces. A Luana le volvió a la memoria una frase que su madre solía decir cuando los pequeños contratiempos se sucedían uno tras otro: «El diablo siempre llama dos veces».

Elizabeth desvió la mirada hacia la puerta, pero esta vez no parecía tener ganas de levantarse. Se oyó otro estrépito atronador: el del cerrojo al descorrerse. La puerta delantera se abrió. Una corriente de aire frío entró en la sala de trofeos e hizo que la lámpara de araña tintineara y el fuego se reavivase.

El pequeño Ricky empezó a llorar.

Luana tenía el corazón desbocado; aun así, miró de soslayo a Laura, que había cerrado los ojos y entrelazado las manos con fuerza. Estaba murmurando una oración. A su derecha, Gray Júnior agarró a Laura del brazo y le lanzó una mirada ansiosa al cochecito,

pero no fue capaz de reunir el valor necesario para levantarse. No es que le sirvieran de mucho a Ricky.

La puerta delantera se cerró de golpe. Desde el pasillo les llegó el metódico clac, clac de unos zapatos de charol. Camino de la sala de trofeos.

Un sollozo ahogado. Puede que fuera Olivia. Puede que fuera Marc. Luana no habría sabido decirlo. Tenía la mirada clavada en el temblor de sus propias manos.

De repente, se le nubló la vista. Hubo un breve y momentáneo espejismo de sombras que se arrastraban hacia la sala de trofeos, no de un hombre ni de una bestia, sino de ramas de sauce retorcidas. Se acercaban cada vez más desde la puerta, reptaban por el techo, por el revestimiento de roble de las pareces, por el suelo de madera pulida. Empezó a erizársele el vello; tuvo la sensación de que el cuero cabelludo se le deslizaba por el cráneo y los músculos de la espalda se le tensaron. Todo le hormigueaba como si el aire se estuviera cargando de electricidad.

Entonces, el espejismo desapareció.

El Contable entró, vestido con el mismo traje que llevaba cuando se le apareció por primera vez, hacía tantos años, en São Paulo. Luana no lo miró, pero lo vio acercarse por el rabillo del ojo; alto, anormalmente alto, desenfocado. Las solapas de satén titilaban como la escarcha reciente. Los gemelos reflejaban el naranja del fuego. El humo que le brotaba de los delgados hombros era casi tan convincente como para que lo tomaras por lluvia evaporándosele del traje.

Pasó por su lado de la mesa. Harry. Elizabeth. Ralph. Todos se encogieron. Luana no se atrevió a darse la vuelta, pero alcanzó a

olerlo y se le agarrotaron los músculos del cuello: el almizcle intenso de su loción para después del afeitado, gases nocturnos y vapores como los de un pozo en el bosque.

Oyó su respiración. No era sibilante como la de Dorothy, sino voraz y gutural. Hambrienta.

Se le entrecortó cuando vio el cochecito.

Entonces Luana se volvió… a medias. No le quedó más remedio, ya que los gemidos de Laura eran tan desgarradores que no fue capaz de seguir ignorando lo que estaba ocurriendo detrás de ella. Se giró justo a tiempo de ver al Contable encorvado; sus movimientos peculiares, casi infantiles, nada que ver con cómo se movía un hombre adulto. Una mano enfundada en terciopelo se deslizó bajo la capota. Si tenía pulmones, en aquel momento absorbieron aire con un siseo. Dejó escapar un ruido inarticulado de excitación casi ardiente, como una laringe que intentara hablar sin lengua, sin labios, sin dientes: oouuuuhhhhh…

El pequeño Ricky dejó de llorar. Entonces Luana distinguió unos gorjeos, pero no sabía si procedían de Ricky o del Contable.

Gray le apretó el brazo a Laura con todavía más fuerza. El sudor le perlaba la frente, pero ambos seguían demasiado paralizados para intervenir. El Contable ladeó el rostro hacia los recientes padres y sonrió con un fervor indisimulado. Estaba babeando, un hilo largo y brillante de baba a modo de felicitación.

Luego enderezó la espalda como si fuera una navaja automática y siguió hacia la cabecera de la mesa, donde dejó el maletín. Se enjugó los labios con el dorso del guante de terciopelo y sacudió la baba en dirección al fuego, donde se evaporó con un silbido.

El Contable abrió el maletín y sacó su libro. Después lanzó una mirada en torno a los congregados. En ese momento parecía un hombre corriente, con una cara que cualquiera olvidaría en cuanto apartase la mirada de él. Pero, en cuanto clavó los ojos en Luana, esta se vio catapultada de vuelta a su primer noviembre en Bird Street, a su primera reunión en la sala de trofeos.

«Esto no está ocurriendo», había pensado cuando él entró tan pronto como dieron las diez. Pero sí estaba ocurriendo. Todo había encajado en aquel instante. Él era el hombre que la había visitado cuando estaba desangrándose en la calle. Él era el hombre que le había devuelto la vida. Salvo que no era un hombre.

Desde que se había despertado del coma hasta que se encontró frente a él en persona, le había restado importancia pensando que había sido un delirio febril al borde de la muerte. Pero entonces lo había comprendido. Lo había planificado todo. Su llegada a Estados Unidos. Que se enamorara de Ralph. Su embarazo. Todo predestinado.

Según los recuerdos de Luana, en aquel sueño de cromo y cristal y asfalto y sol había mojado el dedo en su propia sangre y había trazado una mancha espeluznante en la página justo antes de perder el conocimiento. Pero, cuando el Contable le había mostrado su libro dieciocho meses más tarde, había visto su nombre completo:

Luana Perreira da Silva

Escrito con sangre.

Por supuesto, se le había ofrecido la oportunidad de arrancar la página del libro y quemarla en la chimenea. Incluso ahora, dieciséis

años después, la mirada ansiosa del Contable le ofrecía lo mismo.

«Adelante —decía esa mirada—. Tú eliges».

Pero, en aquel entonces, Luana había pensado en la criatura que llevaba en el vientre y se había negado. Ahora pensaba en Kaila y en el cuchillo de pelar patatas. Y se negó de nuevo.

Puede que Kaila y Django hubieran nacido sanos, pero ambos habían sobrevivido a duras penas al parto. Los dos habían nacido azules. El cordón umbilical se les había enredado como una soga alrededor del cuello, como una advertencia de las calamidades futuras, y habían transcurrido unos minutos aterradores antes de que por fin tomaran su primera bocanada de aire y su llanto resonara en la sala de maternidad.

«Y por eso el ciclo continúa. Once meses de felicidad, cuatro semanas de oscuridad. Aceptado, compartimentado en un silencio dorado. Da igual lo culpable que te sientas. Kaila y Django no lo saben. ¿Cómo crees que reaccionarían si descubrieran que detrás de sus talentos hay una trampa, que hay un motivo oscuro por el que a ellos se les abren puertas que permanecen cerradas para otros? Sí, puedes plantearte cómo habrían salido de haberse criado en otro sitio; si Django habría tocado el piano, si Kaila habría sido bipolar. Pero no olvides que…».

Para empezar, no habrían existido.

Por eso Ralph y ella estaban atrapados en el pacto de Bird Street. Estaban allí por voluntad propia. Podían mudarse. Quitarles a sus hijos su mayor felicidad sería insoportable…, aunque no tan insoportable como que ella perdiera la suya: los propios niños.

Otra de las frases hechas de su madre: «El diablo siempre hace trampas».

Una vez que el Contable le hubo ofrecido el libro a todo el mundo —nadie lo aceptó—, volvió a guardarlo en el maletín. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, un espasmo antinatural de alegría, algo que se suponía que era una carcajada, tal vez, y una vez más Luana pensó: «Infantil. No es un hombre. Finge ser un hombre, aunque no le sale bien del todo. De hecho, le sale fatal».

Se ajustó la pajarita. Entonces, el Contable sacó una jarra de cobre del maletín y le quitó la tapa. Esta vez rodeó la mesa por el otro lado —Marc, Joyce, Olivia, Juliette— y les llenó los cálices de un vino espeso y rojo como la sangre. Que humeaba. Cuando llegó a Maurice, este fue el primero en romper el silencio desde que había llegado el Contable.

—Solo un sorbo para mí, por favor. —Tenía la voz ronca, apenas reconocible—. Creo que ya he bebido demasiado.

El Contable no se movió. Al principio, Maurice no se dio cuenta; luego levantó la cara y, una vez que su mirada se cruzó con la del Contable, ya no pudo apartarla. Ocurrió algo. Se produjo un intercambio tácito entre ellos, algo que Luana no llegaba a entender del todo, pero que estaba ahí, y se volvió horrible. Maurice empezó a temblar. Una oscuridad se abrió alrededor de ambos, un crepúsculo titilante que pareció envolver a su vecino mientras el rostro del Contable flotaba en un humo negro. Las ramas de noviembre se movían en el interior de ese humo, y cuatro ojitos blancos resplandecían sin dejar de mirar a Maurice como estrellas frías.

Este sudaba profusamente. Tenía los ojos desorbitados y, por las comisuras, le caían lágrimas de sangre de los capilares reventados.

Más tarde, Luana se dio cuenta de que no era capaz de recordar cómo ni cuándo había terminado el espejismo, pero, cuando acabó,

Maurice estaba sentado con la cara entre las manos mientras el Contable, con la misma compostura voraz, le llenaba el cáliz hasta el borde.

Juliette se tapó la boca con las manos.

A Dorothy le colgaba la boca, convertida en una máscara de horror.

Nadie más habló cuando el Contable se acercó a llenarle la copa. Nadie lo miró a los ojos. La jarra seguía vertiendo vino, a pesar de que hacía tiempo que tendría que haberse vaciado. Una vez concluida la tarea, se dirigió con calma a la cabecera de la mesa ocupada por Graham McKinley, que parecía más viejo que nunca.

El Contable se acercó a la caja fuerte y sacó el artefacto. Cada año era distinto. Un teléfono móvil. Una fotografía arrugada. Dentaduras postizas.

Aquel año eran unas gafas de montura de pasta. Luana sabía que habían pertenecido a Richard Poulsbo, de Olympia, Washington, un hombre de cuarenta y siete años, gerente de un Costco y paciente de distrofia miotónica, un trastorno muscular hereditario con un pronóstico de vida de tres años. Poulsbo no había querido esperar a que llegara ese momento, pero tampoco había conseguido reunir el valor necesario para comprar un arma y pegarse un tiro en la cabeza. El año pasado, le habían proporcionado un final más humano en el bosque que había tras las casas de Bird Street.

Por un instante, el Contable se limitó a quedarse allí plantado, con los ojos cerrados, inhalando el olor de las gafas. Inmóvil. Atrapando el aroma en su interior.

Luana se percató de que estaba babeando de nuevo.

Entonces exhaló. Le brotó vapor de los hombros. Mientras se dirigía hacia la chimenea, sosteniendo las gafas entre el pulgar y el índice, una sonrisa lobuna se le dibujó tras el aliento de vapor blanco.

Les hizo un gesto para que se pusieran en pie. Susurros de ropa, crujidos de sillas. Todos se levantaron, Dorothy con la ayuda de su marido.

En cuanto se detuvo debajo del jabalí, el Contable alzó su cáliz y todos lo imitaron. Por primera y última vez aquella noche, habló. Su voz susurraba como la noche de noviembre, fría como la Luna del Castor y, sin embargo, tan normal como la voz de un hombre o un niño:

—*Vivir en prosperidad. Concedida voluntariamente.*

El patriarca levantó su copa más alto y emitió un rotundo:

—¡Sí!

—Sí —gruñó Dorothy.

Graham le hizo un gesto de asentimiento y miró en torno a la mesa.

—Sí

El susurro de Maurice apenas fue audible.

—Sí —dijo Juliette.

—Sí —dijo Olivia.

—Sí —dijeron Joyce y Marc al unísono.

El Contable desvió la mirada hacia el otro lado de la mesa.

—Sí —dijo Harry.

—Sin duda —dijo Elizabeth—. No hay otra opción.

—Sí —asintió Ralph.

Luana no levantó la copa, no levantó la vista hacia el Contable. Evitó la mirada de todos los presentes. Tuvo que carraspear antes de poder pronunciar:

—Sí.

—Sí —dijo Laura, a su derecha.

Y:

—Sí —dijo Gray Júnior.

Al Contable le brillaron los ojos. Buscaron los del patriarca. Este último volvió a levantar su cáliz y exclamó:

—Queridos vecinos: ¡gracias!

—¡Gracias! —corearon al unísono, y luego bebieron.

Luana arrugó la cara. Sabía a algo vivo, amargo y ferroso. Estaba a temperatura corporal.

El Contable bebió y bebió y bebió hasta vaciar el cáliz. Resolló mientras se pasaba la lengua por los labios. Después arrojó las gafas al fuego con descuido.

Fuera, el viento aullaba.

Las gafas restallaron entre las llamas.

KAILA

Saltando. La vita è bella. Días Oscuros. La cosa a los pies de la cama.

27 DE OCTUBRE

Se detuvo junto al borde.

Una caída de nueve metros.

Tenía que saltar.

Kaila cerró los ojos, se llenó los pulmones de aire. No tenía miedo. Se había liberado del mundo y todos los sonidos se amortiguaron hasta que solo oyó los latidos tranquilos de su corazón en las sienes. El cerebro ya no era consciente del dolor, solo de la liberación que acompañaba a la suma concentración. Ojos abiertos. De puntillas. Pecho hacia delante, nalgas apretadas. Y entonces echó a volar.

Al instante, el tiempo se ralentizó. Como en un baile, curvó el cuerpo, los destellos de luz y de agua se alternaban ante ella cuando comenzó a dar vueltas, una, dos, tres veces. Le dio tiempo a darse cuenta de lo increíblemente rápido que la superficie se alzaba para salir a su encuentro mientras ella estiraba y cerraba las manos por encima de la cabeza, y entonces atravesó el espejo. Sintió una euforia pura cuando cortó el agua; era una lanza flexionada a la perfección que por fin se doblaba y giraba. Se impulsó con las piernas hacia arriba y jadeó para recuperar el aliento.

—¡Kaila! —Se sacudió el agua de las orejas y nadó hacia el lateral de la piscina. Alejandro la llamaba desde el bordillo—. Termina el

impulso antes de empezar a girar, te has adelantado un poco. Brazos rectos en la entrada, mantén la tensión en el abdomen. El resto ha estado bien.

Le hizo una demostración de sus instrucciones a modo de ejemplo. Alejandro Fuentes era un entrenador apasionado, y ella era su mejor atleta. Contaba con que la muchacha representara al equipo de Estados Unidos en los Juegos Olímpicos de París, pero no sabía que Kaila saltaba por una razón del todo distinta. Solo se sentía viva cuando estaba volando, en pleno control de todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Como si pudiera ser más rápida que su enfermedad mental. Y, cuando perforaba la superficie, escapaba de ella. Seroquel, Lexapro, litio… No había pastilla mejor que aquello. Ojalá pudiera permanecer sumergida para siempre, allí su bajón no la encontraría. Pero las limitaciones humanas siempre la obligaban a volver a la superficie en busca de aire. La realidad la alcanzaba.

«¡Ahí estás! Creía que te había perdido. No puedes ganarme, Kaila. Ay, ¿pensabas que sí? Pobrecita».

La chica salió de la piscina y se secó con la toalla. Un triple mortal y medio carpado, eso era lo que estaba entrenando. Alejandro tenía razón: no había mantenido la tensión del abdomen. Le fallaba la concentración. Aquel era su último entrenamiento; sus padres nunca la dejaban saltar en noviembre. Demasiado arriesgado. Pero lo necesitaba con todas sus fuerzas. Sobre todo ahora.

Otra vez arriba. Los dedos de los pies descalzos sobre las escaleras de metal. Hasta lo más alto de la torre, hasta el tejado del estadio. Jax la saludó con la mano desde las gradas. Kaila le devolvió

el gesto, pero no lo miró. Él ya había terminado de entrenar y la estaba esperando.

Empezó a preparar el cuerpo, a intentar despejar la mente. Era difícil no ceder a la fatiga que sentía en las extremidades con el litio corriéndole por las venas.

Alejandro gritó: «¡Diez!», lo que indicaba que la piscina estaba despejada. Kaila se acercó al borde.

Allí, con los dedos de los pies enganchados al borde y las gotitas cayendo al agua de más abajo, supo que tal vez algún día saltara sin una piscina a sus pies. Se alzaría muy por encima de la tierra y oiría las gotas salpicando en la oscuridad del fondo. Tensaría el cuerpo, estiraría los brazos, cogería aire y después, con valentía, con el pecho hacia delante, daría el salto. Haría un carpado y vería la vida dando vueltas a su alrededor, y luego se estiraría para detenerla al fin. ¿Se alarmaría al no ver agua, sino asfalto negro? Haría un agujero en él, lo perforaría justo como le habían enseñado a hacer. Y, en la oscuridad que la rodearía, ya no tendría que salir a respirar jamás.

Esa idea la asustaba y, al mismo tiempo, la consolaba. No era que quisiera morir, no exactamente. Era una idea que estaba ahí, sin más, y que en cierto modo le daba fuerzas.

Por si acaso se quedaba sin fuerzas de verdad.

Se enderezó, se estiró, saltó. Ya mientras caía, sintió que algo iba mal.

No era el familiar destello de luces y agua. Era un destello de luces y oscuridad. De nuevo, el retraso cuando su cuerpo comenzó a girar por instinto. Pero, esta vez, el miedo la traspasó. Intentó fijar la mirada en lo que era arriba, luego abajo. Se estiró para salir del giro.

Los ojos se le abrieron como platos. No había agua en la piscina, había una multitud de personas. Centenares. Un mar de cabezas que se balanceaban y se acercaban a gran velocidad. La miraban con la boca abierta y negra, le tendían las manos pulposas.

Kaila cerró los ojos con fuerza y se estremeció. Un instante después, golpeó el agua. La increíble fuerza del impacto la dejó sin aire en los pulmones. Se hundió en el azul mientras el dolor le recorría el cuerpo entero. Le pitaban los oídos. Sin saber cómo, logró bracear hasta la superficie, escupió agua.

—¡Por Dios, Kaila! ¿Estás bien?

Alejandro tenía las manos apoyadas en los muslos. Ella asintió con vehemencia y cerró los ojos para contener las lágrimas. «Tripazo», lo llamaban. Cometer un error y golpear el agua de lleno a unos cincuenta kilómetros por hora. Fracaso absoluto. El estadio contenía la respiración, había decenas de personas mirándola. «Dejadme en paz —pensó mientras el mundo empezaba a dar vueltas—. Dejadme en paz de una vez».

—¿Seguro de que estás bien, niña? Acércate al bordillo.

El dolor del costado derecho le ardía. No sabía si se había hecho alguna lesión grave, así que intentó nadar de espaldas. Joder, esas manos. No eran reales. Aun así, le entró el pánico cuando la agarraron por los hombros. Había manos por todas partes, tirando de ella, aferrándola. Quiso resistirse, pero solo era Alejandro sacándola del agua. Una vez fuera, se desplomó sobre las baldosas con los dientes castañeándole.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jax—. ¿Había un auxiliar de vuelo y

no me he enterado? Porque era como si… te estuvieras preparando para el impacto.

Por el retrovisor, Kaila atisbó los pinos que se mecían ante la luz del camino de entrada. Jax la había llevado a casa. Durante el trayecto, habían escuchado música, y ahora lo único que le apetecía era bajarse del coche y meterse corriendo dentro. Tomarse un batido de proteínas y echarse en la cama.

—No lo sé.

—Menos mal que estás bien. La última vez que me pasó, no podía caminar. Increíble.

Kaila dejó que las palabras de Jackson le resbalaran, aunque le preocupaba que el familiar sonido de su voz no le llegara. Más bien, le causaba aversión. No podía pedir un novio mejor que Jax Bridell. Diecisiete años. Abdominales como una tabla de lavar. Una mata de pelo rojo y rizado, un sentido del humor exasperante, fan de Queen desde que Rami Malek protagonizó *Bohemian Rhapsody*. Estaban enamorados, pero algo no iba bien. Era una broma cruel: Kaila tenía todo lo que su corazón podía desear y, aun así, pensaba en quitarse la vida.

—Kay, solo estoy preocupado por ti.

—No te preocupes. Ya estoy bien.

—Sabes que no me refería a eso.

«En serio, estoy bien. El hecho de que lleve toda mi vida pensando en el suicidio no es más que un síntoma. Un deseo pasivo de morir, dice mi terapeuta. ¿No significa eso que ahora mismo estoy bastante bien?».

—¿Seguro que no quieres que entre?

—Ya sabes que no puedes, mañana hay clase.

—No me refiero a quedarme a dormir. Solo quiero estar un rato contigo. Porfaaa.

Kaila se puso a juguetear con la manija de la puerta y contó los arañazos que tenía para mantener las lágrimas a raya. No se atrevía a decirle lo mucho que le asfixiaba esa idea.

—Mi madre no se encuentra bien, quería acostarse pronto. Otro día, ¿vale?

Aquellos enormes ojos marinos… Casi explotaba cuando la miraba así, con tanta ternura. En realidad, era increíble que no hubiera explotado ya.

—Qué se le va a hacer. De todas formas, ahora tienes una pinta horrible —le dijo con una gran sonrisa—. Estás toda colorada del golpe.

Ella apenas logró curvar los labios, pero se tensó cuando él se acercó para besarla. Primero en la frente, luego en la nariz, luego en el cuello. Se zafó de sus brazos y casi chilló:

—Nos vemos el sábado.

Abrió la portezuela de un tirón y se bajó del coche a toda prisa, arrastrando su bolsa. Jax se inclinó para asomarse y gritar:

—Espera, tengo una cosa para ti. —Le dio una pulsera trenzada con hilos—. Póntela en el tobillo y no te la quites nunca. Te protegerá cuando te caigas.

«Ese es justo el problema», pensó ella.

—Qué detalle. Gracias, me la pondré.

—¡Te quiero!

Kaila le contestó lo mismo, pero no volvió la vista mientras se apresuraba hacia la puerta. Se odió por haberlo dicho. Jax tenía que

empezar a mirar por sí mismo. No quería que se volviera dependiente. No quería que sufriera si algún día ella ya no estaba.

1 DE NOVIEMBRE

—¿Has vuelto a pensar en el suicidio?

La pregunta la pilló desprevenida. Kaila levantó la mirada y se llevó la mano al vendaje que le cubría el estómago.

El doctor Pill suspiró.

—¿Sientes el impulso de quitarte la vida?

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Sé lo que es el suicidio. Esto ocurrió porque quería vivir.

Para ser sincera, la idea del suicidio le provocaba sentimientos encontrados, porque lo asociaba con personas solitarias que ya no tenían motivos para seguir viviendo o con perdedores que ansiaban llamar la atención. Kaila no era ninguna de las dos cosas. Si alguna vez pensaba en quitarse la vida, era a modo de reflexión puramente clínica. Un paso final y práctico para cuando ya no pudiera continuar luchando contra su trastorno.

Pero lo del cuchillo de pelar patatas había sido distinto.

Era el litio. Le habían aumentado la dosis para los Días Oscuros, pero les había salido el tiro por la culata. El letargo se había apoderado de ella como una niebla, la había aplastado, le había velado los pensamientos, la había hecho invisible. Aquel día, después de clase, estaba viendo *La dolce vita* en su habitación cuando se dio cuenta de que había dejado de sentir el cuerpo. Se pellizcó la mejilla. Se dio golpecitos en la mandíbula con los nudillos. Nada. Tenía el cuerpo entumecido, era un pedazo de carne cruda

con el que su mente ya no conectaba, como si hubiera perdido el derecho a existir en este mundo. Anita Ekberg se metió en la Fontana di Trevi y Kaila perdió la cabeza. Qué bonita tarde de martes. Entra el ataque de pánico: adelante, embiste y cómete la sopa que tengo por cerebro.

Bueno, psicosis maníaca aguda.

El cuchillo solo había servido para ayudarla a sentir algo.

La encontró su madre. Qué bien, otra cosa más por la que sentirse culpable. Su intención nunca había sido la de asustar a mamá. Y eso, a su vez, la asfixió de nuevo. Todo era agotador. A veces Kaila pensaba que estar muerta sería muy útil.

Otra vez en Fairfax. Papá sustituyó a mamá. El auxiliar que le limpió las heridas le sonrió y dijo: «Parece un ataque de oso. ¡Grrrr!», curvando tres dedos en forma de garras, arañando el aire.

Kaila le lanzó a su padre una mirada suplicante: «Ayuda».

A mitad del triaje, las terminaciones nerviosas volvieron a activársele. Más bien, el cerebro volvió a activársele. El dolor le abrasaba la piel del estómago. Aun así, fue un alivio: que le doliera significaba que su cuerpo y ella estaban sincronizados.

No había camas para ingresarla. El ala de menores estaba abarrotada. La pandemia, dijeron. Más alivio todavía. A Kaila la habían ingresado en dos ocasiones anteriores y, la verdad, prefería la muerte. Le sorprendió recibir el apoyo de su padre, pero entonces cayó en la cuenta: con los Días Oscuros a la vuelta de la esquina, quería que su hija estuviera en casa a toda costa. En cualquier caso, convenció al psiquiatra de que no llamara a Stillwater.

Kaila se dio cuenta de que el doctor estaba bastante afectado cuando lo miró a los ojos, porque sabía que ella sabía que no podía

ayudarla. El auxiliar tenía razón: su psicosis era como un oso y, cuando atacaba, nadie podía ayudarla. Podían estabilizarla, pero ni siquiera eso funcionaba siempre. Al fin y al cabo, lo llevaba en los genes. El hermano de su padre, Frank, también la había tenido. Nunca era el tío Frank, porque nunca había llegado a convertirse en tío. Mucho antes de que ella naciera, se había subido a la azotea de un rascacielos de Seattle y había saltado. Eso había ocurrido el 9 de noviembre de 1985, según la placa que había sobre la repisa de la chimenea. En aquel momento, Frank solo tenía un año más de los que ella tenía ahora.

—Muy bien, hemos terminado —suspiró el doctor Pill. Más Seroquel. Mientras salían de la consulta, le preguntó—: ¿Por qué el estómago?

Kaila se encogió de hombros.

—No aspiro a ser la típica adolescente histérica que se autolesiona. El bañador me tapa la barriga, no los brazos.

3 DE NOVIEMBRE

A Kaila le encantaba su habitación.

Todas las voces de la casa se desvanecían en cuanto cerraba a su espalda la puerta del antiguo trastero, que ahora servía de escalera al desván. Como una puerta a Narnia. Una vez allí arriba, incluso el piano de Django desaparecía. Allí solo se oía el crepitar de la calefacción central y el crujir de los aleros.

Su dormitorio estaba en la parte más alta de la casa, cosa que lo convertía no en una habitación de paredes rectas, sino en un *loft* secreto con rincones y recovecos extraños bajo una red de vigas de

madera. Kaila había empapelado las paredes con carteles de películas: Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, Sophia Loren en *Una giornata particolare*. Había un póster enmarcado de *La vita è bella* y un original de *Sunset Boulevard* del Museo de Hollywood. Cierto, también había un póster de The Vamps. Bradley Simpson era su placer culpable, porque estaba buenísimo. Incluso Jax le daba la razón.

En su habitación no tenía que relacionarse con otras personas y, por lo tanto, tampoco tenía que relacionarse con su enfermedad. Sabía que era una ilusión, pero una ilusión maravillosa de todos modos, como una escena de una película de Fellini en la que los sueños se hacían realidad. ¡Sí, que pasen los extras al plató! Esa era su película si así lo deseaba. Ella era la directora, y a su alrededor, las cámaras traqueteaban soltando serpentinas de Super 16 a toda velocidad.

Arezzo, Italia, tres meses antes.

En medio de los palacios ocre de la inclinada Piazza Grande, levantó los brazos hacia el cielo. ¡Qué bonito era todo! Cayó en la cuenta al imaginarse en la Toscana de la década de 1940. Allí, donde se rodó su película favorita, *La vita è bella*, miró a la vida a los ojos y experimentó una abrumadora sensación de felicidad que había perdido hacía tiempo. Bailó de un grupo de turistas alemanes o británicos a otro, saludándolos con exuberancia y atrayendo miradas de sorpresa al pasar: «*Buongiorno, principessa!*».

Sus etapas de manía tenían esas cosas.

A la mierda con los Juegos Olímpicos, el sueño de Kaila era matricularse en la Escuela de Artes Cinematográficas de la

Universidad del Sur de California en Los Ángeles. Así que aquellas vacaciones eran las mejores de su vida. Ya habían visitado Cinecittà, cerca de Roma, donde se exhibían piezas originales de utilería de innumerables clásicos y los vestidos auténticos de Anita Ekberg. Pero aquello (esos adoquines, el pozo, aquel pedazo revivido de historia del cine) lo superaba todo.

Allí estaba el adorable Django, lamiendo un helado. Mamá y papá se estaban tomando un café en una terraza un poco más abajo.

—¡Vamos! —Kaila se rio mientras agarraba a su hermano de la mano y tiraba de él.

—Oye, ¿de qué cojones va esto?

—¡Ahora lo verás!

Subieron corriendo hasta el punto más alto de la plaza. En una calle empinada y estrecha, Kaila vio una bicicleta aparcada delante de una floristería. La agarró y se acomodó en el sillín.

—¡Ven, súbete al manillar!

—¡Kaila, estás como una cabra, esta bici es de alguien! No puedes…

—¡La devolveremos! ¡Va a ser divertido!

Django dudó. Luego sonrió, se embutió entre los brazos de su hermana y se encaramó al manillar. Kaila mantuvo los pies apoyados sobre los adoquines para evitar que se cayeran. Django echó un brazo hacia atrás para pasárselo por el cuello.

—Espera, todavía no he cogido postura…

Se pusieron en marcha con un tambaleo. A Django se le cayó el cono de helado entre los radios.

—¡Mi helado!

—¡Luego te compro otro!

—¡Cuidado, vas dando tumbos por todas partes!

Pero circulaban cuesta abajo, cada vez más deprisa. Detrás de ellos, una mujer ponía el grito en el cielo en italiano. Kaila encontró el ritmo de los pedales y salieron de la callejuela hacia la plaza inclinada.

—¡Por Dios, Kaila, frena un poco!

—¡Llegas tarde al colegio! —dijo entre risas, imitando a Benigni—. *Vai, vai!*

—¡Madre míaaa!

—Oh, c'è un cavallo! C'è un cavallo, tutti cavalli!

—¡Kaila, nos vamos a matar!

—¡Agárrate, hermanito!

Tocando el timbre, cruzaron la plaza a toda velocidad con el pelo ondeando al viento. La gente saltaba y ella los esquivaba a todos. Kaila no podía parar de reír y Django no podía dejar de gritar. ¿Por qué estaba su hermano tan asustado? ¡Estaban volando! ¡Kaila era invencible, era inmortal!

Cuando enfilaron otro callejón estrecho y empinado en la parte baja de la plaza, logró esquivar por los pelos a un grupo de turistas y las cajas apiladas de un vendedor de salchichas. Pero ahora sí había miedo, un miedo agudo y repugnante, como si una profunda oscuridad la mirara con ojos lascivos, una oscuridad que tenía que dejar atrás. En un abrir y cerrar de ojos, Kaila había salido pedaleando de su sueño de libertad absoluta y se había adentrado en una pesadilla plagada de peligros. Pedaleaba como si la persiguiera el mismísimo diablo. La rueda golpeó un bache y vio que Django daba un salto. Se imaginó que salía disparado desde el manillar y se rompía el cráneo al estamparse contra el escaparate de

una tienda. Mientras cruzaba a toda velocidad una calle comercial, se imaginó que ambos chocaban de frente con una carretilla que pasaba por ahí y daban vueltas de campana. Esas cosas podían pasar, tenían que pasar…, pero no pasaron. Kaila venció al diablo.

Tuvieron que alejarse bastante más antes de que al fin lograra parar. Los dos seguían riéndose a carcajadas cuando sus padres llegaron corriendo.

Estaban furiosos. ¿Cómo se le ocurría? Django podría haberse quedado sin dientes; los dos podrían haberse quedado sin ellos. «O podríamos haber muerto —pensó Kaila sin dejar de reírse—. Podría haber pasado de verdad». Se quedó atónita al darse cuenta de que, al mismo tiempo que se carcajeaba, estaba llorando. ¿De alegría? ¿De miedo? ¿De alivio? ¿Quién iba a saberlo?

A sus padres no les duró mucho el enfado. Nunca les duraba cuando sus manías la hacían meterse en líos. Papá hizo que Kaila se disculpara mil veces con la dueña de la bicicleta cuando la encontraron en la plaza. La mujer iba despotricando sobre *carabinieri* y *criminali*, pero entonces la chica le dio un beso repentino en la mejilla y dijo:

—*La vita è bella!*

Y lo era.

De manera inesperada, recibió un abrazo.

Tumbada en la cama, Kaila veía a gente saltar desde setenta y cinco metros de altura.

Se había quedado a dormir en casa de Jax y había sido un fiasco. El «concepto» de quedarse a pasar allí la noche de un martes cualquiera era guay, porque sus padres solían ser muy estrictos con

esas cosas. Pero no había sabido cómo lidiar con la atención empalagosa y bienintencionada de su novio. Se suponía que aquel día iba a quedarse a cenar, pero se le revolvía el estómago solo de pensarlo, así que le pidió a Jax que la llevara a casa. Refunfuñando, él accedió. Kaila subió directamente a su habitación, pero esta vez ni siquiera su cuarto le proporcionó el consuelo que buscaba. Al contrario, la tristeza la atacó de inmediato.

En fin, noviembre. Y solo estaban a 3. ¡Aún quedaba mucho por delante!

Kaila se dejó caer sobre la cama con el móvil sobre el pecho. Le había quitado el protector de pantalla antirreflejos que le obligaban a ponerle porque lo odiaba, como todas las cosas que le recordaban los Días Oscuros. Como acto de rebeldía, no era gran cosa, pero Kaila se sentía agotada. Estaba demasiado cansada para dormir. Demasiado cansada para cualquier cosa que no fuera pasar con apatía de un vídeo al siguiente.

«Los saltadores del Golden Gate», los llamaba YouTube. Como si fueran ángeles que atravesaban las puertas del cielo ya mientras caían.

Había un hombre de pelo blanco con una ondeante camiseta gris que trepó hasta el otro lado de la barrera y se dejó caer de inmediato. Había un chico rubio vestido de negro, apenas mayor que ella, que esperaba en el lugar donde el anciano había saltado, como preguntándose si de verdad era demasiado tarde. Detrás de él, en el puente, el tráfico zumbaba sin cesar hacia y desde San Francisco. Un corredor pasó tras él. Pero nadie lo vio. No, el corredor sí lo vio. Puede que siguiera adelante para protegerse del trauma de no lograr

convencer al chico de que cruzara la barrera hacia su lado. Puede que no le importase.

La mayoría de los vídeos estaban borrosos, grabados con teléfonos que ampliaban la imagen desde la orilla del río. Pero el vídeo del chico se había grabado con un teleobjetivo, así que se le veía la cara. A Kaila se le formó un nudo en el estómago. Ser espectadora de ese momento tan oscuro e íntimo de su vida, del momento en que había decidido ponerle fin, le parecía una violación de su privacidad. Y, sin embargo, no podía no mirar. Escudriñaba el rostro del chico como si esperara algo de él, una señal de solidaridad tal vez, pero no recibió ninguna.

¿Qué les pasaba por la cabeza cuando saltaban? Kaila era incapaz de desentrañar la respuesta. Había leído un artículo donde entrevistaban a varios supervivientes. Había treinta y cuatro casos registrados. Treinta y cuatro de los más de dos mil que se calculaba que existían, aunque a los novecientos noventa y siete habían dejado de contar oficialmente para evitar que se convirtiera en un espectáculo. Casi todos afirmaban que el tiempo se había ralentizado durante la caída. Y que se habían arrepentido de su decisión en cuanto se habían soltado. Cuando Kaila reflexionó sobre ello, el nudo del estómago se le tensó aún más. Una mujer había declarado: «Esperaba que fuera una experiencia trascendental, una calma en la que pudiera flotar y dejarme llevar. En cambio, solo sentí la espantosa certeza de que había cometido el mayor error de mi vida. Y le recé a Dios por una segunda oportunidad».

Algunas personas sobrevivían al impacto inicial, pero su cuerpo destrozado les impedía nadar y se ahogaban en las frías aguas de la bahía de San Francisco. Para entonces, las costillas fracturadas ya

les habían lacerado las entrañas como un batidor de huevos, les habían llenado los pulmones de sangre y agua salada. Algunos cuerpos aparecían a cuarenta kilómetros de distancia, en las islas Farallón, tras haber sido pasto de los tiburones, con los ojos arrancados por los cangrejos. Otros desaparecían para siempre.

El chico de negro se soltó sin que su rostro revelara el secreto. Al caer, lo hizo como un saltador de trampolín: con la cabeza hacia abajo, los brazos extendidos al frente.

A Kaila se le escapó un sonido de la garganta y pulsó el logotipo de YouTube. Tenía que abortar la caída. El chico ni siquiera había tocado el agua cuando ella llegó a la página de inicio.

La aplicación estaba repleta de saltadores. Tendencias: «saltadores». Deportes: «saltadores». Videojuegos: «saltadores». Ni una sola sugerencia de sus habituales clips de películas clásicas, vloggers u otros *clickbaits*. Solo imágenes fijas de almas perdidas atrapadas entre las barras rojas del puente.

Con un dedo, deslizó la aplicación hacia arriba. Volvió a abrirla.

«Saltadores».

Biblioteca: «saltadores».

Descargas: «saltadores».

Kaila cerró la aplicación y se quedó mirando su reflejo en la pantalla negra del móvil. Era una máscara transida de horror, no su propio rostro. Apareció un vídeo. Unas imágenes entrecortadas, una chica cuya cara quedaba oculta tras el cabello azotado por el viento, que se acercaba poco a poco a la barandilla. El vídeo se titulaba: «¡Salta, zorra, salta!». De repente, se amplió a pantalla completa y, a través del altavoz, una voz metálica rugió esas mismas palabras mientras la cámara se acercaba a la chica, y esta vez Kaila sí vio su

propio rostro: no reflejado en la pantalla, sino detrás del cabello alborotado.

Tiró el teléfono. Cayó bocabajo sobre la alfombra.

Pero el sonido continuó.

Primero, el rugido creciente del viento. Luego, el chapoteo, como si una bolsa de basura llena de agua se estrellara contra un suelo de hormigón.

—¿Kaila?

Se sobresaltó al oír la voz y cruzó el desván a toda prisa. Abajo estaba oscuro; la ventana del rellano estaba entablada, así que daba la impresión de que una sombra grotescamente distorsionada, inhumana, se hallaba en la escalera. A Kaila se le heló la sangre tan de repente que al principio ni siquiera sintió que se le erizaba el vello.

Entonces la sombra se desplegó y reconoció a su madre.

—No tenía ni idea de que ya estabas en casa —dijo mamá.

—Estaba cansada —respondió Kaila.

Seguía teniendo el corazón en la garganta. Volvió la cabeza hacia atrás para mirar por encima del hombro. El teléfono estaba en silencio.

—¿Te lo has pasado bien?

—Supongo.

La voz de su madre sonaba anormalmente monótona.

—¿Va bien todo contigo?

—Sí…

—¿Jax no ha venido contigo?

—No, se ha ido a casa.

Mamá se estaba comportando de una forma extraña. Sus preguntas parecían superficiales, como si estuviera recitando un cuestionario sin que le importaran las respuestas. «¿Va bien todo contigo?». Ni siquiera seguía un orden sintáctico lógico.

—¿Te has tomado las pastillas? —preguntó la sombra de la escalera.

—Ajá.

—Vale, descansa un rato, cariño. Cenaremos.

—Sí. Como hacemos casi todos los días.

—Sí.

—Vaaa… le.

La sombra desapareció de la escalera.

Kaila sintió una acuciante necesidad de tomar el aire, pero la ventana que había encima de su cama no se abría. Daba al patio trasero, así que papá la había entablado y cerrado con un candado hacía un par de días.

Estaba asustada. Las cosas que veía de vez en cuando le resultaban inquietantes. Parecían muy reales, casi sobrenaturales. Pero eran alucinaciones. La medicación debería ayudarla a contenerlas, pero la medicación también le daba miedo.

Se había puesto la pulsera de Jax en el tobillo. «No te la quites nunca —le había dicho él—. Te protegerá cuando te caigas».

Aun así, no conseguía quitarse la angustia. Recogió el móvil del suelo y se dirigió al otro lado del desván. El hueco que había encima del escritorio tenía otra ventana, esta con vistas a Bird Street. No estaba entablada (ninguna de las ventanas que de la fachada de la casa lo estaba), así que la abrió e inhaló el aroma fresco de la lluvia.

¿Qué era lo que había en la parte trasera de la casa y no se le permitía ver?

Kaila sentía un rechazo instintivo a pensar en los Días Oscuros. Era una reacción casi pavloviana, inoculada en su sistema desde que tenía uso de razón. Pero ahora tenía quince años y sentía que ya no podía evitarlo.

«Juntos lo superaremos», era el mantra de su padre. Solo que en noviembre no había «juntos». Se convertían en islas. Autárquicas, sin ferris. A pesar de sus buenísimas intenciones, ella estaría sola durante los Días Oscuros. Y ya habían comenzado.

El aire frío se coló por la ventana y no pudo reprimir un escalofrío. La habían criado con la idea de que los Días Oscuros eran un fenómeno natural, como el cambio de las estaciones. Una depresión generalizada, embutida entre la suavidad del otoño y la primera nevada de diciembre. «Todos nos sentimos un poco raros. Como la naturaleza, tenemos que acostumbrarnos a ello. Pero no te preocupes: Acción de Gracias es dentro de tres semanas y todo acabará entonces. La Navidad está cerca, y eso es divertido, ¿no?».

Pero los Días Oscuros no tenían nada de natural. Al igual que el patrón de su trastorno, que estaba extrañamente relacionado con ellos y era de lo más antinatural.

Y era algo propio de aquel lugar. No ocurría nada parecido en ningún otro sitio. Era su bosque, el bosque que había detrás de su casa.

—No entramos ahí —le había dicho papá una tarde de otoño cuando era pequeña. Kaila había apartado las hojas enmarañadas del arbusto de madreselva que había al fondo del jardín y había descubierto la valla metálica. Su padre se había acuclillado a su

altura—. Es peligroso. Hay ciénagas profundas, como pantanos. Podrías quedarte atrapada y ahogarte. Podrías adentrarte en el bosque, perderte y no encontrar nunca la salida. Por eso tenemos esta valla con alambre de púas en la parte superior, ¿lo ves? No le des vueltas. Es solo un lugar donde no se te permite jugar, como la carretera.

Y entonces la había apartado de allí.

Así era como Kaila había tratado siempre aquel lugar: como un peligro. El mundo estaba lleno de ellos. No había que darle vueltas.

Cuando fue un poco mayor, preguntó por qué cerraban las contraventanas durante los Días Oscuros. Por qué no les dejaban salir al patio trasero.

—A veces, da la sensación de que ves cosas más allá de la valla —le explicó su padre—. Cosas malas. No son reales, pero hacen que nos sintamos aún peor de lo que ya nos sentimos durante los Días Oscuros, así que es mejor que no las miremos.

Pero ahora Kaila quería mirarlas. Ahora que era mayor, la explicación de su padre le parecía insuficiente. Había algo que no le estaba contando. Y su madre tampoco, porque ella también estaba al tanto.

Fuera, las ramas crujían, el viento suspiraba. La calle estaba vacía.

«A la mierda», pensó Kaila. Se puso las deportivas, hizo a un lado los libros de texto, se subió al escritorio y apoyó las manos en el alféizar.

Sin demasiado esfuerzo, consiguió salir por la ventana. Seguía lloviznando, pero agradeció sentirlo en las mejillas acaloradas. Se sentó en el tejado. La gravilla de las tejas proporcionaba una fricción

decente, así que la superficie no era ni de lejos tan resbaladiza como esperaba. Con gran agilidad, se desplazó hasta la parte superior del ventanal. Se le estiró la piel del estómago. Las heridas que tenía bajo el vendaje se le estaban curando, pero seguro que le molestarían durante un tiempo.

Desde allí, solo había unos cuantos metros hasta el punto más alto del tejado. Estaba mojado y era empinado, pero, desplazando su centro de gravedad hacia delante y trepando como un mono, llegó en un santiamén.

Al fin y al cabo, llevaba el brazalete de Jax. Estaría protegida si se caía.

Le resultaba estimulante encontrarse allí arriba, con Bird Street a sus pies. Pasó una pierna por encima del caballete y se sentó a horcajadas sobre él. Ahora podía relajarse y contemplar el patio trasero. Estaba en calma. Habían recogido la mesa y las sillas, y las hojas mojadas empezaban a amontonarse. Más abajo estaba la cama elástica en la que practicaba los mortales en primavera. No había nada que pareciera distinto. No había nada que fuera lo que no debía ser. Aun así, los árboles del otro lado de la valla susurraban con inquietud. Un misterio animaba el bosque.

«A veces, da la sensación de que ves cosas más allá de la valla. Cosas malas. No son reales».

De repente, le vino a la memoria un recuerdo de Rover Nyholm, el vecino de enfrente, que siempre había sido muy chismoso. Tenía diez o quince años más que ella y era tan guapo como un modelo, o como un ángel. Pero también tenía una vena maliciosa. Como todos los niños de por allí, Kaila conocía los rumores acerca de que el bosque de Snoqualmie estaba embrujado, pero Rover le daba color a

la historia con relatos de almas perdidas que moraban en agujeros y que trataban de atraerte hacia allí. Si encontrabas uno de esos agujeros, estabas marcado. Condenado.

Poco después, papá le había prohibido volver a hablar con Rover. Y, un día, los Nyholm desaparecieron. ¿Por qué? Kaila cayó en la cuenta de que nunca lo había sabido. Habían derribado la antigua casa y, ahora, Gray y Laura vivían en la villa que la había reemplazado.

Un crujido suave. El gemido del viento. Kaila se quedó paralizada. Experimentó una sensación inesperada y abrumadora de que había algo cerca. Observándola.

Tonterías, por supuesto.

Un movimiento le llamó la atención y miró a la izquierda. Desde su posición en el caballete del tejado, alcanzaba a ver parte de la finca McKinley. Una extraña procesión se dirigía desde la linde del bosque hacia la casa. Kaila sintió un cosquilleo detrás de la cara cuando vio que su padre iba con ellos. Tanto él como Harry, el vecino, iban encogidos bajo un poncho y entre los dos cargaban con una especie de silla extraña. Olivia, Juliette y Elizabeth también formaban parte de la comitiva. Kaila no reconoció a la mujer arrellanada en la silla, pero supo al instante que estaba muerta.

Aquel rostro enfermizo y demacrado.

Aquella boca flácida y abierta.

Si no hubiera tenido los muslos apretados, seguramente se habría caído, porque se le aflojaron todos los músculos. Aun así, tuvo la claridad mental necesaria para pensar: «Si yo puedo verlos a ellos, ellos pueden verme a mí. Y aquí arriba destaco bastante».

Con cuidado, se desplazó hacia el lado de Bird Street, lo justo para poder seguir asomándose por encima del borde. Le temblaban tanto las manos que tuvo que presionarlas con fuerza contra las tejas. La lluvia ya no le resultaba refrescante, sino sucia y fría, y estaba empezando a empaparle el jersey.

La procesión había desaparecido detrás de un grupo de pinos. Cuando volvió a verlos, estaban más cerca, hacia la mitad del jardín de rosas. El cuerpo de la mujer muerta se balanceaba hacia la derecha como un espantapájaros. En un primer momento, Kaila pensó que era porque Harry y su padre habían dejado que aquel chisme que parecía una silla se inclinara, pero luego vio que la mujer muerta abría los ojos. Así que no estaba muerta.

«Cáncer —pensó Kaila—. Una persona solo tiene ese aspecto después de la quimio. Esa mujer tiene una enfermedad terminal, y papá y los vecinos la están sacando del bosque que hay detrás de nuestra casa. Del bosque al que se supone que no debemos entrar».

¿Qué cojones era todo aquello? No tenía ni idea de qué estaba viendo, pero su primer impulso fue el que habría tenido cualquier quinceañero al presenciar algo extraordinario: sacó el móvil, abrió la cámara y empezó a grabar.

Ahora el grupo había llegado al resguardo que formaban las dos alas de la casa McKinley; aun así, consiguió grabarlos durante alrededor de quince segundos antes de que el alero cubierto de hiedra le bloqueara la vista. En los últimos siete, había acercado la imagen a la cara empapada de sus vecinos para revelar su expresión tensa. La boca de la mujer enferma volvía a estar flácida. Luego, desaparecieron. Curiosamente, eso le supuso un alivio, porque tenía

la sensación de haber sido testigo de un secreto y, de repente, deseó no haberlo sido.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué habían estado haciendo los vecinos y su padre con ella en el bosque? Y con aquel tiempo, nada menos.

Hacía unos años, en la boda de Olivia y Juliette, Kaila e Ethan Wachowski, con quien solía quedar de vez en cuando, se habían ido a dar un paseo por los jardines de los McKinley. Al fondo, habían descubierto una verja en el muro. Cubierta de madreselva. Asegurada con candados pesados. De allí había salido la comitiva.

Pero ¿por qué?

Allí fuera había un territorio salvaje que, durante los Días Oscuros, se extendía y se convertía en un territorio salvaje dentro de la mente de los vecinos. Sin embargo, las cosas que veías ¿eran alucinaciones o eran ciertas? Desde luego, eso de allí, la procesión en la que su padre había participado, no era ninguna alucinación.

El viento susurró y Kaila desvió la mirada hacia la linde del bosque. Los árboles parecían elevarse. Las ramas crujían. Luego se hundían.

Era casi como si la naturaleza estuviera respirando.

Al anochecer, Kaila ya había encontrado una explicación sencillísima para el tema de la enferma de la silla. La mujer era una pariente de los McKinley, quizá la hermana del viejo Graham, que había querido ver la finca familiar por última vez antes de morir. Había sido un acto de compasión en el que papá se había ofrecido a ayudar. Había unas cuantas pegas —¿por qué Graham y Dorothy no los habían acompañado?—, pero no debía de andar muy desencaminada, y

Kaila se aferró con desesperación a esa idea. Decidió preguntarle a su padre durante la cena.

Pero ni Django ni él cenaron con ellas. Mamá preparó unos macarrones con queso y se los comieron en el sofá viendo un episodio de *RuPaul's Drag Race*. Kaila estaba muerta de hambre, pero su madre apenas fue capaz de comer. No paraba de remover la comida como si todo estuviera fuera de su sitio, como si eso importase en los macarrones con queso.

Por fin, hacia las ocho, papá volvió a casa. Había recogido a Django de casa de Noah y había comprado una tarrina de helado de tamaño familiar, sabor Cookie Dough, en Baskin-Robbins, en Lock Haven.

—¡Cucharas, chicos! —gritó.

Django corrió hacia el cajón. Papá abrazó a mamá. Fue un abrazo más largo de lo habitual, y aquello pareció aliviar parte de la tensión de su madre.

Se lo comieron sentados a la mesa de la cocina, los cuatro metiendo la cuchara en el mismo recipiente. Django dijo que Noah, Liam y él se habían acostado tan tarde la noche anterior que por la mañana habían estado a punto de quedarse dormidos en clase y la señora Buckner había perdido la paciencia con ellos. Papá le preguntó cómo le había ido a ella en casa de Jax, y Kaila le dijo que bien, pero que estaba cansada y había decidido volverse temprano a casa.

—Estaba arriba cuando llegué —intervino su madre—. Te has echado una siesta, ¿no?

Sin dejar de observar con atención las miradas que intercambiaban sus padres, Kaila asintió. La pregunta había sido

extrañamente específica. Como si intentara tranquilizar a papá.

—Qué bien, cariño —dijo él. Sonrió—. ¿A quién le apetece jugar una partida de Jenga?

Django, tan entusiasta como siempre, sacudió la cuchara, lo llenó todo de helado y gritó:

—¡Síííííí!

Papá se echó a reír, mamá le pasó su servilleta.

—Pues trae la caja. Y recoge eso. Y límpiate la boca.

—¿Y qué tal tú? —le preguntó Kaila a su padre—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Normal. He ido al juzgado.

—¿No se supone que estás de permiso sabático?

—Sí, pero quería recoger unos expedientes que me había dejado Miriam. Puedo leerlos en casa durante las próximas semanas.

—Vale. —Kaila chupó el helado de vainilla que tenía en la cuchara hasta que solo quedó un trocito de masa helada—. ¿Has visto a alguno de los vecinos?

—¿A los vecinos? ¿Por qué?

—Por nada. ¿No celebrasteis anoche vuestra cena misteriosa?

—Ah, eso. —Papá sonrió de oreja a oreja, pero mamá no. Estaba concentrada en juguetear con su chaleco—. Lo pasamos bien. Comimos y bebimos demasiado. —Se dio unas palmaditas en el estómago—. Como siempre. Tendré que pasarme un mes comiendo apio.

Su padre estaba mintiendo. Y su madre lo estaba cubriendo. Llevaba toda la noche actuando de forma extraña, y a ella no se le daba tan bien disimularlo como a papá. Con eso, toda la historia que

Kaila se había inventado para explicar lo que había visto se desmoronó.

Si se tratara de algo inocente, ¿por qué iba a ocultárselo?

«A veces, da la sensación de que ves cosas más allá de la valla. Cosas malas. No son reales. Así que es mejor que no las miremos».

Que sus padres mintieran al respecto cambiaba el planteamiento. ¿Debía enfrentarse ya a ellos y enseñarles el vídeo? Sin embargo, tenía claro que eso desembocaría en una discusión. Los Días Oscuros ya habían empezado, y no quería hacerlo con Django por allí. Además, quizá hubiese una explicación lógica, una que ella no alcanzaba a ver o a entender aún porque no la conocía.

«Espera hasta mañana».

Pero ahora todo era distinto. Jugaron al Jenga y todo parecía normal, aunque nada era normal. A Kaila le temblaban los dedos y fue la primera en hacer que se derrumbara la torre. Papá y Django se partieron de risa, mamá dio una palmada. Ella se rio con benevolencia, pero solo era capaz de pensar en la mujer enferma con la boca flácida.

Y al final la noche se volvió casi normal, porque, si fingías durante el tiempo suficiente, te acostumbrabas a cualquier cosa. Jugaron seis partidas y se lo pasaron bastante bien, hasta que mamá dijo que Django debía prepararse para irse a la cama.

—Venga, una más… —suplicó él.

—No insistas. Anoche te quedaste despierto hasta muy tarde.

Un suspiro teatral.

—Vaaale.

—Ahora subo a ayudarte con las sábanas. Las he quitado y las he metido en la lavadora. Las tuyas también, Kaila.

—Gracias, mamá. Cuando Django termine con la ducha, yo también me daré una rápida. Llevo toda la noche con frío.

—No te estarás poniendo enferma, ¿verdad, cielo?

—No.

Tenía frío por otras razones.

Después de ducharse, se puso la camisola de dormir —«namast'ay in bed», decía— y, tras envolverse el pelo en una toalla, subió las escaleras hacia su dormitorio. Llevaba su espejito de bolsillo en la mano derecha. Era del todo imposible pasar un mes entero sin espejos, así que Kaila también se pasaba alegremente por el forro aquella norma.

Cuando llegó arriba, se encontró un fantasma junto a su cama.

Durante un segundo, le picó el cuero cabelludo como si un viejo miedo infantil se lo hubiera mordido con sus pequeños dientes helados. Luego vio que era su madre. Le había dado la vuelta a la funda nórdica de satén rosa y se había metido dentro. Ahora sujetaba las esquinas desde el interior.

—Pásame el edredón, así será más fácil —dijo.

El fantasma apretó dos veces las manos.

—Vale, un segundo.

Metió a toda prisa el espejo debajo del último libro de V. E. Schwab, que descansaba en la mesilla.

—Sé lo que has visto —dijo mamá desde dentro de la sábana.

Kaila se quedó paralizada.

—¿Cómo dices?

—Lo que has visto hacer a papá. Se suponía que era un secreto, pero sé que lo has visto, así que ya no lo es. Una pena. Ahora

tendremos que pensar en otra cosa.

Kaila no sabía qué decir. Su madre estaba inmóvil a los pies de la cama, como un fantasma de Halloween sin agujeros en los ojos. Había bajado las manos de la sábana cuando su hija le había dado la espalda un momento para esconder el espejo. De repente, Kaila empezó a sentirse incómoda porque la oía hablar, pero no le veía la cara, así que levantó el edredón de la cama a toda prisa y buscó las esquinas para que aquello acabara cuanto antes.

—Creo que no lo entiendo —dijo, inquieta—. ¿Qué secreto?

—No hay ningún secreto. Supongo que me lo he inventado.

Kaila arrastró el edredón hacia el fantasma. Se le había puesto la piel de gallina.

—Entonces, ¿qué he visto? —preguntó, y luego, como su madre no se movía, añadió—: Toma, ya tengo las esquinas.

El fantasma levantó las manos. Kaila le puso las esquinas en ellas.

El fantasma cerró las manos en torno a sus muñecas.

—Hay agujeros en el bosque —dijo mamá, pero ya no era su voz la que salía del interior del edredón. Era la voz de una completa desconocida: áspera y ronca y sucia y furiosa—. Agujeros profundos llenos de ramas. Ahí es donde nos llevan. Vivimos en esos agujeros, y allí todo el mundo está muerto, y queremos que vengas a vivir con nosotros para poder calentarnos con tu vida.

Kaila se quedó sin aire en los pulmones. Sintió un hormigueo en la piel, como si la estuvieran pinchando con agujas heladas por todas partes. Intentó zafarse, pero no pudo. La presa de la sábana era como la de una llave de hierro.

—La próxima vez, hazte un corte un poco más profundo —dijo—. Hazte un buen agujero hondo y oscuro en el vientre; luego, métete

dentro y ven a vivir con nosotros.

Por fin, Kaila pudo soltarse de un tirón, con los pulmones aullándole. Retrocedió, pero tropezó y cayó despatarrada. Mientras se arrastraba hacia atrás, las piernas se le quedaron atrapadas en el edredón. Rodó, encontró las tablas del suelo, consiguió acercarse a la escalera.

Pasos pesados. Miró hacia atrás.

—¡Qué calor das, Kaila! —rugió la cosa bajo la funda nórdica sin dejar de avanzar hacia ella.

Cada vez que daba un paso, pisaba la sábana e iba bajándola poco a poco. Kaila no quería ver la cosa horrible que quedaría al descubierto una vez que llegara al final y, balbuceando, se dio la vuelta, estiró la mano hacia la escalera…

… y sintió unas manos en los hombros.

Gritó y forcejeó, pero era su madre la que estaba en las escaleras, abrazándola.

—Kaila, cariño, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Durante un segundo de parálisis, miró a su madre a los ojos sobresaltados. Luego se volvió para mirar hacia atrás.

La funda nórdica estaba tirada en el suelo en mitad del desván.

Su habitación estaba vacía.

RALPH

Pérdida de control. Una conversación con Kaila.
Malas noticias desde Canadá.

4 DE NOVIEMBRE

Aquel viernes por la mañana, Ralph salió temprano para pasar por el Camp Heron Market de Lock Haven y comprar zumo de naranja natural y los bagels de cebolla y semillas de amapola «¡Germinados de verdad!» que tanto le gustaban a Kaila. De regreso a casa, al doblar la última esquina, tuvo que pisar el freno a fondo. Un destello en el parabrisas. El cinturón de seguridad lo sujetó, pero los bagels se estrellaron contra la guantera. Con los neumáticos chirriando, el Forester se detuvo en la línea central de Bird Street.

Ralph se bajó del coche.

—¡Cielo santo, Liam!

El niño se quedó mirándolo, con la bicicleta de montaña paralizada en pleno derrape. Un pie sobre el asfalto, el casco torcido, la mochila colgándole sobre el trasero.

—Por poco, hijo. ¡Estabas en medio de la carretera!

—Lo siento, no he mirado…

«No, estabas haciendo el tonto —pensó Ralph—. Te he visto haciendo un puto caballito».

—Por favor, ten cuidado, Liam. Es muy peligroso, sobre todo ahora. La próxima vez no tendrás tanta suerte y, créeme, no ganarás a un coche.

—Lo siento, señor Lewis.

Liam estaba deseando largarse. Arrancó a toda prisa y se dirigió al lado derecho de la carretera. Ralph lo miró mientras se alejaba.

«Iba demasiado rápido con el coche. Muy por encima del límite de velocidad. Podría haber matado a un niño. Tiene la misma edad que Django. Esta vez me he librado, pero podría haber sido peor».

Se había abalanzado sin que se diera cuenta. Como un depredador. Al despertarse, Ralph se sentía muy bien con cómo había terminado su salida con la señora Olsen Dickinson el otro día. Habían hecho lo correcto. Mientras contemplaba las motas de polvo que flotaban por el dormitorio, se sintió preparado para lo que se avecinaba. Cuidaría de Luana y de los niños y se ocuparía de sus propios problemas. Se habían precipitado con Kaila, pero ya había quedado atrás.

«Y, aun así, te has pasado por Remlinger's y has cogido una botella de Smirnoff de la nevera. Como un borracho cualquiera, comprando alcohol a primera hora de la mañana. Jody te ha envuelto la botella en una bolsa de papel sin decir nada, como si no esperara nada mejor de ti. No te la has bebido, todavía no, pero tienes la boca seca y quieres enjuagártela, ¿a que sí? Y lo peor es que ni siquiera te has dado cuenta».

Ralph se dejó caer en el asiento del conductor y se frotó las mejillas despacio. Había sido un impulso. No lo había pensado bien.

—Cielo santo —susurró, esta vez para sí.

Giró hacia el camino de entrada de su casa y apagó el motor. En el garaje, vació la botella en el fregadero y enseguida se sintió mejor. Luego cruzó la calle y llamó al timbre de los Wachowski. Joyce le abrió la puerta. Le contó lo que había pasado, pero omitió la parte de que él iba circulando con exceso de velocidad.

—¿Qué opinas? ¿Deberíamos empezar a llevar a los niños al colegio en coche? Podríamos turnarnos.

Joyce parecía distante, se frotó la cara.

—Sí, lo que tú consideres mejor, Ralph.

Por lo general, empezaban a llevar a los niños en coche a comienzos de la segunda semana. Aunque no durante mucho tiempo: al inicio de la tercera, la mayoría de ellos se quedarían en casa como si estuvieran enfermos. Pero nunca se era demasiado precavido. Los niños estaban en una posición vulnerable aquel mes.

«Ella tampoco estaba preparada —pensó mientras volvía a cruzar la calle hacia su casa—. Todos estamos desvariando, pero solo lo reconocemos en los demás, no en nosotros mismos. Nunca dudamos de nuestros propios actos, ni siquiera mientras nos precipitamos al abismo».

Ralph contempló la pálida luz otoñal que se derramaba sobre el bosque. Aquel sistema de apoyo tácito solo era eficaz hasta cierto punto. Por supuesto, intentaban cuidarse unos a otros. Elizabeth Aikman hacía rondas con galletas caseras o nueces de su árbol para ver cómo estaban los vecinos. Dorothy McKinley enviaba un GIF de gatitos todas las mañanas, con mensajes como «¡Buenos y maulladores días! ¿Todo bien por ahí?». No a través de Vember, la aplicación que Gray había desarrollado para que intercambiaran mensajes cifrados, sino en el grupo de WhatsApp del barrio. A veces bastaba con eso para recordárselo a todos.

Al menos durante un tiempo. No obstante, había un punto crítico en el que todos los sistemas fallaban. Los Días Oscuros se amontonaban, se acumulaban, y entonces era la ley de la selva.

«¿Cuánto nos falta para llegar a eso?».

A media mañana, Kaila bajó las escaleras con cara de preocupación. Eso debería haberle dado a Ralph una pista de que las cosas estaban yendo a peor.

Si no tenía clase ni entrenamiento en la piscina, y no era noche de peli ni de juegos, Kaila era la típica adolescente que apenas salía de su cuarto. Y, si lo hacía, no era para mantener un *tête-à-tête* con sus eminentes *mater* y *pater*, desde luego. Pero en ese momento se sentó en el sofá, donde Ralph intentaba (sin éxito) concentrarse en un libro electrónico: *Ciudad de las nubes*, de Anthony Doerr. La imagen de Liam al aparecer de golpe delante de su coche no dejaba de fastidiarlo. Quizá Doerr fuera demasiado intenso para noviembre. Mejor limitarse a Netflix.

—Hola, papá —dijo.

Él soltó el iPad.

—¿Qué pasa, cariño?

—Nada.

Pero su expresión indicaba lo contrario. Se mostraba cautelosa, tenía los labios algo azulados y unas ojeras oscuras bajo los ojos. No parecía uno de los habituales cambios de humor que a veces precedían a sus episodios depresivos. A lo largo de los años, habían aprendido a reconocer e incluso a predecir las fases de Kaila, a pesar de que iban modificándose con sutileza a medida que crecía. Una vez, Luana comentó que parecía que tuvieran dos hijas. Estaba la niña dulce y alegre a la que ambos adoraban. Esa Kaila era divertida, cariñosa, siempre en busca de afecto. Vale, al mismo tiempo era muy sensible y carecía de amortiguadores emocionales, lo que le provocaba crisis de sobrecarga sensorial y sobreestimulación mental, pero Ralph también admiraba esa cualidad porque permitía que Kaila

encontrara belleza en cualquier cosa y que afrontase la vida con un asombro sincero, como si siempre estuviera bajo los efectos de alguna droga un tanto alucinógena.

Pero luego estaba la otra hija. Y era la niña más oscura y rara que pudieras imaginarte. Era como si un viento frío comenzara a aullar detrás de la preciosa carita de Kaila y se llevara por delante todo lo que era bueno. Los labios se le ponían flácidos; las mejillas, pastosas. Daba la sensación de que los ojos se le hundieran en las cuencas. Se convertía en una persona con la que era imposible conectar, como si alguien hubiera accionado un interruptor en su interior. Ralph y Luana lo llamaban su «cara de noviembre».

Solo la veían durante los Días Oscuros.

Pero aquello no era lo mismo. Pasaba algo más, y a Ralph se le revolvió el estómago.

—Mamá me dijo que anoche estabas un poco aturdida cuando te fuiste a la cama. ¿Pasó algo?

—No.

—¿Te está afectando?

—Estoy bien. —Jugueteaba con el cordón de la capucha de la sudadera, enrollándoselo alrededor de un dedo—. ¿Dónde está mamá?

—En la cocina, preparando una clase.

«Y creo que quieres que la llame para que venga». Pero no se lo dijo. Si era demasiado directo con Kaila, se cerraría en banda. Esta vez, su contención dio resultado de inmediato.

—¿Podría venir un momento? —preguntó Kaila casi con indiferencia.

—Voy a buscarla.

Se dirigió hacia la cocina, pensando: «Algo relacionado con Jax. O con los cortes. Tiene que ser eso». Aun así, Ralph se dio cuenta de que se sentía anormalmente nervioso, y Luana también lo percibió. Cuando cruzó el umbral del salón, le preguntó:

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Te encuentras mal?

Kaila no dijo nada.

Ralph volvió a ocupar su plaza en el sofá, pero dejó espacio para que Luana se sentara a la izquierda de su hija. Sin embargo, no lo hizo: se quedó merodeando junto a la puerta, vacilante.

—Espera, voy a prepararte una infusión. Te sentará bien.

Se dio la vuelta, pero Kaila le espetó:

—¡Mamá, por favor, siéntate, estoy intentando deciros algo! No quiero tu dichosa infusión.

Luana y él intercambiaron una mirada. En circunstancias normales, la habrían reprendido por un arrebato así, pero en esa ocasión Luana se sacudió las manos y se sentó a su lado, rodeándola con un brazo.

—Lo siento, Kaila, aquí estoy. ¿Qué pasa?

La chica rompió a llorar.

—Ay, cariño, ¿qué ocurre? ¿Estás pensando en cosas malas? ¿El cuchillo?

—¡Mamá!

—Entonces, ¿qué es? ¿Qué querías decirnos?

Por fin, las barreras de Kaila se rompieron:

—No lo entiendo —farfulló entre lágrimas—. Me habéis mentido. Dijisteis que nunca me mentiríais, pero lo habéis hecho.

—¿En qué?

—Y no lo entiendo. Quería creer que era algo bueno, pero entonces ¿por qué ibais a mentirme al respecto?

—¿Mentir respecto a qué, Kaila? —insistió Ralph.

—Ayer.

Se sacó el teléfono del bolsillo y pasó el dedo por la pantalla para desbloquearlo. Ya antes de que su hija empezara a reproducir el vídeo, Ralph sintió que un cable ardiente empezaba a palpitarle detrás de la frente, como el filamento de una bombilla antigua, que se encendía de golpe y luego se apagaba.

Eran ellos. Los buenos samaritanos de Bird Street. En el patio trasero de los McKinley, con Ann Olsen Dickinson en el palanquín.

Kaila los había visto. ¿Cómo demonios era posible?

—Ay, cielo —dijo Luana, consternada—. Cariño, debiste de asustarte un montón. Se suponía que no debías verlo.

Ralph intentó captar la atención de Luana y, al ver que no funcionaba, estiró un brazo por detrás de Kaila para tocarle el hombro. El corazón le retumbaba en el pecho, pues sabía que cualquier cosa que dijeran a continuación sería de vital importancia. No estaban preparados. Tenían planeado contárselo a Kaila cuando llegara el verano, cuando estuviera hipomaníaca y feliz y pudieran administrarle la verdad en pequeñas dosis. No así. No durante los Días Oscuros y no en el estado en que se hallaba.

—¿Quién era la mujer enferma, papá? ¿Qué hacíais en el bosque?

La mente de Ralph iba a mil por hora. En primer plano, había un destello de rabia. Kaila había roto las reglas. Había subido al tejado, mirado hacia el patio trasero. Eso habría que discutirlo, sin duda… Pero primero tenían que cerrar las compuertas. Si es que seguía existiendo esa opción.

—Cariño… —dijo despacio—. ¿Has hecho algo con ese vídeo? ¿Se lo has enseñado a alguien?

—No.

—¿Ni siquiera a Jax? ¿No se lo has contado a nadie?

—No. ¿Qué está pasando, papá? Tengo miedo.

Ralph sopesó sus palabras con cautela.

—No tengas miedo, Kaila. Y gracias por haber esperado para hablarlo ahora que tu hermano está en el colegio. Es demasiado pequeño para entenderlo. Tú ya eres lo bastante mayor, y por eso íbamos a contártelo después de los Días Oscuros. Cuando todos estemos preparados para encajar los golpes un poco mejor, ya sabes.

—Ralph… —comenzó Luana, pero él levantó una mano.

Odiaba interrumpirla, pero, si dejaban traslucir la más mínima duda o empezaban a contradecirse, no habría forma de salvar la situación.

Le tomó una mano a Kaila y dijo:

—La mujer que viste se llama Ann Olsen Dickinson. Tiene cáncer de cuello uterino en estadio 4, lo que significa que se le ha extendido a otras partes del cuerpo. Los médicos le han dado unos dos meses de vida, pero la señora Olsen Dickinson tiene muchísimos dolores y sabe que eso solo empeorará hacia el final. Así que decidió tomar cartas en el asunto.

—Es lo que me imaginaba. —Se enjugó las lágrimas con la palma de la mano—. Que le estabais concediendo su último deseo o algo así.

—Así es, Kaila. Y su último deseo era morir aquí. Sin dolor, cuando ella lo decidiera.

La chica le lanzó una mirada confusa.

—¿Está muerta?

—No. Cambió de opinión. Pero le ofrecimos la opción.

—Espera. ¿Queríais ayudarla a morir?

—Así es. ¿Alguna vez os han hablado del suicidio asistido en el colegio?

—No que yo recuerde…

Arrastraba las palabras. Parecía desconcertada. Quizá fuera una buena señal, puesto que haría que su mente fuera más maleable.

—Si las personas con enfermedades terminales así lo desean, la Ley de Muerte Digna de Washington les permite solicitar un barbitúrico letal. Se trata de una combinación de medicamentos que pueden ingerir para acabar con su vida. De nuevo, siempre que ese sea su deseo explícito. Pero hay muchas condiciones, como que su médico no puede estar presente ni ofrecer ningún tipo de asistencia activa cuando lo hagan. En ese caso, se trataría de eutanasia, y eso es ilegal. Es un auténtico avispero ético, la verdad.

—¿Por qué?

—Por la Iglesia, sobre todo. —Guardó silencio un instante antes de añadir—: Y la extrema derecha.

—Uf.

Había sido una jugada calculada. Kaila acababa de experimentar su despertar político, aunque la era Trump la había empujado, como a la mayoría de sus pares de la Generación Z, hacia una especie de evolución liberal acelerada. Ralph recordaba haber bromeado con Luana acerca de que la mitad de la clase de Kaila era bisexual o de género fluido. Su mujer le había dado un puñetazo, pero también se había reído, porque era cierto. A veces se preguntaba dónde habían

estado todos aquellos chicos y chicas cuando él era joven, lo que le hacía darse cuenta de dos cosas a la vez: la limitación de sus propias opiniones sobre el tema y que hablar con Kaila de ello era un embrollo retórico. En resumen: su hija odiaba cualquier cosa que oliera a conservadurismo. Buena chica, y ahora eso podría beneficiarles.

—Bueno, nosotros creemos que la Ley de Muerte Digna no tiene el alcance suficiente, aunque Washington sea más progresista que casi todos los demás estados. Todavía hay muchos pacientes a los que no cubre aunque su deseo expreso sea acabar con su vida. La señora Olsen Dickinson es una de esas pacientes. Su médico de cabecera la ha declarado mentalmente incapaz a petición de su marido, por motivos religiosos. Es una verdadera tragedia, porque, en la práctica, la están obligando a sufrir.

—Menudo gilipollas —murmuró Kaila.

—Yo consideraría emplear otro vocabulario, pero, sí, me alegro de que digas eso. Consideramos que es inhumano. Así que, hasta que nuestra sociedad evolucione más en este aspecto, los vecinos de la calle hemos decidido ayudar a las personas como la señora Olsen Dickinson. Las llevamos al bosque que hay detrás de la valla y les ofrecemos los medios para que fallezcan en paz.

Silenciosamente fascinado, observó el cambio que se producía en el rostro de Kaila: el miedo se transformó en una risita minúscula e insegura, teñida de una admiración evidente. «Joder —decía—, mis padres forman parte de una especie de guerrilla suburbana que podría ser aún más *woke* que el BLM y Alexandria Ocasio-Cortez, y ni siquiera puedo contárselo a mis amigos».

Pero entonces captó la mirada de su mujer, que le recordó al instante que la estaba manipulando. Era repugnante, sin duda. Aunque ¿acaso tenían otra opción?

Luana aportó su granito de arena:

—Estamos convencidos de que hacemos lo correcto, cariño. Siento que hayas tenido que enterarte así.

—Entonces…, ¿todo el mundo está implicado?

—Los Wachowski, los Aikman y los McKinley, sí —contestó Ralph —. La heroica Comunidad Vecinal de Bird Street.

Kaila no se rio.

—Pero ¿por qué ahí?

—Porque es ilegal, claro. Por eso te preguntaba si le habías enseñado el vídeo a alguien. Si la gente se enterara de lo que hacemos en el bosque, tu madre, los vecinos y yo no solo perderíamos nuestro puesto de trabajo, sino que iríamos a la cárcel. ¿Lo entiendes?

La chica asintió despacio. La explicación era insuficiente —¿por qué adentrarse en el frío del bosque cuando podían usar la casa de los McKinley?—, pero Ralph albergaba la esperanza de que Kaila estuviera demasiado abrumada como para darse cuenta de eso. Y debía de estarlo, porque en vez de insistir en el tema preguntó:

—¿Alguna vez habéis ayudado a alguien a morir allí de verdad?

Luana asintió.

—Sí. Siguiendo su expreso deseo.

—A lo mejor es una pregunta tonta, pero ¿qué hacéis con ellos una vez que están muertos?

—No es una pregunta tonta —dijo Ralph—. Lo ideal es trasladarlos de nuevo al lugar del que vinieron y hacer que parezca

que han muerto por causas naturales. —Aquella fue su primera gran mentira—. Pero eso no siempre es posible, claro, ya que algunos residen en hospitales de cuidados paliativos y demás. En ese caso, los dejamos en algún lugar cercano, como si hubieran muerto al salir a dar un paseo. Una llamada anónima garantiza que no los dejen demasiado tiempo a la intemperie.

—Quizá no debamos extendernos demasiado en los detalles —dijo Luana, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Qué te parece todo esto, Kaila? ¿Qué opinas de lo que papá acaba de contarte?

—Creo que es algo bueno —reflexionó—. Todavía estoy un poco…

—Necesitas asimilarlo, ¿no?

—Supongo que sí.

—Es más que comprensible.

Kaila abrió el vídeo en el móvil y pulsó el icono de la papelera. Después, fue a la carpeta de archivos eliminados y lo borró definitivamente. Les mostró la pantalla.

—Ya no está.

—Gracias, cielo —dijo Ralph, y le dio un abrazo que ella permitió a modo de excepción—. Nuestra puerta está siempre abierta para ti si quieres hablar de ello. Puedes acudir a nosotros con cualquier cosa. Pero necesitamos que nos prometas que no hablarás con nadie más de esto. Ni siquiera con Jax. Nuestro futuro depende de ello.

—Te lo prometo, papá. —Se giró hacia su madre—. Creo que ahora sí me apetece una infusión.

A media tarde, Ralph recibió la confirmación de que sus medidas de control de daños habían sido un éxito. Kaila volvió con una pregunta,

pero no, como él se temía, sobre la relación entre los Días Oscuros y las personas a las que ayudaban a morir en el bosque. Le preguntó qué se sentía al ver morir a alguien.

—Siempre tiene un impacto profundo —respondió con sinceridad —. Sobre todo la primera vez, pero nunca desaparece del todo. Supongo que es normal. Aun así, no tiene por qué ser algo horrible o que dé miedo. Hay cierta dignidad en ver a alguien dejar atrás su vida cuando ha llegado al final. Aunque, por supuesto, solo he visto morir a personas que estaban en paz con su decisión.

«Ah, ¿sí? ¿Lo están?», le preguntó una vocecita tóxica en su cabeza.

—¿Alguna vez pasan miedo? —preguntó Kaila—. ¿Se les nota en los ojos que les duele? ¿O que ven algo que los asusta?

—¿En el momento de la muerte, quieres decir?

—Sí.

—No. —Eso no era mentira. Al menos, no del todo. Lo cierto era que, por lo general, tenían los ojos cerrados debido a que el tiopental los había dejado dormidos antes de que los vecinos les inyectaran el relajante muscular letal. Cuando la gente elegía otro método (algunos lo hacían), el bosque solía estar demasiado oscuro para verles los ojos—. Ves que se les nubla la mirada y que el cuerpo se les relaja. Y luego ya no están.

—Vale.

«Pero eso tampoco te lo crees del todo, ¿verdad?», insistió la voz, aunque esta vez él la acalló a la fuerza.

Ralph se planteó si habría hecho lo correcto al contarle aquello a su hija, pero Jen Okafor, la terapeuta de toda la vida de Kaila, les

había asegurado que, cuanto más naturales fueran sus conversaciones sobre la muerte, menos poder le conferirían al tema.

La morbosa fascinación de Kaila por la muerte había asomado la cabeza por primera vez cuando era muy pequeña. A los cinco años, Amy Masutani, su profesora de infantil en el Colegio de Educación Infantil y Primaria Carnation, los llamó un día de principios de noviembre porque Kaila había querido suicidarse. Era una niña adorable y alegre, les dijo Amy, compartía su almuerzo con los amigos y separaba las peleas en el patio, pero aquella mañana se había sentado en el alféizar de la ventana y había dicho que quería saltar. Amy parecía consternada. No había de qué preocuparse, era una ventana abatible que no se abría lo suficiente, pero no había sido un simple impulso ni algo extraño que hubiera dicho solo por rebeldía, como a veces hacen los niños. Kaila le había asegurado que no le importaría nada morir. A Amy sí le importaría, le había dicho; le importaría mucho. Kaila había respondido que sentiría pena por su mamá y su papá, pero no por ella misma, porque ya no estaría allí para sentir nada.

Entonces entró en escena Jen Okafor. Le había diagnosticado un trastorno bipolar y le había recetado Prozac. Después litio.

—Lo que da más miedo es la naturalidad con la que saca el tema —comentó Luana una vez durante una revisión en la consulta de Jen —. Tiene seis años, está dando volteretas por el salón y dándole abrazos a su hermanito, que está metido en el parque. Y, un momento después, te suelta con total naturalidad que se va a colgar de la barandilla de la escalera con el vestido de mamá. ¡Como si estuviera hablando de los dibujos de los Bubble Guppies! Le decimos

que no tiene gracia, que no tiene ninguna gracia… Pero ¿cómo se supone que debemos responder a algo así?

—Es una niña —le había contestado Jen—. Es curiosa. Aunque el objeto de su curiosidad nos preocupe, no podemos culparla por ser curiosa.

Pero entonces había empezado a aparecer su cara de noviembre, que se elevó como una luna fría, que acabó con la inocencia. En su duodécimo ciclo de Días Oscuros, Kaila se había tragado un paquete entero de analgésicos con una lata de Cherry Coke. Puede que como intento de suicidio no fuera muy eficaz, pero sí lo suficiente como para aterrorizar a sus padres. Eso hizo que Ralph tomara dolorosa conciencia de dos cosas. Una, que las personas con trastorno bipolar corrían un riesgo de suicidio muy elevado. Y dos, que era algo de familia.

«Frank no fue capaz de lidiar con ello, ¿verdad? Cuando mamá y papá le revelaron la verdad, decidió que no quería saber nada del asunto y se subió al tejado. Saltó de cabeza, directamente contra el camino de entrada. Al mismo puñetero tejado bajo el que duerme Kaila… Otro secretito sucio que nunca le has contado, ¿eh? Al mismo puñetero tejado desde el que Kaila grabó el vídeo. Y ¿cómo crees que va a llevarlo tu hija cuando sepa toda la verdad, teniendo en cuenta su sentido de la justicia?».

El único consuelo era que ocurría solo en noviembre. Mientras lograran controlar los momentos más duros de sus episodios depresivos con la medicación, Kaila tenía un año entero para recargar pilas. Hasta Jen lo sabía.

—Lo más extraño de la depresión de Kaila —les dijo una vez— es su carácter estacional. El trastorno afectivo estacional existe, pero,

por alguna razón, ella siempre se recupera antes de Navidad, mientras que casi todos los demás pacientes tienen que esperar hasta la primavera, cuando los días son más largos. Hay que dar con algún modo de fortalecer a Kaila contra los días más cortos de finales de año.

«Ya lo intentamos, Jen —había pensado Ralph—. Créeme. Hacemos sacrificios todos los años».

Hacia las tres de la tarde, Ralph salió a ayudar a Marc Wachowski a cercar una parte de la parcela de las alpacas. Había recibido una llamada de Steve Reuman, un asesor jurídico del juzgado, que lo había invitado a jugar un partido de squash. A Ralph le apetecía mucho ir, pero había rechazado la oferta. El squash era algo que convenía evitar en noviembre si no querías sufrir un desgarro muscular o dislocarte un hombro. Pero ayudando con la valla al menos haría algo de ejercicio.

Marc le preguntó de inmediato si se había enterado de lo de Mary Beth Lambert, la mujer de Canadá. No, con todo lo que había pasado en casa, se le había olvidado consultar Vember. Resultó que Gray tenía malas noticias.

—Consiguieron interceptar las pastillas sudamericanas —explicó Marc—, pero todo se fue al garete cuando la mujer quiso recoger el paquete y Elizabeth intentó hablar con ella.

—Uf. ¿Qué pasó?

—Entró en pánico y se puso a gritar. Tuvieron que largarse porque empezaron a abrirse puertas por todas partes.

Ralph silbó, pero en realidad no le sorprendía. Aquel plan había tenido demasiados inconvenientes desde el principio. Él tenía las

esperanzas puestas en Garrett Wetzell, el viudo de ochenta y seis años de Bellevue. Se suponía que iban a reunirse con él el día 8.

Marc bajó la voz:

—¿Has visto esto?

Levantó el móvil. Mostraba las imágenes de la cámara de seguridad que Laura y Gray tenían en el camino de entrada: Bird Street de noche. La grabación era del 2 de noviembre a las 21:58. Ralph reconoció al instante al hombre trajeado que caminaba por la línea central.

—Fíjate, viene del sur —dijo Marc—. Aquí está justo delante de tu casa, camino de la de los McKinley. Pero mira esto. —El segundo vídeo procedía de la cámara de seguridad del propio Marc. Mostraba el extremo sur de Bird Street hasta la casa de Ralph—. He visto todo lo que se grabó entre las 21:50 y las 22:10. *Niente*.

Marc hizo avanzar el vídeo. Nada, solo lluvia agitada por el viento. No había ni rastro del hombre del traje.

Con suavidad pero con firmeza, Ralph apartó el teléfono de Marc. ¿Qué quería que le dijera? No tenía sentido obsesionarse con qué era el Contable. Hacía mucho tiempo que habían superado ese punto.

Trabajar al aire libre montando la valla le despejó la mente. Clavaron varios postes en el suelo con un martillo de goma y los dos se pusieron guantes para colocar el alambre de púas con gran cuidado. Liam volvió a casa del colegio y se llevó a las alpacas al fondo de la parcela para que pudieran cerrar el hueco. Ralph no hizo ningún comentario sobre lo que había ocurrido esa mañana, y el chico pareció aliviado de ahorrarse una bronca de su padre. Cuando terminaron, Ralph había recuperado parte de la euforia de la

mañana. Contempló las laderas boscosas que había detrás de su casa y pensó: «Todo va bien. Estamos bien».

Sin embargo, se vio obligado a reconsiderarlo cuando llegó a casa y Luana le contó lo que le había pasado a Django. El niño estaba acurrucado en una esquina del sofá, inconsolable, con las manos envueltas en vendas.

Había visto algo malo en el piano. Y Luana también.

Dios mío…, la superficie del Steinway era reflectante. Se habían olvidado de cubrirlo.

«Ves que se les nubla la mirada y que el cuerpo se les relaja. Y luego ya no están».

Ralph se estremeció, pero mantuvo la compostura. Mala suerte para Django: el Steinway estaría prohibido durante el resto del mes.

KAILA

Pensamientos nocturnos. Rover Nyholm.

5 DE NOVIEMBRE

La pesadilla que despertó a Kaila era horrible. En ella, sus padres y los vecinos la llevaban al bosque en una litera de huesos entretejidos, pero, en lugar de clavarle una inyección letal en el brazo, la arrojaban a un profundo agujero lleno de ramas. Mientras las atravesaba, las ramas se convertían en manos que la arrastraban hacia la oscuridad. Kaila se incorporó de golpe, con el edredón enredado en las piernas…, y eso la devolvió al recuerdo de lo que se había escondido dentro de él hacía dos noches. «¡Qué calor das, Kaila!», vociferó la voz fantasmal… Pero entonces la chica encendió la lámpara de la mesilla y se acurrucó en un rincón de la cama con el edredón convertido en un amasijo pisoteado a sus pies. El corazón le martilleaba en los cortes que iban curándose poco a poco bajo los vendajes.

Las dos y media, marcaba su móvil. «Joder». Todavía faltaba mucho para el amanecer.

El desván exhalaba su frío nocturno. Kaila oyó el viento que azotaba el tejado, el crujido de las vigas.

Esa noche le había costado conciliar el sueño, atormentada como estaba por las dudas sobre lo que le habían contado sus padres. Quería creerlos. Pero ahora, en plena madrugada, estaba convencida de ello: no tenía ningún sentido.

Ni una puta pizca de sentido.

¿Por qué se habían puesto tan nerviosos si no? Mamá apenas había logrado articular una frase completa. Papá había roto a sudar. Entre el ojo derecho y la sien, tenía una vena que lo convertía en el peor jugador de póquer del mundo, y Kaila se había fijado en que no había parado de palpitarle durante toda la conversación. Vale, los había pillado por sorpresa con el vídeo, pero eso no justificaba que se comportaran como si estuviesen chiflados. Solo podía significar una cosa: si sus padres le estaban mintiendo, la verdad que intentaban ocultar debía de ser peor.

Peor… ¿cómo?

Peor de un millón de formas, una vez que se te disparaba la imaginación.

Dejaban que la gente muriera en aquel bosque. Y aquello no era *Breaking Bad* ni *Robin Hood*, ¡eran sus padres! Sus padres. El señor Ralph Lewis y la señora Luana Perreira da Silva, de Lock Haven, Washington, ni más ni menos. Que aseguraban que llevaban a personas enfermas terminales al bosque y colaboraban con los vecinos para ayudarlas a morir con dignidad. Un diez en idealismo, pero Kaila no creía que eso tuviera nada que ver con la ética. De lo contrario, ¿por qué no había oído jamás ni a su madre ni a su padre expresar su opinión sobre la eutanasia? ¿O a sus vecinos? Lo había buscado en Google, pero no había encontrado nada. Joyce Wachowski no había hablado a favor de ella en ninguna entrevista, papá no había publicado nada al respecto en el *Journal of Medical Ethics*, los Aikman no habían hecho ningún tipo de campaña para apoyar la Ley de Muerte Digna. Nada de nada. Los McKinley estaban forrados. Kaila no tenía claro cómo funcionaba la política exactamente, pero sí sabía que el dinero podía comprarlo todo.

Además, el perfil demográfico no cuadraba. Las ideas radicales requerían medidas radicales, pero no por parte de aquel lamentable grupo de —perdón, papá; perdón, mamá— *boomers* estadounidenses privilegiados que vivían en Bird Street. La gente que se rebelaba contra el sistema era joven, diversa, anarquista.

No sus padres. No sus vecinos.

Y había otra cosa. El riesgo. Papá le había dicho que, una vez que esa gente moría, los devolvían a la civilización. Pero su padre era juez. Joyce Wachowski, una escritora famosa. Laura estaba impulsando su carrera política. ¿De verdad iban a andar por ahí arrastrando cadáveres?

«No. La señora enferma del bosque. Si hubiera decidido morir, la habrían enterrado allí mismo».

De repente, la asaltó un pensamiento tan frío como un puñado de hielo.

«A veces, da la sensación de que ves cosas más allá de la valla. Cosas malas. Así que es mejor que no las miremos».

Kaila nunca había visto nada malo al otro lado de la valla. Pero, hacía dos noches, había visto algo malo cerca de su cama.

«Hay agujeros en el bosque. Agujeros profundos llenos de ramas. Ahí es donde nos llevan. Vivimos en esos agujeros, y allí todo el mundo está muerto, y queremos que vengas a vivir con nosotros para poder calentarnos con tu vida».

Le temblaban tanto las manos que necesitó tres intentos para desbloquear el móvil. Le envió un mensaje a Jax: «¿Crees en los fantasmas?». Recibió una marca de verificación gris. Claro, Jax siempre ponía el móvil en modo avión por la noche. En aquel momento, su novio no le servía de nada.

«Te estás olvidando del quid de la cuestión. No querían dejarla morir sin más, querían dejarla morir en un lugar concreto. En el bosque de detrás de la valla. En el bosque del que siempre nos mantienen alejados, al que se supone que ni siquiera debemos mirar durante los Días Oscuros».

Sí, y ¿de qué cojones iba todo aquello? No se creía que cerraran todos los postigos solo para evitar que Django y ella vieran a sus padres llevando a gente enferma al bosque. Había otras formas de conseguir ese objetivo, formas que no los harían parecer unos auténticos paranoicos.

Entonces, ¿por qué?

Kaila se levantó temblando y caminó descalza hasta el escritorio. Cogió su MacBook y lo encendió cuando volvió a la cama. Sentada con las piernas cruzadas, escribió en el buscador de Google: «Rover Nyholm». No era un nombre muy común, así que a lo mejor tenía suerte.

Rover ya le había dado respuestas antes.

Y resultó que volvería a hacerlo.

Al hacer clic en «Imágenes», Kaila pensó durante una milésima de segundo que debía de estar viendo a otro Rover Nyholm, no al chico que vivía en la casa de enfrente cuando era pequeña. Su fotografía había aparecido en al menos una decena de sitios web de noticias; la primera de ellas acompañaba un artículo del *St. Louis Post-Dispatch* de 2016. Sin embargo, en cuanto vio la mirada maliciosa del joven, sus dudas se evaporaron. El titular decía: «Tragedia familiar en San Luis: un exmodelo dispara a sus padres y luego se suicida».

«¿San Luis? —pensó Kaila—. Así que ahí es donde fuiste a parar».

Echó un vistazo al artículo y se sintió como si las manos de su pesadilla hubieran vuelto y le estuvieran rozando la piel del cuello, los brazos, por debajo del pelo. El resumen era que la adicción a la metanfetamina de Rover había hecho que lo expulsaran de su agencia de modelos. La declaración de quiebra de la empresa de inversiones que poseían, Nyholm Enterprises, había llevado a sus padres a sufrir la persecución de los acreedores. Rover había acabado de manera eficaz con ambos problemas cogiendo su rifle de caza y pegándoles un tiro en la cabeza a sus padres mientras dormían; después, se había calentado en el microondas un plato de pasta precocinada, se lo había comido sentado a la mesa de la cocina y se había reservado la última bala para el postre.

Kaila se quedó de piedra. No solo por el brutal acto de Rover —jamás había oído nada tan horrible relacionado con alguien a quien más o menos conocía—, sino también por el drástico cambio que se había producido en la apariencia del chico. Incluso el artículo lo mencionaba, debajo de una especie de «antes y después» de dos Rovers distintos. A la izquierda, había una foto del joven en una campaña para Davidoff: labios sensuales, piel suave y perlada de gotas de sudor, rizos estilizados. Así era como Kaila lo recordaba: un monumento.

Pero a la derecha había una imagen fija extraída de las cámaras de seguridad de una gasolinera Exxon y tomada varios días antes de la tragedia. A Kaila le parecía increíble que fuera el mismo. No era solo que los ojos de Rover parecieran apagados, que su piel tuviese un aspecto poco saludable y que le hubieran salido entradas, aunque todo aquello era cierto. Era como si la propia estructura ósea del joven hubiera cambiado y alterado su perfecta simetría. Los pómulos

prominentes habían desaparecido. Tenía una ceja de cada manera. La mandíbula ya no era afilada.

Puede que fueran unas imágenes más que efectivas para una campaña contra las drogas, pero aquello no se debía a las drogas. Las drogas causaban otro tipo de estragos.

Rover Nyholm se había vuelto feo. A Kaila le repugnaban tales calificativos, pero no había forma de negarlo.

A pesar de que se sentía cada vez más inquieta, se puso a repasar sus fotos de modelo.

Hasta 2014, había protagonizado campañas fotográficas para grandes marcas. Dos años después, su atractivo se había desvanecido de una forma tan exagerada que no pudo evitar pensar en Dorian Gray acuchillando su propio retrato. Y entonces Rover había cogido su rifle de caza y había asesinado a sus padres.

Ah, y ¿en el periodo intermedio?

Se había vuelto adicto.

Su carrera se había esfumado.

El fondo de inversiones de los Nyholm se había ido al traste.

La familia se había marchado de Lock Haven en 2014, y daba la sensación de que un diablillo de la fatalidad los hubiera seguido.

Un poco como durante los Días Oscuros.

Kaila se quedó mirando la pantalla. Empezó a rascarse los brazos distraídamente, a retorcerse como si ahora las manos invisibles estuvieran por todas partes. Era un picor que no cesaba, pero lo peor era que no estaba segura de que las manos no estuvieran allí de verdad. Empeoró tanto que se bajó de la cama de un salto y miró a su alrededor con el corazón en la garganta.

Su habitación estaba como siempre y, sin embargo, todo estaba mal. Era el aire. El aire de noviembre, que se colaba entre las rendijas.

¿Qué era aquella cosa junto a su cama?

Nadie hablaba nunca de por qué tapaban los espejos. Pero ahora, en plena noche, con los Días Oscuros mirándola a través de los postigos, quería hablar de ello. Ojalá Jax estuviera despierto. Él era ajeno a todo aquello. Él no le mentiría.

«A veces, da la sensación de que ves cosas más allá de la valla. Cosas malas. Así que es mejor que no las miremos».

A veces veías personas en los espejos que no estaban.

Una vez, cuando tenía diez años, había visto algo malo durante la cena. Mientras jugaba con la cuchara, girando el mango entre los dedos, la cara se le reflejaba al revés en la parte cóncava y a derechas en el dorso. Un giro… y, de repente, tenía detrás a un hombre grotescamente alto, cada vez más cerca. En realidad, el hombre era más bien una sombra, una forma que recordaba a la de un hombre. Pero Kaila le había visto las manos. Y le había visto los ojos.

Entre alaridos, había dejado caer la cuchara. Cuando se volvió, no había nadie a su espalda. Pero mamá y papá no le habían dicho que se lo había imaginado todo, como se suponía que debían hacer. Al contrario, compraron unos cubiertos negros y opacos.

A veces, los reflejos mostraban a quien se hallaba detrás de alguien.

Y con lo que Kaila sabía ahora…

Sus padres llevaban a gente al bosque para ayudarla a morir con dignidad. Pero ¿cómo podía ser digno, cómo podía ser bueno, si esas

personas volvían para atormentarlos?

Kaila clavó la mirada en la cama. La cosa de debajo de la funda nórdica no había sido un reflejo, pero ella había usado el espejito de bolsillo justo antes de que sucediera.

Se humedeció los labios secos y se fijó en la mesita de noche. El espejo seguía allí, escondido bajo su libro.

Obedeciendo a un impulso, lo agarró.

Necesitaba saberlo.

Si querían que los vieran…, también querrían que los escucharan.

Con cautela, preparada para cualquier cosa, volvió a la cama, se acurrucó en un rincón y abrió el espejo muy despacio. El reflejo le mostró las vigas del techo. Los rincones oscuros del desván. El escritorio, la escalera. Luego, lo giró un poco más y se vio a sí misma.

Estaba hecha un asco. Pálida. Sudorosa. Asustada.

Kaila dedicó los diez minutos siguientes a girar el espejo en todas las direcciones posibles, lo utilizó para registrar el desván. Contenía la respiración, convencida de que en cualquier momento se encontraría con una figura en algún recoveco sombrío. No se atrevió a volver a orientar el espejo hacia sí misma. Aunque estaba aplastada contra la pared, todas y cada una de las películas de terror que había visto le habían enseñado que habría algo espantoso acechando a su espalda. Algo que quizá le posara las manos pálidas sobre los hombros. Que tal vez sostuviese un cuchillo de cocina entre los dedos.

«La próxima vez, hazte un corte un poco más profundo. Hazte un buen agujero hondo y oscuro en el vientre; luego, métete dentro y ven a vivir con nosotros».

Pero allí no había nada y, al cabo de un rato, empezó a sentirse ridícula.

Guardó el espejo de bolsillo, se tumbó y se tapó con las mantas. Decidió dejar encendida la lámpara de la mesilla, porque, por absurdo que fuera estar pensando en fantasmas, no quería quedarse sola con ellos en la oscuridad.

Allí estaban pasando cosas. Cosas que no entendía, que tenían que ver con sus padres. Kaila decidió seguir investigando hasta descubrir la verdad. Y, para eso, tenía que estar a tope.

El entumecimiento —la absoluta desesperación de perder el contacto con su cuerpo, como le había ocurrido justo antes del incidente del cuchillo de patatas— era mucho más aterrador que su habitual depresión de los Días Oscuros. Más aterrador que cualquier aparición. No quería volver a experimentarlo jamás. Por eso, desde la noche anterior, había empezado a esconderse bajo la lengua la pastilla que le daba su padre para poder escupirla en cuanto él se iba.

Litio.

Odiaba esa porquería.

LUANA

El hombre olvidadizo. Declive.
Llegada a Estados Unidos. Resaca.

8 DE NOVIEMBRE

El martes, Garrett Wetzel tenía una cita con la muerte. Pero Garrett Wetzel tenía Alzheimer, así que se le olvidó.

Desconcertada, Luana escuchó a Ralph mientras le contaba lo sucedido al volver de casa de los Aikman. Harry y Elizabeth se habían pasado la mañana esperándolo cerca de la residencia de ancianos Bellevue, en Main, en un Ford Bronco de alquiler con matrícula de Nevada. A las diez y media, el personal salía a acompañar a los residentes más lúcidos a una excursión por el parque natural Robinsglen. Garrett solía unirse a ellos para dar de comer a los patos y jugar una partida de rummy (llevaba semanas intentando «pillar con las manos en la masa a ese tramposo de John Glover»).

—Ya les dije ayer que tenía mis dudas —dijo Ralph—. La gente que quiere acabar con su vida no va por ahí trazando planes de venganza. Pero Elizabeth me contestó que Garrett Wetzel está tan demente que la mitad de las veces ni siquiera sabe lo que dice.

Luana lo miró, cariacontecida.

—¿Y eso fue lo que te dijo para acallar tus dudas?

—Lo sé, es poco fiable. Me daba miedo que no saliera bien, pero ¿qué otra opción teníamos? Y hay una cosa en la que tienen razón: la demencia avanza por etapas. Los pacientes se confunden respecto

a algunas cosas y mantienen la lucidez respecto a otras. Harry dice que el deseo de morir de Wetzel pertenece a la segunda categoría.

El plan era que, el martes por la mañana, el viejo fingiera que le dolía la cabeza y se quedase en la cama. El día anterior, Elizabeth lo había hecho memorizar el código que abría la puerta del pasillo (también se lo había escrito en la palma de la mano con unos números minúsculos, debajo de la hora de su cita, por si se le olvidaba). Con la mayor parte del personal y de los residentes de excursión, el centro quedaría a cargo de un equipo muy reducido. A las once menos cuarto, un repartidor de UPS —el mismísimo Maurice McKinley— entregaría un paquete dirigido a una residente fallecida. Jane Mildred, la recepcionista, le explicaría el protocolo al repartidor, tras lo cual este le pediría que, por favor, llamara a los familiares, cosa que ella haría de mil amores. Y, mientras la mujer estuviera al teléfono y lo bastante distraída, Garrett Wetzel se escabulliría.

—Lo que pasa es que Garrett no ha aparecido —dijo Ralph—. Elizabeth tuvo un presentimiento cuando no le cogió el teléfono por la mañana. Y, cuando no se presentó, le costó tres intentos localizarlo. Resulta que se había ido a Robinsglen con los demás. Al principio ni siquiera entendía por qué lo llamaba, de tan absorto como estaba en su partida de rummy. Hasta que de repente grita: «¡Mierda, se me había olvidado!». Y ¿adivina qué? El hombre se levanta como si quisiera ir a reunirse con ella en ese mismo momento, porque Elizabeth oye que uno de los celadores le pregunta a Garrett que adónde cree que va. Tuvo que improvisar cuando el celador se puso al teléfono.

—Por Dios. Menudo lío…

Por la tarde, Elizabeth había ido a la residencia a visitar a Wetzel. Se lo había encontrado más abatido que nunca, suplicándole que se lo llevara con ella. Demasiado peligroso, por supuesto. Tendrían que esperar a la próxima vez que hubiera poco personal. La semana siguiente.

—Ralph, la semana que viene será día quince. —Luana era consciente de cómo le temblaba la voz—. ¡Eso es imposible! Hacía años que no nos retrasábamos tanto.

—Lo sé. ¿Qué quieres que haga? Ya conoces las alternativas. Lo de hoy ha sido mala suerte.

—¿Mala suerte? ¡La mala suerte empeorará día a día! ¿Cómo es posible que pensaras que ese anciano era nuestra mejor oportunidad de salir de esta?

—Luana…

Ralph empezó a hablar, pero se detuvo en seco, sorprendido al darse cuenta de que no tenía respuesta a esa pregunta. Aquello era típico de los Días Oscuros. Podías prepararte todo lo que quisieras, pero, antes de que te dieses cuenta, ya estaban en pleno apogeo. Los planes que te habían parecido infalibles de repente resultaban ser erróneos, y el caos que se desataba en la mente de los vecinos les impedía valorar las consecuencias. Aquella era la debilidad de Ralph, y Luana había tocado un fibra sensible al señalársela.

Ella suspiró y lo abrazó.

—Lo siento. No sé qué me ha dado.

—Yo sí lo sé —dijo él en tono inexpresivo.

Luana se sintió vulnerable en su abrazo. Los Días Oscuros habían comenzado como cabía esperar: fatal. Ella lo había notado el día anterior por primera vez. A los cinco minutos de empezar una clase

sobre las relaciones geopolíticas entre Estados Unidos y Sudamérica, unos cuantos alumnos de primero la interrumpieron, confusos, y se dio cuenta de que les estaba dando una clase que correspondía a un curso superior. A los alumnos les hizo gracia; a Luana no. Tardó una eternidad en descargarse los archivos correctos del portal de la Jackson School of International Studies y, además, solo le valieron para darse cuenta de que estaba muy mal preparada. Veinte minutos más tarde, durante una digresión en piloto automático acerca de la literatura brasileña contemporánea, confundió a Coelho con Amado por tercera vez, y una vivaz estudiante llamada Shane O'Mearah levantó la mano.

—¿Se encuentra bien, profesora?

—Me temo que no, Shane. Creo que me está dando una migraña.

Otra alumna le ofreció una aspirina (que no ayudó) y Shane sugirió que se saltaran la clase magistral y se limitaran a comentar El Demonio y la señorita Prym, la novela asignada para aquella semana. Luana se las arregló para salir del paso, pero, para cuando los alumnos abandonaron el auditorio, no recordaba ni un solo argumento.

—Tengo miedo, Ralph —dijo entonces con la voz débil—. Todo esto nos viene grande. Y los niños… ¿Estaremos bien?

—Por supuesto. —Su marido le dio un beso en la frente—. Enviaremos a Kaila a algún internado de Ecuador y entregaremos a Django en adopción a los Oompa Loompas. Todo saldrá bien.

Se le escapó una risa por la nariz y le dio un palmotazo en el pecho.

—Capullo.

Le sentó bien reírse, pero Luana no podía sacudirse de encima la sensación de que el beso de Ralph había sido un tanto distante. Y de que sus bromas eran un intento de enmascarar su propio miedo. Quedaba una semana entera hasta el día 15. Por lo general, se aseguraban de que el sacrificio se llevara a cabo durante la primera semana para detener la espiral descendente. La mala suerte quedaría contenida, sería manejable y se desvanecería en cuestión de semanas. Pero ahora tendrían que esperar hasta mediados de noviembre antes de poder empezar siquiera a frenarla.

¿Y si entonces tampoco funcionaba?

No. Era demasiado pronto para pensar así. Tenían opciones. Estaban solo a día 8.

10 DE NOVIEMBRE

Sin embargo, dos días más tarde hubo otra cosa que salió mal. Mientras revisaba unos trabajos en su despacho del campus, Luana se dio cuenta de que apenas era capaz de entender su lengua materna.

Ralph le había pedido que no fuera a trabajar ese jueves. Estaba preocupado por ella, le dijo que las noches habían sido duras, así que ¿por qué correr el riesgo de salir a la carretera? Pero Luana era testaruda. Le contestó que echaba de menos el bullicio del edificio, que por fin volvía a estar lleno de vida tras los años de la pandemia; odiaba la educación a distancia; podía aparcar el Optima en Microsoft, en Redmond, y coger el 542 hasta el campus para no tener que enfrentarse al tráfico de la ciudad. Todo eso era cierto, pero no hacía falta que explicara su verdadera motivación: escapar

de la opresión de Bird Street durante todo el tiempo posible. Al final, Ralph había cedido, no porque estuviera convencido, sino porque vio que ella estaba decidida a irse. Cuando le insistió en que tuviese cuidado, Luana vio una preocupación genuina en los ojos de su marido.

Un detalle, pero ahora mismo tendría que lidiar con ello él solo.

La clase de la mañana había ido bastante bien, pero mientras corregía esos trabajos Luana se dio cuenta de que los pensamientos se le escapaban y flotaban sobre ella, intangibles, chorreando hasta convertirse en una papilla incoherente. Hizo tres intentos de leer un párrafo, trató en vano de comprender el significado del texto en portugués, pero pronto empezó a resentirse contra las propias palabras. ¿Qué sentido tenía toda aquella basura pretenciosa de unos alumnos que se pasaban el semestre tan tranquilos, como si noviembre no existiera, como si noviembre no fuera un cáncer que se le metastatizaba todos los años en las glándulas de la psique, que esparcía inutilidad como confeti de sangre, que lanzaba una espiral de miseria como una negrísima cinta de teletipo por el conducto de la basura de…?

[…]

«Basta».

Silencio. Lejos.

«¡Eh! ¡Para ya!».

Luana levantó la vista cuando su despacho se materializó ante sus ojos. ¿Qué le había dado? Estaba sudando a mares. Había estado desconectada de la realidad durante un rato. Se apretó las sienes con la yema de los dedos. En circunstancias normales, le habría horrorizado admitir que Ralph tenía razón: ir al campus no había

sido tan buena idea. Pero esas circunstancias no eran normales. Lo único que quería era largarse de allí.

Avisó de que estaba enferma y de que no impartiría su clase de la tarde y cruzó el campus a toda prisa en dirección al puente de Montlake. A mitad de camino, empezó a sentir molestias en sus antiguas lesiones. Llegó al puente, pero entonces tuvo que agarrarse a la barandilla para mantenerse en pie.

Mientras contemplaba el lago Washington y la cordillera de las Cascadas, la asaltó la idea de que su pasado le estaba dando alcance. Algún día, ya no muy lejano, se despertaría y descubriría que su segunda oportunidad no era más que un espejismo. Que los últimos dieciocho años no eran más que un mosaico que se le había formado en la cabeza mientras se desangraba en la avenida Rebouças.

«No, no es tu pasado. Es el Contable. Él es quien acecha en el agua que tienes debajo. En el viento que te seca los ojos. En el aire que respiras. Porque la broma de mal gusto es que estas cosas sí han sucedido. Te engañaron. Vendiste tu alma sin darte cuenta. Y él sabía que serías una buena incorporación, porque estaba allí contigo, en la consulta de aquella ginecóloga. Lo olió en ti. Fuerza o debilidad: el diablo siempre es capaz de rastrearlas».

Fuera cierto o no, desde aquel día pocas cosas habían ocurrido por casualidad. En octubre, cuatro meses después de lo que ella había empezado a llamar su «accidente», asistió a una conferencia impartida por el profesor y doctor Calvin Brenner, de Seattle, en la Universidad de São Paulo. Fue un alegato apasionado a favor de la colaboración académica entre América del Norte y del Sur. Aquel día tenía unos dolores tremendos, pero, tras la conferencia, dejándose

llevar por un impulso, agarró las muletas y se acercó cojeando hasta él. El doctor Brenner quedó fascinado por su historia y cautivado por sus puntos de vista. La invitó a tomar una copa y luego a hacer unas prácticas en Estados Unidos.

«Y te quedaste de piedra, ¿te acuerdas? Porque ¿cómo ibas a pagar todo aquello? ¿Y qué pasaría con la rehabilitación? Pero el doctor Brenner te dijo que la universidad se encargaría de eso. Tenían los mejores fisioterapeutas de Estados Unidos. Podrías terminar tu doctorado en Seattle mientras dabas clases a los de primero. Sería maravilloso contar con alguien que llevara el país en la piel, según sus palabras».

Luana le dijo que necesitaba pensárselo, pero era mentira. Puede que llevara el país en la piel, pero ella solo veía cicatrices. A la mañana siguiente, cogió un taxi para ir al hotel del doctor Brenner. Le resultaba imposible correr, pero, por cómo se deslizó por el vestíbulo, se sintió como si lo hiciera. Rompió a llorar cuando le dijo al profesor que aceptaba su oferta.

«Ya entonces, en lo más profundo de tu ser, sabías que era demasiado bueno para ser verdad. Porque esas cosas no les pasaban a las personas como tú. Pero hiciste caso omiso. Porque ahí estaba: una segunda oportunidad».

Dos semanas después, estaba en un vuelo camino de Estados Unidos. Llovía cuando aterrizó en SeaTac y el aire olía diferente. Más fresco. El doctor Brenner la estaba esperando, se sorprendió de que solo llevara una mochila. Una mochila que contenía toda su vida. No…, no sería suficiente, ¿verdad? Insistió en comprarle más ropa. Ella le dijo que no era necesario, de verdad, que ya había hecho más

que de sobra por ella, pero dos días después el hombre se pasó por su diminuto apartamento del campus.

«Y tú, idiota, pensando que la ropa que te hizo probarte no te serviría de mucho, porque todo eran conjuntos de verano muy reveladores. ¿Cómo ibas a decirle a alguien que no tolerabas el frío del norte cuando era a quien le debías la oportunidad misma de experimentarlo? Así que accediste, por educación, y él esbozó esa sonrisa lobuna mientras desfilabas con una muleta delante de él».

Se había pasado las semanas siguientes concentrada en dar clases a alumnos estadounidenses y redescubrir sus viejos apuntes. Pero, en una fiesta del claustro, oyó rumores y se asustó. ¿No se había enterado? La esposa del doctor Brenner estaba paralizada de cintura para abajo. Tenía cierta fijación por esas cosas. ¿Fijación por qué? Por las lisiadas. Su ayudante anterior estaba en silla de ruedas debido a la esclerosis múltiple. Luana no podía creérselo. El doctor Brenner no. La habían invitado por sus capacidades, no para que se convirtiera en el fetiche de alguien.

Pero, entonces, una noche, el doctor Brenner se presentó en su casa y se le insinuó. Luana lo rechazó. Él insistió y la cosa se puso fea. El aliento le olía a alcohol. La situación no desembocó en una agresión en toda regla, fue demasiado torpe para eso, pero la joven estaba aterrorizada. Brenner se puso furioso, le espetó con el más absoluto desprecio que él la había llevado allí y que podía acabar con su carrera con la misma facilidad. Y que nadie la creería. Había visto las marcas de pinchazos que tenía en el brazo; haría bien en tenerlo en cuenta.

«Y allí estabas. En un país desconocido, en una ciudad desconocida, y el único motivo de que estuvieras allí era feio. Lo que

fuera que había organizado todo aquello no se dedicaba precisamente a la belleza…, pero sí se ganó tu favor. Porque a la mañana siguiente te enteraste de que, mientras daba su "paseo vespertino", al doctor Brenner lo había atropellado un Corvette C1 de 1962 aquí, en el puente de Montlake, y había fallecido. Por lo visto, el profesor había tenido dos dedos de frente y había decidido no conducir en su estado de embriaguez. La historia corrió como la pólvora por el campus: el joven conductor, se supone que entre lágrimas, diciéndole a la policía que no sabía qué había pasado. Que todo había sido un impulso: al coger el Corvette clásico de su padre para dar una vuelta, había sentido una repentina necesidad de quemar rueda sobre las rejillas del puente. Como si algo se hubiera apoderado de él. Un genio malvado, dijo. Y tú, tú no pensaste en el hombre alto de traje que se había acuclillado a tu lado seis meses antes mientras te desangrabas. Solo te preguntaste si el doctor Brenner habría sufrido las mismas fracturas que tú».

Un camión pasó traqueteando por detrás de ella y el sobresalto sacó a Luana de sus pensamientos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí plantada? Hurgó en el bolso hasta encontrar el móvil y vio que eran casi las tres. Dios. Tenía que coger el autobús o Ralph se volvería loco.

Con cuidado, protegiéndose la cadera lo mejor que podía, cruzó el canal hacia el lado de las Cascadas. Tenía que dejar de darle vueltas a eso. Aquellas cavilaciones no la llevarían a nada. Ella no era cómplice de la maldición de Bird Street. Se había enamorado de nuevo, nada más. Muchos años después de lo de Mosquito, se había enamorado de un hombre que tenía todo lo que a ella le faltaba: de un hombre que tenía suerte. Y a Luana no le iría mal un poco de

suerte. ¿Era culpa suya que aquello también lo hubieran coreografiado?

Por aquel entonces, no sabía que aquel hombre tenía un secreto.

11 DE NOVIEMBRE

Aquel viernes, el día antes de que la pendiente de la espiral se intensificara, Luana se despertó antes del amanecer y notó que a Ralph le olía el aliento a alcohol.

La noche anterior se había acostado sola. Su marido estaba demasiado inquieto para meterse ya en la cama, así que había optado por quedarse viendo algo en Netflix. Oh, cómo deseaba Luana que subiera y la abrazase. Ralph le había prometido que la cuidaría. «Pues cuídame». Pero él ya se estaba sumiendo en su propio temperamento de noviembre, así que ni siquiera se atrevió a pedírselo.

Se había echado a dormir con la camiseta del día anterior. Eso no era propio de él. Ralph valoraba su higiene, siempre se desnudaba y se duchaba antes de acostarse. La camiseta tenía manchas y él lucía una barba de al menos cuatro días. Estaba roncando y a Luana se le revolvió el estómago. Ralph solo roncaba cuando bebía.

Se inclinó hacia él y se apartó de inmediato. Apestaba a vodka. ¿De dónde narices lo había sacado? Nada de alcohol tras el brindis del día 2, esa era la regla. Todo lo que quedaba en la despensa se tiraba por el desagüe del fregadero. Debía de haber salido a comprarlo a escondidas.

Una ira ardiente, rayana en el odio, se le encendió por dentro. Se levantó, arrancó la bata de la percha de la que colgaba, se la puso y

bajó las escaleras. Revisó el cubo de basura que había debajo del fregadero, luego el contenedor del garaje. Necesitaba pruebas. Una botella vacía. O medio vacía, le daba igual. No podía dejarle ninguna salida a Ralph. No podía permitir que le dijera que se lo estaba imaginando. Pero no encontró nada: nada detrás del sofá, nada en ningún sitio.

Al final, se detuvo en el salón. Los postigos de las ventanas traqueteaban subrepticiamente con el viento.

«La ha enterrado en el jardín trasero. Sabe que ahí no miraré».

¿En qué estaba pensando su marido? ¿Cómo podía ser tan tonto? ¿Tan irresponsable? Una vez que empezara a beber, se acabó. Ralph lo sabía. Una noche de borrachera llevaría a una segunda, y luego a una retahíla de ellas. Dejaría de hablar con ella. Gritaría. No habría espacio para el dolor de Luana. Tomaría decisiones peligrosas, tanto en los asuntos cotidianos como en los de vida o muerte. Y los niños…

Kaila. Kaila se había pasado el día anterior paseándose por ahí con su cara de noviembre. Era culpa suya. Todo había ido bien hasta que le había dado por subirse al tejado. Esa maldita fisgona, siempre buscando llamar la atención.

«Ojalá la hubieran ingresado cuando se cortó la semana pasada».

Luana se irguió de golpe, se llevó las manos a las mejillas con fuerza y se le formó una O temblorosa en la boca; parecía una imitación de viernes por la mañana del cuadro de Edvard Munch.

—Dios mío… —susurró a la habitación vacía—. ¿De verdad acabo de pensar eso?

De repente, recordó algo que Ralph le había dicho justo antes de que se enfrentara a sus primeros Días Oscuros, hacía muchos años.

«Tu mayor felicidad se volverá contra ti. Te joderá viva, Luana».

En aquel momento, le había parecido un disparate siniestro, pero, para cuando sus segundos Días Oscuros comenzaron a cobrar fuerza, se había visto obligada a reconsiderarlo. Kaila tenía siete meses y, hasta entonces, todo había sido perfecto, pero entonces empezó a perder peso a toda velocidad. Se pasaba el día y la noche llorando; un gemido débil, fino. Luana le frotaba los labios, la mecía, la amamantaba, pero no se calmaba. Luana también lloraba. Al principio, Ralph la consolaba. Luego ya no.

Una tarde estaba encorvada sobre la cuna. La bebé gritaba a pleno pulmón, con las manitas indefensas apretadas en sendos puños. Luana estaba desesperada. ¿Qué le pasaba? ¡Ojalá alguien lograra hacerla callar! Aquella niña, aquella niña antinatural nacida solo de su deseo. Jamás debería haber existido.

Con absoluta claridad, se vio a sí misma colocando la yema de los dedos sobre el cráneo de la bebé, oprimiéndole las fontanelas. Pop. Los dedos se hundían en la cabeza, en la piel suave y maleable. Los ojos de la niña se abrían de golpe. Empezaba a temblar de arriba abajo, la sábana que tenía debajo se teñía de un rojo intenso.

Luana gritó, el estruendo de su propia voz la sacó del estado de fuga disociativa. Estaba inclinada sobre Kaila, con la yema de los dedos a punto de rozar la cabecita. Apartó las manos al instante, como si la hubiera mordido una serpiente.

«Y, ay, ¡cómo gritaba la niña! Madre e hija, un coro disonante. Te pusiste a dar vueltas por la habitación inmovilizándote la cabeza con los brazos. Esas imágenes…, tenías que expulsarlas. El hombre eclipsando el sol en el asfalto de São Paulo. Tus dedos hundiéndose en el cráneo de Kaila. El anciano al que habíais llevado al bosque el

año anterior, cuyo pulso sentiste ralentizarse bajo tus dedos. Veneno. Los Días Oscuros eran veneno».

Luana nunca le contó aquel incidente a Ralph. Ni siquiera después, cuando los Días Oscuros terminaron y adquirieron los contornos difusos de una pesadilla horrible pero cada vez más débil. Se prometió no volver a pensar en ello. El tiempo iba pasando, los años se sucedían en el mismo ciclo de Luz y Tinieblas marcado por los Días Oscuros: el autodesprecio, la pérdida de control, el sacrificio. Lo peor de todo, el miedo mortal a perder a quienes más quería: Kaila y Django. Así era como la mantenía a raya el Contable. Esa era la oscuridad que le esperaba si decidía romper el pacto.

«Bueno, yo también puedo joderle vivo», pensó Luana entonces. Se dirigió a la cocina, cogió su móvil y añadió un evento al calendario. «No te desquites con Ralph ni con los niños». Lo copió en las horas de vigilia de todos los días, repetido cada tres horas. Siete días a la semana durante el resto del mes de noviembre. Con alerta sonora.

Daba igual en qué espiral oscura se sumergiera su mente: la aplicación de su calendario la sacaría de ella.

Acto seguido, preparó café.

Django fue el primero en bajar a desayunar. Le preparó su bocadillo favorito: mantequilla de cacahuete, mermelada, un plátano y pasas en un panecillo integral de perrito caliente, pero solo se comió la mitad. Se quejó de que le dolían las manos. El incidente del piano le había costado dos uñas de la mano derecha y tres de la izquierda, pero ya se le estaban formando costras y, gracias a Dios, no se había roto nada.

Sin embargo, el dolor era más profundo, se le extendía hasta la muñeca y el niño chilló cuando le untó una pomada de árnica. Luana oyó que le crujían las articulaciones y pensó: «Artritis».

—Hoy no puedo ir al colegio —gimió Django.

—Sí puedes. La señora Buckner está informada de que no puedes escribir y te dejará usar el iPad. Y en la cabeza no te pasa nada, jovencito.

—Yo creo que en la cabeza me pasa de todo. ¡Esto está durando una eternidad! ¿Cuándo podremos volver a la normalidad?

—Dentro de unas semanas, cariño.

—Quiero mi piano.

—Lo sé. Pero estas son tus manos de noviembre. Manos de robot con superpoderes. A lo mejor Liam y Noah quieren dibujarte algo en el vendaje.

Cortó la venda y, con el corazón destrozado, lo observó mientras se alejaba arrastrando los pies por el camino de entrada. Marc Wachowski lo estaba esperando junto al bordillo para llevarlos a Liam y a él al colegio en su BMW. Marc la saludó con la mano, pero tenía pinta de estar tan abatido como ella. Los Wachowski también estaban pasando un mal trago. A última hora de la tarde del día anterior, Schwarzwald, el galgo de Gray Júnior, se había escapado de su jaula y había atacado a Ethan en el patio trasero de su casa. Le había mordido el tobillo. Nunca había hecho nada parecido, dijo Gray. Llevaron a Ethan al centro de salud, en Lock Haven, para que le pusieran la vacuna del tétanos, pero el pobre muchacho tuvo una reacción alérgica. Marc y Gray se enzarzaron en una pelea respecto a qué debía hacerse con el perro. Cuando un perro se vuelve malo, es malo para siempre, argumentaba Marc, así que hay que

sacrificarlo. Gray le espetó que era un imbécil y que sabía de sobra por qué había pasado.

Y, mientras sucedía todo esto, Dorothy McKinley estaba en la cama con neumonía.

Harry Aikman había tenido una fuga de agua bastante grave y una de sus estanterías había sufrido daños considerables.

Luana se arrastró de vuelta a la cocina y se encontró a Ralph allí plantado, como una estatua de sal. Tenía las ojeras negras. Se miraron a los ojos: ella lo sabía, y él sabía que ella lo sabía.

—Luana, yo…

—Calla.

Ralph la observó en silencio mientras Luana se acercaba a la nevera y servía un vaso de zumo fresco. Sacó la fiambrera con los suplementos del armario de encima del fregadero. Buscó un multivitamínico, una dosis extra de vitamina B y una píldora de zinc. Y una aspirina. Se lo pasó todo a Ralph, que se tomó las pastillas con el zumo de naranja. Luego, ella le rodeó el cuello con los brazos y se limitó a mirarlo.

—Gracias —dijo él en voz baja.

—Ve a darte una ducha. Hueles como si hubieras dormido debajo de un puente. Y no quiero que hablemos de esto.

Ralph asintió.

«¿Fue Frank? ¿Fue Frank la razón de que sintieras la necesidad de recurrir a la botella? ¿Frank y la forma en que murió?».

Pero no tenía sentido preguntárselo. Fuera cual fuese el detonante, noviembre le había empujado a hacerlo. Siempre era así.

Desapareció escaleras arriba y Luana se quedó abajo, orgullosa de cómo había manejado la situación. No estaba mal, después de

una mañana terrible. Podría haber salido peor.

Pero, una hora más tarde, salió de otro episodio de estupor y se dio cuenta de que seguía en la cocina, en bata, delante de la mesa del desayuno aún sin recoger. Ralph se había duchado, pero estaba sentado mirando al infinito con los ojos vidriosos y masticando un bagel con una lentitud insoportable. La imagen le resultó repugnante. Masticaba como un alcohólico.

Luana tenía un vago recuerdo de que Kaila había bajado en algún momento de la última hora, pero no estaba segura. Y había algo más. Algo que tenía que ver con haberse perdido en sus pensamientos. Pero no conseguía concretarlo.

Cuando la notificación de las nueve le saltó en el móvil, la que decía: «No te desquites con Ralph ni con los niños», no podía dejar de preguntarse qué puertas se habrían abierto si Kaila se hubiera hecho un corte un poco más profundo o si Django hubiera aporreado el piano con más fuerza y se hubiese astillado los huesos de los dedos.

KAILA

Lo que pasó en el Camp Heron Market. Los padres tienen secretos. El patio de atrás. Olivia.

11 DE NOVIEMBRE

Aquel viernes, Kaila le pidió a Jax que se saltara el entrenamiento y fuera a su casa. Llegó a las cuatro menos cuarto. Como sus padres le habían dicho que a eso de las cuatro y media saldrían durante más o menos una hora (solo eso, sin más explicación, nada sospechoso, ¿verdad?), primero se pasaron por el Camp Heron Market para abastecerse de caramelos Skittles, patatas fritas y refrescos. Les sobraba tiempo para llegar a casa en el momento justo: tener la casa para ella sola durante una hora era una oportunidad que Kaila no pensaba dejar pasar.

A la izquierda de la entrada había un congelador donde ya vendían pavos de Acción de Gracias («¡Aquí no hay ni un solo producto de relleno!»). A la derecha, en el pasillo de las cajas, Jax vio la revista *Den of Geek* en el expositor y se puso a hojearla.

—Oye, te espero aquí, ¿vale?

—Mentira. Estos ojitos también están viendo un ejemplar de *Popular Mechanics*, así que más vale que denuncie tu desaparición.

—Uf, cómo me echarás de menos, cariño.

—Ni en tus mejores sueños. ¿Qué sabor quieres?

—Miel y barbacoa. No, los picantes con pepinillo y eneldo. Están buenísimos.

Kaila entró en el supermercado con una cesta. Llevaba casi una semana sin tomar litio y, al principio, se notaba atontada. Dolores de cabeza constantes, ganas de vomitar durante todo el día, un temblor exagerando en las manos. La típica desintoxicación, pero la temida recaída en los episodios depresivos sobre la que advertía Reddit no había llegado. Y, desde el día anterior, ya no estaba tan cansada. Aunque todavía tenía la boca seca. Se pasaba el día muerta de sed.

Cogió un lote variado de tres sabores de Frutly de la hilera de neveras que había al fondo («Hidratación, te presento al zumo») y lo metió en la cesta. Cuando la puerta de la nevera se cerró, vio su propio reflejo en el cristal.

Y algo gigantesco cerniéndose sobre ella.

Kaila retrocedió, chocó de espaldas contra las estanterías que había entre el segundo y el tercer pasillo y miró rápidamente hacia atrás. Nadie. Más allá, un chico con un monopatín bajo el brazo echaba un vistazo a los botes de fideos instantáneos, pero no había nadie cerca de ella.

Volvió a mirar hacia la nevera, convencida de que se lo había imaginado todo. Una luz brillante iluminaba el colorido surtido de botellas y reducía los reflejos de la puerta de cristal a meras siluetas. Pero entonces volvió a verlo. Un gigante que se alzaba sobre ella. Contornos humanos torcidos y desproporcionados. Pero no era humano.

Algo tan enorme no podía serlo.

Con el estómago revuelto de horror, Kaila dio un paso atrás y hacia la derecha sin apartar la vista de la cosa del cristal.

La cosa la siguió.

Se dio la vuelta y echó a correr a toda velocidad por el pasillo del fondo, y el reflejo de la nevera corrió con ella. Se encorvaba al hacerlo, se encogía para caber en las puertas de cristal. Kaila vio las extremidades imposibles, los brazos colgantes, los movimientos que parecían los de algo con tentáculos que vivía en unas aguas poco profundas y estancadas. Pasó como un rayo por delante de los envases de Pellegrino, de Pepsi, de Red Bull. Cuando se acercó a la nevera de vinos y cervezas que había al final, lo oyó. Oyó que los botellines de cerveza tintineaban con cada paso atronador que daba la cosa, oyó que las puertas de cristal temblaban en los marcos, como si aquello fuera a atravesarlas en cualquier momento. No lo hizo. Pero la última puerta se abrió de par en par —el cristal se onduló, burbujeó, se abombó— y entonces —lo estaba viendo de verdad, aquello estaba sucediendo de verdad— una figura alta y delgada, con un traje negro, salió de la nevera hacia el mundo.

Unas violentas oleadas de horror le azotaron el cuerpo. Esta vez retrocedió contra la estantería que tenía detrás con tal fuerza que se cayó al suelo. Se revolvió, soltó la cesta y tiró un montón de bolsas de Doritos al pasar. Apabullada, observó a la cosa mientras se sacudía la piel. Ya no parecía un calamar, sino más bien un lobo que salía arrastrándose de un río y se secaba el pelaje. Pero lo que le salía despedido de los hombros no era agua. Era humo, y olía a vapor de pantano y a tierra podrida.

«Es el Diablo», pensó Kaila. No creía en Dios y, desde luego, tampoco creía en el Diablo; aun así, sabía que la criatura que había salido del refrigerador de las cervezas era el Diablo… O, al menos, un pariente.

Llevaba una pajarita negra y sostenía un maletín de cuero en la mano derecha. Durante una milésima de segundo, Kaila rezó para que, si no hacía ni ruido, él no la viera, pero entonces el hombre se dio la vuelta y se enfrentó a ella. Más tarde, juraría que tenía un rostro anodino y, al mismo tiempo, tan extravagante que resultaba imposible describirlo. Solo recordaría que era largo y pálido, y que el propio mes de noviembre estaba atrapado allí dentro. El viento. El frío. La lluvia. Y más.

—*Hola*, *Kaila* —dijo el Diablo con una voz que no se correspondía con su rostro. Era untuosa y seductora y peligrosa, y tenía la sensación de oírla tanto dentro como fuera de su cabeza—*. No hay nada mejor que un encuentro en el suelo. Así vi a tu madre por primera vez, ¿sabes? En el suelo, en un charco de su propia saaaaangreeeeeee…*

Mientras pronunciaba aquellas palabras, echó la cabeza violentamente hacia atrás varias veces, como si fuera una garza real tragándose una trucha. Cuando volvió a mirar a Kaila, le colgaban hilos de baba de los labios, y reflejaban las luces de neón de las neveras como un resplandor turbio. El Diablo dejó su maletín a un lado.

—Quiero darte una cosa. La voluntad de vivir. Pero guárdatela bien. Es solo tuya.

La criatura se agachó y le tomó la mano derecha. Kaila gimió al notar su tacto, porque le pareció el de algo que llevaba mucho tiempo muerto. Con los dedos de la otra mano —unos dedos torcidos, terriblemente largos—, le puso algo pequeño y cálido en la palma y la obligó a apretar el puño a su alrededor. ¿Cómo era posible que la cara del hombre estuviera tan cerca de la suya, que

tuviese el cuerpo doblado casi en dos, con los impecables mocasines aún clavados en el suelo, y no se cayera sobre ella? El humo negro que desprendía el traje negro le hizo poner cara de asco y quiso apartarse de él cuando, de repente, se quedó inmóvil. Con la mano de la chica olvidada en la suya, el Diablo bajó la cara y empezó a olfatear. A olfatear justo por encima de la barriga de Kaila.

A olfatear los cortes del cuchillo de patatas.

Levantó la vista. Los ojos le brillaban como la obsidiana. Ya no contenían pupilas ni iris, solo ramas desnudadas por la tormenta que le rugía dentro de la cabeza. Cogió aire, exhaló un «*oouuuuhhhhh*» emocionado y sus babas salpicaron el jersey de Kaila. La chica estaba convencida de que iba a hacerla pedazos y a alimentarse de sus entrañas. Aunque sus planes para ella hubieran sido otros, ya no sería capaz de controlar su hambre. Sin embargo, justo entonces el sistema de megafonía del supermercado cobró vida con un chirrido y le pidió a gritos a Judy que se acercara a la entrada, por favor. El hechizo se rompió. El hombre del traje levantó la vista, le soltó la mano y se irguió.

—*Únete, Kaila* —dijo—. *Si no, lo perderás todo. Casi todo… Y yo me comeré lo que quede.*

Recogió el maletín y enfiló el pasillo en dirección a las cajas.

Durante unos segundos, la chica permaneció tumbada en el suelo, paralizada. Luego se puso en pie de un salto para ver adónde se dirigía el hombre. Casi esperaba que no estuviera, que hubiese desaparecido, pero no fue así. Estaba a punto de llegar a la entrada de la tienda. Solo le veía la espalda, pero podría haber jurado que había cambiado. Había encogido hasta alcanzar proporciones humanas. Ya no tenía las extremidades imposiblemente largas. Vio

que pasaba junto a una mujer que descargaba la compra y que la chica que hablaba con la cajera —¿Judy?— lo saludaba con aire distraído. Acto seguido, el hombre desapareció tras los estantes. Kaila corrió hasta el pasillo contiguo y llegó justo a tiempo de ver cómo se cerraban las puertas automáticas.

Se había ido.

Abrió la mano derecha. En ella había un trozo de vidrio volcánico negro y sin pulir. Lo reconoció de un viaje a los parques nacionales de Oregón que había hecho hacía un tiempo. Cualquiera habría imaginado que la piedra estaría fría, pero esa irradiaba un calor repugnante. Y…

¿Estaba palpitando?

No. Le estaba presionando una vena de la palma de la mano. Lo que sentía eran sus propios latidos.

—Ostras, ¿qué ha pasado aquí?

Kaila se sobresaltó. Jax había ido a buscarla. Cerró la mano a toda prisa.

«Guárdatela bien. Es solo tuya».

—Pues… Eh…

Sí, ¿qué había pasado? Estaba aturdida. La criatura de la nevera no era como las de los espejos de casa. Aquella cosa tenía voluntad propia. Y una advertencia.

Mientras se guardaba la piedra en el bolsillo, preguntó:

—¿Has visto a ese tío?

—¿A qué tío?

—Al que acaba de salir de la tienda. El tío del traje.

—Ah, ¿el de las cajas? ¿No era el gerente?

—No. —Titubeó—. ¿Le has notado algo raro?

—¿Raro en qué sentido? No me he fijado.

Kaila se agachó para volver a meter sus cosas en la cesta y recolocar las bolsas de Doritos en la estantería.

—No sé.

—¿Estás bien? ¿Es esto algo rollo…?

No terminó la frase, pero no hizo falta. «¿Es esto algo rollo bipolar?». Ella sintió un destello de rabia. Qué lerdo era Jax a veces. El trastorno bipolar no funcionaba así. El hombre del traje era real; el trozo de vidrio volcánico que llevaba en el bolsillo lo demostraba. Solo tenía que enseñárselo…, pero no lo hizo.

Pensaría que ya lo tenía de antes.

Y había otra cosa. Otro motivo por el que no quería decírselo.

Había sido algo personal.

El hombre del traje había ido por ella.

Y estaba intrigada.

—Vámonos a casa —dijo—. Necesito que me ayudes con una cosa.

Sus padres estaban a punto de salir. Se los encontraron en el pasillo, poniéndose el abrigo.

—¡Hola, señor Lewis! ¡Señora Da Silva!

—Hola, Jax —contestó mamá con la mente en otra parte. Seguro que en la misión en la que estaban a punto de embarcarse—. Me alegro de verte. Kaila dice que te quedas a cenar, ¿no?

—Sí, si no les importa, ¡gracias! —Kaila quería cortar de antemano su tendencia a quedarse parado charlando (Jax siempre se paraba a charlar con todo el mundo), así que le tiró de la manga.

Pero entonces él se detuvo—. Ostras, ¿de qué va lo de las contraventanas?

—Vamos a hacer unas obras de mantenimiento en el exterior —respondió papá—. Hemos entablado las ventanas para que no se dañen.

—¡Bien hecho, bien hecho! El año pasado mis padres hicieron lo mismo…

—Jax, cierra el pico —siseó la chica.

—No tardaremos mucho. —Su madre parecía cansada, pero miró a Kaila a los ojos—. Django está en su habitación. Hazme un favor y pasa a saludarlo, ¿vale? Lo está pasando mal. No se lo sacarías ni a la fuerza, pero ya sabes que te adora.

—Vale, sin problema.

—Ah, y ¿no habrás visto mi móvil? No lo encuentro.

—¿Has probado a que te llame papá?

—Seis veces.

—Ya aparecerá. Qué despistada eres, mamá.

Luana se encogió de hombros, otra vez distraída, y ambos se marcharon. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Kaila agarró a Jax por la muñeca y lo arrastró hasta la puerta delantera con tanta fuerza que casi lo tiró al suelo.

—Eh, ¿qué coño haces?

—Sal, finge que te has olvidado algo en el coche. Necesito saber qué dirección toman.

—Espera, ¿qué?

—¡Mis padres, tonto!

—¿Estás espiando a tus padres? ¿Por qué?

—¡Calla y hazlo, por favor! Si te ven, diles que te has dejado el teléfono en el coche. Estás empanado como mi madre. Tengo que saber adónde van.

—Vaaa… le. —Jax enarcó una ceja. Sin embargo, abrió la puerta delantera y salió. A veces era un poco lerdo, pero también era su héroe.

Los padres de Kaila creían en una crianza basada en la sinceridad y, por lo general, ellos también eran como un libro abierto. Nunca «salían más o menos una hora» sin especificar adónde iban. Tenía que ser algo relacionado con los Días Oscuros. Una reunión de vecinos. Y en Bird Street eso no tendría nada que ver con un chanchullo para pasar marihuana, ni siquiera con un —¡puaj!— club de intercambio de parejas. En Bird Street, eso significaba llevarse a alguien al bosque para dormirlo y que no volviera a despertar jamás.

Oyó que Jax abría la puerta del coche, pero no voces. Unos instantes después, la portezuela se cerró de golpe. Un silencio breve y, a continuación, el chico volvió a franquear la puerta delantera.

—Jason Bourne, listo para informar… —Se quedó callado un momento para recuperar el aliento—. Ni siquiera me han visto.

—¿Hacia dónde han ido?

—Hacia la derecha. Han subido por el camino de entrada de ese casoplón que da tanto miedo.

La casa de los McKinley. Ninguna sorpresa. Más allá, no había nada: si seguías caminando por Bird Street en esa dirección, acababas girando hacia el camino del embalse de Tolt, que se adentraba durante kilómetros y kilómetros en las montañas.

Jax debió de notarle algo en el rostro, porque preguntó:

—Kaila…, ¿vas a decirme qué está pasando?

«A la mierda», pensó la chica.

—¿Las obras de mantenimiento de las que te ha hablado mi padre? Una trola.

—¿A qué te refieres? —La siguió a toda prisa hacia la cocina.

—No van a hacer ninguna obra en el exterior. Mi padre te ha mentido.

—Eso no augura nada bueno para las negociaciones sobre la dote. —Jax aceptó su puñetazo sin objeciones—. ¿Por qué?

—En noviembre, entablan todas las ventanas de la parte trasera de la casa. Y las cortinas tienen que permanecer cerradas. Al principio creía que era para ocultar lo que hacen ahí fuera con los vecinos, pero hay algo más.

—¿Como qué?

—Esperaba averiguarlo con tu ayuda. Mira esto.

Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó el iPhone de su madre. Aquella mañana estaba cargando en la cocina y, de repente, ¡puf!, había desaparecido.

Kaila acercó la cara al móvil para desbloquearlo. Ventajas de haberle configurado el dispositivo.

—¿Sabes qué es esto?

Entró en «Admin» y le mostró las aplicaciones. La última se llamaba «Vember». El icono era un escudo moderno con forma de N.

Jax le quitó el teléfono de la mano.

—Espera. ¿Es el de tu madre? —Y cuando Kaila asintió—: ¡Lo estaba buscando!

—No me digas, Jason Bourne. ¿Vas a ayudarme o no?

—¿Estás segura? No me siento cómodo con esto.

—No te lo pediría si no fuera muy importante.

El chico vaciló y miró la pantalla.

—¿Vember?

—Sí.

Jax tocó el icono de la aplicación. La pantalla se puso negra y luego apareció un sencillo formulario de inicio de sesión. No pedía un nombre de usuario y una contraseña, sino una huella dactilar.

—Pero no es el Touch ID de Apple; en ese caso, podría entrar. Creo que quiere la de mi madre.

—Hala, qué guay.

De repente fascinado, se puso a investigar. Jax era todo un experto en tecnología, por eso Kaila había querido enseñarle la aplicación. Toda su semana había sido una exasperante sarta de preguntas y sospechas. El miércoles ya no había sido capaz de seguir controlando la curiosidad y había empezado a indagar en las charlas de su madre con los vecinos. Resultó que no tenía nada más que el grupo de WhatsApp del barrio y conversaciones privadas con Joyce Wachowski (sobre llevar a Django y a Liam al cole) y con Dorothy McKinley (recetas de solomillo Wellington). Tan incriminatorio como montar un mercadillo en el patio. Pero tenía sentido, porque las cosas que debían debatir entre ellos no eran aptas para aplicaciones que guardaban los datos de los usuarios.

Entonces descubrió Vember. Con el icono de la N. ¡Claro!

—No está en la App Store —dijo Kaila—. Ni tampoco en Google. Pero he mirado en el teléfono de mi padre y él también la tiene. Uno de los vecinos de enfrente, Gray McKinley, es desarrollador de software. Y hacker. Me gustaría saber si esto podría ser obra suya.

Jax frunció el ceño.

—Si tienes motivos para sospechar que tus padres y tus vecinos andan metidos en algo, supongo que sí. No es una aplicación normal. No la encuentro en los ajustes. Pero, fíjate, tu madre tiene una VPN.

—¿Una qué?

—Una red que dirige el tráfico de internet a través de servidores de todo el mundo y encripta datos.

—¿Para qué iba a querer eso?

—Bueno, si tus padres no han hecho ningún viaje reciente a China o Rusia durante el que hayan querido entrar en Facebook, se usa sobre todo para mantener el anonimato. —Le lanzó una mirada elocuente—. La gente lo usa para acceder a la *dark web*. Kaila…, ¿en qué andan metidos? Porque esto parece una mierda ilegal.

De modo que tenía razón: Vember era una especie de aplicación de comunicaciones encriptadas, seguro que ideada por Gray. Así era como comentaban lo que hacían ahí fuera, en el bosque. Porque sí, aquello era una mierda ilegal. Y ahora Kaila se sentía dividida. Se moría de ganas de abrirse a Jax, porque pocas veces se había sentido tan sola y necesitaba un aliado. Pero se trataba de sus padres. Papá le había suplicado que no hablara del tema. «Nuestro futuro depende de ello», le había dicho. Y, aunque le hubieran mentido, quizá tuviesen sus razones. A lo mejor estaban involucrados en algo con lo que en realidad no querían tener nada que ver.

«*Únete* —le había dicho el hombre del de Camp Heron Market—. *Si no, lo perderás todo. Casi todo… Y yo me comeré lo que quede*».

Hasta que supiera toda la verdad, no podía confiarle a Jax sus corazonadas. Pero había otras cosas.

—¿Me harías un favor?

—¿Has oído a Jason Bourne decirle que no a su novia alguna vez?

—No, y la pequeña huérfana Annie tampoco. —Le rodeó el cuello con los brazos y le dio un besito en los labios—. Por eso eres mi héroe.

—Sabía que eran mis rizos supersexis. —Los sacudió con un gesto teatral—. ¿Qué necesitas que haga?

—Necesito que salgas al patio de atrás.

Estaban en el garaje. Kaila había ido al armario del despacho de papá para robar la llave de la puerta trasera y la tenía en la mano.

Ya había anochecido y, como los cristales de la puerta trasera estaban tapados con una bolsa de basura corriente, la única luz procedía de la puerta que daba a la cocina. A la derecha se vislumbraban las siluetas tenuemente iluminadas del Forester de papá y el Optima de mamá. A la izquierda, el taller, abarrotado de sillas de jardín apiladas y espejos cubiertos. El aire olía como siempre: a humedad y a viejo, con un dejo de aceite de motor. Aun así, ahora todo parecía distinto. Porque estaba asustada. Por Dios, tenía el estómago revuelto como una batidora.

—¿Y si me preparas un poco? —propuso Jax en voz baja—. ¿Tienen un laboratorio de metanfetamina en el cobertizo o algo así?

—No, no es nada de eso —respondió bajando también la voz—. Es solo que en noviembre nos prohíben salir al patio de atrás. Todos los años. Ni siquiera nos dejan mirarlo. Hay algo más allá de la linde del bosque. Y todas las demás casas de este lado de la carretera hacen lo mismo.

—¿Sabes que suena a que estáis como una cabra?

—Sí. Pero a mí nunca me había parecido raro. Equivalía a no dejar basura en la calle por los osos o a no meter un destornillador en un enchufe. Pero esto… es una locura. Quiero saber qué hay ahí fuera.

—En ese caso, ¿por qué no sales a verlo con tus propios ojos?

Kaila no quería reconocerlo, pero era lo mínimo que le debía a Jax:

—Porque me da miedo.

—¿Te da miedo que tus padres se enteren?

—No es eso.

De repente, sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. De hecho, apenas podía contener el miedo, y era exasperante porque sabía de dónde procedía: era una respuesta pavloviana que sus padres le habían inculcado desde que era muy pequeña. Y funcionaba. Porque ser consciente de ello no disminuía su repulsión instintiva, casi física. Kaila no pondría un pie en el patio de atrás ni por un millón de dólares. Ni siquiera quería asomarse. Aquello era distinto de subirse al tejado. Eso lo había hecho a plena luz del día. Ahora estaba oscureciendo y noviembre ya estaba demasiado avanzado.

Mientras se frotaba los ojos, dijo:

—Aquí está pasando algo que no me explico. Y me da miedo que, si te lo cuento, pienses que estoy loca.

—Una madrugada de la semana pasada me enviaste un mensaje preguntándome si creía en los fantasmas. ¿Tiene esto algo que ver con eso?

No pudo hablar. Solo asintió con la cabeza.

—Bien, me alegro. Porque la respuesta es no. Si es eso lo que te da miedo, te demostraré que no hay nada de lo que preocuparse.

Abre la puerta.

«Tú no viste esa cosa junto a mi cama», pensó ella. Aun así, le dio un apretón suave en la mano.

—Gracias por no pasar de mí.

Se volvió hacia la puerta trasera e introdujo la llave en la cerradura. La abrió una rendija y el crepúsculo azul pálido se deslizó por el rostro de Jax mientras el chico se asomaba al exterior. El aire frío que se colaba por la puerta arrastraba un olor a niebla y cosas muertas y, sin darse cuenta, Kaila intentó contener la respiración. Era aire de noviembre. Aire del patio atrás. No lo quería dentro de ella.

—Vale, ¿qué estoy buscando?

—No lo sé. Cosas que no te encajen. Huellas. Indicios de que hayan excavado, quizá.

—¿Indicios de que hayan excavado? ¡Tía!

—Creo que deberías centrarte en la valla. Justo al fondo.

—¿Y si te pones en el umbral y vas diciéndome adónde ir?

Intentó abrir más la puerta, pero miró a Kaila con sorpresa cuando la chica la detuvo con el pie y el hombro y le dejó el espacio justo para que saliera apretujándose.

—No —le contestó—. No puedo. Tienes que hacerlo tú.

—¿No puedes ni mirar? —La observó con incredulidad—. Vale. Pero después me lo cuentas todo, ¿eh? No suelo asustarme en Halloween, pero ahora mismo tú sí me das un poco de miedo.

Ella asintió y Jax salió al patio. Kaila volvió a cerrar la puerta casi del todo.

—Por favor, ten cuidado —intentó gritarle, pero apenas tenía aire.

Silencio.

Entonces:

—Toni-hiiight… I'm gonna have myself…

—¡Jax! ¡Para!

—A real good time —continuó cantando, imperturbable—. *I feel ali-hi-hi-hiiive…*

Kaila golpeó la puerta con la palma de la mano.

—¡Jax, venga ya! Mis padres están en la casa de al lado y, si han salido a la parte de atrás, ¡te van a oír!

—Vale, vale —murmuró ya desde más lejos.

Luego se hizo el silencio.

La chica exhaló y empezó a temblar. Tenía que controlarse. No había motivo para tenerle un miedo tan irracional al jardín trasero. El mismo jardín trasero donde tomaba el sol en verano, cuando los pájaros hacían que el bosque pareciera tan pacífico y lleno de vida.

Solo que sí lo había, claro.

«A veces, da la sensación de que ves cosas más allá de la valla. Cosas malas. Así que es mejor que no las miremos».

Si sus padres y vecinos permitían que la gente muriera por elección propia en aquel bosque, y si eran los ecos de esas personas los que a veces veías en los espejos durante los Días Oscuros, quizá también los vieras en la linde del bosque.

De modo que la pregunta era: ¿eran peligrosos? Su padre le había dicho que era mejor no mirarlos, pero eso no quería decir que pudieran hacerte daño. ¿Verdad? Imágenes en un libro, como le decían al niño de *El resplandor*. No podían hacerte daño.

«Eso díselo al puñetero papel pintado de los pasillos del Hotel Overlook».

Si de verdad hubiera algo ahí fuera que pudiese hacerles daño, a sus padres jamás se les habría ocurrido exponerlos a ello durante tantos años. Puede que estuvieran mal de la cabeza, pero no eran unos irresponsables. Y las cosas que Kaila había visto en los espejos nunca habían sido peligrosas.

«La próxima vez, hazte un corte un poco más profundo. Hazte un buen agujero hondo y oscuro en el vientre; luego, métete dentro y ven a vivir con nosotros».

Vale, nunca habían sido peligrosas «del todo».

De pronto, Rover Nyholm volvió a ocuparle la mente. Rover, que se había mudado a San Luis con sus padres y los había asesinado menos de dos años después. Se le empezó a formar un pensamiento horrible en la cabeza: ¿lo había hecho estando bajo la influencia de lo que acechaba ahí fuera, en el bosque? ¿Era aquello lo que, de algún modo, lo había llevado a cometer tal atrocidad? Pero ¿dónde estaba la lógica? De repente, dos años parecían muchísimo tiempo.

«Rover siempre andaba presumiendo de que había entrado en el bosque, ¿te acuerdas? Y luego te hablaba de los agujeros. De los agujeros fantasma. De que podían aparecer de manera inesperada donde antes no estaban e hipnotizarte para que cayeras en ellos».

¿Había caído Rover en un agujero?

Metafóricamente, sí. Pero Kaila se negaba a creer que la historia fuera real. Ella nunca había visto nada en el bosque.

«No, pero es que tú siempre has sido una niña buena. Nunca has trepado la valla. Nunca has cruzado el patio trasero en noviembre».

Como Jax estaba haciendo en aquel momento.

—Jax —siseó con la boca pegada a la rendija de la puerta. Apoyó los dedos en la superficie y escuchó con atención—. ¡Jax! —exclamó

un poco más alto.

El silencio casi hormigueaba, como si el aire estuviera cargado de electricidad.

¿Por qué iban a ser malévolos los fantasmas de las personas que sus padres llevaban al bosque si ellos mismos habían elegido morir?

«Porque los engañaron».

¿Sus padres? O…

De repente, esa voz otra vez, untuosa y seductora como el veneno del euforbio: «*Únete, Kaila. Si no, lo perderás todo. Casi todo… Y yo me comeré lo que quede*».

Se humedeció los labios. Se los arañó, más bien. Abrió la puerta un poco más y gritó:

—¡Jax! ¿Va todo bien?

No obtuvo respuesta.

«Mantén la calma. No puede haberse ido a ningún sitio. No hay puerta en la valla».

Pero otra voz le insistía: «Es un buen escalador».

—¡Jax, joder!

El miedo le oprimió la tráquea, se la obturó. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Debía salir a buscarlo? Era ella quien lo había hecho salir. Era la responsable. Pero ¿y si…?

—¡Kaila! ¿Qué estás haciendo?

Se dio la vuelta de golpe. Django. Paralizado en la luz que entraba por la puerta de la cocina. Mierda, se había olvidado de su hermano pequeño.

—Chis. Vuelve dentro.

El niño miró la puerta trasera con los ojos muy abiertos y asustados.

—¡Ciérrala! ¡Tenemos prohibido salir ahí!

—No voy a salir a ningún sitio. —Titubeó—. Jax ha ido a investigar. Pero ya no lo oigo.

Los ojos de Django estaban como platos.

—¿Has mandado a tu novio al patio de atrás? Bien hecho. Ya puesta, podrías haberlo mandado a nadar al Amazonas en busca de pirañas.

—¡Cierra el pico, mocoso! Mueve el culo y ayúdame a escuchar.

—¡Ni hablar! No pienso acercarme a esa puerta.

—Gallina —soltó, pero al instante se arrepintió.

¿Cómo podía culpar a Django por tener miedo si ella estaba igual de asustada? Su hermano se llevó las manos al pecho, ambas envueltas en unos vendajes que parecían calcetines de tenis blancos, y de pronto sintió lástima por él. Además, ¿no había adelgazado? La verdad, tenía un aspecto horrible. Puede que las sombras del garaje exagerasen el efecto, pero aquella imagen denotaba lo ensimismada que había estado, que no se había percatado de lo que los Días Oscuros le estaban haciendo a su hermanito. Eso iba a cambiar, decidió.

Se volvió hacia la rendija de la puerta y aguzó el oído. Una lechuza ululó en el bosque. Un sonido débil y siniestro. Por lo demás, todo estaba en silencio.

—¡Jax, contéstame!

—¿Oyes algo?

Miró a Django de reojo. Al final se había acercado y no paraba de saltar con nerviosismo de un pie a otro.

—¿Y tú?

—No. ¿Cuánto tiempo lleva fuera?

—Demasiado. ¡Joder!

Su hermano gimió.

—¿Cómo has podido ser tan tonta? ¿Y si se lo han llevado los Jibblymowers? Si no volvemos a verlo nunca más, será culpa tuya…

—¿Jibblymowers? —Lo miró de hito en hito—. ¿Qué cojones son los Jibblymowers, Django?

—Las criaturitas que duermen todo el año y salen de la madriguera en noviembre y, cuando te acercas demasiado, te arrastran hacia abajo porque no quieren que sepas que existen.

Durante tres segundos enteros, se olvidó de Jax.

—¿Eso es lo que crees que pasa?

—¡Me lo dijo Liam!

—Por Dios, Django, Jibblymowers… ¡No me estás ayudando! ¡Jax!

Unos pasos repentinos acercándose a toda velocidad. El corazón de la chica empezó a traquetear como una sierra de calar. La puerta trasera se abrió y Jax entró corriendo; por un segundo, Kaila atisbó el crepúsculo magullado del patio de atrás, hasta que Django se abalanzó sobre la puerta, la cerró de un empujón y los tres quedaron envueltos en la oscuridad.

—Jax, ¿dónde estabas? ¿Por qué no contestabas?

—¿Me habías llamado? No he oído nada. Estaba al fondo del jardín, como me dijiste. —Se encendió una luz pálida: Jax había sacado el móvil. El resplandor de la pantalla le confería un aspecto un tanto desaliñado—. Ah, hola, Django.

—¿Has visto algo? —A Kaila le temblaba la voz.

—No. Sí. El patio de atrás, solo eso.

—¿Has mirado al otro lado de la valla?

—Claro. Cero patatero. Había un montón de ramas que no habían recogido aún. He intentado apartar unas cuantas para ver si habían excavado debajo, como me dijiste, pero estaban demasiado enmarañadas, así que me he dado por vencido. ¿Qué te has hecho en las garras, maestro?

Django alardeó de sus vendajes y puso cara de dolor.

—Artritis.

—Ostras, ¿en serio? ¡Qué mal!

—Da igual. Se me pasará dentro de unas semanas.

—¿La artritis? Creía que era crónica.

Kaila hizo a Jax a un lado, se arrodilló delante de su hermano y le puso las manos en los hombros.

—Django, ¿cómo sabías lo de los agujeros?

—Ya te lo he dicho, me lo ha contado Liam. Los hacen los Jibblymowers.

—¿Cómo lo sabía él? ¿Ha visto alguno?

Django puso los ojos en blanco.

—Como si fuera a llevarse un espejo al bosque.

Error.

—¿De qué estás hablando?

—Uf, no te enteras de nada. A los Jibblymowers solo se les ve en los espejos. ¿No lo sabes?

Lo que Kaila no sabía era qué decir, pero, antes de que le diera tiempo a pensarlo, la entrada del garaje se iluminó con un halo cálido y amarillento y se quedó paralizada. Las luces del camino de entrada. Se activaban por sensores.

—¡Mierda! ¡Mamá y papá!

Estuvieron a punto de tropezarse unos con otros al volver corriendo al interior de la casa, y llegaron a la cocina justo a tiempo. Kaila cerró de un tirón la puerta del garaje cuando oyeron el chasquido de la llave en la cerradura de la puerta delantera.

Y así fue como se dio cuenta de que se había dejado la llave del despacho de papá en la puerta trasera.

La cena fue tensa. Vaya que si lo fue.

Consistió en pedir comida vietnamita a domicilio a Sam's Noodle Town. Mamá, que se quejaba de que le dolía la cabeza, se llevó arriba un plato de sopa clara. Papá intentaba actuar como un buen padre, pero cada vez perdía más terreno frente al otro papá: el de noviembre. El Papá de Noviembre no contaba chistes tontos. El Papá de Noviembre era impredecible y daba miedo. Era como si estuvieran compartiendo la mesa con un animal salvaje que podía atacar ante la más mínima provocación. Y, mientras tanto, Kaila no dejaba de pensar: «Joder, joder, joder, la llave».

Con la excusa de ir a buscarle una Coca-Cola a Jax, por fin pudo escabullirse hasta el garaje, hecha un manojo de nervios. La llave seguía en la cerradura. Se acercó sigilosamente, la giró para cerrar a cal y canto la puerta trasera y se la guardó en el bolsillo.

Cuando se dio la vuelta, su padre estaba de pie en el umbral.

—¿Qué estás haciendo, Kaila?

No supo adivinar qué significaba la voz monótona con la que se lo había preguntado. ¿Había visto lo que había hecho? También le resultaba imposible saberlo, retroiluminado como estaba por la luz de la cocina. No era más que una silueta, tensa como una cuerda de piano.

—Buscar una Coca-Cola. —Fingiendo despreocupación. Incapaz de ocultar su nerviosismo—. Para Jax. Como te he dicho. ¿Nos queda alguna?

—Ahí. —La silueta señaló hacia el armario de almacenaje que había en la esquina izquierda—. Es donde las guardamos siempre, ¿no?

—Sí, ahí he mirado, pero no he encontrado ninguna. A lo mejor no las he visto porque está oscuro.

Pasó junto a su padre camino del armario, pero él la agarró por la muñeca.

—Kaila, ¿estás bien? Te estás comportando de una forma extraña.

Se zafó de él.

—Tú sí que te estás comportando de una forma extraña, papá. ¿Estás tú bien?

De cerca, vio que tenía los ojos apagados.

—Estoy perfectamente. Tráeme una cerveza, por favor. Hay seis en el maletero.

Kaila dudó.

—¿Estás seguro? A mamá no le gusta que bebas, ¿verdad?

—¿Tú ves a mamá por aquí? —Su réplica fue salvaje, como la mordedura de una serpiente de cascabel.

Kaila retrocedió.

—No, pero me ha parecido que quizá sería mejor que…, con lo de los Días Oscuros y todo eso…

—Kaila, te he pedido que me traigas una cerveza del maletero. No me hagas repetírtelo.

Con los pies pesados, rodeó el Forester y abrió el maletero. Había un lote de seis de Coors Banquet, pero, mientras sacaba una lata, se

encontró también una botella de Smirnoff. Se le encogió el estómago. Aquello lo explicaba todo. Su padre había vuelto a beber. Menos mal que iban a «cuidarse los unos a los otros».

Dejó atrás el Forester, cogió una botella de Coca-Cola de la estantería y, cuando llegó a la puerta de la cocina, le estampó la lata de cerveza en el pecho a su padre.

—Ni siquiera estás luchando contra ello, cabrón. Si no lo haces ni por mí ni por mamá, al menos hazlo por Django. Me das asco.

Pasó a su lado anticipando un arrebato —temiéndolo, en realidad —, pero no se produjo. Por el contrario, poco después su padre entró en la cocina arrastrando los pies y vació la lata en el fregadero.

Esa batalla estaba ganada. O eso esperaba.

Cuando recogieron la mesa y Jax se fue a hacer pis, papá se disculpó casi entre lágrimas. Le dijo que no sabía qué le había dado. Que era por los Días Oscuros, que se comprometía a esforzarse más. Antes, su hija se habría sentido mal por él, se habría convencido de que no era culpa suya, pero ya no lo tenía tan claro. Además, a él le duraron poco los remordimientos. Cuando estaban a punto de acabarse el helado de trocitos de chocolate, dijo que ya era hora de que Jax se fuera a casa. La venganza del Papá de Noviembre por haberle tocado las narices. En esa ocasión, ella tampoco consiguió controlar sus impulsos y la cosa se puso fea. Una pelea a gritos. El cuenco de Kaila hecho añicos en el suelo. Django, asustado, huyendo a su habitación. Jax, consciente de la derrota, marchándose a toda prisa. La puerta de la cocina a punto de salirse de los goznes porque Kaila la cerró de un portazo tremendo. Y, más

tarde, una discusión acalorada entre mamá y papá, tan intensa que los oía desde el desván. Se lo merecían.

Se dejó caer sobre la cama y lloró hasta quedarse dormida. Cuando volvió a despertarse, eran las once y cuarto de la noche y la casa estaba en silencio. Se encontró con un montón de llamadas perdidas y mensajes preocupados de Jax en el móvil, pero no fue capaz de responderle. Se limitó a quedarse tumbada bocarriba, mirando el techo con apatía.

Echaba de menos octubre. Anhelaba la llegada de diciembre.

Los acontecimientos del día le parecían una avalancha que la había sepultado antes de que pudiera asimilarlos. Tenía un dolor de cabeza horroroso y no dejaban de temblarle las manos. Aquello debería preocuparla, pero, la verdad, le importaba una mierda. Tal indiferencia también debería preocuparla, porque en el fondo sabía que se estaba deslizando a toda velocidad por una pendiente peligrosa, pero sencillamente no conseguía reunir la energía necesaria para que le importara.

Se sacó el trozo de vidrio volcánico del bolsillo y lo levantó para observarlo. Un lado de la piedra estaba astillado, tan afilado que no haría falta apretar mucho para perforarle la piel a alguien. Se imaginó unas gotitas de color rojo intenso acumulándosele en las muñecas, como el rocío en la mañana de su muerte.

«*Quiero darte una cosa. La voluntad de vivir*».

¿Era eso lo que se suponía que simbolizaba la piedra? Kaila la apretó entre los dedos, consciente de que solo podía encontrar tal pasión fuera de sí. Una vez más, sintió el extraño y palpitante calor que irradiaba.

Entonces recordó otra de las cosas que le había dicho el hombre. «*No hay nada mejor que un encuentro en el suelo. Así vi a tu madre por primera vez, ¿sabes? En el suelo, en un charco de su propia saaaaangreeeeeee…*».

Mamá había conocido al Diablo. ¿Qué quería darle a entender con eso? Debía de referirse al accidente que había sufrido su madre. Pero aquello había ocurrido hacía mucho tiempo. Antes incluso de que se trasladara a Estados Unidos, antes de que conociese a papá y oyera hablar de Lock Haven y del bosque de Snoqualmie. Era imposible que la influencia de lo que se movía en ese bosque llegara tan lejos, ¿no?

«¿No? Las desgracias siguieron a Rover y a su familia hasta San Luis».

Y había otra cosa. «*Así vi a tu madre por primera vez*», le había dicho. Eso implicaba que había habido más veces. Al menos, si estaba diciendo la verdad. No podía saberlo a ciencia cierta. ¿No decían que el Diablo era el padre de todas las mentiras?

«Aunque a mis padres tampoco se les da nada mal», pensó Kaila con amargura.

Sus padres y el Diablo. Joder, era una locura. Y sin embargo…

Se levantó y cruzó el desván arrastrando los pies y evitando las tablas que crujían. No sabía muy bien qué la impulsaba, solo que algo lo hacía. Apagó las luces y, a oscuras, se acercó a la ventana que había encima del escritorio y descorrió la cortina. La oscuridad era una precaución: Kaila no tenía ningún deseo de ver lo que vagaba a su alrededor en el reflejo del cristal. Que permaneciera invisible.

Bird Street dormía a la luz dispersa de las farolas. Casi de inmediato, distinguió la punta brillante de un cigarrillo en el patio infantil que había en medio. Alguien sentado en el columpio, fumando; alguien arrebujado en un abrigo largo, con la capucha puesta. Kaila tuvo que fijarse bien antes de reconocer a Olivia Davis, y solo lo consiguió por el color de los dedos temblorosos que sostenían el cigarrillo. Le caía bien Olivia. Fuera cual fuese el pacto que tenían sus vecinos, Olivia no llevaba mucho tiempo formando parte de él.

Se le aceleró el corazón. Poco antes de su boda, hacía tres años, Olivia se había mudado a la antigua casa de los McKinley para vivir con Juliette, y allí se habían quedado. ¿Por qué? Eran una pareja moderna, interracial, del mismo sexo y forrada gracias al trabajo de Juliette. ¿Por qué iba a querer Olivia vivir con sus ancianos suegros, aunque fuera en una mansión la leche de grande? Además, era una mansión vieja. A la mierda la historia. Si había algo en lo que Kaila creía aún menos que en el Diablo, era en los gais conservadores.

Y no eran las únicas. Maurice también vivía allí.

Al igual que Gray Júnior y su mujer, Laura, antes de que los Nyholm se marcharan. Ahora vivían al otro lado de la calle.

Un relámpago.

El abuelo y la abuela Lewis. Kaila siempre los había querido con locura. El abuelo con sus historias, la abuela escuchando las historias de Kaila con una paciencia infinita. Lo pasó fatal cuando murieron, de forma repentina y simultánea, cuando tenía nueve años. ¿Por qué le había afectado tanto?

«Porque vivíamos todos en la misma casa».

La planta baja estaba a oscuras y Kaila consiguió salir sin que nadie la viera. Puso una de las viejas deportivas de Django entre la jamba y la hoja de la puerta delantera para que no se cerrase. Luego cruzó la calle a toda prisa.

Olivia se sobresaltó al verla, como si acabara de salir de un trance. Las cadenas del columpio traquetearon y la capucha se le deslizó hacia atrás. Kaila ahogó un grito. Olivia Davis solía lucir trenzas afro, pero ahora estaba calva. Tenía muy mala cara: se la veía demacrada, como si llevara una máscara gris con unos ojos hundidos que no se detenían en ningún sitio más de un segundo.

—Ah, hola, Kaila. —Debió de percatarse de su estupor, porque añadió—: Sé la pinta que tengo.

—Olivia…, ¿estás enferma?

—Como todos en noviembre, ¿no?

—No tanto.

Pero Kaila pensó en el Papá de Noviembre. En las manos vendadas de Django. En sus propios pensamientos, que cada vez se inclinaban más hacia la liberación de una vida que encontraba su fin al estamparse contra el cemento. Olivia tenía razón.

Olivia tiró la colilla en el hoyo desgastado que había debajo del columpio, la apagó y se levantó.

—Perdona, no me apetece nada que me veas así. Será mejor que me vaya.

—Sé lo que estáis haciendo —dijo Kaila.

Olivia se quedó petrificada.

—¿A qué te refieres?

—Durante los Días Oscuros. Con la gente enferma en el bosque. Mamá y papá me lo han contado.

—¿En serio? —Una vez más, los ojos inquietos, que solo se cruzaron con los de ella durante un segundo—. Entonces sabes por qué estoy así.

Kaila no lo sabía, todavía no, pero sentía que estaba cerca.

—¿Cómo puedes hacerlo, Olivia? No eres de por aquí. ¿Cómo es posible que estés de acuerdo?

—¡Uf, no me vengas con juicios! No me conoces, así que no te metas en cosas que ni siquiera entiendes. —Se subió la capucha y echó a andar hacia la casa de los McKinley.

Kaila la siguió.

—¡Pues ayúdame a entenderlo!

—¡Vete a casa, Kaila! —Apuró el paso—. Me caes bien, pero, por favor, vete a casa y habla con tus padres.

—¡Mis padres han hecho un pacto con el Diablo! ¡Y tú formas parte de él!

En ese momento, Olivia se volvió y Kaila retrocedió. Los ojos de la mujer rebosaban veneno.

—Oh, y bien que salisteis ganando. Todos vosotros, con vuestra vida privilegiada. ¡Uf! Un mes de lamentos, un mes de autocompasión y una visita a urgencias porque no has sido capaz de controlar tus impulsos, y vuelves a tu vida perfecta. ¡Por favor!

A Kaila le temblaba el labio.

—No eres tú. Esta es tu cara de noviembre.

—Esta —siseó Olivia al mismo tiempo que se clavaba las uñas en las mejillas— era mi cara antes de mudarme aquí. ¿No lo entiendes? —A Kaila se le contrajo el estómago al ver la sangre que le goteaba a su vecina por los dedos—. Estaba en cuidados paliativos. ¿Cómo crees que te sientes cuando te dicen que ya no pueden hacer nada

por ti? ¿Que te está devorando por dentro? Empezó en el páncreas, pero se había extendido a todas partes: a los pulmones, al hígado. ¿No te aferrarías a cualquier clavo ardiendo que te ofrecieran?

—¿Él te curó?

—Sí, y volverá a hacerlo una vez que terminen los Días Oscuros. Pero todos los noviembres me recuerda lo que me estoy jugando. —Se señaló el rostro—. Así que te pregunto: ¿no me merezco un poco de felicidad? ¿Por qué vosotros sí y yo no?

—Espera… —La cabeza le daba vueltas a toda velocidad—. ¿Sacrificáis a gente en el bosque a cambio de felicidad?

Olivia soltó una carcajada estridente.

—Un pacto con el Diablo, ¿no? ¿De verdad creías que no habría trampa?

El mundo se ladeó. Kaila volvía a estar haciendo su triple mortal y medio carpado sin agua en la piscina. La oscuridad se precipitó hacia ella y esta vez, como tantas otras en sus sueños, la atravesó al chocar con ella.

Las últimas piezas del puzle encajaron en su sitio.

A lo lejos, la voz de Olivia:

—Tus padres te lo habían contado, ¿no? ¿Kaila?

Todo lo que era. Su felicidad. Su talento. Los Juegos Olímpicos.

Pagado con sangre.

Facilitado por un monstruo.

La voz de Olivia ahora le llegaba desde lo alto. Kaila se dio cuenta, vagamente, de que le habían fallado las piernas y estaba sentada en medio de la calle.

—¿Estás bien? Kaila, ¿me la has jugado? Menuda mierda, esto tendrían que habértelo contado tus padres. Por favor, ve a hablar

con ellos.

Pero ella ya no tenía nada más que hablar.

12 DE NOVIEMBRE

A la mañana siguiente, Kaila volvió a coger el teléfono de su madre y se añadió al grupo de WhatsApp de Bird Street. Luego escribió un mensaje desde su propio móvil. Se había pasado toda la noche pensando en la redacción; aun así, dedicó otros veinte minutos a asegurarse de que era tan ambigua como necesitaba.

Entonces, lo envió.

> **Sé lo que estáis haciendo. Lo que hacéis desde hace muchos años. No puedo vivir con el hecho de que llevéis a gente inocente a ese lugar a cambio de mi felicidad. Por eso he encontrado la solución de este año.**
>
> **Llevadme a mí.**
>
> **Por un final feliz. Os veré a todos en el infierno.**

DJANGO

Podredumbre. El incidente de la parcela de las alpacas.
Gritos desde la planta de abajo.

12 DE NOVIEMBRE

Django se quitó las vendas con cuidado para comprobar si seguía teniendo manos. Existía una clara posibilidad de que anoche, mientras nadie las veía, se hubieran ido en busca de otro cuerpo más adecuado. De uno que les permitiera tocar el piano. No las culparía, aunque se pondría muy triste. Los muñones no le servirían de nada.

Estaban ahí, pero le picaban como unas hdp, que eran las siglas de una expresión que se suponía que no debía decir. Aun así, por fuera parecían casi curadas. Excepto en las puntas, donde antes tenía las uñas. Al principio estaban ensangrentadas, luego se les formaron costras. Ahora eran unos cojines hinchados y rosas con unas medias lunas blancas asomando. Unas uñas nuevas. Que crecían un poquito cada día. Era extraño que el cuerpo se reparase así. Aunque, en realidad, parecían unos dientes. Como si fueran a ponerse a masticar si metía los dedos en el cuenco de cereales del desayuno.

El año pasado, Liam y él habían encontrado una liebre americana muerta cerca de la valla de los Aikman. Marc, el padre de Liam, les dijo que sería un esqueleto «flipante», así que la envolvieron en una toalla vieja de *Bob Esponja* y la enterraron —o lo enterraron, si

hubiera sido un macho— bajo el árbol de la nuez moscada que había junto al cobertizo de las alpacas.

«Ahora esperad un año —les había dicho Marc—, hasta que la hierba cubra la tumba y los bichos y los animalitos hayan terminado de comerse la carne de los huesos».

Pero era imposible que cualquier niño tuviera tanta paciencia, así que Liam y Django la habían desenterrado con entusiasmo al cabo de unas semanas.

Bob Esponja había desaparecido, ahogado en la podredumbre. Cuando Liam abrió la toalla, el cadáver fétido y viscoso los dejó sin aliento. Olía como llegaba a oler el contenedor de basura del garaje en verano si papá no lo limpiaba con la manguera, pero peor. Mucho peor. ¡Y cuántos gusanos! La cosa estaba muerta, pero había muchísima vida. Muchísima hambre. Liam no quiso tocarla con las manos desnudas, así que se puso los guantes de jardinería de su madre. A Django se le retorció algo en el estómago cuando su mejor amigo introdujo las tijeras en el agujero del vientre de la liebre y empezó a cortar la carne podrida con unos ruidos húmedos y crispados que hicieron que los gusanos salieran en estampida.

—Ostras…, es como el cerdo desmechado —dijo Django.

—Un cuerpo está hecho de hilos —afirmó Liam—. ¿Ves? Todo hilos. Yo también los tengo. Y tú. Y, cuando te mueres, los gusanos se comen los hilos uno por uno.

La podredumbre era lo contrario de la sanación, pensándolo bien. Si los gusanos se comían tu carne una vez que moría, la nutrían mientras estabas vivo y sano. Como un jardín. Django se imaginó a unos gusanos diminutos arrastrándosele por el interior de las manos, hilándole las heridas, haciendo que las uñas volvieran a crecerle

hebra a hebra. Por eso le picaban tanto: tenía la carne llena de parásitos. Curaban, pero a veces también comían. Más adentro, en las articulaciones, por ejemplo. En su cuerpo se estaba librando una batalla feroz y constante. Una batalla entre devorar y curar, entre la descomposición y el crecimiento, disputada por millones de criaturas diminutas que tejían, desenmarañaban y mordisqueaban hilos.

Django se envolvió la mano izquierda con la derecha e intentó doblar los dedos, pero le crujieron los huesos y se le llenaron los ojos de lágrimas. Volvió a ponerse las vendas enseguida y trató de espantar aquella idea, porque le estaba dando náuseas. Aun así, se sorprendió al preguntarse qué verías si le rajaras las manos al señor Hendrickx.

«Manos ancianas y curtidas, llenas de gota. Casi muertas. Deben de estar llenas de gusanos viejos. Grandes, gordos y amarillos. Están despiertos por última vez y tienen hambre».

Django abrió su navaja de bolsillo —lo consiguió al tercer intento — y talló una muesca en el marco de su cama. Doce. Le consolaba contar cuántos días quedaban hasta el final de los Días Oscuros, aunque nunca pudieras estar seguro. Eso le mantenía la mente ocupada y no le dejaba espacio para pensar en la podredumbre.

¿Vio gusanos Kaila cuando se rajó la barriga?

Era sábado, así que después de desayunar se fue a casa de Liam. Pero los Wachowski estaban discutiendo otra vez y los mandaron a todos fuera, excepto a Ethan, que seguía convaleciente por la mordedura del perro. Como Django no era capaz de lanzar una bola curva, se fueron a la parcela de las alpacas para jugar a los nazis. Harper se acopló, pero Liam no quería que participara.

—Las chicas no pueden ser nazis —afirmó con el palito de una piruleta de cereza bailándole en la boca.

—¡Claro que pueden! —protestó Harper.

—No, no pueden. Y tú ni siquiera sabes lo que son los nazis. No había chicas nazis, ¿a que no?

—Yo creo que sí —contestó Django mientras hurgaba en su memoria—, pero no luchaban en el frente ni en los campos. Tenían que quedarse en casa y tener bebés arios.

—Podría hacer de madre —dijo Harper.

—O podrías hacer de judía —sugirió Django—. Así Liam y yo seríamos comandantes y jugaríamos a que íbamos a matarte.

Era un día frío, el cielo era del color de la leche agria y estaban al fondo del campo, lejos de las casas. *Seepy* y *Sappy* no se movían de su lado por si acaso les daban de comer. Liam gritó y las asustó, lo que hizo que se encabritaran y saliesen corriendo. Pero no tardaron en volver porque eran tontas.

—¿Sabéis guardar un secreto? —preguntó Liam con los ojos brillantes—. Tenéis que jurar que no se lo contaréis a nadie. Sobre todo tú, Harper.

—Lo juro.

—Di: «Lo juro por la vida de mamá».

—Lo juro por la vida de mamá.

—Y, si lo cuentas, tendrás que enseñarnos el culo y podremos darte azotes hasta que se te ponga rojo y te arda.

—¡No seas tonto, Liam!

—¡Promételo!

—Olvídalo. No quiero saber nada de tu tontería de secreto.

—No es una tontería de secreto. —Liam se sacó la piruleta de la boca, la miró un instante y luego volvió a metérsela—. Y, si quieres jugar, tienes que prometerlo.

—Vale, lo prometo —gruñó Harper.

Django se preguntó qué secreto podía ser tan especial como para querer verle el culo a Harper. Él no quería. Pero era una medida disuasoria necesaria. Las hermanas pequeñas no sabían guardar secretos, eso lo sabía todo el mundo.

Django también juró que no lo revelaría. Entonces Liam les dio la espalda a las casas y se bajó la cremallera de la cazadora bómber. Cuando Django vio lo que sacó, sintió que el cráneo ya no le cabía dentro del cuero cabelludo.

Era una pistola. Hecha de acero, opaco y frío, con un cañón corto y extraño.

—Eso no es de verdad —soltó enseguida.

—¿Te apuestas algo? Es de la caja fuerte de mi padre. La he robado.

—No te creo.

Pero ¿de verdad no lo creía? Django no sabía muy bien qué aspecto tenía una pistola de verdad, aunque aquella pareciera falsa. Lo que sí sabía era que Marc y Liam iban a lo que llamaban «la galería de tiro», en Snoqualmie. Cuando Django le había preguntado a su padre por qué, este le había contestado: «Porque algunos hombres sienten la necesidad de demostrar su hombría destruyendo cosas». Eso no le había aclarado nada. Django sabía que a veces a Liam le gustaba romper cosas y destrozar sus construcciones de K’nex. Pero, bueno, a él también le gustaban esas cosas.

Por otro lado, recordaba que un día Marc le había pasado un brazo por los hombros a Liam y, con su enorme sonrisa de dentífrico, había dicho: «Le había enseñado a lanzar una bola rápida, le había enseñado a destripar una lubina y ahora le he enseñado a disparar un arma». Se le había quedado grabado, porque Django habría hecho lo imposible para evitar dos de esas tres cosas.

Así que a lo mejor era un arma de verdad. Eso debía de pensar Harper, porque dijo:

—¡Liam, papá te matará si se entera!

—No me matará. Y tú no se lo vas a decir. Lo has jurado.

—¿No es peligroso? —preguntó Django.

—No, qué va —respondió Liam, que se apoyó el cañón en la sien.

El palito de la piruleta subía y bajaba.

—¡No serías capaz! —gritó Harper.

—¿Te apuestas algo?

—Para, Liam, no me gusta este juego. ¡Me estás asustando!

—Gallina.

De repente, Django notó que el corazón le latía en la garganta. No quería ver si Liam se atrevía a hacerlo o no. Cuando los niños jugueteaban con armas que sus padres dejaban desatendidas, había accidentes.

—¡Liam, por favor! —gimoteó Harper—. ¡Para!

—Pum —dijo Liam en voz baja al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Durante una milésima de segundo, Django vio un destello de duda en los ojos de su amigo. Luego oyó un clic sordo. Liam bajó el cañón y sonrió. Django también se echó a reír, pero era sobre todo de alivio.

—¡Idiota! —gritó Harper.

—Relájate un poco, enana. Sé lo que hago, me enseñó papá. Y, por cierto, no está cargada. Papá dice que nunca hay que guardar un arma con las balas dentro. Que eso son ganas de meterse en líos. —Apuntó con el arma a *Seepy*, guiñó un ojo y apretó el gatillo. El arma volvió a emitir un clic—. ¡Pum!

Django sintió que algo caliente le resbalaba por la sien.

—¿Puedo probar?

Enseguida se arrepintió de haberlo pedido, pero Liam ya le había tendido el arma y la sostuvo entre el pulpejo de las manos. Pesaba mucho. Sintió una fascinación silenciosa ante ella. Sí, le daba miedo, pero también le proporcionaba una curiosa sensación de poder. Su mente evocó imágenes de soldados alemanes con casco y cargando con un rifle enorme, y entonces comprendió instintivamente que un arma así podía llevar a alguien a hacer cosas que en circunstancias normales no haría.

Intentó coger el arma con la mano derecha, como había hecho su amigo, pero las vendas no se lo permitieron.

—Hazlo tú.

Liam volvió a agarrarla.

—Pues, si no puedes sujetarla, tendrás que ser la víctima. —Le apuntó al pecho—. ¡Muere, perro judío! ¿Quién es tu Führer? ¿Quién es tu Führer?

Django levantó los brazos.

—¡No, no, por favor, perdóname la vida! ¡Te lustraré las botas! ¡Te lavaré el uniforme!

—¡Yo te lavaré el uniforme! —gritó Liam, y apretó el gatillo tres veces seguidas.

Django se desplomó contra el suelo, convulsionó y murió. *Sappy* se acercó a olfatearlo y el chico le apartó el hocico. Estaba lleno de mocos.

Liam lo ayudó a levantarse.

—Espera. En los campos de concentración no había alpacas, ¿verdad?

—No —dijo Django—, pero hubo muchos nazis que se fueron a Sudamérica después de la guerra. Para esconderse de la policía. Podrías hacer de Mengele, que vive en Brasil y experimenta con alpacas, y yo soy un agente secreto que va a poner micrófonos ocultos en tu casa y, de paso, le pone uno a *Seepy*.

Se acercó de puntillas a la alpaca, y aquello desencadenó una serie de situaciones que siempre acababan con Liam pillando a Django con las manos en la masa y disparándole. Este no tardó en perderle el miedo a la pistola: no era más que un objeto con el que jugar, como un palo que solo tenía aspecto de una pistola. Y se le daba bien morir. Cada vez conseguía que pareciera más real.

—¡Yo también quiero jugar!

Harper había estado dándole un poco de hierba a *Sappy* allí cerca, pero entonces volvió a acoplárseles.

—Muy bien, ¡trágate esto, gitana húngara de mierda!

Liam le puso el cañón de la pistola en los labios. La niña gimió.

—¡No hagas eso! ¿Por qué me has llamado así?

—Porque ellos lo decían así, tonta. Solo estamos jugando.

—¡No me gusta este juego! Me habías dicho que me dejarías hacer de madre.

—Eres una madre gitana y has escapado de los campos de concentración. Y luego te fuiste de vacaciones a Brasil y te topaste

con Mengele. Hazlo bien o te tiramos al alambre de púas.

—Vale —suspiró Harper.

—De acuerdo. —Liam volvió a ponerle la pistola en los labios—. Ahora, abre la boca. Te meteré el cañón. Solo un poquito.

Vacilante, Harper obedeció y Liam introdujo el cañón. Su hermana retrocedió.

—¡Puaj, está frío y sabe fatal!

—¡Sigue el juego, pedazo de imbécil!

Django ya no se lo estaba pasando bien. Sabía que solo era un juego, pero ¿quién lo estaba controlando? A él se le daba bien fingir la muerte, pero a Liam se le daba bien fingir odio, y eso daba mucho más miedo.

—Quizá no deberías…

—Cállate, es la hostia de divertido. ¡Abre la boca!

Harper lo hizo. Esta vez Liam le metió el cañón hasta el fondo y su hermana solo pudo protestar con un sonido ahogado:

—¡Mnngh-nnnng, mmhhhnng!

—Tenemos un mensaje para tu falso dios —prosiguió Liam con los ojos oscuros mientras amartillaba el arma—: ¡Hola y adiós! —Apretó el gatillo. El arma hizo clic—. ¡Pum!

Con un movimiento brusco, le sacó el cañón de la boca a Harper y luego la empujó y la tiró al suelo. La niña se tapó la boca con una mano y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ay, mis dientes!

—Estás muerta. No puedes hablar.

—¡No quiero seguir jugando!

—¡No quiero seguir jugando! —repitió Liam con voz chillona. Después gritó con furia—: ¡Ahora yo soy tu dios! ¡Escucha a tu

verdadero dios! ¡Todos deben morir, todos deben morir!

Empezó a disparar la pistola aquí y allá como un loco. Tenía que acabar con todo: con las alpacas, con Harper, con Django, con las ventanas de las casas a lo lejos. Arrastrado por el fervor de Liam, Django se desplomó por voluntad propia, pero sintió frío. De pronto, el recuerdo de lo que había visto en el piano le llenó la mente. El agujero sangrante del estómago de Liam, cada vez más grande; unos brazos fibrosos que tiraban de él hacia el otro lado de la valla. Era mejor no mirar, decía papá, pero ¿y si tenías que mirar porque estaba pasando de verdad? Por fin, Liam se pegó un tiro en la cabeza y cayó al suelo gimiendo. La pistola se le escapó de la mano y aterrizó en la hierba.

—¡Apocalipsis zombi!

Gruñendo, Liam se levantó, tanteó el aire con los brazos de muerto viviente. Django lo siguió con entusiasmo. Aquello era mucho más divertido. Menos real. Los chicos empezaron a perseguirse arrastrando los pies, buscando cerebros, gorgoteando. Django atrapó a Liam y se le subió de un salto a la espalda. Se cayeron y rodaron por el suelo aullando de risa, intentando morderse el uno al otro en la cabeza.

—Pero no me hagas daño en las manos —jadeó Django—. Todavía…

¡PUM!

El disparo hizo añicos el cielo color leche agria, y el agujero que abrió al atravesarlo se tragó todo el oxígeno. Por un instante, Django pensó que no podía respirar de verdad y que iba a ahogarse en el vacío que quedaba. Comprendió enseguida qué había sido aquel

ruido, pero no cómo era posible. El arma no estaba cargada. Lo había dicho Liam.

Entonces el aire le llenó los pulmones y el mundo recuperó el sonido.

A lo lejos, una puerta se abrió de golpe.

La gente empezó a chillar.

—¡Harper! —gritó Joyce—. ¡Harper! ¡Dios mío, Harper!

El arma se había disparado. El arma que había estado metida en la boca de Harper. Pegada a la sien de Liam. Al pecho de Django. Había sido un juego y en aquel momento era real.

De todo el pánico que se vivió esa mañana en la parcela de los Wachowski, a Django solo se le quedarían algunos fragmentos grabados en la memoria, pero la sangre permanecería. La sangre en la hierba. La vio cuando se incorporó apoyándose en los codos. Como si le hubieran dado un puñetazo por sorpresa, giró la cara, pero ya era demasiado tarde. Ahí estaba: *Sappy* tumbada sobre los rastrojos en los que solía pacer, con la respiración entrecortada. Y las piernas de Harper sobresaliendo bajo la alpaca. Ninguna de las dos se movía. Yacían en una salpicadura enorme de sangre, espesa y oleaginosa, que humeaba en el frío aire de noviembre.

—¡Harper! ¡Liam! ¡Harper!

Marc echó a correr hacia ellos como el *quarterback* de un equipo de fútbol americano mientras gritaba el nombre de sus hijos. Joyce lo siguió pocos segundos después. Más cerca, Liam se puso en pie como pudo y rodeó a *Sappy*; vio lo que había allí y empezó a tirarse del pelo, a llorar. Su amigo no lo había visto llorar jamás.

«La sangre está echando humo —pensó Django—. Hay muchísima. ¿Ha muerto alguien?».

Sin pensarlo, empezó a alejarse de la escena arrastrándose hacia atrás, y vio a Gray Júnior, que también se acercaba corriendo, y a Laura, con el pequeño Ricky en brazos, cerca de su verja. Qué raro ver a todos los adultos yendo hacia ellos. Nunca les hacían ni caso. ¿Dónde se habían metido todos cuando importaba?

Para colmo del caos, *Seepy* galopaba en amplios círculos lanzando unos chillidos agudos que eran mitad burro presa del pánico, mitad patito de goma. A Django le costó contener una carcajada histérica. ¡Menuda imagen le daría aquello a la caballería!

—Django, ¿estás bien? —Sin siquiera detenerse a esperar una respuesta, Gray pasó a toda velocidad a su lado en dirección a Liam, Harper y *Sappy*, y el niño lo oyó decir—: Ay, Dios.

Juntos, Marc y Gray levantaron a la alpaca derribada agarrándola por el pelaje. El animal rebuznó. ¿Por qué, oh, por qué tuvo Django que mirar? Había un agujero enorme en el lomo de *Sappy*. Unos hilos pegajosos se estiraban desde el agujero hasta el suelo, como un queso cheddar de color rojo intenso pegado a una caja de pizza. Estaba plagado de gusanos. Django los oía masticar mientras se comían viva a la alpaca: un crepitar suave, como cuando apretabas un puñado de hojas secas. El ruido le llenó la cabeza.

Marc sacó a Harper de debajo del animal. Aquella cara pálida como la muerte. Aquel abrigo y aquel vestido ensangrentados, con gusanos rodando por todas partes. Joyce se dejó caer de rodillas y arrancó a su hija de las manos de su marido.

—Harper, oh, Harper-Harper-Harper, mamá ya está aquí, mamá está aquí, no pasa nada…

Harper empezó a llorar a gritos. Así que ella no había recibido el balazo. Había sido la alpaca. Harper había cogido la pistola, había apuntado a *Sappy* y el arma se había disparado. Ahora Joyce la estaba consolando, pero la niña no paraba de aplastar con las manos los gusanos que tenía en el abrigo. ¿Acaso no los veía? ¿Cómo era posible? Y, mientras tanto, Liam seguía tirándose del pelo. Y *Seepy* seguía dando vueltas a la carrera como en un hipódromo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gray, pero nadie respondió.

Marc se agachó y recogió la pistola, la sostuvo en las manos como si no supiera qué era. Joyce sí lo sabía.

—Marc, ¿de dónde han sacado la pistola? ¿De dónde coño han sacado los niños la pistola?

Su marido toqueteó el arma y se oyó un clic. Luego se la embutió en el cinturón, a la espalda, y se volvió hacia su hijo. Habló con una voz muy suave:

—¿La has sacado de la caja fuerte, Liam?

—Creía que no estaba cargada…

El hombre lanzó el brazo hacia delante y le pegó un bofetón. Liam gritó y cayó al suelo. A Django se le llenaron los ojos de lágrimas. No sabía explicar por qué aquel detalle le hizo reaccionar por fin.

—¡Marc! ¿Eres gilipollas? ¡Déjalo en paz! —gritó Joyce.

—Tu hermana podría haber muerto, ¿lo entiendes? ¿Cómo has podido ser tan estúpido?

—¡Solo estábamos jugando! Nunca está cargada, ¡es lo que siempre me dices!

—Marc, no me jodas, ¿estaba cargada?

—¡Cómo cojones has conseguido abrir la caja fuerte! —ladró el señor Wachowski.

—¡Estaba abierta!

—¡No me mientas, Liam!

—¡No estoy mintiendo! No me sé tu dichoso código, ¿verdad?

—¡Yo no quería disparar! —gritó Harper de improviso, como si hubiera tardado todo ese rato en recuperar el aliento—. ¡Se ha disparado sola!

Después de eso hubo más gritos, pero Django ya no quería seguir escuchando. Lo único que quería era marcharse pitando de allí. Se puso en pie tambaleándose y vio a más gente corriendo hacia allí. A Maurice McKinley por la izquierda, a los Aikman por la derecha. Y, por fin, papá. Iba el último de la fila, pero no tardó en adelantar a los Aikman. Papá lo llamaba por su nombre y, cuando llegó a su lado, Django se lanzó a sus brazos y rompió a llorar. Todo tendría que haber terminado ahí. Papá tendría que habérselo llevado a casa, haberle preparado un chocolate caliente y haberlo dejado en el sofá con el iPad y una manta, pero no lo hizo. Porque, cuando se enteró de lo que había pasado, soltó a Django y empezó a gritarle a Marc. Este le replicó también chillando. Estuvieron a punto de enzarzarse en una pelea, y Gray Júnior y el señor Aikman tuvieron que unir fuerzas para separarlos. Para entonces, todos los vecinos estaban gritándose unos a otros.

—Por favor, parad… —gemía Liam una y otra vez.

Django se sumó a su amigo, un dúo de lamentos, pero nadie los escuchaba. Era como si los adultos estuviesen hechizados y no se oyeran más que entre ellos. *Sappy* volvió a aullar, y fue eso lo que al fin los despertó.

—No soporto ese ruido —dijo Maurice—. Alguien tiene que acabar con el sufrimiento de esa cosa.

Django vio que Marc se llevaba la mano a la parte de atrás del cinturón, pero entonces papá le dio la vuelta y empezó a alejarlo de allí. Joyce se llevó a Liam y a Harper. Ni siquiera habían llegado al cobertizo cuando resonó el disparo. Django se encogió, pero entonces se oyó otro. Se preguntó si Marc habría disparado a las dos alpacas o si simplemente habría fallado la primera vez. Pero papá no le permitió mirar. Tenía una mano apoyada en el cuello de Django, aunque no en un gesto cariñoso. Caminaban demasiado rápido y le apretaba con demasiada fuerza.

Al pasar por el cobertizo, Django recordó la liebre que habían enterrado allí. La pobre ya no debía de ser mucho más que cartílago y huesos. O el pobre, si hubiera sido un macho.

No hubo ni chocolate caliente ni manta para Django. Mamá y Kaila también estaban gritando, así que lo mandaron a su habitación, donde lo dejaron solo el resto del día.

Se había dejado los AirPods en la planta de abajo, así que probó todo lo demás para aislarse de ellos. Incrustar la manta en el hueco de debajo de la puerta; envolverse dentro de la manta como si fuera un capullo; meterse los dedos en los oídos. Nada funcionó.

Al final, se tumbó en la cama e intentó evocar los sonidos del señor Hendrickx tocando «That Old Black Magic». Luego, «If I Had My Way» y «On The Sunny Side Of The Street». Por lo general, esa estrategia le ayudaba cuando estaba triste, pero, aquel día, cada vez que intentaba seguir el ritmo con la mente, los gritos procedentes del piso de abajo terminaban ahogándolo.

Los gritos procedentes de todas las casas entabladas de Bird Street.

«La música te brota del alma —le había dicho el señor Hendrickx —. Si lo haces bien, la música depende solo de tu estado de ánimo y del ambiente de la sala».

Pero ¿y si tu estado de ánimo estaba envenenado y el ambiente de la sala era el veneno?

El señor Hendrickx había dicho algo más que no dejaba de rondarle la cabeza.

«Si no te hacen caso, tienes que dejar claro tu mensaje».

RALPH

Un paseo nocturno. Samuel y Amelia Lewis.

12 DE NOVIEMBRE

La noche del 12, Ralph decidió dejar de luchar contra los Días Oscuros. «Es la hostia de pronto», pensó; pero, bueno, Bird Street iba la hostia de tarde aquel año. Luana le había gritado la verdad a la cara: no uno, sino sus dos hijos podrían haber muerto aquel día. Las cosas no podían ir peor. Así que Ralph se puso la trenca, fue al garaje, sacó la botella de Smirnoff del maletero del Forester y se sentó al volante. Sacó el vaso de debajo del asiento. Desenroscó el tapón, captó el ligero aroma a sudor del vodka…, pero se detuvo cuando oyó la voz.

«O sea que ¿ya está, Ralph? ¿Así es como vas a cumplir tu parte del trato?».

Era su padre, Samuel Lewis, antiguo juez del Tribunal de Apelación de Washington, División I. Ralph volvió a enroscar el tapón. Su padre llevaba muerto seis años, de manera que dijo:

—No creo que esto sea asunto tuyo, papá.

«¿No? Creo que sabes que eso no es cierto, hijo. Dejé Bird Street en tus manos. Abre esa botella otra vez y será el principio del fin. Un segundo, noto que algo se mueve a mi lado. Ah, sí. Es tu madre revolviéndose en su tumba».

Touché. Además de un fuerte sentido de la justicia, el primer juez Lewis siempre había tenido afición por escandalizar a la gente con un sentido del humor un tanto morboso y, por lo visto, no la había

perdido después de morir. Ralph miró primero la botella, luego el vaso. Salió del coche, lo rodeó y apretó el interruptor de la puerta del garaje. En algún momento de la tarde, había empezado a llover a cántaros, así que contempló las cascadas que se derramaban por el borde. Una vez que se abrió lo suficiente, franqueó la puerta y recorrió el camino de entrada hasta el final; el pelo y el abrigo se le empaparon en cuestión de segundos. Allí, en la cuneta, la lluvia se acumulaba en enormes charcos negros. Las hojas naranjas y sucias se amontonaban junto a una alcantarilla y oyó el gorgoteo hueco del agua que se precipitaba chapoteando hacia la oscuridad.

Seguía teniendo la botella y el vaso en las manos. Solo los alcohólicos bebían directamente de la botella, así que se aferraba al vaso por superstición.

—Muy bien, papá —comentó en voz alta—. Dime lo que tengo que hacer.

Pero su padre guardó silencio. Durante varios minutos, Ralph se quedó mirando el reflejo de la farola en el agua negra. Hasta que oyó una voz —esta vez, una voz de verdad—, no se percató de que en el agua, detrás de él, se veía el reflejo de otro hombre. En el agua y en la botella.

—Oye, una cosa —dijo la voz—. Deja la botella y el vaso encima de la tapa de la alcantarilla un rato y vente a dar un paseo conmigo. Si cuando volvamos sigues teniendo sed, por mí te la puedes beber entera.

Se dio la vuelta y vio a Harry Aikman. Su vecino se había arrebujado en un anorak verde y llevaba un paraguas negro. Y, como Ralph no tenía ninguna idea mejor, hizo lo que Harry le decía y echó a andar con paso pesado.

Se encaminaron hacia el norte. Harry le ofreció a Ralph refugiarse bajo su paraguas, pero los abetos eran bastante densos y, además, deseaba notar cómo lo empapaba la lluvia. A la derecha, al otro lado de la valla, las laderas eran empinadas e impenetrables. El bosque estaba sumido en una oscuridad absoluta, pero Harry empleó su linterna LED de la marca Krypton para iluminar el camino. Cuando cruzaron el puente del río Tolt, desembocaron en el sendero minero de tierra, que subía hacia el embalse.

—Hacía una eternidad que no subía por aquí —dijo Harry—. Cuesta imaginar que los McKinley se dedicaran a transportar un montón de troncos por este riachuelo de mierda.

—Tres inviernos malos seguidos, dicen. Se suponía que el agua del deshielo iba a solucionarlo.

—El agua del deshielo, mis cojones. Alguien estaba jugando a ser el dios del tiempo.

—Alguien está jugando a ser el dios del tiempo ahora mismo, diría yo.

—Pues métete debajo del puñetero paraguas, Ralph. Deja de torturarte. Si te pones enfermo, no le servirás de nada a tu familia.

Ralph se preguntó qué más daba a esas alturas, cuando ya estaba empapado hasta los huesos. Aun así, se acercó un poco más.

—Bueno, ¿cómo lo llevas? —preguntó Harry.

—¿Cómo crees que lo estoy llevando?

—De pena, joder. Igual que todos los demás. —Guardó silencio un momento y añadió—: Elizabeth es adicta. Al oxazepam, un tipo de sedante. Se los toma como si fueran caramelos.

—¿En serio? —Después lo corrigió a—: ¿Ya?

—Sí, ya. Hoy todo es «ya», ¿no te has dado cuenta? Joder, debería haber salido bien con el viejo Wetzel. Se suponía que el plan era infalible.

—Tan infalible como estos abetos para protegernos de la lluvia. El martes tendremos otra oportunidad.

Harry bufó.

—Elizabeth está paranoica. Ya sabes lo orgullosa que se siente de sus capacidades mentales. El Alzheimer, ese es su demonio. Le preocupa muchísimo que se le esté yendo la pinza. Cada sibilancia, cada flatulencia es un presagio. Me está volviendo loco, joder.

«Y ¿cómo llevas tú eso, Harry?», pensó Ralph, pero no se lo preguntó. Había habido Días Oscuros en los que había visto a Elizabeth con moratones. Harry también tenía una felicidad que se le volvía en contra: su amor. Pero ¿de qué serviría sacar a relucir un «ya» más?

—Vaya, Harry, lo siento. Esta tarde se ha acercado a nuestra casa, pero Luana le ha pedido que se fuera. Me ha dicho que Elizabeth no paraba de ofrecerse a ayudar. Quizá tendríamos que haberla dejado hacer algo.

—Estabais hasta el cuello de mierda con vuestros propios problemas, ¿qué iba a hacer una vecina entrometida? Y sé lo plasta que puede llegar a ser. —Casi a modo de disculpa, añadió—: Solo es así en noviembre, Ralph. Es buena persona.

—No hace falta que me lo digas.

La verdadera razón por la que Luana no la había invitado a entrar era que la voz cariñosa y comprensiva de Elizabeth le había recordado a cómo les ofrecía orientación a las personas a las que llevaban al bosque. Aunque las palabras de Luana no habían sido

esas. A cómo peloteaba a las personas a las que llevaban al bosque, había dicho. Y esa realidad le había resultado demasiado dolorosa tras la amenaza de Kaila en la aplicación del barrio.

—Vale, suéltalo de una vez, Ralph. —Harry acercó la luz y lo miró de reojo—. ¿Cómo estás?

—Creo que me estoy volviendo loco. Esto es un lío de tres pares de cojones. Es que… Ni siquiera sé por dónde empezar. —La respuesta a eso siempre era: por algún sitio—. ¿Qué puto imbécil deja una pistola cargada en una caja fuerte abierta teniendo niños en casa?

—Tranquilízate. No ha habido daños.

—Y una mierda. Hay una alpaca muerta bajo una lona en casa de los Wachowski, pero podría haber sido Django. Esos niños estuvieron media hora jugando con un arma cargada antes de que se disparara. ¿Lo entiendes? En noviembre, joder.

—Han tenido suerte. Puede que haya sido una advertencia.

—Si es así, no la ha asimilado. El muy cabrón se desquitó con su hijo…

—Marc no es un mal tipo, Ralph. Es un buen hombre que ha cometido un error. Un error al que lo han empujado los dioses del tiempo, por decirlo de alguna manera.

—Sí, nos lavamos las manos como si fuéramos inocentes. ¡No podemos evitarlo, no ha sido culpa nuestra! Mientras tanto, nuestros hijos han estado a punto de morir. O sea, Harper trastea dos segundos con la pistola y quita el seguro. Y ¿sabes qué es lo peor? —Ralph negó con la cabeza, asqueado—. Después de todo ese lío, Luana y yo estábamos tan obsesionados con la cagada de Kaila que perdimos a Django de vista. Lo hemos dejado solo toda la tarde. Nos

hemos olvidado de él, sin más. Una buena terapia para el trauma, ¿eh?

—Ralph, estamos en los Días Oscuros. Deja de torturarte.

Pero se estaba alterando cada vez más, y no podía descargar su ira porque todos tenían la culpa.

—Era una Ruger .480, según me ha dicho Gray. ¿Viste el tamaño del agujero que le había abierto al pobre animal? Parecía que se lo hubieran hecho con un AR-15. Es que… ¿quién querría tener un arma como esa?

—No compliquemos esto con un debate sobre armas, Ralph. ¿Cómo está Kaila?

—Dormida. Como un tronco. Resulta que había dejado de tomarse el litio. Otra cosa de la que no nos habíamos dado cuenta. Por el amor de Dios, mi hermano, que tenía el mismo trastorno, se suicidó y, aun así, no me he dado cuenta.

—Gua, gua —exclamó Harry mientras se frotaba debajo del ojo con un dedo—. Espera, que llamo a una ambulancia para que te lleve a la llorería.

Ralph dejó de andar y lo miró con incredulidad. Luego se echó a reír.

—Eres gilipollas, Harry.

—Y tú te estás fustigando. Los Días Oscuros significan mala suerte, Ralph. Mala suerte orquestada. Y ya sabes quién es el director.

—Como mínimo, tendríamos que habernos puesto recordatorios. Medidas de seguridad integradas. Teníamos intención de hacerlo.

—Sí, pero os olvidasteis de todos modos. Y, aunque no os hubierais olvidado, os habríais quedado sin batería o habríais bajado

el volumen sin querer. —Retomaron el paseo—. En noviembre todos somos marionetas, Ralph. Marionetas del Diablo.

—Sabes que no creo en eso.

—Vale, marionetas del Contable, en ese caso. Me da igual. Es una pena que Kaila se haya enterado, y es una pena que decidiera dejar de tomarse la medicación. Ahora lo que importa es cómo seguís adelante.

—Pero ¿cómo seguimos adelante? Ha descubierto la verdad. Kaila se ha dado cuenta de que su vida es una mentira y está decepcionada. ¿Se le puede reprochar? ¡Por supuesto que no! ¿Y la hemos apoyado? ¡No! ¡Nos hemos cabreado un montón! Nos hemos cabreado porque lo ha puesto todo en peligro al enviar ese mensaje.

—Y con razón. Fue un acto impulsivo e irresponsable.

—No, qué va. ¿Te has fijado en lo bien pensado y redactado que estaba? Era consciente de que la aplicación no estaba encriptada. No pretendía delatarnos, solo quería darnos un susto de muerte.

Harry no dijo nada, pues sabía de sobra que su vecino tenía razón.

—Este era el peor momento posible para que Kaila lo descubriera, pero ha pasado. Todo su mundo se ha puesto patas arriba. —A Ralph le temblaba la voz—. Amenaza con suicidarse, Harry.

—Lo sé. Me siento fatal por vosotros.

Ralph carraspeó.

—Luana y yo la hemos fastidiado. La hemos hecho pasar por los nueve círculos del infierno. Así que dime tú cómo lidiamos con esto si ni siquiera somos capaces de controlar nuestros impulsos.

—Desescalando, como hacéis siempre. Supongo que, después de gritarle, habréis hablado con ella.

—Sí. Pero se ha negado a escucharnos.

Harry se encogió de hombros.

—Ya entrará en razón. No le quedará más remedio cuando se dé cuenta de que lo que propone es una locura. Es imposible, precisamente por la misma razón por la que está tan enfadada con vosotros.

—¿Sabes qué es lo que me da miedo? —Ralph se detuvo de nuevo y lo miró—. Que, cuando se dé cuenta de eso, no espere más.

Si la intención de Kaila era aterrorizarlos, lo había conseguido. Su amenaza había desenterrado un trauma que Ralph habría preferido que permaneciera enterrado: su hermano Frank, que se había quitado la vida siete días después de su iniciación, en 1985. Y sus padres, cuyo legado era la responsabilidad ética de Bird Street, que le había sido conferida en el último momento de 2016.

Samuel y Amelia Lewis estaban sanos como un roble en su lecho de muerte. Ralph estaba cumpliendo con su tercer mandato en el Tribunal Superior, pero había prolongado unas semanas su permiso sabático de noviembre para poder acompañarlos hasta el final. Sus padres lo aceptaron a regañadientes, con la estricta condición de que no hubiera dramas y de que su última Navidad fuera alegre y festiva por el bien de los niños. El juez Lewis y su esposa querían controlar hasta el último detalle de su muerte, hasta el punto de dictar cuándo podría llorar su pérdida la familia.

En agosto, poco después de que las noticias sobre los Nyholm llegaran a Bird Street, habían informado a Luana y Ralph de sus planes. Ralph sospechaba que el drama de San Luis no les había influido directamente, pero que había acelerado las cosas.

—Hemos vivido una buena vida, Ralph —dijo su madre—. Tu padre tiene setenta y cuatro años y yo cumpliré setenta y cinco en septiembre. Hemos tenido más felicidad de la que podríamos haber deseado y, desde luego, más de la que nos correspondía. Sin embargo, Kaila y Django se están haciendo mayores y necesitan espacio. Tú necesitas espacio.

—Pero nos encanta nuestra vida juntos —objetó Luana—. ¡Y los niños os adoran!

Era cierto, pero ella a veces se quejaba de tener que compartir la casa con sus suegros. Y Ralph también. Aunque habían mantenido el acuerdo en perfecta armonía durante años (al fin y al cabo, Bird Street establecía que todos estaban «contentos» con él), todo el mundo sabía que aquello surgía de una necesidad. Y era cierto: los niños se estaban haciendo mayores. Kaila no tardaría mucho en alcanzar la pubertad.

—Es inevitable —dijo Amelia, que le dio un abrazo a Luana cuando esta empezó a sollozar—. Hay que dejar que estas cosas sigan su curso natural.

Pero Ralph pensó: «Esto no tiene nada de natural».

Marcharse no era una opción: los Nyholm lo habían demostrado. No era que los residentes recibieran un castigo por abandonar el pacto. Cada 2 de noviembre, el Contable les ofrecía su libro a todos, uno por uno. Eran libres, siempre que se llevaran el secreto a la tumba, de arrancar y quemar la página con su nombre. Que era justo lo que Arthur Nyholm y su familia habían hecho dos años antes. A Linda le pesaba la conciencia, había asegurado Arthur, y él elegía su matrimonio por encima de esa felicidad mancillada.

—¿Quién dice que no vais a iros de la lengua? —había señalado Maurice McKinley—. El que la hace la paga.

Había sido una de las raras ocasiones en que el Contable les había hablado, pero sus palabras habían hecho que Ralph deseara que no hubiese sido así: «*Sé lo que hay dentro de vuestra alma porque he devorado pedazos de cada una de ellas. No me desafíes, paria, o te arrancaré la tuya de raíz y la engulliré entera*».

La violación equivalía al exilio y anulaba los frutos antinaturales del acuerdo. Lo que quedaba era la vida tal como habría sido sin Bird Street. Rover no tardó en empezar a tener el aspecto que habría tenido sin intervención sobrenatural, lo que lo llevó a perder su carrera como modelo y al inicio de su espiral descendente. Los extraordinarios éxitos de Arthur en el mundo de las inversiones se redujeron a proporciones normales y Nyholm Enterprises se desmoronó. ¿Y Linda? La autopsia reveló que, si la bala de Rover no le hubiera reventado el cerebro, el tumor que tenía en el lóbulo frontal se lo habría destrozado poco después.

Como decía Luana: «El diablo siempre hace trampa».

Por eso Samuel y Amelia Lewis querían tomar las riendas de su destino. Ralph, demasiado conmocionado para aceptarlo, luchó contra ello de todas las formas posibles. Bird Street se encontraba en el Bosque Nacional Mount Baker-Snoqualmie, y eso impedía que el terreno estatal que lindaba con las cinco propiedades existentes pudiera comprarse. Quedarse con un trozo de la reserva que los McKinley tenían detrás de la valla era inviable: sobre el papel, los McKinley eran los propietarios del terreno, pero, en realidad, pertenecía a algo mucho más antiguo. Sí, podían construir una casa de invitados en su patio trasero, pero Ralph había encontrado una

solución más razonable. Marc Wachowski estaba dispuesto a venderle la mitad trasera de la parcela de las alpacas, un terreno lo bastante grande para construir una casa modesta. El señor y la señora Lewis podrían pasar allí sus años dorados y, tras su muerte, quedaría a disposición de las generaciones futuras.

Sin embargo, su padre no había querido saber nada del asunto. En septiembre, había mantenido una conversación muy seria con Ralph en el patio de atrás.

—No queremos marcharnos —dijo— y no queremos una casa nueva. Queremos hacer penitencia, ¿no lo entiendes?

—Pero ¿qué sentido tiene? —preguntó su hijo con aire taciturno.

—Todavía tenemos nuestra conciencia, y eso es importante. Por ejemplo, todas las personas a las que hemos llevado al bosque. Podemos afirmar que se hace de la forma menos despreciable posible.

—¿Estás seguro? ¿De verdad es eso lo que nos impulsa?

—Elijo creer que sí —contestó el primer juez Lewis con firmeza—. Es lo que nos impulsa a nosotros. Por eso tienes que ser tú quien tome el relevo. Graham se está haciendo mayor y ya sabes cómo son sus hijos. Ay de nosotros si ellos se pusieran al mando. La felicidad nos ciega, Ralph. Es una catarata en el alma. Bird Street necesita un guardián que mantenga alto el listón ético o, dentro de poco, volverán a asesinar a gente en estos bosques. Sabes que ya ha pasado antes.

—Pero ese guardián eres tú, papá.

—No. Lo eres tú.

Ralph, que se negaba a aceptarlo, se sorprendió cuando las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas. Aunque su padre

nunca había sido muy cariñoso, en aquel momento lo abrazó.

—Podríais desearlo —dijo Ralph cuando lo peor hubo pasado—. Si de verdad es eso lo que os haría felices, podríais desear echaros a dormir juntos y no despertaros jamás, y ocurriría. ¿Por qué de esta manera?

—Tu madre y yo hemos dedicado nuestra vida a servir al Diablo. No queremos entregarle también nuestra muerte.

Llegaron los Días Oscuros, Trump fue elegido presidente y, para Acción de Gracias, las calamidades, al menos en Bird Street, habían quedado atrás. A lo largo de las semanas siguientes, los Lewis da Silva vivieron las Navidades más felices que Ralph recordaba. Quería creer que su felicidad era genuina, pero en algunas noches frías no podía quitarse de la cabeza la idea de que eran felices porque «los hacían» serlo. Entonces se acordaba de que Arthur Nyholm la había calificado de «felicidad mancillada».

El 27 de diciembre, Samuel y Amelia Lewis tomaron el ferri hacia el Turtleback Mountain Resort, en la isla Orcas. La mañana del 28, una empleada de la limpieza encontró en la puerta de la suite que habían alquilado una nota que decía: «Por favor, no se alarme. Hemos fallecido. Llame a la gerente». Y eso fue justo lo que hizo la chica. Cuando la gerente llamó a la puerta y no obtuvo respuesta, llamó a la policía. Juntos, entraron en la habitación y se encontraron a los Lewis abrazados en la cama del hotel. Según el forense, llevaban muertos al menos doce horas. Sobre la colcha se encontró una segunda nota que decía:

Nosotros, Amelia y Samuel Lewis, hemos elegido este final con amor y en pleno uso

de nuestras facultades mentales. Cada uno de nosotros ha ingerido 15 gramos de Seconal, una sustancia facilitada por una traficante a la que, como comprenderán, no vamos a incriminar. Ofrecemos nuestras más sinceras disculpas al personal del hotel y a las autoridades por las molestias causadas. Nuestra maleta contiene un sobre con una carta personal de despedida dirigida a nuestra familia. ¿Serían tan amables de informarles, por favor?

Además de sus nombres y un número de teléfono.

La carta personal de despedida estaba redactada de tal manera que las autoridades pudieran concluir con rapidez la investigación requerida. Nadie se enteraría jamás de que la traficante en cuestión había sido Elizabeth Aikman, la vecina de la pareja fallecida.

Había dos cosas que Ralph lamentaba no haber podido hablar jamás con sus padres. Todos los años, durante los Días Oscuros, volvían para atormentarlo.

La primera era el suicidio de Frank. Samuel y Amelia jamás habían aceptado el hecho de no haber sido capaces de prever algo tan horrible en su futuro. Era demasiado doloroso. Se suponía que debían ser felices, ¿no? Aunque su felicidad se volviera en su contra en noviembre, eran felices el resto del año, así que ni siquiera el Diablo les infligiría tal dolor, ¿verdad? ¿No era eso lo diametralmente opuesto a la felicidad?

Y, sin embargo, ocurrió.

Ralph había intentado sacarle el tema a su madre durante el último aniversario de la muerte de su hijo que ella presenciaría.

—¿Qué pasó aquel día, cuando Frank murió?

—No lo sé —había contestado Amelia—. La verdad es que no lo sé.

—Lo encontraste tú, mamá.

Un sobresalto diminuto.

—¿Cómo dices?

—Lo encontraste tú.

—¿Quién lo encontró?

—Tú. Fuiste tú.

—¿Yo? —Un silencio breve. Los ojos llenos de lágrimas—. No me acuerdo. De verdad que no. Y sabes… —Entonces había sonreído; había esbozado su sonrisa tierna y maternal. Había recuperado la máscara—. Creo que lo único que me permitió salir adelante fue perder el recuerdo, Ralph. No me acuerdo de nada.

Pero, en ese instante, él le había visto la verdad en los ojos. Un dolor torrencial consumía a Amelia. Solo que no sabía a qué se debía. Y eso era peor.

Porque, durante el resto del año, era feliz.

Lo segundo de lo que Ralph no había podido hablar nunca con sus padres era de la penitencia. Y eso lo llevaba de nuevo a Kaila.

Hasta dónde podía saber, sus padres habían elegido para Frank la misma estrategia que Luana y él habían pensado emplear con Kaila: ilustrarlo a los dieciséis años, en épocas más felices. Al principio debió de dar resultado, porque el nombre de Frank se añadió al libro del Contable el 2 de noviembre de 1985, un hecho que marcó su

iniciación oficial. Pero el 9 de noviembre, Frank se quitó la vida. Ralph, que por aquel entonces tenía catorce años, no tenía ni idea de lo que había sucedido esa semana. Culpa, remordimientos e inseguridad, desde luego; pero sospechaba que la verdad era más sencilla: en un abrir y cerrar de ojos, un trastorno bipolar latente podía convertirse en un asesino brutal.

La forma en que Frank había elegido suicidarse indicaba, casi con certeza, un acto impulsivo. Y su muerte había ocurrido en su propio terreno, no en el bosque de detrás de la valla.

No contaba como sacrificio.

Kaila había sido más calculadora. Descubrir la verdad había despertado una duda profunda y existencial en su psique ya inestable. ¿Qué derecho tenía ella a existir si otros debían morir por su culpa? ¿Y por qué iba a corresponderles más felicidad a los habitantes de Bird Street que a los de cualquier otro lugar? Esas eran las preguntas que les había hecho a gritos. Y su solución no era tan irracional como parecía: no podía vivir con ello, así que quería morir por ello. Ofrecerse para salvar a otra persona.

Eso era penitencia. Ni siquiera Samuel y Amelia Lewis habían llegado tan lejos. Se habían tomado su vasito de leche condimentado en la isla Orcas. No en la reserva McKinley.

¿Por qué?

Porque ellos sabían que no estaban ayudando a las personas a las que llevaban al bosque.

Porque, en noviembre, ese bosque se convertía en un coto de caza.

Quienes morían allí no encontraban la paz.

Algo se apoderaba de ellos. De su alma y de su humanidad.

Lo que quedaba, lo que se volvía menos humano con cada noviembre que pasaba, los seguía en los espejos como una conciencia sangrante y, si entrabas en su territorio, te destruía.

Era lo único de lo que nadie quería —podía— hablar en Bird Street.

Pero Kaila sí había querido hablar de ello. Era lo primero de lo que había querido hablar. «¿Cómo es posible que esto sea algo bueno? —había gritado—. ¿Cómo podéis vivir con esto?».

Y lo único en lo que Ralph había sido capaz de pensar era en las palabras del Contable: «*Sé lo que hay dentro de vuestra alma porque he devorado pedazos de cada una de ellas. No me desafíes, paria, o te arrancaré la tuya de raíz y la engulliré entera*».

Las almas perdidas del bosque de Snoqualmie no eran las únicas que se volvían un poco menos humanas con cada noviembre que pasaba.

El Diablo siempre hacía trampa.

Habían dado media vuelta y ya estaban de regreso, con la lluvia todavía tamborileando sobre el paraguas de Harry. Este se subió el anorak hasta taparse la mitad inferior de la cara, como un forajido. Cuando habló, la tela le amortiguó la voz:

—Voy a contarte una cosa. Yo también tengo una pistola cargada en la caja fuerte. Pero solo en noviembre.

Su vecino se lo quedó mirando, incrédulo.

—¿Por qué?

—Es mi medida de seguridad.

Ralph se había quedado sin palabras, así que esperó a que Harry continuara. Y, tras sacar la cabeza del cuello del anorak cual tortuga,

lo hizo:

—Tu hija está pensando en suicidarse y tú estás en plan «pobrecito de mí». Siente que no te la tomas en serio, porque no lo haces. Te falta empatía.

—Entiendo que Kaila… —comenzó a decir, pero Harry lo interrumpió:

—Lo entiendes, sí, eres un tipo inteligente. Pero eso es otra cosa. Sientes compasión, pero no empatía. No eres capaz de imaginar cómo se siente tu hija porque tú no lo has sentido nunca.

—No —suspiró Ralph—. Tienes razón. Es cierto que no entiendo que a ciertas personas la vida pueda parecerles tan imposible que quieran acabar con ella.

—Yo sí lo entiendo. Yo he pasado por eso.

Ralph lo sabía. Harry Aikman era el único residente de Bird Street que había estado en ambos lados de la ecuación. En 1991, cuando era un hombre solitario y deprimido de Seattle, el grupo de vecinos lo había llevado al bosque. Pero había cambiado de opinión. Una Elizabeth mucho más joven, que todavía se apellidaba Brennett, había guiado a Harry con el mismo cariño que a cualquier otro y, al hacerlo, le había dado justo lo que siempre le había faltado.

Todo el mundo tenía un futuro si se le prestaba la atención adecuada. De repente, aquel pensamiento deprimió a Ralph más que cualquier otra cosa.

—Lo que Kaila necesita —afirmó Harry— son sus propios buenos samaritanos, alguien que se tome en serio su deseo. Tener su propia pistola en la caja fuerte y poder decir que no, precisamente porque se la ofrecen.

Ralph se quedó callado durante un buen rato. Al final murmuró:

—No puedo hacer eso, Harry. Es mi hija.

—Pero ¿qué alternativa hay?

—Ojalá lo supiera. Ni siquiera estamos a mediados de mes y ya no puedo confiar en mí mismo. ¿Y si tomo las decisiones equivocadas? —Le dio una patada a una piedrecita—. Ahora está durmiendo, Luana se ha quedado con ella. Le hemos dado el litio. Hemos comprobado que se lo tragara, claro. Y también el Seroquel. Ahora está bien, pero ¿y mañana? Nos da miedo incluso dejarla sola.

—¿Ingreso voluntario?

—Imposible. Ahora mismo es impredecible. ¿Quién sabe lo que podría contarle a la gente de Stillwater? Está furiosa. Y tiene todo el derecho a estarlo.

—Habla con ella, Ralph. Escúchala. Y quizá Graham la ayude a ver las cosas con un poco de perspectiva. Estoy seguro de que estaría dispuesto.

Habían llegado al puente del río Tolt y Ralph se detuvo. Al otro lado se hallaba Bird Street. Harry se volvió e iluminó la lluvia torrencial con su Krypton mientras le lanzaba una mirada inquisitiva.

—¿Cómo lo aceptaste, Harry?

—¿Aceptar qué?

—Lo que hacemos aquí.

Se encogió de hombros.

—Utilitarismo. El fin justifica los medios. Un mal menor para evitar un mal mayor.

—Estuviste a punto de convertirte en uno de ellos. Se podría decir que Elizabeth te estaba echando de comer a un monstruo.

Harry sonrió.

—Entonces no me conocía. Ahora no se le ocurriría.

—A lo mejor todas esas pobres almas de ahí fuera dirían lo mismo. Por mucho que justifiquemos nuestros actos, a todos nos motivan los frutos de nuestro pacto. Y aceptamos el sacrificio de esas personas, porque, si no lo hacemos, nos veremos privados de nuestra felicidad. ¿No nos convierte eso en personas intrínsecamente malas?

Harry plegó el paraguas. Ahora ambos estaban bajo la lluvia.

—Tengo una primera edición de una antigua antología de Robert Silverberg que incluye un relato de Ursula K. Le Guin. Se titula «Quienes se marchan de Omelas». Trata sobre la utópica ciudad de Omelas, donde miles de personas conviven felices y en perfecta armonía. Pero el equilibrio depende de un desafortunado niño que vive encerrado a perpetuidad en una mazmorra bajo la ciudad, rodeado de una oscuridad inmunda, sumido en una tristeza abyecta. Cuando tienes la edad suficiente, te llevan a la mazmorra y te ofrecen una elección: aceptar la situación y quedarte o marcharte para siempre. ¿Qué crees que hacen?

—Se quedan todos —suspiró Ralph.

—No todos. Algunos se marchan, de ahí el título. Pero la gran mayoría se queda, sí. ¿De verdad te sorprende lo fácil que le resulta a la gente apartar la mirada si eso hace que sea más feliz? Todos queremos ropa más barata, pero ¿quién se para a pensar de verdad en esas fábricas de la otra punta del mundo en las que explotan a los niños que cosen nuestras prendas, al menos hasta que el taller se incendia y quedan todos reducidos a cenizas? Sí, a todos nos horrorizan los vídeos de un oso polar agotado en el último témpano de hielo, de la hambruna en África, de la desaparición de la selva tropical, pero nos negamos a renunciar a nuestros billetes de avión

baratos, a nuestra bioindustria, a nuestros combustibles fósiles. Despierta, Ralph. Así es la naturaleza humana.

Ralph quería irse a casa. Se negaba a creer que la humanidad fuera fundamentalmente mala. Él intentaba hacer el bien, al menos: era el legado de su padre.

Pero ¿podía contar con eso en noviembre?

—¿Nos has perdonado? —preguntó al fin.

Harry le lanzó una mirada inescrutable.

—¿Tú lo perdonarías?

Se encontró a Luana en un saco de dormir a los pies de la cama de Kaila, viendo Netflix en su iPad. Su mujer se incorporó apoyándose en un codo y se quitó los auriculares. Un caleidoscopio de expresiones le cruzó la cara cuando se miraron a los ojos: arrepentimiento, inseguridad, deseo no correspondido, ganas de discutir.

Ralph señaló con la cabeza hacia el bulto informe de la cama y le preguntó moviendo solo labios: «¿Está dormida?».

—Como un bebé —susurró ella.

Se acercó a Luana con los calcetines mojados y se arrodilló para darle un beso. Eso la liberó de parte de la tensión y esbozó una sonrisa triste.

—Estás empapado.

—He ido a dar un paseo con Harry. Voy a darme una ducha para entrar en calor y luego te doy el relevo. Necesitas descansar esta noche.

—Tú sí que necesitas descansar esta noche, Ralph. Estás agotado. Además, no pienso moverme de aquí. Quiero estar a su

lado cuando se despierte. Puedes dormir en el suelo si quieres, pero te vas a destrozar la espalda.

—Da igual.

—No seas tonto, juez. Duerme. Mañana estás de guardia. Asegúrate de estar en condiciones para ello.

—Vale, muy bien. —La besó de nuevo—. Gracias.

No salió de la ducha hasta que se hubo sacado el frío de los huesos, se metió desnudo entre las sábanas y se quedó dormido casi al instante, aunque con la vaga y angustiosa sensación de que se estaba olvidando de algo. De madrugada, se incorporó y oyó el ruido de la lluvia contra el tejado. O, al menos, una parte de su cerebro se despertó lo suficiente como para recordar de qué se trataba.

Bajó las escaleras, sonámbulo, y abrió la puerta delantera. Ni siquiera la lluvia que le azotaba la piel lo despertó del todo, a pesar de que le hacía estremecerse. Bajó por el camino de entrada. De pie, con el agua hasta los tobillos, se agachó junto a la alcantarilla y recogió la botella de vodka y el vaso. El vaso estaba lleno de agua de lluvia. Cuando lo volcó, se le resbaló de entre los dedos y se hizo añicos en la calle.

Por un instante, se quedó allí plantado, con la cabeza ladeada como si estuviera absorto en sus pensamientos. Luego, desenroscó el tapón de la botella, se la llevó a los labios y bebió.

KAILA

Tierra de Nadie. La historia de Graham McKinley.
La piedra negra.

13 DE NOVIEMBRE

Kaila soñó que estaba acabando con su vida. El cómo daba igual. Lo importante era el lugar: en el bosque de detrás de su casa. Mientras sentía que su vida se desvanecía, acogió la oscuridad con una sonrisa en el rostro. Certeza, al fin. Y, sin embargo, cuando su cuerpo dejó de respirar, cuando la sangre se le coaguló y las neuronas moribundas se le apagaron como imágenes parpadeantes en un proyector de 16 mm atascado, se dio cuenta de que ese no era el final. Había oscuridad, sí, pero en ella era consciente.

Y no estaba sola.

Era la oscuridad de noviembre, y allí permanecía, incapaz de escapar de la vida. Algo la acechaba. Lo oía respirar como un oso voraz. Lo único que podía hacer era esconderse entre las ramas… Las ramas que llenaban el agujero donde se encontraba.

Conmocionada, se dio cuenta de que era uno de los Jibblymowers de Django. No eran criaturas pequeñas, como él había imaginado; eran las almas perdidas del bosque de Snoqualmie y la rodeaban por todas partes. Como inquietos fuegos fatuos de pantano suplicando que los sofocaran, aunque no sabían cómo. En su cama, Kaila gimió porque tenía la sensación de que había innumerables manos tocándola.

Despierta. Eso no era un sueño, era una pesadilla. Su consuelo era que todas las pesadillas terminaban al despertar. El corazón te latía con fuerza, estabas empapada en sudor, pero te dabas cuenta de que no era real. Así que despierta.

Lo terrible era que no podía.

Cuando por fin lo hizo, no fue con un sobresalto, sino despacio, débilmente. Lo primero de lo que se percató fue de que la luz que entraba en su habitación era la de media mañana. Lo segundo, del olor del perfume de mamá. Eso sí que le hizo dar un pequeño respingo, y así fue como notó la mano presionándole el abdomen.

Una respingo grande, sin duda.

Su madre estaba justo a su lado, durmiendo de costado, rodeándole la cintura con un brazo. Kaila apenas se movió, pero se le subió el corazón a la garganta. No tanto como para luchar contra el familiar bajón de los medicamentos que le pesaban en la frente e intentaban cerrarle los ojos, pero sí lo justo para añadir otra molestia al cóctel. Uf… Buenos días, princesa.

Era imposible rendirse al abrazo de mamá, porque eso significaría sucumbir a cómo habían sido las cosas hasta el día anterior. Pero alejarse de él también le resultaba imposible, porque deseaba poder volver atrás y fingir que todas aquellas cosas horribles no habían sucedido. Era una Tierra de Nadie paralizada, despojada de todo lo que había conocido una vez, habitada solo por los ecos de los gritos del día anterior.

«¿Quién cojones soy?».

Mamá era estéril. Sin embargo, Django y ella existían. Eso tendría que haber sido imposible. Saber que había cobrado vida debido

únicamente al deseo de su madre oprimía su más elemental sentido de la individualidad. Si solo eras el deseo de otra persona, significaba que vivías para esa otra persona. Kaila no sabía si podría… Ese era el quid de la cuestión.

Eso y el hecho de que otras personas tuvieran que morir por ello.

Se dio cuenta de que seguía apretando el trozo de vidrio volcánico en el puño, al final del brazo atrapado en el de mamá. ¿Se había pasado toda la noche sosteniéndolo? Eso también tendría que haber sido imposible. El sueño relajaba los músculos, te abría el puño.

Pero allí estaba.

Por algún motivo, la piedra le servía de consuelo. Kaila no entendía por qué, teniendo en cuenta quién se la había dado. Aun así, la sentía como su hogar. Apretó el puño a su alrededor y cerró los ojos.

Se rindió a la apatía.

Sin darse cuenta, papá le ahorró la molestia de tener que lidiar, en uno u otro sentido, con el abrazo de su madre. Cuando subió la escalera hacia las once para decirle que iba a llevarla a visitar al anciano señor McKinley, mamá se despertó sobresaltada y apartó el brazo de golpe, lo cual le proporcionó a Kaila la oportunidad de incorporarse y fingir que no se había dado cuenta. Su padre parecía avergonzado, su madre decepcionada, ambos inquietos. Era todo bastante incómodo. A Kaila no le apetecía nada aguantar un sermón del señor McKinley, pero era mejor que lo que fuera que estaba pasando allí.

—¿Qué hacemos aquí, a todo esto? —preguntó un rato después, mientras subían los escalones que llevaban a la puerta delantera de los McKinley.

Era la primera conversación que mantenían desde que su padre había hecho el anuncio en la escalera, a excepción de cuando la había obligado a tragarse el litio. Papá tenía una pinta horrorosa: las mejillas rasposas, los ojos inyectados en sangre, las ojeras azules. «Vendes tu alma al diablo para tener una excusa para pillarte una cogorza en noviembre. Bien hecho, papá».

Él se volvió hacia ella y le lanzó una mirada que la hizo temblar.

—El señor McKinley va a contarte algo para que, con suerte, abandones ese ridículo plan tuyo. Y para que cambies un poco de actitud, jovencita. No hace falta que nos entiendas, ni siquiera hace falta que estés de acuerdo con nosotros. Pero no se te ocurra mirar a tu madre con tanto asco.

Sin más, se dio la vuelta y llamó al timbre. En aquel momento, Kaila no era capaz de sentir mucho respeto por su padre; aun así, su emoción le hizo daño. Papá estaba dolido, de eso no había duda.

Maurice McKinley abrió la puerta y se quedó mirándola como si fuera una especie de curiosidad morbosa. Claro. Todos los residentes de Bird Street lo sabían. Todos habían visto el mensaje. Bien, ella le devolvió el gesto con tal desdén que Maurice se estremeció.

—Pasa, Ralph —dijo enseguida. Desvió la vista hacia más allá de ellos, como si esperase que hubiera alguien más en el camino de entrada—. Mi padre te está esperando en la biblioteca de arriba.

—Bien, gracias.

Era la primera vez que Kaila entraba en casa de los McKinley. Era una réplica exacta de Keyhouse Manor, de la serie de Netflix *Locke &*

Key (o, si tenías la edad de mamá y papá y no pillabas la referencia, de la mansión de *La familia Addams*): techos altos, muebles antiguos, cabezas disecadas de animales, puertas por todas partes. Aunque olía más real: a friegasuelos de limón, a ambientador, a gente vieja, a muerte.

—¿Cómo está tu…? —«madre», debía de pretender decir papá, pero justo en ese momento Juliette salió al pasillo empujando la silla de ruedas de Dorothy McKinley.

La señora McKinley iba recostada y con los ojos cerrados; lo único que demostraba que estaba viva era el débil gorgoteo de su bombona de oxígeno.

—Uy, perdón —dijo Juliette, que les lanzó una mirada rápida—. No sabía que ya estabais aquí. Vamos, madre, te llevaré a la cama.

Desapareció por una puerta que daba a otra ala, como si estuviera deshaciéndose de un cadáver.

—Madre no se encuentra bien. —Maurice constató lo obvio mientras los guiaba por una de las amplias escaleras de mármol hacia el piso de arriba—. Todos tenemos la esperanza de que se estabilice a partir del martes.

—Caray, Maurice. Lo siento.

—Todo saldrá bien.

«¿De verdad que todo esto os compensa?», pensó Kaila. Es más, se preguntó si Maurice de verdad estaba convencido que todo saldría bien. Él también parecía aquejado de un caso grave de Días Oscuros: llevaba la camisa mal abrochada, se tropezó con el último escalón y tuvo que agarrarse a la barandilla. Se recompuso, pero volvió a mirar hacia atrás en busca de algo invisible que no estaba allí. Pese a que le resultó muy inquietante, Kaila no sintió ningún tipo

de compasión por él. Maurice era tan cómplice como cualquiera de los demás.

—¡Ah, ya estáis aquí!

Graham McKinley apareció al final del pasillo vestido con algo que Kaila supuso que era un kimono de satén oscuro. Aunque el hombre tenía un aspecto viejo y frágil, con manchas de venas moradas desperdigadas por las mejillas, a ella siguió pareciéndole impresionante —en el mismo sentido en que un libro antiguo puede parecerte impresionante—. Sus ojos de halcón irradiaban calidez y una sonrisa juguetona le curvaba las comisuras de los labios.

—Bienvenida a nuestra casa, Kaila. Un año antes de lo previsto, pero más vale pronto que tarde, ¿no?

Papá le estrechó la mano y la chica hizo lo mismo. No tenía intención de hacerlo, pero se sintió incapaz de negarse. El apretón de manos del señor McKinley le resultó sorprendentemente firme.

—¿Te han ofrecido ya café o té?

—No —respondió su padre—. No me iría mal un expreso. Doble, si es posible.

—Por supuesto. Y tenemos una tarta de calabaza y jengibre riquísima. La receta es de Dorothy, aunque la ha hecho Juliette. ¿Te apetece un trozo?

—Suena bien.

—Espléndido. Maurice, yo tomaré un descafeinado y una empanadilla, pequeña, por favor. Kaila, ¿qué quieres tú?

Tampoco tenía intención de aceptar nada del señor McKinley, pero no había desayunado y la tarta de calabaza y jengibre debía de estar buenísima. Se volvió hacia Maurice, puso cara de borde y dijo:

—Supongo que no tendrás un *latte macchiato*.

—Podría espumar un poco de leche —respondió él de malos modos.

—Perfecto. Y tarta.

Maurice McKinley se escabulló sin decir palabra. Kaila se sintió satisfecha. No parecía el tipo de hombre al que le gustara recibir órdenes de una chica. Y menos aún de una chica de color.

Graham no se percató de la dinámica, o fingió no haberse percatado, y los condujo a la biblioteca. Le sorprendió que fuera una habitación acogedora, llena de estanterías desde el suelo hasta el techo y, en un extremo, dividida en dos por una chimenea en la que ardía un fuego crepitante. Sobre la repisa había un retrato al óleo de un hombre con los mismos ojos penetrantes que McKinley.

—Mi padre —aclaró el anciano—. John McKinley. Hay un segundo retrato suyo en la sala de trofeos. Puede decirse que en esta casa se le recuerda con gran cariño. Es de él y de su padre, mi abuelo, de quienes quiero hablarte hoy, Kaila. Ven, vamos a sentarnos junto al fuego. Una buena historia debe contarse al calor de una hoguera, ¿no te parece?

Delante de la chimenea había tres sillones orejeros de cuero. Parecía que los habían arrastrado hasta allí para la ocasión, y a una señal de McKinley se sentaron. Kaila se hundió en el embriagador olor de la tapicería de cuero y se sintió adormilada de inmediato… Puto litio.

«Ahora estoy atrapada».

Se metió la mano con disimulo dentro del bolsillo y acarició la forma familiar del vidrio volcánico.

—O sea, que te has enterado —comenzó McKinley, que se inclinó hacia ella con un ademán cómplice—. Dime…, ¿qué opinas?

Kaila se sonrojó y miró a su padre, pero no encontró ningún apoyo en él.

—Vamos, suéltalo. Sé sincera. Esto no le servirá de nada a nadie si nos mentimos.

—Vale —respondió despacio—. ¿Sinceramente? Ni siquiera sé por dónde empezar. —Guardó silencio un segundo—. No, sí lo sé. Opino que es horrible. Opino que sois horribles. Todos.

McKinley dio una palmada.

—¡Fabuloso! ¡Eso es una respuesta sincera! Podemos trabajar a partir de ahí. Y ¿qué me dices de tu mensaje de ayer? ¿También era la pura verdad?

—¿Q-qué?

—¿De verdad ofrecerías tu vida como sacrificio de este año?

Los ojos de halcón del viejo no vacilaban, y eso obligó a Kaila a bajar la mirada. Papá arrastró los pies. Kaila se había preparado para cualquier cosa, pero no para una confrontación directa.

—No lo sé.

—Es comprensible. Toma, abre esto.

Se inclinó hacia una mesita auxiliar y le entregó lo que parecía un pequeño joyero antiguo. Kaila lo sostuvo con ambas manos y lo miró con nerviosismo.

—Graham, ¿qué…? —comenzó a decir papá, pero el anciano levantó la mano y le hizo un gesto con la cabeza a Kaila.

Ella abrió el cierre de hierro y levantó la tapa. El joyero estaba forrado de terciopelo rojo y contenía dos jeringuillas llenas.

Kaila levantó la mirada.

—No hay más, Kaila. Tendemos a asociar la muerte con el dolor y la violencia, una puñalada certera o un disparo de pistola, pero esas

dos agujas contienen tu deseo, así de sencillo. Si de verdad es tu deseo, por supuesto. Primero va la solución transparente, luego la amarillenta, aunque ni siquiera la notarás porque ya estarás dormida. Totalmente indoloro.

Ella sintió que el corazón le latía con fuerza en la garganta e incluso detrás de los tímpanos. Su padre se tapó la boca con las manos.

—Venga, coge la primera —la instó McKinley.

Kaila obedeció. Una vez más, le faltaron fuerzas para negarse. Cuando sostuvo la aguja entre los dedos, su padre se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. A pesar de que eso debería haberla alarmado, apenas prestó atención. Incluso la biblioteca, el fuego y los ojos de McKinley parecían estar muy lejos.

¿No había más? ¿Tan trivial era la muerte que podía capturarse en esas cantidades tan ínfimas de líquido?

La voz de McKinley flotó hasta ella:

—A nosotros, sin duda, nos vendría muy bien. Si te soy sincero, este año estamos teniendo un poco de mala suerte. Cuando te haya dicho lo que quería decirte, varios de tus vecinos pueden llevarte al bosque y completar el proceso en un abrir y cerrar de ojos. Así que piénsate bien la respuesta.

Hasta entonces, Kaila había considerado el suicidio como una huida puramente teórica en caso de que siguiera fracasando en la vida. Nunca había sido real. No de aquella manera. Se quedó mirando el líquido de la jeringuilla, obnubilada.

¿Lo deseaba de verdad?

De repente horrorizada, intentó volver a guardarla en la caja, pero los músculos no le respondían. Empezó a sentir un hormigueo

en la piel. Cada vez más presa del pánico, pensó en la piedra que llevaba en el bolsillo.

«*Quiero darte una cosa. La voluntad de vivir*».

Reflejada en el tubo de la jeringuilla, su cara era alargada y deforme, pero en ella vio manos que la recorrían como para darle la bienvenida. Innumerables manos… y cada vez eran más.

Con un grito ahogado, dejó caer la aguja. Rebotó sobre la alfombra, con el émbolo para abajo, y expulsó una o dos gotas. McKinley se levantó de su asiento como un muñeco impulsado por un muelle, la recogió y le quitó la caja de las manos para volver a guardar la aguja.

Cuando volvió a sentarse, la observó con fascinación. Aunque su sonrisa había desaparecido, su mirada no era antipática.

—Nos has dado un buen susto a todos. Sobre todo a tu padre. Puede que esa fuera tu intención. Puede que fuera un grito de ayuda. Si es así, considérate escuchada.

Kaila lo entendió. El señor McKinley jamás había tenido intención de ofrecerle las inyecciones. Era una terapia de choque… y muy eficaz.

—¿Qué vas a hacer, Kaila? ¿Vas a consolar a tu padre o vas a dejar esa labor en manos de tu viejo vecino?

Le lanzó una mirada incómoda a papá, le resultaba difícil lidiar con sus lágrimas. No había vuelto a verlo llorar desde el funeral de los abuelos, pero entonces ella era pequeña y él la había consolado.

«Tiene miedo. Mucho miedo. Miedo de perderme».

De pronto, ya no pudo soportarlo más. Se acercó a él e intentó darle un abrazo torpe.

—Lo siento.

—No —balbuceó él al mismo tiempo que la atraía hacia sí—. Soy yo quien lo siente. Lo siento muchísimo, Kaila.

—Bueee… no —dijo Maurice cuando entró con una bandeja.

En ella había tres tazas humeantes y porciones de tarta. Se quedó mirándolos como si acabara de toparse con una escena de algún tipo de porno fetichista y enfermizo: con una repulsión fascinada.

—Deja eso ahí —le indicó McKinley—. Yo mismo lo serviré. Gracias, Maurice. Puedes retirarte y, por favor, cierra la puerta al salir. Esto es un asunto privado.

Maurice obedeció con una reticencia evidente y desapareció. El señor McKinley repartió los cafés y la tarta y le pasó a papá una servilleta para que se enjugara la cara. Kaila volvió a su asiento, pero le tendió la mano para que se la agarrara. Su padre la aceptó, agradecido.

—Muy bien —comentó McKinley al volver a sentarse—. ¿Mejor?

—Sí —dijeron ambos al unísono, y se echaron a reír sin poder evitarlo.

Kaila sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se dio cuenta de que, en efecto, estaba mejor. Pero no bien del todo.

—De acuerdo. Escucha con atención.

Se metió la mano libre en el bolsillo y la cerró alrededor de la piedra.

—Mi abuelo James tenía veintidós años cuando llegó al valle de Snoqualmie —comenzó Graham McKinley—. Eso fue en 1892. Vino desde California con su hermano mayor, Francis. En aquella época, Carnation se llamaba Tolt, un nombre que te sonará del río Tolt. El topónimo deriva de la palabra snoqualmie *túlq*, que es como los

indígenas se referían al río. —Hizo una breve pausa para meterse un bocado de tarta en la boca; masticó deprisa y emitiendo discretos gruñidos de aprobación—. En aquellos tiempos, Tolt era una iglesia, una escuela y unas cuantas casas dispersas. Había granjas lecheras en el valle y, en las colinas, aserraderos que suministraban madera a los astilleros de Seattle. James y Francis construyeron un aserradero en el bosque de allá. Corrían buenos tiempos y querían llevarse una parte del pastel. Pero, en menos de un año, la situación dio un giro radical con el Pánico de 1893.

—Una depresión económica —explicó papá.

—La peor crisis crediticia anterior a 1929. A los hermanos les costó salir adelante, y eso tensó su relación. Las cosas empeoraron aún más cuando Francis se fugó con Catherine Bligh, la mujer que le gustaba a mi abuelo. Tres años más tarde, los rumores de que se había encontrado oro en Yukón desencadenaron la fiebre del oro de Klondike. Seguro que te han hablado de esto en clase, ¿no?

Kaila asintió. Sin embargo, lo que de verdad le venía a la mente era el Tío Gilito.

—Miles de personas se trasladaron al norte. Francis también se contagió de la fiebre del oro, y eso enfureció a James, que se había arraigado en el valle. —Otro bocado, más masticación—. Tal vez te preguntes cómo sé todo esto, claro.

Dejó el plato en el suelo y cogió un cuaderno de cuero de la mesita auxiliar.

—Este es el diario de mi abuelo. Es el único libro que poseo que vale más que cualquiera de los que forman parte de la colección de Harry Aikman, porque contiene la historia de nuestros orígenes.

A pesar de todo, Kaila estaba intrigada. Ese tipo de diarios antiguos solo se veían en las películas. Graham pasó las páginas con cuidado. Papel amarillento, una caligrafía elegante pero casi ilegible… Sí, justo igual que en las películas.

Por supuesto, tendría que haber estado preparada para lo que sucedió a continuación.

—28 de octubre de 1896. James escribe que sale a pasear río arriba, a lo largo del Tolt. Allí, en la orilla, se encuentra al Diablo, quien le entrega una pepita de oro que simboliza la prosperidad futura y le ofrece un trato. Mi abuelo, que Dios lo perdone, se hace un corte en el dedo y escribe su nombre con sangre en el libro del Diablo para aceptar el trato. Supongo que tu padre te ha hablado del libro, ¿verdad?

Kaila asintió con dificultad.

—Una semana más tarde, Francis está ultimando sus planes para mudarse a Yukón. James le enseña la pepita de oro y, prometiéndole más, atrae a su hermano hacia el bosque. Allí, le aplasta el cráneo con una pala y lo entierra. Le dice a Catherine que Francis se ha marchado a Yukón, pero que él, James, cuidará de ella a partir de ahora. Aquel invierno, reciben la noticia de que Francis ha muerto en el norte y de que a James le corresponde una gran suma de dinero. La utiliza para construir una casa en el bosque, cerca de donde se encontró con el Diablo, y la llama Lock Haven. Esa casa —dijo Graham McKinley— es esta.

—Cuando dice «el Diablo» —comenzó Kaila, que tuvo que aclararse la garganta antes de poder continuar—, ¿lo dice, en plan, literalmente?

—Ya llegaré a eso. Deja que te lo cuente a mi manera. Creo que verás que muchas de tus preguntas obtienen respuesta.

Kaila miró a su padre; le resultaba increíble estar allí sentada escuchando una historia sobre pactos fáusticos y poderes sobrenaturales y que él esperase que se la creyera… Y que, hasta cierto punto, se la estuviera creyendo. Era imposible no hacerlo, después de lo que había vivido en el Camp Heron Market.

«*Únete, Kaila.Si no, lo perderás todo. Casi todo… Y yo me comeré lo que quede*».

—A lo largo de los años siguientes, James despejó una gran parte del bosque que rodeaba Lock Haven y fundó su exitosa empresa, Lock Haven Dairy. Atrajo a trabajadores a la región, la ciudad creció y James se casó con Catherine. Podría decirse que a mi abuelo le iba bien. Demasiado bien, por supuesto. Nunca le habló a Catherine de su pacto. Pero todos los noviembres, cuando los terrenos y la vida de James pasaban por un bache, el Diablo volvía a visitarlo, y James llevaba a alguien al bosque para matarlo. La mayoría eran trabajadores chinos, porque nadie los echaría de menos. Una vez, en 1900, se salvó por los pelos cuando su víctima estuvo a punto de escapar. Escribe sobre ello como si fuera un engorro terrible. Pero, tras el sacrificio, siempre recuperaba la suerte.

—Qué majo, su abuelo —murmuró Kaila, y bebió un sorbo de *latte*. Y tocó la piedra que llevaba en el bolsillo.

McKinley se echó a reír.

—No seré yo quien te lleve la contraria. Tampoco diré que eran otros tiempos ni tonterías por el estilo. James McKinley había vendido su alma y eso le corrompió. Cuando Catherine se quedó embarazada un año después, a James le iba tan bien que se le

subieron los humos a la cabeza. Creyó que podría ser más listo que el Diablo y le pegó un tiro a una vaca en el bosque a principios de noviembre. Unas semanas más tarde, cuando los Días Oscuros no habían hecho más que empeorar, nació mi padre. Pero hubo complicaciones y, en su lecho de muerte, Catherine gritó que no entendía por qué le estaba pasando aquello. Que debían de haberla engañado…, que el Diablo, que le había prometido años de prosperidad, debía de haberla engañado.

—¡Venga ya!

—Es verdad. Y James al fin lo entendió. Catherine también había hecho un pacto. Durante todos esos años, había sabido que James hacía sacrificios en noviembre. Resultó que Francis la había maltratado durante años, así que se alegraba de que James hubiera matado a ese hijo de puta. Pero ¿por qué se estaba muriendo ahora? ¿No había hecho él otro sacrificio a principios de mes?

—Ups —musitó Kaila.

—Ups, sí. James se dio cuenta de que lo de la vaca había sido un error, pero ya era demasiado tarde. Había sellado el destino de su esposa. Ahora se estaba quedando sin tiempo y no vio más opción que llevársela al bosque, donde esperó a que exhalara su último aliento y la enterró.

Kaila se echó hacia delante.

—Espere, ¿me está diciendo que hizo que su propia esposa…?

—… contara como sacrificio, sí. Y sé lo que estás pensando. Su diario indica que no tenía ni idea de lo que les pasaba a las personas que morían ahí arriba. Menciona las apariciones en varias ocasiones, pero las considera meras invenciones de su culpa. —Le temblaron los labios y añadió—: Cabría preguntarse si existe alguna diferencia.

Pero Kaila pensó: «La próxima vez, hazte un corte un poco más profundo», y supo que existía alguna diferencia.

McKinley cerró el diario de James y señaló el retrato que había sobre la repisa de la chimenea.

—Mi padre era diferente. John McKinley era brillante, y eso fue tanto su mayor suerte como su talón de Aquiles. No tardó en aprender a reconocer el patrón de los Días Oscuros, cuando su suerte se volvía en su contra y se sentía como si estuviera perdiendo la cabeza. Incluso el amor de su padre se volvía contra él y derivaba en un maltrato bastante violento. Pero, en diciembre, la vida continuaba como si no hubiera pasado nada. Mi padre me contó todo esto años más tarde. Y también me contó otra cosa: que todos los noviembres recibía una visita de su madre. Sabía que era ella, la reconocía por el retrato que había en el pasillo. También sabía que estaba muerta porque se arrastraba por los espejos y lloraba lágrimas de sangre. Me dijo que era como si su madre intentase decirle algo, pero no tuviera voz. Y, con cada año que pasaba, se volvía más monstruosa.

Kaila vio que su padre se estaba comiendo su tarta y bajó la mirada hacia su trozo. Se le había quitado el hambre.

—La prosperidad de mi abuelo no tenía límites. Llegó el ferrocarril, y la planta maderera y la granja lechera florecieron con él. Lock Haven Dairy se fusionó con la Carnation Evaporated Milk Company, y a Tolt, Washington, le cambiaron el nombre en su honor. John se incorporó a la empresa de su padre a una edad muy temprana y, cuando cumplió dieciséis años, James decidió iniciarlo también en el pacto para concederle un futuro próspero. Pero John tenía un corazón honrado, igual que tú, Kaila. Despreció a su padre

por su corrupción y por fin comprendió lo que su madre llevaba intentando decirle todos aquellos años: que la codicia de James había condenado incluso el alma de su esposa.

—Creo que sé cómo acaba la historia —dijo Kaila.

—Podrías pensarlo, sí —contestó McKinley—, pero hay un giro inesperado. Cuando, a principios de aquel noviembre, James se llevó a su hijo al bosque para que presenciara el sacrificio, John mató a su padre y salvó al otro hombre. Puede que esa parte ya te la hubieras imaginado. En cualquier caso, el Diablo se le apareció a John y le dijo que llevaba toda su vida destinado al pacto, puesto que ya había cosechado los frutos. Pero esos frutos eran amargos, pensó mi padre, y estaban podridos por dentro. Y había algo más: no se creyó ni por un segundo que la criatura que se le había aparecido fuera el Diablo. Al menos, no el clásico Diablo cristiano. Y esto nos lleva a tu pregunta anterior sobre qué es en realidad. ¿Puedo dar por hecho, a efectos de esta conversación, que nos crees cuando decimos que esta entidad existe?

—Pues, eh… —Kaila dudó—. Supongo que sí.

—La verdad es que es una pena que lo hayas descubierto ahora en lugar de antes del brindis del 2 de noviembre, porque tradicionalmente es entonces cuando nos visita. Aún no has tenido la oportunidad de verlo con tus propios ojos. Pero te aseguro que es real.

De repente, le pareció importante no dejar traslucir que sí lo había visto.

Papá le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Estás bien, Kaila?

Asintió de inmediato. La puñetera medicación la convertía en un libro abierto. Ni siquiera era capaz de controlar la cara. Tenía que estar más atenta.

—Nuestro visitante es, desde luego, una entidad sobrenatural —prosiguió McKinley—. Hay paralelismos con el Diablo cristiano, pero vemos al menos dos diferencias fundamentales. Una: nunca utiliza terminología religiosa. Dios, ángeles, pecado, cielo, infierno… Nada de eso. Es razonable que James pensara que estaba tratando con el Diablo, porque su marco de pensamiento era el de un hombre temeroso de Dios. La segunda razón por la que nosotros creemos que no lo era es que, según la religión, el Diablo también reina sobre el más allá. Nuestro trato solo afecta a nuestra vida. Lo que ocurra o deje de ocurrir después de la muerte nunca ha formado parte de él. Ni siquiera sabemos si hay algo esperándonos al otro lado.

«Excepto para las personas que sacrificáis —pensó Kaila—. Está claro que a los Jibblymowers sí les espera algo».

Por primera vez, papá intervino:

—Lo contrario también podría ser cierto: que esta criatura sirviera de modelo para la representación cristiana del Diablo. Puede que sea muy viejo. Puede que haya más. Pero no lo sabemos.

—Exacto —dijo McKinley—. Y dado que sus pactos son puramente transaccionales, mi padre le puso un nombre nuevo: el Contable. Eso lo convertía en un adversario más manejable, por decirlo de algún modo. Pero ¡no cabe duda de que es poderoso! Muy poderoso. El Contable amenazó la buena fortuna de mi padre si se negaba a firmar. En su caso, eso significaba perder la cordura. Y aquello le dio una idea. John argumentó que necesitaba disponer de todas sus facultades mentales para tomar una decisión de tal

magnitud, y le suplicó al Contable que regresara tras los Días Oscuros y se lo preguntara de nuevo. Él accedió. Y aquí está el giro inesperado. Mi padre, a diferencia del suyo, sí que fue más listo que el Diablo. Verás, antes de que su mente se deteriorara demasiado aquel noviembre, llegó a la conclusión de que: a) no le quedaba más remedio que firmar si no quería sacrificarse, y b) no quería que se abusara de ese poder, como su padre había hecho durante años y como sabía que otros volverían a hacer. Sabía que la psique humana es esencialmente corrupta. Lo que se necesitaba era una reforma.

De repente, Kaila lo comprendió.

—Así que fue a él a quien se le ocurrió vuestro sistema. —No pudo reprimir una sonrisa—. El mal menor.

A McKinley se le ensombrecieron los ojos, estaba claro que lo había ofendido.

—Mi padre se aseguró de que los únicos sacrificados fueran personas que iban a morir de todos modos, por lo que no habría más muertes innecesarias. Además, quiso que otros participaran de su prosperidad. Invitó a cinco trabajadores humildes y a sus familias en apuros a Lock Haven y los puso al corriente. Eran Brennett, Wachowski, Nyholm, Chow… y Lewis.

—George Lewis —añadió papá—. El padre del abuelo.

—Todos ellos tomaron libremente la decisión de unirse o marcharse, y eso siempre sería así. Sintieron que podían transformar un verdadero desastre en algo que, al menos, tuviera una justificación moral. Juntos se enfrentaron al Contable y este volvió a aceptar.

—Obvio —dijo Kaila—. Más almas que corromper.

La máscara de calma de McKinley comenzaba a resquebrajarse.

—Me atrevo a rebatir eso. Sí, los sacrificios seguían siendo necesarios, pero solo elegían a personas moribundas y desahuciadas. Eso evolucionó hacia personas decididas a someterse a la eutanasia, como sabes.

—Y suicidas, ¿no?

—Solo cuando no queda más remedio. Te has referido a esto como «el mal menor», Kaila, y puede que tengas razón. Pero no tenemos otra opción. Aunque nos sacrificáramos uno por uno, que tal vez fuera la alternativa más ética, al cabo de una década surgiría el mismo dilema al que se enfrentó mi padre: ¿y si el Contable se limita a buscar a otra persona que le lleve la comida? ¿A alguien que carezca de nuestros estándares morales? Bird Street necesita guardianes, Kaila. Nosotros somos esos guardianes.

—Está hablando de «comida» —le espetó Kaila—. ¿Usted escucha lo que está diciendo? Puede que esas personas quisieran morir, pero no querían esto. ¡No querían que las atormentara un monstruo!

—No —dijo McKinley. Parpadeó—. Por desgracia, no podemos evitarlo. ¿Entiendes ahora por qué no puedo repetir en serio la pregunta que te he hecho antes? Tú también serías comida.

—¿Quién es usted para decidir quién muere ahí fuera? ¿Por qué elige a personas que quieren morir, que quieren paz? ¿Por qué no a personas que merecen morir?

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —replicó papá—. ¿Secuestramos a reclusos del corredor de la muerte? Dejando a un lado las cuestiones prácticas, ¿no ves las consecuencias éticas? Porque ¿quién «merece» morir, Kaila? Estás intentando jugar a ser Dios.

—Pero ¡vosotros estáis jugando a ser Dios!

—Claro. Pero sigue siendo la opción menos despreciable. Sí, ponemos la vida de esas personas en una balanza, pero lo que viene después no depende de nosotros.

Kaila casi vomitó las palabras:

—Entonces, ¿los espejos mienten?

«Punto para mí». Los dos hombres se quedaron callados. Luego ella se volvió hacia McKinley.

—¿Cómo murió?

—¿Quién, mi padre? —Desdeñó la pregunta con un gesto de la mano—. Eso no tiene ninguna importancia en este asunto.

—Si no tiene ninguna importancia, no pasa nada porque me lo cuente.

Papá suspiró.

—Graham, has dicho que esto no tendría sentido si no éramos sinceros los unos con los otros. Cuéntaselo.

Visiblemente incómodo, cedió.

—Muy bien. La culpa terminó carcomiéndolo cuando se hizo mayor. Se pegó un tiro en la cabeza en 1969. —Reparó en la mirada inquisitiva de la chica y añadió—: Sí, ahí fuera.

Kaila se recostó contra el respaldo del sillón.

—Así que su padre creía que había hecho lo correcto, pero en realidad condenó a mi familia y a todas las demás. Por lo tanto, ¿quién fue más listo que quién? Y, para cuando se dio cuenta de ello, ya estábamos todos atrapados en esto. Como mi madre. Django y yo somos lo que le da felicidad, así que, si se marcha, nos pierde. Moriremos.

—Kaila, no sabemos…

Papá intentó hablar, pero ella levantó la mano.

—Yo sí lo sé. Aquí cada uno tiene su chollo, pero en noviembre se les acaba. Sé cuál es su chollo.

McKinley se limitó a mirarla, y entonces la chica se dio cuenta de que lo que antes había confundido con ira era una profunda y visceral toma de conciencia de la culpa.

—La deuda de su familia. Su padre, sus abuelos… Tiene que vivir con ellos acechándole en noviembre. En los espejos.

—Sí —reconoció McKinley—. Tienes razón.

Tras la visita, Kaila volvió a subirse al tejado para echarle un vistazo al patio de atrás. Ya no llovía. Una niebla húmeda y pegajosa ocultaba el bosque de más arriba, pero no fue eso lo que le resultó perturbador.

Lo que le resultó perturbador fueron las ramas.

Repartidas en tres montones.

Dos en medio del césped. Otro justo al lado de la zona embaldosada.

Kaila los miró con atención. Hacía dos días, Jax solo había visto uno. Justo al fondo, cerca de la valla. Si hubiera habido tres, se lo habría mencionado. También le había dicho que había intentado apartar las ramas para ver si alguien había excavado un agujero debajo, pero que lo había dejado porque estaban «demasiado enmarañadas».

«Hay agujeros en el bosque. Agujeros profundos llenos de ramas. Ahí es donde nos llevan».

El viento frío le tiraba del pelo y Kaila se arrebujó en la sudadera con capucha. Miró la piedra negra que tenía en la mano. La forma

familiar, el borde afilado que tan agradablemente le cortaba la piel cuando apretaba el puño.

¿De verdad contenía esa piedra sus ganas de vivir? ¿O acaso el Contable le había mentido? La pepita de oro que le había ofrecido a James McKinley había tenido un precio, y había sido un precio alto. Demasiado alto.

Y sin embargo…

Papá y el señor McKinley le habían suplicado que lo entendiera. Y lo entendía. Entendía que estaban bien jodidos. El Diablo los había engañado, y ahora tenían que vivir con el mal menor. Kaila les había dicho que lo comprendía porque quería que la conversación terminara. El litio ya la estaba dejando fuera de combate y había perdido la concentración. Pero necesitaba que le respondieran a una pregunta más, así que la había soltado como quien no quiere la cosa:

—¿El Contable hace alguna vez visitas individuales a la gente?

—Nunca —había sido la respuesta de su padre—. Lo vemos una vez al año. El 2 de noviembre a las diez. Solo entonces. No tienes por qué tenerle miedo.

Pero no era «solo entonces». A ella sí la había visitado. Y Kaila había nacido dentro del pacto. Al contrario que a su madre, no había habido necesidad de reclutarla mientras se desangraba en la calle.

Entonces, ¿por qué? ¿Por qué le había dado la piedra?

¿Por qué era especial a los ojos de un monstruo?

En casa, sus padres habían querido hacer un análisis posterior al partido. Nadie se cansaba de hablar jamás. Sí, lo entendía. Sí, la querían. Perdón, perdón. Querían asegurarle que podía quedarse en casa, que no necesitaría vigilancia especial siempre y cuando se

tomara la medicación. Siempre y cuando se abriera a ellos… ¡Uuuf! Abrazos para todos. Sí, sí, kumbayá, lo que fuera para acabar con aquella conversación de una vez. Cuando por fin había terminado, había subido a acostarse y, una vez que sus padres dejaron de ir a ver cómo estaba cada cuarto de hora, había subido al tejado.

Allí, por encima de Bird Street, todo parecía muerto. El césped. Las ramas que colgaban sobre la valla. Las macetas vacías que enmarcaban el patio como urnas agrietadas.

Pero, sobre todo, los montones. ¿Por qué estaban allí?

Aquella era su vida ahora: allí, podía tener todo lo que deseara. Los Juegos Olímpicos, el sueño de su vida: en el bolsillo.

Pero ¿sería mérito suyo?

«*Quiero darte una cosa* —le había dicho el Contable—. *La voluntad de vivir. Pero guárdatela bien. Es solo tuya*».

Obedeciendo a un impulso, Kaila lanzó la piedra lo más lejos que pudo. Trazó una trayectoria silenciosa en el aire de noviembre. Luego desapareció en la espesura del otro lado de la valla.

Se sintió mejor de inmediato.

Pero no durante mucho tiempo.

Después de cenar, Kaila estaba más deprimida que nunca. Mamá y papá la acribillaron a preguntas, pero ella lo achacó a los medicamentos y el estrés. Aceptó tomarse un Seroquel para escaquearse del Jenga y se retiró a su habitación, donde se sintió como si una torre se estuviera derrumbando encima de ella.

Oh, Dios. Lo intentaba de verdad: vivir por los demás. Estar alegre por Django, por Jax, por sus padres. Pero ya no sabía cómo hacerlo. La vida era un abismo, una herida fea y enorme.

«Vuelve al tejado. Y, esta vez, salta. Ya conoces la técnica. Carpado, cabeza abajo, dobla el cuerpo. Pero mantén los brazos pegados a las caderas. Aunque no hay mucha altura, creo que bastará».

Lo único que la detuvo fue la falta de energía para salir de la cama. Así que se quedó contemplando el resplandor de la farola en el techo, muerta de cansancio pero alerta. Apretó los puños de forma convulsiva.

Ojos cerrados. Ojos abiertos.

Ay, Dios. Ay, Dios, ay, Dios.

La melodía de su móvil la sobresaltó. La foto sonriente de Jax apareció en la pantalla. No contestó. Sabía que le convenía hacerlo, que aquel era el momento de pedir ayuda porque estaba tocando fondo, pero no podía enfrentarse al miedo de Jax. ¿Jen Okafor, entonces? Sabía que podía llamarla «a cualquier hora», pero era domingo por la noche y seguro que la mujer tenía cosas mejores que hacer.

¿Sus padres? No. Ellos eran la causa de todo aquel lío.

La piedra. Necesitaba su piedra. La piedra que le había dado el Contable. Al menos él había querido cuidar de ella. Era cierto que la piedra contenía su voluntad de vivir, y ella la había tirado.

¿Qué había hecho?

Se despertó porque un peso le oprimía el pecho. «Mamá», pensó; la estaba abrazando de nuevo o había entrado para quitarle el móvil, ya que solía quedarse dormida con él en la mano. Pero entonces percibió un olor primitivo, animal, y abrió los ojos.

Sentado sobre su edredón, había un zorro.

Atónita, lo miró a los ojos de color ámbar. Tenía el pelaje rojo cubierto de barro y sangre coagulada. El animal la olfateó moviendo el hocico puntiagudo a escasos centímetros de su cara. Un olor a carne cruda emanaba de él en oleadas lentas y tóxicas, como una hamburguesa olvidada al descubierto en la nevera durante unos días. Llevaba algo entre las fauces.

Era su trozo de vidrio volcánico.

Con un gesto nervioso de la cabeza, el zorro se la dejó caer sobre el pecho. Kaila levantó un brazo para acariciar al animal, pero este se quedó paralizado y luego bajó de un salto de la cama.

La chica se incorporó y vio que una sombra que se deslizaba por el desván, justo por encima del suelo. El zorro se encaramó al escritorio y, cuando salió por la ventana abierta, la cola tupida desapareció tras él con elegancia. La sombra lo siguió un segundo después. Kaila estaba casi segura de que no era la silueta de un animal, sino de un hombre. Un hombre cuyas extremidades se disolvían en humo.

Entonces, se desvaneció.

Cogió la piedra. Estaba pegajosa de espuma.

Era suya. La había recuperado.

Él se la había devuelto.

Le brotaron lágrimas de alivio de los ojos y juró no volver a separarse de ella nunca más.

Al cabo de un rato, una sonrisa pálida e invernal se le dibujó en la comisura de los labios. La sonrisa permaneció allí durante tanto tiempo que, al final, empezó a babear.

LUANA

El inicio del silencio. Mala racha. Boi da cara preta.

14 DE NOVIEMBRE

El lunes, Luana llamó a la secretaría del campus para informar de que había dado positivo en covid (no te preocupes, Marly, síntomas leves, aunque me impiden dar clase a través del portal) y se dio de baja por enfermedad para lo que quedaba de noviembre.

Una vez hecho esto, se dirigió cojeando a la cocina. No tenía covid, pero hacía años que la pelvis no le dolía tanto, y los pinchazos donde le habían fijado el hueso fracturado a la cadera eran implacables.

Ralph estaba sentado a la mesa, bregando con los expedientes de varios casos. Django estaba enfrascado en su iPad y Kaila entró arrastrando los pies para freír unos huevos. Nadie dijo nada. Ni siquiera un «buenos días». Luana intentó concentrarse en prepararse un capuchino, pero, cuando la leche se desbordó y la máquina se atascó, se detuvo y miró a su familia.

«¿Qué está pasando? ¿Así es como nos tratamos los unos a los otros ahora?».

Ralph tenía muy mal aspecto. Resaca, sospechaba, y eso la enfureció.

Django martilleaba la pantalla con las yemas pálidas y diminutas que le asomaban de los vendajes. Con los deditos sucios. ¿Dónde los habría metido? ¿En las bragas de Harper Wachowski, tal vez? No le

sorprendería, teniendo en cuenta que en la casa de enfrente habían estado jugando a otras cosas de adultos.

Los movimientos de Kaila, en comparación, eran letárgicos y lentos. Estaba atontadísima por las pastillas, que contenían su deseo de morir, sí, pero no la hacían menos astuta. Kaila los estaba manipulando. Cuando cascó los huevos, la mayoría de las cáscaras acabaron en la sartén, pero no se molestó en sacarlas. Ni siquiera pidió ayuda. Se quedó allí de pie, sin más, con esa mirada tan estúpida que tenía. Era imposible que no fuera una actuación.

«¡Mira qué torpe soy! Ay, pobrecita de mí. ¡Es culpa tuya que sea así!».

«Bien, jovencita —le entraron ganas de gritarle—, si así es como quieres gastártelas, ¡tendrás que comerte las cáscaras de huevo, porque yo no pienso prepararte nada más!».

Se acercó a la nevera arrastrando los pies, se chocó con su madre y, aun así, no dijo nada. Eso era aplicarle la ley del silencio para castigarla. ¡Uf, cómo le amargaban la existencia! ¡Era para volverse loca! ¿Quién sabía si todo aquel rollo de la amenaza de suicidio no era también una actuación? Luana pensó en volverse hacia Ralph —«¿Ves lo que está haciendo tu hija?»—, pero no lo hizo. Él también tenía que soportar la humillación. Necesitaba que estuviera tan enfadado como ella.

Django dejó de aporrear el iPad y, mirando la pantalla con el ceño fruncido, se puso a ladearlo con ambas manos. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Tiene hilos en la boca —creyó oírle decir Luana, pero eso no tenía sentido.

No había perdido la cabeza. ¿Verdad? Sí, estaba segura de que no la había perdido. Seguía pensando con claridad. Reconocía su necesidad de hablar de lo que había sucedido.

«Y, sin embargo, no lo has hecho. ¿Por qué? ¿Le has dado los buenos días a Ralph al entrar en la cocina? ¿Has saludado siquiera a los niños?».

Luana intentó acordarse, pero no fue capaz. Se desconectó durante un buen rato. Cuando su móvil emitió un pitido, se sobresaltó tanto que se le resbaló de las manos. Conteniendo un taco, lo sacó del fregadero.

«No te desquites con Ralph ni con los niños», decía la pantalla.

Levantó la vista, desorientada. Kaila se había ido. Debía de haberse llevado los huevos arriba. Django también se había marchado. El iPad estaba bocarriba en el suelo, con el protector de pantalla arrancado y la pantalla agrietada como una telaraña. Ralph era el único que seguía allí, sumido en sus pensamientos. Tenía un aspecto extraño. Toda la cocina tenía un aspecto extraño. Insustancial, borroso, como si la viera a través de una lupa cubierta de agua.

¿Qué era lo que había estado pensando sobre ellos? No lo recordaba…, solo que había sido *feio*.

«Dios —pensó Luana al mismo tiempo que se llevaba las manos a la boca—. Dios mío. Por favor, haz que esto termine. Mañana, con el anciano. No creo que podamos aguantar mucho más».

Esta vez, Garrett Wetzel estaba decidido a morir. Tan decidido que no necesitó a los vecinos de Bird Street. A las tres de la tarde, Elizabeth fue a visitarlo para repasar el plan una vez más. A las ocho, una celadora de la residencia de ancianos la llamó porque era

la única persona que visitaba al anciano desde hacía un tiempo. Wetzel, que estaba viendo reposiciones de *Seinfeld* en Hulu y comiéndose una lata de alubias Heinz a cucharadas, había sufrido una hemorragia cerebral y había muerto en el acto.

No

me

jodas, escribió Maurice en Vember.

Aquella misma noche, Ralph, los hermanos McKinley y los Wachowski se reunieron en el bungaló de los Aikman para celebrar una asamblea de emergencia. Luana se quedó con los niños, pero, poco después de las once, Ralph la llamó para preguntarle si podía pasarse. Como hacía horas que el litio había dejado a Kaila frita delante del televisor y Django estaba venga a pelearse con el colchón, como de costumbre, pero no se despertó cuando ella se plantó a los pies de su cama durante un buen rato, Luana consideró que era seguro dejarlos solos.

En el salón, decorado con muebles modernos y vitrinas de cristal que exhibían tomos antiguos, la esperaban unos rostros tensos. Luana pronto comprendió por qué la querían allí: Danilo. Danilo No-Sé-Cuántos, de Guatemala.

—López —dijo Joyce, y le dio un sorbo a una copa de vino rosado —. Esta vez me he acordado de su nombre. La semana pasada lo llevé a Happy Lemon, en Issaquah, a tomar un té de burbujas. Fue divertido.

—Uf, no me extraña que quiera morirse —gruñó Maurice, que echó la cabeza hacia atrás.

Parecía hinchado dentro del traje que llevaba, y Luana se preguntó quién demonios le había dicho que sería buena idea

ponerse corbata para la ocasión.

—No hace falta ser grosero —le espetó Joyce—. Ha pasado por una experiencia muy trágica.

—Ah, ¿sí? A lo mejor tendrías que haber abierto un poco más las piernas y haberle dado una razón para seguir vivo.

Marc estuvo a punto de clavarle un dedo en la cara al señalarlo.

—Maurice, te lo juro por Dios. Una palabra más contra mi mujer y tendrás que recogerte los dientes del regazo.

—Chicos, chicos, mantengamos la calma —dijo Elizabeth—. Dejad que Ralph le explique la situación a Luana, ¿vale?

—Si es que todavía es capaz de hablar después de beberse hasta el agua de los floreros —dijo Maurice. Vio los ojos de Luana y se tapó la boca con una mano—. ¡Ups, no debería haber dicho eso! ¡Perdón!

—¿Ralph? —preguntó ella en voz baja.

Arrellanado contra el respaldo del sofá de cuero blanco, Ralph bajó la mirada, pero luego la levantó hacia ella.

—Cariño…, lo siento. La cuestión es que tenemos que llevar a Danilo López al bosque, y queríamos pedirte ayuda.

Gray asintió.

—Ralph nos ha dicho que, además de portugués, también hablas español con fluidez.

—Tanto monta —suspiró Maurice.

—Un momento —dijo Luana—. ¿Ese no era el inmigrante que perdió a su familia cruzando la frontera? Creía que era un no rotundo.

—Lo era. Pero nos estamos quedando sin tiempo y también sin opciones.

Ralph volvió a desviar la mirada. Estaba claro que la ética del asunto le suponía un problema. Como el vino, pero ese era un tema que tendrían que abordar más tarde.

—¿Y la mujer de Canadá?

Elizabeth sacudió la cabeza con determinación.

—Imposible. La última vez montó tal escándalo que casi nos pillan. Demasiado arriesgado.

—¿Y quién era el quinto? El adicto del albergue. ¿No fue Laura quien lo encontró?

—Eric Shellnutt, de St Martin —señaló Gray—. Ralph también se opuso a él, pero a estas alturas, ¿a quién le importa? Lo hemos perdido de vista.

Joyce, a todas luces borracha, levantó la copa.

—Es una forma bonita de decir que Laura estaba demasiado ocupada salvando el pellejo delante de la prensa como para hacer bien su trabajo. Al contrario que algunos de nosotros.

—Ay, porque tú eres todo un angelito con tu té de burbujas —le espetó Gray—. ¿Has puesto a dieta a tu panchito? A lo mejor así se mata de hambre.

—¡Solo era un comentario!

—Pero es cierto que se lo habían asignado a Laura, Gray —intervino Marc en defensa de su mujer.

Luana sabía a qué se referían los Wachowski: la semana anterior se había filtrado la noticia de que un subdirector del Correccional de Menores del Condado de King había estado untando a los jueces para que dictaran sentencias más duras contra los delincuentes sin antecedentes con el fin de aumentar la ocupación carcelaria. Laura lo había despedido al instante, pero había metido la pata en sus

declaraciones a la prensa y eso había supuesto un duro golpe para sus aspiraciones políticas de cara a 2024.

—Entonces, ¿cómo es que ninguno de nosotros ha salido corriendo hacia St Martin para buscar a Shellnutt? —preguntó Luana.

—Lo haremos —afirmó Ralph—, pero es posible que haya desaparecido. Y no podemos esperar más. Luana, ya sabes cómo estamos. No es solo Kaila, no es solo Dorothy. Somos todos. Si no actuamos, estamos metidos en un buen lío.

Luana miró a su alrededor y se dio cuenta de que era cierto: vio a personas en decadencia. Física, mental y moral. Todas, sin excepción.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —murmuró—. ¿Tan ingenuos hemos sido?

—Mala suerte, Luana —dijo Elizabeth—. Es solo eso.

—No puedes decirlo en serio.

—Pues sí, lo digo en serio. Ya analizaremos nuestros errores más adelante, pero ahora es el momento de actuar.

—¿De verdad que no hay alternativa? Gray, supongo que sigues buscando, ¿no? —El mayor de los hermanos McKinley no respondió. De hecho, tenía la mirada perdida en el vacío—. ¿Gray?

Marc le sacudió el hombro con suavidad.

—¿Q-qué?

—Despierta, Gray.

—Estoy despierto. —Avergonzado, se enderezó en la silla y se volvió hacia Luana—. Perdona, ¿qué preguntabas?

—Si sigues buscando alternativas.

—Todos los días. Pero ya sabes lo difícil que es encontrar personas adecuadas para la eutanasia. Se necesita tiempo, y eso es

justo lo que no tenemos.

—Y Elizabeth tiene razón —añadió Marc—. Nuestra mala suerte empeora día tras día. Aunque encontráramos a alguien, ¿quién nos asegura que saldría bien? Esto es la puta ley de Murphy elevada a la enésima potencia.

—Lo cual nos deja con los aspirantes a suicidas —dijo Gray—, y Reddit está lleno de ellos. Pero ya tenemos a alguien así: Danilo. Es seguro, fácil, ¡no tiene pa-pe-les!, ¿de verdad tengo que seguir? Una putada desde el punto de vista ético, sí, ¡pero es que la situación es una putada!

Maurice volvió a ladear la cabeza.

—Bla, bla, bla… Chicos, ¿de verdad es necesario poner al corriente a la señora Mis Labores Domésticas de toda la historia?

—¿¡Perdón!? —exclamó Luana, atónita.

—Ya habíamos hablado de esto antes de que llegaras, así que quizá deberías limitarte a hacer lo que te dicen.

—¡Puto sexista! ¡Yo al menos tengo un trabajo, por el amor de Dios! ¿Puedes tú decir lo mismo?

—Cariño, algunas semanas gano más dinero que tú en un año, así que quizá deberías cerrar el pico.

—¿Te has vuelto loco?

De repente, todos los vecinos estaban de pie y todo el mundo había empezado a gritar. Ralph agarró a Maurice por la corbata y lo atrajo hacia sí de un tirón, lo cual hizo que la cara hinchada se le pusiera roja como un tomate. «Un cabrón con traje —pensó Luana sin poder evitarlo—. Eso es lo que es». No oyó la nueva pullita digna del premio Pulitzer que Maurice le soltó a Ralph, pero sí vio la reacción de su marido: estamparle el puño en el labio inferior. Él

nunca pegaba a nadie. Marc y Gray los separaron, con poca delicadeza, y Ralph miró con incredulidad la sangre que tenía en los dedos. Sin embargo, aquello no puso fin a los gritos. Estos solo cesaron cuando Harry Aikman, el callado lobo solitario, estrelló su vaso contra el suelo.

—¡Parad todos de una vez! —rugió—. ¡El primero que diga algo que no guarde relación con el tema que nos ocupa se va a tomar por culo de mi casa!

Todos lo miraron como si hubiera dejado caer una bomba. Nadie lo había visto nunca así… Nadie excepto Elizabeth, claro. Luana se quedó estupefacta al ver que la mujer tenía que reprimir una sonrisa inconfundiblemente diabólica.

—Así es como van a ir las cosas —ladró Harry—: Gray, mañana te llevas a Laura a St Martin para intentar encontrar a Shellnutt. Le daremos tres días. Mientras tanto, tú —continuó tras volverse hacia Joyce— irás todos los días a Evergreen para asegurarte de que López no pierde el interés. Es en ti en quien confía. Si el jueves no hemos sabido nada de Shellnutt, traeremos a López para evaluarlo. El jueves es…

—Diecisiete —aportó Elizabeth con solicitud.

—Muy bien, aún estaríamos a tiempo. Y, si le damos luz verde, lo llevaremos al bosque ese mismo día. ¿Queda claro?

—Me parece un buen plan —convino Ralph en voz baja.

Los demás murmuraron que estaban de acuerdo, pero Harry no le quitaba ojo a Luana. La necesitaban para superar la barrera lingüística. Ella asintió a regañadientes.

Tres días para prepararse mentalmente. Tres días para encontrar a Shellnutt. Pero ¿de verdad era un buen sustituto? Adicto,

deprimido…, bipolar.

«Pan comido», había dicho Gray.

Luana esperaba que encontraran una alternativa… No, rezaba por ello.

15 DE NOVIEMBRE

Pero al día siguiente…

16 DE NOVIEMBRE

… y en los días posteriores…

18 DE NOVIEMBRE

… no hubo noticias. El tiempo transcurrió sin sobresaltos, y no fue hasta el viernes cuando Luana tuvo que entrar en acción.

Ni rastro de Shellnutt, y tampoco habían encontrado ningún sustituto. Pero Danilo López había aceptado con inmenso alivio el trato para acabar con su vida que Joyce le había propuesto. Le había dicho que, si le conseguía una pistola, él mismo apretaría el gatillo en aquel preciso instante.

La razón por la que el jueves se convirtió en viernes fue que Marc tenía una supuesta aventura con una camarera de diecinueve años que trabajaba en el EZ Hideout de Duvall, y Joyce había retenido a López para utilizarlo como cebo y sonsacárselo a su marido.

Danilo López les habló de los legendarios templos mayas de Tikal, donde sus antepasados ofrecían jade, cerámica y muchachos para

acompañar a los difuntos eminentes; y de sus dos hijos, a quienes había intentado con todas sus fuerzas mantener frescos en una furgoneta Chevy G20 cerrada con llave en el desierto de Sonora, pero que habían perecido de calor de todos modos. Les dijo: «En aquella furgoneta no había nadie eminente por quien morir. Solo un deseo de llegar a este país, y ahora eso también está muerto».

Luana se opuso con todas sus fuerzas. Pero López cumplía los requisitos y no tenían otra opción.

Porque la espiral continuaba.

Aurora Evangeline, de seis años, había salido a recoger piñas y se había caído en un pozo de drenaje cercano al puente del río Tolt. Aunque se había roto el tobillo, en realidad había tenido suerte de que Gray y Laura la hubieran encontrado.

A Dorothy McKinley le habían inducido un coma farmacológico para que su frágil organismo pudiera combatir la infección bronquial que la aquejaba.

Luana había retirado todos los objetos punzantes que había encontrado en la habitación de Kaila: tijeras, bolígrafos, hojillas desechables, marcos de fotos. Luego, todos los cables y adaptadores de corriente. Lo siguiente había sido revisar el historial del navegador de Kaila. Tenía todo el derecho del mundo a hacerlo, porque era su hija, por más que ella fingiera ser cualquier otra cosa. Pero la chica la había pillado in fraganti, se había puesto a gritar como una histérica y la había perseguido escaleras abajo.

Los Días Oscuros eran un laberinto, y todos estaban perdidos allí dentro. Danilo López era su salida.

No había mucho que desempolvar sobre la vida de López, de modo que no le prepararon una despedida trascendental. Gray

intentó activar el túnel de luces que recorría el sendero South Sunday para, al menos, añadir algo de color, pero el generador se atascó, así que lo dejó.

Estaban demasiado hasta el cuello. Era lo que había.

Joyce, Gray, los Aikman, Luana y Ralph acompañaron a López al Lugar de la Calma. «Podrías ir tú en lugar de Ralph», había sugerido Elizabeth, pero Luana se había agarrado al brazo de su marido y había dicho que ni hablar. No se fiaba ni un pelo de él, pero necesitaba a alguien que la sostuviera porque, si no, quizá ni siquiera lograra volver.

«Esto va mal —era la frase que no dejaba de darle vueltas en la cabeza mientras se adentraban en el bosque—. Esto va mal, todo esto va mal…».

Aunque no conseguía identificar qué era lo que iba mal. Tampoco cuando llegaron al claro y Joyce se sacó la pistola del bolso, le quitó el seguro y la amartilló.

La mujer le pasó el arma a Danilo. Luana se preguntó si sería la misma que se le había disparado a Harper en las manos y había matado a la alpaca por accidente. El cuero cabelludo empezó a hormiguearle, como si se hubieran activado mil corrientes eléctricas diminutas. No podía respirar. Ralph la agarró por los hombros: estaba hiperventilando.

—Luana, ¿estás bien?

—Danilo… —balbuceó su mujer con dificultad—, *tem certeza disso?* —Se dio cuenta de que le había hablado en portugués cuando el hombre la miró con cara de no entender nada, así que lo repitió en español—: ¿Estás muy seguro?

Sí, dijo. Estaba seguro.

Durante unos minutos, se quedó allí plantado con la pistola pegada a la sien. Gruñó. Lloró. Gritó.

Al final, la dejó caer en el suelo del bosque.

Gray soltó un taco entre dientes.

—Hazlo tú por él, Joyce.

—¡No voy a pegarle un tiro a ese hombre! —bramó Joyce.

—Bueno, no sé, ¡alguien tiene que ayudarlo!

Luana lo ayudó: lo abrazó. Lo consoló. Lo escuchó. Al cabo de un rato, se giró hacia Ralph y los demás, y dijo:

—No quiere hacerlo.

—¡Hijo de puta! —siseó Gray mientras se daba la vuelta.

Luana pensó en Kaila. No quería que López muriera. Solo quería que el sufrimiento de su familia acabara. Mental y moralmente agotada, tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para arrastrar las palabras desde lo más hondo de su ser; aun así, dijo:

—A este hombre no vamos a ayudarlo con una bala. Lo ayudaríamos con un billete de avión de vuelta a su país y un colchón económico que le permitiera empezar de cero.

Y así, los buenos samaritanos de Bird Street guiaron a Danilo López de vuelta hacia la luz. Para cuando llegaron a la verja del muro de los McKinley, el hombre no podía dejar de agradecerles lo que habían hecho por él. Luana, retorciéndose de dolor, miró con solemnidad a los demás y se ofreció a pagarle los gastos con sus propios ahorros, pero, cuando Graham Sénior se enteró de lo que había ocurrido, le dijo que ni hablar y prometió encargarse de todo.

Al día siguiente, López estaba en un vuelo de Delta desde el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles a Ciudad de Guatemala. Jamás sabría de lo que se había librado por los pelos.

19 DE NOVIEMBRE

El sábado, cuando el recuerdo del arma le volvió a la cabeza, Luana al fin identificó qué era lo que iba mal.

Ninguno de ellos se había parado a pensar que tenían medios más humanos y menos violentos de someter a López a la eutanasia que la Ruger de los Wachowski. Tenían las jeringuillas. ¿Por qué no habían recurrido a ellas?

«Por supuesto. Joyce sembró la semilla al referirse al anterior comentario de Danilo. Pero aquello no había sido más que retórica. Algo que la gente dice cuando habla de suicidarse. Nadie intervino cuando la idea arraigó».

«Dios mío —pensó—. Estamos perdidos».

24 DE NOVIEMBRE

Aquel año, Acción de Gracias caía pronto, antes de que los Días Oscuros terminaran, así que Luana había hecho todas las compras durante la última semana de octubre. Previendo que tanto ella como Ralph estarían demasiado hechos polvo para cocinar, ya había preparado el relleno del pavo. Descongelarlo, meterlo en el horno, listo. Tal como habían acordado, todos se cuidarían unos a otros y se tratarían con especial amabilidad. Ralph encendería la chimenea. Verían la película que Kaila eligiera y el desfile de Macy's para complacer a Django. Una vez trinchado el pavo, los niños partirían el hueso de la suerte. Y, como todos sus deseos se hacían realidad de todos modos, ambos pedirían que su familia superara los últimos Días Oscuros sin incidentes.

Pero no ocurrió nada de eso.

No hubo pavo, no hubo desfile de Macy's. Nadie cuidó de los demás y nadie se mostró agradecido ni amable aquel Día de Acción de Gracias. Solo reinó la melancolía de noviembre.

Se convocó otra reunión de vecinos. O quizá eso fuera el día anterior. O el siguiente. ¿Qué más daba? Era demasiado tarde: esa era la pura verdad. Se habían quedado sin opciones y ya era demasiado tarde.

«¿Quién morirá primero? ¿Dorothy McKinley? Sería lo justo. Ha tenido una vida larga y feliz».

Pero Dorothy sería la elección «afortunada»… y, justo por eso, no sería ella.

«¿Será Ralph? ¿Django?».

Si llegaba el caso, ¿no podrían celebrar una votación? Así funcionaba la democracia. Cuando vuestro avión se estrellaba en las montañas y no se esperaba ningún rescate, al final teníais que empezar a comeros unos a otros para sobrevivir.

Y los McKinley no habían sufrido mucho aquel año.

Si aquello acababa en un juicio vecinal, era fundamental que Kaila no se enterara. Luana podía alegar que su hija era menor de edad y aún no formaba parte del pacto, pero sabía que, en cuanto los vecinos olieran sangre, la rodearían como tiburones. Un solo corte y se desataría un frenesí alimentario. Había que evitar que Kaila dijera nada que les diera pie a pensar que podría ser una opción. Era joven e impulsiva, incapaz de juzgar las consecuencias de sus actos. Por eso Luana no dejaba de administrarle litio. Tanto que perdía la cuenta. Por la tarde, muchas veces no se acordaba de si le había dado a Kaila la pastilla de la mañana. Así que, por si acaso, le daba

otra. Algunos días sí se acordaba, pero igualmente le daba otra. A veces dos.

La tarde de Acción de Gracias, Luana subió sin hacer ruido al desván y se encontró a Kaila durmiendo en su cama. Tenía mal aspecto. Había perdido mucho peso y se pasaba casi todo el día dormida.

Mientras observaba a su hija, se le llenó el corazón de un amor intenso y doloroso. Recordó una vieja canción brasileña, una que su abuela solía cantar en su *sítio* a las afueras de São Paulo. Se llamaba «Acalanto», nana. En voz baja, empezó a cantarla: *«É tão tarde, a manhã já vem. Todos dormem, a noite também*».

«Ya es tarde, la mañana ya se ve. Todos duermen, la noche también».

Ojalá, hacía todos aquellos años, hubiera deseado otra cosa. Así no se encontrarían en una situación tan desgraciada.

Kaila no estaría sufriendo tanto.

—Só eu velo por vôce, meu bem. Dorme, anjo, o boi pega neném.

«Solo yo te cuido, mi bien. Duerme, ángel, que el buey se lleva al bebé».

Una lágrima le resbaló por la mejilla y aterrizó en la frente de Kaila.

¿No sería el máximo acto de amor maternal darle a su pequeña lo que tanto deseaba?

No en el bosque, donde el alma de Kaila estaría condenada, y no mediante el suicidio. Tendría que hacerlo ella. Un último acto de amor para liberar a su hija. Rápido e indoloro. El mazo que Ralph tenía en el garaje sería la herramienta. Un golpe, justo por encima

de la nariz —la lágrima había marcado el lugar—, y que las astillas de hueso se le clavaran en el cerebro.

—Boi boi boi, boi da cara preta. Pega essa menina que tem medo de careta.

«Buey, buey, buey, buey de la cara negra. Llévate a esta niña que teme las caras feas».

Se le nubló la vista y la cabeza empezó a darle vueltas antes de que pudiera volver a enfocarla. No. No sería capaz de soportar el dolor devastador de dejar marchar a su pequeña. Tendría que matar también a Django y a Ralph y luego suicidarse.

Luana juró proteger a su familia hasta el final. Juntos lo superarían. Solo tenían que aguantar un poco más.

Estaba a punto de marcharse cuando se dio cuenta de que Kaila tenía algo escondido en el puño. ¿Cómo era posible que, estando dormida, lo apretara con tanta fuerza?

¡Qué difícil era arrancárselo de los dedos! Se resistía.

¿Qué sería?

Kaila gruñó, pero la medicación la mantuvo atrapada en el sueño.

Por fin consiguió liberarlo. ¡Era una piedra! Una piedra de aspecto siniestro. Vidrio volcánico, nada menos. Quizá fuera de la tienda de regalos del monte Santa Helena, aunque hacía unos cuantos años de aquello. Tenía un borde afilado e irregular con el que Kaila podría hacerse cortes peligrosos.

¿Ves? No podías fiarte de ella.

Luana se guardó la piedra en el bolsillo de atrás y se alejó con sigilo de la cama de su hija.

DJANGO

Cerdo Desmechado. Tres intentos. Great Balls of Fire.

25 DE NOVIEMBRE

Cerdo Desmechado lo despertó. Cerdo Desmechado vivía cuando la mayoría de la gente dormía y solo las sabandijas del suelo estaban despiertas. «Arriba, arriba, Django. Escucha con atención. Esto es fundamental».

El niño se incorporó.

—¿Qué?

Pero lo oyó. Gritos en el desván. La Kaila Zombi. La Otra Mamá. Y Papocalipsis. Gimiendo, se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

Durante el día, Cerdo Desmechado era un montón de huesos unidos por tendones y tiras de pelaje sucio. Ahora, se había acomodado sobre su edredón y a Django le recordó al conejo despellejado que había visto en una carnicería italiana el verano pasado: ensangrentado y sin orejas. Excepto que, en el caso de Cerdo Desmechado, unas hebras carnosas se le devanaban sin cesar en los agujeros del costado para combatir la podredumbre. Django estaba castigado indefinidamente desde el incidente de la alpaca, pero se había escapado para hacer una excursión nocturna al establo de los Wachowski y desenterrar por segunda vez la liebre americana muerta. Agónico para sus manos, pero había persistido. Esta vez, elle estaba mucho más descompueste. Elle. Cerdo Desmechado se mostraba inflexible al respecto.

—Entonces, ¿eres macho o hembra? —le había preguntado Django una vez que hubo desenvuelto aquella cosa repugnante de la pútrida toalla de *Bob Esponja* en su dormitorio.

«Soy de género no binario —le había replicado Cerdo Desmechado—. Muchas liebres somos de género no binario, aunque casi nunca nos lo preguntan. Y no me mires con esa cara».

Django sabía lo que significaba no binario: que no eras un chico, pero tampoco una chica.

—Eso me da igual. Es solo que no esperaba que me contestaras.

«Bueno, sería de mala educación no hacerlo».

Desde entonces, la liebre lo había despertado casi todas las noches. Era agotador.

—¿Qué pasa? —susurró Django ahora.

«El tiempo apremia. Si el Consejo de Ancianos no suministra carne fresca cuanto antes, Aquel Que Caza Cosas Muertas despertará».

—Eh…, ¿quién?

«No se me permite revelarlo —respondió Cerdo Desmechado—. Pero hay una gran agitación entre nosotras».

—¿Entre las Cosas Muertas?

Elle frunció lo que le quedaba de hocico, justo por encima de los protuberantes dientes frontales. «Somos muchas, no nos subestimes. Como decimos allá, en Luisiana: somos las hijas de puta más duras que jamás hayan salido de la carne».

Era raro oír a la liebre muerta, por lo general tan elocuente, parafraseando a Jerry Lee Lewis, y encima con un acento sureño bien marcado. Django se sentó en la cama.

—Yo también tengo un problema. Mis padres y mi hermana se han vuelto locos. Pero no solo locos, sino locos locos. Y nuestra casa es como Auschwitz.

Más gritos atravesaron las paredes, esta vez pertenecían inconfundiblemente a la Kaila de verdad. No a la Kaila Zombi —esa estaba atontada todo el tiempo y ni siquiera parecía verlo cuando lo tenía justo delante—. La Kaila de verdad estaba que se subía por las paredes. Un golpe sordo. Algo que se astillaba. Cerdo Desmechado levantó la vista con aire pensativo y se volvió hacia él.

«Aquel Que Caza Cosas Muertas le ha echado el ojo a la Hermana-humana».

—Obvio. Siempre he sospechado que estaba medio muerta.

«Esto no es algo de lo que burlarse, Django. Ella es especial a Sus ojos. Está en grave peligro. Todos lo estáis».

—Pero ¿qué se supone que debo hacer? A mí ya nadie me hace caso.

«Hazles entrar en razón. Tendrás que darte prisa».

Django suspiró.

—¿Y si no lo hago?

A la liebre se le pusieron las cuencas de los ojos vidriosas. «Entonces presagio Días Oscuros sin fin. Nosotros, los Jibblymowers y las Cosas Muertas y las sabandijas, nos veremos obligados a abandonar nuestros agujeros, perseguidos por Aquel Que Siempre Tiene Hambre. Ya no nos detendremos ante la valla. Entraremos en las casas y cosecharemos carne caliente entre vuestras filas. La Era de la Podredumbre…».

—Sí, sí —farfulló Django. Cerdo Desmechado levantó la vista con irritación—. Estoy cansado. Déjame en paz, ¿vale?

Se tumbó de lado y tiró del edredón para taparse hasta el cuello, lo que hizo que Cerdo Desmechado cayera al suelo con un paf y blando y húmedo.

Después de eso, permanecieron en silencio.

A la mañana siguiente, se despertó con una solución facilísima para todos sus problemas: mudarse. ¡Claro! ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Eso acabaría con todas las desgracias. A la porra con Cerdo Desmechado y su profecía: si las Cosas Muertas salían de sus agujeros para arrastrarte al abismo, te largabas pitando de allí.

Mamá era la primera a la que quería sugerirle la idea. Ni de broma. En cuanto entró en la cocina, vio que la Otra Mamá se había hecho con el control. Seguir adelante de todos modos era firmar su propia sentencia de muerte.

La Otra Mamá y Kaila seguían peleándose.

—¡No lo entiendes! —gritó su hermana entre lágrimas—. ¡La necesito, no puedo explicar por qué!

—¡Lo que necesitas es olvidarte de esta actitud infantil! —le chilló la Otra Mamá.

—¡Al menos dime dónde está!

—¡No! ¡No te lo diré! ¡No hasta que respetes las normas!

—¡Devuélvemela!

—Hola —intentó intervenir Django.

—¡Deja de comportarte como una puñetera cría!

—¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela!

Django las había visto pelearse otras veces, pero nunca tan fuerte. A Kaila se le estaba yendo la olla. Le daba miedo, pero, aun así, se arriesgó a tirarle de la manga a la Otra Mamá.

—¿Puedo hablar con mamá, la de verdad, un momento?

—Django, ¿qué haces aquí? —le preguntó como si acabara de advertir su presencia.

Quizá fuera así. Quizá la Otra Mamá vivía en una dimensión en la que Django no existía. Tenía los ojos oscuros y, sin duda, flotando en otra parte.

Django iba a contestar, pero entonces Kaila echó a correr hacia el bloque de los cuchillos. La Otra Mamá la siguió a toda prisa, pero ya era demasiado tarde. Su hermana extrajo el cuchillo de trinchar del bloque y se lo puso en la garganta.

—¡Lo haré! —gritó—. Lo juro por Dios. Un paso más y me lo clavo. ¡Devuélvemela!

—Kaila —dijo la Otra Mamá con las manos en alto—. Baja el cuchillo. Vamos a hablar.

—¡Que me devuelvas mi puta piedra!

Django miró el acero reluciente con nerviosismo.

—Mamá, a lo mejor deberías…

—¡Ralph! ¡Ven aquí ahora mismo! ¡Kaila, baja el cuchillo!

—¿Hola? —Django se puso de puntillas y agitó una mano delante de la cara de la Otra Mamá—. ¿Tierra llamando a la señora Luana Perreira da Silva?

—Django, vete de aquí, joder. ¡Ralph! ¡Ya!

Y entonces Django también estalló:

—¿Es que no lo veis? —vociferó—. ¡Está claro que tenemos que mudarnos!

¡PLAF!

Django le vio la furia en la cara incluso antes de sentir el ardor en la mejilla. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Le había pegado. Su madre nunca le había pegado.

Papá irrumpió en la habitación, evaluó la escena en una milésima de segundo y se abalanzó sobre Kaila. Django retrocedió tambaleándose. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, pero quería ver si su hermana volvía a cortarse. No lo hizo. El cuchillo cayó al suelo con un repiqueteo metálico mientras Kaila se revolvía. Papá (¿o era Papocalipsis?) y la Otra Mamá trataban de inmovilizarla.

Ahora todo el mundo gritaba, incluido Django: «¡Os odio! ¡Os odio a todos!», pero nadie le hacía caso. Antes de salir corriendo de la cocina, miró atrás una vez más y se arrepintió al instante: la Otra Mamá le estaba tapando la nariz a Kaila mientras papá le metía una pastilla entre los labios y le tapaba la boca con la mano. De manera que sí, era Papocalipsis.

26 DE NOVIEMBRE

El sábado por la noche, Django probó con papá.

Lo encontró en el garaje, sentado en el suelo, envuelto en las sombras. La primera sorpresa llegó cuando se dio cuenta de que le había quitado la sábana al espejo enmarcado del pasillo, que estaba a su espalda. La segunda, cuando vio que estaba desnudo. Django lo había visto desnudo muchas veces, pero, en aquel contexto, era raro. Tenía una botella de licor medio vacía plantada entre los pies separados. Se estaba aporreando la palma de la mano con el mazo de juez y se oían los golpes amortiguados.

—¿Papá?

Otra sorpresa: cuando Ralph levantó la mirada, Django se percató de que estaba llorando. Detrás de las lágrimas, los ojos enrojecidos

de papá lo miraban con una expresión inquietantemente vacía.

Sin duda, Papocalipsis.

Con los labios secos, Django se acercó a él y levantó una mano para taparse casi toda la vista y no mirar al espejo.

—¿Por qué has quitado la sábana? ¡Es peligroso!

Pam. Pam. Pam.

—No importa —dijo Papocalipsis con una voz tan muerta como la de Cerdo Desmechado—. Ya nada importa. ¿No lo entiendes?

¡Pam!

—Quiero hablar contigo, papá.

La sombra del suelo agarró la botella y la levantó. Django oyó que el alcohol chapoteaba y vio que unas gotas aterrizaban sobre los muslos peludos de papá. Luego lo oyó beber.

—Aaarrrggg —jadeó la sombra cuando volvió a soltar la botella.

Django se preparó.

—¿Qué te parecería si nos…?

—Nunca os quise. A Kaila y a ti. Fuisteis el deseo de vuestra madre. Y, por vuestra culpa, jamás podremos largarnos de este sitio. ¿Sabes cómo me hace sentir eso?

Papocalipsis blandió el martillo e hizo añicos la botella. Django dio un salto hacia atrás mientras los cristales le estallaban alrededor de los pies.

La sombra del suelo empezó a reírse.

Django se marchó del garaje.

El intento n.º 3 se produjo justo después: Django subió al desván. Huir con Kaila era la única opción que le quedaba. Ella sabría adónde ir. Ella cuidaría de él.

Pero, casi al instante, se dio cuenta de que también sería un callejón sin salida: la Kaila Zombi. Se le notaba en los ojos, entrecerrados, y en la boca, entreabierta, y en el rostro, flácido como un flan desmoronado. Y una cosa más: estaba atada. Tenía los brazos estirados por encima de la cabeza en forma de uve, atados con un cordel de algodón a los postes de la cama. Tenía ronchas ensangrentadas en las muñecas.

—Djannngo…, ¿eres tú?

Su voz sonaba espesa, lenta y chorreante. Le provocó un desagradable picor por todo el cuerpo. Las mantas ocultaban las piernas de su hermana, pero, al ver que no se movía, Django dedujo que también debía de tenerlas atadas. Se acercó con cautela.

—¿Por qué estás tumbada así?

—Han sido mmmamá y papá. Son unos mmmonstruos. Date prisa. Ayúdame a desssatarme.

El niño intentó aflojar los nudos, pero era como si le estuvieran clavando dagas en los dedos.

—No puedo, Kaila.

—Abbbajo. Unas tijeras. Cajónnn de la cocina. O un cuchillo afffilado. Los corta… remosss juntos.

Django la miró con inquietud.

—Si te desato, ¿huirás conmigo?

—Nnno —contestó la Kaila Zombi—. Sería innnútil. Lo llevamosss en la sangre.

—Entonces, ¿qué harás cuando te suelte?

—Subiré al… tejado y sssaltaré. Es la única for… ma de salir de aquí.

—Pero yo no quiero que hagas eso —dijo Django.

—¿Quieres venir conmigo? Podemos ir… nos juntos. Sería… lo mejor. Te tiraré si te da miedddo.

—¡No quiero!

—O ¿sssabes qué? —Pareció que se le encendía un fuego en los ojos y empezó a hablar más deprisa—: Lo haré connn un cuchillo. Puedes mirarme mientas me corto. Te he visto mirarme la barriga. Me haré un agujero muy hondo, y los dos nos meteremos dentro y viviremos allí.

—Basta ya, Kaila. —Las lágrimas le corrían por las mejillas—. No eres tú misma. Son los Días Oscuros los que te hacen decir estas cosas.

Una sonrisa vacía cruzó el rostro de la Kaila Zombi.

—Nunca he sido más yo misma.

28 DE NOVIEMBRE

Los pensamientos de Django derivaron hacia la música. No hacia el jazz, porque el jazz era libertad, según el señor Hendrickx. Django quería boogie-woogie. Siempre había estado convencido de que el boogie-woogie era divertido, pero no lo era. El boogie-woogie era agresividad.

Sentía la agresividad. La notaba bombeándole por las venas en palpitaciones calientes y carmesíes. El lunes por la noche, le chisporroteaba incluso en sueños, a la espera de una chispa que la encendiera.

En el sueño, The Killer y él estaban tocando en un baile en la Alemania nazi. Dos Steinway relucientes, cubiertos de huellas de grasa, se alzaban el uno junto al otro en el escenario, bajo una

pancarta roja con una esvástica que anunciaba: «¡Django y Jerry Lee Lewis en la fiesta nazi del Swing Heil!». Django estaba tan cerca de The Killer que captaba el olor de la Brylcreem que se había aplicado en el pelo. Tocaba como un poseso y Django —con la lengua fuera y los brazos extendidos— lo daba todo con un ritmo boogie trepidante que enloquecía al público. Tocaron «Whole Lot Of Shakin' Going On», tocaron «Wild One» y «I'm On Fire», y los soldados alemanes, uniformados y exultantes, hacían dar vueltas y más vueltas a las chicas judías muertas con las cuencas de los ojos vacías, el pelo embarrado y sangre en el vestido, que chocaban entre sí como espantapájaros.

La lógica onírica los llevó a los bastidores, entre los artistas que actuaban: Buddy Holly y The Crickets, The Chantels…, incluso Chuck Berry con su bigote negro tipo lápiz y su crema Maybelline. Todos se estaban pudriendo.

«¿Lo estoy tocando bien?», jadeó Django.

Jerry Lee se acuclilló ante él y, por alguna razón, tenía el rostro del señor Hendrickx. «Lo estás haciendo bien, Django. Siento tu rabia. ¿Qué te dije? Si no te hacen caso, tienes que dejar claro tu mensaje».

Rabia, eso era. Le salía por los poros, crepitando como electricidad, le chispeaba en las yemas.

Allí estaba el famoso DJ Alan Freed, con su chaqueta a cuadros y su pajarita roja, pero con la cara de Joseph Goebbels. La tenía azulada a causa del moho. Freed quería que Chuck Berry cerrara el espectáculo, porque Chuck tenía seis éxitos que habían alcanzado el número uno y Jerry Lee solo uno. Jerry estaba furioso, porque él era el que tenía el número uno en ese momento y se merecía ser el

último. Django se humedeció los labios y apretó los puños, y en la cama de su habitación hizo exactamente lo mismo: apretar los puños con fuerza a pesar de la artritis.

—Dejar claro mi mensaje —murmuró entre bastidores en el sueño; y en la cama, susurró—: Dejar claro mi mensaje…

Jerry Lee apareció con una botella de Coca-Cola que contenía un líquido incoloro. «Voy a dejar a ese tío a la altura del betún en el escenario», dijo. Su rostro ya no era el del señor Hendrickx, sino el del propio de Django.

«*Meine Damen und Herren* —gritó Goebbels, todo eufórico y goteando como una vela al derretirse—, directamente desde Ferriday, Luisiana, ha venido para ofrecernos un espectáculo extraordinario: ¡Django Lee Lewis!».

Empujaron a Django hacia el escenario, ante un público de soldados en descomposición que gritaban: «¡Django *Heil*! ¡Django *Heil*! ¡Django *Heil*!», y acompañaban cada «*Heil*» del saludo nazi. El chico dejó la botella de Coca-Cola sobre el piano y recordó que Cerdo Desmechado había parafraseado a The Killer. Él se sabía una cita mejor y se la rugió al público: «¡Si me voy al infierno, me iré tocando el piano!».

Entonces lanzó un *riff* atronador con la mano izquierda. Del tupé de Jerry se desprendió un mechón de pelo rubio que bailó sobre la frente de Django mientras este cantaba: «*You shake my nerves and you rattle my buh-rain*…».

Tocó la intro con todas sus fuerzas y el público enloqueció. El muchacho tocó como nunca. Fue violento. Fue una tormenta que brotaba de las profundidades de su rabia, atravesaba las teclas y llegaba al público. Las puertas del fondo de la sala se abrieron de

golpe y los agentes de la *Sicherheitspolizei* se abrieron paso a empujones mientras trataban de llamar al orden a los muertos que bailaban. Cuando eso no funcionó, vaciaron sus respectivas Mauser sobre ellos. La gente caía a diestro y siniestro, pero Django no. Las balas no podían alcanzarlo. El boogie-woogie era su campo de fuerza.

Django se estaba acercando al clímax, pero, justo antes de llegar, unas manos lo agarraron desde atrás. Habían irrumpido en el escenario. Ahora lo estaban arrancando del piano.

«¡No! ¡Suéltame! ¡Tengo que dejar claro mi mensaje!».

Pero eran demasiados y resistirse era inútil.

«Django —oyó mientras gritaba: "¡No, no, no, no!", y luego otra vez—: «¡Django! ¡Despierta!», y…

… se incorporó de golpe, con todas las terminaciones nerviosas hormigueándole, con todos los músculos tensos. Se dio cuenta de que la voz era real: era Cerdo Desmechado, sentade en su edredón, con una pata delantera levantada en un gesto pedante. «Ha tenido conocimiento de que has hecho flagrantemente poco con la tarea que te asigné. ¿Acaso te hablé en chino?».

—¡Que… te jodan! —rugió Django—. ¡Puto… pedazo… de… mierda!

«Oye, seamos civilizados…», dijo la liebre muerta con voz chillona, pero Django se levantó de la cama de un salto y la lanzó por los aires. Gritando de dolor, se arrancó las vendas de las manos como si fuera Hulk, agarró el cadáver por las patas y lo estrelló contra la pared, una y otra vez. Hubo huesos astillados, pero, en la mente de Django, una sangre venenosa y dulzona le salpicó el

pecho y las mejillas, los gusanos se esparcieron por el suelo. Con una mueca de asco, los aplastó con los pies descalzos y se dibujó rayas de apache sangrientas en las mejillas.

—¡Ya… estoy… harto! —le gritó a su habitación vacía.

Abrió la puerta con una patada de kárate y bajó corriendo las escaleras cegado por la rabia (y sin más ropa que los *slips* blancos).

Sus gritos resonaron por el salón a oscuras mientras derribaba las sillas a patadas y arrancaba la sábana del espejo de la pared. No se detuvo a ver a los muertos que lo miraban boquiabiertos desde el cristal. Al contrario, se precipitó hacia el garaje, destrozó los faros del Forester con el mazo de juez de su padre y cogió la lata de combustible para el cortacésped y una caja de cerillas de una estantería.

En la habitación del fondo, le quitó la sábana al Steinway y entonces sí vio a los muertos. Los fantasmas del bosque de Snoqualmie, los Jibblymowers. Siluetas distorsionadas y demacradas que tendían las manos hacia él desde la madera negra pulida.

—¡Y que os jodan a vosotros también! —gritó Django, que vertió el combustible bajo la tapa—. ¡Que os jodan a todos!

Encendió una cerilla y se quedó mirando cómo crecía la llama antes de lanzarla al interior del piano. Un ¡zas! seco succionó todo el oxígeno de la habitación. El infierno fue inmediato, le chamuscó las cejas y le marchitó las retinas y, durante un segundo, Django tuvo la visión de que él mismo también se prendía fuego. Entonces, se lanzó a la nube de calor, apartó el taburete de una patada y tocó el solo de «Great Balls of Fire» aporreando las teclas. Sus manos se parecían, más que nada, a las garras de madera del señor

Hendrickx, pero no había dolor, y jamás había tocado con tal virtuosismo.

Aquel era su bis. Aquel era su mensaje. Las llamas se arremolinaban, rojas y ardientes; titilaban sobre la suave piel marrón de Django y se le reflejaban en los ojos, donde devoraban innumerables manos que lo buscaban a tientas.

Django dio un espectáculo extraordinario.

RALPH

Pánico. Un regalo de los dioses. Levi.

28 DE NOVIEMBRE

Ralph era solo vagamente consciente de estar oyendo gritos («¿Django?») y ruido («¿el piano?»), pero, cuando saltó la alarma antiincendios, abrió los ojos como platos.

—¿Ralph?

Luana, un montón informe de mantas.

«Humo».

Lo olió. Apartó las mantas y se encaminó dando tumbos hacia la puerta; sin embargo, antes de llegar a ella, también lo vio: sucios zarcillos de humo que se colaban por el hueco de debajo.

En el rellano, inhaló la primera bocanada y se dobló por la mitad para toser mientras se llevaba un brazo a la nariz. Bajó las escaleras a toda prisa y, oh, Dios, allí era mucho peor. Un humo espeso, negro y ondulante se acumulaba bajo el techo. Cogió una bufanda del perchero y se tapó la nariz y la boca con ella.

El piano. Django estaba tocando el piano. Aunque no era exactamente eso, ¿no? Su música era un grito que formaba un coro disonante con el ulular de la alarma y el rugido creciente del fuego. Era malévola, salvaje y aterradora; aun así, seguía el típico ritmo boogie de Django.

—¡Django!

La habitación del fondo parecía la boca del infierno. El piano estaba envuelto en llamas. El calor era terrible y Ralph sintió que su

piel era demasiado fina para resistirlo. Las llamas trepaban hasta el techo. Las cortinas también estaban ardiendo, y eso convertía en muy real la posibilidad de que el entablado de madera contrachapada se incendiara. Y en medio de todo eso estaba su hijo, con los brazos bien abiertos, magullando las teclas.

Como si estuviera poseído.

«No, como si fuera el mismísimo Diablo».

Ralph se movió con rapidez y agarró a Django por debajo de los brazos. Al tocarlo, apartó las manos instintivamente porque la piel de su hijo estaba hirviendo. Luego tiró de él para apartarlo del piano. Se oyó un sonido repetido, como de latigazos, y Ralph tardó un segundo en darse cuenta de que las cuerdas del interior del piano se estaban rompiendo.

Sacó a Django a rastras de la habitación y siguió arrastrándolo por el salón. El niño gritaba y pataleaba. Ralph quería chillarle, pero había perdido la bufanda y estaba inhalando tanto humo caliente que no podía dejar de toser. Al llegar a la cocina, se cayeron y los dos rodaron por el suelo.

—¿Papá? —La voz de Django, ronca y sibilante. Levantó la mirada aturdido, como si acabara de despertarse de un sueño.

—Django… Por Dios, hijo, ¿qué has hecho?

—¡Ralph! —Una luz difusa se derramó a través del humo. Luana estaba de pie en la puerta, en camisón, aferrada al extintor que había sacado del armario atestado del pasillo—. Dios mío, Ralph, ¿está bien?

El juez examinó a su hijo, que tosía con violencia. Una mucosidad negra le formaba espuma en la barbilla y las lágrimas le trazaban surcos en el hollín de las mejillas. Tenía la cara, el pecho, el

abdomen y los brazos de un rojo refulgente, como si se hubiera quedado dormido al sol. Se había cruzado las manos retorcidas sobre el pecho y temblaba por la conmoción, pero Ralph no vio quemaduras.

—Está bien —jadeó—, pero la habitación de atrás no. Tenemos que…

Pero ella ya no estaba.

—¡Luana, ten cuidado!

Joder. Uf, joder, joder, joder. Durante una milésima de segundo, Ralph no supo qué hacer. Entonces, soltó a su hijo y abrió el armario del fregadero. Sacó un cubo (derramando botellas de jabón para lavavajillas y desatascador de tuberías), lo encajó bajo el grifo y empezó a llenarlo de agua. Cruzó la cocina en tres zancadas, saltando por encima de Django, y se dirigió hacia la habitación de atrás. Le ardían los pulmones. Había demasiado humo para ver bien, pero vislumbró a Luana mientras atacaba las llamas del piano con la espuma; parecía un fantasma girando entre la niebla. Enseguida supo que no sería suficiente.

«El humo va a poder con nosotros».

Dos segundos, y Ralph estaba de nuevo en el salón. Las puertas del patio. Otros dos segundos: duda. La repentina ráfaga de oxígeno avivaría el fuego. Pero el humo no le dejaba otra opción. Girar el pestillo, tirar del pasador, empujar. Las contraventanas estaban cerradas con un candado, pero la llave estaba arriba, en su estudio. No había tiempo. Ralph se lanzó contra ellas y oyó que la madera se astillaba. Las contraventanas saltaron y el frío lo golpeó de inmediato, pero también una ráfaga de magnífico aire nocturno y brumoso. Sus pulmones lo absorbieron, jadeando.

—¡Ralph, al patio de atrás no! —Luana entró en el salón tambaleándose y doblada por la tos. Se acercó dando tumbos y le agarró del brazo—. Cierra las contraventanas…

—No puedo, nos asfixiaremos. ¡El humo!

—Oh, Dios, Ralph, mira…

Siguió la mirada de su esposa. El sensor de movimiento había activado las luces del patio.

Había montones de ramas por todas partes.

Por todo el patio de atrás.

Ralph se quedó mirándolas, presa de un terror tan primitivo que le nubló la vista por unos instantes. Luego, apartó la mirada y agarró a Luana por los hombros.

—Dale una ducha fría a Django. Hay que bajarle la temperatura de la piel. Y abre todas las puertas y ventanas de la parte delantera de la casa.

Ella asintió sin dejar de mirarlo, con los ojos atrapados en unas órbitas cada vez más hundidas.

—Luana. No es culpa suya. Son los Días Oscuros.

Ella volvió a asentir, ahora con expresión sombría.

—Lo sé, Ralph.

Corrieron a la cocina, donde Luana fue a atender a Django. El cubo ya se estaba desbordando y, para cuando Ralph lo sacó del fregadero —derramando agua por todas partes—, lo sustituyó por una jarra y se dirigió a la habitación de atrás, Luana y Django ya se habían ido.

El extintor había apagado el fuego del piano, pero las llamas ya casi habían devorado las cortinas y comenzaban a ampollar el marco de la ventana. Ralph les lanzó el agua, se agachó para esquivar las

ascuas y volvió corriendo a la cocina. Entonces le llegó el turno a la jarra, mientras el cubo volvía a llenarse. Estaba funcionando: Ralph estuvo a punto de controlar el fuego con el segundo cubo. El triunfo le proporcionó una claridad mental que hacía dos semanas que no tenía. Recordó la última y sombría mirada de Luana y se dio cuenta de que ella también parecía haber vuelto a ser ella misma. Quizá fuera la adrenalina. Quizá el instinto de supervivencia. O quizá, simplemente, hubieran recuperado una parte de su antiguo yo al enfrentarse a la locura. Fuera lo que fuese, le dio a Ralph un atisbo de esperanza.

Corrió de un lado a otro hasta sofocar las últimas llamas. Sin aliento, se detuvo para evaluar los daños, pensó «a la mierda» y volvió tambaleándose al salón. Cogió el atizador del soporte de latón que había junto a la chimenea y destrozó la alarma antiincendios del techo.

La casa se sumió en el silencio.

Salvo por la corriente de aire nocturno que circulaba por la planta baja —Luana debía de haber abierto la puerta delantera— y por las cortinas que se hinchaban como en una escena de una novela gótica.

Salvo por que Luana bajó corriendo las escaleras.

—¡Ralph! Ralph, ¿dónde está Kaila?

Entró en el salón, unos ojos grandes y blancos en la oscuridad. Ralph vaciló.

—¿No está arriba?

—De ahí vengo, y su habitación estaba… Ay, Dios, Ralph…

Luana se había llevado las dos manos a la boca. Ralph siguió su mirada y se quedó sin aire. El espejo grande. Hasta entonces no se

había dado cuenta de que no tenía sábana. Vio que Luana y él se reflejaban en el cristal como meras siluetas en la penumbra, pero, aun así, distinguió que se les estaban hinchando los ojos, que tenían la boca abierta en un grito silencioso. Entre ellos había una hoja de cristal donde el reflejo era más claro: las puertas abiertas del patio. Montones de ramas por todas partes. Y en la mitad del césped, entre los montones, Kaila se alejaba agarrada de la mano de una figura enfermiza, alta y encorvada.

Luana rompió a gritar y aquello lo sacó del trance. Ralph se dio la vuelta y miró hacia el patio de atrás. Allí estaba Kaila. Veía los montones, pero ni rastro del espíritu maligno.

—¡Kaila! ¡Vuelve aquí!

Volvió a mirar al espejo, y ahora sí estaba allí. Enorme. Espantoso. Inhumano. Guiando tranquilamente a Kaila hacia la valla.

—¡Luana, apártate! —gritó.

Su esposa obedeció y el juez golpeó el espejo con el atizador. El cristal estalló y el horror que reflejaba se hizo añicos. Ahora solo quedaba lidiar con la realidad.

Ralph tiró el atizador al suelo y salió corriendo al patio de atrás.

«Los montones, Dios mío, cuántos hay…».

Ralph viró para esquivar uno y se cortó la planta del pie con un nudo de madera. Durante un segundo, pensó que iba a desplomarse; que iba a aterrizar en medio del montón y que entonces unas manos saldrían y lo agarrarían, que tirarían de él y caería, que gritaría, se desgarraría las mejillas y moriría en su propio patio de atrás.

No sucedió. Alcanzó a Kaila justo antes de que llegara a la valla y la agarró por el brazo derecho. Si había algo allí, alguna especie de

criatura depredadora que solo se mostraba en los espejos, él no sintió su presencia.

Pero, cuando le dio la vuelta a su hija, se le erizó el vello de la nuca. Los ojos de Kaila estaban divididos. Uno era negro como la noche y miraba hacia el borde del bosque. El otro era marrón y se aferraba a él.

—Papi… Por favor, detenme…

Ralph nunca olvidaría lo que vio: la mano derecha de Kaila se elevó como si algo la hubiera agarrado. Y, cuando tiró de ella hacia sí, juraría que notó resistencia.

Fuera lo que fuese, Ralph era más fuerte.

29 DE NOVIEMBRE

El día que por fin recibieron la buena noticia empezó con la misma extraña sensación de lucidez mental que la noche anterior. La niebla se había disipado y el cielo que cubría Bird Street estaba gris y cargado de expectación. Ralph sentía lo mismo. Más tarde, al recordarlo, se dio cuenta de que la intuición de que se estaba cociendo algo lo había acompañado durante todo el día.

Empezaron por despejar los escombros. En la planta baja, los daños causados por el humo eran tan grandes que necesitarían una empresa de limpieza profesional para repararlos, pero eso tendría que esperar. Luana y él hicieron todo lo posible por eliminar el hedor con distintos productos, pero, por más que rociaran, por muchas velas Yankee Candles que encendieran, mientras no pudiesen ventilar, el olor persistiría. Y ventilar estaba descartado. Habían

vuelto a cerrar las puertas del patio y las habían tapado con bolsas de basura porque las contraventanas se habían salido de los goznes.

Cuando terminaron, Luana miró el Steinway destrozado con tristeza.

—Menudo desastre —dijo, y empezó a sorberse la nariz.

Tenía razón. Era un desastre. Ralph se acercó a ella y la abrazó. Por un instante, su mujer se tensó, pero luego le permitió hacerlo. Era un raro momento de afecto entre ellos en los Días Oscuros. Aun así, él sabía que sería ridículo pensar que volvían a ser los de siempre. Solo era que estaban en el ojo del huracán, nada más. Django los había hecho espabilar de golpe. Les había dado una oportunidad.

Su pequeño pirómano estaba dormido como un tronco. Ralph se daría de cabezazos: ¿cómo había podido prestar tan poca atención a los problemas de su hijo en las últimas semanas? Los Días Oscuros no eran excusa. Era su responsabilidad. Gracias a Dios, solo había sufrido quemaduras de primer grado. Luana le había aplicado un gel en la piel. Estaría rojo como un tomate durante un tiempo, pero no era grave. Un analgésico lo había dejado fuera de combate. A primera hora se había despertado balbuceando algo de carne caliente y cerdo desmechado (raro, porque no había mostrado apetito) antes de volver a caer redondo. Con un poco de suerte, se olvidaría del incidente. La mente de un niño podía permitirse ese lujo. Ralph no: su mente no dejaba de volver a Kaila y al gigante hecho de sombras que se la llevaba hacia la valla.

«Ese no era el Contable. Kaila caminaba de la mano de un hombre muerto. De una de las almas a las que has ayudado a morir en el bosque».

¿Cómo había salido su hija? La habían atado a la cama, por el amor de Dios —un mal necesario para protegerla de sí misma—. Pero, cuando subió a revisar el desván, le pareció que algo hubiera roído las cuerdas.

Era imposible que lo hubiera hecho sola.

«Sabes que no fue ella».

Aun así, Kaila le había dicho que quería vivir. A pesar de la ferocidad de su enfermedad, a pesar del veneno de los Días Oscuros, le había suplicado que la detuviera.

Y Ralph juró que haría cualquier cosa, literalmente cualquier cosa, para concederle ese deseo.

Así que, cuando el mensaje de Gray apareció en Vember a primera hora de la tarde, le dio un vuelco el corazón.

«Tenemos uno», decía.

Se llamaba Levi; apellido: a olvidar.

Gray lo había encontrado en Reddit más o menos a la misma hora a la que Ralph había apagado la alarma antiincendios la noche anterior. Y, por primera vez, se preguntó si todo aquello no estaría regido por una especie de fuerza orientadora.

Se reunieron en casa de los Aikman. Aparte de los anfitriones y Ralph, solo estuvieron presentes Gray, Juliette y Marc.

—Su publicación era distinta de las demás —dijo Elizabeth—. Gray me la reenvió de inmediato.

—Nada de mierdas morbosas rollo emo —confirmó Gray.

—Y tampoco era de las que buscan llamar la atención. Ya sabéis a qué tipo de publicaciones me refiero: se lamentan de lo inútiles que

se sienten, piensan que no tienen amigos y que no son capaces de soportar la presión en clase.

Gray asintió con la cabeza.

—En internet los encuentras a patadas. Les pones una buena nota, les invitas a un trozo de pizza de peperoni a la hora de comer y para el viernes ya están de nuevo en el buen camino.

—Un momento —intervino Ralph—. ¿De qué edad estamos hablando?

Harry fue el único que no apartó la mirada.

—¿Acaso importa?

—Tiene dieciséis años —respondió Elizabeth en voz baja.

Marc levantó los brazos en un gesto de incredulidad. Juliette se puso en pie, se alejó y se detuvo ante la estantería con una expresión horrorizada. Ralph se quedó sin palabras.

—Antes de que juzguéis —dijo Elizabeth—, charlé con él por internet durante una hora y, luego, otros noventa minutos por teléfono…

—¿Por una línea segura, espero? —preguntó Marc.

—¿Tú qué crees? —dijo Gray—. Nos ofrecimos a ayudarle, siempre y cuando descargara un archivo que le enviamos. Es una especie de *spyware* y el chico no era tonto. En resumen, ahora estoy al mando de todo lo que ocurre en su teléfono. Puedo borrar o cifrar lo que quiera.

—¿Y os fiais de eso? ¿Ahora, en este momento?

—¡Tenemos que hacerlo! —exclamó Elizabeth—. Hice una videollamada con él. Dios, todavía estoy conmocionada. Es una historia terrible… —Se le notaba en la cara: eso, al menos, era sincero—. Le prometí que me lo guardaría para mí y quiero respetar

su deseo. Pero, en serio, si alguna vez ha habido una persona tan segura de algo, es este chico.

—Elizabeth, no puedes hablar en serio —exclamó Ralph.

—Se nos acaba el tiempo, no tenemos otra opción.

Marc se pasó los dedos por el pelo.

—Por Dios, lo publicó en Reddit. El chico tiene un historial del tamaño de Texas. Si esto se tuerce, nos cuelgan. —Se sonrojó de inmediato—. Lo siento, eso ha estado fuera de lugar.

Un silencio opresivo se instaló entre ellos. Ralph se notaba mareado.

—De todos modos, es demasiado arriesgado —prosiguió Marc—. Si se lo piensa mejor o habla, estamos acabados.

—¿Tienes otra solución? —preguntó Elizabeth—. Lo he analizado a fondo, le he ofrecido todas las alternativas. Hasta he intentado convencerlo de que no lo haga, joder.

Se echó a llorar. Harry se acercó a ella con torpeza, pero no le puso la mano en la espalda. Las lágrimas de Elizabeth parecían desquiciarlo tanto como a Ralph. Este creía que eran sinceras, pero tenía serias dudas de que su vecina se hubiera esforzado demasiado por hacer cambiar de opinión al pobre chico.

—Va a hacerlo de todos modos —sollozó la mujer—. Ya sea aquí o en otro lugar. Al menos, podemos ofrecerle una opción más humana.

—¿Humana? —le espetó Juliette—. ¿Consideras que esto es humano? Joder, ¡es un niño! ¿Cómo es posible que nos lo estemos siquiera planteando?

Marc la respaldó:

—Tiene que haber alguien más ahí fuera. Alguien mayor. Por lo que a mí respecta, hacemos que un yonqui se meta una sobredosis.

—¡Hemos buscado! ¡Ya lo sabéis! Pero se nos acaba el tiempo, ¿no os dais cuenta? Se… nos… acaba… el… tiempo. Es un milagro que hayamos encontrado a alguien en el último momento.

«Pero, si esto es un milagro, ¿qué se considera un castigo?», pensó Ralph.

—Tener que tomar una decisión como esta en el estado en que nos encontramos está mal y es una putada —dijo Juliette.

De repente, a Elizabeth se le cayó la máscara. Las arrugas profundas y hermosas se abrieron y dejaron al descubierto una histeria oscura.

—¡No tenía otra opción! —chilló… Chilló de verdad—. ¿Qué se supone que debía hacer, eh? ¡Decidme! ¿Qué se supone que debía hacer?

En ese preciso momento, el iPhone que tenía en la mano emitió un pitido agudo. Abrió los ojos como platos y la pantalla se reflejó en ellos.

—Es él. Quiere hablar. —Se levantó al mismo tiempo que les hacía un gesto a los demás para que guardaran silencio. Corrió hacia la puerta, tocó la pantalla y lo último que Ralph oyó fue su voz tranquila y reconfortante—: Hola, Levi. ¿Qué pasa, cariño?

Los demás permanecieron sentados como supervivientes tras la explosión de una bomba. Ralph no sabía qué le resultaba más aterrador: la histeria repentina de Elizabeth o el cambio abrupto con el que había recuperado la compostura. Mientras tanto, sus propios marcos de juicio moral comenzaban a desmoronarse y la cabeza no dejaba de darle vueltas.

«Guiar a un niño a su muerte».

«A un niño».

Juliette tenía razón: estaba mal.

Y sin embargo…

A Dorothy McKinley la habían ingresado en el Hospital Snoqualmie Valley. Estaba conectada a un respirador y los médicos le habían aconsejado a Graham que se preparara para lo peor.

Olivia Davis estaba sufriendo fuertes dolores de estómago, justo donde el tumor le había desaparecido hacía años.

La reacción alérgica de Ethan Wachowski a la vacuna contra el tétanos había empeorado y los médicos se estaban replanteando el diagnóstico. *Schwarz-wald*, la fuente de toda aquella desgracia, había dado negativo en las pruebas… Pero Ethan comenzaba a mostrar síntomas de rabia.

Y luego estaba Kaila.

Kaila, que le había suplicado que la detuviera.

Quizá les estuvieran dando una última oportunidad y, si no la aprovechaban, empezarían a morir uno a uno. Primero en Bird Street, luego más allá. Los Días Oscuros se extenderían como la podredumbre.

«Va a hacerlo de todos modos. Ya sea aquí o en otro lugar».

Levi era su golpe de suerte.

Y su última oportunidad.

Por eso Ralph desenterró de su vergüenza lo que los demás no eran capaces de desenterrar y dictó el veredicto:

—Lo haremos —murmuró—. Dios mío, si conseguimos que coopere, lo haremos.

Elizabeth permaneció fuera más de cuarenta minutos. Cuando volvió, dijo que todo estaba organizado. Levi vivía en Salem,

Oregón, y llegaría a la estación de autobuses de Portland a la una de la tarde del día siguiente. Harry y ella irían a recogerlo.

Les mostró a los demás la publicación anónima que había puesto a Gray tras la pista de Levi.

Era breve y concisa: «¿Cuántos metros de cuerda necesito para romperme el cuello?».

Cuando volvió a casa, Ralph subió directamente al desván. La luz pálida de las estrellas se colaba por el ventanal y proyectaba sombras fantasmales. Kaila, sedada con litio y Seroquel, se revolvía en la cama, inquieta. Le dolía verla así: atormentada, dolorida, atada no con cuerdas, sino con correas de cuero. Con su consentimiento o sin él, era una abominación.

Se agachó y le besó la frente húmeda.

—Aguanta, mi niña —susurró—. Te prometo que voy a acabar con esto.

Luego, bajó una planta.

Luana no estaba en la cama. Estaba de pie como un espectro ante la ventana abierta del dormitorio. A medio camino entre el baño y la oscuridad, se había desprendido de la toalla, y había algo en el hecho de que estuviera allí plantada, desnuda, humeando en la fría noche de noviembre, que sugería que ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Por qué has abierto las contraventanas? —le preguntó Ralph en voz baja.

Ella no contestó. Quizá no lo hubiera oído. Quizá estuviera buscando algo ahí fuera, en la oscuridad, que justificase lo que

estaban resueltos a hacer. O quizá necesitara el frío para adormecer sus sentimientos.

Ralph se acercó y reprimió el impulso de mirar más allá, hacia el patio de atrás. Aquel era el cuerpo que amaba. Los omoplatos sobresalían hacia él como huesos desnudos. La piel temblorosa de Luana desprendía vapor, y eso le despertó el impulso de adentrarse en aquella nube e inhalarla, de ser la propia nube. Todo lo demás, la tarea del día siguiente, quedaría a un lado. La idea tenía una especie de atractivo fatalista.

Por fin, su mujer dijo:

—Dime que tienes buenas noticias.

Ralph se lo contó y ella escuchó. Después tiró de las contraventanas, cerró la ventana y se volvió hacia él. Ralph se estremeció. Luana tenía el rostro ceniciento, los ojos caídos. Parecía poseída.

Lo atrajo hacia su cuerpo cubierto de piel de gallina y le susurró:

—Asegúrate de que sucede mañana. Asegúrate de que se hace bien.

Ralph no podía expresar con palabras el frío que eso le metió en los huesos.

30 DE NOVIEMBRE

El chico no tenía pinta de querer morir. Llevaba una cazadora oscura encima de una sudadera azul con capucha de la marca Urban Outfitters. Unas Converse gastadas. Unos vaqueros de talle bajo que dejaban al descubierto la cinturilla blanca de sus Calvin Klein. Podría haber sido uno de los compañeros de Kaila.

Puede que albergara un dejo de desolación. Puede que se mostrara algo retraído, porque, cuando Ralph llegó a casa de los Aikman alrededor de las cinco y media de la tarde, el chico estaba en el sofá escuchando música con unos auriculares. El teléfono era uno de los iPhones modificados de Gray —válido para Spotify, pero no para enviar mensajes—. Elizabeth se lo había dado en Portland, ya que el móvil del muchacho estaba en el fondo del río Columbia para que fuera imposible rastrear su último viaje hacia el norte.

Había señales, eso sí. Los ancianos, los enfermos terminales, hablaban a mil por hora mientras reflexionaban sobre sus vidas. Los deprimidos no. Eran abismos negros.

A Levi se le notaba en las reacciones aletargadas cuando le hacían preguntas. En la estremecedora melancolía que lo rodeaba y que Ralph reconoció de los episodios más oscuros de Kaila. Al juez le resultaba imposible ocultar su inquietud: la situación le pesaba como una losa. Solo era capaz de pensar: «Pobre chico. Esto no es lo que quieres. Es un capricho que se te pasaría si le dieras un poco de tiempo».

¿Qué lo había llevado allí? ¿El divorcio de sus padres? ¿El acoso escolar, la inseguridad? ¿La depresión? ¿Acaso importaba? Él quería morir y ellos tenían una cuenta pendiente.

Harry entró agitando dos hojas de papel fotográfico.

—¡Tachán!

El deseo de Levi era que le hicieran un buen retrato, así que habían preparado un espacio profesional con un fondo y luces de estudio. A Ralph se le había revuelto el estómago, como si al capturar su imagen Levi quisiera comprarse un hueco en la memoria de sus seres queridos. Intentó imaginar cómo sería recibir una foto

de Kaila hecha el mismo día en que se había quitado la vida. Sería una bofetada. Pero a Levi le proporcionaba una sensación de cierre emocional, y eso era lo que importaba.

Harry le enseñó las fotos a Levi y el chico se mordió el labio.

—No parabas de decirme que sonriera.

Se guardó los auriculares en el bolsillo y, de mala gana, les enseñó la primera, en la que sonreía de oreja a oreja mirando a la cámara. Entonces se echó a reír por primera y última vez aquella tarde. Elizabeth y Harry se unieron a él.

—Pero mira la otra —intervino Elizabeth—. ¡Es preciosa!

El chico la miró durante un rato con el ceño fruncido.

—¿Crees que se preguntarán en qué estaba pensando cuando me sacaron la foto? ¿Qué se me estaba pasando por la cabeza?

Ralph se dio la vuelta, no podía soportarlo.

«Sería demasiado íntimo. Yo recortaría tu cara de la foto, enmarcaría el fondo y lo pondría en el ataúd. Extrañamente, no parecería que no hubieras existido nunca. No, la ausencia sería el foco de atención. Porque eso sería lo único que quedaría: un agujero en una foto, un contorno vacío».

Poco después, Levi empezó a llorar. Elizabeth se mostró más que dispuesta a abrazarlo.

—Solo quiero que acabe ya —dijo el chico entre sollozos desgarradores—. Es demasiado. No lo aguanto más.

Eso también destrozó a Ralph. Lo llenó de una tristeza profunda que luchaba por imponerse a su aversión. «Levi, ay, Levi. A lo mejor tus padres y tus amigos se han alejado involuntariamente, pero nosotros somos los últimos que podemos hacerte cambiar de opinión, y es posible que incluso quieras que lo hagamos. Tal vez

seamos como una luz que titila sobre aguas oscuras, un lugar donde esperabas encontrar consuelo sin tener que dar explicaciones, pero parece que ya estamos demasiado lejos».

Ojalá pudiera intervenir.

Pero Ralph pensó en Kaila. Pensó en Django y Luana. Y no dijo nada.

Elizabeth meció al muchacho, le acarició el pelo y lo apretó contra la calidez de su pecho. Ralph se dio cuenta de que su vecina lo estaba pasando mal, pero continuó abrazando a Levi durante todo el tiempo que el chico necesitó. Cuando este por fin se zafó de las garras de Elizabeth, avergonzado, ella lo agarró por los hombros y le habló en tono compasivo:

—Estás seguro, ¿verdad?

—Sí —contestó Levi con los ojos llenos de lágrimas—. Solo quiero paz.

Algunas mentiras absorbían todo el aire de una habitación.

—De acuerdo. Entonces te ayudaremos a encontrarla.

—Gracias —susurró Levi.

Los aspectos prácticos. Elizabeth le preguntó qué quería poner en su nota de despedida, lo animó a escribir dos versiones a mano y luego lo ayudó a elegir la mejor. Le recordó que incluyera una lista con la contraseña de sus cuentas de TikTok, Instagram y Gmail para que su madre pudiera avisar a sus contactos. Cuando el chico terminó, dobló el papel y lo metió junto con el retrato en un sobre, en cuyo anverso anotó su dirección.

—La enviaremos más tarde —dijo Elizabeth con el mismo tono compasivo—. No te preocupes por eso ahora. —Dándole a entender:

«Porque, una vez que la carta esté enviada, no habrá vuelta atrás».

Ralph contemplaba el fuego. Dos leños cuidadosamente cruzados ardían despacio sobre una rejilla cubierta de hollín. Una vez que regresaran del bosque, aquel sería el buzón al que Elizabeth echaría el sobre. Era la única manera: en casos así, no tenían más remedio que hacerlos desaparecer sin dejar rastro.

—¿Quieres alguna cosa más? —preguntó Harry.

Levi lo miró con cara de no entender nada. De nuevo, una reacción lenta, como si estuviera allí a medias. Era demasiado joven y estaba demasiado angustiado para hacerles preguntas: ¿por qué hacían todo aquello por él?, ¿no se meterían en problemas legales? Preguntas que, por lo general, querían que les respondieran.

—Quizá algo especial para comer —aclaró Harry—. Podríamos pedirte algo.

—Ah, eso. No, estoy bien. —Empezó a moverse con nerviosismo —. ¿Podemos irnos?

Harry y Elizabeth intercambiaron una mirada.

—Bueno…, tienes que comer algo, Levi —dijo ella—. Para no vomitar los analgésicos. Te calmarán.

Entonces lo entendió. Mientras Elizabeth le preparaba un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada en la cocina, Ralph aprovechó la oportunidad para sacar la cuerda de polipropileno naranja de un centímetro de diámetro que vendían a 7,97 dólares los treinta metros en el Ace Hardware de Carnation. Estaba escondida en el armario del pasillo. Lo sabía porque él mismo la había metido allí.

Harry no fue lo bastante rápido para impedírselo.

—Mira, Levi, aquí está —dijo Ralph, que, antes de ponérsela en las manos al chico, le mostró que medía algo más de dos metros.

«Esos son los metros de cuerda que necesitas para romperte el cuello. De hecho, la caída te partirá en dos la columna cervical. Por suerte, los músculos y los tendones del cuello humano son bastante resistentes, pero, aun así, el margen es escaso. Si la cuerda es demasiado larga, te decapita… Se sabe de casos en los que ha ocurrido».

Ralph necesitaba que Levi la viera. Que sintiera el tacto de la cuerda al deslizársele entre los dedos y eso lo llevara a asimilar lo que estaba haciendo. Era lo mínimo que podía ofrecerle.

Pero su esfuerzo solo consiguió alterar a sus vecinos. Elizabeth, que volvía de la cocina con el sándwich y un vaso de agua, se quedó paralizada en la puerta. Harry, con la cara pálida, se encogió en su sillón. Ralph mantuvo la mirada fija en Levi con la esperanza de que reaccionara, de detectar la más mínima señal de que quería escapar de aquello. Pero el muchacho se limitó a observar la cuerda que tenía en las manos sin inmutarse.

Ralph subió la apuesta:

—¿Sabes cómo se hace el lazo?

Una vez más, el chico se encogió de hombros con aire ausente.

—Ni idea.

Ralph le quitó la cuerda de las manos, se sentó y se lo enseñó. Ni siquiera había terminado cuando Elizabeth dejó el plato con brusquedad sobre la mesita del salón.

—¿Y si dejáis eso para más tarde? Te he preparado un sándwich muy rico.

Intentó atraer la mirada de Ralph, pero este no se inmutó y siguió adelante. Cuando lo completó y lo apretó, se lo tendió a Levi. El chico examinó el lazo que colgaba delante como si se estuviera imaginando su cabeza dentro de él.

—Ya casi es verdad, ¿eh? —observó con la boca crispada.

Ambos dieron un respingo cuando se oyó un portazo; Elizabeth había salido de la habitación de malos modos.

Levi cogió la soga y Ralph le dijo:

—Venga, come.

Encontró a Elizabeth en la cocina, tragándose una pastilla y llevándose otra a los labios con los dedos temblorosos. La mujer se sobresaltó al verlo entrar y se le cayeron unos cuantos blísteres. Ralph se agachó a recogerlos antes que a ella le diera tiempo a hacer lo mismo. Oxazepam, tal como le había dicho Harry. Los correspondientes a una receta de varios meses, al parecer. No la juzgó. No podía decirse que él hubiera logrado mantenerse alejado de su propia droga. Pero, por más que le apeteciera ahogar sus emociones en alcohol, no podía permitírselo. No aquella noche.

Elizabeth bebió un trago de agua y jadeó:

—Eso ha estado totalmente fuera de lugar. Lo de la cuerda ha sido una canallada.

—Tendrá que verla de todas formas.

Ralph le devolvió las pastillas y ella le lanzó una mirada furiosa.

—Quieres que esto salga mal, ¿no? Tendrías que haber esperado a que oscureciera. No valía la pena correr ese riesgo.

—No estoy de acuerdo. Y, si piensas lo contrario, será mejor que te quedes en casa.

—Voy a ir con vosotros, Ralph. No te atrevas a intentar detenerme.

—No lo haré. Pero ¿y él? ¿Y si cambia de opinión?

Elizabeth no dijo nada.

La capa de nubes se había disipado. El bosque de Snoqualmie era una masa inerte bajo el semillero de estrellas, silenciosa en el último resplandor del crepúsculo. En su interior, ya era de noche. Por primera vez en esa estación, había escarcha en el aire; cristales de hielo que bailaban bajo el resplandor de la Krypton de Harry. No había duda: los Días Oscuros estaban llegando a su fin. Estaban al filo del invierno.

Los cuatro bajaron por el camino de entrada. El frío pareció despabilar a Levi, ya que, de repente, empezó a hablar:

—Es raro que haya una última vez para todo. La última vez que estás dentro de una casa. La última vez que ves el sol.

—¿Cómo te hace sentir eso? —preguntó Elizabeth, decidida a no separarse de él.

—Raro. Como si estuviera al final de todo. —Llevaba la soga atada echada al hombro—. También es un alivio, supongo. Hace dos días, antes de publicar en Reddit, pisé una chincheta. Esa puta cosa se me clavó entera. Ni siquiera me di cuenta hasta que vi sangre por todas partes. Fue entonces cuando me di cuenta de que no me dolería.

—Nos aseguraremos de que así sea. Se acabará antes de que te des cuenta.

Levi se paró a contemplar la diminuta luna creciente que rodaba, lenta y baja, sobre la casa de los Wachowski. Ralph dedujo que las

seis pastillas de Oxazepam que Elizabeth le había obligado a tomarse comenzaban a hacerle mella en el cerebro, a suavizar los bordes de su realidad y a conferirle una naturaleza etérea y onírica.

—Me acabo de dar cuenta de que jamás volveré a ver otro episodio de *Riverdale*. Aunque no es que eso importe mucho.

Con un gesto paciente, Elizabeth tiró de él para que siguiera adelante.

Bird Street estaba engañosamente tranquila. Ralph sabía que todos los vecinos los estaban observando, espiándoles entre los huecos de las cortinas. Todos estaban viendo al chico…, pero ninguno llamaría a la policía, ni siquiera después de que, una hora antes, se hubiera emitido una alerta de menor desaparecido con su nombre. Todos sabían quién era y para qué estaba allí. Ralph se sentía superado por toda aquella locura. El impulso de ponerle fin era enorme, pero, justo cuando estaba a punto de hablar, una brisa fría procedente del bosque lo hizo estremecerse, como si algo distinto al viento hubiera agitado el aire. Se le erizó el vello de la nuca.

«Me estoy volviendo loco. Dios mío, deja que me vuelva loco. Si no, ¿cómo voy a ser capaz de seguir con esto hasta el final?».

Pasaron por delante de su propia casa y siguieron hasta la de los McKinley. Entraron en la finca a través del jardín de rosas. Con las contraventanas cerradas y las ventanas entabladas, la casa parecía una fortaleza.

Diseminados por el césped de los McKinley, había al menos una decena de montones de ramas. Harry y él intercambiaron una mirada y, a pesar de la oscuridad, Ralph se dio cuenta que su vecino estaba muy pálido. El juez intentó sacudirse la inquietud y le envió

un mensaje a Luana. El móvil se iluminó cuando recibió la respuesta: «K y D están nerviosos. Por favor, avísame cuando haya terminado».

Llegaron a la verja cubierta de madreselva que se abría en el muro, al fondo de la finca. Harry encontró la escalera de mano que Gray les había dejado allí esa misma tarde. Cuando se la echó al hombro, Levi preguntó:

—¿Para qué es eso?

—Para subir al árbol, claro —respondió Harry.

—Joder, qué locura. —La escalera pareció afectarle más que lo de la cuerda y el nudo. Volvió a dudar—. ¿De verdad tenemos que subir a ese bosque?

—Aquí no hay senderos —dijo Elizabeth mientras abría la verja—. Al menos, no para excursionistas.

El chico se quedó mirándola con cara de desconcierto.

—No queremos que algún desconocido te encuentre y se lleve el susto de su vida, cariño. Es propiedad privada. Por la mañana, llamaremos a la policía y les diremos que estábamos recogiendo leña cuando te encontramos.

Eso no pareció convencer a Levi; aun así, siguió a Elizabeth hasta el otro lado de la verja. Ralph fue el tercero, y después pasó Harry con la escalera.

La oscuridad era absoluta bajo la techumbre de pinos y, si no hubiera sido por la linterna de Harry, Ralph no habría sido capaz de distinguir la capucha de Levi a un metro de distancia. El chico se detuvo y se volvió, desorientado. Se encogió cuando una rama de pino le rozó el cuello y la apartó como si le hubiera picado una avispa. Allí, en el bosque, la noche caminaba, y con ella el silencio, que extendía los dedos voraces hacia el muchacho.

—La oscuridad te está dando miedo, ¿eh? —dijo Elizabeth—. Aquí tienes, tómate dos más. Te calmarán.

Le puso dos pastillas en la mano. Él se las tragó con un sorbo de agua de la botella de Elizabeth. Esta intentó sonreír, pero no consiguió nada, porque, cuando el haz de luz de Harry iluminó el rostro de Levi, Ralph no vio ni el menor rastro de su anterior resignación. Solo horror y desconcierto.

Enfilaron el sendero.

El trayecto era cuesta arriba. A Harry le costaba avanzar con la escalera entre los troncos densos, así que Ralph la agarró por el otro extremo. Levi los seguía con aprensión. Cuando Ralph le lanzó una mirada, se dio cuenta de que se habían olvidado por completo de investigar al chico. ¿Por qué no lo había pensado antes? No sabía nada de él. Ni quién era ni cuáles eran sus motivos. Había seguido ciegamente la iniciativa de Elizabeth.

«En serio, si alguna vez ha habido una persona tan segura de algo, es este chico».

«Es una historia terrible…».

«Le prometí que me lo guardaría para mí y quiero respetar su deseo».

«Va a hacerlo de todos modos. Ya sea aquí o en otro lugar».

«Una historia terrible…».

Lo que le escamaba era la alerta de menor desaparecido.

Eso significaba que a alguien le importaba.

Se imaginó a dos padres angustiados en Salem, Oregón, llamando a la desesperada a todos los amigos de su hijo para intentar averiguar dónde estaba… Y expulsó esa imagen de su mente.

Era demasiado tarde. Una vez que te habías adentrado demasiado en aquel camino, no había vuelta atrás.

«Siempre hay vuelta atrás —le susurró una vocecita en su cabeza —. Mientras el chico siga respirando, puedes acabar con esto».

Desde algún rincón del oeste, en las profundidades del valle, le llegó el grito de un colimbo.

Llegaron al Lugar de la Ejecución veinte minutos más tarde. La lona que había tapado el claro durante su excursión con Ann Olsen Dickinson había desaparecido y dejado al descubierto un arce antiguo y majestuoso. Sus enormes ramas retorcidas y cubiertas de musgo se extendían horizontalmente en todas direcciones.

Harry apoyó la escalera contra la más baja, a algo más de cuatro metros de altura. Mientras Ralph la sujetaba, su vecino trepó por ella para asegurar la cuerda, contando un poco más de dos metros a partir del lazo. El resto lo enrolló varias veces alrededor de la rama y lo ató antes de bajar.

Ralph no quería mirar el rostro de Levi, situado bajo el lazo colgante de color naranja chillón, pero tuvo que hacerlo. Por debajo de la superficie, parecían estar gestándose procesos insondables. El juez deseó no haberlo visto, pero lo que antes parecía un trato hecho ahora estaba cayendo presa de la duda.

«Esto es pura desesperación. No está nada convencido. Detenlo. Por favor, detenlo».

—¿De verdad es lo bastante larga? —preguntó Levi con una voz apenas audible.

—Ah, sí, no te preocupes —contestó Elizabeth—. Lo mejor es que te sientes en la rama y luego te dejes caer. Hay muchas otras ramas

pequeñas a las que agarrarte, así que no te resultará complicado. Harry apagará la luz para que no tengas que ver nada. Eso lo hará un poco más fácil.

Levi no se movió.

La mujer le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo te sientes ahora, cariño?

—Estoy bien —murmuró. Pareció que tomaba una decisión—. Bueno…, gracias. Por todo.

Le tendió la mano y Elizabeth se la estrechó.

—Es lo mejor —dijo ella con una sonrisa serena—. Unos momentos más y podrás dejarlo todo atrás.

—Es lo mejor —repitió Harry cuando Levi le estrechó la mano.

Entonces Levi se volvió hacia Ralph y dijo:

—Gracias.

Ralph le estrechó la mano, pero la sangre le latía con fuerza en el cráneo, en el pecho, en todo el cuerpo. ¿Qué le decías a una persona en un momento así? ¿Con qué podía despedir al chico, a pesar de su absoluta repulsa, a pesar de que aquel era un límite que no deseaba cruzar? Mentir iba en contra de todo su ser, así que no le dijo que eso era lo mejor. Tuvo que carraspear dos veces antes de preguntar:

—¿Estás verdaderamente seguro?

Levi no respondió, pero empezó a subir la escalera con las piernas temblorosas. Cuando llegó arriba, Harry lo enfocó con la luz mientras el chico se alzaba hasta unas ramas más altas, se sentaba y se recolocaba para acercarse al nudo. Una vez que encontró un equilibrio más o menos cómodo, se inclinó hacia delante e izó la soga.

—¿Podrías apagar la luz un segundo? —preguntó con la voz quebrada—. Para ver lo oscuro que está.

La apagó y una oscuridad monumental los sepultó. El silencio llegó arrastrándose a toda prisa desde todas partes y los oprimió con más fuerza que antes.

—Vale, ya está. Vuelve a encenderla.

Harry hizo lo que el chico le pedía. En el destello posterior, Ralph vio a Elizabeth, que tenía la mirada insistente clavada en el chico. También vio a Harry, con los labios apretados en una línea crispada. Y vio a Levi, en lo alto del árbol, pasándose el lazo por la cabeza y ajustándose el nudo a la altura de la nuca.

—Vale, ya puedes volver a apagarla.

Todo se quedó a oscuras una vez más y, en la penumbra, Ralph vio la imagen residual de las dos piernas colgando de la rama. Eso por fin le hizo comprender la angustia y los escrúpulos que llevaba reprimiendo todo aquel tiempo en un esfuerzo por preservar su cordura. Se llevó el puño tembloroso a la boca y se mordió los nudillos para ahogar un grito. Así continuó mientras los minutos pasaban despacio, mientras esperaba oír el crujido de la ropa de Levi cuando se dejara caer, seguido de un silencio que duraría solo una milésima de segundo, que se hincharía como una terrible tormenta de expectativas por cumplir, y luego el chasquido.

No llegó.

—Tengo miedo —oyó.

A Ralph le fallaron las piernas.

—Ay, pobrecito mío. —Elizabeth—. ¿Quieres que te vaya guiando?

Un silencio largo. Parecieron sesenta segundos enteros.

—No lo sé.

—Oh, cariño. ¿Por qué no bajas un momento?

La luz volvió a encenderse. Ralph vio a Levi tirando del nudo que tenía en la nuca con una expresión de terror infinito, liberándose la cabeza, con las mejillas manchadas de lágrimas. Soltó la cuerda como si fuera una serpiente de cascabel.

—Pobre, pobrecito —dijo Elizabeth, dispuesta a interceptar a Levi al pie de la escalera.

Pero, en cuanto llegó abajo, el chico se dio la vuelta, se agachó y vomitó en el suelo del bosque.

—Tranquilo, tranquilo, cálmate. No pasa nada. Este paso es difícil para cualquiera. Incluso cuando sabes que lo deseas.

Elizabeth lo ayudó a enderezarse y le dio un poco de agua. Él se enjuagó y se secó las gotas de la barbilla con la manga. Estaba pálido y parecía que tuviera sudores fríos. Tardó un rato en ser capaz de hablar.

—Estoy mareado.

—Sé cómo te sientes. —De nuevo, esa calidez tranquilizadora en la voz de Elizabeth: arrulladora, envenenadora, inductora—. ¿Te has asustado?

—Sí.

—No sentirás nada, Levi.

—Lo sé, pero…

—Es verdad. No sentirás nada cuando se te rompa el cuello. En tres décimas de segundo, perderás el conocimiento. Fulminado al instante, ¿no es eso lo que me dijiste ayer? ¿Qué son tres décimas de segundo?

Chasqueó los dedos.

Levi reunió el valor para sacudirse la vergüenza.

—Estaba sentado ahí arriba. A oscuras. Con la soga alrededor del cuello. Y he pensado en mi casa. He pensado…

—Sé que es injusto. Ay, cielo, me imagino perfectamente lo desesperado que debes de sentirte. Y eso no va a cambiar. Solo empeorará. Me imagino que no quieres vivir con eso. Que no puedes vivir con eso, de hecho.

—Pero…

—Sé que lo sabes. —Elizabeth le puso las manos en los hombros, como una madre abnegada que intentara convencer a su hijo de que no merece la pena ponerse nervioso por un examen—. La situación no hará más que complicarse una vez que se… Bueno, ya sabes. Una vez que todo el mundo lo sepa. Imagina cómo se pondrán las cosas en el instituto. Y tu padre…

Un destello intenso y alarmante iluminó la mente de Ralph, una visión fugaz de algo innombrable… Pero se apagó con la misma rapidez. Durante todo ese tiempo, Harry mantuvo la Krypton apuntada hacia el suelo, de manera que Ralph apenas alcanzaba a ver la cara de Levi. Pero podía imaginarse su expresión, eso sí.

—¿No se supone que deberías convencerme de que no lo hiciera? —preguntó el chico.

—Claro, y podría hacerlo —contestó Elizabeth en tono paciente—. Pero me da la impresión de que ese no es tu verdadero deseo. En el fondo de tu corazón, has decidido acabar con todo, y es cierto. Es real. Nadie puede reprochártelo. ¿Cómo van a reprocharte algo que no es culpa tuya?

Levi no dijo nada.

—De verdad. Un solo paso más y serás libre. Se acabó el dolor. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el blíster de pastillas—.

Tómate otras dos. Te quitarán el miedo.

—No, no creo que…

—Levi. Otras dos. Estás temblando como una hoja. Harry, danos un poco de luz.

A la luz de la linterna, Elizabeth sacó dos pastillas del blíster y se las entregó a Levi. Sin el menor atisbo de voluntad propia, el chico las cogió y se las tragó con un poco de agua.

—Buen chico. Es lo mejor. Todo saldrá bien. —Le dio un apretón en el hombro y le dijo—: ¿Lo intentamos otra vez, Levi?

Ralph no tenía claro si el muchacho la había oído. Parecía que los ojos le flotaban en la cara. Embotados, tal vez por la incredulidad. Esa misma incredulidad estaba arrastrando a Ralph hacia un estado de pánico agudo que lo inmovilizaba. Iba a suceder de verdad: Levi se estaba dejando guiar de nuevo a la oscuridad.

Pensó: «¿Elizabeth?».

—Adelante, todo irá bien. Te iré guiando.

Y así lo hizo. Levi asintió y, secundado por el apoyo moral de Elizabeth, empezó a subir la escalera otra vez.

—Muy bien. Ten cuidado. Agárrate fuerte. ¿Ves?, no es tan difícil. Ponte cómodo, desplázate un poco hacia la izquierda. Y, ahora, la cuerda. Afloja un poco el lazo. Bien. Sabes que estás haciendo lo correcto. Todo habrá terminado enseguida. Se acabaron las preocupaciones, podrás dejarlo todo atrás. Apriétalo un poco más, sí… Así está bien. ¿Apagamos la luz otra vez? Harry, apaga la linterna, por favor.

Entonces volvió la oscuridad. Y, en la oscuridad, Ralph se dio cuenta de que no eran los Días Oscuros los que hablaban a través de la voz de Elizabeth: era la depravación humana.

—Sabes que puedes hacerlo, Levi. Solo tienes que dejarte caer hacia delante.

Esta vez no tardó mucho:

—No. No quiero.

Un taco ahogado. Había sido Harry, que encendió la linterna de nuevo. Ralph vio a Levi con las piernas colgando, la soga alrededor del cuello, mirando hacia abajo y negando con la cabeza. En el momento más oscuro de su vida, había equilibrado su existencia sobre una rama de arce y había decidido bajar por el lado bueno.

Pero entonces.

Pero entonces.

—Escucha, ya no puedes echarte atrás —dijo Elizabeth.

—¿Qué quieres decir…?

—Después de todas las molestias que nos has causado.

Levi escudriñó el suelo con los enormes ojos oscuros. Agarró la pata más cercana de la escalera y empezó a desplazarse hacia ella.

—Oh, no, ni se te ocurra.

Elizabeth se abalanzó hacia la escalera y la empujó. Cuando empezó a ladearse, Harry se apartó de un salto justo antes de que se estrellara contra el suelo. Levi gritó y sacudió los brazos para mantener el equilibrio.

Lo consiguió. Pero, con la desaparición del escape psicológico que le proporcionaba la escalera, el chico perdió el control. Ojalá se hubiera quitado la soga del cuello. En vez de eso, se agarró a la rama a ciegas, gimoteando, con las extremidades rígidas.

—¡Vas a hacerlo, Levi!

—¡Ayuda!

—¡Hazlo! ¡Salta!

Ralph se tiró del pelo. Un ruido estruendoso y gutural le brotó de la garganta. Pero, aun así, la conmoción lo mantenía paralizado.

—¡Hazlo! —gritó Elizabeth. Bajo la luz furiosa de la Krypton, parecía que tuviera los ojos negros como estrellas muertas. Harry miraba a su esposa sin dar crédito: no paraba de saltar mientras se arañaba las mejillas con las uñas—. ¡Salta, maricón de mierda! ¡No vales para nada! ¡Eres un maricón asqueroso y repugnante! ¡Acaba de una vez con tu vida y ahórrale a tu madre la vergüenza de tener un hijo como tú!

Ralph por fin lo entendió y aquello rompió el hechizo. Elizabeth jamás había tenido intención de revelar el motivo de Levi. Al chico le estaba costando aceptar su sexualidad y, en vez de ayudarlo a salir del armario, Elizabeth lo estaba empujando hacia dentro.

—Por el amor de Dios, Elizabeth… —«para», estaba a punto de decir, pero entonces Levi se lanzó.

«Asegúrate de que sucede mañana —le había dicho Luana la noche anterior mientras se apretaba desnuda contra él. Le había tomado el rostro entre las manos y le había susurrado al oído—: Asegúrate de que se hace bien».

Pero nada de aquello estaba bien.

Levi tendría que haberse sentado recto antes de dejarse caer. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Sin embargo, estaba asustado, no era capaz de pensar con claridad, y la cuerda se le enredó alrededor del cuerpo. Se enganchó en un nudo en la madera y eso acortó la caída al menos medio metro. El impacto lo sacudió como si fuera un muñeco de trapo, pero no le rompió el cuello.

Lo que Ralph vio entonces se le quedaría grabado para el resto de sus días. Fue una puñetera maldición tener que verlo. Aunque ningún ser humano quería ser testigo de tales horrores y la reacción natural era apartar la mirada en cuanto la imagen repugnante llegaba al cerebro, siempre estaba ese momento en que uno necesitaba ver para creer. Por eso Harry encendió la linterna Krypton. Y por eso Ralph no pudo no mirar. Debieron de pasar dos segundos antes de que Harry apagara la luz a tientas, pero esos dos segundos fueron suficientes para alimentar toda una vida de pesadillas.

El cuerpo de Levi se sacudía espasmódicamente mientras luchaba por llenarse los pulmones de oxígeno. La sangre que le manaba por un lado del rostro teñía de rojo la cuerda naranja. El ZAS de la cuerda le había arrancado tiras enteras de carne durante la caída y se le estaba hinchando la cara. La lengua le sobresalía de la boca y tenía cada vez más sangre en los ojos.

Entonces volvió la oscuridad. Ralph oyó a Elizabeth gritar. Oyó a Harry maldecir. Pero, sobre todo, oyó a Levi resollar. Oyó el crujir de la cuerda, oyó el frufrú de la ropa con cada espasmo del cuerpo. Pero, oh, cómo oyó a Levi resollar. El hedor de la orina impregnó el aire. Llegaron otros olores, olores que Ralph no sabía describir. Elizabeth se dio la vuelta y lloró. Harry la llamó por su nombre mientras avanzaba a tientas hacia ella. Ralph no lo hizo. Se quedó paralizado. El ruido de una persona al ahogarse no se parecía a nada. Lo escuchó, atormentado por la imagen residual de los ojos desorbitados y llenos de sangre de Levi mirándolo con desconcierto.

Pasaron tres largos minutos antes de que se hiciera el silencio.

Y de que el silencio se alargara.

Ralph advirtió de pasada que los ojos se le estaban acostumbrando a la oscuridad. Las ramas desnudas de noviembre se extendían por encima de ellos y, más allá, las estrellas pálidas brillaban en un universo lejano, frío.

Al cabo de un rato, una sombra se desprendió de la oscuridad. La linterna se encendió.

—Ralph, lo siento muchísimo. —A Harry se le quebró la voz—. Nadie quería esto. Es horrible, lo que ese chico…

Ralph lanzó un puñetazo con una mano que no le parecía suya. Le acertó a Harry en el lado derecho de la mandíbula. A su vecino se le fue la cabeza hacia atrás y cayó al suelo con un gruñido. El haz de luz de la Krypton rodó por el suelo.

Un calor hormigueante le subió por la muñeca. No acababa de comprender qué había pasado, solo sabía que tenía sed. Mucha sed… Pero no de lo que escondía bajo el asiento del conductor del Forester, se dio cuenta.

De repente, el mero hecho de pensar en alcohol le revolvió el estómago.

Harry se levantó con dificultad. Tenía una mancha oscura en el labio. Se sacudió el polvo de los pantalones, cogió la linterna y se tocó la mancha. Estaba muy apocado. Quizá quisiera sentir el dolor. Quizá fuese una penitencia.

—Oye, Ralph, creo que tendrías que ir a por la pala y un…

Algo crujía y Harry levantó la luz de golpe. Las piernas de Levi estaban convulsionando. El pecho se le movía. Otra vez. Reflejos musculares, sin duda causados por el exceso de dióxido de carbono en sangre, pero, aun así, era una imagen desoladora. Cuando Harry se volvió hacia su vecino, estaba pálido como un fantasma.

—Ralph…

—A por la pala vas a ir tú —dijo Ralph—. Y quítame a Elizabeth de la vista.

—¿Estás seguro…?

—¡Largo! —gritó.

¿Cómo podía dejarle claro a Harry que necesitaba quedarse allí, con Levi? Después de todo lo que había permanecido envuelto en la incertidumbre durante las últimas semanas, aquello lo veía con una lucidez perfecta: el chico muerto era una carga que debía soportar él.

Así que Harry y Elizabeth se marcharon. Cuando dejó de oírlos, Ralph se sentó debajo de las dos piernas colgantes y se puso la cabeza entre las rodillas. Escuchó el crujido apagado de la cuerda, que iba desenrollándose muy despacio, hasta que se detuvo. Cerró los ojos. Intentó vaciar la mente.

En un momento dado, se levantó y volvió a apoyar la escalera en la rama. Subió hasta la mitad para comprobar el pulso de Levi.

Había latido. Levi estaba en muerte cerebral, pero su corazón seguía palpitando, aunque débilmente.

Diez minutos más tarde, el pulso también había desaparecido. Esta vez, cuando Ralph se lo tomó, desabrochó la pulsera de cuero que el chico llevaba puesta y se la guardó en el bolsillo.

Ralph se sorprendió al descubrir que solo eran las diez menos cuarto cuando llegó a casa. Su mente y sus músculos le decían que el amanecer no podía estar muy lejos.

Luana estuvo maravillosa. Mejor de lo que él creía merecer. No le preguntó qué había pasado. Toleró su distanciamiento. Era

demasiado pronto para que Ralph hablara. Su mujer lo intuyó y le dio la confianza necesaria para que contuviera su repugnancia en soledad y emprendiese el largo camino de volver a aprender a vivir consigo mismo y con los demás.

Subió al desván y se quedó mirando a Kaila durante un buen rato. Estaba profundamente dormida, ya sin ataduras. En cuanto Luana había recibido el mensaje en el que Harry informaba de que ya estaba hecho, le había quitado las correas. Ahora Kaila parecía en paz. El litio la mantendría sedada durante un tiempo más, y eso era bueno. Ralph le dio un beso en la frente y bajó las escaleras sin hacer ruido.

Django también dormía con placidez. Luana había vuelto a aplicarle la pomada en el pecho y las quemaduras empezaban a desaparecer. Ralph besó a su hijo y salió de la habitación.

En la ventana del dormitorio empezaban a brotar flores de escarcha. Exhaló sobre el cristal y vio cómo el ramillete se derretía derramando lágrimas largas y lentas. Luego, abrió el pestillo y empujó las contraventanas para abrirlas de par en par.

El césped, la valla y el bosque del otro lado también estaban cubiertos de escarcha. Contempló el paisaje que resplandecía a la luz de las estrellas.

Los montones de ramas habían desaparecido.

Ralph dejó la ventana abierta. Luana pasaría frío, así que la dejó acaparar todas las mantas. Se tumbó desnudo y, mientras el cuerpo se le relajaba de una manera exquisita gracias al frío, clavó la mirada en la cortina que se hinchaba con la corriente.

No quería cerrar la ventana. Así estaría más cerca de Levi.

A altas horas de la madrugada, Ralph notó que Luana se acurrucaba junto a él.

Una voz susurró:

—No puedo dormir.

La rodeó con un brazo, pero, cuando se despertó del todo un rato después, estaba muerto de frío y se sorprendió con los brazos envueltos alrededor de la sudadera de Urban Outfitters con la que habían enterrado a Levi, que estaba húmeda y sucia de tierra.

Ralph rompió a gritar. Luana se volvió loca intentado calmarlo, pero él no la veía, no la oía. Solo veía las dos piernas colgando en la oscuridad.

Solo oía a Levi resollar mientras se ahogaba.

Aquella fue la primera vez que el chico volvió a él durante ese largo invierno… Pero, desde luego, no la última.

PARTE II
&
2023

RALPH

Salem, Oregón. Un buen padre.

INVIERNO

El día que Ralph encontró las huellas en la nieve, condujo hacia el sur.

Era 21 de enero y, tras un breve y triste período de heladas a principios de diciembre, estaban teniendo un invierno suave, con las lluvias intermitentes y el sol lúgubre que tan habituales eran actualmente en la depresión de Puget. Pero las entumecedoras temperaturas nocturnas caían por debajo de cero y aquel sábado se despertaron con cuarenta centímetros de nieve. Luana y los niños seguían dormidos cuando Ralph se abrochó el plumífero, cogió las botas de nieve y la pala del garaje y salió al patio de atrás.

Se detuvo en seco al ver el rastro de huellas humanas que atravesaba el césped en línea recta hasta la puerta de la cocina. Se abrió paso hasta ella por la nieve. Las huellas parecían comenzar al fondo, junto a la valla, y las marcas eran profundas. Resultaba obvio que quien las hubiera dejado había caminado directamente hasta la puerta de la cocina y no había vuelto.

El pomo de la puerta no tenía nieve. ¿El viento? Ralph lo sacudió, pero estaba cerrado con llave.

Siguió el rastro en dirección contraria. Las huellas no siempre estaban bien definidas y se habían hundido, en parte, donde quienquiera que las hubiese hecho había levantado los pies. Pero

algunas estaban bien, y Ralph reconoció el patrón cuadriculado de la suela de goma de una zapatilla.

Las huellas no empezaban en la valla. Empezaban más allá, pasada la linde del bosque. Sin embargo, el autor no había trepado la valla: la había atravesado. De hecho, una de las huellas estaba partida en dos: la punta del pie en el patio trasero y el talón en el bosque. Como si alguien hubiera entrado en su propiedad y la valla se hubiera levantado después.

Pero no era eso lo que había ocurrido.

Ralph se empapó del silencio y miró hacia la casa. El aliento se le condensaba en el aire claro y helado.

Si echara un vistazo a la cocina, ¿encontraría charcos de nieve derretida?

Era probable. Casi seguro. Y si buscara en Google la imagen de las suelas de unas Converse, encontraría el mismo patrón a cuadros.

Un carbonero se posó en la nieve a escasa distancia y se hinchó hasta formar una bolita esponjosa que lo miraba. Ralph conocía al pajarito: era muy territorial y reinaba sin pudor sobre los arrendajos y los pájaros carpinteros del patio de atrás a pesar de que eran más grandes. Django lo había llamado *Señor Jibbly*, y Luana y él lo alimentaban con alpiste y queso chédar, lo que lo había vuelto casi manso.

Ralph sonrió al pensarlo… y luego se forzó a reprimir la sonrisa.

Aquel invierno se había resistido con frecuencia a la felicidad que amenazaba con atraparlo, que trataba de erosionar su sentido de la culpa y su duelo. Y, sin embargo, lo pillaban desprevenido: breves momentos de felicidad pura e intensa en los que Levi y el horrible episodio del bosque dejaban de ocuparle la mente. Cuando le hacía

el amor a Luana. Cuando bromeaban sentados a la mesa de la cocina y Kaila y Django reían con un abandono despreocupado. Cuando se disponía a subir al Forester por la mañana para ir al juzgado, pero se detenía porque el canto de un halcón peregrino resonaba en el glorioso y brillante cielo azul del invierno.

O, como ahora, mientras observaba al carbonero. Con independencia de lo que se hubiera acercado sigilosamente a su casa aquella madrugada, el *Señor Jibbly* le conmovía de una forma más profunda.

Así que le dejó una nota a Luana en la mesa de la cocina y condujo hasta Salem, Oregón, donde dos padres seguían esperando contra todo pronóstico que su hijo volviera a casa.

El trayecto duró cuatro horas. Salió de la I-5 y giró a la derecha hacia una zona residencial, luego a la izquierda y luego otra vez a la derecha. No necesitó el GPS. Con Google Street View, había estado allí innumerables veces.

Era la típica calle estadounidense, con típicas casas estadounidenses, en la que la gente limpiaba el camino de entrada y los niños hacían muñecos de nieve. Se detuvo ante la casa de madera gris con un abedul en el jardín delantero. Ralph sabía que no podía quedarse allí parado mucho tiempo. La gente estaba siempre atenta en esos barrios.

«Ni la mitad de lo que lo estarían si supieran quién soy. Si supieran que estuve con él en sus últimos momentos de vida».

«Por Dios, Ralph, ¿qué haces aquí?».

Si el chico aún hubiera estado vivo, su obsesión por él habría sido, en resumidas cuentas, un caso de acoso. Pero Ralph estaba

acosando a una persona muerta. La estaba acosando con todo su corazón, porque era lo único que podía hacer.

Había analizado una y otra vez la carta de despedida de Levi (tras habérsela confiscado a los Aikman, la guardaba en la caja fuerte de su despacho) con la esperanza de encontrar un significado nuevo entre las palabras. Había examinado sin cesar los dos retratos, los había estudiado desde todos los ángulos y se había topado con el muro de aquella sonrisa, la sonrisa que Harry le había ordenado esbozar a Levi. Aquella sonrisa era todo promesas, no sobre quién había sido, sino sobre en quién podría haber llegado a convertirse si Ralph hubiera evitado que la tragedia se desarrollara esa oscura noche de noviembre en el bosque de Snoqualmie. Había rastreado en los rincones de internet, frustrado porque tan solo le ofrecían la noticia de la desaparición del chico. Ni resultados del equipo de natación, ni créditos en el programa de teatro del Instituto McKay ni en ninguna otra actividad extraescolar. Era como si Levi hubiera pasado por la vida de forma anónima, lo que no hacía sino aumentar el misterio de su muerte.

Claro, tenía sus cuentas de TikTok e Instagram, pero eran privadas. A diferencia de las de sus padres en Facebook. Sus vídeos suplicantes, publicados tras la desaparición de su hijo, eran desgarradores. El testimonio del conductor del autobús (que había reconocido a Levi como uno de sus pasajeros en el servicio matutino de Salem a Portland tras la alerta de menor desaparecido) les daba motivos para pensar que su hijo se había fugado. Imploraban una señal de vida. Le imploraban que volviera a casa. Daba igual lo que pasara, lo resolverían. Siempre lo querrían. Ralph veía el parecido

familiar en los ojos oscuros del padre y, aunque era una tortura, no dejaba de reproducir los vídeos en bucle.

Había tres. Los dos primeros, de principios de diciembre, no se habían hecho exactamente virales, pero al menos el periódico local *Statesman Journal* y la KPXG-TV los habían compartido. El tercero, de justo antes de Navidad, había pasado prácticamente desapercibido; los comentarios no eran más que emojis de corazones rotos o «rezamos por vosotros» de amigos. Para entonces, era evidente que Levi se había convertido en uno de esos muchos fugados estadounidenses que se perdían entre las grietas del sistema.

Y aquello era bueno para los vecinos de Bird Street, pero deprimente de todos modos.

Una noche, Ralph inició sesión en la cuenta de Instagram de Levi con la contraseña que figuraba en su nota. Notó que se le calentaban las mejillas mientras iba examinando sus fotos, pero la verdadera sorpresa llegó cuando le aparecieron los mensajes de chat de una chica llamada Ava Torres: «OMG», y luego: «¿Levi?», y luego: «Estás conectado!!! Dónde coño estás???».

Ralph cerró la sesión y tiró el teléfono como si estuviera infestado de gusanos.

A lo largo de los siguientes días, tuvo que reprimir el impulso de volver a iniciar sesión y enviarles un mensaje a los padres de Levi. O a Ava Torres. Para decirles que estaba bien. O que no lo estaba. O que nada de aquello era culpa suya. Que los quería. Algo.

No lo había hecho. Habría sido inmoral, aparte de peligroso.

Y, sin embargo, allí estaba ahora.

Escudriñó la casa mientras toqueteaba la pulsera de cuero que llevaba en la muñeca y se preguntaba qué estarían haciendo los padres de Levi tras esas paredes. Mientras se preguntaba qué habría estado haciendo Levi en aquel preciso instante si siguiera vivo.

«¿Qué cojones estás haciendo aquí, Ralph?».

La verdad era que no tenía ni idea. Sabía que no lograría un cierre emocional, que no habría catarsis. Para eso tendría que hablar con los padres del chico y reconocer lo que había hecho, cosa que era imposible. La muerte de Levi era la maldición con la que tenía que cargar. La ironía era que no solo estaba sometido al proceso natural de superación —la negación que daba paso al dolor, el dolor al duelo y el duelo, al fin, a la aceptación—, sino también a una fuerza sobrenatural que aceleraba ese proceso: la felicidad que Bird Street les concedía, que le suavizaba las aristas más afiladas de la pena antes de que estuviera preparado para ello. Ralph lo entendía, pero no podía aceptarlo. Se negaba a desprenderse de los sentimientos que le hacían humano. El Diablo podía curarle las heridas, pero lo menos que podía hacer él era seguir hurgándose en las costras.

Quizá por eso estaba allí.

Sentado al volante de su Forester delante de una casa desconocida en Salem, Oregón, Ralph Lewis reflexionó sobre el concepto de la culpa. La culpa legal y la culpa del alma; emociones que no estaba experimentando, aunque debería. Reflexionó sobre el poder sociópata y debilitante de la felicidad que no los hacía olvidar, pero tampoco sentir. Y estaba tan ensimismado que un golpecito en la ventanilla le hizo dar un respingo.

Lo reconoció al instante. El padre de Levi.

Durante un segundo de parálisis, pensó en pisar el acelerador. Después bajó la ventanilla. Por instinto, se bajó la manga para ocultar la pulsera.

—¿Se encuentra bien, señor? Parece que está un poco pálido.

Ralph tuvo que aclararse la garganta.

—Pues… creo que me he mareado un poco.

—Menos mal que ha parado. Llevo un buen rato viéndolo aquí sentado, así que me ha parecido que tenía que venir a preguntarle si estaba bien. ¿Puedo ayudarle de alguna manera?

—No, creo que ya estoy bien. Lo… Lo siento muchísimo.

—No se preocupe. ¿Una Coca-Cola, quizá? Sé que es veneno, pero mi mujer dice que, para los mareos, no hay nada mejor que ese subidón de azúcar.

—Lo… Lo siento. De verdad.

—Eh, no se preocupe, hombre.

Ralph arrancó el coche y se fue, pero tuvo que parar a la vuelta de la esquina porque le temblaban demasiado las manos. Las lágrimas le nublaban la vista. Esa noche, volvió a llorar entre los brazos de Luana cuando se acostaron. Ella lo estrechó contra sí sin presionarlo para que hablara, pues sabía qué lo atormentaba, y sin decirle que lo superase, porque debía de temerse que el tiempo mismo lo solucionaría más pronto que tarde.

Al día siguiente, Ralph fue a ver a Graham McKinley.

Un día más tarde, The Trevor Project, una organización sin ánimo de lucro dedicada a la prevención del suicidio entre jóvenes LGBTQ+, recibió una donación anónima de quinientos mil dólares. McKinley puso la mayor parte, pero cincuenta mil dólares salieron de los ahorros del propio Ralph. Había insistido.

No para comprar nada.

A veces lo hacías para que el mundo fuera un lugar un poco mejor.

Ralph intentó ser un buen padre aquel invierno y, al cabo de un tiempo, más o menos lo consiguió.

La artritis de Django había mejorado y el niño apenas recordaba la noche del incendio. Su padre lo consideraba una reacción sana, dadas las circunstancias. Su hijo había dejado atrás los Días Oscuros con la misma resiliencia con la que los había aceptado.

Renovaron la planta baja en diciembre. Tuvieron la suerte de encontrar a un contratista que andaba sin trabajo después de que unos permisos hubieran retrasado las obras de un proyecto de mejora de infraestructuras en Carnation. Marcos de ventana nuevos en la habitación de atrás, paredes recién enyesadas, una capa fresca de pintura… De todo. Luana y él escogieron unas cortinas nuevas. Durante un tiempo, y para su infinita frustración, Django tuvo que apañárselas con su viejo teclado, pero, a través de un secretario del juzgado, Ralph se enteró de que un ostentoso restaurante de Seattle llamado Eleven estaba renovando la decoración. Resultó que accedieron a venderle su piano de concierto Yamaha por la mísera suma de seiscientos dólares. Otro de esos pequeños e inquietantes caprichos de la buena fortuna que se le presentaban…, pero que se convirtió en un regalo de Navidad perfecto.

—¡Ay-dios-papi-mami-sois-los-mejores! —gritó Django cuando quitó la sábana y no encontró más que el reflejo de las luces navideñas en la madera lacada.

—Pero prométeme una cosa —comentó Kaila—. No vuelvas a tocar «Great Balls of Fire». Odio esa puta canción.

Todos se echaron a reír, y Django se lanzó de inmediato a improvisar un swing al que llamó «Burning Down the Christmas Tree». Fue una velada maravillosa y, por primera vez, Ralph asumió que los días oscuros de 2022 habían quedado atrás.

Como todos los años, la depresión de Kaila se transformó en una hipomanía que hacía que se sintiera enérgica, invulnerable y eufórica. A veces era difícil de manejar, pero cualquier cosa era mejor que su apatía de noviembre. No todo estaba perdonado y olvidado —Kaila necesitaba tiempo para aceptar aquello de lo que pasaría a formar parte—, pero esas conversaciones podían esperar hasta que el año estuviera más avanzado. Luana y él le aseguraron que podía asimilarlo a su ritmo y que ellos estarían listos cuando ella lo estuviera.

Su regalo de Navidad fue un campamento de entrenamiento de dos semanas de duración en Seúl, en febrero. La noche antes de que la llevaran al Aeropuerto SeaTac, acompañada de Jax, Kaila pilló a su padre sentado a su escritorio mirando las fotos de Levi. Tardó demasiado en guardarlas.

—¿Era él? —preguntó la chica con curiosidad.

Ralph no estaba seguro de hasta qué punto se había enterado Kaila de lo ocurrido durante los últimos Días Oscuros, pero su hija no era tonta. Pensó en mentir, pero no lo hizo.

—Tenía un año más que tú. Ya sabes que estábamos en la mierda. Era nuestra última esperanza.

—Parece algo sacado de un manga. De hecho, tiene pinta de ser un chico de manga.

Kaila había empezado a interesarse por el manga en las semanas previas a su viaje a Corea. Al ver que Ralph lo estaba pasando mal, hizo algo que llevaba al menos dos años sin hacer: se sentó en el reposabrazos de la silla y se recostó sobre él. Él la rodeó con el brazo. Se quedaron en silencio un rato, mirando la foto juntos. Luego ella le dio un besito en la mejilla.

—Gracias por haber escuchado su deseo.

—Aun así, ojalá hubiera sido distinto.

—Mamá siempre dice que, cuando alguien muere, se convierte en una luz en el cielo. Ahora él es una luz en el bosque.

Aquella idea era mejor que cualquier otra, y Ralph se aferró a ella durante un tiempo.

El campamento de entrenamiento de Kaila fue todo un éxito y, cuando volvió a casa, la notaron más sabia y madura. Ralph consiguió establecer un agradable equilibrio entre su vida familiar y sus casos en el juzgado. Luana retomó sus clases. Todos los miércoles, Ralph llevaba a Django a la Escuela de Música del Estrecho de Puget, en Tacoma, para que asistiera al programa de excelencia. A veces se pasaban por casa del señor Hendrickx, pero no tan a menudo como antes. El hombre se ponía un poco sentimental.

Evitaba a los vecinos en todo momento. Ralph no tenía ganas de encontrarse con Elizabeth, y no sabía qué haría en caso de que eso ocurriera.

Lo inevitable ocurrió en el funeral de Dorothy McKinley, el 24 de marzo. Dorothy se había recuperado de la infección pulmonar que había estado a punto de matarla en noviembre y, como cada año tras los Días Oscuros, los síntomas del Parkinson habían remitido.

Pero esta vez le habían dejado secuelas en el cuerpo, le contó Graham más tarde: había empezado a marchitarse. El cabello se le había vuelto más fino, le habían salido manchas en las manos. Dorothy era consciente de que el final estaba cerca y se sentía en paz con ello. Graham agradecía que les hubieran concedido un último invierno tranquilo y feliz. Una noche, le dio un beso a su esposa antes de echarse a dormir y, en algún momento de la madrugada, un derrame cerebral chasqueó los dedos y remató la faena. Django preguntó si la señora McKinley había sentido dolor, y Ralph le respondió que no, que había sido la mejor muerte que cualquiera podría desear.

Se topó con Elizabeth durante el velatorio en casa de los McKinley, donde vecinos, antiguos socios y parientes lejanos habían acudido a presentar sus respetos.

—Ralph —dijo ella, y le dedicó un brusco gesto de asentimiento tras pasar ante el ataúd.

—Elizabeth —respondió él.

Eso fue todo. Intercambió una mirada incómoda con Harry. Él era quien tenía que vivir todos los días con lo que había sucedido en el bosque después de que a su esposa se le rompiera la máscara. Ralph no entendía cómo era capaz de aguantarlo, pero debía de haber encontrado la forma de hacerlo, porque seguían juntos… y aparentemente felices.

Sin embargo, no todo el mundo lo estaba. En el velatorio, Ralph se enteró de que Olivia y Juliette se habían separado en enero. No había habido despedidas, solo un rollo de cinco páginas llenas de una escritura densa que había dejado entre los colmillos del jabalí de la sala de trofeos. En ellas, Olivia afirmaba que sería más feliz

muriendo de cáncer que viviendo con lo que habían hecho en noviembre. No se había sabido nada más de ella desde entonces, pero era una apuesta segura.

El invierno pasó. Por mucho que Ralph luchara contra ello, por mucho que lo atormentara, los días en los que era sencillamente feliz se encadenaban uno tras otro. La culpa seguía ahí, pero más bien convertida en un concepto teórico, y con el tiempo, eso también se desvaneció como un fantasma, igual que Levi.

No obstante, unos días después del velatorio de Dorothy McKinley, Ralph recibió un mensaje de texto de un remitente anónimo: «La cuerda tendría que haber sido más larga. Dijiste que era lo bastante larga, que sería rápido, pero no lo fue».

Se quedó mirándolo durante un buen rato y se preguntó si en el fondo del río Columbia, en Portland, Oregón, la pantalla de un viejo móvil se habría iluminado un instante.

KAILA

Un día de chicas en Seattle. Cosas buenas. Zorro.

PRIMAVERA

El 7 de abril, Kaila cumplió dieciséis años. En Lock Haven, Washington, eso significaba que ya podía sacarse el carné de conducir («¡dámelo, por favor!»), casarse con Jax si así lo deseaban («cuando las ranas críen pelo»), registrarse como donante de órganos («por supuesto») y dejar los estudios («ni hablar»).

También significaba que, cuando llegara noviembre, podría eutanasiar a personas para dárselas de comer a un monstruo. Hasta aquel momento, había decidido no pensar en ello, pero últimamente sentía que la perspectiva se hinchaba dentro de ella como un globo. Así que, cuando mamá le propuso ir a Seattle a pasar un día de chicas, decidió sacar el tema.

Solo necesitaba saber cómo.

Dieron un paseo por el Pike Place Market, Kaila zampándose un *poke bowl* para llevar y mamá tomándose una sopa de almejas en un cuenco de pan de masa madre. En el Waterfront Park, se sentaron en un banco con vistas a la bahía de Elliott y a la noria para tomarse una cerveza de jengibre y ruibarbo en vasos desechables. Y Kaila seguía sin tener ni idea de cómo abordar el asunto.

—Vale, suéltalo —dijo al fin mamá—. Estás estresada. Estás rayada. Te oigo hasta pensar, y el ruido es atronador.

Su hija dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, atrapada entre el deseo de comportarse como una adulta y la ineludible sensación de no estar a la altura. En aquel momento, fue un alivio que su madre aún la tuviera tan calada.

—¿Alguna vez piensas que es hacer trampas?

—¿A qué te refieres?

—A Indiana —dijo—. Cuando gane. Cuando me seleccionen. ¿Será logro mío?

Su madre arqueó una ceja, sorprendida de que aquel fuera su pleito. Pero Kaila no quería hablar de ética. Quería hablar del meollo del asunto. Las pruebas de selección para los Juegos Olímpicos de París se celebrarían en Indianápolis en el mes de junio y Kaila sería la participante más joven.

—Por supuesto que será logro tuyo, cielo. Y ¿quién dice que vaya a ser fácil? Primero tendrás que clasificarte.

—Uf, ¡venga ya! —soltó la chica.

Aquello hizo reír a mamá.

—Admiro tu confianza.

—Es evidente que me clasificaré, y lo sabes. Esa es la cuestión. Nuestra suerte es como el dopaje. Es injusta. ¿Ganaría si viviera en cualquier otro sitio?

—¿Quién sabe? Pero te equivocas. Sí, los astros te son favorables, y sí, tienes suerte de que te hayan dado un cuerpo capaz de hazañas tan extraordinarias. Es un privilegio, Kaila. ¡Aprovéchalo! No estás haciendo trampa. Eres una persona resuelta. Apasionada. Te matas a trabajar todos los días para alcanzar tus objetivos. De nuevo: ¡te admiro!

—Bla, bla, bla… —Puso los ojos en blanco.

—Lo que intento decirte es que la felicidad no es absoluta. José Saramago escribió que ningún ser humano puede conseguir todo lo que desea, salvo en sueños… Así que ¡buenas noches a todos! —Luana se rio, pero Kaila no—. Sueñas con llegar a lo más alto y tienes la suerte de tu lado, pero aun así tienes que esforzarte. Depende de ti, Kaila.

—Nuestra suerte no es como haber nacido en un país rico o en un barrio blanco de clase alta, mamá.

Su madre suspiró y se puso de pie, se acercó a la barandilla y se inclinó sobre ella.

—Si me soltara ahora y me cayera al agua, ¿qué pasaría?

—¿Que tendría que ir a buscarme una madre sin discapacidad motora?

—Ja, ja. Con suerte o sin ella, sufriría hipotermia, como cualquiera. Y si dejara de intentar mantenerme a flote, ¿qué pasaría?

Kaila suspiró.

—Te ahogarías.

—Exacto. No somos inmortales, no somos superhumanos, solo nos han dado un empujón en la dirección adecuada. Depende de ti decidir qué quieres hacer con ello, porque eso es lo que te hace ser quien eres.

Kaila cogió una bocanada temblorosa de aire.

—Quiero estudiar cine.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En la Universidad del Sur de California, en Los Ángeles.

—Qué meta tan maravillosa, Kaila.

Miró a su madre a los ojos.

—Pero ¿puedo?

—Por supuesto. Tu padre fue a Berkeley. Todos los McKinley fueron a universidades de la costa este, y ya sabes lo mucho que viaja Juliette.

—Pero ¿no estamos, en plan…, atrapados aquí?

—Con el tiempo, echarás raíces en Bird Street, sí. Pero, por supuesto, podrás desplegar las alas. Ir a la universidad. Pasar los semestres en el campus y volver a casa en noviembre.

Kaila miró al vacío con gesto ausente.

—Ese podría ser el título de mi peli para la solicitud de admisión. *Volver a casa en noviembre*.

—Anda, suena bien.

¿De verdad sonaba bien?

La primavera pasó volando y Kaila se dedicó a aprovechar la vida. El Día de los Caídos marcó el inicio de una larga racha de buen tiempo. Se empapó del sol y apenas pensó en los Días Oscuros, que en aquel momento estaban igual de lejos en el pasado que en el futuro. Ahora que ya tenía dieciséis años, sus padres no le ponían tantos problemas para que se quedara a dormir en casa de Jax y, tras un sermón sobre tomar buenas decisiones, incluso les dejaron compartir la habitación de hotel en Indianápolis. Kaila disfrutó muchísimo de las buenas decisiones que estaba tomando —decisiones gloriosas, incluso— y Jax y ella estaban más enamorados que nunca.

Por supuesto, entró en la selección tras ejecutar a la perfección un triple mortal y medio carpado hacia atrás desde los diez metros y un doble mortal y medio hacia atrás con doble giro desde los siete.

Jax bajó corriendo desde las gradas, se lanzó a sus brazos y le puso su iPad en las manos empapadas. Los padres y el hermano pequeño de la chica, igual de eufóricos, lo habían visto todo por Zoom y, como no podían abrazarla, se estaban abrazando entre ellos. A papá incluso se le saltaban las lágrimas.

—¡Nos vamos a Paaaarís! —cantaba Django—. ¡Voy a comer *baguettes* hasta vomitar!

Todos se rieron.

En junio, Kaila se apuntó a la autoescuela y ayudó a Django a grabar vídeos para su nuevo canal de YouTube, *Mr. Djangoman*. Se convirtió en un éxito de la noche a la mañana: su versión al estilo swing de los años cuarenta de «Shallow», de Lady Gaga y Bradley Cooper, y su interpretación boogie de «Watermelon Sugar», de Harry Styles, obtuvieron decenas de miles de visitas. Pero lo que le catapultó a la fama fue «Great Balls of Fire». Esa puta canción otra vez.

A la mañana siguiente, su hermano bajó y le enseñó el iPad.

—No lo entiendo —dijo, desconcertado.

Debajo del vídeo, Kaila leyó: «2,1 millones de visitas, hace 16 horas».

—¡Ay, la hostia! —soltó.

—¡Esa boca! —gritó mamá, pero, cuando lo vio, soltó un taco aún más fuerte.

Más celebraciones para los Lewis da Silva. Después de aquello, a Django empezaron a lloverle las peticiones, tantas que la Escuela de Música del Estrecho de Puget tuvo que actuar como agencia. Rechazaron la mayoría, pero, cuando el productor ejecutivo de James Corden llamó para preguntarle si quería tocar en la última

semana de *The Late Show*, Django dijo que sí, y mamá y papá le dieron permiso para hacerlo. Esos dos días en Los Ángeles con la familia fueron una pasada.

Django se enorgullecía de su fama sin una pizca de arrogancia. Lo que más le gustaba era ver con Kaila los vídeos de reacciones que la gente colgaba en YouTube. Ella lo entendía a la perfección: era divertidísimo ver a aquel pequeño virtuoso de diez años volviéndose loco al piano mientras tocaba música viejuna. Era adorable. Y su hermano era bueno. A Kaila le daba vergüenza ajena ver a niños cantando —el horror—, pero la voz de Django tenía un tono ronco y áspero. Tenía garra.

En aquellos días felices, le costaba imaginar que alguna vez hubiera sido capaz de albergar el deseo de morir. Pero en algunos momentos se acordaba del chico de las fotografías de su padre y de todos los que lo habían precedido. En esas ocasiones, algo oscuro se cernía sobre ella, igual que a veces una nube se desprendía de las Cascadas y ensombrecía la tarde soleada.

A veces, a Kaila le parecía ver al Contable.

La primera vez ocurrió en el campo de entrenamiento de Seúl. Estaba a punto de saltar del trampolín cuando, de pronto, lo vio en las gradas. Más oscuro y alto que la gente que tenía alrededor. Con el rostro oculto entre zarcillos de humo, como ramas de noviembre meciéndose al viento. Y, sin embargo, Kaila supo que estaba sonriendo. Entonces, sus piernas la lanzaron al agua de forma automática, como si tuvieran voluntad propia.

No se dio un tripazo; su zambullida fue perfecta. Con el corazón desbocado, salió a la superficie y lo buscó entre las gradas, pero no

estaba allí. Claro que no, se dijo. Había viajado hasta la otra punta del mundo. El Contable no iba a encontrarla allí, ¿verdad?

En otra ocasión, no lo vio, sino que lo olió. Estaba en una de las fiestas de graduación de la familia de Jax en Redmond cuando, de golpe, los olores del ponche a vainilla y naranja y sudor adolescente quedaron desplazados por una alucinación fuerte y aromática, por una fragancia fantasma que resultaba inconfundiblemente suya. Olía al humo que se le arremolinaba sobre los hombros. Al dejo almizclado de su loción de afeitar. A la podredumbre del bosque. Kaila jadeó, tan pronto sacudida por oleadas de frío como de calor, y por un instante la música pareció fundirse con la voz chorreante del Contable: «Quiero darte una cosa. Es solo tuya».

Jax le preguntó si estaba bien. No lo estaba.

Era incapaz de determinar si tales percepciones eran reales o provocadas por sus manías. Pero, en las noches en que se sentía sola, agotada y consciente de que no siempre podía distinguir la realidad de la imaginación, sacaba el trozo de vidrio volcánico negro del joyero y se lo apretaba contra el corazón.

¿Cómo había vuelto a ella? No lo recordaba. La primera vez que lo había tirado, se lo había devuelto un zorro. Pero ¿la segunda vez, después de que su madre se lo quitara?

No lo sabía. No importaba.

Lo que importaba era que la piedra le proporcionaba consuelo.

Consuelo… y una secreta sensación de pertenencia que no sabía definir y a la que no era capaz de resistirse.

Cuando salió a correr la última noche de la primavera, vio un zorro cerca de la linde del bosque. Estaba inmóvil entre la hierba alta, observándola.

Kaila se detuvo.
—Zorro —lo llamó en voz baja—. ¿Eres tú?
El animal se hundió entre la maleza y desapareció.

DJANGO

Mood Indigo. Agujeros en el bosque. Un mensaje desde Luisiana.

VERANO

En julio, poco después de las vacaciones en California, papá le dijo que el señor Hendrickx había fallecido. Invitaron a Django a tocar en el funeral. Le compraron una corbata y un par de zapatos negros brillantes para que marcara el ritmo con los pies, como siempre hacía el señor Hendrickx. En el estrado, debajo del piano, había una alfombra, pero el niño pidió que la quitaran porque creía que era lo que habría querido el señor Hendrickx. Él le habría dicho: «¡Déjate ya de mierdas sensibleras y escúchalo de una vez!».

No estaba seguro de qué iba a tocar hasta que oyó que «Mood Indigo» le brotaba de los dedos. Aunque estaba nervioso por primera vez en su vida, encontró la melodía donde siempre había estado: titilando a través de una neblina de acordes fugaces. El muchacho se dejó llevar por ella. Supo que lo estaba haciendo bien cuando oyó el «Jadadal-deeda» de la señora Hendrickx, que se secaba los ojos enrojecidos con un pañuelo en la primera fila. Aquel día, la mujer parecía más vieja que el tiempo, y Django supo, instintivamente, que no le quedaba mucho tiempo de vida. Eso era bueno. Después de haber pasado casi un siglo entero con alguien, a uno no debía de apetecerle seguir solo demasiado tiempo.

No hubo aplausos —esas cosas no se hacen en los funerales—, pero luego proyectaron un vídeo del señor Hendrickx tocando

«Farewell Blues» y Django, que hasta entonces no había derramado una sola lágrima, apoyó la cara en el traje de papá y lloró.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró su padre.

—Esta será la última vez que lo oiga tocar.

—No, hijo. Lo oirás cada vez que toques tú.

—No tengo miedo —dijo Liam.

—Está prohibido —replicó Harper.

—Me la pela.

Estaban amontonados alrededor de la zanja que Liam y él habían cavado bajo la valla. Liam metió los dedos entre los rombos de alambre para levantar las puntas de la parte inferior. Harper tenía razón, por supuesto. Podías jugar en cualquier rincón de Bird Street, pero había cuatro lugares vedados: el camino forestal cerca de Camp Heron (demasiado lejos y demasiado tráfico), junto a la puerta del despacho de Joyce Wachowski (se volvía loca si la interrumpías mientras escribía), el patio de atrás de Django cerca de la valla (obvio) y el bosquecillo de detrás del bungaló de los Aikman.

Allí era justo donde estaban. Por lo general, Django era un niño obediente, sobre todo en lo que respectaba a los Días Oscuros, pero ya tenía once años, era un caluroso día de agosto y el bosque estaba repleto de libélulas, como una arboleda de cuento de hadas. Le había picado la curiosidad.

—¿Quién va primero? —preguntó Liam—. O yo te sujeto la valla o tú me la sujetas a mí.

—Ve tú primero.

—Vale.

Liam hizo ademán de agacharse, pero Harper lo detuvo.

—No quiero. No podemos.

—De acuerdo, pero entonces tienes que irte a casa. Nosotros vamos a entrar y no puedes quedarte jugando aquí sola.

—No quiero irme a casa.

—Entonces te toca venir con nosotros. Mira, es muy fácil.

Liam se dejó caer sobre las rodillas desnudas y se coló por debajo de la valla metálica. Django la levantó todo lo que pudo, y a su vecino solo se le enganchó la camiseta una vez en las puntas. Ya al otro lado, se puso de pie enseguida.

Su amigo había cruzado la valla prohibida. Django sintió que una vena le latía en el párpado.

—Ahora tú.

Entonces fue Liam quien sostuvo la alambrada en alto y Django el que se tumbó, con la nariz casi tocando el suelo. Los voluptuosos olores del bosque le invadieron las fosas nasales: moras, agujas de pino, tierra oscura. Él no era un saco de huesos como su vecino, pero este tenía la fuerza necesaria para levantar mucho la alambrada y el muchacho logró arrastrarse como un gusano hasta el otro lado sin arañarse los hombros ni las piernas. Se levantó y miró atrás.

Hacía un segundo, estaba allí. Ahora, estaba aquí. A un metro de distancia y, sin embargo, todo era distinto.

—Vamos, Harper —ordenó Liam—. Te toca.

A regañadientes, la niña empezó a deslizarse bajo la valla. A medio camino, su hermano soltó el alambre para que las púas le golpearan el trasero a través de los vaqueros.

—¡Ahora estás atrapada! —cacareó.

—¡Liam, idiota! ¡Para de una vez!

—Solo era una broma. —Volvió a levantar la valla—. Vamos, no te pasará nada.

Harper era tan menuda que las púas de la valla ni siquiera le habían arañado los vaqueros. Un segundo después, estaba de pie junto a ellos.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Django.

—Ahora exploramos.

El bosque era verde y marrón y estaba lleno de una luz tranquila. Al principio, se alejaron de la valla caminando en línea recta, pero la densidad de los helechos y las laderas abruptas no tardaron en obligarlos a desviarse. Liam ideó un ingenioso plan para evitar que se perdieran: clavar palos en el suelo como si fueran postes indicadores, siempre uno a la vista del anterior. A prueba de tontos, y mucho más inteligente que el de Hansel y Gretel con sus absurdas piedrecitas, porque todo el mundo sabía que las piedrecitas no reflejaban la luz de la luna (por no hablar de las migas de pan… Imbéciles).

Encontraron varas de zahorí y se pusieron a buscar oro escondido de los tiempos del Tío Gilito y Klondike y, luego, Jibblymowers.

—¿Cómo sabremos cuándo hemos encontrado algo?

—Oh, lo sabrás —dijo Liam—. Se hundirá.

Django no sabía muy bien qué significaba eso, pero no le cabía duda de que sería así. Ahora que habían cruzado la frontera prohibida de la valla, se sentía extrañamente en equilibrio. Todo le parecía precioso e íntimo: los huecos en penumbra de las laderas, los abejorros en los ranúnculos amarillos, los grillos entre la maleza. Experimentaba una fuerte sensación de pertenencia, no solo porque

aquel bosque lindara con su patio de atrás, sino porque sentía que formaban parte de un secreto que se hallaba en los cimientos de su vida.

—Ostras, esperad… —dijo Liam. Se detuvo y se quedó mirando, como hipnotizado, la punta de su vara de zahorí—. Bah, no es nada.

Y siguieron adelante.

—¿Los has visto alguna vez? —preguntó Django.

—¿A los Jibblymowers? Nunca. Pero sé que están ahí.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque me lo dijo Ethan. Él tampoco los ha visto nunca, pero el chico que vivía antes donde ahora viven Gray y Laura se lo contó a mi hermano, y él sí había encontrado uno de sus agujeros.

—¿Por qué viven en agujeros? —preguntó Harper, a la que le costaba seguirles el ritmo.

—¿Por qué vivimos nosotros en casas? Así son las cosas.

—No te creo.

—Da igual que no me creas, es un hecho. En cualquier caso, ahora el chico está muerto.

—¿Por qué está muerto?

Liam trepó por encima de un tronco caído.

—Porque cuando los Jibblymowers te ven, te lanzan un hechizo y quedas maldito. Tendrás mala suerte y te morirás. ¿Verdad, Django?

—Quizá no. —El muchacho respondió con una evasiva porque no quería asustar a Harper. Luego, solo porque conocía la palabra, añadió—: Es cuestionable.

—No lo es. Me lo ha contado Ethan. Debemos tener mucho cuidado. Sobre todo tú, Harper. Podrías tropezarte en un agujero y caerte dentro sin darte cuenta.

—¡No!

—Sí. Te maldecirían y morirías, y nosotros no estaríamos ahí para ayudarte.

—¡Para o me voy a casa y se lo cuento a mamá y a papá!

—¿Cómo, tú sola?

Django vio que a Harper empezaban a temblarle los labios. Era hora de intervenir:

—Pero, si los Jibblymowers son tan peligrosos, ¿por qué los estamos buscando?

—¡Para darles una patada en los huevos! —gritó Liam, y echó a correr hacia delante segando los helechos con la vara de zahorí y lanzando patadas de kárate al aire.

—Liam está loco —observó Harper en tono serio.

—Lo sé —contestó Django.

Pero el muchacho también era divertido, inteligente y su mejor amigo. En un destello de claridad, vio un único camino que se bifurcaba en dos posibilidades. En una de ellas, Liam se convertía en un exitoso jardinero central de los Mariners. Se ganaba un traspaso a los Dodgers y se convertía en campeón de las Series Mundiales. Y, quizá, después diseñara un nuevo y prestigioso rascacielos. En la otra, en uno de los Días Oscuros de la etapa más difícil de su adolescencia, se llevaría un AR-15 semiautomático al Instituto Cedarcrest y vaciaría sus cargadores contra sus compañeros de clase.

Fue como recibir un bofetón. De pronto, el calor del verano atrapado bajo las copas de los árboles le parecía húmedo y pegajoso. Ya no era acogedor, sino opresivo. Le daba escalofríos.

Corrieron para alcanzar a Liam y, cuando lo consiguieron, Harper miró hacia atrás, jadeando.

—Ya no veo la última señal.

—Sí la ves —replicó su hermano—. Ahí abajo, detrás de esos dos árboles retorcidos.

—Pero no la veo.

Django escudriñó la ladera descendiente, cubierta de ramas cubiertas de musgo verde brillante. Harper tenía razón.

—¿Volvemos?

—No —dijo Liam—. Lo encontraremos, no te preocupes.

Empezó a clavar otro palo en el suelo como si fuera un sacacorchos, pero no dejaba de caerse.

—Quiero irme a casa —protestó Harper.

—¡Deja de lloriquear! Te dijimos que podías venir si no lloriqueabas.

—Pero ¿adónde vamos?

—¡A ningún sitio! Solo estamos explorando. Cuando estás explorando, nunca sabes adónde vas. De eso se trata.

—Explorar es una tontería.

—Tú eres sí que eres tonta.

Liam se rindió con el palo, así que Django intentó clavarlo en un lugar donde el suelo era más blando. Se preguntó a qué distancia estaría el marcador anterior. No se preocupó demasiado por ello: solo tenían que bajar y bajar hasta que, en algún momento, llegaran a la valla.

Al fin y al cabo, ¿no tenían suerte?

Continuaron por un terreno más llano, entre gigantes del bosque con el tronco rojo y ancho como un camión de bomberos. Un rato

después, Liam se detuvo.

—Escuchad.

Django ladeó la cabeza. Un silencio profundo lo envolvía todo y espesaba el aire. Ni una pizca de viento. Las copas de los pinos permanecían inmóviles mirando hacia el cielo. Incluso las libélulas y los grillos habían desaparecido.

—No se oye nada. Ni un solo pájaro.

—Nada.

Una vez más, Django pensó que aquello parecía un bosque de cuento de hadas, pero ahora la idea había perdido el encanto. Los bosques de cuento de hadas empezaban siendo divertidos, pero luego te perdías y, al final, siempre había algo que quería comerte.

Abrió la boca para proponer que se dieran la vuelta, pero, de pronto, Liam abrió los ojos como platos:

—¡Ostras! ¿Qué es eso?

Echó a correr con la vara de zahorí rebotando delante de él.

—¡Liam, espera!

—¡Quiero irme a casa! —vociferó Harper.

Durante una milésima de segundo, Django se planteó qué hacer. Luego agarró a su vecina por la muñeca y empezó a perseguir a Liam tirando de ella. No le apetecía nada quedarse atrás, solo, en el bosque, con una niña llorando. Pasara lo que pasase, tenían que permanecer juntos.

—¡Liam, para!

—¡Quiero irme a casa! ¡Quiero irme a casa! ¡Quiero irme a casa!

—¡Enseguida nos vamos! ¡Pero ahora tienes que correr más rápido!

Pero las piernecitas de Harper no podían hacer que fuera más rápido; no tardó en tropezar, y Django la cogió en brazos para no perder de vista la camiseta blanca de Liam, que ondeaba a su espalda. Ahora la niña había empezado a llorar a gritos, con los alaridos prolongados de un bebé aterrorizado.

Entonces Django también lo vio.

El bosque se abría hacia un paisaje que, según todos los indicios, tendría que haber sido bonito, pero no lo era. Las ciénagas destellaban a lo lejos y reflejaban las montañas boscosas. El terreno, que descendía hacia la orilla, estaba entreverado de raíces retorcidas, desprovisto de árboles o tocones, pero repleto de matas de hierba y matorrales pantanosos. Y había montones de ramas por todas partes. Decenas, quizá un centenar. Parecían nidos de cóndores, o de aves del trueno, o de pterodáctilos de *Jurassic World*.

Liam se había detenido nada más salir de las sombras del bosque, y por fin lo alcanzaron. Se volvió hacia ellos aire triunfal.

—¡Os dije que encontraríamos algo!

Harper dejó de llorar. Se enjugó los ojos con el dorso del brazo y miró a su alrededor.

—¿Qué son todos esos montones? —preguntó Django.

—Ni idea.

—¿Crees que alguien los ha puesto ahí?

Liam tenía que saberlo. Liam era el constructor.

—Sí, supongo. Es imposible que sean naturales.

—Pero ¿por qué?

—A lo mejor es un antiguo cementerio indígena.

—Ostras… —Aquello abrió una cueva del tesoro de ideas geniales —. A lo mejor eran fantasmas del pantano. O druidas.

—¿Qué son los druidas? —quiso saber Harper.

—Viejos con la barba larga que practican la magia blanca. Como Gandalf.

—O magia negra, si son malvados —añadió Liam.

—Cierto, pero construyeron todo tipo de sitios raros para hacer su magia. Y son parecidos a este.

—No veo a ningún hombre con la barba larga —dijo Harper mientras miraba más allá de las ciénagas.

Ahí también reinaba el silencio. Ni un solo pájaro cantaba en la zona pantanosa. Detrás de ellos, el sol se cernía a baja altura en el cielo y les abrasaba la nuca. Debía de estar haciéndose tarde. El aire de agosto era sofocante. Todo estaba teñido de colores cálidos: el aire, el agua, el musgo seco. Y, aun así, todo parecía estar mal.

«Muerto, esa es la palabra. Todo parece estar muerto».

Había algo entre los montones de más abajo. Liam echó a correr de nuevo.

—¡Puaj! Django, ¡ven a ver esto!

El chico lo siguió y Harper también, pero su hermano levantó una mano para detenerla.

—Tú no, Harper.

Lo dijo con la voz cargada de la suficiente autoridad paterna como para hacer que su hermana dudara. En aquel mismo momento, Django lo vio y le bloqueó la vista a la niña con el cuerpo. Era un alce. En avanzado estado de descomposición. La cornamenta seguía en su sitio, pero le faltaban los ojos. Los gusanos y las moscas lo infestaban. «Carne caliente», fue el pensamiento que le invadió, unas palabras aleatorias que desencadenaron una avalancha de recuerdos enterrados. Estaba el familiar olor a amoníaco. El

hedor de la podredumbre. Estaban los hilos que se cruzaban desde los agujeros del cadáver del animal hasta el suelo y viceversa.

No…, no era real. No estaban en los Días Oscuros.

Y, sin embargo, los sentía muy cerca.

—Alejaos —siseó Django—. Tenemos que largarnos de aquí.

—¿Qué pasa? —gritó Harper.

—Un animal muerto —le contestó su hermano con la nariz pálida —. Está todo podrido. Es mejor que te quedes ahí, Harper. ¡Apesta!

Metió el palo al cadáver y Django se apartó.

—Liam. —Su amigo se giró, y Django asintió con la cabeza, serio, y bajó la voz al decir—: Los agujeros de los que te habló Ethan. No creerás que… —No terminó la frase, pero volvió a asentir, esta vez señalando el montón de ramas más cercano. Se le pegó la lengua al paladar. Entonces Liam metió el palo entre las ramas. En muchos sentidos, aquello era peor que el alce—. No —susurró—. No las remuevas…

Pero Liam sentía curiosidad. Enterró la punta de la zapatilla en el montón. Las ramas eran viejas, de un color gris blanquecino, y estaban secas como el polvo, como los huesos de los ancianos. Algunas se quebraron bajo la suela de Liam.

Lo que sucedió a continuación fue rápido, demasiado rápido. Liam avanzó, se adentró en el montón de ramas con la idea de destrozarlo. En cambio, se hundió en él como si fuera de arenas movedizas. Primero hasta las caderas. Luego hasta los hombros. Se revolvió, pero solo consiguió partir ramas que se precipitaban con él hacia el interior, como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. Todo sucedió lo bastante despacio como para que Django pudiera ver el terror que traslucía el rostro de su amigo.

Aquella mirada no la olvidaría nunca.

—Socorro…

Django saltó. No pensó. Se lanzó para agarrar a Liam por la muñeca y se raspó las rodillas, pero la inercia de su amigo lo arrastró hacia delante y Django cayó encima de él. Las ramas le pincharon, se le clavaron y le hicieron arañazos calientes en la piel; se rompieron como juncos bajo el peso añadido. Tuvo la desconcertante sensación de caer a través de una bolsa de aire, y el estómago le dio un vuelco. En un destello, vio lo que había allá abajo: un agujero profundo y oscuro lleno de ramas.

Y no tenía fondo.

Gritó. Debajo de él, Liam gritó. Por encima de él, Harper gritó, pero eso ya quedaba muy lejos. La oscuridad crecía muy rápido. Y, mientras se hundía cada vez más en el agujero, Django pensó: «Los Jibblymowers viven en agujeros. Los Jibblymowers, las Cosas Muertas y el resto de lo que se arrastra».

Cazados por Aquel Que Siempre Tiene Hambre.

Puede que la caída durara solo unos segundos, pero a Django se le hizo increíblemente larga. Cuando se detuvieron de golpe, fue como si el mundo entero se hubiera paralizado.

Poco a poco, empezó a llenarse de ruidos. Sus jadeos y resoplidos. Los gemidos de Liam. El zumbido de la sangre en los oídos. Harper berreando, muy lejos. Mucho más cerca, el crujido de una rama, tan fuerte como un disparo. Se hundieron más y Django gritó, pero fue solo un poco.

—Ay —gimoteó Liam.

Muy arriba, al menos a ocho metros, Django vio un esquicio de luz del día. Daba la sensación de que estuvieran en el fondo de un pozo. Las paredes eran de tierra, se alzaban en vertical y tenían zarcillos de raíces colgando por todas partes. Una maraña de ramas llenaba el círculo como si fueran los garabatos de un niño pequeño. Y Django se dio cuenta enseguida de que lo que estaba viendo era imposible.

Habían atravesado las ramas al caer. Tenían que haberlas roto, pues si no jamás habrían podido hundirse tanto. La lógica dictaba que los restos debían de haber quedado debajo de ellos, formando el lecho irregular que les arañaba la espalda y las nalgas. Pero ahí era donde terminaba la lógica. Porque una red de raíces en forma de embudo se había cerrado sobre su cabeza.

Como si el agujero hubiera vuelto a llenarse.

Django miró hacia abajo y solo entonces se dio cuenta de lo escabrosa que era su situación. No estaban, ni de lejos, cerca del fondo. Estaban colgando en algún punto intermedio, porque una raíz tan gruesa como un brazo parecía haber detenido la caída de Liam. Django estaba suspendido alrededor de un metro por encima de él. Pero ¿cómo era eso posible? Acababa de darle un codazo en el costado al intentar impulsarse hacia arriba. Lo había notado. Y ahora había raíces retorcidas entre ellos. Desconcertado y aterrorizado, Liam miró hacia arriba. Tenía las extremidades arañadas y le salía sangre de la frente.

—¡Liam! Liam, ¿estás bien?

—¡Creo que no! No puedo moverme. Si lo hago, ¡todo se hundirá!

Pero se movió de todos modos y la raíz gruesa se partió. Gritando, se alejó aún más.

—¡No te muevas! —aulló Django.

«¡Joder, joder, joder!».

Liam empezó a llorar, lo cual empeoró aún más las cosas. Salvo por algunos rasguños, Django no estaba herido porque su amigo se había llevado la peor parte de la caída. Pero las raíces que tenía debajo de la espalda crujían y, si se rompían, rebotaría contra Liam como una bola de billar. ¿Cuánto más caerían? ¿Hasta dónde llegaba aquel pozo?

—¿Puedes trepar? —preguntó Liam con la voz vacilante.

Las paredes estaban demasiado apartadas para poder subir apoyándose en ellas. Con mucho, muchísimo cuidado, Django movió una mano y agarró una raíz por la base. Le dio un tirón. Se desprendieron pedazos de tierra, pero la raíz aguantó y pudo alzarse un poco.

Justo después, la rama en la que tenía apoyada la cadera se partió.

Django se revolvió y logró agarrarse a otra raíz con la mano libre. Las piernas se le balancearon en el aire, se arañó las pantorrillas y, con un ¡uf!, se quedó colgando de los brazos. Liam se encogió para protegerse de los escombros que le llovían mientras Django pataleaba hasta encontrar un nuevo punto de apoyo para los pies.

Era inútil. Como intentar escalar un castillo de naipes.

—No puedo.

—¿Llevas el móvil? —preguntó Liam.

Aunque sabía que la respuesta era no, Django se palpó los bolsillos. Nunca cogía el móvil cuando salían cerca de casa.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Se miraron a los ojos, y entonces Django sintió las primeras sacudidas del pánico. Habían crecido más raíces entre ellos, algunas tan gruesas como brazos. No las había visto crecer, no lo había notado, pero había sucedido. ¿Y si Liam no conseguía abrirse paso entre ellas? ¿Y si al cabo de un minuto ya ni siquiera podía ver a su amigo?

Miró hacia arriba y gritó:

—¡Harper! Harper, ¿estás ahí?

Silencio.

Liam se unió a él. La carita redonda de Harper apareció en el agujero. Seguía llorando. Soltando alaridos, más bien.

—¡Harper! —gritó Liam—. ¡Tienes que callarte y escuchar!

—¡No te veo! —berreó ella.

—¡Estamos aquí! ¡Mira entre las ramas! ¡Harper, tienes que ir a buscar ayuda! ¡No podemos salir!

—¡Pero no sé adónde ir!

Django pensó un segundo.

—¡Harper! ¿Ves el agua y las montañas?

La niña miró hacia atrás y desapareció momentáneamente del agujero.

—Sí —oyeron a lo lejos.

—Dale la espalda al agua y aléjate de ella en línea recta. Llegarás al bosque y, a partir de ahí, solo tienes que bajar la ladera. Puede que encuentres las señales de Liam, pero no te preocupes si no las ves. Tú sigue bajando hasta llegar a la valla. No tiene pérdida.

Unos segundos de silencio.

—¡Tengo miedo!

—¡Tienes que hacerlo, Harper! —gritó Liam, y Django notó la desesperación que le teñía la voz—. ¡O no saldremos de aquí!

—¡Pero Hansel y Gretel también siguieron el rastro de vuelta y solo se encontraron a la bruja!

—¡En Lock Haven no hay brujas! —gritó Django.

Liam bajó la voz:

—¿Y la señora Aikman?

Django reflexionó sobre las palabras de su amigo.

—¡Excepto quizá la señora Aikman! —gritó—. ¡Pero, una vez que llegues a su casa, solo tienes que cruzar la calle!

—¡Es que no quiero ir sola!

Aquello era desquiciante. ¿Cómo se hacía entrar en razón a una niña de siete años?

—Escucha —gritó—. ¡Todavía hay luz, todavía puedes encontrar el camino de vuelta! ¡Solo tienes que caminar cuesta abajo! Pero, si sigues esperando, oscurecerá y hará frío, y entonces las brujas sí que saldrán arrastrándose del agua ¡y los lobos también!

—¡Y los Jibblymowers! —añadió Liam. A Django le confió—: Les tiene miedo.

—Y los Jibblymowers —gritó Django—. Así que es mejor estar allí que aquí. ¡Tienes que buscar ayuda lo antes posible!

Otro silencio largo.

—Vale —oyeron entonces.

—¡Muy bien, Harper! ¡Así se hace!

—¡Me voy ya!

—Oye, Harper —gritó Liam. Su hermana lanzó una última mirada hacia abajo—. No te caigas en ningún agujero.

El rostro de la niña desapareció de la abertura y ambos se quedaron callados.

—¿Crees que encontrará el camino? —preguntó al fin Django.

Liam se limitó a mirarlo con una expresión que indicaba que estaba al borde del colapso. Quizá fuera mejor no responder a esa pregunta. Quizá fuera mejor esperar sin más.

No, esperar le desquiciaba. Así que hizo otro intento de salir del pozo. Apartando las ramas delgadas que tenía por encima, impulsándose con otras; pero, por más que lo intentara, todas se desprendían, y debía tener muchísimo cuidado de no hundirse aún más.

—No sirve de nada —dijo Liam cuando Django se rindió.

La voz de su amigo sonaba extraña. No solo porque esta vez viniera de más abajo ni porque Django percibiera la desesperanza que la impregnaba.

Sonaba como una voz salida de una tumba.

La luz cambió. El cielo color miel de agosto dio paso al resplandor apocalíptico del sol poniente. El día comenzaba a desvanecerse y, entre la tierra, a Django se le iban acostumbrando los ojos a la oscuridad.

Era imposible saber cuánto tiempo había pasado. La espera era horrible, pero más horrible aún era que hubiesen dejado de hablar. Django sabía que se debía a algo más que al miedo. Estaba experimentando una inusual sensación de animadversión hacia su amigo. Era a Liam a quien se le había ocurrido aquel plan. Quien había empezado a cavar esa estúpida zanja por debajo de la valla y quien había seguido insistiendo en que avanzaran, incluso después

de que se hubiesen perdido y de que Harper se asustara. Y Liam era quien había removido el montón. Si había que culpar a alguien, era a Liam.

«Da igual de quién sea la culpa. Los dos habéis roto las normas y ahora estáis pagando las consecuencias. Harper se ha torcido el tobillo, o se la ha comido un lobo, y aquí no hay nadie para ayudaros».

Se sacó ese pensamiento de la cabeza y se estremeció. Era mejor concentrarse en conservar el calor. Aunque arriba era verano, bajo tierra hacía frío y los músculos ya se le estaban agarrotando. Frotarse las extremidades quedaba descartado si no quería alterar el frágil equilibrio de las ramas que lo sostenían.

«No tendrías que haberle hecho caso a Liam. Te dijo que los Jibblymowers te atraerían a sus agujeros, pero la verdad es que ha sido él, ¿no? Él te ha atraído aquí».

¿Qué era aquel agujero?

No lo habían cavado los humanos, eso lo tenía claro. Ni siquiera los druidas.

Simplemente estaba.

Y estaba mal.

Desde arriba, muy lejos, tal vez desde el otro lado del agua, le llegó un grito áspero e histérico. A Django se le pusieron los pelos de punta y sintió que se le encogían las retinas. El chillido se elevó como una sirena, se quebró en carcajadas y terminó convirtiéndose en un sollozo. Django no conocía ningún pájaro capaz de producir un sonido así.

El grito se apagó y ahora, por encima del pozo, el cielo era de un morado intenso, salpicado de unas chispas rápidas que Django

reconoció como luciérnagas. Dentro del pozo, el frío ya no era solo físico y no podía dejar de temblar.

Bajó la vista. Desde la oscuridad, Liam lo miraba de hito en hito. Tenía los labios azules. Por debajo de la piel pálida le asomaba una red de venas, y los ojos le ardían con una intensidad gélida y acusadora.

—Te has acostado con mi Catherine —dijo.

—¿Q-qué?

—Olí el oro en el norte y tú me robaste a mi mujer.

A Django se le hundió el corazón en el estómago. A Liam le pasaba algo, algo horrible. No podía dejar de mirarlo. Los ojos de su amigo eran dos canicas ahumadas de ira sombría. Intentó pronunciar su nombre, pero lo único que le salió de los labios fue un susurro ronco.

Una sonrisa hueca y aterradora le deformó el rostro a Liam. Fue como si se le hubiera caído una máscara y, en ese momento, Django se dio cuenta de que no era Liam quien estaba con él en la oscuridad, sino un desconocido.

—Es demasiado tarde —dijo el extraño—. No puedo salvarte. La oscuridad es solo nuestra, y tus huesos y los míos nunca… se… separarán…

Entonces el mundo dio un vuelco vertiginoso y una avalancha de ramas cayó sobre él. Solo que no eran ramas, eran huesos, y brillaban con un resplandor enfermizo bajo la luz moribunda. Django jamás había experimentado un pánico así. Se revolvió, buscó a tientas, se hundió cuando las raíces se partieron bajo su peso y, con cada movimiento, caía más y más hacia aquella cosa que una vez había sido su mejor amigo, pero que ahora era algo distinto. El pozo

se inclinó hacia atrás y giró en dirección contraria. Unas manchas grises le brotaron ante los ojos, los oídos le zumbaban y, en un último y desesperado esfuerzo por conservar la cordura, el corazón le desalojó toda la sangre del cerebro. Aquello era puro terror y, presa de él, Django se desmayó.

Cuando despertó, estaba desorientado. Un traqueteo de huesos. Alguien que gritaba su nombre. Con un sobresalto, recuperó el sentido. Seguía dentro del agujero, suspendido en una red de raíces que gemían. Así que no había sido un sueño. Eran las ramas lo que traqueteaba, no huesos. Liam se estaba moviendo.

Pero ¿era…?

—¡Django! ¡Django, por favor!

Sí, era Liam. Había lágrimas en su voz.

—Estoy aquí, Liam.

—Dios mío, se te estaba yendo la olla…

—Lo sé. Ya estoy bien. Por favor, no me sueltes.

Porque era cierto: Django sentía las manos de su amigo en el cuerpo. Debía de haberse hundido hasta su altura y Liam lo había rodeado con los brazos. Quizá para consolarlo. Quizá porque él mismo ansiaba un abrazo. En circunstancias normales, le habría dado vergüenza, pero ahora Django lo agradecía de todo corazón. Seguían siendo amigos.

Estiró el brazo y le agarró una mano a Liam. La mano se aferró a la suya. Estaba fría.

—Perdóname —dijo su amigo en voz baja—. Es culpa mía que estemos aquí. No tendría que haberme empeñado.

Entonces Django se estremeció hasta la médula de los huesos.

La voz de Liam. Venía al menos de metro y medio más abajo.

Bajó la mirada y, en la penumbra, vio las manos de Liam sobre su camiseta amarilla, sucias y mugrientas.

Había tres.

Django apartó la mano con brusquedad al mismo tiempo que un espasmo brutal lo atravesaba como una descarga eléctrica. Al instante, la rama que le sostenía los pies se partió y Django se hundió medio metro más. Se estremeció, sintió un hormigueo en la piel, se retorció porque todavía notaba aquella mano en la suya, como un eco, y solo entonces cobró conciencia de lo pulposa e inerte que le había parecido.

—¡Liam!

—¡Eh…! —gritó el otro—. ¿Qué estás haciendo?

—¡No estoy haciendo nada!

—Claro que estás haciendo algo, ¡me has tocado!

Ahora sí que le hormigueaba todo. El cuello. El pelo. Las axilas. Roces por todas partes. Caricias, casi. Django levantó la cabeza de golpe.

«Manos por todas partes».

Venían de la tierra que había por encima de él, por debajo de él, a su alrededor. Se estiraban para tocarlo. Gritó y las manos se replegaron entre las raíces, como si el ruido las hubiera disuadido.

—¡Qué coño es esto! —gritó Liam.

—¿Qué pasa?

—¡Hay algo aquí abajo!

—¡Aquí también!

—¡Qué cojones! ¡¿Qué cojones es eso?!

Cuando volvió a mirar hacia abajo, el mundo titiló ante los ojos de Django. La oscuridad estaba plagada de manos que flotaban. Liam

las tenía por todas partes, se le deslizaban por la cara y los brazos, por debajo de la camiseta, por el pelo. Su amigo se sacudía y gritaba.

Lo que Django hizo a continuación fue puro instinto, y era lo único que podía hacer. Se agachó y, con la boca hacia abajo, rugió con todas sus fuerzas. Con más fuerza que Little Richard en «Good Golly, Miss Molly». Con más fuerza que James Brown en «I Feel Good». Qué coño, con más fuerza que The Killer durante sus actuaciones más salvajes en *The Steve Allen Show*.

Como ratas asustadas, las manos salieron disparadas en todas direcciones y desaparecieron. Liam se incorporó de golpe, sacudiéndose el cuerpo, gritando.

—¡Muévete! —rugió Django—. ¡Ya!

Impulsado por un horror primigenio, el chico enganchó los dedos alrededor de la base de dos raíces, pero esta vez se aseguró de buscar también puntos de apoyo para los pies. Más abajo, Liam hizo lo mismo. Tal vez fuera el pánico lo que les permitió superarse a sí mismos y hacer lo que no habían sido capaces de hacer hasta entonces: trepar como gusanos por el pozo, agotador centímetro a agotador centímetro. Django agarró, tiró, cavó, empujó, apartó la cara y se aferró a raíces nuevas, más firmes. El pozo se había convertido en un caos tan enmarañado que había montones de sitios a los que agarrarse. Cada vez que temía haberse atascado, rugía y se propulsaba a través de las venas retorciendo el cuerpo, encontrando otro camino hacia arriba.

Ya no veía manos, pero las sentía más que de sobra. Las sentía por todas partes, acariciándole la espalda y las pantorrillas. Django pataleaba y gritaba y, en algún momento, se puso a cantar. Jamás

recordaría qué, pero cantó hasta que le dolió la garganta, y luego se echó a reír. En el momento más oscuro de su vida, el chico sintió una euforia extraña y, cuando más tarde le contó a su padre el episodio que había vivido en el bosque, omitió esa parte porque, aunque solo tenía once años, intuía que se había acercado peligrosamente a la locura.

Un último empujón lo sacó del pozo como si fuera un muñeco impulsado por un resorte, y Django se desplomó bocabajo sobre una maraña de ramas al borde del agujero, jadeando. Le sorprendió la calidez del suelo del bosque. La oscuridad ya era absoluta, las estrellas parpadeaban en el cielo. Allí arriba, hacía una agradable noche de finales de verano, y ¿por qué no iba a cerrar los ojos un segundo? Solo necesitaba quedarse un rato allí tumbado, escuchando a los mosquitos, quizá echarse una siesta.

Entonces alguien lo agarró del brazo y tiró de él: Liam.

—Nos largamos —jadeó—. Ahora mismo.

Más tarde, no recordaría gran cosa de su salida a través del bosque, solo que la oscuridad era monumental. Sí recordaba que no hablaron. Algo había cambiado entre ellos. Para siempre, supuso Django, aunque no era capaz de identificar el porqué. No dejaba de pensar en todas aquellas manos. En cómo se habían deslizado en masa por el cuerpo de Liam.

Marcándolo.

Cuando menos lo esperaban, se toparon con la valla metálica, y el resplandor amarillento de una farola los guio hasta la zanja que habían cavado tras la parcela de los Aikman.

Debatieron adónde ir: si a casa de Liam o a la de Django. ¿Qué padres serían más comprensivos? Pero necesitaban saber si Harper había conseguido llegar, así que se decidieron por la de Liam.

Harper no había vuelto a casa.

Y sus padres estaban furiosos.

Por supuesto, llamaron a los de Django de inmediato. Estaban fuera de sí. ¿Cómo habían podido ser tan idiotas? ¡Y para qué narices estaban las normas! Pero, incluso en esos momentos, Django vio algo más en la mirada de papá. No lo culpaba a él, se culpaba a sí mismo. Estaba claro que tarde o temprano tendría que pasar algo así.

Papá, Marc, Gray Júnior y el señor Aikman salieron con linternas a buscar a Harper. Mamá se llevó a Django a casa y lo mandó a su habitación. En la cama, probó unas mil posturas diferentes y ninguna hizo que le entrara sueño. Pero al final se quedó dormido, porque se despertó cuando papá entró en su habitación mucho más tarde. Habían encontrado a Harper en las ciénagas, dijo, metida en el agua hasta la cintura. Le había dado una hipotermia, pero tenía suerte de estar viva.

—¿Viste algo extraño ahí abajo? —le preguntó Ralph, sentado en el borde de la cama.

—No —respondió Django—. Solo nos quedamos atascados.

—Harper podría haber muerto. ¿Lo entiendes? Le pedisteis que cruzara sola el bosque. Podría haber pasado cualquier cosa. Podría haberse caído en una zanja o haberse dado un golpe en la cabeza contra una piedra. Podría haberse ahogado. Un oso o un puma podrían haberla atacado.

«U otra cosa», pensó Django. No hacía falta decirlo en voz alta, porque lo vio reflejado en los ojos de su padre.

Se quedaron en silencio un rato y papá empezó a enrollarse el pelo de Django en un dedo, algo que al niño siempre le había gustado.

—¿En qué estabais pensando? Ya conocéis las reglas. El bosque es peligroso.

—Pero ¿no tenemos siempre tanta suerte? Creíamos que, siendo nosotros, no nos pasaría nada.

Su padre le lanzó una mirada larga e inescrutable y luego negó con la cabeza.

—No hay medicina contra la estupidez.

El castigo se discutió a la mañana siguiente, durante el desayuno. Dos semanas sin salir, hasta el final de las vacaciones de verano. Y sin paga durante un mes. Y tareas domésticas, muchas tareas domésticas. Mamá y papá lo habían hablado con los Wachowski y Liam pagaría el mismo precio. Pero ya no estaban enfadados, no de verdad. La pesadilla de la víspera parecía haberse desvanecido, como si fuera algo que había pasado hacía tiempo, puede que durante los Días Oscuros del último año. Mamá fingió ser uno de los miembros del jurado y papá dictó el veredicto como un juez de verdad, golpeando la mesa de la cocina con su mazo, y todos se partieron de risa.

Se acabó el andar por ahí haciendo el tonto con Liam durante lo que quedaba de verano, pero Django se dio cuenta de que no le molestaba. No le habían quitado el piano, y eso era lo más importante.

Después de desayunar, mientras Django frotaba el horno con un estropajo y una botella de Don Limpio, mamá entró con el iPad.

—Tienes un mensaje.

—¿De quién? —preguntó Django.

—Viene con un correo electrónico —dijo mamá, lo cual no era una respuesta—. «Por favor, acepta mis disculpas por los meses y meses de retraso en responder. Tras su fallecimiento, esto quedó traspapelado entre un montón de trámites. Grabó este mensaje unas semanas antes de morir. Estoy segura de que le habría encantado saber que por fin te ha llegado».

Era un vídeo grabado con un teléfono. El hombre era más viejo que Matusalén y llevaba una chaqueta roja con brillos. Su acento sureño era aún más marcado y ceceaba debido al derrame cerebral, pero Django lo reconoció al instante.

«Hola, hola, hola —dijo—. Mi mánager me ha enseñado tu carta de admirador y el vídeo que me enviaste, y te he visto tocar. Tengo que decir que, entre toda esa puñetera basura hippie de hoy en día, no hay mucho que me impulse a marcar el ritmo con el pie, pero Django, tú te abres en canal. Tocas con pelotas y juegas con fuego, igual que hacía yo. —Se rio entre dientes y chasqueó los labios—. A mí me llamaron el primer salvaje del rock and roll, pero a ti te llamo el segundo. Si fuera diez años más joven, te invitaría a Luisiana para que te convirtieras en mi protegido, pero me temo que mis días de piano han quedado atrás. Un hombre no puede tener toda la suerte del mundo, Django, pero, ya sabes, no hay nada que no seas capaz de hacer siempre y cuando lo hagas con fuego. Hazle caso a tu buen amigo Jerry Lee Lewis».

LUANA

Squamish Treehouses. El guion de Kaila. Fin de temporada.

OTOÑO

La primera de sus tradicionales escapadas de octubre los llevó a Squamish Treehouses, un resort de ensueño, con cabañas en las copas de los árboles, situado en la Columbia Británica, a cuatro horas de distancia. Para que a Kaila le resultara más atractiva la idea, añadieron un día en Vancouver, pero mientras recorrían la carretera del valle, oscura y bordeada de hogueras, hacia su cabaña, enclavada entre los abetos como en un cuento de hadas, Luana vio en los ojos de su hija aquel asombro infantil que recordaba de hacía mucho tiempo. Sin duda, ese fue su momento más feliz del otoño. Django se bajó del Forester de un salto y Kaila lo siguió al instante, y juntos corrieron por el sendero a la luz de los faros del coche, riendo y gritando.

—Es un tópico —le dijo Luana a Ralph, que le sonreía desde el asiento del copiloto—, pero esto es perfecto.

—Lo sé. Estoy hecho todo un Clark Griswold. Y todavía tengo unas cuantas sorpresas guardadas en la manga.

—Ah, ¿sí? Quizá esta noche puedas enseñarme en qué más sitios las escondes.

El fin de semana fue increíble. Asaron perritos calientes clavándolos en un palo y estuvieron jugando a Los Hombres Lobo en la terraza que rodeaba la casa hasta bien entrada la noche, con vino caliente para Ralph y Luana, té chai para Kaila y sidra de manzana

caliente para Django. Nadie mencionó los Días Oscuros y hubo muchas risas. Y, cuando los niños se durmieron, la sorpresa extra de Ralph no decepcionó en la cama *king size* tallada con raíces de árbol; «no está mal —pensó Luana—, después de diecisiete años de matrimonio».

«Este es mi hogar», pensó.

Porque el hogar era el sitio del que no querías marcharte, junto con las personas que amabas.

Pero, por supuesto, los Días Oscuros siempre estaban ahí, y aquel otoño se cernían sobre ella como nubes de tormenta cada vez más espesas. En septiembre, Luana se volvió muy consciente de que la balanza se inclinaba hacia el punto en que la perspectiva del noviembre que se avecinaba empezaba a pesar más que el recuerdo del anterior.

Eso ocurrió el día que llamó a Danilo López desde su despacho de la Universidad de Washington. Al hombre le estaban yendo bien las cosas. El colchón financiero le había permitido alquilar un apartamento en Puerto Barrios, en el golfo de Honduras, y de vez en cuando trabajaba para una empresa que prestaba servicios a los cruceros en el puerto de escala. Todos los días antes del amanecer, cogía su bicicleta y recorría veinte kilómetros hasta un pueblo llamado San Francisco del Mar para ver salir el sol desde la playa. Eso le recordaba que merecía la pena vivir cada día. Y, aunque echaba de menos a su esposa y a sus hijos más que a la vida misma, se había enamorado de una mujer que limpiaba caracoles en la playa.

López volvió a darle las gracias a Luana y la instó a hacer el agradecimiento extensivo a los demás, cosa que ella no haría. Se negaba a considerar que sus vecinos y ella eran los buenos samaritanos que él los hacía parecer. Le aseguró que las personas tenían en sus propias manos el poder de recuperar la felicidad y, con ese pensamiento, pudo dejar atrás el invierno anterior.

Ralph, sin embargo, no era capaz de hacerlo. A veces, Luana lo sorprendía mirando al infinito con esa expresión oscura hasta entonces desconocida, y entonces sabía que estaba pensando en el chico del bosque. El trauma le había abierto una herida profunda que lo había cambiado de forma sutil pero, según sospechaba ella, permanente. Y se sentía agradecida por ello. Aliviada de que no hubieran seguido adelante con su vida como zombis suertudos y sin escrúpulos. Si esa carga era el precio que tenían que pagar, la aceptaba de buen grado.

Después de haber llamado a López, impartió una fascinante clase sobre el Cinema Novo brasileño, una de las nuevas asignaturas de aquel otoño. Cuando sus alumnos abandonaron el aula al terminar, vio que tenía un mensaje de voz de Ralph en el móvil. Kaila había tomado la decisión, decía. Iba a iniciarse.

Luana llevaba todo el verano viéndoselo venir y creía estar preparada para ello; aun así, la maraña de emociones que le provocó la noticia la pilló desprevenida. Era un alivio, claro, pero también le daba miedo, y sintió una profunda melancolía por el futuro de su hija. Al igual que su padre, Kaila quería proteger el sacrificio y garantizar que, quienquiera que fuese la persona sacrificada, siempre recibiese el trato más humano posible. Pero ¿cómo iba a ser humano aquel destino para Kaila?

Cuando Luana volvía a casa en el coche aquella tarde, el sol bajo derramaba un resplandor amarillento y enfermizo en el retrovisor, y pensó: «Sí, ahora sí que se nos está echando encima. El invierno pasado ya está empaquetado y guardado, procesado o no. Se está gestando otra tormenta».

Por supuesto, se habían preparado para evitar el desastre del año anterior. Ralph había refinado los criterios éticos: solo podían elegir enfermos terminales, y solo si no tenían pareja. La cosecha de aquel año consistía en siete candidatos, cuatro de ellos prometedores, y tenían seis semanas por delante para ganarse su confianza. Elizabeth había trabajado con especial ahínco aquel año.

Luana sabía todo esto y se sentía muy segura, pero eso no bastaba para disipar sus preocupaciones. Su mente estaba puesta en Kaila y en el complicado número de equilibrio que se establecía entre los Días Oscuros y su trastorno bipolar, un campo minado que necesitaba con urgencia una limpieza. Pero su hija estaba en una edad en la que ya no creía ciegamente en lo que sus padres le decían que era lo mejor para ella. Empezaría a tomar sus propias decisiones precipitadas. Durante el año, su buena suerte compensaba con creces las dificultades, pero ¿resistiría su armadura los implacables embates de su depresión de noviembre?

«A lo mejor no sale todo mal —pensó Luana mientras cruzaba el puente de acero que salvaba el río Snoqualmie y giraba a la izquierda hacia Lock Haven—. Puede que tenga dieciséis años, pero seguirá siendo una niña durante un tiempo. Aún podemos ayudarla».

Y así lo harían. En octubre, irían aumentándole poco a poco la dosis de litio en sangre para protegerla. Y el 3 de noviembre

llevarían a alguien al bosque; alguien que cumpliera todos los criterios. Lo harían bien a la primera, como antes. Y así las cosas no se pondrían tan mal, no como el año pasado. Juntos, soportarían los Días Oscuros. Les esperaban grandes cosas en 2024. Los Juegos Olímpicos de París. El inicio del último año de Kaila en el instituto.

Era septiembre, los últimos rayos del sol poniente bañaban el mundo en una maravillosa y resplandeciente noche de verano de San Miguel, y Luana depositó su confianza en esa luz.

Una noche, una semana más tarde, Kaila le pidió que leyera el primer borrador del guion que había escrito para el proyecto de solicitud de entrada a la universidad.

—¿¡Ya!? —exclamó Luana—. Has empezado pronto. Todavía te quedan dieciocho meses, ¿no?

La chica se encogió de hombros.

—Hacer películas lleva tiempo. Y estaba inspirada.

Luana le dijo que sería un placer leerlo, pero resultó que fue de todo menos placentero. Era un *noir* urbano nihilista que terminaba siendo terror, y trataba sobre una chica llamada Alicia, que huía del maltrato de sus padres de clase media y con casa en las afueras para buscar fortuna en Hollywood. Pero la primera noche se perdía en las sombrías calles de Skid Row, donde un hombre con una sudadera con capucha, cuyo rostro no se revelaba en ningún momento, le ofrecía cocaína. Se volvía adicta enseguida y acababa viviendo en la calle. La detenían varias veces por delitos menores —hurto en tiendas, alteración del orden público, posesión de drogas—, pero una noche lanzaba un ladrillo contra un coche desde un paso elevado y hería de gravedad a un niño. Escapaba de la policía, y esa

noche la mordía una rata rabiosa. Alicia, presa del pánico, acudía a su camello, que la violaba. En vez de provocarle repulsión, eso la atraía hacia él, y los dos acababan en una espiral de degeneración y violencia, en una huida continua, ambos echando espuma por la boca. Todo acababa cuando Alicia, abrazada al camello en la oscuridad, le susurraba «te quiero» al oído y le clavaba una jeringuilla en el brazo antes de clavársela ella misma, lo que en teoría los mataba de una sobredosis.

Luana se lo llevó a Ralph de inmediato y le pidió que lo leyera. Él mostró una indulgencia que la sorprendió.

—Es, más que nada, agresividad adolescente. —Se encogió de hombros—. Es de lo que hablan las miles de canciones de hip hop, series y videojuegos que consumen a esa edad.

—¡Es de lo que hablan las pesadillas! ¿No te preocupa nada de esto? ¡Es perverso! No es propio de Kaila.

—Hace unas semanas, tu hija eligió *Midsommar* para la noche de peli. Tú te acostaste pronto por el trabajo. Menos mal, porque no creo que hubieras soportado verla. Es repugnante.

—Pero dice que estaba inspirada —insistió Luana—. ¿Qué la ha inspirado a escribir algo así?

Lo que quería decir era: ¿dónde estaban la belleza y la pasión del cine italiano que Kaila siempre había admirado? No… Lo que realmente quería decir era: ¿dónde se había metido su niñita?

—Cariño, se está haciendo mayor. Tiene las hormonas revolucionadas, su visión del mundo se está ampliando y está empezando a entender que la vida no siempre es el cuento de hadas que crees que es cuando eres pequeño. La verdad, yo no veo nada raro en esto.

—¿Y crees que esto no tiene nada que ver con el guion? —Hizo un gesto con el que pretendía abarcar la casa, lo que había fuera de aquellas paredes, la estación que se acercaba.

—Por supuesto que tiene que ver —respondió Ralph—. Tanto como su miedo a la depresión. Pero, si Kaila transforma su dolor en algo creativo, me parece que lo está gestionando de una manera bastante sana.

—Puede que tengas razón. Es que estoy muy preocupada por ella. Por cómo va a salir todo esto.

—Los estudios le van muy bien. Y la piscina aún mejor. Además, acaba de sacarse el carné de conducir. Yo creo que se está convirtiendo en una persona maravillosa.

—Lo sé. A veces echo de menos a la Kaila que quería chapotear en la Fontana di Trevi.

Ralph se echó a reír y la atrajo hacia sí.

—Roma fue genial. Si no se lo hubiéramos impedido, estoy bastante convencido de que lo habría hecho. Y esa Kaila sigue aquí. Siempre estará aquí. Once meses al año.

—Once meses al año —suspiró ella.

Al final, Luana habló con Kaila, pero su charla con Ralph la ayudó a mostrarse menos crítica y más dispuesta a discutir el guion por sus características. El cambio de género del medio era demasiado inesperado, le dijo, y los espectadores se sentirían más identificados con Alicia si su vida no fuera una sarta de cosas negativas desde el principio. Kaila le agradeció los consejos, pero la sorprendió diciendo:

—No sé. De hecho, he empezado a trabajar en algo nuevo. En este pasaban demasiadas mierdas a la vez.

Dar un giro de ciento ochenta grados: eso también era la hipomanía.

Luana lo agradeció. A veces, las cosas se arreglaban solas.

La mañana que se despertaron en Squamish Treehouses, tomaron el teleférico Sea to Sky hacia las montañas y se atrevieron a cruzar el puente colgante que llevaba al mirador con vistas al fiordo y a los picos nevados. Allí, lejos de los turistas alojados en la cima, compartieron el paisaje con una marmota regordeta que buscaba un tentempié.

A Kaila y Django les pareció el escenario perfecto para grabar un TikTok. Inspirados por el contoneo del trasero de la marmota, eligieron «Anaconda», de Nicki Minaj, y se pusieron a bailar *twerking*. Luana y Ralph tuvieron que turnarse para sujetar el teléfono porque se estaban partiendo de risa.

Mientras veía a sus hijos en ese momento de felicidad absoluta, Luana se los imaginó cuando fueran mayores. Miró más allá de las medallas de oro que Kaila ganaría y de los conciertos que Django empezaría a dar ya durante sus años de instituto, y los vio como los adultos maduros en los que se convertirían. Quizá cada uno con su propia familia, quizá con su propio hogar en su propio sitio. Se imaginó todo esto y pensó: «Qué hermosos son».

Allí, con las alegres carcajadas de Ralph y de sus hijos, la invadió una premonición de una oscuridad tal que la hizo desfallecer. «Nada de eso va a suceder. Jóvenes o viejos, morirán en Bird Street. Sin una vida propia, sin un hogar feliz. Ellos fueron mi sueño. Y yo soy la cadena que los ata a Bird Street».

Se arrebujó el cuello del abrigo para protegerse de un viento frío que anunciaba el final de la estación. Un escalofrío le recorrió la espalda y le puso la piel de gallina. Contempló el paisaje silencioso que la rodeaba. Todo parecía estar igual que antes. ¿Qué demonios le había dado? Ralph y los niños no parecían haberse dado cuenta de nada.

«Porque no hay nada de lo que darse cuenta. Te estás asustando tú sola. Déjalo ya».

Eso hizo, y se sorprendió de lo fácil que le resultó. Todavía faltaban más de cuatro semanas para lo que les esperaba, para lo que les oprimía, tan despiadadamente imparable como un cometa. Pero, para cuando Django y Kaila bajaron dando saltos por las losas grises del puente y Ralph y ella los siguieron con paso tranquilo, Luana ya había olvidado su premonición.

Estaba en el lugar del que no quería marcharse, junto con la gente a la que quería. Y más que feliz.

RALPH

Celebración. Driving Home for November.
Una cadena de consecuencias.

31 DE OCTUBRE

Ralph Lewis provocó su propia ruina y la de todo lo que amaba no en su casa de Lock Haven, sino a cuarenta kilómetros al oeste, en Seattle, y no durante los Días Oscuros de 2023, sino la noche anterior.

Por supuesto, tenían sus rituales de Halloween —cerraron las contraventanas y quitaron los espejos—, pero aquel año las cosas tomaron un rumbo diferente. El Tribunal Superior organizaba una fiesta en honor a varios miembros del personal que se marchaban, y la única fecha que encajaba con las apretadas agendas tanto del juzgado como del recinto donde iba a celebrarse era la noche de Halloween. Una estupidez que, según Django, era lo normal entre los adultos aburridos con los que se juntaba su padre: no tenían vida, no sabían divertirse («Culpable de todos los cargos», reconoció Ralph). Por lo general, Ralph se habría saltado de buen grado un evento así, pero en aquella ocasión había tres cosas que lo hacían diferente: una de las personas que se marchaban era Steve Reuman, un abogado respetado e íntimo amigo suyo; el recinto era el Observatorio Sky View, en lo alto del Columbia Center, y se suponía que iba a ser incluso más animado de lo que prometían las vistas; y su permiso sabático de noviembre empezaba al día siguiente, así

que una fiesta sería una buena transición para adentrarse en los Días Oscuros.

—No sé, a lo mejor tendría que poner una excusa y no ir —dijo durante la cena, unas noches antes.

Pero Luana se dio cuenta de que lo decía de mala gana… Y luego Kaila les dijo que quería ir a una fiesta de Halloween con Jax, en Redmond, sin hora de llegada ahora que tenía dieciséis años. Y Django tenía muchas ganas de ir a Carnation a pedir caramelos con Liam y Noah Stone. El padre de Noah los vigilaría, podrían quedarse a dormir allí y, a la mañana siguiente, ir directos al colegio desde casa de Noah. Luana objetó que ya tenían planeado quedarse a dormir en casa de los Stone dos días más tarde (la noche de la reunión en la sala de trofeos), pero, de repente, olió la oportunidad de tener una noche para ella sola antes del inicio de noviembre.

—¿Estás seguro de que a los padres de Noah les parece bien? —Y luego, cortando de raíz la especulación que brotaba de la boca de Django antes de que tuviera oportunidad de cobrar fuerza, añadió—: No, no me respondas a eso. Ya los llamo yo.

—Podríamos probar algo distinto este año —propuso Ralph—. Podrías darte un baño relajante con esas sales de baño que huelen tan bien. Leer un libro.

—Y podríamos saltarnos la regla de «no puedes quedarte a dormir en casa de Jax entre semana», solo por una vez, y echar de casa también a Kaila. —Luana se tapó la boca con la mano—. Ups. ¿Lo he dicho en voz alta?

Su hija abrió muchísimo los ojos.

—Ay, ¿puedo? Por favor, por favor, por favor.

—Me aseguraré de volver a casa sobre las diez para entablar las ventanas. Y luego tendremos la casa para nosotros solos.

—Puaj, siempre y cuando no concibáis otro bebé, por favor —dijo Django.

—Yo que tú, me preocuparía —dijo Luana—. La historia se repite.

Tomaron una decisión y los niños se pusieron contentísimos. A Ralph le despertaba cierta añoranza poner fin a una tradición de años, pero su instinto le decía que tal vez su simbólica ceremonia del cierre de las contraventanas debía quedar atrás. Le daba demasiada importancia al asunto. Además, lo que les esperaba le aterrorizaba más que otros años. Aunque esa vez todo saliera a la perfección (y ¿por qué no iba a ser así, con todos los preparativos que habían hecho?), sería bastante difícil. Una noche más de felicidad despreocupada les iría bien a todos.

Por eso, a lo largo de los días siguientes Ralph empezó a considerar la celebración como una noche simbólica que marcaría la transición de la luz a la oscuridad, de lo festivo a lo sobrio…

… y fue entonces cuando comenzó a tener ganas de tomarse una copa.

La fiesta era a las cinco. Como llovía a cántaros, Steve, él y las especialistas legales en las que más confiaban, Liz Gorinsky y Miriam Weinberg, recorrieron las dos manzanas que los separaban del Columbia Center luchando contra las ráfagas que intentaban darles la vuelta a sus enormes paraguas negros.

—Un tiempo ideal para Halloween, ¿eh? —gritó Steve por encima del ruido de la Cuarta Avenida.

—Un tiempo ideal para tu despedida —le respondió Ralph también a gritos—. Justo así me he imaginado siempre tu carrera.

Steve soltó una carcajada. Llegaron empapados, pero, cuando el ascensor los escupió en la última planta, ni siquiera el mal tiempo pudo empañar la vista panorámica de la bahía de Elliott y la Space Needle.

El Observatory Bar estaba iluminado en tonos rosas y amarillos. Se hallaba abarrotado de empleados a los que Ralph conocía en mayor o menor grado: jueces, secretarios judiciales, abogados, administrativos, todos agrupados en su propia camarilla hasta que se emborrachaban lo suficiente como para empezar a relacionarse con el resto de los asistentes. Los camareros, vestidos de pingüino, se abrían paso entre la multitud con bandejas de canapés. Ralph captaba fragmentos de palabrería legal, que era justo la razón por la que solía evitar aquel tipo de fiestas: sí, el tapón en los casos civiles era increíble; y sí, aquel era el tercer año consecutivo de recortes presupuestarios. Ralph se sentía excluido y, cuando perdió de vista a sus acompañantes entre el gentío que esperaba los discursos de rigor, se encaminó hacia la barra.

Se ofrecía una amplia variedad de cócteles exclusivos, entre los que el «Kill Bill» (vodka Crystal Head, maracuyá, lima, mango y miel picante) y el «Mezcal Telequinesis» (mezcal ahumado doble y flores de Sichuan) parecían los más raros.

El camarero estuvo de acuerdo.

—El mezcal proporciona una sensación en la boca bastante cosquilleante, eléctrica y adormecedora, como cuando pones la lengua en una pila de nueve voltios.

—Qué psicodélico —bromeó Ralph—. ¿No produce alucinaciones?

—No, señor —dijo el hombre en tono serio—. Puedo dar fe de ello.

—Muy bien, entonces tomaré uno de esos.

Mientras el camarero le preparaba la bebida, Ralph mandó un mensaje a casa. Luana se lo estaba gozando. Había pedido comida de Sam's Noodle Town a domicilio y estaba preparándose el baño que él le había sugerido. «Disfruta, cariño», le escribió Ralph. «Ten cuidado», le contestó ella. Se guardó el móvil.

En su opinión, aquella sed periódica no lo convertía en alcohólico. Ralph lo había analizado de manera objetiva para asegurarse de que no estaba engañando a nadie, ya que, de acuerdo con su experiencia en casos relacionados con el alcoholismo, sabía que el consumo moderado de alcohol no existía: o bebías o no bebías. Cierto, él no había dejado de beber por completo (de vez en cuando, se tomaba una copa de vino en la cena y habían bebido *glühwein* junto a la hoguera en Canadá), pero no bebía. Sus problemas con el alcohol surgían solo durante los Días Oscuros. Solo entonces la sed se convertía en ansia. Y si los Días Oscuros no se tornaban demasiado oscuros, era capaz de aguantarla. El año pasado se le había ido de las manos. Pero, bueno, como todo lo demás.

Aun así, no le parecería sincero acudir a una reunión de Alcohólicos Anónimos, levantarse y decir: «Hola, me llamo Ralph y soy alcohólico». La verdad sería: «Hola, me llamo Ralph y soy alcohólico en noviembre». Eso era difícil de explicar.

Pero esa noche no se preocupó. El hombre que tenía una cita con la muerte en el bosque al cabo de tres días se llamaba Bill Nielsen y, según su oncólogo, le quedaban tres meses de vida. No tenía pareja a la que confesarle sus recelos, solo una solicitud de suicidio asistido

rechazada por un diagnóstico anterior de TOC. Harry Aikman decía que el hombre no era solo pragmático, sino un ateo de tres pares. «¿Ese tipo de sufrimiento? Gracias, pero no, gracias —había dicho Nielsen—. Me gustaría elegir el momento en que los gusanos puedan comerme. Tengo unas cuantas deudas que saldar, pero después estoy listo».

Las posibilidades de que Nielsen se lo pensara mejor eran casi nulas. Eso cortaría de raíz los Días Oscuros. Aquel año solo sufrirían un caso leve de mala suerte; el riesgo de que Ralph bebiera sin medida sería mínimo. Además, todavía no estaban en noviembre. Aquella noche, dejarse llevar un poco no tenía consecuencias.

—Así que déjate llevar un poco —se espetó a sí mismo.

Qué harto estaba de tanto darle vueltas a la puñetera cabeza, joder.

—¿Qué decía, señor? —preguntó el camarero.

Ralph sonrió a modo de disculpa.

—Nada, estaba en mi mundo.

—¿No lo estamos todos, señor? Un Mezcal Telequinesis.

Cuando lo probó, descubrió que el camarero no había exagerado y le guiñó un ojo.

—¡Uy, creo que ya empiezan las alucinaciones!

—Pues deje que fluyan, señor.

Y eso hizo.

Para cuando terminaron los discursos y subieron el volumen de la música un puntito o dos, ya iba por la cuarta copa. La segunda fue un Kill Bill: estaba rico, pero demasiado follón para su gusto. La tercera fue su bebida habitual: un vodka con tónica, lima y hielo. Y,

cuando se bebió de un trago la cuarta y se dio cuenta de que había pedido un vodka sin tónica, cayó en la cuenta de que quizá hubiera tomado una ruta equivocada. Además, eran casi las ocho. ¿Qué impresión le causaría a Luana si llegaba a casa borracho la noche antes de los Días Oscuros?

Se abrió paso a codazos hasta la barra, se tambaleó y se agarró al hombro de alguien. Se disculpó y el camarero le sonrió con amabilidad.

—¿Otro vodka, señor?

—Ya te gustaría, Lloyd. Una Coca-Cola, por favor.

—Tío, ¿una Coca-Cola? —Ese era Steve, que apareció como por arte de magia y le dio un abrazo de oso—. ¿Qué clase de vida es esa? ¡Relájate, es mi despedida!

—Un cóctel más y será mi mujer la que me despida a mí —respondió Ralph, y Steve rompió a reír a carcajadas.

Ralph se zafó de él, levantó el vaso para brindar con el reflejo que le devolvía el espejo del fondo de la barra —enmarcado por una multitud de sombras y por las luces acuosas del *skyline* que se deshacía en gotas—, y masculló:

—En el espejo, todos parecemos fantasmas.

Treinta minutos y dos Coca-Colas más tarde, se había recuperado bastante del colocón. Ralph decidió que era hora de irse. Se despidió, pero, cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, Miriam lo agarró del brazo.

—Ralph…, ¿vas a coger un Uber?

Agitó el móvil.

—Claro. Lo pediré cuando esté abajo.

—¿Quieres que te acompañe? No tienes muy buen aspecto.

—No seas tonta. Disfruta de la fiesta. A lo mejor se ponen a cantar.

—Uf. Me deprime que vayas a desaparecer durante un mes entero.

—Lo sé. El juzgado no será lo mismo sin mi ilustre presencia.

A la mujer se le escapó una risa por la nariz.

—Feliz Día de Acción de Gracias, Ralph. Saluda a Luana de mi parte.

—Lo mismo digo, Miriam. Y dale recuerdos a Lydia. Nos vemos en diciembre.

Pero cuando llegó al vestíbulo, con el pulgar suspendido sobre el botón para confirmar su lugar de recogida, pensó que sería muy poco práctico que el Forester se quedara en Seattle. Ya tenía los expedientes que pensaba leer en casa durante su permiso sabático y no planeaba volver a la ciudad. Al día siguiente tocaba hacer la compra, abastecerse para los Días Oscuros. Luana tenía clases y necesitaría el Optima. Por supuesto, su mujer podría acercarlo a recoger el Forester, pero eso le supondría tener que dar todo un rodeo por el centro, o bien dejarlo en el campus y que él cogiera un Uber desde allí. Ambas opciones le parecían innecesariamente complicadas.

Además, no había bebido tanto. Vale, si le paraba la policía, daría positivo en la prueba de alcoholemia y, si lo arrestaban, las cosas se pondrían feas: el condado de King no veía con buenos ojos que sus funcionarios dieran mal ejemplo.

Pero no pasaría nada de eso. Los Días Oscuros todavía no habían comenzado.

Esas garantías no eran más que las pequeñas ventajas de las que uno disfrutaba al vivir en Bird Street. El día siguiente sería otra historia. Pero aquella noche no.

Se sentía revitalizado ahora que había salido del bar mal ventilado. Aun así, pasó por la máquina expendedora y se compró un café grande.

Por si acaso.

Había tres manzanas hasta el aparcamiento de Goat Hill. Para cuando llegó, su paraguas era una reliquia del pasado, así que lo tiró al contenedor que había cerca de la entrada y se enjugó la lluvia de la cara.

El juzgado tenía plazas de aparcamiento reservadas, pero le parecía recordar que, cuando había llegado esa mañana a las nueve, ya estaban todas ocupadas. Recorrió dos plantas antes de que se le ocurriera comprobar su plaza habitual y, en efecto, allí estaba el Forester. Se rio para sus adentros. «Idiota».

Metió la bolsa en el asiento trasero, se sentó al volante y cerró la puerta de golpe. En el espejo retrovisor, Levi lo miraba fijamente.

Ralph tardó en reaccionar, sintió que la presión le aumentaba detrás de los globos oculares mientras el cerebro intentaba asimilar lo que estaba viendo. Entonces dio un respingo y se giró. El asiento de atrás estaba vacío.

Volvió a mirar por el espejo retrovisor, pero no vio a nadie.

—Dios mío —farfulló.

Se frotó los ojos y la imagen residual se le cristalizó en las retinas: los ojos saltones de Levi acusándolo.

Rebuscó en la guantera, encontró una botella de agua purificada Dasani y se la bebió de un trago. Se sintió un poco mejor.

«¿Qué narices estás haciendo? Estás borracho. Sal del coche y pide un Uber».

Ralph arrancó el motor y salió de su plaza dando marcha atrás. El aparcamiento sería su pista de pruebas. Si conseguía conducir el Forester por allí sin causar daños, estaría en condiciones de llevárselo a casa. Si no, lo dejaría ahí.

Superó la prueba con un éxito rotundo. Ni siquiera rozó el bordillo de la salida con los neumáticos cuando pasó la tarjeta.

La barrera se abrió y Ralph inició el trayecto.

Salió de la autopista y siguió la luz de sus faros por la 202, acelerando hasta los ciento diez y cantando «Baba O'Riley», de The Who, a pleno pulmón.

No sabía por qué se sentía tan eufórico mientras conducía de vuelta a casa para noviembre. Normalmente, la anticipación hacía que se sintiera vacío. Quizá los acontecimientos del año anterior le hubieran permitido reconciliarse con la tarea que le esperaba, porque era imposible que la situación se complicara tanto como entonces. Pero esa no era la historia completa. Bird Street, su familia, el sacrificio: eran suyos. No solo era responsable de ellos, sino que le pertenecían. Incluso cuando las cosas se oscurecían un poco, esa oscuridad también era de su propiedad.

Paró en la gasolinera Shell de Sammamish Point para comprar chicles y refrescarse el aliento, puesto que ya se sentía lo bastante lúcido y seguro como para enfrentarse a Luana. Sí, se había dado un

capricho, pero había esquivado la bala. Se había dejado llevar un poco, pero no había traspasado los límites.

La lluvia caía con fuerza entre los limpiaparabrisas cuando Ralph redujo la velocidad y tomó Tolt Hill Road hacia Carnation, y luego Two Rivers Hill hacia Lock Haven. La decoración empapada del porche le hizo pensar en Django y en Liam. Pobres chavales. La lluvia les había fastidiado la noche de Halloween. Django llevaba mucho tiempo esperándola con ilusión y preparando el disfraz de mandaloriano, el personaje de esa serie de *Star Wars* que echaban en Disney. Eran casi las diez, pero Ralph dudaba que hubiera habido alguien por la calle durante la tarde. No con aquel tiempo. Esperaba que los padres de Noah les hubieran dado un montón de caramelos y que los chicos se hubieran conformado con jugar a la consola.

Seguro que Kaila se lo estaba pasando en grande en la fiesta, ajena a la lluvia. Los adolescentes cada vez se divertían más dentro de casa. Los niños no. Contra viento y marea, los niños vivían sus aventuras en la calle.

Pasado el Camp Heron Market, giró a la derecha por el camino forestal. Le quedaban un par de kilómetros hasta Bird Street. Una vez más, pisó el acelerador. «Baba O'Riley» sonaba en bucle —una canción digna de ser la banda sonora de la noche— y Ralph marcaba el ritmo con los dedos sobre el volante. A punto de llegar a casa, aquella extraña y estimulante sensación de ser el dueño de todo se intensificó. Estaba en los árboles que se agolpaban bajo la tormenta, estaba en la carretera que tenía delante, tan conocida, y estaba en el paso del tiempo, en el octubre que desencadenaba noviembre: lo que lo mantenía todo unido.

«Lo estás deseando, ¿verdad?».

Sí. Era una locura, pero era cierto. Se dio cuenta de que tenía tantas ganas de que llegaran los Días Oscuros como los niños de que llegara la Navidad. No era el sacrificio, sino la intimidad y la colectividad que compartían como familia. Estarían encerrados. Subirían la calefacción y encenderían las velas. Jugarían a juegos de mesa y no harían caso de lo que aporreaba las contraventanas. Los niños se estaban haciendo mayores. Eran momentos para el recuerdo.

El asfalto negro y mojado se deslizaba bajo los neumáticos. Las sombras de los árboles pasaban a toda velocidad por la valla metálica de la derecha.

¿Quedaba algo de alcohol en casa? Seguro que en el garaje aún había alguna botella de vino. Le propondría a Luana que las vaciaran juntos en el fregadero cuando llegara a casa. Más simbolismo para el rito de paso.

Justo estaba pensando en lo feliz que aquel gesto haría a Luana cuando se encontró con una curva y vio un destello de color en el parabrisas. De repente se oyó un plaf repugnante, no demasiado estruendoso, apenas audible por encima de The Who, pero palpable; lo sintió en todas y cada una de las fibras de su cuerpo. Casi al mismo tiempo, un pegote rojo se estampó contra el lado derecho del parabrisas. Durante una milésima de segundo, permaneció allí: un bucle, un signo de interrogación emborronado por la lluvia. Luego, los limpiaparabrisas lo barrieron.

Ralph no pegó un frenazo; tuvo la sangre fría de darse cuenta de que, a esa velocidad, lo más seguro sería que derrapara y estrellase el Forester contra un árbol. En lugar de eso, pisó el pedal de forma intermitente, pero, aun así, los neumáticos chirriaron; aun así, el

cinturón de seguridad se le clavó en el pecho; aun así, su bolsa salió volando por encima de los asientos y chocó con el GPS.

Se detuvo.

Las manos aferradas al volante con los nudillos blancos. La mandíbula apretada. Los ojos hinchados y protuberantes, clavados en el lugar en que hacía un momento había visto el signo de interrogación rojo. No podía parpadear. Si se hubiera mirado en el retrovisor, habría visto que la presión de los globos oculares era tan intensa que los capilares le habían reventado y le habían teñido de rojo la esclerótica de los ojos. Pero no se miró en el retrovisor. Ni siquiera veía lo que había dentro o fuera del coche. Los ojos se le habían quedado paralizados en aquel destello del parabrisas.

«No era un ciervo. No era un animal».

Despacio, muy despacio, soltó el volante. Trazó un arco lento con la mano hasta el equipo de sonido y apagó la música. El silencio no puede ser ensordecedor, pero lo parecía de todos modos. El chapoteo de la lluvia, el susurro de los limpiaparabrisas, el zumbido del motor al ralentí, el eco de The Who: todas esas cosas eran silencio.

Cogió una bocanada temblorosa de aire.

«Quizá no sea tan grave. Ha sido un impacto suave. Sea lo que sea, puede que solo lo hayas rozado».

Pero entonces volvió a ver el pegote rojo, la salpicadura oscura de sangre que se estampaba contra el parabrisas.

«Ibas muy rápido. Demasiado rápido».

Ralph abrió la puerta y salió a la lluvia torrencial. Rodeó el coche hasta la parte delantera y vio el reflejo fantasmal del Forester en un charco de agua de tormenta. La carcasa del faro derecho estaba

destrozada, pero la bombilla seguía funcionando. El parachoques estaba dañado, aunque no mucho. Nada que indicara una colisión grave.

Sintió un atisbo de esperanza.

Levantó la mirada hacia el resto del coche; luego, más allá.

Había algo. A un lado de la carretera. Unos treinta metros atrás, casi fuera del alcance del resplandor rojo de las luces traseras. Las farolas empezaban unos cuatrocientos metros más adelante y, otros cien metros más allá, estaba el bungaló de los Aikman. Por la noche, el tramo donde se encontraba era tan oscuro que Elizabeth había presentado quejas en el ayuntamiento.

Ralph retrocedió un trecho, con los pies tan pesados como si fueran de plomo.

Incluso a veinte metros de distancia, vio que se trataba de una bicicleta de montaña. Uno de los manillares de goma se alzaba hacia el cielo, inmóvil.

«No es eso lo que he atropellado. Imposible. Iba al menos a setenta. Habría habido muchos más daños».

Diez metros más adelante, vio que era de tamaño infantil.

Se tapó la boca con las manos.

«Que no sea Django. Por favor. Que no sea Django. Al menos, concédeme eso…».

Con las manos temblorosas, se sacó el teléfono del bolsillo y encendió la linterna. No era la de Django. La bicicleta no estaba deformada, ni siquiera dañada, salvo porque tenía la rueda trasera pinchada. O sea que era cierto que no la había atropellado. Parecía que simplemente la hubieran dejado allí tirada. Entonces, ¿qué era…?

Ralph miró a la izquierda y lo vio.

Una oleada de debilidad hizo que el mundo se evaporara en remolinos de color gris perla. Solo volvió en sí cuando un pinchazo de dolor le atravesó la rodilla: al parecer, con la impresión, se había desplomado de rodillas sobre el asfalto mojado. Gimiendo, se puso en pie y fue dando tumbos hasta el arcén.

En la cuneta, arrojado contra la valla, yacía un cuerpo. Ralph no era médico, pero diagnosticó a simple vista que era imposible que siguiera vivo. Estaba envuelto en una manta marrón empapada, manchada de barro y de hojas húmedas. De ella sobresalían unas piernas retorcidas.

Se acercó y vio una máscara verde con unos enormes ojos almendrados y unas orejas de gremlin que ya se estaban llenando de agua de lluvia. Era Baby Yoda.

«Dios mío, los ojos. Eso no es agua de lluvia. Los ojos están llenos de sangre…».

Ralph se arrodilló mientras la verdad le inundaba la mente en avalanchas nauseabundas. Aquella noche Django se había disfrazado de mandaloriano. Por supuesto, su compañero sería Baby Yoda. La idea de llevarlo cargado a la espalda mientras pedían caramelos debía de haberles hecho muchísima gracia.

Con cuidado, le quitó la máscara.

Era Liam Wachowski.

Durante mucho tiempo, Ralph permaneció sentado en el borde de la carretera con el cadáver destrozado del chico en el regazo. No podía dejarlo contra la valla —no allí—, pero aquel era todo el alcance de

su plan. Así que ahí se quedó, helado, empapado y lívido de pena, meciendo el cuerpo.

Cuando se le pasó el mareo, un horror profundo y abrumador se apoderó de él y anunció el fin del pensamiento racional. Perdió el control y, durante un rato, no fue más que un espectador de su propio pánico. Lloró, tembló, increpó, gritó. Apretó las manos con agonía, la boca se le curvó en un arco hondo y tembloroso y golpeó el pecho del niño con los puños mientras susurraba una y otra vez su única pregunta: «¿Por qué?».

Poco a poco, fueron surgiendo otras.

¿Qué narices hacía Liam allí, en medio de la puta carretera, a esas horas, con aquel tiempo de mierda?

¿Cómo demonios había pasado algo así?

¿Y cómo era posible que hubiera ocurrido esa noche?

¡Todavía no estaban en noviembre!

¡Tenían un puto trato!

Pero entonces recordó lo que le había dicho a Django el agosto pasado, cuando Liam y él se habían adentrado en el bosque y se habían quedado atascados en una de las tumbas: «No hay medicina contra la estupidez».

—¿Qué he hecho? —murmuró—. Ay, Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Qué demonios he hecho?

Su mente empezó a recomponer un escenario borroso. Por algún motivo, Liam había decidido no quedarse a dormir en casa de Noah Stone. Y allí era donde había acabado, solo en la oscuridad. Como eso era algo que no figuraba en la lista de deseos de ningún niño de once años, debía de haberse visto obligado a hacerlo. Su intención había sido volver a casa en bicicleta, pero se le había pinchado una

rueda. ¿Por qué había seguido a pie? ¿No llevaba el móvil? ¿Se había quedado sin batería? Estas cosas pasaban; eran críos. Si le hubiera ocurrido en Lock Haven, habría llamado al timbre de cualquier conocido para pedir que llamaran a casa. Así que el pinchazo era reciente. Había baches en el camino forestal. Ramas caídas.

¿Qué narices se les había pasado por la cabeza a los Stone para permitirle volver solo?

«A lo mejor no le habían dado permiso. A lo mejor los chicos se habían peleado. Django y Liam se habían distanciado los últimos meses. ¿Recuerdas que Luana se planteó si habría pasado algo en aquel agujero del bosque? ¿Algo que Django no había superado? Pero no llegasteis a preguntarle al respecto. No parecía importante. Estabais cegados por la felicidad».

A lo mejor habían discutido, Liam se había marchado a causa del enfado y los Stone ni siquiera lo sabían.

«O quizá Liam ni siquiera supiera por qué se había ido. Puede que simplemente oyera la llamada de la fuerza aquí, en el bosque, y no tuviese más remedio que responder a ella. La misma fuerza irresistible que te ha llevado a ti a beber y luego a decidir que era buena idea volver a casa conduciendo en lugar de coger un Uber».

No, se negaba a creer algo así. No existía tal fuerza. Él había tomado su decisión, y Liam también. Eran responsables de las consecuencias de sus actos.

Por las razones que fuera, Ralph no había visto a Liam, y Liam no había oído el Forester a tiempo por culpa de la lluvia. Si hubiera ido caminado por el lado derecho de la bicicleta, lo más seguro sería que no le hubiera pasado nada. Pero iba por el lado izquierdo, así que el coche lo había embestido desde detrás a toda velocidad. Había

salido disparado por encima de la bicicleta, había chocado de cabeza contra el tronco de un abeto y se había estrellado contra la valla metálica. Al menos, había sido rápido.

«Sí, ha sido rápido. Liam estaba a punto de llegar a casa. Y tú también. Y, aun así, vuestros respectivos caminos se han precipitado hacia esta colisión fatal. Pero ¡seamos un poco positivos! Al menos, ha sido rápido. No como con Levi».

Los mareos volvieron y, con ellos, los escalofríos. No era el frío físico lo que le provocaba escalofríos que le recorrían la espalda y le ponían la piel de gallina, sino un frío mucho más elemental, un frío del alma.

Miró hacia un lado de la carretera. Luego hacia el otro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Por qué no había llegado nadie?

«Porque todavía no has llamado a nadie».

Y luego: «¿Qué vas a hacer, Ralph?».

Allí, en aquel momento, vio el verdadero alcance de lo que había hecho como una cadena de causa y efecto, y fue tirando de ella eslabón a eslabón: las consecuencias iniciales daban paso a repercusiones secundarias, más significativas. Conocía como nadie las leyes sobre conducción temeraria del Estado de Washington. El homicidio vehicular por conducir bajo los efectos del alcohol era un delito grave punible con entre veinte años de cárcel y cadena perpetua, si no había atenuantes. Y en su caso no los habría. Liam era un niño. Ralph, un juez del Tribunal Superior. La prensa se pondría las botas. Estaba dispuesto a aceptar esas consecuencias…, pero lo que lo paralizaba era pensar en su familia.

La próxima vez que viera a sus hijos sería a través de un cristal en el centro de detención. Llevaría un mono naranja.

Aunque ese era el problema.

¿Vería allí a sus hijos?

Porque entonces sería noviembre.

El pánico, el dolor, la ira… Lo trastocaría todo.

Los Días Oscuros. El sacrificio.

Kaila sería incapaz de lidiar con el trauma.

¿Seguirían tolerando a Luana y a los niños en Bird Street después de una tragedia así? ¿O los vecinos los expulsarían?

Y ¿entonces qué? Entonces Luana perdería su mayor felicidad.

Perderían a los niños.

Las malas consecuencias derivaban en otras peores. Era una tragedia irreparable, y él era el responsable. El responsable de la destrucción de su familia. La gente debía asumir sus responsabilidades… Pero eso no resucitaría a Liam.

Ojalá apareciera alguien. Así Ralph podría confesar lo que había hecho y las cosas dejarían de estar en sus manos. No solo aquel cuerpo destrozado, sino también la carga que lo acompañaba. Tomarían la decisión por él.

Pero no llegó nadie.

De repente, notó mucho calor en la cabeza.

Con el corazón aporreándole las costillas, se levantó. Muerto, Liam era tan ligero como una pluma, y Ralph lo apretó contra sí para abrir el maletero del Forester. La manta marrón de su disfraz de Baby Yoda se le había subido muy arriba y le protegía la cabeza. Con cuidado, Ralph metió el bulto en el maletero. Le apretó los pies hacia abajo. Cerró la puerta de golpe. Luego, corrió a buscar la máscara y la bicicleta y metió ambas cosas en el asiento trasero.

Después, condujo hasta casa.

Según el reloj del salpicadero, eran las 22:39 cuando enfiló el camino de entrada. Abrió la puerta del garaje pulsando el mando a distancia que llevaba en el parasol. Entró y aparcó junto al Optima de Luana, pero, cuando apagó el motor y la puerta del garaje se cerró a su espalda con un traqueteo, volvían a temblarle las manos.

«Dios mío, ¿qué he hecho? Esto podría haber sido un terrible accidente. Una tragedia sin precedentes de la que habría tenido que responsabilizarme, pero con la que, con el tiempo, habría aprendido a vivir. Ahora esa oportunidad se ha esfumado».

Ralph oyó el crujir del motor al enfriarse.

El goteo del agua de lluvia que caía de la rejilla.

Liam Wachowski. El hijo de Joyce y Marc. Metido en el maletero.

Era muy consciente de que ya no controlaba sus actos. Había actuado dejándose guiar por el pánico más absoluto, había cometido una estupidez tras otra y había emprendido un camino sin retorno. Allí, reinaban unas leyes distintas a la ética. La amenaza de la locura lo acechaba por todas partes. Una sola metedura de pata significaría el fin de todo. La única salida era afrontar las consecuencias.

Así que tenía que confesárselo a su mujer.

No se atrevía a entrar.

Sabía que ella lo estaba esperando. Llevaba cuarenta minutos de retraso respecto a la hora de llegada aproximada que le había enviado por mensaje desde la gasolinera Shell de Sammamish. Luana no era una mujer que se preocupara con facilidad (se imaginaría que habría parado a comerse una hamburguesa), pero aquella noche, la víspera de los Días Oscuros, sería diferente.

Se palpó los bolsillos. Su móvil seguía en el asiento del copiloto. Si lo miraba, sabía que se encontraría con varias llamadas perdidas

de Luana.

Unos minutos más tarde, se puso en marcha. Oyó el chof-chaf-chof de sus pasos. Sonaba como una pesada criatura marina arrastrándose hacia tierra firme.

Abrió la puerta de la cocina. Lo envolvió una vaharada cálida y dulce procedente del horno. Luana había hecho una tarta de manzana.

Tres pasos más y tuvo que detenerse: le entraron ganas de vomitar. El estómago se le contrajo varias veces de forma violenta, pero solo le subió un reflujo agrio con regusto a alcohol.

—Ralph, ¿eres tú? —oyó desde el salón.

¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a decírselo? La vida de ambos cambiaría para siempre.

Captó el susurro de unas zapatillas; Luana se acercaba a la cocina. Solo unos segundos más. Unos segundos más para que continuara viviendo en la felicidad de la ignorancia. Unos segundos más antes de que su burbuja de suerte estallara para siempre.

Su mujer entró en la cocina y lo que fuera que iba a decirle se le murió en los labios.

—¿Ralph? ¿Qué ha pasado? Madre mía, ¿estás herido?

Él bajó la vista. Tenía el traje empapado, lleno de barro y cubierto de mugre. De la yema de los dedos le goteaba agua sucia que manchaba el suelo de la cocina. Llevaba la chaqueta abierta y arrugada y la camisa blanca pegada a la piel, aunque se le había teñido del rojo de la sangre.

«Donde me he apoyado la cabeza de Liam —pensó Ralph. Y luego—: Los ojos de la máscara. Estaban llenos de sangre. La hinchazón le había deformado la cara».

No pudo hablar. Se limitó a sacudir la cabeza.

—¡Ralph! —Luana corrió hacia él—. Ralph, ¿qué ha pasado? ¡Me estás asustando! ¡Di algo, joder!

Él rompió a llorar.

Ella lo abrazó.

Él se lo contó

LUANA

La decisión. Una videollamada en la noche. La sombra junto a la cama.

31 DE OCTUBRE

Durante los diecisiete años que llevaba viviendo en Bird Street, Luana había llegado a convencerse de que la maleabilidad de la mente humana no tenía límites. Cuanto más impactante era la información que tenía que digerir, más elástica se volvía y con más facilidad era capaz de incorporar los horrores que la vida le ponía por delante. Pero aquella noche ese convencimiento había llegado a un final abrupto. De un plumazo, la noticia de Ralph le había estirado la mente hasta más allá del punto de ruptura, y había saltado como un resorte. La destrucción era enorme. La aceptación o la asimilación ni siquiera eran una posibilidad; lo que quedaba era incredulidad

(«… no, no, no, dime que no es así, Ralph, dime que no es verdad…»)

ira

(»… ¿bebiendo? ¿En qué demonios estabas pensando…?»)

y un horror profundo y espantoso

(«… ¿en el maletero? ¡Por Dios, Ralph!»)

que la dejó aturdida.

—Luana…

Su voz. Muy cerca.

Cuando volvió a ser consciente de su entorno, se descubrió bajo las luces intensas de la cocina, plantada en medio de un charco de

agua de lluvia, con los brazos alrededor de Ralph. ¿Podría continuar abrazándolo en esas circunstancias? Pero, por otro lado, ¿por qué no? Era su marido. Había tres cosas ciertas: ella lo quería, él estaba conmocionado y él la necesitaba. No era una elección: no podías ponerle condiciones al amor. Ni siquiera el hecho de que el hombre al que quería hubiera provocado su propia destrucción y la de su familia hacía que lo que sentía en el corazón fuera menos verdadero.

Ralph sollozaba sin consuelo.

—Lo s-s-siento… mu-mucho…

Luana notó el frío húmedo de aquel cuerpo al que siempre había cuidado y lo atrajo hacia sí, pero entonces le olió el aliento y eso le volvió a despertar la ira. Y, cuando bajó la mirada, vio la mancha de sangre de la camisa de Ralph, del tamaño de un puto plato llano.

La cocina se volvió gris y se alejó de ella dando vueltas. Intentó zafarse de los brazos de su marido, pero él se aferró con fuerza y librarse de sus dedos le supuso un esfuerzo considerable. De repente, ya no soportaba tocarlo. Se apartó de Ralph tambaleándose, entrelazándose las manos detrás del cuello y apretándolas con fuerza para no desmayarse. A medida que el mundo iba recuperando el color, Luana contempló con los ojos muy abiertos la misma cadena de consecuencias que Ralph había visto antes, y la verdad la golpeó con toda su crudeza: aquella noche no acabaría nunca.

Un pensamiento súbito. Un pensamiento atractivo, y su mente se abalanzó sobre él.

—¿Estás seguro? —Luego, con más urgencia—: A lo mejor sigue vivo. A lo mejor solo lo has dejado inconsciente. Tenemos que…

Ralph negó con la cabeza, despacio.

—Luana…

—¿Lo has comprobado? ¿Has comprobado que está muerto de verdad?

Su marido bajó la mirada.

—Está muerto, Luana.

—Pero ¿cómo lo sabes?

Se dio cuenta de que estaba divagando y de que las manos le temblaban con tanta fuerza como le temblaba el cuerpo a Ralph, así que se obligó a reprimir ambas cosas. Era la negación lo que ansiaba. Comprensible, pero bastante infantil y, sobre todo, peligroso, ya que estaban perdiendo un tiempo precioso.

—¿Cuánto tiempo hace de esto? ¿Cuánto tiempo has pasado allí sentado?

Ralph ya no podía hablar; los dientes le castañeteaban sin control. Luana le agarró la mano y le notó los dedos débiles y fríos. Estaba mal, hipotérmico por la impresión.

Lo empujó hacia el salón. Un rato antes, tras haberse dado un baño, había encendido velas y la chimenea. Mientras un calor agradable se extendía por la planta baja, había guardado los espejos en el garaje y se había acomodado en el sofá con un libro, acurrucada bajo una manta, para esperar a que Ralph llegara a casa. Los aromas de la savia que chisporroteaba en la chimenea y de la tarta de manzana que se enfriaba en la cocina le habían proporcionado una reconfortante sensación de calma. Ahora entendía que todo había sido una farsa. El amanecer macabro de los Días Oscuros.

«¡Ho, ho, ho, hemos vuelto! ¿Nos ha echado de menos, señora? Nos lo imaginábamos, así que ¡este año hemos decidido llegar

antes! ¡Porque nosotros la echábamos mucho de menos!».

Luana apartó la alfombra (no había motivo para que Ralph la estropeara con barro o sangre, pensó con frialdad) y lo ayudó a desplomarse delante de la chimenea. Un *déjà vu* le hizo recordar la imagen de cuando su marido había regresado del calvario del bosque el año anterior, aquel último día de noviembre. Esto era peor. Mucho peor. Y esta vez él era la causa.

—Dios mío, Ralph. ¿Cómo has podido ser tan estúpido?

—No lo sé —respondió casi en un susurro, mirándose las manos —. De verdad que no lo sé.

—¿Cuánto has bebido?

—No lo sé —repitió.

—¿Y luego decidiste coger el coche? ¡¿En qué estabas pensando?!

No hubo respuesta.

—¡No me jodas, Ralph!

Esta vez había levantado la voz. Captó en ella los primeros atisbos de la histeria y se dio cuenta de que estaba a punto de derrumbarse. No podía evitarlo.

—Lo sé.

—¿Por qué no pediste un Uber?

Con la mirada clavada en el regazo, con los ojos oscuros:

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¡Vas a tener que darme una respuesta mejor!

—Creí que no pasaría nada. Porque tenemos suerte.

—¿Que no pasaría nada? —«Contrólate. Una hora y es noviembre. Por el amor de Dios, contrólate o lo perderéis todo»—. ¿No les enseñamos a nuestros hijos que una cosa es tener suerte y otra es ser Superman?

—Y ¿esto es suerte, Luana? —estalló Ralph—. ¡Ese accidente tendría que haber sido imposible!

—¡Esto es estupidez! —Dejándose llevar por un impulso, cogió del aparador la foto enmarcada de los cuatro en Squamish Treehouses (sin cristal reflectante) y se la lanzó. Lo golpeó con fuerza en el brazo. Él ni siquiera se molestó en agacharse—. ¡Me prometiste que no beberías! ¡Me lo prometiste, Ralph!

—Todavía no era noviembre. Pensé que no habría consecuencias.

—¡Cielo santo!

—Lo sé.

Su marido tenía los ojos inyectados en sangre, pero lo que Luana veía en ellos era sincero y sobrepasaba con creces la culpa o el arrepentimiento. Se preguntó si existiría siquiera una palabra para describirlo.

—Y… Y… ¿Y luego pensaste: «Mejor me lo llevo a casa»?

Ralph volvió a bajar la mirada.

—¡Has manipulado las pruebas! ¡Estás encubriendo un delito! ¡Eso no hace más que empeorar las cosas!

—Lo sé.

Luana se llevó los puños a la boca. La rabia se le evaporó al instante al pensar: «Liam. Liam está muerto», y eso reactivó todo el ciclo de incredulidad y negación. Cuando habló, lo hizo con voz débil, casi gimoteando:

—Dime que esto es un sueño, Ralph. Dime que esto no está pasando.

Él la miró con una expresión ausente.

—¿Ahora mismo lo tienes en el maletero del coche?

Era un pensamiento demasiado monstruoso, no podía ser verdad. Ralph se estremeció, desvió la vista hacia la manta del sofá. Aquel gesto hizo que a Luana se le ocurriera una idea.

—Uy, no, ni se te ocurra. Esa es mi manta de lana. Te traeré una vieja del garaje.

Se puso en marcha. Ralph la llamó, pero no fue capaz de levantarse. O tal vez entendió que no tenía sentido.

Él le había llevado algo.

¿Por qué no iba a poder su mujer echarle un vistazo?

El garaje, sumido en la penumbra, olía a cera de abeja y moho. Oía el repiqueteo de la lluvia y el lento crujir del motor del Forester, pero aun así albergaba una ilusión de profundo silencio, debida exclusivamente a lo que había en el maletero. Una presencia tan monumental disipaba cualquier sonido y absorbía toda la energía como un agujero negro.

«No lo hagas, Luana. ¿Por qué vas a mirar? Créete lo que te dice, ¿por qué no te lo crees? A veces, ver las cosas no las mejora, sino que las empeora muchísimo».

Buen consejo, pero ya era demasiado tarde para escucharlo. En zapatillas de casa, rodeó el coche hasta la parte de atrás. La luna trasera continuaba estando salpicada de lluvia. El cristal oscuro transformaba su reflejo en algo sombrío e inhumano. Noviembre no había llegado aún, pero, si Liam la miraba con los ojos muertos, ella sería el fantasma del espejo.

Buscó a tientas el botón de apertura. El portón trasero se abrió con un clac sordo, pero no lo suficiente para revelar su contenido. Luana lo levantó con ambas manos y entonces sí lo vio, gracias al

resplandor de la luz amarilla del maletero. Un bulto envuelto en una manta marrón. Podría haber sido una alfombra enrollada, doblada por la mitad… Si no hubiera sido por la zapatilla embarrada que asomaba por el lado derecho.

La mujer cerró los ojos, pero volvió a abrirlos cuando oyó un aullido espeluznante, de esos que te ponen la piel de gallina y los pelos de punta. Y entonces se dio cuenta de que había salido de su propia garganta.

Era Liam, sin duda. Reconoció las zapatillas rozadas; se las había visto puestas cuando Django y él jugaban a lanzarse la pelota al otro lado de la calle. Moschino Kids: prueba del gusto de sus padres por lo ostentoso. Vio el dobladillo de los vaqueros, arrugado cuando unas manos poco compasivas (las manos de Ralph) lo habían embutido en el maletero. Un calcetín empapado y lleno de barro. La piel pálida y desnuda de un tobillo.

«Oh, Joyce. Oh, Marc. Lo siento mucho, muchísimo».

La conmoción le había impedido asimilar la mayor parte del confuso relato de Ralph, pero sí recordaba haberle oído decir que los Wachowski no debían de tener ni la más mínima idea de que su hijo no estaba en Carnation con Django y Noah. Para empezar, porque ellos no le habrían permitido volver a casa en bicicleta solo y de noche. Luana no estaba preocupada por su hijo, porque este le había enviado un somero «Buenas noches, mamá» sobre las diez, lo que en el lenguaje de Django equivalía a: «Estoy ocupado jugando a la consola, no me interrumpas, por favor». Ni una palabra acerca de Liam. Nada que explicara su marcha. Pero los niños eran así.

Si Ralph estaba en lo cierto, lo más probable era que Joyce y Marc estuvieran en casa. Quizá viendo el especial de Halloween de la

AMC. Quizá estuviesen haciendo el amor mientras su hijo yacía muerto y aplastado en el maletero de sus vecinos de enfrente.

Volvió a gemir. Estiró la mano por instinto. Quería tocarlo. Lo habían dejado completamente solo. Y, tal como yacía allí en aquel momento, tirado como un trozo de basura, seguía estando solo.

Encontró la costura húmeda de los vaqueros, la piel debajo de ella. Le acarició la pantorrilla delgada al chico. Estaba fría, pero no rígida. Todavía no.

La manta se movió.

Luana se quedó paralizada, sintió que el cuero cabelludo se le erizaba y retiró la mano. «No lo he visto de verdad», pensó. Esperó a que volviera a ocurrir. O quizá a que una mano saliese arrastrándose por debajo de la manta, a que unos dedos de niño aplastados y rotos la señalasen, la acusaran.

No pasó nada. Se lo había imaginado. Liam no iba a volver a la vida, porque no le quedaba vida en el cuerpo. Así que cerró el maletero con violencia.

Cogió un guardapolvos del montón de espejos y salió del garaje.

Estaba decidida a decirle a Ralph que llamara a emergencias —no habían perdido mucho tiempo—, pero, cuando entró en el salón, las palabras se le quedaron atrapadas en los labios.

El Contable estaba allí.

Estaba acuclillado frente a la chimenea. Le brotaban volutas de humo del traje. Había venido a reclamar su sacrificio: Liam. Se lo llevaría al bosque para enterrarlo y cazar su alma cada noviembre. Aunque estaba de espaldas a ella, Luana sentía el calor de su respiración sibilante, ronca. Y, cuando el Contable empezó a darse la

vuelta, la mujer ahogó un grito, pues sabía que vería su verdadera esencia detrás de aquellos ojos negros: un hambre que ardía como un horno nuclear.

Solo entonces se dio cuenta de que no era el Contable. ¿Cómo había podido pensar algo así? Era Ralph. Lo que le salía del traje empapado no era humo, sino vaho generado por la cercanía del fuego.

Dios mío, se estaba volviendo loca.

—¿Estás bien? —preguntó Ralph—. ¿Lo has… visto?

Luana salió de su ensimismamiento, se encaminó hacia él y le echó el guardapolvos sobre los hombros.

—Tienes que llamar a emergencias. No es demasiado tarde. Di que no podías dejarlo ahí fuera, bajo la lluvia. Que no tenías nada con qué taparlo. Es un niño, joder…

Rompió a llorar. En su estado, Ralph era incapaz de consolarla (y Luana dudaba que hubiera estado dispuesta a aceptar su consuelo), así que tuvo que pasarlo sola. Se imaginó la zapatilla llena de barro de Liam, luego la piel desnuda del tobillo del chico, luego a Joyce, y lo único que podía pensar era: «Qué horror tan absoluto. Qué abominación».

Cuando se calmó un poco, vio que Ralph continuaba mirándola con la misma expresión ausente y extraña. Pero entonces se percató de que no era una mirada del todo vacía. Era más bien pensativa. Al recordarla más tarde, se daría cuenta de que para entonces su marido ya sabía lo que iban a hacer. Y ella también, en el fondo.

—Luana —dijo Ralph—, llamaré si es lo que quieres. He cometido un error imperdonable y aceptaré las consecuencias. Te lo prometo.

Y, si lo hago, espero que tu corazón encuentre algún día la forma de perdonarme, aunque sé que no tengo derecho a pedirte algo así.

—Oh, Ralph…

El juez levantó una mano.

—Pero, antes de hacerlo, tómate un momento para reflexionar sobre las consecuencias, por favor.

Luana lo hizo…, y aquello le hizo comprender de verdad la profundidad del pozo de miseria en el que Ralph los había metido, que iba más allá de la trágica muerte de Liam.

Su marido estaría entre rejas durante años, quizá de por vida. Eso significaría, casi con total seguridad, el fin de su matrimonio. Supuso que él ya se lo esperaba…, pero ella también lo sufriría. Y Ralph tenía razón: no estaba segura de si sería capaz de perdonarlo. No tenía derecho a pedírselo.

Pero eso no quería decir que no sintiera compasión. Su marido era juez. En Monroe y Walla Walla, a los reclusos no les caían bien las personas como él, a veces porque había sido el propio Ralph quien los había mandado allí. Su vida en la cárcel sería un infierno. Quizá imposible.

Y eso era solo el principio. ¿Qué significaría todo aquello para Kaila? Faltaban dos días para que tuvieran que iniciarla en un pacto que odiaba con toda su alma. Se había rendido a él solo porque sabía que estaba afrontando una mala situación de la mejor manera posible. Pero, a pesar de todo, había acudido a su padre en busca de orientación ética. Ahora, le arrancarían esa alfombra de debajo de los pies.

Sin poder evitarlo, se puso a pensar en Frank, el hermano de Ralph, que se parecía mucho a Kaila en gran cantidad de aspectos y

que se había quitado la vida una semana después de su iniciación.

Fue como si Ralph le leyera la mente, porque dijo:

—Kaila no podrá soportarlo. —Luana lo sabía. Despacio, como impulsada por una fuerza externa, se tapó la boca con las manos—. Y hay otra cosa. ¿Qué harán los vecinos? Puede que yo vaya a la cárcel, pero ¿les bastará con eso? ¿Seguirían queriendo coexistir con una familia relacionada con esto?

—Pero ¡no es culpa nuestra! —le espetó Luana, atónita.

—No, no lo es. Pero, cada vez que os vean a ti o a los niños, se acordarán de lo que ha pasado. Imagina que fuera Django.

—¡Ni se te ocurra decir eso, Ralph!

—Vale, pero entiendes a qué me refiero. No estoy seguro de que vayan a tolerarlo. Además, saben que, si os expulsan a los tres, me hacen más daño.

La verdad la agarró por el cuello.

—¡No serían capaces de hacer algo así!

Aunque quizá sí, y con eso bastaba. Una cosa llevaba a la otra y Luana sintió que estaba atrapada en una red de repercusiones que ni siquiera era capaz de empezar a imaginarse.

Su mente hizo un último esfuerzo por encontrar una salida, sabedora de que solo estaba posponiendo lo inevitable. Quizá todo aquello fuera una salida. Una forma de que los niños y ella tuvieran por fin una vida normal, lejos de Lock Haven, Washington. Siempre lo había considerado imposible, pero ¿hasta qué punto estaban seguros de ello?

—¿No podríamos aprender a vivir en el exilio? Los niños tendrían una vida normal, sin un talento ni una suerte excesivos. ¿No podrían aprender a vivir de esa forma, con el tiempo?

—Los niños, quizá. Ellos pueden marcharse. Pero tú no, Luana.

—Pero ¿cómo sabemos que…?

—Por los Nyholm. La buena suerte que proporciona este lugar se evapora. Tú eras estéril. ¿Estás dispuesta a arriesgarte a que, un día cualquiera, Kaila y Django sufran un accidente, como aquel profesor pervertido que te trajo a Estados Unidos? ¿A que se pongan enfermos y mueran? ¿O a que una mañana te despiertes y, sencillamente, ya no existan?

—¡Ni siquiera tendrían haber nacido! —gritó ella, y un tronco restalló en la chimenea.

El ruido fue tan fuerte que ambos se sobresaltaron y volvieron la cabeza. ¿De dónde habían salido aquellas palabras? No se correspondían con los sentimientos de Luana. Pero entonces vio el reloj de ébano sobre la repisa de la chimenea y cayó en la cuenta. Eran más de las once y media. Los Días Oscuros estaban a las puertas… Aunque, por supuesto, en casa de los Lewis da Silva ya habían entrado.

—Ni siquiera hemos tenido en cuenta lo más obvio —dijo con una voz desprovista de vida—. Los Días Oscuros. No existe ni un solo escenario en el que las cosas no se desmadren, Ralph. Para ninguno de nosotros. Y solo irá a peor. En el mejor de los casos, los demás vecinos se muestran compasivos y nos dejan quedarnos, pero ¿qué les harán los Días Oscuros a Marc y a Joyce? Unos padres afligidos, llenos de rencor…

Su marido lo entendió:

—Ojo por ojo.

—Entonces, ¿qué hacemos, Ralph? —preguntó—. ¿Qué hacemos?

Su marido se levantó, se acercó a ella y la abrazó, lo cual la hizo estremecerse de pies a cabeza.

Porque ambos lo sabían.

Ninguno quería ser el primero en decirlo. Al final, con un esfuerzo terrible y desgarrador, fue Luana quien lo soltó:

—Tienes que llevarlo al bosque. Es la única opción.

Él la miró de hito en hito, sorprendido.

—¿Qué?

—Uf, ¡no te atrevas a decirme que no estabas pensando lo mismo, Ralph! ¡No te atrevas!

—No es eso —dijo al mismo tiempo que le hacía gestos para que bajara la voz—. Es solo que no esperaba que tú también llegaras a esa conclusión.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Todo esto es un terrible desastre…

Le aporreó el pecho porque la culpa era de él, y echarle la culpa era más fácil que aceptar la realidad. Luana volvió a llorar, y esta vez no tuvo fuerzas para rechazarlo cuando él la abrazó. Al cabo de un rato, recuperó la compostura y dijo:

—Entiérralo. Entiérralo y recemos para que cuente como ofrenda. Así al menos su muerte no habrá sido en vano.

Ahora que lo habían dicho en voz alta, una extraña calma se apoderó de Ralph. La miró con paciencia.

—Luana…, Liam no contará.

—¿Por qué no?

—No ha muerto en el bosque.

—Pero has dicho que se golpeó la cabeza contra…

—No fue en el bosque. Ya sabes que Frank…

—¡Frank murió aquí fuera, en el camino de entrada! Liam ha muerto literalmente debajo de un árbol. ¡Has dicho que la fuerza lo lanzó contra la valla!

—Sí. Contra este lado de la valla.

—¿No podríamos al menos intentarlo? ¿Cortar los Días Oscuros de raíz antes incluso de que empiecen? Quizá así mantengamos la mala suerte a raya. Quizá tengamos una oportunidad. Su muerte no puede ser tan inútil, ¿verdad?

—Luana, deberíamos alegrarnos de que no cuente. Ya sabes lo que les ocurre a los que sí.

Sí, lo sabía, y no dijo nada. Que Liam estuviera muerto ya era espantoso. Condenarlo a más lo habría convertido en algo indescriptible.

—Y no podemos decírselo a los vecinos, así que, de todas formas, tendrá que morir alguien más.

—Lo entiendo —dijo en voz baja.

—Bien. Pero ¿eres consciente de la encrucijada en la que nos encontramos? —La agarró por los brazos con las manos frías y sudorosas y la miró a los ojos—. En este momento, todo esto es culpa mía y tú estás a salvo. Podemos explicar por qué no llamé a la policía de inmediato. Es la respuesta de bloqueo. Puedes decirles que me hiciste entrar en razón cuando llegué a casa tras haber huido con el cadáver de Liam en un ataque de locura. Pero, si seguimos por este camino, pasarás a formar parte de todo esto. Si las cosas se tuercen, diré que actué solo y que no te conté nada. Tal vez funcione. Pero tú sabrás la verdad. La llevarás contigo, y eso no

puedo cambiarlo de ningún modo. Jamás podrás perdonarte a ti misma.

«No —pensó ella—. Jamás podré perdonarte a ti. Creo que eso ya lo tengo claro».

Si aceptaba seguir adelante, sería por los niños.

«Pero ¡ponte en el lugar de Joyce un momento! ¿Qué querrías si fueras ella? ¿Qué querrías si hubiera sido Django?».

Justicia. Como cualquiera. Daba igual que nunca hubieran sido amigas: Joyce Wachowski era madre y su hijo estaba muerto.

Pero, por otro lado…, ni una decisión ni la otra conseguiría devolverles a Liam.

La justicia costaría vidas.

Empezando por la de sus hijos.

Durante un largo rato, ninguno dijo nada. Al final, Luana levantó la vista.

—¿Somos unos monstruos, Ralph?

—Creo que sí.

Su marido se acercó, pero ella se zafó de su abrazo, porque cada vez los sentía más como una llave que la estrangulaba.

—¿Cómo voy a mirar a Joyce y a Marc a la cara? ¡Que Dios nos ayude, pensarán que Liam ha desaparecido! ¡Y yo lo sé! ¡Lo sé!

—Tendremos que planificarlo todo muy a fondo. Y tenemos hasta la hora de comer de mañana, supongo, cuando el colegio llame a los Wachowski para preguntar dónde está Liam. Pero primero tenemos que…

—Nadie puede saberlo jamás —susurró Luana—. Nadie puede saber lo que hemos hecho.

—Nadie lo sabrá. Allí no lo encontrarán nunca. Pero, precisamente por eso, ahora tengo que darme prisa y…

—Uy, no, ni lo pienses. No te irás a ningún sitio hasta que hayas puesto las tablas. Mira qué hora es.

Lo vio. Era medianoche.

El móvil de Luana empezó a sonar.

1 DE NOVIEMBRE

Joyce o Marc, pensó Luana. Se habrían enterado de que su hijo se había marchado de casa de los Stone. O Django, preocupado porque Liam no le contestaba a los mensajes. La tormenta estallaría, y aún no estaban preparados. Quienquiera que la estuviese llamando y fuera cual fuese el mensaje, las buenas noticias nunca llegaban a medianoche.

Pero no eran ni los Wachowski ni Django. Era Kaila. Luana le enseñó la pantalla a Ralph antes de armarse de valor y contestar la llamada.

—¡Kaila! ¿Estás bien?

—Sí. —Se oía música de fondo. A juzgar por el ruido, debía de seguir en la fiesta—. Me he imaginado que aún estarías despierta, así que he pensado en llamarte.

—¿Qué pasa?

—Nada, en realidad. Pero ha empezado. Ya sabes. Y tenía una sensación rara. Solo quería saber cómo estabas.

Luana cerró los ojos y se frotó la frente con la mano libre.

—Ay, cielo, qué detalle. —Y la primera mentira—: No tienes que preocuparte por nada. —La segunda—: Estamos bien.

«Ha empezado. La gran obra teatral. Ahora ya no hay vuelta atrás».

—Pues no parece que estés bien —dijo Kaila—. Tienes la voz rara.

—No, qué va. ¿Rara en qué sentido?

—Como si hubieras estado llorando. ¿Ha pasado algo?

—No, pero tienes razón —se oyó decir—. Estoy un poco decaída. Creo que todos nos sentimos un poco raros esta noche.

—¿Ha vuelto ya papá?

—Claro —asintió, y clavó la mirada en la camisa empapada de sangre de Ralph. Le hizo un gesto para que se pusiera en marcha—. Ha terminado de cerrar las contraventanas y se está dando una ducha.

Ralph captó el mensaje y se largó. Kaila le contó que habían hecho un concurso de disfraces, que había participado en un juego de rol que consistía en resolver un asesinato y que el maratón de películas de Halloween ya estaba en pleno apogeo. Daba la sensación de que se lo estaba pasando en grande. Luana era incapaz de entender por qué, aun así, había sentido la necesidad de llamarla.

—No te acuestes muy tarde, ¿vale, cariño?

—No, ya estamos recogiendo. Vamos a volver a casa de Jax.

—¿Y no has bebido?

—Solo ponche, mamá.

—Ya.

—¡De verdad!

—Solo te estoy tomando el pelo.

—Oye, estaba pensando que tal vez sea mejor que vuelva a casa. Jax podría acercarme.

«¡No!», estuvo a punto de gritar, pero reprimió el impulso a tiempo.

—De verdad, cariño, no hace falta. Disfruta mientras puedas. Diviértete con Jax. Ya tendrás que pasar bastante tiempo encerrada durante las próximas semanas. —Guardó silencio un segundo y añadió—: A menos que necesites volver a casa, claro.

Con eso dio en el clavo.

—Vale, me quedaré con Jax. Nos vemos mañana después de clase.

—Te quiero, cielo. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

—Sí. Y yo también te quiero.

Colgó el teléfono. Luana empezó a llorar incluso antes de que se le desvaneciera la sonrisa.

Veinte minutos más tarde, las contraventanas estaban cerradas y Ralph estaba arrebujado en su impermeable Gore-Tex. Luana se preparó una infusión y vertió tres expresos en una taza grande para Ralph. Reprimió un impulso demente de reírse: estaban al borde de la oscuridad absoluta y se ponían a tomarse una infusión y un café. Luego pensó en lo que había en el garaje y el impulso desapareció al instante.

No había querido estar presente mientras su marido envolvía el cuerpo de Liam y una pala en el viejo guardapolvos con el que ella lo había tapado antes —«eso sí que es eficacia multifuncional»—, pero ahora estaba a su lado en el garaje. Lo había enrollado bien con cinta adhesiva y lo había rodeado con una cuerda gruesa de polipropileno naranja que había cogido de la estantería de las herramientas. Con el estómago revuelto, Luana comprendió para

qué le serviría. El terreno era escabroso. No sería extraño que Ralph se viera obligado a arrastrar a Liam.

—Me gustaría que esto fuera un sueño —dijo—. Una pesadilla. ¿No crees que podría ser una pesadilla?

—Puede que así sea como lo recordaremos dentro de un tiempo, cuando todo esto haya terminado.

En cierto sentido, Ralph tenía razón, y eso era lo peor de todo. Si lograban superar los Días Oscuros, el propio tiempo mitigaría la experiencia. Pero Luana no quería pensar en eso. Era demasiado repugnante.

Ralph se colocó una linterna bajo la axila y se agachó para levantar el fardo. Tenía la mirada sombría, temerosa, asqueada.

—Cogeré la escalera y me subiré al tejado del cobertizo. Desde allí, creo que podré bajarlo por el otro lado de la valla. Dejaré la escalera en el lado del bosque. Para cuando vuelva.

—Tengo mucho miedo. Nadie se adentra solo en ese bosque en noviembre. ¿Y si no vuelves?

—Pues será lo que me merecía.

—No se te ocurra. No puedo lidiar sola con esto.

—Volveré, Luana. No te preocupes.

Sin embargo, él sí estaba preocupado: llevaban demasiado tiempo casados para que los ojos de su marido pudieran ocultarle ningún secreto.

—¿Llevas la batería del móvil llena? —le preguntó.

—Sí, lo puse a cargar en el coche.

—Llámame. Llámame en cuanto cruces la valla. Una videollamada. Nos hemos metido en esto juntos. Y juntos tendremos que salir.

—Pero no verás nada.

—Te oiré. Quiero saber que estás bien. Y… —Vaciló—. También quiero saber cuándo no lo estás.

Ralph asintió y Luana se dio cuenta de que estaba aliviado. Él también estaría más tranquilo oyéndola hablar, le distraería del hecho de que estaba solo en el bosque, cargando con el cadáver del mejor amigo de Django.

—Te llamaré. No por Vember, porque sospecho que Gray tiene acceso a nuestras conversaciones privadas. Usaré FaceTime.

Luana abrió la puerta del patio de atrás y se estremeció cuando una ráfaga de aire frío entró en el garaje.

Una vez más, lo detuvo.

—¿Nos delatará?

Su marido se volvió.

—¿Qué quieres decir?

—En los espejos.

—No. No ha muerto allí, ¿verdad?

Ralph echó a andar bajo la lluvia.

Luana entró en el baño, usó el váter, se cepilló los dientes. La lengua se le pegó al paladar como una esponja agria, y se quedó de piedra al notar que tenía un horrible gusto a alcohol en la boca. Ahora el delito de Ralph era el suyo. La culpa se transmitía como un virus. Escupió, volvió a meter el cepillo de dientes en el vaso y levantó la vista medio esperando ver que la mujer culpable en la que se había convertido le devolvía la mirada, pero entonces se acordó de que unas horas antes había quitado el espejo. Menos mal. No necesitaba ver que la culpa de su marido le quedaba como un guante.

Se lavó la cara y, al secarse las manos en la bata, vio que estaba pintada como una sutil acuarela de manchas de sangre. De manchas de sangre de Liam. Se la arrancó con tal fuerza que rasgó la tela. La tiró sobre el montón de ropa mojada de Ralph y entró en el dormitorio para ponerse un jersey de cuello alto de lana y unos pantalones de pijama. Luego recogió la ropa del suelo del baño, formó una bola con ella y bajó las escaleras a toda prisa.

Las ascuas de la chimenea seguían ardiendo. Luana añadió tres leños y los roció con líquido inflamable. Prendió al instante, y las llamas se hincharon y elevaron como lenguas del diablo.

Empezó por la bata. No quería volver a tocarla jamás. Cuando el satén se hubo convertido en cenizas, se sirvió del atizador para introducir en la hoguera la camisa mojada y empapada de sangre de Ralph. Eso provocó una nube de humo que amenazó con apagar el fuego, pero, con un chorro más de líquido, las llamas se reavivaron.

Levantó la vista, sobresaltada, como si hubiera oído un ruido a su espalda. Solo que no había habido ningún ruido. El salón tenía el mismo aspecto de siempre y, a la vez, parecía que todo hubiera cambiado de lugar de forma imperceptible. No era solo el hecho de que fuera 1 de noviembre ni de que estuviera sola en el opaco silencio de la medianoche en aquel hogar que antes le era tan familiar y que ahora le resultaba tan extraño y hostil. Lo que Ralph estaba haciendo en el bosque le pesaba como una losa. Sentía la presencia de un peligro desconocido ahí fuera, pero, por alguna razón, también allí dentro.

¿Por qué no la había llamado todavía?

¿Y si no la llamaba? ¿Y si nunca volvía a saber de él?

Tonterías. Estaría concentrado en su tarea. Si seguía tardando, lo llamaría ella misma.

De la camisa de Ralph solo quedaba un trozo de manga ennegrecido por los bordes. Agarró el atizador y lo hundió en el fuego.

«Buen trabajo, señora Perreira da Silva. Está manejando muy bien la destrucción de pruebas».

Ahogó esa voz. El traje de Ralph no era barato y tal vez pudiera salvarse con una limpieza a vapor, pero no estaba de humor para ganarse su favor. Estaba extendiendo la chaqueta sobre los troncos ardientes cuando por fin le sonó el teléfono.

—¿Por qué has tardado tanto?

—No ha sido fácil —contestó Ralph, que no dio más detalles. Luana oyó el susurro de la ropa y del viento, pero su pantalla no mostraba más que un negro reflectante. Puso el altavoz. El susurro se convirtió en un tamborileo y, cuando su marido volvió a hablar, lo oyó sorprendentemente cerca, casi como si estuviera en la misma habitación que ella—. ¿Me oyes así?

—Te oigo muy bien.

—Vale, yo también. Me he metido el móvil dentro de la capucha. Así evito que se moje y, de todas formas, aquí no se ve nada.

Aquello explicaba el tamborileo: era la lluvia que repiqueteaba contra la capucha de Gore-Tex.

—¿Dónde estás?

—Sigo aquí atrás. Voy a mantenerme pegado a la valla hasta llegar al sendero McKinley. Será lo más rápido.

Luana oyó más crujidos y, luego, un gruñido. Un breve destello le mostró la barba incipiente de la mejilla de Ralph y el borde rojo de la

capucha. Después, más oscuridad. Se había echado a Liam al hombro, dedujo. Entonces, una respiración entrecortada. Había empezado a caminar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó uno de ellos al cabo de un rato.

—Mal. ¿Y tú?

—Igual.

Ninguno tenía ganas de hablar, así que no lo hicieron. Luana continuó quemando ropa. Cuando no quedaron más que trozos que se desintegrarían entre las cenizas humeantes a lo largo de la noche («Acuérdate de sacar los botones mañana —pensó—. Por si acaso»), se dirigió al garaje. Más cosas por limpiar. Pero enseguida se le cayó el alma a los pies. Sangre en el maletero (invisible sobre el forro negro, así que puso los dedos en ella y se arrepintió de inmediato), la bicicleta de montaña de Liam en el asiento trasero y, lo peor de todo, la máscara de Baby Yoda, que tenía pelos pegados dentro. Gritó, horrorizada, y la dejó caer detrás del asiento del copiloto. Quiso apartarse demasiado rápido y se dio un golpe en la cabeza.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ralph, alarmado.

—¡El coche! —gimió ella—. ¡No puedo! Hay que limpiarlo entero y ¡no puedo!

—Pues no lo hagas, cielo. Déjamelo a mí. Yo me encargo de hacerlo mañana por la mañana.

—Hay que fregar el suelo de la cocina. ¿Y si los niños entran en el garaje?

—Los niños no volverán a casa hasta mañana después de clase.

—¡Tengo sangre por todas partes, Ralph! ¡La sangre de Liam!

—Lo sé. Y lo siento. Sal de ahí. Tienes que calmarte.

—¿Y qué pasa con su bici? ¿Y con tu coche? Tiene una abolladura enorme, y si Liam ha desaparecido y los vecinos ven que tienes así el coche… ¡Menudo puto lío, no lo hemos pensado nada bien!

—Yo sí lo he pensado. Fíjate: los daños no son tan graves. El faro roto sigue funcionando y el parachoques puede cambiarse. Escúchame. La cámara de seguridad de Marc graba nuestro camino de entrada, pero el bollo está en el lado derecho, así que no lo habrá captado. Mientras no hagamos nada raro en la parte delantera, no hay razón para que nadie venga a preguntarnos. ¡No hay motivo de sospecha! ¿Lo entiendes?

—¡Ralph, no seas tan ingenuo! ¡La policía empezará a investigar!

—Pero piénsalo bien. ¿Por dónde empieza a buscar la policía cuando desaparece un niño? Por el entorno más cercano. Y ¿de verdad crees que los vecinos van a querer involucrar a la policía con lo que hemos estado haciendo en el bosque todos estos años? ¿Ahora, en noviembre?

—Pero…

—Además, tenemos tiempo. Mañana por la mañana iré con el Optima al desguace de Kirkland. Tienen una compactadora y me aseguraré de que la bici quede hecha chatarra. Dejaremos el Forester en el garaje unos días. Hasta ver cómo van las cosas. La semana que viene, un día a primera hora de la mañana, cuando aún no haya luz, cogeré Tolt River Road y lo llevaré a algún taller de reparación de Monroe o incluso de Everett, me da igual.

Luana lo escuchó hablar con la cara apoyada en el codo, pero entonces se giró y empezó a darle patadas a la rueda trasera del Forester. Se hizo daño en los dedos de los pies. Disfrutó del dolor.

—Luana. —Suave. Demasiado cerca, demasiado real—. Luana, hazme caso. Ve al baño. Hay Seroquel en el armario de Kaila. Tómate uno, te calmará. Pero ten cuidado de no equivocarte con el litio.

Hizo lo que le decía y luego se fue a la cama. Puede que el tranquilizante fuera de efecto inmediato, porque no recordaba haberse sentido tan agotada en su vida. Era como si tuviera un peso en los párpados, y no tardó en empezar a sumirse en un delirio intermitente. Tenía el móvil apoyado contra la almohada de Ralph, a su lado. Cada vez que su marido hablaba o que el viento le azotaba la capucha, Luana se despertaba agitada de un salvaje y desagradable fragmento de pesadilla incipiente. Y cada vez se daba cuenta de que el respingo la había devuelto a la pesadilla real que se estaba desarrollando a su alrededor.

—Luana —dijo él.

—¿Hum?

—Todavía tenemos que hablar de muchas cosas. Para empezar, de qué vamos a decir.

—Lo sé.

—Nuestras versiones tienen que coincidir.

—Ralph.

Silencio.

—Háblame de Italia, por favor.

Más silencio. Luego:

—¿Qué quieres que te cuente?

—Todo. Todo lo que recuerdes.

Y eso hizo. Le habló de los mejores *linguine* del mundo, servidos en un pequeño restaurante familiar de Cortona, donde la cocinera,

una mujer robusta y desdentada con un delantal sucio, no paraba de gritar: «*Solo quatro ingredienti!*». Del gigantesco saltamontes de color verde lima que Django había sostenido entre las manos durante el trayecto en barco por Cinque Terre, temeroso de que acabara en el agua si lo soltaba. Ralph le habló de la cata de vinos en un *palazzo* de Montepulciano, del aroma del heno recién empacado en los campos ondulados del color de la siena natural y del susto que se habían llevado cuando Kaila había robado la bicicleta en Arezzo para recrear *La vita è bella* llevando a Django en el manillar. Cuando le habló de cómo habían hecho el amor en una tumbona bajo el cielo de Umbría, Luana se sorbió la nariz.

—Eso fue bonito —dijo—. Era feliz, ¿sabes? Era muy feliz.

—Lo sé, cariño. Yo también.

—Nunca hemos tenido derecho a esa felicidad.

Escuchó los jadeos de su marido. Al final, él contestó:

—No lo sé. La felicidad no es algo a lo que se tenga derecho. O la tienes o no la tienes.

—Entonces espero que no volvamos a tenerla nunca. No nos la merecemos. Mirándolo en retrospectiva, quiero devolverla toda.

—Podemos recordarlo con cariño —sugirió él—. Lo que ha sido.

Pero eso, en vista de aquella noche, era una contradicción tan fundamental e implacable que Luana no supo si alguna vez sería capaz de hacerlo.

Mucho más tarde, su marido la despertó con un sobresalto al decirle que estaba allí. ¿Dónde? En las ciénagas. En la necrópolis. Una vez, hacía años, Ralph la había llevado a ese lugar opresivo, pero después le había ahorrado la molestia de enterrar los cuerpos. Allí cavaría un hoyo para Liam. Allí velaría su cuerpo.

Ralph se sacó el móvil de la capucha y, bajo la lluvia torrencial, Luana vio lo que él veía a la luz de la linterna. Vio montones de ramas por todas partes. Vio los brezales, vio la pala clavada en el suelo y, en un destello, vio a Liam. Con la manta retirada, expuesto a la lluvia. Ralph no había tenido intención de que lo viera, así que apartó el móvil a toda prisa, pero ya era demasiado tarde: había visto a Liam.

Se acabó. De pronto, ya no le importaba qué peligros acechaban en el bosque ni si Ralph volvería a casa aquella noche. Ocurriera lo que ocurriese, le ocurriría a él.

—Buena suerte —murmuró, y colgó.

Ralph lo entendió. O no. Pero no volvió a llamar.

Más tarde, mucho más tarde, emergió medio dormida de un profundo letargo sin sueños. Desorientada, percibió la presencia de una sombra en la habitación, aunque no echada a su lado. Permanecía inmóvil a los pies de la cama. Y, solo durante una milésima de segundo, tuvo la impresión de que en realidad había dos sombras, la de atrás un poquito más baja que la de delante. Eso le provocó una breve pero intensa sacudida de alarma que la recorrió de arriba abajo; sin embargo, antes de despertarse lo suficiente como para que se le acelerara el corazón, olió a Ralph; su aroma le resultaba inconfundible tras diecisiete años de matrimonio. «Está en casa», pensó con indiferencia.

La sombra se hizo a un lado y, si en algún momento había habido una segunda, ahora se habían fusionado. Aun así, captó un ligero tufo a algo más: un olor del todo desconocido… Un hedor. Le dio la espalda.

Notó que el colchón se hundía bajo el peso de Ralph, pero, para cuando él puso la alarma del móvil con sus últimas fuerzas, Luana ya se había vuelto a dormir. No se dio cuenta de que su marido dejó caer el teléfono sobre la almohada, a su lado ni de que, cuando su respiración se tornó constante y lenta unos minutos más tarde, el móvil se deslizó hacia el colchón.

Así que tampoco vio los dígitos luminosos del reloj de la mesita de noche de Ralph reflejados en la pantalla: 4:53. Y tampoco vio la figura oscura y lodosa que se alzaba junto a él.

RALPH

Pánico entre los vecinos. Imágenes del Camp Heron Market.
Una suerte endiablada.

1 DE NOVIEMBRE

Ralph se despertó en el crepúsculo del amanecer, convencido de que había oído el despertador. Se incorporó e hizo una mueca al sentir dos aguijonazos de dolor simultáneos, uno en la espalda y otro detrás de la frente. Joder.

Luana se revolvió bajo las mantas. Los dígitos de su mesita de noche marcaban las 7:41, y eso le confundió. ¿No había puesto la alarma a las 8:00 para concederse al menos un ciclo de tres horas de sueño antes de tener que ponerse en marcha de nuevo para borrar sus huellas?

«No ha sido la alarma, ha sido el timbre. Los Días Oscuros han venido a buscarnos».

Como para confirmar su teoría, el timbre volvió a sonar. Se levantó a toda prisa y atravesó la habitación a trompicones. Dios, se sentía como si lo hubieran pasado por una centrifugadora. A su edad, Ralph Lewis ya no fingía ser joven, pero se enorgullecía de llevar un estilo de vida saludable y de mantenerse en forma. La excursión de la noche anterior, sin embargo, había superado cualquier tipo de entrenamiento.

Cogió unos vaqueros y un jersey del armario, se los puso de cualquier manera y se amasó la cara.

«La policía —pensó cuando empezó a bajar las escaleras y el timbre volvió a sonar—. Alguien te vio. Creías que pasarías inadvertido, pero ¿qué sabes tú? Cometiste un error. Y ahora han venido a arrestarte».

Pero el cristal lateral de la puerta reveló que era peor, mucho peor. Era Marc Wachowski quien esperaba plantado bajo la tenue luz de la mañana. Ralph sintió que el corazón se le subía a la garganta y que las venas le latían en las sienes.

«Contrólate. Por lo visto, te equivocaste el pensar que tendrías más tiempo, pero todavía puedes salir airoso de esto. ¡Así que contrólate, joder!».

Aunque ¿cómo? Siendo juez, Ralph estaba acostumbrado a mantener sus emociones a raya cuando tenía que dictar sentencias importantes, pero nunca había sido su propia vida la que estaba en juego.

Se lamió los labios, descorrió los cerrojos, giró la llave y abrió la puerta.

—Hola, Marc. Siento haber tardado, estaba en la cama. Te has levantado temprano.

—Liam ha desaparecido.

Ralph se rascó la nuca y miró hacia el camino de entrada que se extendía a la espalda de Marc. Las alcantarillas se habían desbordado, pero los charcos estaban en calma. Hacía unas horas que había dejado de llover.

—Liam… ¿Los niños no están con los Stone?

—Felicia Stone acaba de llamar. Dice que Liam se marchó anoche. Pero no llegó a casa.

«Los Stone. Joder, ni siquiera se te pasó por la puta cabeza considerar esa posibilidad».

—Uf, no. —¿Su sorpresa era creíble? ¿O demasiado teatral? Justo a tiempo, se le ocurrió una idea—: ¿Y Django?

—Sí, está allí. Noah y él dicen que se pelearon y que Liam se fue. Pero Felicia y Bill no lo sabían. Se han enterado esta mañana durante el desayuno, así que nos han llamado enseguida. Joyce está llamando a todos sus amigos de Carnation. Creemos que se fue a casa de alguno de ellos por cómo llovía…

—Pero ¿no sabéis nada?

—No.

—¿Y su móvil?

—Pues se lo dejó en casa de los Stone. Lo hemos localizado con «Buscar mi iPhone». —Marc miró con aire pensativo el teléfono que tenía en la mano, como si esperara que sonase en cualquier momento. No se estaba dejando arrastrar por el pánico, todavía no, pero era obvio que estaba afectado—. ¿Django no te ha dicho nada?

—Eh…, no que yo sepa, pero anoche llegué tarde a casa. Una fiesta del juzgado. Le preguntaré a Luana.

—¿Me harías ese favor? ¿Y llamarías a Django a ver qué te dice? Joyce acaba de hablar con Noah y con él, pero quizá se hayan sentido presionados. Quizá se muestre más comunicativo con vosotros.

—Sí, claro, lo llamo enseguida. Dios, Marc, ¿estás bien?

—Seguro que no es más que una chiquillada. Pero es 1 de noviembre y me tranquilizaría saber que está bien. Te agradezco la ayuda, Ralph. Estaré en casa y la puerta delantera está abierta. ¿Nos vemos allí?

—Sí, claro.

Sin decir una sola palabra más, Marc se alejó a toda prisa por el camino de entrada. Todavía no había echado a correr, pero, en cuanto llegó a la calle, lo hizo. «Es imposible que piense que esto no es más que una chiquillada». Ralph cerró la puerta y se apretó los ojos con las manos. «Te agradezco la ayuda, Ralph. Sí…, qué majo eres».

Sin embargo, no era un buen momento para fustigaciones morales. Bajó las manos y se estremeció de inmediato. Las arrugas y los surcos estaban sucios de tierra. De tierra negra y sangre seca. Tenía lunas crecientes de barro bajo las uñas. Con los ojos como platos a causa del miedo, se las raspó, pero no sirvió de nada; y, al parecer, la ducha rápida que se había dado al llegar a casa de madrugada tampoco había servido de nada.

«Dios mío. ¿Se habrá dado cuenta Marc?».

No recordaba que le hubiera mirado las manos. En caso de que lo hubiera hecho y de que se lo señalase más tarde, podría achacarlo a que había estado trabajando en el jardín, aunque no tenía ningún sentido: acababa de decirle que había vuelto tarde a casa tras asistir a una fiesta.

«Estás hasta el cuello. Date prisa, imbécil, y lávate las manos».

Subió corriendo las escaleras y entró en el dormitorio, donde Luana estaba sentada en medio de la cama, muy erguida y con la manta envuelta alrededor de la cintura.

—¿Era…?

—Sí. Los han llamado los Stone. Pensaba que tendríamos unas horas más, pero el espectáculo ya ha comenzado. ¿Estás preparada?

—¿Tengo alguna otra opción?

—No. ¿Qué te contó Django anoche?

Le enseñó el mensaje: «Buenas noches, mamá». Nada más.

—Bien. Ve a lavarte y prepárate, porque te voy a necesitar. Tengo que llamar a Django y luego me iré a casa de los Wachowski.

Ella asintió. Estaba claro que aún tenía un montón de preguntas sobre la noche anterior («Y tú no quieres contarle todo lo que pasó, ¿verdad?»), sobre cuál iba a ser su versión, sobre el papel que iba a desempeñar ella en todo eso si las cosas se torcían. Pero no las formuló. Se limitó a levantarse y entrar en el baño sin un mero «buena suerte» o una muestra de cariño. Ralph era consciente de que no se las merecía; aun así, le sorprendió lo mucho que le dolía.

Volvió a la planta baja y llamó a Django. En cuanto oyó la voz de su hijo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las tragó.

—Django, soy papá. Supongo que ya sabes lo que pasa, ¿no?

—Sí. Lo siento mucho. Es que no lo entiendo.

—¿Qué pasó?

—Liam se empeñó en salir a pedir caramelos. Pero hacía muy mal tiempo y el señor Stone nos dijo que, si nos poníamos el chubasquero, nadie vería nuestro disfraz. Sin embargo, Liam no paró de insistir hasta que el señor Stone se plantó y dijo que no. La señora Stone y él nos organizaron una búsqueda del tesoro dentro de casa, pero a Noah y a mí nos pareció que ya éramos demasiado mayores para eso, así que cogimos los caramelos y nos pusimos a jugar a la consola.

—¿Y Liam? ¿Os peleasteis?

—No. Aunque estaba de muy mal humor y era un rollo. Le dejamos jugar casi todo el rato para que se le pasara, pero no sirvió de nada. Y luego tiró el mando y dijo que se iba a casa.

—¿Sin motivo?

—Porque lo mataron —contestó Django. Ralph se quedó boquiabierto, pero entonces su hijo añadió—: En *Los Vengadores*.

Despacio, el juez levantó la mano y se revolvió el pelo.

—¿Y dijo específicamente que se iba a su casa? ¿No a casa de algún otro amigo vuestro?

—No, dijo «a casa». Aunque intentamos convencerlo de que no lo hiciera, se enfadó y se marchó hecho una furia de la habitación. Y, como estaba lloviendo, pensamos que el señor o la señora Stone lo llevarían en coche. Pero ni siquiera lo vieron. Ni siquiera lo oyeron marcharse.

«Si no hubiera estado lloviendo. Si Bill Stone les hubiera dejado salir a pedir caramelos, si Liam hubiera ganado en ese puñetero juego, nada de esto habría ocurrido».

La réplica no se hizo esperar: «Si tú no hubieras bebido».

—Papá, estoy preocupado. ¿Crees que Liam estará bien?

A Ralph se le encogió el corazón.

—Bueno, no volvió a casa —dijo con la voz ronca—. Los Wachowski están haciendo llamadas para averiguar adónde podría haber ido. ¿Te vas ya a clase?

—Sí.

—Bien. ¿Me mandas un mensaje en cuanto llegues para decirme si Liam está en el colegio o no?

—Sí. —Django titubeó y luego preguntó—: ¿Tendría que haber avisado? Cuando Liam se fue, quiero decir. ¿Debería haberos enviado un mensaje a la señora Wachowski o a ti?

Dios. Django se sentía culpable. Ralph creía que ya había tocado fondo, pero resultaba que siempre se podía caer más bajo.

—Esto no es culpa tuya, Django, recuérdalo. Pero, sí, habría sido lo mejor. —«Y, si lo hubieras hecho —pensó—, me habrían pillado y habría sido tu sentencia de muerte, así que gracias a Dios que cometiste ese error»—. Tengo que dejarte. Escríbeme en cuanto llegues al colegio, ¿vale?

—Vale. —Ralph quería colgar, pero Django dijo algo más—: ¿Y si a Liam se lo ha llevado un desconocido?

«No ha sido un desconocido», pensó Ralph, y cerró los ojos.

—No pienses eso, Django. Escríbeme.

Colgó.

En la cocina, se frotó la mugre de las manos y se rascó las uñas con el cepillo para platos con tal violencia que se abrió la piel del dedo anular de la mano izquierda. Con pañuelos de papel y una mueca de dolor, detuvo la hemorragia. Solo entonces se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos. Pero eso pasaría, supuso.

Se puso a toda prisa el abrigo y bajó por el camino de entrada con los hombros bien cuadrados. Tenía la sensación de que lo estaban observando. Era cierto lo que decían: los secretos de un hombre se le escribían en la frente con letras de neón parpadeantes. No era de extrañar que algunas personas ganaran mucho dinero desmontando las mentiras de los sospechosos; Ralph lidiaba con ellas a diario.

Cuando estaba a punto de cruzar la calle, cambió de opinión y se encaminó hacia el bungaló de los Aikman. Necesitaba un señuelo. Alguien que aportara su propia dinámica y distrajera la atención de su nerviosismo. Harry.

En cuanto llamó al timbre —de nuevo con el dedo tembloroso—, se arrepintió de no haber recurrido al móvil. Si había alguien a quien no quería ver esa mañana, era a la entusiasta y perspicaz Elizabeth. Ya no la soportaba. Durante los preparativos de los Días Oscuros, se había asegurado de alejarse de ella. No sabía cómo la soportaba Harry, y tampoco le importaba. Pero, cada vez que Ralph la veía, se la imaginaba dando saltos como una marioneta enloquecida, arañándose la cara y gritando: «¡Salta, maricón de mierda!».

Y, por supuesto, fue Elizabeth quien respondió.

—¡Ralph! Buenos días, no esperaba verte aquí.

Decidió ir al grano:

—Puede que tengamos un problema.

A su vecina se le afiló la mirada al instante: a Elizabeth le encantaban los problemas. Además, tenía una intuición infalible, y eso podía ser peligroso.

—No, tacha el «puede que». Estamos con la mierda hasta el cuello. Liam ha desaparecido.

Le contó la versión de Marc. Cuando le preguntó si Harry y ella podían acompañarlo a casa de los Wachowski para gestionar la situación, ella le contestó que iría a buscar a su marido de inmediato. Con independencia de los recelos que pudiera despertarle Elizabeth, aquella mujer conocía los intereses de Bird Street como nadie, en eso sí podía confiar.

Ralph cruzó la calle. La puerta delantera estaba abierta, tal como le había dicho Marc, pero entrar en la casa fue como atravesar una nube de gas venenoso. El aire estaba espeso y cargado de tensión nerviosa.

—Liam se ha escapado —dijo una voz débil, y Ralph levantó la vista, sobresaltado.

Harper estaba sentada en mitad de las escaleras con un libro en el regazo.

—Eso me han dicho. Vamos a… —«encontrarlo», le entraron ganas de decir, pero no fue capaz de mentirle—. Vamos a buscarlo, Harper.

La niña asintió y volvió a su libro. Ralph se dirigió al salón y enseguida se dio cuenta de lo infundada que era su angustia por llamar la atención con su comportamiento nervioso. Los Wachowski estaban demasiado alterados como para reparar en él. Joyce estaba al teléfono, con el portátil abierto sobre una mesa, mientras Marc daba vueltas a su alrededor como un pomerania inquieto. Antes, en la puerta, su vecino había mostrado cierto autocontrol. Ahora no había caído presa del pánico, pero casi. Ethan no estaba en casa. Como Kaila, era alumno del Instituto Cedarcrest, en Duvall, así que ya debía de haberse marchado a clase cuando sus padres recibieron la llamada de Felicia Stone.

Ralph tosió para anunciar su presencia y Marc se le acercó a toda prisa. Su expresión de esperanza era insoportable.

—¿Qué te ha dicho Django?

Le resumió la conversación que había mantenido con su hijo, y la cara de decepción de Marc le resultó aún más insoportable.

—Entonces ¿no se pelearon? ¿Estás seguro?

—Django me ha dicho que Liam se puso de muy mal humor porque no les dejaron salir a pedir caramelos. Estaba cabreado, nada más.

—Bueno, es que le hacía mucha ilusión… Y ¿solo te ha contado eso? ¿No te ha dicho nada acerca de adónde podría haber ido?

—Por lo visto, a Django y a Noah les dijo que se volvía a casa.

—¡Mierda! —Marc apretó los puños—. ¿Y por qué coño no se lo dijeron a los Stone? ¡Es una irresponsabilidad!

Ralph levantó las manos, pero las juntó enseguida porque seguían temblándole.

—Son unos críos. Liam cogió la bici y se fue en plena noche sin decírselo a nadie.

—Lo sé. Debería pegarle unos azotes, pero ahora mismo daría cualquier cosa por saber dónde está. Lo siento, Ralph, me estoy volviendo loco…

—Lo entiendo. ¿No habéis averiguado nada con las llamadas?

Marc negó con la cabeza.

—No me entra en la cabeza. Nadie sabe nada. No creo que se le ocurriera de verdad venirse hasta aquí en bicicleta, ¿no? ¡Son ocho putos kilómetros! Con el tiempo que hacía, debió de quedarse en Carnation.

Elizabeth entró con Harry pisándole los talones, pero Marc apenas se fijó en ellos. Harry saludó a Ralph con un breve gesto de asentimiento y bajó la mirada mientras su mujer echaba un vistazo en torno a la habitación.

—Y entiendo que estuviera enfadado —continuó Marc—, pero, cuando se dio cuenta de que se había dejado el móvil, ¿por qué no volvió a por él? ¡No se despega de ese chisme!

—Django y Noah van camino del colegio ahora mismo —dijo Ralph—. Django me enviará un mensaje en cuanto sepa si Liam está allí.

—Eso está bien —dijo Elizabeth.

Joyce terminó la llamada y soltó el teléfono.

—Otra vez nada. Hola. —Les dedicó una breve mueca de dolor a sus vecinos; debía de ser lo más parecido a una sonrisa que era capaz de esbozar en esas circunstancias. Le temblaba la boca, pero a Ralph le pareció que estaba muy serena—. He llamado a todo el mundo. A sus amigos de clase, a los compañeros de equipo del Redmond Ridge, pero nadie sabe nada de él.

—¡Joder! —gruñó Marc, que estaba de todo menos sereno.

A Harry se le crispó un músculo en el cuello.

—¿Se os ocurre cualquier otro sitio al que hubiera podido acudir? —preguntó Elizabeth—. ¿Alguien menos obvio? ¿Un amigo de un amigo, un amigo de la familia?

—¿Algún chaval con el que quede de vez en cuando? —añadió Harry.

Joyce los miró con ojos vacíos.

—No me viene nadie más a la cabeza.

—¿Por qué demonios les dejamos celebrar Halloween allí? —estalló Marc—. ¿Cómo hemos podido ser tan gilipollas?

Elizabeth estiró un brazo y, con gran eficiencia, se lo pasó alrededor de los hombros.

—No nos pongamos en lo peor. Son niños. A lo mejor solo se le ha olvidado avisaros y aparece en el colegio. Y, recuerda, ayer todavía no era noviembre. Estoy segura de que está bien.

—Hoy sí es noviembre —dijo Joyce.

—Aun así. Os habéis llevado un susto, pero todo saldrá bien. Tenemos un trato. Así que confiad en él. Él jamás permitiría que le pasara nada malo a Liam.

«En eso confiaba yo», pensó Ralph.

Joyce agarró las llaves que había en la mesa.

—No puedo quedarme aquí sentada de brazos cruzados. Voy a llevar a Harper al colegio. Puede que tengas razón, Elizabeth. Voy a ir a buscarlo allí.

—Te acompaño —dijo Marc.

Una vez más, Elizabeth intervino con destreza.

—Deja que yo vaya con Joyce. Uno de vosotros debería quedarse en casa por si vuelve. Si está allí, lo encontraremos. Tú quédate aquí con Ralph y Harry e intentad pensar en cualquier otra posibilidad.

Ralph sabía que su vecina no había mencionado el factor clave: Marc iba como pollo sin cabeza. Elizabeth se estaba adelantando a una posibilidad que los Wachowski aún no estaban preparados para considerar: que tal vez Liam no estuviera en el colegio. Si uno de los dos padres se dejaba llevar por el pánico, la desaparición del muchacho se haría pública. Ya había demasiados padres en Carnation y Lock Haven que sabían que algo iba mal debido a las llamadas de Joyce, pero eso podía contenerse con una buena historia. De momento.

Marc asintió con la expresión atónita de un hombre a medio camino entre el sueño y la realidad. Ralph y Elizabeth intercambiaron una mirada sombría.

—Harper, ¿estás preparada para que te lleve al colegio? —la llamó Joyce.

—¡Por fin! —suspiró la niña desde el pasillo.

—Llámame en cuanto lo encuentres —dijo Marc.

Joyce asintió y guio a Elizabeth hacia el exterior de la habitación.

Poco después, oyeron el rugido de un motor que se alejaba.

—Todo saldrá bien —le dijo Harry a Marc solo para romper el silencio —. Estoy seguro de que estará en el colegio y de que esta tarde podrás echarle la bronca. Elizabeth tiene razón: confía en el pacto.

Pero Marc ya no confiaba en nada. Y, cuando más de un cuarto de hora después Django envió un mensaje diciendo que el pupitre de Liam estaba vacío, ya nadie creía que todo fuera a salir bien. Marc se estremeció con una desesperación visceral, y Ralph tuvo que ayudarlo a sentarse en una silla. Miró a Harry en busca de apoyo; había llegado el momento. El juez sabía cómo funcionaba la desesperación: mientras que al sufriente se le fueran administrando dosis de esperanza, por pequeñas que fueran, tendría algo a lo que aferrarse.

Gracias a Dios, Elizabeth llamó justo en ese momento. Marc se irguió de golpe, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas. Por horrible que fuera, Ralph tenía que orientar la vana esperanza del hombre. Un hombre presa del pánico no era cosa de risa; un Marc Wachowski presa del pánico era un petardo en un barril de pólvora.

Harry puso el teléfono en altavoz.

—¡No está aquí, Marc! —gimió Joyce—. ¡No lo he encontrado por ninguna parte!

—Oh, cariño… —A Marc se le quebró la voz—. Lo sé. Django acaba de enviar un mensaje.

—Ahora estamos en el aparcamiento, dentro del coche —dijo Elizabeth con la clara intención de tomar las riendas de la situación —. Esperaremos un poco más, por si llega tarde. Desde aquí vemos bien la entrada.

—¿Habéis informado a la señora Hewitt? —preguntó Marc.

Una breve vacilación.

—No, Marc. Ahora debemos tener mucho cuidado con qué decimos y a quién se lo decimos. Joyce le ha asegurado a Harper que no pasa nada y le ha pedido que no hable de esto con nadie.

—¿Que no pasa nada? —A Marc se le puso la cara colorada—. ¡Liam lleva toda la noche desaparecido!

—Marc…

—Voy a llamar a la policía.

Ahora era Joyce la que hablaba entre lágrimas:

—No puedes, Marc. Elizabeth tiene razón.

—¡Joyce, no puedes decirlo en serio! ¡Podría haber pasado cualquier cosa!

—¡Ya sabes por qué no podemos! —exclamó Joyce.

A su marido le temblaba el labio inferior; estaba horrorizado. Harry le puso una mano en la espalda con torpeza, pero Marc se la sacudió de encima. Era como una bomba a punto de estallar, pero, justo entonces, Graham McKinley Sénior entró en la sala, seguido de cerca por Laura, la aspirante a senadora estatal (Ralph y Luana habían visto a principios de mes los carteles de su campaña, con el logotipo del elefante del Partido Republicano, y habían bromeado sobre posibles eslóganes: «Vaccarelli 2024: ¡Provida, pero no del todo!»). Dejando la política a un lado, la llegada de dos miembros del clan McKinley era otro impulso que podía apaciguar temporalmente la histeria melancólica de Marc. Elizabeth debía de haberlo anunciado en Vember antes de llegar. Bien por ella.

«Pero ¿de verdad esto es obra de Elizabeth? Todo está saliendo demasiado bien. Como si tuvieras una suerte endiablada. ¿Podría ser que te estén… compensando?».

Aquella idea lo heló.

—Hemos venido en cuanto lo hemos sabido —dijo Laura.

Avanzó hacia Marc sin vacilar y le pasó un brazo por los hombros en un gesto que no admitía réplica. Mientras tanto, el viejo McKinley buscó a Ralph con la mirada, la preocupación evidente en su rostro. Aquello era algo nuevo, y daba la sensación de que quisiera decir: «Y solo estamos a día uno. ¿Cómo es posible?».

—Laura, ¿eres tú? —La voz de Elizabeth, procedente del teléfono de Harry.

—Sí, soy yo. Graham también está aquí. Graham Sénior, quiero decir. Gray estaba camino del trabajo, pero se ha dado media vuelta y debería llegar en cualquier momento.

—Hagamos una recapitulación —dijo Graham con cierta autoridad —. ¿A qué nos estamos enfrentando? Tengo entendido que cogió la bici, se marchó con ella a pesar de la lluvia y no llegó a casa. ¿A qué hora?

—Hacia las nueve —contestó Joyce—. Al menos eso es lo que nos han dicho Django y Noah.

Marc buscó la confirmación de Ralph, que asintió. Aunque se dio cuenta de que ni siquiera le había hecho esa pregunta a Django.

—¿Y habéis llamado a todos los sitios a los que podría haber ido?

Joyce se lo confirmó.

—¿Pasó algo que pudiera haber impulsado a Liam a escapar? —preguntó Laura.

—Qué va. —Marc.

—Imposible. —Joyce—. ¡Mi hijo no!

—Entonces, ¿qué podría haber pasado? —preguntó Graham.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepamos? —replicó Marc—. ¡Quién sabe si no lo habrá secuestrado algún pervertido! Así que,

por favor, ¡no perdamos más el tiempo y llamemos a la policía!

—¿Y si se salió de la carretera? —gimoteó Joyce—. ¡Joder, Two Rivers Hill y la carretera del bosque están muy oscuras por la noche! Y, con la lluvia, seguro que todo resbalaba. ¿Y si está en alguna zanja con la cadera rota?

—¿No habría pedido ayuda? —sugirió Harry.

—¡Pues no lo sé! —gruñó la mujer—. A lo mejor está inconsciente. ¡Tenemos que salir a buscarlo!

—Espera un momento —intervino Graham—. No deberíamos precipitarnos. Haya pasado lo que haya pasado, no puede ser grave. Todavía no era noviembre.

—Eso he dicho yo —dijo la voz de sabelotodo de Elizabeth.

—¿Qué más da un día que el siguiente? —saltó Marc—. ¡Fue anoche, joder! ¿Quién dice que aún no había empezado?

—Noviembre nunca empieza antes de tiempo —repuso Graham con el ceño fruncido. Resultaba evidente que era algo que se tomaba muy a pecho.

—En verano —dijo Harry—, cuando los chicos se metieron en el bosque, Liam y Django volvieron con esa historia rara de que se habían caído en un agujero. Todos sabemos dónde cayeron en realidad, joder. Imagináoslo solo un segundo. Harper estaba casi hipotérmica cuando la encontramos. Aquel día también dijimos que se suponía que ese tipo de cosas no debía pasar.

—¿Adónde quieres ir a parar con eso? —preguntó Graham.

—A que la suerte no nos protege de las decisiones estúpidas. Ayer la lluvia fastidió la noche de Halloween. Si Liam se largó con esa bici de acrobacias suya sin decírselo a nadie, fue una decisión bastante estúpida. Quién sabe lo que podría haber pasado.

A través del teléfono, oyeron a Joyce resollar.

—¿Y si ha vuelto al bosque?

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Marc—. Le da un miedo terrible después de lo que pasó allí.

—Pero ¿y si no fue por voluntad propia?

Durante un momento, nadie habló. Ralph miró a sus vecinos uno por uno. Se había mantenido al margen, pero siempre había sabido que aquello acabaría desembocando en ese punto. Una vez que determinaran que todas las explicaciones corpóreas y terrenales eran insuficientes, solo quedaría una posibilidad: lo sobrenatural. No para la gente normal y racional. Pero aquí sí. Porque aquel bosque era distinto.

Ninguno quería abrir esa puerta todavía. Con los accidentes y los pervertidos, al menos cabía la posibilidad de que pudieran tener un final feliz.

—A ver, nos estáis haciendo perder el puto tiempo. —Marc se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil—. Mi hijo ha desaparecido y voy a llamar a la policía ahora mismo.

—Y lo haremos —mintió Graham al mismo tiempo que levantaba una mano—, si ha desaparecido en Carnation o en Lock Haven y no a lo largo de la carretera del bosque. Tendremos que averiguarlo lo antes posible. La pregunta es: ¿cómo?

—Fácil —dijo una voz nueva: Gray Júnior. Sobresaltados, todos miraron a su alrededor, pero Laura levantó el móvil con un ademán de disculpa. Por lo visto, su marido estaba en el altavoz—. El Camp Heron Market. Deben de tener cámaras de seguridad. Con un poco de suerte, alguna estará enfocada hacia la carretera. Si Liam aparece en las imágenes, lo sabremos.

A Ralph se le retorcieron las entrañas. Si había cámaras, no habrían grabado solo a Liam, sino que también lo habrían grabado a él. No sería desastroso de por sí, pero, si comparaban la hora a la que había pasado por allí con la hora mucho más tardía a la que había enfilado su camino de entrada, como sin duda mostrarían las imágenes de las cámaras de seguridad de los Wachowski, habría preguntas. Muchas.

—Buena idea —dijo Sénior—. ¿Puedes hackear un sistema así para acceder a él?

Gray se rio entre dientes.

—Como si fuera fácil. Las cámaras de seguridad son de circuito cerrado. Es un coñazo. Es mucho más fácil ir allí y pedirles que te enseñen las imágenes.

—Pero ¿por qué iban a hacerlo? —dijo Ralph, que carraspeó para darle consistencia a su voz. Seguía teniendo las manos entrelazadas con firmeza—. Es decir, no podemos decirles que ha desaparecido un niño.

—El año pasado, *Helmut* se escapó —dijo Gray—. Lo encontramos más allá de Goat Mountain Road. Decidles que anoche no cerramos bien la caseta y que el perro se ha escapado. Que queremos saber si se ha ido hacia Lock Haven o hacia el lado contrario para no tener que buscar una aguja en un pajar.

—¡Bien pensado! —exclamó Graham—. Vale, al grano. ¿Quién va al Camp Heron?

—Yo —dijo Ralph en un tono un poco más ansioso de la cuenta. Si las imágenes mostraban algo, necesitaba saberlo—. Iré yo. Y le pediré a Luana que saque a Django de clase. Él sabrá la ruta exacta

que toman para volver a casa desde la de Noah. Deberíamos tenerlo en cuenta.

«Y quizá me ayude a ganar algo de tiempo».

—Voy contigo —se ofreció Marc.

—No, no irás con él —dijo Graham.

—¡Es mi hijo, joder!

—Y por eso mismo es tan mala idea. Ahora mismo no eres capaz de controlar las emociones, Marc. Nadie te lo reprocha, pero, muestren lo que muestren esas cámaras, tu reacción te delatará. Harry acompañará a Ralph. ¿De acuerdo, Harry?

—Por supuesto.

—Y tú y yo, Marc, nos vamos a ir a dar un paseo por la carretera. Si ha cruzado la valla, encontraremos la bicicleta.

Y, una vez más, Ralph se habría dado de bofetones. ¡La bicicleta de Liam! Estaba en el puto asiento trasero de su Forester. Aquello podría haber acabado siendo una historia trágica, pero dolorosamente obvia: Liam se había adentrado en el bosque de Snoqualmie y había desaparecido de la faz de la tierra. Pero la bicicleta sería el eslabón perdido. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

—Joyce y Elizabeth —continuó McKinley—, id por Two Rivers Hill hasta Carnation y registrad la zona para ganar tiempo. Porque es posible que Ralph tenga razón. Luana os llamará para indicaros la ruta en cuanto haya recogido a Django. Tomad nota de las casas y las tiendas que tengan cámaras visibles, podrían ser relevantes más adelante. ¿Todo claro?

—¡Sí!

—Llegaré dentro de quince minutos, listo para ayudar —dijo Gray a través del móvil de su mujer.

—Te esperaré en casa de Joyce y Marc —dijo Laura—, por si Liam vuelve a casa. He dejado a Ricky durmiendo en casa, así que me lo traeré aquí.

—Y, gente, comunicaos, por favor —añadió Sénior—. Pero solo a través de Vember. Si alguien tiene alguna noticia, que la publique, así decidiremos los siguientes pasos.

Todos se pusieron en marcha. Laura y Harry finalizaron sus respectivas llamadas, Marc se puso el abrigo y Harry se volvió hacia Ralph.

—¿Tu coche o el mío?

—Saca el tuyo mientras yo me acerco un momento a poner a Luana al corriente.

—Perfecto.

Cada uno se fue por su lado. Menos mal, porque Ralph no creía que pudiera aguantar mucho más sin que los temblores se le extendieran por el cuerpo.

Consiguió llegar a la puerta delantera de su casa, pero, en cuanto la cerró de un portazo, le fallaron las piernas. El pánico arremetió contra él con una serie de golpes devastadores, como un torbellino mental que lo apaleaba con los escombros de su plan, ahora difunto. En un abrir y cerrar de ojos, su suposición de que tenía una suerte endiablada le había estallado en la cara y sentía que su vida y la de sus hijos se le escapaban de entre las manos. Y no lo había visto venir.

¡La bicicleta! Las perspectivas del vídeo del Camp Heron eran malas, pero, si lograba recomponerse, quizá pudiera librarse con una explicación lógica. Pero la bicicleta desaparecida había abierto un agujero en el único escenario que podría haber logrado que se fuera de rositas. Habría sido tan diabólicamente perfecto… porque la bicicleta de Liam estaba intacta. *Eso* no lo había atropellado.

Una especie de gemido largo se le escapó de los labios.

—Ralph, ¿eres tú? —preguntó Luana desde el piso de arriba.

Vale, había que seguir. Aquel tren ya había pasado. Había que ceñirse al plan original, entonces. Pasar desapercibido. Liam estaba desaparecido. Ralph, como todos los demás vecinos, no sabía nada. Quizá pudiera distraer a Harry de algún modo.

«Y ¿cómo piensas hacerlo? Si Liam aparece en las imágenes, lo primero que querrá saber Harry es si hubo más vehículos. Y entonces, como no podía ser de otra manera, la hora que figure en el vídeo será fundamental».

—¿Ralph? —Luana había bajado la mitad de las escaleras y se le abrieron los ojos como platos—. Uy, no, no se te ocurra derrumbarte, ¿me oyes? ¡Ahora no!

Le agarró por la muñeca y tiró con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse encima de él. Él la estabilizó y se puso en pie tambaleándose.

—Tienes razón —dijo—. No voy a derrumbarme. Lo prometo.

Luana lo miró con ojos febriles. Estaba vestida, pero parecía agotada.

—No he podido hacerlo, Ralph. No he podido ir a su casa.

—No pasa nada. No eras la única que faltaba. Puedes ir más tarde, cuando te sientas preparada.

La puso al corriente lo más deprisa que pudo. Cuando le contó lo de las cámaras de seguridad del Camp Heron, ella palideció.

—¿Crees que podrán deducir algo a partir de ellas?

—No lo sé. Por eso quiero ir a verlas por mí mismo. Escucha, ahora no hay tiempo. Tienes que ir al colegio a recoger a Django y preguntarle qué ruta cogen para volver desde casa de Noah.

—Pero ¿¡y el pollo que tenemos montado en el garaje!?

—Tendrá que esperar. Echa la llave de la puerta del garaje y, cuando llegues a casa con Django, deja el Optima en la entrada. Ahora mismo no hay otra opción.

Su esposa asintió.

—Vale. De todas formas, creo que me sentiré mejor si tengo aquí a Django. Más normal. —Pero Ralph se dio cuenta de que no se lo creía—. Hay café en la cocina. Tómate uno. Tienes cara de estar tan destrozado como yo me siento.

Le dedicó un gesto de agradecimiento, entró en la cocina y se bebió una taza de un trago. Cuando oyó que el Explorer de Harry se detenía en la entrada y se dispuso a marcharse, Luana lo detuvo.

—Ralph…, ¿está empeorando?

—¿A qué te refieres?

—El año pasado. Fue horrible. Peor que nunca. Y, ahora, apenas ha empezado y ya ha pasado esto. Tengo la sensación de que han tirado de la cadena y nos estamos yendo por el desagüe, y no soy capaz de ver qué nos espera al final.

Durante unos segundos, Ralph se quedó demasiado pasmado para responder. Luego, le apretó la mano.

—Tonterías, cariño. Fue un accidente. Un accidente horrible porque soy idiota. Nada más.

Pero le resultó obvio que eso tampoco se lo creía.

—Vaya puto lío —dijo Harry cuando arrancaron. Mas adelante, Marc y Graham caminaban cada uno por un lado de la carretera peinando los prados. Al pasarlos, levantaron la mano—. ¿Qué opinas? ¿Vamos a encontrarlo?

Ralph lo miró de reojo.

—¿Por qué no íbamos a encontrarlo?

—No lo sé. Tengo un mal presentimiento, Ralph.

—Yo también. Pero no debemos perder la esperanza.

—No me cuadra. Me refiero a lo que ha dicho Elizabeth. Puede que ayer los Días Oscuros no hubieran empezado todavía, pero hoy sí. La mala suerte acecha. Y no han encontrado al chico.

Ralph guardó silencio un instante.

—¿Qué crees que ha pasado?

Harry señaló hacia la izquierda.

—Si cruzó la valla, está perdido.

El juez asintió con aire distraído. Sería valiosísimo conocer la opinión de Harry al respecto, pero no conseguía concentrarse. Lo que le consumía los pensamientos eran las imágenes de la cámara de seguridad y lo que pudieran encontrar más adelante, en la carretera. Ralph había vivido toda su vida en aquella zona, así que conocía cada giro, cada curva en la que la carretera se acercaba o se alejaba de la valla. Conocía las hileras de píceas de Sitka y de abetos que bordeaban la carretera; probablemente, sería capaz de señalar el árbol exacto contra el que Liam se había aplastado el cráneo, a pesar de la oscuridad absoluta que reinaba la noche anterior. Ya estaban llegando al giro —era cierto que ambos habían estado casi a

punto de llegar a casa— y el corazón empezó a latirle con fuerza en la garganta. Ya no veía a Graham y a Marc en el espejo retrovisor, pero no tardarían en llegar allí.

—Y me preocupan las repercusiones —continuó Harry—. Si no encontramos pronto a Liam, todo el mundo empezará a perder la cabeza. Debemos comprometernos a hacer el sacrificio cuanto antes y…

Ralph lo interrumpió:

—¡Espera, para!

Harry pegó un frenazo.

—¿Qué?

—Creo que he visto algo.

Se asomó por la ventanilla. Cuando el Explorer se detuvo del todo, Ralph se apeó e, intencionadamente, rodeó el coche hasta llegar a la parte trasera para obstaculizarle la vista a Harry. Quizá se hubiera arriesgado al parar allí, en el lugar donde había ocurrido, pero el riesgo de que Graham y Marc encontraran pruebas era aún mayor.

Allí estaba el árbol.

Y allí: cristales en el asfalto. La carcasa de su faro. Ralph fingió pasearse de acá para allá con la atención centrada en el otro lado de la valla, pero en realidad estaba empujando los fragmentos con los pies hacia un charco embarrado que había al borde de la carretera. Su vecino había bajado la ventanilla, así que el juez no podía hacer movimientos bruscos, pero los había quitado casi todos, ¿no? Sí. Tenía que ser suficiente. Aunque le tocaría volver a por ellos más tarde, antes de que el charco se secara.

—¿Qué has visto? —preguntó Harry sin quitarle ojo.

—Me ha parecido ver un destello. La bici, quizá.

Se acercó a la cuneta y comprobó con discreción si veía sangre. No la vio. Parecía que las lluvias intensas se habían encargado de eso.

Se encogió de hombros y regresó.

—Nada. Debe de haber sido un tronco mojado o algo así.

—Vámonos, Ralph. El tiempo no está de nuestro lado.

No. Pero ¿Harry se había quedado mirándolo un segundo más de la cuenta o eran imaginaciones suyas?

—Verán, nuestro sistema de videovigilancia nos permite elegir lo que queremos grabar —explicó Ollie Brinks, gerente del Camp Heron Market. Se reunieron alrededor de un monitor enorme en la trastienda, a la que se accedía por una puerta junto a las neveras—. Durante el día, hay tanta actividad en el aparcamiento que no tiene sentido cambiar la configuración predeterminada, pero por la noche hay detectores de movimiento. Así que las cámaras solo graban cuando algo las activa. Ahorra un montón de datos y hace que sea mucho más fácil acceder a las grabaciones. Incluso se puede ajustar la sensibilidad… Muy ingenioso. ¿A qué hora se escapó el perro?

—Uf, ¿a qué hora nos dijo Gray? Lo metieron en la caseta sobre las nueve, ¿no? —Harry se rascó la cabeza para intentar parecer tranquilo. «Enhorabuena por el esfuerzo, pero no te vas a llevar el Óscar», pensó Ralph—. Así que en cualquier momento entre las nueve y el amanecer. Más temprano que tarde, supongo, porque no cerraron bien la verja.

—Estupendo. Echemos un vistazo.

Se acercó el teclado. Ollie Brinks era un tipo tranquilo y estaba más que dispuesto a ayudar a sus clientes de confianza. Incluso se le escapó una risita; todo el mundo conocía a Gray y a sus galgos de nombres extraños, y seguro que localizar a una mascota fugada era el uso más emocionante que le sacaría a su avanzado sistema de cámaras de seguridad en un pueblo como Lock Haven.

—Aquí están los archivos exteriores de anoche, todos ellos fechados y con hora. Para pasar de uno a otro se usa el cursor, ¿veis? Pero no os hagáis muchas ilusiones, chicos. ¿Veis el ángulo? El aparcamiento es prácticamente lo único que se ve. Si el chucho se acercó a husmear en los contenedores, estáis de suerte; vemos a mapaches haciéndolo todas las noches.

—Pero si se quedó en la carretera… —reflexionó Ralph.

—Toca fastidiarse.

Era cierto: las imágenes eran muy nítidas y a todo color, pero la parte superior se cortaba justo en el terraplén que separaba el aparcamiento de la carretera del bosque. Desde la rampa de acceso que había en el cruce, la carretera giraba hacia el norte rodeando el Camp Heron hasta donde se encontraba la rampa de salida. Esta también quedaba fuera de la imagen, y aquello despertó un atisbo de esperanza en Ralph.

—Será mejor que los veamos de todos modos —dijo Harry—, solo para asegurarnos. Los dueños están preocupadísimos.

—Por cierto, ¿dónde está Gray? —preguntó Ollie.

—Ha salido a buscarlo —respondió Ralph—. Con *Schwarzwald*. Y Laura.

—Qué detalle que les estéis echando una mano. Es lo que hacen los buenos vecinos, ¿no? A ver, este es el primero que tengo

después de las nueve. Cerramos a las seis porque era Halloween, por eso no se ve ningún coche.

La cámara se había activado a las 21:07 a causa de una caja de cartón que cruzaba la imagen rodando de izquierda a derecha. El viento formaba ondas en los charcos profundos, que reflejaban la luz amarilla de las farolas.

—Con el tiempo que hizo anoche, vais a encontraros con un montón de chorradas como esta. Es complicado ajustar los sensores para que la lluvia no los active. Mirad, a esto me refiero.

Todas las imágenes que vieron a continuación estaban relacionadas con el tiempo: ráfagas de lluvia, píceas que azotaban el borde del recinto o que bloqueaban brevemente el resplandor de las farolas. Pero, a las 21:46, cantaron bingo.

—Eh, fijaos en eso —dijo Harry al mismo tiempo que se agachaba para ver mejor.

Ralph reconoció de inmediato a la figura que entraba pedaleando en el aparcamiento desde la rampa del cruce: Liam con su disfraz de Baby Yoda. La imagen lo dejó sin aliento. Encogido sobre el manillar y a pesar de la lluvia torrencial, el chico bajaba a toda velocidad por una pista de BMX imaginaria como si no tuviera ni una sola preocupación en la vida. Así que ahí estaba. Había atajado cruzando el aparcamiento. Como hacían todos los niños.

—Parece E.T. en su bicicleta —comentó Ollie—. ¿Es un niño?

—A mí me parece más bien un gremlin —murmuró Harry.

Pero entonces Liam hizo un caballito y disipó cualquier posible duda.

—Es el hijo de los Wachowski —dijo Ralph—. Liam. Siempre está haciendo locuras de ese tipo.

—No me lo puedo creer —contestó Ollie—. ¿Y lo dejan andar por la calle a esas horas de la noche?

—Las diez menos cuarto —confirmó Harry, por si acaso hacía falta añadirlo—. Bastante irresponsable. —Intercambió una mirada con Ralph.

Liam había terminado de hacer acrobacias y se puso de pie sobre los pedales para acelerar hacia la rampa de salida, donde desapareció. Ralph sintió una necesidad casi irresistible de meter la mano en la imagen, agarrarlo por el cuello y tirar de él, pero el trágico destino que le esperaba un kilómetro y medio más allá ya había ocurrido y no había forma de revertirlo. El pinchazo debía de haberse producido apenas unos instantes después, lo cual lo habría obligado a bajarse de la bicicleta soltando, sin duda, toda una retahíla de palabrotas creativas. Pero aquel vídeo de seguridad era el último registro que se tenía del muchacho y, once horas más tarde, solo Ralph sabía que también era la última vez que se lo había visto con vida. Porque, después de aquello, no había sido más que un destello en el parabrisas.

«Un destello, sí, pero no te olvides del pegote rojo que viste durante una milésima de segundo antes de que los limpiaparabrisas se lo llevaran».

Luego: «Fisiológicamente hablando, ¿la sangre sigue viva cuando está húmeda y caliente y sale a chorros de un cuerpo?».

Se clavó las uñas en la carne de los pulgares y aplastó el pensamiento.

—Pues hay un niño, pero ningún perro —dijo Ollie mientras pasaba al siguiente archivo.

Aquel vídeo solo mostraba la lluvia, al igual que el de después, pero entonces Harry levantó una mano.

—¿Qué es eso?

«Eso soy yo —pensó Ralph—. Allá vamos».

—Este es interesante —dijo Ollie—. ¿Veis ese destello que se desplaza por el terraplén y por esos árboles de ahí? Yo creo que son unos faros. Pero es difícil saberlo. Podrían ser solo unas ramas meciéndose delante de las farolas.

Pero era demasiado artificial para eso, pensó Ralph… Y Harry también lo sabía.

—¿Tú no llegaste a casa hacia esa hora?

Las imágenes señalaban que eran las 22:03. Ralph abrió la boca, soltó un graznido, volvió a empezar.

—No estoy seguro. Podría haber sido más tarde.

«Por Dios. Si no sabes qué decir, ¡al menos cierra el pico!».

—¿Y no viste ningún perro por ahí? —preguntó Ollie.

—No, creo que me habría dado cuenta.

Hubo más chorradas, y Ralph vio que Harry observaba las imágenes con gran atención. No hubo más destellos que pudieran ser faros. Ralph se sentía del todo impotente, pero ¿qué podía hacer? Nada, salvo intentar desviar la atención de ello.

—Supongo que esto es lo que hay, ¿no? —sugirió con cautela cuando la hora de las grabaciones empezó a acercarse a la medianoche.

—Eso me temo —contestó Harry—. Aunque quizá podríamos seguir un poco más, solo para estar seguros.

Sin embargo, no encontraron nada importante. Lo más destacable fueron tres ciervos correteando por el aparcamiento a las 2:41 de la

madrugada.

—Lo siento, chicos —dijo Ollie cuando cerró la aplicación—. Ojalá pudiera seros de más ayuda. Pero el perro llama la atención. Seguro que aparece, ¿no?

—Supongo —dijo Harry.

—Decidle a Gray que puede colgar un cartel en la entrada si quiere.

Le dieron las gracias por el tiempo que les había dedicado y salieron. En cuanto se quedaron solos, Harry se detuvo.

—¿Estás bien, Ralph? Te noto raro.

Su primer impulso fue decir que sí, que estaba bien, pero se lo pensó mejor.

—A decir verdad, no mucho. Ya estaba bastante nervioso teniendo la iniciación de Kaila a la vuelta de la esquina. Y ahora esto…

—Lo entiendo, tío. Pero hay que hacer de tripas corazón, tenemos trabajo.

Aunque le daba náuseas, Ralph sabía que tenía que cargar las tintas para inspirar confianza.

—No paro de pensar en qué haría si estuviera en el lugar de Marc. Si el desaparecido fuera Django, me volvería loco.

Harry asintió.

—Pues alégrate de que no te haya tocado. Oye, lo que quería preguntarte… —Hizo un gesto en torno al aparcamiento—. Liam pasó por aquí a las 21:46. Tú llegaste diecisiete minutos después. ¿Estás seguro de que no viste nada? ¿Nada que te llamara la atención?

—Como le he dicho a Ollie: creo que me habría dado cuenta.

—Es que el intervalo de tiempo es muy corto. Y tú vas mucho más rápido en coche que él en bici. Algo debió de pasar durante ese breve lapso.

Ralph asintió, pensativo.

—Ojalá hubieras llegado un poco antes…

—¿Por qué?

—Porque lo habrías visto y te habrías ofrecido a llevarlo a casa.

—Sí, claro. —El juez suspiró con lo que esperó que fuera una frustración creíble—. Aunque tampoco podemos estar seguros de que ese fuera yo. Quizá fuera otro de esos destellos borrosos que vimos en las imágenes posteriores.

—No he visto más destellos después de ese —dijo Harry.

—Me refiero a… Eh… ¿Cómo ha dicho? Chorradas. No sé, estaba todo un poco borroso. Si llevas los faros alineados de una forma un poco distinta, es posible que la cámara ni siquiera los capte. Me parecía que había llegado a casa un poco más tarde, nada más. Se lo preguntaré a Luana.

A Harry se le crispó la boca, pero eso fue todo. Bien…, por ahora. Señaló el Explorer con la cabeza.

—Vamos. Tenemos que hacer una llamada.

A las nueve y media de la mañana, la residencia de los Wachowski era un caos rebosante de pánico. Marc estaba histérico y amenazaba con romper el pacto si no le permitían llamar a la policía de inmediato. Los hermanos McKinley tuvieron que contenerlo físicamente cuando agredió a su padre por prohibírselo. Al final, Joyce, aterrorizada pero con una tranquilidad admirable, fue la única que consiguió hacerle entrar en razón.

—Déjate de gilipolleces —le dijo con voz la temblorosa mientras lo agarraba por las muñecas—, y sé el padre que Liam necesita. Ahora mismo, su búsqueda depende de nosotros, así que ¡deja de tocar las pelotas!

—Pero la policía vendría con perros…

—… y encontrarían muchas más cosas que a Liam en ese bosque, ¿no lo entiendes, joder? ¿De qué nos servirá si nos pillan a todos? ¡Así que déjate de gilipolleces y ayúdanos!

Ahora que las imágenes de seguridad habían demostrado que Liam había desaparecido en algún punto entre el Camp Heron y Bird Street, los vecinos concluyeron que el muchacho, por alguna razón, se había adentrado en el bosque. Por supuesto, Joyce y Marc preguntaron si habían visto algún otro vehículo en las grabaciones anteriores o posteriores a la de Liam (no, excepto algo que quizá fuera Ralph) y, por si acaso, Marc y Gray revisaron las grabaciones de sus propias cámaras de seguridad en sus respectivos móviles. Ralph estuvo a punto de perder los papeles cuando Gray soltó de buenas a primeras:

—Mira, ¿ves, Ralph? Aquí es cuando llegas a casa, pero es mucho más tarde. Casi una hora después de que Liam pasara por el Camp Heron.

El hombre no tenía ni idea de qué iba a decir hasta que oyó que las palabras le salían de la boca con una calma absoluta:

—Ah, ¿ves, Harry? Llegué más tarde.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joyce con brusquedad.

—Bueno, las cámaras del Camp Heron captaron un destello poco después de las diez, y Ollie comentó que a lo mejor eran unos faros.

Pero también dijo que podrían ser las píceas meciéndose delante de las farolas. Es una pena, pero no llegaba a verse la carretera.

—Si fuera un coche —sugirió Harry—, podría ser alguien que estuviera siguiendo a Liam. Quizá se lo llevara antes de que tú llegases.

Pero Elizabeth repuso:

—Eso no tiene sentido. Habéis dicho que el destello apareció más de un cuarto de hora después, y para entonces Liam ya tendría que haber llegado a casa. Si alguien lo hubiera estado siguiendo, habría actuado antes.

Ralph asintió.

—Cierto. Debió de ser una chorrada.

—¿Estás seguro de que no eras tú? —insistió Harry—. No hemos visto ninguna otra luz, ¿verdad?

—No puede ser —insistió Marc—. Ralph llegó a casa a las 22:39.

—Sí, es cierto —dijo Luana. Era la primera vez que intervenía—. Ahora lo recuerdo. Te dije que no nos quedaba mucho tiempo para poner las contraventanas, ¿te acuerdas?

Su marido asintió y le acarició la pierna con gratitud.

—¡Chicos, estamos perdiendo el tiempo! —suplicó Joyce—. ¿Podemos salir a buscarlo ya, por favor?

—Por supuesto —dijo Graham—. Pero es sensato descartar cualquier otra posibilidad.

Desconcertado, Ralph miró a sus vecinos. Comprendía el proceso psicológico erróneo que les impedía insistir en el asunto: ya nadie creía en un desenlace que no fuera el del bosque. Ni siquiera Harry. Y, una vez más, sintió que tenía una cantidad de suerte indecente de su lado.

Por supuesto, ya habían peinado la carretera, aunque no de forma sistemática, así que eso era lo siguiente. Ya no necesitaban que Django les informara sobre los atajos habituales de los chicos. La atención se centró, entonces, en la excursión al bosque que habían hecho en agosto. Pero Django no pudo aportar más detalles que la ubicación de la zanja que habían cavado junto a la valla detrás del bungaló de los Aikman, porque el bosque les había parecido «un laberinto horrible» y, al parecer, los había atraído «con magia» hacia «todos aquellos montones de ramas» en las ciénagas. Hacía tiempo que habían rellenado la zanja —Marc y Ralph, los padres cabreados pero francamente aliviados, lo habían hecho al día siguiente— y una inspección más detallada confirmó que no había nuevas excavaciones. Habría que revisar el tramo de más de un kilómetro y medio que había entre Bird Street y el punto donde la valla giraba hacia el este y se alejaba de la carretera en busca de agujeros. Si Liam la había saltado —algo no imposible para un chico ágil—, podría haber sido en cualquier sitio.

Antes de las diez, todos los vecinos de Bird Street estaban explorando el bosque prohibido de detrás de las casas.

Se dividieron. El plan era peinar el terreno desde la valla, pero se decidió que también había que centrarse en las ciénagas, y cuanto antes, mejor. Aunque había superado los ochenta con creces, Graham insistió en unirse a la búsqueda y optó por seguir el sendero South Sunday hasta la necrópolis para minimizar el riesgo de una caída fea en un terreno irregular. Ralph no tuvo más remedio que acompañarlo, junto con Luana y Harry. Elizabeth, Joyce y Marc,

Gray, Laura, Juliette y Maurice emprendieron la colosal tarea de peinar el bosque a partir de la valla.

Antes de empezar, Maurice propuso pasarse por el Ace Hardware a comprar dos megáfonos; una oferta sorprendentemente altruista por parte del benjamín de la familia McKinley…, hasta que le pidió la tarjeta de crédito a Joyce, claro está.

No debían alejarse ni perderse de vista los unos a los otros de ninguna manera. Estaban en noviembre, y la implicación tácita era que ahora el bosque estaba despierto. Lo que fuera que lo habitase no era nada bueno, nada vivo.

McKinley echó a andar por el sendero a paso ligero, con un puño nudoso apretado alrededor de la cabeza de íbice, hecha de níquel, que remataba su bastón. A unos diez metros a cada lado de él, Luana y Harry se abrían paso a través de la maleza enmarañada, con Ralph a otros diez metros de distancia hacia la derecha de Luana. De vez en cuando, Harry activaba el megáfono y, después del chirrido, gritaba variaciones de: «¡LIAM! ¡LIAM, SI NOS OYES, HAZNOS UNA SEÑAL!».

No obtuvieron ninguna respuesta. Aun así, Ralph aguzaba el oído.

A solas con sus pensamientos, se sentía incómodo. La gran mentira le pesaba en la conciencia. Aunque hasta entonces había conseguido salirse con la suya, aquel no era más que el primer día del resto de su vida. Peor aún era el *déjà vu* que lo perseguía entre los pinos, que lo empujaba sin piedad hacia la noche anterior.

«¿Recuerdas lo mucho que empezó a pesarte? ¿Cómo se te acalambraban los brazos y la espalda bajo el peso muerto? Pero no te atrevías a arrastrarlo, ¿verdad? Tenías la extraña e irracional convicción de que Liam llevaba meses muerto, y de que un tronco

de árbol o un pedrusco de buen tamaño le destrozaría el cuerpo podrido. ¡Qué espectáculo tan triste habría sido! Pero eso no era todo. La cuerda —la cuerda de polipropileno naranja con la que ataste el fardo— te recordaba a otra cosa en este bosque. Porque eras muy consciente de lo que le había pasado al otro extremo de esa cuerda».

Intentó reprimir el pensamiento… No pudo.

Levi.

Levi había estado allí con él anoche. Había sentido su presencia de forma tangible. Por supuesto, podía explicarlo de manera racional, los paralelismos eran inequívocos, pero no era solo eso. A lo largo del último año, Ralph había llevado la muerte del chico consigo en todo momento, no la había superado. A veces, sentado en la sala del juzgado o mientras conducía de vuelta a casa, creía sentir el aliento frío del joven en la nuca, tensándole el cuero cabelludo. Y anoche lo había tenido claro: el chico muerto lo miraba desde la oscuridad. La voz de Luana en la videollamada no había cambiado la situación.

«Y fue entonces cuando ocurrió, ¿verdad? Estabas escuchando el inquietante crujir de los árboles a causa del viento y te recordó a los ruidos que hizo Levi cuando se resbaló. Y, de repente, te preguntaste si le habías cerrado los ojos. Ibas cargando con el cuerpo de Liam por el bosque y tratando de recordar si, once meses antes, le habías cerrado los ojos muertos a Levi. Y tal vez por eso no te dejaba en paz».

—¡LIAM! —gritó Harry, que sacó a Ralph de sus pensamientos—. ¡LIAM! LIAM, ¿NOS OYES?

«Para ya. Concéntrate en lo que se avecina».

Llegaron al claro y se reunieron formando un círculo. La noche anterior, Ralph no había dejado de mirar al frente iluminándose con la linterna,

«… porque no querías mirar hacia arriba, ¿verdad? No, te daba miedo verlo ahí colgando, como si nunca lo hubieras bajado y llevado a las ciénagas. Te daba miedo verlo mirándote con los ojos saltones y vidriosos…».

pero ahora veía el arce, las ramas que tan siniestramente abrazaban el Lugar de la Ejecución. Se humedeció los labios resecos. Se suponía que aquel día y el siguiente tenían que preparar aquel espacio para Bill Nielsen, el hombre que deseaba que le aplicaran la eutanasia el día 3. Harry tenía razón: estarían distraídos, y debían evitar cualquier riesgo que pusiera en peligro un sacrificio temprano.

Luana miró a su alrededor, estaba pálida. Su marido le preguntó si se encontraba bien.

—Sí. Más o menos —contestó.

Luego le echó un vistazo al móvil. Django estaba solo en casa y habían acordado enviarse mensajes cada quince minutos.

Harry había ido usando el megáfono cada vez menos a lo largo del último tramo; ahora lo llevaba colgando a un lado como si considerase que ya no era útil.

—La bici —reflexionó—. No me cuadra.

Graham le preguntó a qué se refería, pero Ralph ya lo sabía.

—Si Liam saltó la valla, ¿por qué no hemos encontrado la bicicleta? Trepar por ella ya es bastante difícil. No me dirás que, además, lo hizo con la bicicleta.

McKinley lo miró con serenidad.

—Harry, un niño no entra de manera voluntaria en este bosque durante los Días Oscuros. Llevan toda su vida enseñándole a tenerle miedo. Si está aquí, es porque algo lo trajo.

—¿Algo que da la casualidad de que necesitaba una Schwinn nueva? —preguntó Harry en tono burlón.

—A lo que me refiero es a que aquí actúan fuerzas que ni siquiera somos capaces de entender.

—Noviembre nunca empieza antes de tiempo. Tú mismo lo has dicho.

—Puede que tengamos que replanteárnoslo. Lo que sé a ciencia cierta es que no comprendemos ni una mínima parte de lo que está pasando aquí. El Contable, por ejemplo. ¿De dónde viene? ¿Adónde va cuando llega diciembre? La ley de conservación de la energía dicta que debe ir a algún sitio. Pero ¡tal vez ni siquiera se rija por las leyes naturales! El agujero en el que cayeron los chicos parece algo sacado de *Alicia en el País de las Maravillas*. A las personas que ofrecen su vida aquí las vemos en los espejos. Todo esto tendría que ser imposible, pero lo aceptamos. —La voz del anciano, potente hasta entonces, comenzó a resquebrajarse y, por primera vez, mostró desesperación—. Es posible que Marc y Joyce vuelvan a ver a su hijo en un espejo. De hecho, me da pavor que ocurra.

Harry suspiró.

—Si eso es cierto, no tiene sentido seguir buscando.

—Soy consciente de ello. Pero tenemos que darles algo, ¿no? —Se volvió hacia Luana—. ¿Estás bien? Estás muy callada.

La pregunta la sobresaltó.

—Este lugar me da escalofríos. Las cosas de las que estáis hablando me dan escalofríos.

—Pues sigamos adelante.

Al otro lado del Lugar de la Ejecución, el sendero se estrechaba hasta convertirse en una pista apenas distinguible, pero, antes de que volvieran a dispersarse, Harry preguntó:

—¿Podría haber sido el Contable?

—No lo creo —respondió Graham—. Nunca ha actuado por su cuenta.

—Entonces, ¿qué? ¿Espíritus vengativos? ¿La gente del espejo? ¿Creemos que son ellos quienes han actuado ahora?

—Sabemos quiénes son —dijo Graham—. Y hay una razón por la que no entramos en este bosque.

Harry no dijo nada. Ralph recordó su charla del noviembre anterior, cuando se había puesto tan nervioso por lo de Kaila. El hecho de que los muertos buscaran la paz pero no la encontraran en aquel bosque era una implicación moral esencial de lo que hacían allí, y Harry había decidido no profundizar en ello ni entonces ni ahora. Tal vez fuera ese silencio lo que le permitía seguir aguantando a Elizabeth tras el horror del año pasado. Y quizá el mutismo fuera también lo que permitiría que Ralph terminara pasando página, con el tiempo.

Y, sin embargo, en cuanto salieron del claro, la vocecita volvió:

«Sí, no digas nada. Llévatelo a la tumba. Hablando de tumbas: ¿recuerdas lo que hiciste anoche? Te pareció lo correcto, ¿no? Porque te has pasado el año entero acosándolo. En tus pensamientos, en Oregón, en sus redes sociales… Pero nunca te atrevías a acercarte. Lo de anoche te obligó a actuar, y esos ojos suyos se negaban a dejarte escapar. Si te habías olvidado de cerrarle los ojos, ¿no deberías hacer algo al respecto?».

Esos ojos. Esos horribles ojos muertos. Que lo acorralaban en la oscuridad. Luana se había quedado dormida, ajena al pánico que le sajaba el cerebro como un trozo de chatarra. Cada corte era una imagen nueva: Levi en el sofá de los Aikman, mirando con los ojos apagados a través del lazo colgante. Levi en la rama de arce, con los ojos rebosantes de miedo a la luz de la Krypton de Harry. Las piernas de Levi sacudiéndose cuando…

—Basta ya —gruñó entre dientes, diez horas después—. No te desmorones ahora, pedazo de gilipollas.

Pero Levi no se apiadaba de él…, igual que Ralph no se había apiadado de Levi el año anterior.

«Porque una tumba en este bosque no es más que un agujero que caváis en el suelo y que rellenáis de ramas, y luego apiláis otras cuantas encima para indicar la ubicación. Y la de Levi te tocó cavarla a ti. ¿Recuerdas cómo atacaste la tierra con la pala, una hora agotadora tras otra, hasta que los músculos empezaron a gritarte? ¿Recuerdas que estuviste a punto de aplastarle el cráneo a Harry porque no paraba de ofrecerse a ayudar?».

Anoche había tenido la absoluta convicción de que Liam merecía el mismo respeto que cualquier otra persona que hubiera muerto allí. Quizá así el chico lograra encontrar la paz tras su trágica y prematura muerte.

Tal vez así Liam permaneciese en su tumba.

«¿No merecía yo el mismo respeto?», había dicho entonces la voz, muy real, muy cercana, y Ralph había cogido con dificultad una bocanada de aire que parecía desprovista de oxígeno. Había movido la linterna a su alrededor. Los árboles se ahogaban en la lluvia a su alrededor.

«Y entonces empezaste a gritar su nombre, ¿verdad? Oh, sí, gritaste el nombre de un chico muerto. Luana estaba dormida, Luana no se despertó, y el miedo se te tiró al cuello porque estabas solo en el bosque donde vagaban los muertos. Porque había otra parte del ritual que no habías respetado el año pasado, ¿recuerdas? Hay que velar la tumba la primera noche para que el difunto se quede en su sitio. Eso es lo que dicta la tradición. Pero después de arrastrar el cuerpo de Levi hasta el agujero, después de rellenarlo con las ramas que Harry y Elizabeth habían recogido en la linde del bosque, habías llegado al límite de tus fuerzas. "Deja de torturarte —te dijo Harry mientras te ponía una mano en el hombro—. Vuelve con tu mujer. Vuelve con Kaila. Nosotros lo vigilaremos". Y eso fue lo que hiciste. Te fuiste a casa y dejaste que Levi se convirtiera en su responsabilidad».

¿De verdad creía que habían cumplido su palabra?

Los ojos de Levi le habían dicho lo contrario.

«Así que ahora los muertos estaban despiertos y, ¡ups!, en ese momento estuviste a punto de dejar caer el bulto, el bulto que era Liam, porque no, los muertos no encontraban paz aquí, y quizá Liam también se hubiera despertado…».

No había dejado caer a Liam. Pero entonces la lluvia había empezado a susurrar: «Ven aquí, Ralph. Estoy aquí y te he estado esperando. Yo no quería, pero seguiste adelante de todos modos. Es culpa tuya que esté muerto. Es culpa tuya que ya no pueda cerrar los ojos».

Paralizado, había escudriñado la oscuridad mientras se aferraba a la manta mojada con los dedos.

«¿No quieres estar cerca de mí? Pues ven aquí y acércate. Enrollaré la cuerda a nuestro alrededor y estaremos cerca para siempre…».

La mente se le había quebrado. Ahora, diez horas después, seguía intentando evocar razones para justificar lo que había hecho. Liam se merecía una tumba. Levi se merecía que le cerraran los ojos. Ambos se merecían que alguien los velara. Pero, ya anoche, una parte de él sabía que era una locura, pura locura, porque todavía recordaba que los últimos vestigios de su cordura le gritaron cuando, azotado por el viento y la lluvia en las ciénagas, había quitado el montón que cubría a Levi con la pala: «¡Dios mío qué estoy haciendo QUÉ ESTOY HACIENDO ¡¡¡QUÉ ESTOY HACIENDO!!!».

No había podido cerrarle los ojos a Levi. No había habido ojos.

Diez minutos más tarde, llegaron a la necrópolis. Ralph contempló la escena con incredulidad.

Anoche había montones por todas partes.

Ahora no quedaba ni uno.

—Ha comenzado la temporada de caza —dijo McKinley con voz ronca—. Se han dado a la fuga…

Aunque no debería haberle sorprendido, lo hizo, y el enorme contraste con lo que había visto hacía apenas unas horas le infundió un temor reverencial profundo, casi religioso, por las fuerzas sobrehumanas que actuaban allí. Despacio, recorrió con la mirada las tierras vacías, las ciénagas en calma y las montañas del este, ocultas tras nubes de color gris acero.

—Pues hasta aquí esa teoría —murmuró Harry.

Habían albergado la esperanza de encontrar el montón que había atrapado a Liam y a Django el agosto anterior, ya que era posible que Liam se hubiera sentido atraído por él otra vez. Era dar palos de ciego, pero era lo único que tenían. Ahora esa teoría también se había esfumado, junto con la tumba en la que podrían haberlo encontrado. Si hubiera seguido allí, habrían notado, casi con certeza, que la habían removido muy recientemente (otra cosa que Ralph no había tenido en cuenta).

Luana lo miró a los ojos y el desconcierto de su marido le reveló la verdad: que la tierra se había tragado las pruebas.

«Y si sigues sin creer que tienes una suerte endiablada, eres más tonto que el asa de un cubo».

—Vamos —dijo Graham—. Comprobemos las ciénagas. Dios, espero que no esté allí.

Pasaron toda la tarde peinando el bosque. A las tres volvió a llover y Ralph estaba muerto de cansancio, pero Joyce y Marc se negaban a abandonar su inagotable y tortuosa esperanza. A las cinco y media, cuando empezó a atardecer y no habían cubierto más que una pequeña parte de la reserva, por fin se dieron cuenta de que era inútil.

Volvió a surgir la idea de llamar a la policía, esta vez por parte de Joyce.

—¡Hemos perdido un día entero! ¡Mi niño ha desaparecido y me habíais dicho que lo encontraríamos!

Todo el mundo sabía que las primeras veinticuatro horas tras una desaparición eran críticas y que después las posibilidades de encontrar a un niño con vida disminuían con rapidez. Todo el mundo

sabía que los policías, con sus perros rastreadores y sus ojos en el cielo, podrían haber hecho más en una sola hora que todos ellos juntos en una semana. Pero todo el mundo sabía, también, que aquella no era una desaparición cualquiera. Incluso Marc. Estaba pálido y, cosa poco habitual en él, callado.

Mientras los vecinos intentaban consolar a Joyce, Graham hizo una llamada telefónica y regresó al cabo de unos instantes.

—Acabo de hablar con Orville Cooder, un viejo compañero de caza de Maple Valley. Tiene tres sabuesos. Le he ofrecido un poco de pasta y Gray puede ir a recogerlos por la mañana. —Graham les guiñó un ojo y Ralph pensó: «De "un poco" de pasta, nada»—. Nos vemos al amanecer para hacer una búsqueda mucho más organizada. Os prometo que estos animales son tan buenos como cualquier perro policía, si no mejores.

—Pero ¿y esta noche? —suplicó Joyce—. No tardará en oscurecer…

—Me siento fatal por ti —intervino Elizabeth con el apoyo distante de una persona que brilla al dar malas noticias—, pero aún queda mucho por hacer. Hay que recoger a Harper, hay que informar a Ethan, hay que enviarles un mensaje a los Stone, y a todos los demás padres a los que has llamado, para decirles que Liam ha aparecido y que ha sido una falsa alarma, a poder ser antes de que la historia empiece a cobrar vida propia. Y, Joyce, tienes que descansar o mañana no servirás para nada. No vamos a encontrar a Liam en la oscuridad.

Joyce se dio la vuelta y se alejó dando tumbos.

—¡Liam! —gritó hacia el bosque—. ¡Liam, vuelve! ¡Devuélvemelo, hijo de puta! ¡Devuélveme a mi niño!

Y a partir de ahí se descontroló. Hubo unos segundos de expectación tensa en los que todos miraban a Marc, pero él se limitó a quedarse plantado con la mirada perdida, como si no fuera capaz de procesar lo que estaba pasando. Así que Juliette y Elizabeth se abalanzaron sobre ella, rodearon con los brazos a la desdichada mujer y la consolaron lo mejor que pudieron. Ralph vio que a Luana se le llenaban los ojos de lágrimas y sintió que a él también empezaba a pasarle lo mismo. Pensó que podían permitirse ser compasivos, ya que las personas y los monstruos eran casi lo mismo.

A las seis y cuarto, cuando el crepúsculo había dado paso a la oscuridad, Ralph y Luana llegaron a casa, física y mentalmente destrozados. La odisea había terminado. Al menos por aquel día.

No había terminado porque, a las nueve y media, Harry se había pasado por allí.

Kaila compró comida para llevar. En lugar de acurrucarse frente a la chimenea como solían hacer el primero de los Días Oscuros, esa noche todo giró en torno a la desaparición de Liam. Los niños reaccionaron cada uno a su manera: Django se encerró en sí mismo, Kaila estaba dispuesta a tomar las armas. Argumentó que el hecho de que fuera a iniciarse al día siguiente era motivo más que suficiente para que se uniera a la búsqueda. Ralph sentía la responsabilidad de participar en el bullicio familiar, pero Luana vio lo agotado que estaba y lo mandó a la cama.

—Me quedaré viendo una serie con ellos —dijo—. Por favor, ve a descansar.

Pero Ralph no descansó, porque el sueño liberó al fin los horrores que llevaba todo el día tratando de expulsar de su cabeza. Era

consciente de un tufo, el mismo que había captado la noche anterior mientras apartaba las ramas de la tumba de Levi. No era el hedor de la descomposición reciente, sino de una podredumbre más antigua y profunda, porque lo que había allá abajo llevaba casi un año corrompiéndose. En la cama, Ralph gimió y le dio la espalda, pero estaba por todas partes, incluso parecía emanar de su propio cuerpo. El tufo se convirtió en una presencia, Ralph volvió a apartarse de ella, pero se descubrió enredado en una cuerda y gimoteó en voz alta, porque fue entonces cuando abrió los ojos en el sueño y lo vio. Vio lo que quedaba de Levi.

El ruido del timbre hizo que se despertara sobresaltado —otro *déjà vu*— y se dio cuenta de dónde estaba. Apático, oyó a Luana abrir la puerta y no se sorprendió cuando, un momento después, su mujer subió a buscarlo.

—¿Quién es?

—Harry. Django está en su habitación y yo estoy con Kaila. Hablad bajo, ¿vale?

Ralph asintió. No se había molestado en quitarse la ropa, así que la siguió escaleras abajo. Harry lo esperaba en el umbral, acurrucado bajo su paraguas y mostrando un alivio más que evidente por poder juguetear con el puño.

—Hola, Harry. ¿Qué te trae por aquí?

—Joyce ha perdido la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Ralph se frotó la cara.

—¿No has visto Vember?

—No, me he quedado frito, tío.

—Elizabeth estaba allí cuando pasó. Juliette y ella están haciendo turnos para vigilarla. Está convencida de que el Contable tiene a Liam.

—¿En serio?

—Elizabeth le ha dicho que es muy poco probable, pero le ha sugerido que se lo pregunte mañana durante la cena. Joder, ni siquiera estoy seguro de si debemos seguir adelante con ella, dadas las circunstancias. En fin, le ha leído el cuento de antes de acostarse a Harper porque, ahora mismo, Marc y Joyce están totalmente ciegos a sus otros hijos. Cuando ha bajado, Joyce había convertido el salón en un puto templo. Velas, salvia quemada, pentagramas, toda la pesca. Una sesión de espiritismo casera para invocar al Diablo.

—Joder.

—Debe de pensarse que tenemos el teléfono del Contable en marcación rápida o algo así, pero no ha habido manera de hacerle entender que no es así. —Miró a Ralph con seriedad—. Joyce ha arañado a Elizabeth cuando ha intentado detenerla. Se puso a gruñir como una gata, le enseñó los dientes. Hasta donde yo sé, sigue con la invocación.

—Madre mía. ¿Y Marc?

—Nada. Ni una palabra en toda la noche. Se ha tomado una pastilla y se ha ido a la cama.

—Menudo desastre.

—Sí.

Harry se quedó callado durante un rato, contemplando las gotas de lluvia que caían del paraguas.

—¿Era eso lo que habías venido a contarme?

—No. Hay otra cosa. —Dio la impresión de hacer acopio de valor y lo miró a los ojos—. Ralph…, ¿hay algo que deba saber?

Vaciló solo un instante.

—¿Como qué?

—No quería sacar el tema delante de todo el mundo, pero no puedo quitármelo de la cabeza. Y, cuanto más lo pienso, menos puedo.

—¿De qué estás hablando, Harry?

—El destello de las imágenes del Camp Heron. No tengo la menor duda de que eran unos faros. La luz era demasiado constante para ser cualquier otra cosa. Y solo vimos ese vídeo, el de las 22:03, así que tenías que ser tú. Pero la cámara de Marc muestra que no llegaste a casa hasta las 22:39. Eso son treinta y seis minutos para recorrer poco más de un kilómetro y medio. No me cuadra, Ralph.

Ralph abrió la boca, pero Harry lo interrumpió:

—¿Pasó algo en ese lapso? Considero que eres un buen vecino, incluso me atrevería a decir que el más fiable del grupo. No quiero acusarte de nada, pero, si pasó algo que pueda poner las cosas en peligro, quiero saberlo.

—Harry… Ese no era yo. —Las puñeteras manos volvían a temblarle, así que se las escondió detrás de las caderas—. Tenía pensado llegar a casa a las diez, pero se me hizo tarde. Y ahora ya recuerdo por qué. Cuando estaba a punto de marcharme, Miriam Weinberg, una de mis asesoras, me detuvo y estuvimos más de media hora comentando un caso. Y, cuando me puse en marcha, me noté cansado, así que paré en la gasolinera Shell de Sammamish a coger un café. De verdad, ojalá pudiera decirte que vi algo sospechoso, pero no es así. Lo siento.

Esperaba que la mentira colara. Las mejores mentiras eran las se acercaban mucho a la verdad, y Ralph no creía que le hubiera temblado la voz, pero, aunque se sonrojó, Harry no apartó la mirada. Al final, dijo:

—No te creo.

Se oyó un crujido detrás de ellos: Luana apareció en el pasillo.

—Entonces, ¿de qué estás acusando exactamente a mi marido, Harry?

—Luana, no quiero…

—¿No te parece que las cosas ya están bastante mal? ¿Tenemos que empezar a enfrentarnos entre nosotros, además? ¿A eso hemos llegado?

—Luana…

—¡No me vengas con «Luanas»! —Tal vez Harry no entendiera las razones por las que estaba enfadada, pero vaya que si estaba enfadada—. ¿Qué insinúas? ¿Que Ralph le hizo algo a Liam? ¿Lo dices en serio? Me esperaría algo así de cualquiera, ¡de cualquiera!, pero ¿de ti?

—No debería haber venido —murmuró Harry.

—¡Por supuesto que no! Estoy muy decepcionada contigo.

—Harry, te estás imaginando cosas. —Ralph lo intentó de nuevo, ahora más tranquilo—. Lo entiendo, quieres encontrar algo que explique la desaparición, pero ya viste lo oscuras que estaban las imágenes.

Harry refunfuñó un poco más.

—Vete a dormir. Descansa. Espero que los perros encuentren algo mañana. Espero que encontremos a Liam, joder.

Su vecino asintió y se alejó sin despedirse. Ralph cerró la puerta, pero no sin antes ver que su vecino miraba de reojo la entrada del garaje. Mal asunto.

—Menudo puto lío de los cojones —protestó Luana—. ¿Alguna vez será más fácil?

—No lo creo. Pero lo has hecho muy bien.

—Por favor, no digas eso. Me siento fatal.

Él le sonrió con tristeza. Le costó un rato, pero al final ella le devolvió una sonrisa igual de triste. Ya era algo, al menos.

DJANGO

Memorabilia. Mejores amigos para siempre. La habitación de Kaila. Despertar a los muertos.

1 DE NOVIEMBRE

Fueron las insignias lo que volvió a unirlos. Las insignias con la esvástica. Liam las había comprado para que se las pusieran debajo del disfraz de Halloween.

A Django le había parecido raro que su vecino lo llamara unas semanas antes, ya que su amistad seguía en una etapa de distanciamiento. Resultó que Liam quería enseñarle una página de subastas de recuerdos del Tercer Reich. Todo era negro, lo cual resultaba irónico, porque la sección de comentarios estaba atestada de supremacistas blancos. Y de antisemitas. Los objetos de memorabilia que se ofrecían —así los llamaban ellos— incluían desde fragmentos de granadas hasta hebillas de cinturón, pasando por emblemas y banderas nazis. Falsos, dijo Liam, sobre todo cuando encontraron una bandera náutica amarilla con Donald Trump montado en un raptor robótico. Aun así, le pareció que sería guay comprar algo. En plan broma.

Desde el fallecimiento del señor Hendrickx, el interés de Django por la guerra había disminuido. Al ver las insignias, había experimentado una sensación desagradable en el estómago. Le traían a la memoria recuerdos amargos y reprimidos a los que no tenía intención de volver. Pero… tenían un aspecto muy real. Una esvástica negra sobre un fondo blanco rodeada de una inscripción

en cobre. Nada más. Su sencillez hablaba de un arte antiguo y perdurable. Y, desde luego, podrían ser auténticas. Era posible que algunos objetos valiosos hubieran pasado desapercibidos para los historiadores y hubiesen acabado en una página de subastas décadas más tarde.

Liam había pujado ochenta y cinco dólares. Django le había preguntado si no se metería en un lío.

—No. Encargo piezas de K'nex con la tarjeta de crédito de mi padre a todas horas, nunca lo comprueban. No quieren impedir mi «desarrollo creativo».

Les superaron la puja una vez (por diez dólares), tras lo cual Liam pujó ciento ochenta y cinco. No era lo que te enseñaba el Monopoly, pero funcionó, porque, dos semanas más tarde, había interceptado un paquete de aspecto anónimo enviado a través de UPS.

Cuando lo abrieron, el nerviosismo ilusionado de Django se convirtió en horror.

Eran reales, sin duda. Estaban frías, pesaban y exudaban oscuridad. Sentía que el hombre al que habían pertenecido era pura maldad. Y el símbolo, antes tan místico, representaba esa maldad. Django no quería tener nada que ver con eso, pero fingió que le gustaban por quedar bien con Liam. Este las había comprado para arreglar lo que se había roto entre ellos. Como si fueran pulseras de la amistad.

—Tú te quedas con una y yo, con la otra —le había dicho el chico —. Ahora tenemos un secreto que no podemos compartir con nadie más. Y tienes que llevarla siempre puesta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Liam había levantado su insignia.

—¿Mejores amigos para siempre?

—Mejores amigos para siempre —había repetido Django.

Y, cuando habían entrechocado las esvásticas, había sido como si saltara una chispa entre ellos.

Pero ahora todo eso se había esfumado.

Liam había desaparecido y era culpa de Django. No había cumplido con su parte del trato. No se había puesto la insignia. Ni siquiera en Halloween, debajo de la armadura de mandaloriano. Aunque había dicho que la llevaría. Simplemente, no se habría sentido bien haciéndolo. Había roto un acuerdo entre mejores amigos y ahora Liam no estaba.

A solas en su habitación, hizo girar la insignia entre los dedos. Si tenía la magia de una pulsera de la amistad, debería permitirle sentir la presencia de Liam, pero no sintió nada y enseguida supo por qué. Su amigo estaba muerto. Lo supo con la misma convicción con la que había sabido que las insignias eran reales. Los Jibblymowers se lo habían llevado. Claro, ¿qué esperaba todo el mundo, después de lo que había pasado en el bosque durante el verano? Habían marcado a Liam. Las manos se le habían retorcido por el cuerpo.

Un aguijonazo de dolor le atravesó los dedos y dejó caer el pin sobre el colchón. ¿Por qué tenía que ser noviembre otra vez? Los Días Oscuros habían comenzado a tope aquel año. Sentía cómo se le arrastraban por los huesecillos y las articulaciones de las manos. Los gusanos estaban despiertos.

¿Por qué no había dicho nada? Papá le había asegurado que no era culpa suya, pero, si Django hubiera alertado a los Stone, no habrían permitido que Liam se hubiera marchado solo. Los Jibblymowers no se lo habrían llevado.

«No habría importado. Lo habrían encontrado de todos modos. Si no ayer, hoy o mañana».

Pero ¿y él? Él había estado dentro del mismo agujero que Liam. Las manos también le habían recorrido el cuerpo. No tantas como a su amigo, porque este había quedado atrapado más abajo. Pero Django jamás olvidaría el hormigueo en la piel, como cuando mamá le hacía cosquillas en el pecho de pequeño, solo que era más como si las manos de su madre hubieran salido arrastrándose de una tumba, ansiando el contacto con algo vivo.

Si habían marcado a Liam, también lo habían marcado a él. Llevaba todo el día reprimiendo ese pensamiento, pero entonces asomó su fea cabeza: él sería el siguiente. Pronto.

Se levantó y se coló por debajo de la cortina. Antes, Bird Street le parecía infinitamente misteriosa y espeluznante y, sin embargo, tan conocida como si fuera toda suya. Ya no. Ahora le parecía más bien vieja y peligrosa. Se dijo que no fuera tonto —una calle no podía ser peligrosa—, pero era cierto.

La luz del porche de Liam seguía encendida. Quizá Joyce y Marc pensaran que, si su hijo volvía a casa, se perdería en la oscuridad sin ella.

Django se humedeció los labios, pero tenía la lengua como una tira de cecina. Sí, Bird Street parecía una cosa vieja y senil. Una bruja decrépita esperando el momento adecuado para pronunciar un hechizo final destructivo con su último y fétido aliento. Pero ¿cuándo?

«Mañana por la noche, a las diez en punto».

Aquello salió de la nada, y Django volvió la cabeza para mirar con sobresalto por encima del hombro. Su gesto hizo que la cortina se

hinchara. Impaciente, se la quitó de encima.

¿De dónde había salido aquello?

Vio la insignia nazi que tenía en la almohada y se dio cuenta de que estaba asustado, muerto de miedo. El aspecto de su habitación era el de siempre, pero, al igual que los hechizos de bruja, los Días Oscuros eran invisibles, y el chico notó que su influencia se acercaba con el mismo sigilo que una mancha de tinta. Por las paredes. Por las sábanas. Por la yema de los dedos. Sintió una intensa necesidad de huir, de marcharse de su habitación y bajar las escaleras si era necesario, pero no tenía sentido, porque en el resto de la casa también era noviembre.

Incluso dentro de papá. Incluso dentro de mamá.

Se oyó un ¡pam! en el desván y levantó la vista de golpe.

Como un caballo que cocea la puerta del establo porque huele un peligro.

Luego, un crujido largo y profundo. Se prolongó. Y se prolongó. Django ni siquiera habría sabido cómo describirlo, pero en su mente vio unos tablones de madera que se separaban a la fuerza bajo la presión de algún tipo de maquinaria pesada.

Por fin, se hizo el silencio.

Kaila estaba abajo con mamá.

Entonces, ¿qué pasaba en el desván?

La respuesta le llegó casi al instante: Liam.

Subió. Por la escalera. No quería, pero tenía la sensación de que sus piernas obedecían órdenes externas. Le parecía que tenía las manos, que se estiraban hacia los peldaños de más arriba, a kilómetros de distancia, que los brazos se le estiraban como gomas elásticas.

La habitación de Kaila estaba a oscuras, pero, en cuanto sacó la cabeza del hueco de la escalera, lo vio. Justo en el centro del suelo había un montón de ramas. Era como el nido de un pájaro prehistórico monstruoso; tenía tal envergadura que cubría en parte la alfombra y en parte las tablas del suelo que había junto a ella. Pero, más que en el suelo, estaba dentro del suelo. Había un agujero lleno de ramas, y Django sabía más que de sobra lo que habría debajo.

Su dormitorio no, desde luego.

Se quedó plantado en la escalera durante mucho mucho rato, con el rostro en apariencia tranquilo, quizá incluso un poco ausente. En realidad, estaba concentrado en exorcizar su terror. El desván había desaparecido, su mente veía un piano viejo. Marfil roto sobre teclas amarillentas, a la espera de su señal. ¿Sería Count Basie, Cab Calloway o Duke Ellington? ¿O tal vez algo más moderno, como The Weeknd, BTS o Lil Nas X, al estilo de Mr. Djangoman? Toda esa música estaba almacenada en su memoria, lista para verterse cada vez que se aburría, buscaba consuelo o necesitaba salvarse, como ahora.

Entonces empezó a tocar, y solo él oía su canción. El viento azotaba la casa y hacía vibrar las contraventanas, pero Django no lo oía. Sonó el timbre, y lo oyó, o al menos una parte de su subconsciente lo oyó: papá estaba allí, y mamá, y Harry, el vecino de al lado, y estaban discutiendo. Pero a él le daba igual. Solo le importaba su canción. Era la mejor que había tocado jamás.

Cuando terminó, se dejó caer a cuatro patas y se acercó al montón.

«No puedes hacerme daño. No eres más que ramas. Las ramas no pueden hacer daño a la gente».

Lo que había dentro podría, quizá, pero primero tendría que salir. Además, si era Liam, seguro que tenía algo que decirle.

Se asomó al interior. Apartó unas cuantas ramas del borde con la mano derecha. Estaban viejas y secas, cubiertas de musgo áspero. Cuando volvió a asomarse, susurró:

—Liam. Liam, ¿estás ahí?

El agujero era profundo y oscuro y apestaba a tumba. Una voz familiar, como de conejo, le dijo en la mente: «Ha llegado la Era de la Podredumbre».

¿Hasta dónde llegaba? Quizá atravesara su dormitorio y llegase hasta la planta baja. O puede que fuera aún más hondo y se metiese en el suelo. Apartó varias ramas más, con cuidado de no caerse dentro.

—Liam, quiero hablar contigo —dijo en voz baja.

Pero su amigo no respondió y, al cabo de un rato, Django comprendió que se necesitaba algo más para invocar a los muertos.

La puerta que conectaba la cocina con el garaje estaba cerrada con llave. Qué raro. Nunca la cerraban con llave, ni siquiera durante los Días Oscuros.

Había bajado de puntillas, pero ahora tendría que volver a subir para coger la llave del despacho de papá. La tele estaba encendida en el salón. Mamá y Kaila estaban viendo una película y no se enteraron cuando pasó por allí.

Una vez en la planta de arriba, dejó atrás el dormitorio de sus padres. La puerta estaba entreabierta y oyó un resuello regular pero

crepitante. Adelante: no había tiempo de tener miedo. Su padre escondía el colgador de llaves en el panel central del armario. Django no sabía cuál era la que abría la puerta del garaje, así que se las guardó todas en el bolsillo.

¿Qué había allí dentro que no le dejaban ver? No se le ocurría nada. Pero ¿qué sabían mamá y papá? Si vieran lo que había en la habitación de Kaila, seguro que también le prohibirían subir al desván. Llegaría un momento en que no quedarían habitaciones en la casa.

Probó las llaves y tuvo suerte a la tercera. Django se coló en el garaje y cerró la puerta a su espalda. Los ojos tardaron un rato en adaptársele a la penumbra y se agarró al pomo por si acaso tenía que salir corriendo.

«¿Y si el de arriba no era papá, sino un monstruo? ¿Y si papá está aquí, haciendo cosas secretas como cavar agujeros? ¿Y si lo asusto, se da la vuelta y me revienta la cabeza con una pala?».

«¿Y si usa su mazo de juez?».

Pero su padre no estaba allí. El garaje estaba en silencio. Las piernas de Django lo llevaron hacia la masa oscura del Forester. Como le habían quitado todos los espejos, las ventanillas del coche destacaban y resplandecían de forma tenebrosa a la luz tenue que se colaba por debajo de la puerta. Resplandecían y se movían, pero Django vio que no era más que su propio reflejo al acercarse.

Cuando tocó el frío cristal con los dedos, fue como si una mano se estirara desde el interior para encontrarse con la suya.

—Siento que ahora tengas que vivir ahí —susurró—. Pero yo todavía no quiero. No quiero morir aún.

De repente, se le erizó la piel de la espalda. Los Jibblymowers estaban cerca. Sentía que sus manos le rozaban la piel. Tras zafarse de ellas, Django rodeó el coche a toda prisa hasta donde estaban apilados los espejos. El del baño era pequeño y no pesaba demasiado. Con ese le serviría.

Se lo metió debajo del brazo y salió del garaje.

Diez minutos más tarde, totalmente preparado, se sentó con las piernas cruzadas y de espaldas al montón de ramas. Frente a él, apoyado contra la cama de Kaila, estaba el espejo, que le mostraba su imagen y la del montón que tenía detrás. Extendidos delante, tenía cinco objetos mágicos. El primero, una foto de Liam y él con los brazos entrelazados en la barbacoa de fin de curso del Colegio de Primaria Carnation, para reforzar de quién iba todo aquello. El segundo, el casco de mandaloriano, que representaba un recuerdo reciente. El tercero, la pelota de béisbol firmada por J. P. Crawford que Liam le había regalado, porque el béisbol había sido algo importante en la vida de su amigo. El cuarto, la insignia nazi, como símbolo de su amistad. Y el quinto, una vela encendida porque, bueno, eso era casi obligatorio. Quizá la cola de un gato muerto o un gusano de tormenta en vinagre habrían sido mejores, pero tendría que apañarse con lo que había.

Y ¿ahora qué?

No lo tenía muy claro.

—Liam Wachowski —dijo en tono solemne—, te ordeno que salgas. Muéstrate, pero no me hagas daño, por favor. Soy tu mejor amigo.

A su espalda, el montón no se movió.

Django no sabía gran cosa de nigromancia, pero ya lo había hecho una vez, ¿no? Solo que entonces, con Cerdo Desmechado, había sucedido sin más. No le había apetecido repetir el experimento porque, entre otras cosas, no sabía que los muertos pudieran ser tan plastas.

Pero ahora tenía que hacerlo.

—Liam Wachowski, resucita de entre los muertos. Si estás aquí, dame una señal. Pero no muy fuerte, porque me asustaré y mis padres podrían oírla. Solo haz que parpadee la luz de la mesilla o algo así.

La luz de la mesilla no parpadeó. El montón no se movió.

El chico repasó todos los rincones oscuros de la habitación de su hermana en el espejo, pero no había cambiado nada. Sería típico de Liam acurrucarse debajo del escritorio de Kaila para darle un susto, pero allí tampoco había nada.

El corazón le latía de una forma extraña.

—Venga, tío, respóndeme…

Lo intentó todo. Le ofreció sus cómics. Le prometió llevar la insignia de la esvástica durante el resto de su vida. Le dijo que iría todos los días a la valla de detrás del bungaló de los Aikman para ser su compañero de juegos viviente, Django a este lado, Liam al otro. Se ofreció a demostrarle su amistad lanzando un ladrillo contra el ventanal de los McKinley. Incluso se puso el casco de mandaloriano, pero luego se sintió ridículo y además, como le impedía ver el espejo, le provocó un pánico instantáneo que le llevó a quitárselo enseguida.

«¿Por qué ha aparecido el montón en la habitación de Kaila? Si Liam quería hablar conmigo, ¿por qué no ha aparecido en la mía?».

Escuchó el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado y recordó la luz del porche de los Wachowski.

«Porque este no es Liam».

Le dio la sensación de que el corazón se le caía del pecho y se le hundía hasta la pelvis.

Y entonces sí oyó un ruido que salía del fondo del pozo.

Un cambio repentino. En lo más profundo. Ramas que se movían. Ramas que se partían y luego se quedaban quietas.

Como si allí abajo se hubiera movido algo. Pero, si no era Liam…, ¿qué era?

«Otra cosa».

Cogió el casco de mandaloriano, se encaminó descalzo hacia la escalera y bajó hasta la mitad. Allí, se lo puso y se sentó en silencio, a la espera. Seguía sentado cuando su madre subió a acostarse quince minutos más tarde. Pero ella ni siquiera se percató de su presencia, tampoco cuando fue al baño. Y Django seguía allí cuando, cuarenta minutos más tarde, por fin subió su hermana.

Estuvo a punto de chocarse con él.

—Joder, ¿quieres matarme? Casi me da un infarto. ¿Qué coño haces aquí?

—Tenemos que hablar —susurró el chico.

KAILA

El hermano rarito. Lo que el chico muerto quería decir.
Un visitante en la noche.

1 DE NOVIEMBRE

Su hermano pequeño le contó algo extraordinario, pero Kaila tendría que habérselo visto venir.

Llevaba semanas teniendo premoniciones de que se hallaba en vísperas de un cambio profundo. Un cambio que le transformaría la vida, tal vez, y solitario, además, tan solitario como lo era la transición de la infancia a la edad adulta. Y aquel día, durante el trayecto de vuelta a casa en el autobús, se había dado cuenta de que lo tenía espantosamente cerca.

No había dejado de pensar en su iniciación y en el sacrificio. ¿Cómo te preparabas para eutanasiar a una persona? Ahora que faltaba tan poco, la idea no la dejaba en paz. No podías lanzarte a ciegas —al menos ella, que sabía lo que era albergar el deseo de morir—. El tema era demasiado complejo, había demasiados escollos. Odiaba esas complejidades y odiaba encontrarse en una situación en la que debía reflexionar sobre ellas, pero no odiaba a sus padres porque, al fin y al cabo, no era culpa suya. Aun así, todo se reducía a lo siguiente: alguien moriría también por la felicidad de Kaila.

Pero lo que más la perturbaba —y no por casualidad— era justo lo único de lo que no se atrevía a hablar con sus padres. Y eso era la inminente visita del Contable. Desde aquel día de octubre en el que

su padre le había dado el litio por primera vez, había estado carcomiéndola.

«No te preocupes —le había asegurado él—. Sabes que este año lo cortaremos de raíz». Porque creía que estaba preocupada por su depresión de noviembre. En cierto sentido, lo estaba, pero no era el litio lo que acabaría con la depresión. Así que, en cuanto su padre se había marchado, se había sacado la pastilla de la boca y la había tirado al váter. Luego, había sacado la piedra negra de su joyero.

«*Quiero darte una cosa. La voluntad de vivir*».

No se la había dado papá, sino el Contable. Y Kaila quería ponerla a prueba. Lo que sus padres no sabían era que ahora, tres semanas más tarde, no tenía ni una pizca de litio en la sangre. Y sin embargo, por primera vez desde hacía años, no había tenido ni un solo pensamiento suicida. ¿Un poco de oscuridad? Desde luego. Siempre se ponía un poco melancólica al inicio de los Días Oscuros. Pero nada que ver con otros años.

«*Pero guárdatela bien. Es solo tuya*».

¿Qué la hacía tan especial a ojos del Contable? Era un monstruo y las cosas que hacía eran despreciables; aun así, ella esperaba su encuentro con nervios e ilusión. Quizá al fin respondiera a sus preguntas.

Solo que ahora Liam había desaparecido y Bird Street se estaba sumiendo en el caos. Terrible para Django y más terrible todavía para los Wachowski. Kaila tenía el presentimiento de que eso no acabaría bien. Sin duda, la situación exigía un debate —¿hasta qué punto eran culpables sus padres y el resto de los vecinos, por ejemplo?—, pero era consciente de que no tenía tiempo para eso. Quizá fuera egoísta e inmaduro, pero se suponía que aquellos eran

sus Días Oscuros. Si no encontraban a Liam antes del día siguiente, ya podía despedirse de cualquier tipo de ceremonia de iniciación.

Pero no podría expresar esos pensamientos en voz alta, así que se le quedaron hirviendo a fuego lento en el caldero de la cabeza hasta las once de la noche, cuando se topó con Django en la escalera.

—¿Ahora? —le preguntó—. Deberías estar en la cama.

Su hermano se quitó el casco de mandaloriano y dijo:

—Es una cuestión de vida o muerte.

—Qué dramático —le soltó, y se arrepintió al instante. Era obvio que estaba alterado; por lo de Liam, claro—. Vale, sube conmigo y hablamos.

Le dio un empujón suave, pero Django se resistió.

—No puedes subir ahí. No es seguro.

—¿No es seguro?

—Chis, mamá y papá nos van a oír. No pueden enterarse.

—Pero ¿qué pasa?

—Hay un montón de ramas en tu habitación.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Cerca de la cama. Y he pensado que a lo mejor Liam…

—¿Sabes dónde está Liam? —le preguntó con brusquedad.

—No. Pero se me había ocurrido que a lo mejor estaba ahí dentro, porque los Jibblymowers lo marcaron y ahora se lo han llevado. Pero no es Liam. Es otra cosa, y creo que ha venido a por mí. Porque a mí también me marcaron.

Django la agarró del brazo, le apoyó la cara en él y rompió a llorar.

Kaila lo acompañó a su habitación, aunque no sin antes asomarse por el borde de la escalera para verlo con sus propios ojos. Una mirada bastó para comprenderlo. No todo, pero sí mucho. Demasiado, de hecho.

Ahora estaban sentados cara a cara en la cama de Django. Él se había calmado, pero seguía aferrado a su casco de mandaloriano.

—¿Qué te hace pensar que es Liam? —le preguntó ella mientras le sujetaba los tobillos con suavidad.

—Que los Jibblymowers lo tocaron a él. Tienen agujeros debajo de los montones, muy hondos. ¿Te acuerdas de cuando nos perdimos en el bosque en verano? Nos quedamos atrapados en uno y sacaron las manos de las paredes. A mí también me tocaron, pero no tanto como a Liam. Por eso viviré más tiempo, supongo.

Cada una de las frases de su hermano merecía un emoji de cerebro explotando, pero lo que Kaila dijo fue:

—Liam ha desaparecido. Eso no significa que esté muerto.

—Eso es justo lo que significa —dijo Django—. Y lo está.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que lo sé. Y quería invocarlo porque esperaba que me dijera qué hacer.

Otro emoji.

—¿Sabes invocar fantasmas?

Django la miró con incredulidad.

—¿Tú no?

—Eh…, ¿no?

El chico puso los ojos en blanco como si acabara de decirle que no sabía montar en bicicleta.

—Los espejos, tonta. Y unos cuantos objetos mágicos. Y tienes que creértelo de verdad. Pero la cuestión es que no era Liam. Era otra cosa. Algo malo. Y venía a por mí.

Entonces, Kaila al fin cayó en la cuenta.

Le apretó los tobillos a su hermano.

—Escucha. Vamos a hacer una cosa: tú quédate aquí. Yo voy a solucionar…

—¡Quiero ir contigo!

—Quédate en tu habitación, Django. En serio. Haces mucho ruido, mamá y papá te van a oír.

—Pero…

—¡Nada de peros! Haz lo que te digo. «Sí, hermanita; entendido, hermanita». Bien, muchas gracias. Aquí estarás a salvo. Creo que sé lo que está pasando y, si es lo que creo que es, te voy a necesitar, así que no te duermas. —Dudó—. Me aseguraré de que estés a salvo, ¿vale?

Él no dejó de mirarla, pero lo hizo con los ojos muy abiertos y abatidos.

—Ojalá pudieras.

Kaila cerró la puerta de Django detrás de ella y aguzó el oído para escuchar los ruidos del dormitorio de sus padres.

Su hermano tenía razón en al menos una cosa: el montón del desván no tenía nada que ver con Liam. Ella sabía que las ramas cubrían las tumbas de las personas a las que sus padres y vecinos eutanasiaban en el bosque. Puede que Liam estuviera desaparecido, pero la idea de que lo hubieran sacrificado ahí arriba era absurda. Sin embargo, no podía decírselo a Django.

Otra cosa que no podía contarle era que tenía firmes sospechas de a quién podía pertenecer aquella tumba.

Había atormentado insistentemente sus recuerdos durante las últimas semanas: el chico de las fotos con las que había pillado a papá en su despacho hacía unos meses. El chico del manga, a falta de un nombre real.

Por supuesto, se había quedado impresionada al saber que habían llevado a un menor al bosque, a un chico apenas mayor que ella. A grandes males, grandes remedios, le había explicado papá. Aun así, Kaila lo comprendía. Conocía la terrible e insoportable soledad de albergar el deseo de morir y tener que gritarlo en la oscuridad. Papá lo había escuchado, tal vez porque ella lo había convencido de lo importantísimo que era.

Pero desde hacía un tiempo, mientras jugueteaba en la cama con el trozo de vidrio volcánico sin pulir, había empezado a tener dudas. El chico del manga la intrigaba. Sentía con él una profunda afinidad que iba más allá de la edad. Si las cosas hubieran sido diferentes, si hubieran podido pasar algún tiempo juntos, ¿no habría sido posible que él hubiera recuperado las ganas de vivir, al igual que ella?

Su padre seguía atormentado por todo aquello, eso estaba claro. Había cambiado. Se había vuelto más melancólico. Kaila estaba casi segura de que era por el chico. Quería saber qué le había pasado.

Y ahora, esas ramas… en su habitación.

Sabía que podían aparecer en cualquier parte, pero nunca dentro de casa. Los espejos a veces mostraban destellos de los muertos, pero aquello era diferente.

¿Y si era él?

Si quería decirle algo, tenía que escucharlo. Y el hecho de que apareciera justo al comienzo de los Días Oscuros, un día antes de su iniciación, significaba que era urgente.

De ahí que necesitara saber su nombre.

Kaila cruzó el rellano y se coló en el despacho de su padre.

Qué humillante: los intentos desesperados de sus padres a lo largo de todo el año para demostrar lo mucho que confiaban en ella. Kaila estaba pasando por «una transición», estaba «madurando de verdad» y «asumía responsabilidades como una campeona»… ¿En serio? Si querían convencerla para que se uniera a su pacto, solo tenían que pedírselo.

—La caja fuerte —le había dicho papá un día después de su decimosexto cumpleaños— guarda todos nuestros documentos importantes. Mi testamento y el de tu madre, los datos bancarios, las escrituras de la casa, todo ese rollo. Si alguna vez nos pasa algo, quiero que puedas abrirla. Ya tienes edad para estas cosas.

Y entonces le había dado el código: 020469, la fecha de nacimiento de Frank.

«Ridículo», pensó en aquel momento, mientras lo introducía.

Kaila no esperaba encontrar lo que buscaba. A fin de cuentas, papá había tenido casi un año para deshacerse de ello. Habría sido lo más lógico. Pero sus esperanzas se basaban en la incapacidad de su padre para desprenderse de ello, y no se llevó una decepción.

Casi se le escapó entre el montón de envoltorios, notificaciones de Hacienda y demás correo. Pero aquel sobre blanco normal y corriente contenía un bulto extraño que le llamó la atención y, cuando lo abrió, las dos fotos cayeron de él.

A la luz del móvil, no tenía ningún aspecto de chico de manga, ni siquiera cuando llevaba el pelo largo y despeinado. Parecía el típico adolescente estadounidense. Aun así, Kaila reconoció de inmediato la mirada vacía.

—Hola —susurró.

Escudriñó el interior del sobre y le dio la vuelta. Entonces cayó una pulsera de cuero: el bulto. Sin marca, solo un pequeño león grabado.

«El artefacto —pensó—. ¿Seguías teniendo pulso cuando te la arrancaron de la muñeca?».

Sus padres le habían contado lo de la quema ritual del artefacto durante el brindis, y Kaila no le había dado mucha importancia, pero al verlo se puso furiosa.

El sobre también contenía una carta, así que la sacó. Cuando la desplegó y vio que se trataba de una nota de despedida escrita a mano, la rabia aumentó. Ni siquiera la habían enviado.

«¿Estás segura de que quieres leerla? A veces es mejor no saber. Hay puentes que no conviene cruzar».

Pero había llegado demasiado lejos y ya no podía dar marcha atrás.

Ayer me desperté y me sentí como el sol
Pero la tierra había desaparecido
Y yo estaba atrapado en la oscuridad
Haciendo cosas de sol

¿Qué sentido tiene vivir cuando nadie te ve?
Mamá, papá, no os merecéis esto, pero me

odio más de lo que os quiero. Más abajo están mis contraseñas. El Instituto McKay no debe saber por qué y cómo morí. Hay una chica en Instagram, se llama Ava Torres. Por favor, decidle que lo siento.

Perdón, pero es mejor así. Espero que no os duela.

Levi

—Levi —susurró Kaila—. Conque así te llamabas.

Se enjugó una lágrima, abrió Instagram, cerró sesión y luego volvió a entrar con las credenciales de Levi. Resultó que su nombre completo era Levi Llewellyn. Su perfil podría ser el de cualquiera: fotos normales de zapatillas y vaqueros, pizzas de peperoni, un golden retriever al que las mayúsculas llamaban *Max*. No había selfis: el truco de Levi era mirar siempre hacia su vida y darle la espalda a la cámara, de modo que solo se le veía el pelo y una oreja.

Se preguntó si Ava Torres habría sido su ligue de internet.

«No», pensó al abrir su lupa de exploración. Måneskin. Twenty One Pilots. Erizos y puercoespines comiendo zanahorias. Y modelos masculinos sin camiseta.

Aquello contaba casi toda su historia.

Pasó a sus chats. Los últimos treinta o así estaban sin abrir: emojis de corazones rotos y caras llorando, la mayoría de ellos de hacía más de cuarenta y cinco semanas.

«De modo que sí había gente que se preocupaba por ti».

Pero el primero lo habían leído, y a Kaila se le aceleró el corazón. Ava Torres.

«Papá».

Lo abrió. Se desplazó hacia atrás en el tiempo, desconcertada, porque Ava había enviado innumerables mensajes. En agosto: «Levi, te echo de menos, por favor, respóndeme». En julio: «Quién sigue abriendo este chat?». En mayo: «Veo que lo has leído». En abril: «Dios mío, esto es muy raro, me estoy volviendo loca». En febrero: «Estás conectado!!! Dónde coño estás???».

Y, entre medias, una y otra vez: «Levi?».

«Levi, por favor…».

«Levi?».

La amargura le clavó una estaca helada en el corazón. «Lo estabas acosando, papá, y ni siquiera fuiste capaz de concederle su último deseo».

Cuando retrocedió hasta noviembre del año anterior, encontró largas cadenas de mensajes. Eso no debería haberla sorprendido, pero, aun así, lo hizo: hubo un tiempo en el que Levi aún estaba vivo. Incómoda, volvió al inicio del chat. No podía soportar la idea de leer sus conversaciones privadas.

Y ¿ahora qué? Estaba tratando de averiguar la respuesta cuando apareció un nuevo mensaje.

«O sea que estás conectado de nuevo. No sé si eres tú o el pervertido que te hizo algo, porque, si no fueras más que un desconocido que le robó el teléfono, lo habrías reseteado. HÁBLAME. Si no, llamaré a la policía».

Kaila se quedó mirando el mensaje durante un buen rato. Luego escribió: «Lo siento». Escribió: «Siempre he querido decírtelo», y «Por favor, pierde la esperanza», y «Sigue con tu vida, no voy a volver», pero nada de aquello le sonaba auténtico, no le sonaba propio de él, así que lo dejó en lo que Levi había pedido en su nota. Durante un momento, dejó el dedo suspendido sobre el botón «Enviar». ¿Debía arriesgarse a hacerlo? ¿Estaba poniendo en peligro el caso de sus padres?

La respuesta le llegó con una frialdad clara: «¿Me importa?».

Pulsó «Enviar» y cerró la sesión. No le hacía falta ver la respuesta.

Papá había iniciado sesión en las redes sociales de Levi de forma insistente y obsesiva, como un pirómano que volvía a la casa que había incendiado. ¿Qué más estaba ocultando?

«Su móvil».

La idea se le impuso, como si una mano invisible la estuviera guiando. Y ¿acaso no era cierto? Si era capaz de creerse que un chico muerto estaba manifestando su tumba bajo un montón de ramas en el desván, también era capaz de creerse que él le mostraría lo que quería que viera.

Volvió a cruzar el rellano en silencio. Las luces estaban apagadas, así que podía abrir sin problema la puerta del dormitorio de sus padres, siempre y cuando las bisagras no chirriaran. No lo hicieron, pero, aun así, el bulto del lado derecho de la cama —mamá— se revolvió. Kaila se quedó paralizada. Mamá se tranquilizó. Con sigilo para que no le crujieran las articulaciones, caminó de puntillas y cogió el teléfono de su padre de la mesita de noche. Cuando

desconectó el cargador, la pantalla se iluminó con intensidad. Mordiéndose la lengua para no soltar un taco, la apagó.

Su padre masculló algo en sueños. Ella lo miró. Nunca había pensado que pudiera odiar a sus padres y esperaba que siguiera siendo así, rezaba para que siguiera siendo así.

Otra vez en el rellano, desbloqueó el móvil y abrió Vember. A pesar de que sabía que no funcionaría, puso el dedo índice en el *widget* de escaneo y, por supuesto, el inicio de sesión falló.

«Abre su historial de llamadas».

Ahí estaba, a plena vista. Una videollamada con mamá, de aquel mismo día a las 00:26. Duración: una hora y treinta y cuatro minutos. Kaila se quedó mirando aquellos datos mientras intentaba interpretar su significado. Ella había llamado a su madre a medianoche mientras estaba en la fiesta de Halloween de Vicky Partridge con Jax.

«Claro —le había dicho cuando le había preguntado si papá había vuelto a casa—. Ha terminado de cerrar las contraventanas y se está dando una ducha».

Le había parecido que su madre estaba rara. Y ahora sabía que no se lo había imaginado. No sabía por qué sus padres habían pasado casi una hora y media en una videollamada justo después, pero lo que estaba claro era que no había sido para ayudarlo a ducharse.

«Mira WhatsApp».

Lo hizo. Esta vez tardó más en encontrar lo que estaba buscando.

Su padre era de los que nunca borraban nada. Se desplazó por una interminable sucesión de chats sin archivar con compañeros de

trabajo, amigos y números que ni siquiera había guardado en sus contactos. Qué poca cabeza.

El 27 de marzo, encontró un mensaje que ni siquiera tenía número, por eso le llamó la atención. Decía: «La cuerda tendría que haber sido más larga. Dijiste que era lo bastante larga, que sería rápido, pero no lo fue».

Kaila encontró a Django donde lo había dejado: en su habitación. Estaba acurrucado en la cama y ya no llevaba solo el casco de mandaloriano, sino la armadura entera.

—Eso no te protegerá —le dijo—. Y no son los Jibblymowers quienes deberían darte miedo.

Su hermano se quitó el casco al instante.

—¿Quiénes deberían darme miedo, entonces?

—Papá y mamá. —Se acercó a él hasta que casi se rozaron la nariz—. Django, tienes que escucharme con atención. ¿Confías en mí?

—Sí, claro.

—¿Y confías en que siempre te protegeré?

—Sí, pero…

—Entonces mete algo de ropa y tus pertenencias más importantes en la mochila. Puede que tengamos que huir.

—¿Huir? ¿Huir adónde?

—Todavía no lo tengo claro. Cogeremos el coche de papá y lo decidiremos una vez que estemos en la carretera.

—Pero ¿qué pasa con mamá y papá?

—¡Es de mamá y papá de quienes tenemos que huir! —Se lo soltó con más brusquedad de la que pretendía. Pero en ese momento no

era ella misma. Ni por asomo.

—Kaila, ¡me estás asustando! ¿Qué ocurre?

«Lo ahorcaron. No usaron las jeringuillas, lo ahorcaron y salió fatal».

—No hay tiempo para explicaciones. Te diré lo que necesitas saber, pero el resto tendrá que esperar. —«Allá vamos», pensó—. ¿Las ramas del desván? Tenías razón, cubren una tumba. Pero no es la de Liam. Es la de otro chico.

—¿Qué chico?

—Sabes que los Días Oscuros no son, digamos, algo normal, ¿verdad? Y que la facilidad con la que te salen ciertas cosas (tocar el piano, ser un sabihondo) es algo que a los niños que viven en otros sitios no les pasa.

—¡No soy un sabihondo!

—Sí que lo eres, y no actúes como si no lo supieras. A mí me pasa lo mismo. Y a Liam. En Bird Street todos tenemos suerte. Lo sabes, ¿no?

Django asintió con aire vacilante.

—No es una coincidencia y es antinatural. Se debe a que mamá y papá tienen un pacto. El resto de los vecinos también están implicados. Tenemos una suerte de la leche, pero a cambio tienen que ofrecer a alguien en el bosque todos los noviembres. Lo descubrí el año pasado. Demasiado pronto, porque se supone que tienes que entrar a los dieciséis. Así que, por supuesto, tú no deberías saberlo y, si los vecinos se enteran de que te lo he contado, me darán una paliza. O algo peor… Son capaces. Por lo tanto, ni una palabra a mamá y papá.

Django se quedó mirándola. Tenía la cara pálida y lágrimas en los ojos, pero su hermana no vio ni incomprensión ni incredulidad.

—El chico de debajo de las ramas tenía mi edad y se llamaba Levi. Lo ofrecieron el año pasado. Mamá y papá dicen que solo eligen a gente que ya no quiere vivir porque está muy enferma y va a morir de todos modos, que así es como los ayudan. Al principio, pensé que era algo bueno, pero no es así. Porque esas personas no encuentran la paz que están buscando. Se convierten en Jibblymowers, como tú los llamas. Y a nadie le importa que sufran.

A su hermano le tembló el labio.

—¡Basta! ¡No quiero oírlo!

—Lo siento, pero tienes que saberlo.

Kaila no quería contárselo; habría preferido protegerlo de la verdad, pero esa opción ya no existía. Ahora, en el último momento, por fin veía con claridad cómo eran sus padres y sus vecinos, y no quería tener nada que ver con ello. Y por eso necesitaba a Django.

—Levi ha venido porque quiere contar su historia —continuó—. No quiero cometer el mismo error que cometieron mamá y papá, así que voy a escucharlo. Django…, ¿cómo se invoca a los muertos?

—¿Con quién tienen un trato? —susurró el chico, que temblaba como un cervatillo.

—¿Qué has dicho?

—¿Con quién tienen un trato?

—Ahora mismo, eso da igual. Tenemos que darnos prisa.

—Si no me lo dices, no te diré cómo invocar a los muertos.

—Con alguien malo, ¿vale? Una especie de demonio. Creo que se alimenta de la gente que le ofrecen.

«Y que yo soy especial para él».

—Aquel que Siempre Tiene Hambre —farfulló Django, ahora con un rollo a lo *El sexto sentido* que le puso los pelos de punta.

—¿De qué estás hablando?

—Las Cosas Muertas. Aquel que Siempre Tiene Hambre las persigue para cazarlas. Me lo han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No me creerías.

—¿En serio? ¿Después de esto?

—Cerdo Desmechado.

Lo miró de hito en hito. Django le devolvió el gesto, aterrorizado, mientras una lágrima le brotaba por la comisura del ojo y le aterrizaba en el labio.

—¿Quién?

—Es una larga historia.

—Guárdatela para el coche. Django…, ¿cómo lo invoco?

—¿Tienes algo que le perteneciera?

—Pues claro.

Le mostró la pulsera de cuero que se había puesto en la muñeca.

«Ya no es mi habitación», pensó mientras contemplaba las vigas que una vez le habían resultado familiares, los pósteres de Audrey Hepburn y Sophia Loren, de *La vita è bella* y *Sunset Boulevard*. Había sustituido a Bradley Simpson por Kim Tae-hyung, porque, bueno, obvio, pero ni siquiera sus ojos seductores lograban aliviar la creciente convicción de que allí sería donde pasaría su última noche.

Ahora, el montón de ramas dominaba la habitación. Yacía como un ser vivo y jadeante que procedía de otro mundo y que, ocultando una profundidad inconmensurable y llena de ramas, había cruzado

algún tipo de grieta espacio-temporal hasta el nuestro. Kaila fue consciente de que su hermano le apretaba la mano con tanta fuerza que le hacía daño, pero no le dio importancia. Lo único en lo que podía pensar era: «¿En qué reino se encuentra el espacio inexistente entre mi suelo y el techo de Django, adónde conduce el pozo?».

—No quiero —susurró su hermano—. Creo que es mala idea…

—Lo has empezado tú —le espetó ella, se zafó de su mano y se agachó ante los objetos de Liam.

La luz titilante de la vela le reveló una pelota de béisbol firmada, una foto de los dos y un objeto que no reconoció: una insignia de uniforme. Con una puñetera esvástica. La levantó.

—¿Qué cojones es esto?

—Era de Liam y mía, para jugar a los nazis.

—Django, ¿de qué coño vas?

—¡Tú te rajaste la tripa!

—Vale, entendido.

«Y, por si aún te faltaba algún motivo para alejarlo de aquí, ahora ya lo tienes. Este lugar es enfermizo».

Apartó toda la parafernalia y colocó las fotos, la nota de despedida y la pulsera de Levi delante del espejo. Miró de reojo a través de él y vio a Django cerca de la escalera, con una mano estirada en una especie de imitación desesperada de Once y un ojo muy abierto a causa del miedo.

—¿Y si te equivocas? —vociferó—. ¿Y si ha venido a por mí?

—¡Django, calla! ¡Mamá y papá!

—Pero no quiero…

—¡Cierra el pico!

El niño lo hizo. Le temblaban los labios y el pecho le subía y bajaba a toda velocidad mientras intentaba controlar el pánico que lo invadía.

—Vale, ¿cómo lo hago?

—No voy a decírtelo.

—Django, ¡¿cómo lo hago?!

—¡Que no te lo voy a decir!

Pero no fue necesario que lo hiciera, porque justo entonces se oyó un chasquido seco.

Kaila giró la cabeza de golpe y escudriñó el montón.

No se movía. Pero el sonido se repitió…, otra vez…, y se multiplicó, como si de repente el pozo estuviera lleno de vida.

—Ay, Dios, ¿ves eso? ¿Lo ves? ¡Mira!

Django no estaba señalando el montón. Estaba señalando el espejo. Cuando se volvió, ella también lo vio. En el espejo, la pila había cobrado vida. De ahí provenía el ruido. El montón se estaba derrumbando sobre sí mismo y las ramas se desplomaban y astillaban. Paralizada, continuó observándolo mientras su cerebro luchaba por reconciliarse con la idea de que la imagen del espejo contradecía la realidad y tenía vida propia. Gritó cuando Django la agarró del jersey y, con un tirón, la hizo caer de espaldas. Menos mal, porque, un segundo después, el espejo se onduló una vez, dos, y luego estalló en una lluvia de esquirlas que se le habrían clavado en la cara si aún hubiera estado delante.

Y, con eso, el reflejo irrumpió en la realidad. El montón cobró vida. Se retorcía. Crujía. Lo estaban separando desde dentro, como si algo estuviera intentando abrirse paso hacia el exterior.

—¡Abortamos misión! —chilló Django mientras le tiraba del brazo.

Ahora sí que había gritado a pleno pulmón, y era imposible que sus padres no lo hubieran oído, pero el pánico de Kaila era demasiado intenso como para darle importancia a algo así. Aún sentada, pataleaba y se retorcía, de manera que las esquirlas de cristal salían volando por todas partes.

Un ruido nuevo salió del pozo, un ruido horrible. Era el silbido del viento al pasar a través de un tubo estrecho, de alguien intentando tragar aire a través de una garganta destrozada.

Kaila estaba hiperventilando. Habían llegado justo al borde de la escalera y Django se arrastraba por el suelo hacia ella; se habría metido dentro de ella de haber podido.

El viento del pozo formaba sonidos reconocibles:

—Kaaai… laaahhh…

Lo pronunciaba al revés, inhalando aire en lugar de expulsándolo, como si los pulmones del hablante ansiaran más, más, más oxígeno.

—¿Levi? —murmuró ella.

—¡Kaila, haz que pare!

Pero no podía. Lo que intentaba salir a rastras de la tumba tenía vida propia. La chica se puso a cuatro patas y, entre los cristales, buscó la pulsera de cuero para sostenerla en alto.

—Levi, si eres tú, estamos aquí por ti. Queremos escucharte…

—¡No, no, no, tenemos que salir de aquí!

Varias ramas más se esparcieron por el suelo. La respiración de Levi era sibilante, como si estuviera hablando y ahogándose al mismo tiempo.

—Kaaai… laaahhh…, ven aquí…, podemos compartir… la cuerda…, podemos compartir… el dolor…, podemos compartir… la muerte…

Y fue entonces cuando ella se dio cuenta.

«La próxima vez, hazte un corte un poco más profundo. Hazte un buen agujero hondo y oscuro en el vientre; luego, métete dentro y ven a vivir con nosotros».

Lo que subía trepando hacia ella era Levi, pero, al mismo tiempo, no lo era. Era una forma inferior del chico, algo que apenas recordaba quién había sido, perdido para siempre en la oscuridad de noviembre en el bosque de Snoqualmie, corrompido y deshumanizado por Aquel que Siempre Tiene Hambre. Django tenía razón. Quizá su último vestigio de humanidad quisiera advertirla…, pero la mayor parte de él quería hacerles daño.

—Kaaai… laaahhh…, qué… calor das…

—¡Ay, Kaila, haz que pare! —Su hermano se arrastraba los dedos por las mejillas, se los enredaba en el pelo, se aferraba a ella. Pero se había quedado paralizada y solo podía mirar—. ¡Kaila, ya viene, ya viene!

¡ZAS!

Un rollo de cuerda naranja cayó de golpe junto al montón, como una amarra lanzada desde un barco hacia el muelle.

Una mano pálida asomó por el borde. Unos dedos larguiruchos avanzaron como una araña hacia una rama seca, que se partió cuando la agarraron. Django rugió. Presa de un terror abyecto, se abalanzó hacia delante, tiró del edredón de la cama de su hermana y lo dejó caer sobre el montón.

Permaneció allí, inmóvil.

Luego, se abultó. Debajo, había algo que se estaba encabritando y levantaba el edredón consigo.

«*Déjà vu* —pensó Kaila, que sintió que una risa histérica y repentina le bullía por dentro—. Estoy perdiendo la puta cabeza».

Justo en medio del desván se alzó un fantasma. Y, a su lado, la chica oyó un golpe sordo. Se dio cuenta de que Django se había desmayado, y eso acercó aún más la carcajada. En realidad, todo aquello era graciosísimo. Los labios se le curvaron en una sonrisa, o tal vez en un grito, pero no salió ningún sonido. Le escocían los ojos de no parpadear.

—Me… mataron… —La voz ahogada provenía de debajo del edredón.

Y en la mente de Kaila, aquella misma voz gritaba: «Me mataron me mataron ¡¡ime mataron y ahora voy a matarte a ti!!!».

Iba a por ella, se acercaba pisando el edredón y bajándolo cada vez más con cada paso atronador.

Por fin, lo vio.

Ahora entendía por qué apenas podía hablar. El extremo de la cuerda naranja que tenía atado al cuello le había destrozado la laringe. La piel de la garganta se le había recogido por encima de la mandíbula, salvajemente desgarrada. Tenía la cara morada.

Él echó a correr y ella lo vio venir. Él abrió la boca y dejó al descubierto el lecho purulento de encías brillantes que le sujetaba los dientes. Ella retrocedió…

… y no fue capaz comprender lo que ocurrió a continuación. Solo fue consciente de un destello oscuro, como la sombra de un buitre cubriendo el desván. Las ramas restantes saltaron por los aires convertidas en pedazos. Una figura gigantesca se abalanzó sobre Levi y lo estampó contra el suelo. Sonó un golpetazo cuando su maletín de cuero impactó contra la madera.

Había llegado el Diablo. No, el Contable.

—*Ahí estás* —le siseó a la silueta que se retorcía debajo de él—. *Conque cruzando la valla, ¿eh? ¡No deberías estar aquí, chico colga-colga-colga COLGADO!*

Cerró la boca sobre la cara de Levi y empezó a alimentarse de él con la voracidad famélica de un niño pequeño o un animal salvaje. Mientras se sacudía y temblaba, se tragó literalmente a Levi, como si lo estuviera inhalando. Kaila se dio cuenta de que los brazos y las piernas le convulsionaban. Vio que se le marchitaba la carne. Un humo negro se elevaba desde los hombros de la criatura y, fuera, la lluvia azotaba; fuera, el viento aullaba.

Cuando el Contable terminó, Levi había desaparecido. Levantó la mirada hacia ella. Tenía la pajarita torcida. Se le dibujó una sonrisa en los labios, y los chorros de baba espumosa que le caían chisporroteaban sobre las tablas del suelo.

—*Y ahora tú y yo, niñita* —dijo—*, tenemos que hablar*.

LUANA

Los sabuesos de los McKinley. Una compra secreta.

2 DE NOVIEMBRE

Al día siguiente, no encontraron a Liam, pero a Luana le dio la impresión de que ninguno de los vecinos contaba ya con ello. Todos habían depositado sus esperanzas en la visita del Contable. Mientras tanto, ella estaba convencida de que, si tenía que seguir con la farsa un minuto más, perdería la cabeza.

Hasta que Harry se había presentado en su casa la noche anterior, había querido creer que Ralph tenía la situación casi bajo control. Pero las sospechas de su vecino le habían demostrado que se equivocaba. ¡Y tan pronto! ¿Cómo narices iban a sacar la situación adelante? Le había insistido a Ralph en que hiciera algo con el Forester cuanto antes, pero a él le preocupaba la imagen que darían si se ponían a trastear en el garaje en plena noche. Y, con los perros al caer, tocar la bici de Liam era lo último que quería hacer.

«Bueno, eso quizá deberías habértelo pensado antes de pillarte un colocón y coger el coche», le entraron ganas de gritarle, pero ya habían tomado aquel camino —lo habían tomado los dos, maldita sea— y sabía que su marido tenía razón.

«Los niños. Mantén la cordura por los niños. ¡No se te ocurra derrumbarte!».

Consiguió dormir unas cuantas horas, atormentada por unas pesadillas terribles en las que se oían golpes en el desván, a Django gritando, el aleteo de unas alas como de murciélago gigante y ciego.

La asaltó la idea irracional de que la estaban manteniendo dormida a la fuerza, porque era incapaz de despertarse incluso cuando el pánico se apoderaba de ella, incluso cuando el instinto maternal que la instaba a ir con Django se volvía irresistible. Cuando por fin se despertó y se sentó de golpe en la cama, alrededor de las cuatro y media, cedió a ese instinto y se lo encontró dormido como un tronco en su habitación, con el disfraz de Halloween puesto y una foto de Liam y él aferrada en la mano derecha. La imagen le partió el corazón y, al mismo tiempo, hizo que una nueva oleada de autoaborrecimiento le recorriera las venas.

Al amanecer, los vecinos se reunieron ante la casa de los Wachowski. Era una mañana entumecedora y, tras la nube blanca de su aliento, todos tenían la cara demacrada. Joyce estaba pálida y confundida. Marc estaba callado y retraído. Noviembre se les estaba grabando en el rostro a todos.

McKinley y sus hijos llevaban varias horas despiertos y en marcha.

—Estos son *Schnitzel*, *Frankfurt* y *Sauerkraut* —bromeó Maurice sin arrancarle una risa a nadie.

Los tres perros prometidos resultaron ser unos sabuesos de aspecto hosco y orejas largas, llenos de piel flácida por todas partes, que desde su llegada estaban desplomados al borde de la carretera con la lengua colgando y jadeando como locomotoras de vapor.

—¿Esos son los que tienen que encontrar a mi hijo? —gritó Joyce.

—No te dejes engañar —contestó Gray—. Puede que no parezcan muy avispados, pero cada uno de ellos posee más de trescientos millones de receptores olfativos.

Graham asintió.

—La lluvia de ayer no juega a nuestro favor y no somos expertos en perros, ni mucho menos, pero Orville dice que ni siquiera las autoridades te conseguirían nada mejor.

—Es cierto —añadió Ralph—. A veces, los hallazgos de los sabuesos se utilizan en los tribunales.

—Y tenemos otra cosa —dijo Graham sin apenas poder ocultar su alegre determinación. «Otra cosa» resultó ser un dron térmico profesional que un especialista de Bellevue les había vendido a un precio especial. Mientras Gray, Maurice y Marc salían con los perros, Graham y Juliette conducirían hacia el oeste para ir a recogerlo. Antes de las diez, estarían buscando a Liam con un equipo de calidad casi militar—. Si está en este bosque, lo encontraremos, Joyce.

—Si es que sigue vivo, claro —añadió Maurice—. Me refiero a que, si no lo está, los sabuesos lo encontrarán, pero el dron no, obviamente.

Su hermano se lo quedó mirando, horrorizado.

—¿Qué? Es verdad, ¿no? A ver, si está frío…

—¡Tío, cierra la boca!

Emprendieron el camino, pero las cosas se torcieron casi desde el principio. Luana no se enteró de los detalles hasta más tarde, porque Ralph, Joyce, Laura, los Aikman y ella se marcharon a peinar el bosque al norte del sendero South Sunday para no estorbar a los sabuesos. Era angustioso no saber qué estarían detectando los animales… Y se sintió aún más angustiada cuando oyeron disparos a lo lejos y perdieron el contacto con el otro equipo. «Misión abortada. De vuelta al cuartel general», gritó Laura cuando encontraron a Marc con el abrigo lleno de sangre, pero ni rastro de Gray y Maurice.

Resultó que *Sauerkraut*, tras olfatear la funda de la almohada de Liam, había seguido un rastro por el camino forestal y había empezado a ladrar junto a la valla a unos ochocientos metros al sur del bungaló de los Aikman (con solo mirar a Ralph, Luana supo que el animal había dado en el clavo). Los hombres cortaron la valla metálica, pero, en cuanto entraron en el bosque, los sabuesos se volvieron incontrolables. Gruñían como locos, con el rabo en alto, se lanzaban dentelladas los unos a las patas de los otros. En palabras de Marc: «Se les fue la pinza. Se les fue la pinza por todas las mierdas que olían en ese bosque».

Maurice los había jodido pero bien. Los había azuzado. Les había pegado con las correas. Y por eso se habían vuelto contra él. Horrorizados, escucharon a Marc contarles que los sabuesos habían intentado, literalmente, hacer pedazos a Maurice. Era más coincidencia que suerte que no le hubieran desgarrado la garganta antes de que Marc sacase la Ruger y disparara tres veces.

—Disparé al aire. No podía disparar a los perros, ¿no? Gray quería que lo hiciera, me gritó que lo hiciera, pero no podía. Son nuestra última esperanza de encontrar a Liam, ¿no?

Los animales se habían dispersado y salido corriendo. Marc y Gray habían arrastrado a Maurice de vuelta a la carretera, donde este último había metido a su hermano en el coche y se lo había llevado al hospital. Había perdido muchísima sangre y la mayor parte de la mano derecha.

¿Los perros? Desaparecidos.

Graham McKinley, de vuelta de Bellevue, estaba tan pálido como un fantasma. Luana nunca había visto al patriarca tan conmocionado. Tal vez fuera por la estupidez de su hijo, que había

estado a punto de costarle la vida, o tal vez fuera porque se daba cuenta de que, si no encontraban pronto a los perros, lo más probable sería que nunca lo hicieran, y eso le supondría mantener una conversación delicada con su viejo compañero de caza de Maple Valley. Pero Luana intuía algo más. Habían perdido el control. Estaban en los Días Oscuros y, por mucho que se hubieran preparado a fondo, y por muy buenas que fueran sus intenciones, nada salía según lo planeado.

Marc no quería perder tiempo, así que, con la ayuda de Graham y Joyce, puso en marcha el dron mientras los otros seis se adentraban de nuevo en el bosque con los megáfonos. Luana estaba agotada, pero se obligó a seguir adelante. Cada vez que se quedaba atascada en el barro o se arañaba con una rama, se preguntaba qué sentido tenía aquello. No había cooperación ni coordinación ni confianza. Los contratiempos no los habían unido, todo lo contrario. Antes del mediodía, Juliette y Laura estaban a punto de enzarzarse en una pelea, y la tensión entre Harry y Ralph era palpable.

Elizabeth fue la primera en especular sobre el Contable. ¿Podría él desvelarles algo aquella noche?

La pregunta le retumbó en la cabeza a Luana. «Sí, ¿podría?».

Ralph se había llevado a Liam a la puta guarida del Contable. En aquel momento, les había parecido lógico no desperdiciar la muerte de Liam. No lo habían pensado bien. Y ahora…

¡CRAC!

Como si aquel fuera el empujón definitivo, la mente se le quebró. Luana vio que el megáfono —le había tocado llevarlo a ella— se le caía de la mano. El sudor de la frente se le enfrió. Los ruidos empezaron a pitar y luego se atenuaron. Las ramas desnudas de

noviembre giraban a su alrededor y por encima de ella cuando las piernas le cedieron y se desplomó entre los helechos.

Pasos. Manos que la agarraban.

—Madre mía, Luana, ¿estás bien?

No era Ralph. Era Elizabeth. Ahí estaba Ralph. Apartando a Elizabeth a codazos. Discutieron.

—Venga, cariño —dijo su marido, de pronto muy cerca, mientras la levantaba con cuidado—. Te llevaré a casa.

Luana empezó a protestar, pero tenía el paladar demasiado pastoso, la lengua se negaba a obedecerla.

—Mmno, tenemos que bushhcar…

—Te has quedado sin fuerzas. Ya es suficiente por hoy.

Juliette estuvo de acuerdo y la llevaron a casa con gran cautela. Cuando Ralph la acostó, ella volvió a resistirse, pero su marido no quiso saber nada del tema. Luana temía que los nervios le impidieran conciliar el sueño, pero temía aún más lo que la esperaba si lo conseguía.

Bajo una lluvia tempestuosa, recorrió el camino forestal. El bosque que se alzaba tras la valla estaba sumido en las tinieblas. Había una amenaza invisible.

«Tienes que largarte de aquí. Tienes que irte a casa antes de que sea demasiado tarde».

¿Demasiado tarde para qué? ¿No habían salido al bosque a buscarlo? ¿A buscar a Liam («muerto»), al que no iban a («Liam está muerto y es culpa tuya»), al que no iban a encontrar?

De repente, unos faros. Se dio la vuelta y, doblando la esquina a toda velocidad, con el motor rugiendo, había un coche. En un

destello, vio los ojos asustados de Ralph a través del parabrisas, pero no era el Forester de Ralph el que se le echaba encima, sino un viejo Chevy con matrícula de Brasil. Aquello hizo que Luana se diera cuenta de que estaba soñando. Pero, aun en el sueño, sintió el crujido de las astillas del cromo y la lluvia y la luz blanca y brillante cuando ya era demasiado tarde para apartarse. El cráneo se le reventó contra un árbol, y Luana ya no sabía nada.

Abrió los ojos y se descubrió envuelta en un halo de resplandeciente luz solar en la avenida Rebouças de São Paulo. Tenía el cuello roto, pero seguía viva. El aroma de los mangos, de los vapores tropicales y del contaminado río Tieté le dibujó una sonrisa en los labios. No podía respirar y tenía la boca llena de sangre, pero supuso que, si podías morir sonriendo, el resto no importaba mucho.

La puerta del coche se abrió y Ralph se apeó de él, pero, cuando Luana oyó que sus pasos se acercaban, se dio cuenta de que no era Ralph, sino el Contable. Este se acuclilló, dejó a un lado el maletín y se inclinó sobre ella. La mano que se introdujo en su campo visual no era pálida, como había esperado. Sintió una súbita e intensa oleada de miedo, pero no pudo impedir que él le cerrara los ojos.

—Buenas noches, mamá —susurró Kaila, y Luana gritó al incorporarse.

Se dio cuenta de que estaba sentada en la cama, con la sangre bulléndole en las sienes.

—*Porra*… —balbuceó, un improperio que hacía más de dos décadas que no usaba.

El dormitorio estaba en silencio. La pelvis le palpitaba con el dolor sordo del accidente, como si la hubiera seguido desde el sueño.

Por fin lo entendió. Durante todos aquellos años, había estado viviendo una prórroga. Había deseado una razón para vivir y se la habían concedido. Pero aquella noche, de una forma u otra, todo iba a terminar.

Así que solo le quedaba una cosa pendiente.

Liberar a sus hijos.

Proporcionarles una vida lejos de Bird Street.

Luana se levantó, sabiendo lo que tenía que hacer.

Se alegró de no toparse con Kaila y Django camino del garaje, pues le daba miedo que su cara la delatase. Estaban en sus respectivos dormitorios, claro, porque Ralph y ella habían decidido no mandarlos al colegio aquel día. Durante el desayuno, Django se había mostrado callado y retraído. Kaila… No había visto a Kaila en ningún momento.

«Dios, la iniciación. Hemos pasado de ella. ¡Madre mía, qué desastre!».

Ya era demasiado tarde para eso.

Cogió el Optima. Mientras se acercaba al agujero de la valla, Luana estaba irracionalmente convencida de que los vecinos la detendrían y la obligarían a colaborar en la búsqueda, pero no ocurrió nada por el estilo. Vio a Marc Wachowski, que se había puesto unas gafas futuristas y manejaba algo parecido al mando de la consola de Django. McKinley no apartaba la vista de un iPad. Este le hizo un breve gesto de saludo con la mano, y ella se lo devolvió y clavó la mirada en la carretera que tenía delante.

No se detuvo en Lock Haven, donde la gente la conocía, ni en Carnation, sino que siguió conduciendo hasta Duvall. Aparcó y llamó

a Ralph, que contestó al primer tono. ¿Estaba bien? Sí, se encontraba mejor.

—¿Estoy en el manos libres? ¿Por qué has salido de casa?

—Tenía que pasar por la farmacia del pueblo a por Voltarén. Los viejos dolores me están molestando de nuevo. Antes de que me lo preguntes: sí, he cerrado el garaje con llave. Las dos puertas.

—Bien.

Seguían buscando, le dijo él, aunque el dron había aportado poca información. Era un aparato maravilloso, con un alcance enorme, pero cada treinta minutos de vuelo equivalían a una hora de recarga. Habían pensado que verían todo tipo de fauna en el bosque, pero solo habían visto una liebre americana muy inquieta que se metía en su madriguera a toda velocidad. Ni ciervos ni zorros ni mofetas ni osos. No habían encontrado a los sabuesos. Y, por supuesto, tampoco habían encontrado a Liam. Joyce y Marc estaban más que desesperados.

—Ajá —dijo Luana, distraída—. ¿Qué se ha acordado respecto a esta noche?

—Seguimos adelante, en casa de los McKinley. Todos albergamos la esperanza de que el Contable pueda contarnos algo.

—Entiendo que no puedes hablar. ¿Y los niños?

—Se quedarán. No conviene enviarlos a ningún otro sitio ahora mismo. Están preparando la biblioteca de Graham para dormir allí. Django no se opondrá, porque Ethan les hará de canguro.

—¿Ethan?

—Han tenido que explicarle por qué no podían llamar a la policía, así que lo han puesto al corriente. No de todo, solo de lo que queríamos contarle a Kaila antes de que se enterara el año pasado.

Luana lo entendió.

—¿Ralph? Vete a casa. Kaila nos necesita. Este debería haber sido su día.

—Lo sé, cariño. Lo intentaré.

Se despidieron y Luana colgó.

A la izquierda estaba la farmacia. A la derecha, Duvall Firearms.

Se bajó del coche y entró.

DJANGO

Kaila Zombi. La casa de los McKinley. Diez en punto.

2 DE NOVIEMBRE

Menudo día de mierda, no habría tregua.

En el escenario más probable de cómo acabaría, Kaila y él se habían escapado de casa y vagaban por una tierra oscura y decrépita —salvo que no sería Narnia, sino Tacoma—. En otro, los Jibblymowers lo habían atrapado y estaría muerto y olvidado en un pozo del bosque, como Liam. Y luego estaba el escenario en el que mamá y papá se enteraban de todo lo que sabían, y eso sí que sería una auténtica carnicería.

Así que, pasara lo que pasase, un día de mierda.

Lo último que Django recordaba era el horror que había salido a rastras del pozo de la habitación de Kaila. Lo siguiente, despertarse en su propia cama con la luz gris del amanecer. ¿Cómo había ocurrido aquello? Colgada de su silla estaba la mochila con camisetas y ropa interior; la foto enmarcada de Kaila, mamá, papá y él junto al lago en Italia; y *Gorgonzola*, su oso de peluche. Para el escenario de la huida.

Lo cual significaba que todo lo que había sucedido por la noche era real. Lo cual significaba que el chico sacrificado podría haberse llevado a Kaila.

Django salió sin hacer ruido hasta el rellano vacío. Al pie de las escaleras del desván, aguzó el oído. La casa se agitaba con el viento

de noviembre, crujía como un viejo barco oráculo en medio de una tormenta. Viejo y en su último viaje.

Subió las escaleras con sigilo, se armó de valor y echó un vistazo por encima del borde.

Las ramas habían desaparecido. El suelo estaba intacto. La vela seguía allí, a medio quemar. Papá estaba sentado al borde de la cama y le acariciaba el pelo a Kaila con suavidad. Era imposible saber si su hermana estaba despierta, dormida o muerta. Las tres cosas parecían posibles.

El peldaño que tenía bajo el pie derecho crujió y lo delató. Su padre lo miró; tenía los ojos apagados y vacíos, como si ni siquiera se estuviera percatando de su presencia.

«Papocalipsis».

Siguió acariciándole el pelo a Kaila con movimientos largos y lentos.

A Django se le crispó la boca y volvió a bajar en silencio. De nuevo a su habitación. Cambiando el peso de una pierna a otra, deseando tener más entre las que repartirlo. Luego, se dirigió a la planta baja.

Encontró a su madre en la cocina, removiendo un cazo puesto al fuego con una cuchara de madera. Se la llevó a la boca, sopló, probó y añadió una pizca de hierbas de un tarro. Apagó el fogón y lo miró. Estaba pálida, tenía la piel casi transparente.

—¿Por qué llevas puesta la armadura, Django? Aquí no hay ningún Lord Sith, ¿no?

—Nunca se sabe con qué peligros puedes encontrarte.

—Tienes razón. Te he hecho bizcochos, bizcochito. Come.

Mamá nunca lo llamaba «bizcochito». Esta era la Otra Mamá. Con el estómago revuelto, se sentó a la mesa y empezó a picotear la comida. La Otra Mamá se sentó a su lado con su plato de sopa. Era roja, pastosa y estaba llena de grumos repugnantes. Introdujo la cuchara y se la llevó a la boca. Sorbió.

Ninguno de los dos habló.

No era solo su madre la que estaba hecha un desastre. La cocina estaba hecha un desastre. Toda la planta baja y el viento que aullaba fuera y todo lo que él pensaba, sabía y sentía. Y no era solo noviembre. Tenía que hablar con Kaila cuanto antes, pero Papocalipsis estaba con ella, así que no era seguro.

—Qué rollo, los Días Oscuros, ¿eh? —dijo para intentar romper el hielo.

Mamá estiró una mano y le rodeó una de las suyas. La tenía fría.

—Lo sé, Django. Lo superaremos. Igual que el año pasado.

El niño decidió arriesgarse:

—Podríamos mudarnos. La verdad es que no me importaría tener un poco menos de suerte si eso significara que no habría más Días Oscuros.

—Pero ¿qué haríamos con esas preciosas manitas de pianista que tienes? —dijo la Otra Mamá. Le apretó los dedos hasta hacer que Django se encogiera de dolor—. Tendríamos que encontrarles un nuevo propósito.

«Me las va a cortar. Las va a echar a la sopa. Me va a ofrecer como sacrificio al bosque».

—Pero se les da muy bien hacer esto —dijo el chico mientras hacía un esfuerzo considerable para que lo soltara.

La mano emitió un flap resbaladizo cuando al fin lo consiguió. Entonces, entrelazó los dedos a toda prisa y aguantó el dolor mientras flexionaba las palmas y movía los pulgares.

—Maravilloso —dijo la Otra Mamá—. De verdad. Pero dudo que sea suficiente. Cómete el bizcocho, Django.

Obedeció. Ella se quedó callada. Al cabo de un rato, el chico probó con otro enfoque.

—Oye, mamá, el otro día leí por casualidad un libro sobre brujas que hervían a la gente en ollas enormes y se la comían.

—¿En serio? ¿Te pusiste a leer algo así por casualidad?

—Sí —contestó con una risita—. Cero de cinco estrellas, si me preguntas.

La Otra Mamá no dijo nada. Siguió comiéndose la sopa. Le goteó un poco por la barbilla y se la limpió con la servilleta.

—Prefiero recuperar a Liam que tener suerte —musitó, y se encogió de miedo ante la perspectiva de un posible arrebato.

—Para de decir tonterías y deja comer a mami. —Lo dijo con desdén, pero luego soltó la cuchara—. Lo siento. Estoy de mal humor. No debería pagarlo contigo.

—No pasa nada, mamá. —Solo para asegurarse, preguntó—: Eso es sopa de tomate, ¿verdad?

—¿Qué iba a ser si no, Django? —Le lanzó una mirada larga, penetrante.

Él se encogió dentro de la armadura.

—No lo sé.

Papocalipsis entró en la cocina. Se parecía a papá, pero Django estaba receloso. Tanto que los nervios parecían recorrerle la espalda como mil millones de gusanos.

—Vamos a buscar a Liam otra vez —dijo Papocalipsis con la voz de papá.

—Vale.

—Espero de verdad que lo encontremos hoy.

La Otra Mamá dejó caer la cuchara y apartó el cuenco. Django desvió la mirada con rapidez desde ella hacia Papocalipsis. Mirara adonde mirase, sospechaba que en ese momento corría un peligro mortal.

—Vale —repitió.

—Hoy te quedas en casa, Django. He sacado mi teclado del trastero y lo he puesto en tu habitación para que puedas seguir tocando. Mantén los dedos ágiles. Es importante.

«Para ablandarlos para la sopa».

—Vale. Sí. Muy bien, papá. Muchas gracias.

De repente, el hombre clavó la mirada en Django.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

La Otra Mamá se levantó y se acercó a él.

—¿Tienes fiebre? Deja que te toque la frente.

—No, no, no es eso —replicó él con un respingo. Lo último que quería era que aquellas manos frías lo tocaran—. Solo estoy triste. Por Liam. Y por los Días Oscuros.

La mujer se arrodilló delante de él e hizo lo que Django más temía: lo abrazó. Papocalipsis hizo lo mismo desde atrás.

—Lo sabemos, cariño. Es horrible. Aguanta un poco y pronto mejorará. Lo arreglaremos.

«Eso es justo lo que me asusta», fue lo que no dijo en voz alta. Le dieron un beso en la frente, lo soltaron y se marcharon.

Un suspiro tembloroso se le escapó de los labios. Django se quedó mirando la cocina vacía. Seguía así cuando dos manos se le posaron sobre los hombros. Gritó.

—Se han ido —afirmó Kaila—. Hay que largarse de aquí.

Kaila se había echado la mochila al hombro. Estaba demacrada, pero estaba viva y más o menos normal, lo cual ya era mejor que cualquier otra cosa que hubiera visto aquella mañana.

—Kaila…, ¡estás bien!

Pero ¿lo estaba? Aunque pareciera estar bien, eso no significaba que lo estuviera de verdad.

—Ve a por tu bolsa —lo apremió ella—. Esta es nuestra oportunidad.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Date prisa, Django. Te lo contaré en el coche. No hay tiempo que perder.

—Va-vale… —tartamudeó.

Y echó a correr. Subió las escaleras hasta su habitación. ¿En serio que esa sería la última vez que estuviese allí? Se detuvo y miró a su alrededor. La tranquilizadora cortina azul. Su cama, del tamaño perfecto. Las vistas de Bird Street, la calle a la que podías salir por la ventana abierta para adentrarte en tu propia vida secreta. Pero Django ya estaba harto de eso. Ya estaba harto de los monstruos, humanos y no humanos, que se escondían allí durante los Días Oscuros. Durante un segundo, se preguntó si se plantearía cambiar su talento musical por una vida normal y la respuesta fue afirmativa. «Si no te hacen caso —había dicho el señor Hendrickx—, tienes que dejar claro tu mensaje». Si aquel no era el momento, ¿cuál lo sería?

Cogió la mochila y bajó corriendo. Quizá mamá y papá se dieran cuenta algún día de que una vida sin suerte no era tan horrible, si eso significaba que ya no tenían que matar a nadie. Tal vez, si dejaran de ser monstruos, podrían tener una vida normal en otro lugar, como una familia normal.

Su hermana no estaba en la cocina. La puerta del garaje estaba entreabierta.

Django corrió hacia ella y, cuando estaba a punto de anunciar su presencia, la puerta se cerró de golpe desde el garaje y el chico se dio de bruces contra ella.

—No entres —gruñó Kaila en voz baja.

Django tiró del pomo, pero ella le impidió abrir.

—Kaila, estoy aquí, tengo mis cosas…

—¡Vete! —gritó ella.

La cerradura hizo clic.

—Kaila, ¿qué pasa?

Silencio. Sacudió el pomo, pero fue una estupidez, porque desde luego que no iba a abrir la puerta así porque sí. La aporreó una, dos, tres veces.

—¡Eh, déjame entrar!

Nada.

—¡Kaila!

¿Qué había pasado? Su mente evocó todo tipo de posibilidades. Su hermana había cogido el cúter de papá y se había cortado los dedos con la cuchilla afilada. Papocalipsis y la Otra Mamá se habían escondido en el garaje y le habían echado un saco de arpillera sobre la cabeza. El chico ofrecido —Levi, se llamaba— había salido arrastrándose de los espejos apilados y le había succionado los ojos

para permitir que a Kaila se le escapara el alma por las cuencas vacías. Pop, como un corcho al salir de una botella, todo precioso.

El pánico lo asaltó por todos los frentes, como una manada de hienas atacando a un antílope. Era una sensación horrible. Se le erizaron todos los pelos de la nuca. Algo estaba cerca, muy cerca. Volvió la cabeza con brusquedad. La cocina estaba vacía. Aun así, sabía que ya no estaba solo. Ahora también lo olía: la podredumbre del bosque y el inconfundible hedor de un gran depredador.

«¿Con quién tienen un trato?», se oyó preguntar de nuevo.

«Con alguien malo, ¿vale? Una especie de demonio. Creo que se alimenta de la gente que le ofrecen».

«Una especie de demonio».

Mamá y papá tenían un trato con el Diablo.

Y de repente, de la nada, Cerdo Desmechado: «Aquel Que Caza Cosas Muertas le ha echado el ojo a la Hermana-humana».

«Ella es especial a Sus ojos. Está en grave peligro. Todos lo estáis».

Ahora lo entendía. Lo entendía todo.

—¡Kaila! —gritó—. ¡Abre la puerta! ¡No me dejes solo! ¡Abre la puerta!

Se lanzó contra ella, sacudió el pomo, aporreó la madera, perdió el control; las lágrimas le corrían por las mejillas. Kaila estaba dentro y aquella otra cosa estaba dentro con ella. Su hermana corría un grave peligro, todos corrían un grave peligro. ¿Y si le había pasado algo horrible a la última persona del mundo en la que podía confiar? ¿Qué iba a hacer?

No pasó nada.

Y, cuando nada siguió pasando, Django se agotó y se rindió.

Se sentó a la mesa de la cocina. Se acordó del móvil. Ojalá Kaila contestara. No lo hizo. Ojalá Liam contestara. Tampoco lo hizo. Ojalá supiera qué decirle al operador de emergencias. No se le ocurrió nada.

La pantalla del horno marcaba las 8:49 cuando la puerta del garaje se abrió. Su hermana salió con sigilo y cerró la puerta con llave a su espalda. Luego, se la guardó en el bolsillo.

—Kaila…, ¿qué ha pasado?

Entonces se volvió hacia él y a Django se le encogió el corazón. Kaila Zombi. Los Días Oscuros, o el monstruo que habían engendrado, habían llegado hasta ella. Tenía los ojos vidriosos y vacíos. El aspecto de su cara era el mismo que tendría la masa de *brownie* de mamá si la lanzaras contra la pared de la cocina y empezara a deslizarse lentamente. En la mano derecha sostenía el mazo de acero de papá, lo bastante pesado como para convertir piedras grandes en pedacitos de piedra.

—Vete a tu habitación, Django —le dijo con la voz espesa.

—Pero ¿no se suponía que íbamos a huir…?

—Te he dicho que te vayas a tu habitación.

—¿Qué está pasando?

—Los planes han cambiado.

—Pero ¿qué…?

—¡Vete a tu habitación!

Kaila arremetió contra él blandiendo el mazo. Django retrocedió y su gesto hizo que la silla se estrellara contra las baldosas. Salió corriendo al pasillo, giró a toda velocidad en la esquina y subió las escaleras patullando al mismo tiempo que le gritaba:

—¡Eres una puta esquizofrénica, que lo sepas!

Cerró con violencia la puerta de su habitación y miró a su alrededor.

—Hola —murmuró.

Así que, a fin de cuentas, no había sido la última vez.

Vale, no era un día de mierda. Era un día malo de cojones

Django estaba desesperado. Los Días Oscuros eran una línea de vanguardia impenetrable, y él se hallaba impotente ante ellos. No mucho después, oyó los pasos de Kaila en las escaleras, junto con el sordo pero inconfundible pom, pom del mazo al chocar contra los peldaños. Una vez que eso desapareció, solo quedó el crujir de las tuberías y el viento, lo que empeoraba aún más las cosas. Las teclas del teclado lo miraban como dentaduras postizas. No quería tocarlo. Tenía ganas de hacer pis, pero le daba demasiado miedo salir de su habitación. Aguantó todo lo que pudo. Al final, hizo pis en el lavabo.

Cuando llegó el mediodía, Django había reunido el valor necesario para bajar las escaleras. Durante un rato, se quedó plantado ante la puerta delantera, que estaba abierta, con la mochila colgada. Ni un solo pájaro cantaba, ni un solo insecto zumbaba. No podía sacar la bicicleta del garaje, pero podía caminar. Por la carretera forestal hasta Lock Haven. Hacer autostop desde allí. Daba igual adónde. Siempre había algún camionero amable que te llevaba.

Pero tenía miedo.

Estaba ese tramo de más de un kilómetro y medio a lo largo de la valla. Ahí era donde se habían llevado a Liam, seguramente.

Django levantó la vista y entornó los ojos para protegerse de la luz tenue. Lo que necesitaba era un globo aerostático. Así podría

cruzar el bosque volando hasta cualquier otro sitio. Pero no tenía un globo aerostático.

Volvió a subir las escaleras con paso pesado. Poco después, mamá y papá llegaron a casa. Ella se echó en la cama, él se marchó de nuevo. Luego se fue mamá. Ninguno de los dos se acercó a ver cómo estaba. Era como si no existiera. Tal vez fueran más felices sin él. A lo mejor por eso querían ofrecerlo.

De vuelta a Kaila, entonces.

Ya desde el pie de la escalera, vio que su hermana había tapado la parte superior con el gran tablero de contrachapado que usaba cuando quería intimidad. Subió de todos modos. Con los labios justo debajo del tablón, la llamó en voz baja. No obtuvo respuesta. Quizá estuviera dormida. Django apoyó los dedos estirados en el contrachapado y empujó, pero no cedió. Otra vez.

Kaila había puesto algo pesado encima. El escritorio. O el gran sillón de terciopelo rojo.

¿A quién intentaba mantener fuera del desván? ¿A él? ¿A mamá y papá? ¿A todos?

Llamó con los nudillos. El ruido sonó amortiguado.

—Kaila, soy yo. Siento haberte llamado esquizofrénica. No lo eres.

«Sé que el monstruo está ahí dentro contigo —era lo que quería decir—. Tal vez podamos luchar juntos contra él». Pero no lo hizo. En realidad, dijo:

—Quiero hablar contigo. —Y, tras una breve vacilación—: Tengo miedo.

A lo mejor el monstruo no quería que Kaila volviera a ver a nadie jamás y por eso había clavado la tapa. Sirviéndose del mazo. Pero

Django descartó esa posibilidad, porque sería imposible que no hubiera oído los golpes.

«Puede que no sea el escritorio ni el sillón lo que lo lastra. Puede que el monstruo se haya sentado encima. Quizá esté a solo un susurro de mí, justo al otro lado de la madera de contrachapado. Tal vez me huela, porque estoy muy cerca…».

Con la respiración contenida, el rostro tenso y las piernas como la gelatina, bajó las escaleras lo más deprisa que pudo. Volvió a su habitación. Se tumbó en la cama. Esperó a que se le pasaran los escalofríos.

No se le pasaron.

Se sentía fatal. Echaba de menos a sus verdaderos padres. Echaba de menos a Kaila. Echaba de menos la primavera, el verano, el otoño y el invierno; echaba de menos los días luminosos e, incluso, los días oscuros, siempre y cuando no fueran los Días Oscuros. Ansiaba todas esas cosas. Con una certeza cada vez mayor, sabía que eran cosas del pasado.

Al final, se quedó traspuesto. Cuando se despertó, estaba oscureciendo. Su móvil decía que eran las 17:39.

Tenía un mensaje de Kaila. Decía: «Pase lo que pase esta noche, estás a salvo. Prometido». Y un emoji de zombi.

La Kaila Zombi no tenía sentido del humor. Aquella era la Kaila de verdad.

Pero eso no le tranquilizó. Más bien todo lo contrario.

¿Qué iba a pasar esa noche? ¿Y a qué estaba esperando todo el mundo?

«A las diez en punto», pensó.

Papocalipsis entró para decirle a Django que tenía que ir con ellos a casa de los McKinley.

—Se suponía que íbamos a celebrar nuestra cena anual. Pero ahora tenemos que hablar de la desaparición de Liam. Tú puedes jugar arriba con Ethan y las niñas.

Eso hizo que le saltaran todas las alarmas.

—Pero si yo siempre me voy a casa de Noah —se quejó mientras lo seguía hasta la cocina.

La Otra Mamá y Kaila ya estaban allí.

—No después de lo que ha pasado, Django —dijo la Otra Mamá —. No podemos cargar a los Stone con esa responsabilidad. ¡Y si te pasara algo malo!

Dijo que no quería ir y que ya tenía edad suficiente para quedarse solo en casa, pero a Papocalipsis se le pusieron los ojos negros.

—Deja de tocar las narices. Ninguno de los demás va a dejar a sus hijos solos en casa ahora mismo. No serás tan idiota como para no entenderlo, ¿verdad?

—Y será divertido —dijo la Otra Mamá sonriendo con dulzura, lo que le resultó aún más inquietante que la ira de papá—. Será una fiesta de pijamas. Estaréis en una habitación especial con una pantalla gigante para ver Netflix y mucha comida insana.

«Una orgía de sangre —pensó Django—. Quieren engordarnos. Y luego: *Hail, Satanás!*».

—Pero, mamá, venga, Aurora es tonta y…

—Django, cierra el pico y haz lo que te manden mamá y papá —le espetó Kaila.

Ella se había mantenido al margen, pero ahora le estaba enviando señales con los ojos. Era obvio que a su hermana le pasaba algo

raro, más de lo habitual. Pero no era la Kaila Zombi. Eso era otra cosa. No tenía más remedio que confiar en ella.

Sin embargo, mientras todos se dirigían hacia casa de los McKinley, se sintió como un cordero llevado al matadero. La casa los esperaba al final del camino de entrada, lúgubre, cubierta de vegetación, como algo que llevara una vida secreta propia. Desprendía un olor a podredumbre que ni siquiera el viento brusco y gélido era capaz de disipar. Tal vez fueran los hongos, porque Django veía hongos por todas partes: creciendo entre las hojas húmedas del canalón, en los escalones del porche y bajo los aleros.

Llegaron al mismo tiempo que los Wachowski y se apiñaron hasta formar una multitud sombría y desmoronada, con los labios azulados y fruncidos y la piel pálida. Harper lo saludó con la mano, pero no dijo nada.

El vestíbulo parecía el salón de baile de un siniestro cuento de hadas.

—Pasad —dijo Gray Júnior en voz baja—. Los demás ya están aquí.

El anciano señor McKinley salió de debajo de unos enormes cuernos de caribú y dio una palmada.

—Niños, es un placer daros la bienvenida a mi casa. Aunque todos desearíamos que las circunstancias fueran distintas. Kaila…, me alegro de verte.

«No me extraña que le dé un tratamiento especial a mi hermana —pensó Django—. Se supone que yo no sé en qué andan metidos, pero lo sé».

Kaila asintió y desvió la mirada.

—Gray os acompañará arriba, niños. Que paséis una buena noche.

—Vamos —dijo mamá—. Intenta pasártelo bien. Dentro de un rato, iremos a ver cómo estás. Y come un montón, ¿vale?

Django le soltó la mano y siguió a Gray, Ethan y Harper por una amplia escalera de mármol. Esta conducía a un pasillo largo con puertas por todas partes. Una de ellas, daba a una biblioteca que olía a alfombra mágica y estaba atestada de libros. Había una gran chimenea de piedra, con un cuadro de un hombre que guardaba un extraño parecido con el viejo señor McKinley sobre la repisa y el hogar vacío.

Laura estaba dándole de comer arroz con salsa de tomate al pequeño Ricky.

—Ah, gracias por venir, Ethan. Ya verás como mi pequeño Plucky es todo un angelito. Lo pondré en su cuna de viaje y se dormirá enseguida. No te dará ningún problema.

Ethan miró al bebé como si estuviera estudiando un experimento científico fallido.

—Me han dicho que habría un monitor, ¿no?

—Sí —dijo Gray, y señaló la repisa de la chimenea—. Apagaremos el sonido para que podáis ver una película, pero lo conectaremos cada cinco minutos. Si pasa algo, solo tenéis que hacernos una señal. Estaremos viendo todo lo que ocurra aquí dentro.

Lo cual sonó más a amenaza que a cualquier otra cosa.

Aurora había extendido sus Barbies por la alfombra y Harper se acuclilló a su lado. En efecto, había una pantalla de *home cinema*, además de un portátil con un proyector y una PlayStation. Los pufs fluorescentes esparcidos aquí y allá contrastaban penosamente con

la decoración original. Lo mismo ocurría con las colchonetas hinchables del suelo. El antiguo escritorio ejecutivo con tapa de cuero estaba repleto de latas de Gatorade, Mountain Dew y Cherry Coke. Tazas, platos, cubiertos… Todo el percal. Y de comida para llevar de Sam's Noodle Town. A Django se le hizo la boca agua, a pesar de todo. No había comido nada desde el medio bizcocho del desayuno.

Marc Wachowski entró sin previo aviso y dijo:

—Los móviles, por favor.

—Uf, papá, ¿en serio? —suspiró Ethan—. Me dejáis aquí tirado con estos críos…

—Ethan, no te atrevas a llevarme la contraria precisamente ahora. —A Marc le temblaban los labios. De hecho, le temblaba toda la cara —. Ya lo hemos hablado. Dámelo ya.

Refunfuñando, Ethan cedió y le entregó el teléfono.

—Django, el tuyo también. Se lo daré a tus padres.

—Pero ¿por qué? —preguntó.

—Reflejos. No es seguro. Estáis solos aquí.

Al chico no le pareció que le estuviera diciendo la verdad, porque tenía el protector de pantalla antirreflejos y, además, los cubiertos eran de plata y los candelabros tenían cilindros de cristal. Pero se dio cuenta de que no era el momento de plantarle cara a Marc. Fuera lo que fuese lo que estaban tramando los adultos, el padre de Liam formaba parte de ello. A regañadientes, le dio su móvil.

Laura, que ya había terminado con el pequeño Ricky, lo dejó tan tranquilo en su cuna de viaje.

—Que paséis una noche estupenda, queridos —dijo—. ¡Y no olvidéis divertiros mucho!

Uno a uno, los adultos fueron saliendo de la biblioteca. Gray fue el último y cerró la puerta a su espalda. En cuanto oyeron el cloc del pestillo, Ethan abrió los ojos como platos.

—Eh… ¡Eh! —Saltó hacia la puerta y sacudió el pomo—. ¿Por qué nos habéis encerrado?

No hubo respuesta. Dieron un pequeño respingo cuando el reloj de pie de la esquina emitió un sonoro «dong…, dong…». Todos se volvieron a mirar hacia atrás, excepto Ethan.

—¡Y qué pasa si a uno de estos mocosos le entran ganas de ir al baño!

Nada.

—El monitor del bebé —dijo Django.

Ethan lo miró.

—Menuda puta mierda.

Django contó siete toques. Eso significaba que les quedaban tres horas. Tres horas hasta las diez en punto.

Mientras le pasaba el muñeco Ken a Harper, Aurora dijo:

—Tu hermano se ha escapado. —Luego, se volvió hacia los chicos —. ¿Quién va a prepararme el plato?

Fue Ethan quien lo hizo. Comieron y la señora Aikman se asomó por la puerta fingiendo una sonrisa, pero examinándolos con unos ojos fríos y acerados. Le dijeron que todo iba bien y la mujer se marchó. Entonces, Laura se pasó a ver cómo estaba Ricky; lo cogió en brazos y lo paseó de un lado a otro por la biblioteca haciendo un baile extraño y tarareando una especie de nana adulterada. No era que desafinara, sino que siguió todo tipo de intervalos antinaturales hasta que el bebé se durmió. Ambas echaron el pestillo al salir.

Las niñas abrieron Netflix Kids y Django supo que no había tiempo que perder. Agarró a Ethan por la manga y tiró de él para alejarlo del monitor del bebé. Lo llevó hasta el reloj antiguo de la esquina opuesta.

—Oye, tío, ¿de qué vas?

—Finge que estás mirando los libros —dijo en un susurro al mismo tiempo que sacaba un voluminoso y polvoriento libro de tapa dura de la estantería.

—¿Qué pasa, que nos están vigilando los chinos? Tengo TikTok, así que no guardo secretos.

—Aquí no estamos a salvo.

—¿Qué quieres decir con que no estamos a salvo?

—Va a pasar algo. Algo malo. Esta noche, a las diez en punto. Y creo que tiene que ver con la desaparición de Liam.

—Tío, ¿de qué estás hablando?

—¡Tío, saca un libro de la estantería!

El problema de Ethan era que era el hermano mayor de Liam, mientras que Django era el hermano pequeño de Kaila, y eso era más o menos todo lo que sabían el uno del otro. Los vínculos entre conspiradores se forjaban sobre la base de la confianza, y eso que requería de un tiempo del que no disponían. Por no hablar del factor de que el chico, debido a su edad, lo consideraría un simple gusano, lo cual lo complicaba todo aún más. Pero Ethan también era su última esperanza, así que tendría que apañárselas.

Este cogió un libro de la estantería.

—*Sketches of the Character, Manners, and Present State of the Highlanders of Scotland* —leyó en voz alta—, del coronel David Stewart, 1822. ¡Genial!

—¡Concéntrate! Tus padres y los míos. Todos los vecinos. Se llevan a gente al bosque durante los Días Oscuros.

El otro levantó la vista hacia él al instante.

—¿Lo sabes?

—¿Lo sabes tú? —repitió Django, igual de sorprendido.

—Papá y la bruja malvada de la casa de enfrente me lo contaron ayer.

—¿La señora Aikman?

—Brrr, sí, ella. Se suponía que no debía saberlo aún, pero Liam no les dio otra opción. Porque no pueden llamar a la policía. ¿No es una puta locura? Intentan hacer algo bueno, y ahora va Liam y paga las consecuencias.

—¿Qué te han contado?

—Que ayudan a gente que no quiere seguir viviendo. Eutanasia, ya sabes, algo legal en los países civilizados.

—No, qué va —dijo Django—. Te han mentido. No los están ayudando. Los están ofreciendo…

—Ofreciendo… Tío, ¿qué dices?

—Piénsalo. —A Ethan no debería resultarle difícil. Su coeficiente intelectual era de 163, según le había dicho Liam una vez en tono engreído, y ya había conseguido una beca para estudiar Física Aplicada, Informática e Ingeniería en Harvard—. El béisbol de Liam. Sus construcciones. Los saltos de trampolín de Kaila. Mi piano. Los libros de tu madre. Sabes que no es normal, ¿verdad? —Django le escudriñó—. Eres un genio por algo.

El chico cerró la boca de golpe. Y la mantuvo cerrada. Frunció el ceño como una persona que está resolviendo un problema matemático muy difícil. Al final, dijo:

—Vale, sé que lo que vivimos aquí es una locura de la hostia, pero…

—Los Días Oscuros. Los espejos. Que todo se solucione de repente en diciembre. Nunca pensaba en ello, pero así es como te atrapan. Porque, cuando vives aquí, parece normal. Pero no lo es. Ni de lejos.

Fue como si a Ethan se le aflojaran las manos, y el libro se le cayó.

—¿Quién te lo ha contado?

—Kaila. Esta calle es una especie de secta. Tienen muchísima suerte, pero, a cambio, tienen que sacrificar a gente. A la gente a la que se llevan al bosque. Los matan y los convierten en Jibblymowers.

—Django…, ¡los Jibblymowers son un cuento de hadas!

—¡Esto es un cuento de hadas! Uno de los chungos. Liam y yo los vimos en el bosque en agosto. Y ayer uno de ellos apareció en nuestro desván.

—¡Eh, frena un poco! —Ethan se pasó los dedos por el pelo—. ¿Dices que todo esto te lo ha contado Kaila?

—Tiene dieciséis años —asintió—. Cuando cumples dieciséis, tienes que unirte a ellos.

—Yo tengo quince…

—Y por eso tenemos que largarnos de aquí. Tendríamos que haberlo hecho ayer.

—¿Qué pasó ayer?

Django se lo contó. Y también lo que había pasado en agosto. Y el comportamiento tan extraño que todo el mundo había tenido durante el día, y lo de «Aquel que Caza Cosas Muertas», que aquel

mismo día había estado con Kaila en el garaje. Cuando terminó, Ethan volvió a embutir el libro en la estantería y miró el reloj. Eran las ocho menos cuarto.

—¿Y qué pasa esta noche a las diez?

—No lo sé. Algo muy malo. ¿Quieres saber lo que pienso?

—La verdad es que no.

Django lo miró.

—Tío.

—Dímelo.

—Creo que van a matarnos. A todos.

—¡No seas idiota!

—Liam ha desaparecido y no quieren involucrar a la policía. Quizá querían ver si podían irse de rositas. Y hay otra cosa. ¿Tus padres se han comportado en plan normal durante estos últimos días?

—No, pero Liam ha desaparecido… —De repente, a Ethan se le despejó el rostro cuando al fin lo comprendió—. Y anoche mi madre celebró una sesión de espiritismo en el salón para invocar al Diablo.

—¡Ves! A eso me refiero. Kaila me ha dicho que, pase lo que pase esta noche, yo estaré a salvo. Pero no tengo claro que fuera del todo ella misma cuando me lo dijo. No sé si ella también está bajo la influencia de esa cosa. Pero, cuando ese reloj marque las diez, preferiría no estar aquí para averiguarlo.

Ethan asintió.

—Vale. No sé hasta qué punto me creo todo esto. No me creo ni la mitad, diría yo. Pero ya estoy harto de esta mierda. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia la repisa de la chimenea, donde le dio la vuelta al monitor para bebés.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Django.

—Escapar.

Ethan sacudió la puerta. Acercó una silla a ella y palpó el marco en busca de una llave inexistente. Se sacó una tarjeta de la cartera y la pasó por la rendija. Se le resbaló. Soltó un taco. Y, mientras tanto, Django no paraba de cambiar el peso de una pierna a otra.

—Date prisa —siseó—. A lo mejor viene alguien a ver cómo estamos.

—¡Lo estoy intentando!

—¡Solo te lo recordaba!

—Esto no va a funcionar. —Miró a su alrededor y se fijó en que las niñas estaban viendo *Jugando con fuego*. Se acercó a su hermana—. Harper. Dame una horquilla.

—Ni de broma, es mía.

—Diez dólares.

—Veinte, en efectivo. Mañana.

—Trato hecho.

Django miró con incredulidad primero a la hermana y luego al hermano, pero Harper ya se había quitado una horquilla del pelo y se la había dado a Ethan. Este la dobló y la introdujo en la cerradura. Al cabo de un rato, Django le preguntó si había hecho algo así antes.

—¿A ti qué te parece?

—¿Puedo intentarlo?

—Adelante, maestro.

El muchacho lo intentó, pero no tenía ni idea lo que estaba haciendo. Tendría que haberlo practicado, por supuesto. Siempre hay que estar preparado para las emergencias, decían.

Ambos se sobresaltaron al oír la voz de Harper.

—¿Qué estáis haciendo?

—Pesca de altura —contestó Ethan.

La niña estaba justo detrás de ellos.

—Tengo que ir al baño.

—Yo también —dijo Aurora, que se levantó y se frotó la entrepierna sin ningún pudor.

—Que alguien me pegue un tiro —dijo Ethan—. Aguantaos, ¿vale? Llamaré a alguien. —Se acercó a la repisa de la chimenea, levantó el monitor y empezó a hacer señas—. ¡Eh! ¡Pausa para hacer pis!

Django lo sacó del encuadre y le susurró:

—Espera…, ¿quién crees que va a venir?

—Laura. O puede que la Aikman.

—Podríamos tenderles una emboscada. Esperar detrás de la puerta con un atizador o un libro gordo.

Ethan le lanzó una mirada que podía significar cualquier cosa. Luego, regresó al monitor.

—¡Oye, aquí hay unos cuantos que tenemos que ir al baño!

—Ethan…

—Cállate —siseó, y se agachó para no salir en la cámara—. No vamos a pegar a una mujer. Los dos fingiremos que también vamos al baño. Cuando lleguemos a las escaleras, corre.

—Y luego ¿qué?

—Sal por la puerta.

—¿Y los demás qué? ¿Qué pasa con Kaila y el pequeño Ricky?

—Llamaremos a la policía. A la mierda lo que sea que estén tramando. Quiero encontrar a Liam. —Se giró hacia el monitor—. ¡Hola!

—Tengo muchas ganas de hacer pis —se quejó Aurora.

—Eso se lo cuentas a tu Madre del Año cuando venga —masculló Ethan—. ¡Eh, capullos! ¡Vuestros hijos necesitan ayuda!

Pero, por más empeño que pusiera en intentarlo y por más tiempo que dedicara a hacerlo, no apareció nadie. Ni siquiera cuando el reloj dio las ocho. Aurora y Harper ya no aguantaban más, así que Django les propuso que hicieran pis en un vaso. Se armó un buen lío, porque Harper se negaba. Pero Django le dijo que sería divertido, como una aventura, y al final la naturaleza se impuso. Ethan y Django tuvieron que marcharse al otro extremo de la habitación y ponerse de espaldas. Cuando oyeron que el chorro de pis de las niñas llenaba los vasos, el mayo de los chicos se estremeció y puso cara de asco mientras gritaba:

—¡Puaj, qué asco!

A las ocho y cuarto, Aurora empezó a llorar porque quería a su mamá. El llanto no tardó en convertirse en un chillido que asustó muchísimo a Harper. Ethan aporreó la puerta y gritó pidiendo ayuda. Django agitó los brazos frente al monitor, pero no acudió nadie. Y el único pensamiento que le rondaba la cabeza una y otra vez: ¿cuán desesperada era la situación llegados a ese punto? La mirada penetrante de Ethan, la forma en que la boca se le crispaba y deformaba… No le gustaba ni un pelo. No era propio de una persona que solo se creía a medias lo que estaba pasando. Lo que significaba que las esperanzas del propio Django empezaban a desmoronarse.

A las ocho y media, Aurora se había quedado sin fuerzas y estaba acurrucada bajo una manta en uno de los colchones hinchables, con un rubor enfermizo en las mejillas. El pequeño Ricky no se había despertado en ningún momento.

—Es una casa vieja —dijo Harper—. Las casas viejas siempre tienen pasadizos secretos. Seguro que una de las estanterías se da la vuelta y abre un túnel secreto.

Ethan y Django intercambiaron una mirada.

—A lo mejor hay un panel…

—O un libro que en realidad sea una palanca…

Se pusieron manos a la obra. Sacaron libro tras libro de las estanterías y los apilaron en el suelo. Harper les echó una mano con los estantes inferiores. Era un trabajo de la leche, porque el señor McKinley tenía una cantidad ingente de libros. Las manecillas del reloj de pie avanzaban despacio hacia las nueve. Luego, pasaron de esa hora. Y siguieron hacia las nueve y media. Django aceleró el ritmo, con la lengua entre los dientes. Las estanterías se vaciaban. Las pilas se hacían más altas.

No había palanca. Ni pasadizo secreto.

Al final, tras sacar el último libro de los estantes y presionar el panel trasero de todas las estanterías, Ethan se dejó caer, derrotado.

—El señor McKinley nos va a matar.

—Cien por cien —susurró Django.

—¡Eh! —le gritó Ethan a la cámara—. ¡Te hemos jodido la biblioteca, cabronazo! ¡Ven a por nosotros!

Pero no fue nadie. ¿Por qué no iba nadie? ¿Dónde se habían metido? ¿Y por qué la casa estaba tan silenciosa?

—Chicos —la voz de Harper se alzó desde detrás de una muralla de libros—. Os dije que habría un túnel secreto, ¿no?

Abriéndose paso entre un laberinto de volúmenes polvorientos, se acercaron a ella. Estaba sentada en el saliente de piedra que remataba la chimenea. Era ancho. A la izquierda estaba la abertura

cuadrada para el fuego, cubierta de cenizas. A la derecha, separado por una pared de piedra caliza, había un espacio similar lleno de troncos de abedul partidos. En la pared de al lado había una rueda de hierro.

—Gírala —ordenó Harper.

Ethan obedeció. Se oyó un profundo traqueteo de cadenas. Un chirrido de poleas. Los troncos se hundieron un poco. Ethan y Django se miraron. A toda prisa, agarraron la leña y la arrojaron al hogar hasta dejar al descubierto una plataforma suspendida por cadenas de hierro.

—Es un montaplatos —murmuró Ethan.

—Guau… ¿Adónde lleva?

A un pozo profundo.

—Debe de ser algún tipo de sótano. Donde almacenan la leña.

—¿Crees que…?

—No soportaría tu peso. Ni el de Harper.

Se volvieron al mismo tiempo.

—Aurora…

—¡No quiero!

—¡Tienes que hacerlo! ¡Eres nuestra última esperanza!

Aurora estaba sentada en la plataforma, encorvada, con las rodillas recogidas contra el pecho y los brazos envueltos alrededor de ellas. Apenas cabía. Les había costado mucho incrustarla allí; tenía la cara y el jersey llenos de manchas negras.

—Pero ¡me da miedo!

—No pasa nada —le dijo Django—. Solo tenemos que bajarte un poco.

—¿Y si hay arañas?

—A las arañas no les gustan los espacios pequeños y oscuros. Les gustan los espacios abiertos y aireados, como los techos.

Estaba bastante seguro de que era al revés, pero también había arañas en el techo, así que a lo mejor colaba.

—Oye, cuando llegues al sótano, sal sin hacer ruido y corre —le dijo Ethan—. Busca las escaleras y sube. Pero sin que nadie te vea, ¿entiendes? Te lo digo en serio, ni siquiera tu mamá y tu papá. Vuelve aquí arriba. Estoy casi seguro de que han dejado la llave en la cerradura, así que podrás dejarnos salir, *capice*?

Unos ojos grandes y asustados los contemplaban desde la oscuridad. En cuanto Ethan empezó a bajarla, Aurora chilló y se agarró a las cadenas de hierro. Las manitas pálidas se le llenaron de hollín. Poco a poco, se hundió.

—¡Esto está muy oscuro! —gritó, y luego—: ¡No, no, no, no quiero, me da miedo!, ¡dejadme salir, sacadme de aquí!

Con lágrimas en los ojos, Harper observó a Aurora mientras desaparecía. Fue entonces cuando Django también empezó a dejarse llevar por el pánico. Lo tenía claro: la niña se caería y se rompería el cuello. Se quedaría atascada a mitad de camino, moriría y se convertiría en un fantasma que dejaría huellas cenicientas en los espejos durante las noches frías, cuando se encendiese el fuego. Quería gritarle a Ethan que se detuviera, que girase la rueda en la otra dirección, pero no emitió ningún sonido, así que el chico continuó, y Aurora siguió gritando, y tic-tac, tic-tac, el reloj no dejaba de marcar las horas, de acercarse a las diez…

Con un crac, pam, pum, el montaplatos se quedó parado.

Los llantos y los gritos cesaron.

Silencio sepulcral.

—¡Aurora! —gritó Ethan—. ¿Estás ahí?

No les llegó ninguna respuesta desde el hueco.

—¡Aurora!

—¿Por qué no responde…? Ethan, ¿por qué no responde?

Este último, con los ojos rebosantes del mismo miedo desgarrador que Django sentía corriéndole por las venas, empezó a girar la rueda en la dirección opuesta. Hasta el último impulso, no vieron reaparecer la plataforma. Pero no había ni rastro de Aurora.

—¿Crees que ha…?

—Debe de haber…

—Es imposible que haya…

Los tres volvieron a abrirse paso entre los montones de libros para congregarse ante la puerta, atentos a cualquier ruido proveniente de la casa. No oyeron nada. Y cuando, tras lo que debieron de ser al menos diez minutos, seguían sin saber nada de Aurora, comprendieron que no iba a suceder.

—Laura y Gray van a matarnos—dijo Ethan en voz baja.

Django asintió. Tenía algo en el estómago que quería salir, pero no subía. Las lágrimas tampoco le brotaban. Solo era capaz de mirar la puerta cerrada.

—Django —susurró Ethan.

Señaló con la cabeza el reloj de pie que había en la esquina.

Faltaba un minuto para las diez.

Ya era demasiado tarde.

Django pensó: «Estos son los Días Oscuros. Esta es la Era de la Podredumbre. Soy Django "Lee" Lewis da Silva, y vivo en Bird

Street, Lock Haven, Washington, Estados Unidos de América. Este es quien soy».

Con la mano derecha, se agarró a la de Ethan. Con la izquierda, a la de Harper.

El reloj dio las diez.

Tras el tercer toque, se oyó un golpe estruendoso en la puerta del vestíbulo de la planta baja.

Otra vez.

Django permaneció en silencio, pero tenía la sensación de que no había nada en este mundo que pudiera hacerle soltar la mano de sus amigos.

Abajo, oyeron unos pasos lentos.

Entonces comenzaron los gritos.

RALPH

La reunión. «Te estás olvidando de una cosa». La llegada del Contable.

2 DE NOVIEMBRE

Por primera vez desde hacía generaciones, los vecinos no se reunieron en la sala de trofeos, sino en el salón del ala norte. Y, por primera vez, el festín acostumbrado no consistió en la tradicional *carte du jour* de cinco platos servidos en vajilla de porcelana fina, sino en una selección de platos de Sam's Noodle Town en envases de plástico para llevar.

Optaron por el salón a causa de Maurice, que había regresado de Snoqualmie Valley a última hora de la tarde. Los médicos habían querido dejarlo ingresado en observación toda la noche —Ralph compadecía a la pobre alma que hubiera tenido que transmitirle ese mensaje—. Fieles a su carácter, Maurice y su hermano habían montado un buen pollo y, al final, el hospital había tenido que darle el alta. Tenía la mano derecha enterrada en vendajes, pero, a juzgar por su aspecto, resultaba obvio que no era la mano derecha entera. Llevaba la pierna izquierda inmovilizada con una férula de compresión, y Gray y unas muletas lo habían ayudado a entrar. Ahora estaba desplomado en un sillón reclinable, con un mechón de pelo sudado que le sobresalía del vendaje de gasa como una palmera en miniatura y una mirada asesina en los ojos vidriosos. En la mayoría de la gente, la morfina actuaba como sedante. En

Maurice McKinley, observó Ralph, solo lo hacía más Maurice. Aunque peor.

En general, el salón no se diferenciaba mucho de la sala de trofeos. Estaban sentados en sofás de ante en torno a una mesita de centro. Luana se acomodó a su lado, a la izquierda, lo cual fue todo un detalle por su parte, aunque no dejaba de juguetear con el bolso y eso no tardó en sacarlo de sus casillas. En el sofá había espacio para Kaila, a su derecha, pero su hija eligió el sillón reclinable que había en el extremo más alejado, y Elizabeth y Harry acercaron un par de sillas que interpusieron entre ellos. Fue Juliette quien, tras el saludo silencioso de rigor, se sentó a su lado. Gray Júnior y Laura y Joyce y Marc ocuparon sendos sofás de dos plazas al otro lado de la sala, enmarcando el exuberante fuego de la chimenea. Por último, el viejo Graham se hundió haciendo una mueca en su Chesterfield, a la cabecera de la consola, delante de la puerta de doble hoja.

La pieza más destacada de la repisa de la chimenea, entre un surtido de cuernos, no era la cabeza de un jabalí, sino la de un lobo gris sonriente.

Ralph estaba agotado física y mentalmente. Tras abandonar la búsqueda en el bosque, se había duchado y se había dejado caer en la cama, pero no había conseguido que su siesta reparadora durase más de veinte minutos: demasiado breve para tener algún efecto real. Y necesitaba estar en plena forma, porque esa noche volvería a ser el referente ético de sus vecinos. A duras penas era capaz de soportar la hipocresía. Pero era su deber, y no era el mejor momento para escaquearse. Si superaban aquella noche, tendrían una oportunidad. Estaba convencido de ello. Por supuesto, todavía les quedaba el resto de noviembre y, pese a los primeros y vacilantes

pasos de Luana hacia la reconciliación, seguía temiendo por su matrimonio a largo plazo… Aun así, esa noche sería la prueba de fuego.

El Contable. ¿Cómo demonios no se le había ocurrido pensar en el Contable?

Lo cierto era que no sabía qué iba a decir. Si es que iba a decir algo. Pero, a medida que se acercaba la hora del encuentro, el miedo a que la verdad saliera a la luz empezó a oprimirle tanto el pecho que casi no podía respirar.

No solía creer mucho en las supersticiones, pero, desde el accidente, no había sido capaz de mirar la foto de Samuel y Amelia Lewis que tenían en el aparador. El juez Lewis había sido un hombre íntegro, y Ralph sentía algo más profundo que la vergüenza, pues sabía que sus acciones le habrían partido el corazón a su padre.

Pero esa noche, mientras se dirigían a casa de los McKinley, había oído de improviso la voz de su padre, muy cercana y sorprendentemente sensata: «¿Tan horrible te parecería, Ralph, que la verdad saliera a la luz? ¿Tan horrible te parecería limpiar tu conciencia?».

Se había detenido para mirar a su alrededor. Las hojas se arremolinaban en las alcantarillas. Desde el otro lado de la calle, los Wachowski restantes caminaban hacia ellos sin prisa, o tambaleándose, en el caso de Joyce, apoyada en su marido. La mujer se apretaba el bolso contra el pecho de la misma forma en que una persona que se ahoga se aferraría a un salvavidas. Cuando su mirada se cruzó durante un segundo con la de Marc, Ralph se quedó petrificado. No solo no vio ningún tipo de reconocimiento en

los ojos de su vecino, sino que le pareció que Wachowski era un hombre para el que los últimos días ni siquiera habían existido.

«Díselo, hijo. Dales la posibilidad de pasar página».

Pero tenía que pensar en Kaila y Django. Estaba metido hasta el cuello.

«Dame esta noche —había pensado—. Te juro por Dios que quiero hacer lo correcto. Pero, por favor, dame esta noche».

No había recibido respuesta.

—Bien —dijo Graham McKinley una vez que todo el mundo hubo terminado de comer. Nadie se había terminado el plato, pero las copas estaban vacías, eso sí—. Esto no está saliendo como esperábamos. Que quede claro: lo detesto.

—Todos nos sentimos fatal, Graham —señaló Elizabeth.

El patriarca no le hizo caso. Le temblaba el labio inferior mientras contemplaba los contenedores de comida para llevar medio vacíos que descansaban sobre la mesita de centro.

—Las tradiciones y los rituales recurrentes son los cimientos de quienes somos. Nos conectan los unos a los otros y con nuestro pasado, y evitan que caigamos en la indiferencia. Son de suma importancia, teniendo en cuenta la pesada tarea que desempeñamos. Pero, ay. Las circunstancias son las que son. —Murmullos de asentimiento—. ¡Y por eso os suplico a todos, por nuestro bien y por el bien de nuestra supervivencia…, que no… os rindáis… esta noche!

—Por Dios, papá, no seas tan dramático —bramó Maurice con voz ronca.

Los ojos de su padre, en lugar de llamear ante tal comentario, como habrían hecho en circunstancias normales, parpadearon y miraron hacia otro lado. Nadie habló y, por unos segundos, lo único que oyeron fueron los sollozos silenciosos de Joyce; había empezado a llorar durante la cena y no había podido parar.

«En comparación con el año pasado —pensó Ralph—, cuando aún tenía a Dorothy a su lado, ha envejecido de forma considerable. He aquí a un hombre que entra en la etapa final de su vida y se da cuenta de que ha fracasado».

Creía entender de dónde procedía el temor de Graham. Ya no había cohesión. El grupo se estaba descomponiendo —no en parejas, sino en individuos que habitaban cada uno en su propia oscuridad—, y McKinley, que había visto muchas cosas en la vida, lo sabía. La desintegración había comenzado el año anterior, y tal vez el patriarca hubiese albergado la esperanza de que el paso del tiempo los fusionara, pero había ocurrido justo lo contrario. Ralph había visto muchas cosas aterradoras a lo largo de los últimos días, pero el hecho de que McKinley apartara la mirada se llevaba la palma, porque significaba una rendición fatalista: nada de aquello importaba ya.

—Entonces, ideemos un plan —dijo Elizabeth, lo que llevó a Ralph a pensar: «Ella, precisamente ella, sigue intentando remendar el calcetín de la civilización. Menuda ironía, ¿no?»—. Todos queremos encontrar a Liam. Y todos estamos de acuerdo con que nunca ha sido tan importante que el regalo de invierno que le hacemos al Contable salga bien mañana mismo.

—¿Cómo que «regalo de invierno»? —resopló Maurice—. ¡No me hagas reír!

—Maurice, ¿por qué no te callas la puta boca? —dijo Gray.

—¿Qué? No me jodas, la mujer no debería hablar con eufem… fenem… eufeminismos cuando se trata de un sacrificio.

—Vuelve a llamar así a mi esposa y necesitarás más vendajes —advirtió Harry en voz baja.

—¿Cómo? ¿Mujer?

—Ya me has oído.

Juliette levantó las manos en un débil intento por calmar los ánimos.

—Elizabeth tiene razón. Tenemos que ponerle freno a esto antes de que empeore.

—¿Cómo va a empeorar esto? —soltó Joyce—. ¿Cómo? ¡Mi pequeño ha desaparecido y no hemos encontrado una puta mierda!

Elizabeth asintió.

—Lo sé, cariño. Deja que le proponga al grupo lo que Marc y tú me habéis pedido antes. —Se volvió hacia los demás—. ¿Qué creemos que sabe el Contable? ¿Creemos que tiene información sobre Liam?

Marc dejó el vaso sobre la mesa con brusquedad y derramó parte de su Jack Daniel’s.

—Si Liam se adentró en el bosque, él lo sabe. Esos son sus cotos de caza.

Ralph notó que Luana se tensaba a su lado. Quiso apretarle la mano. No pudo.

—En cualquier caso, algo tiene que saber —intervino Laura—. Sabe todo lo que tiene que ver con nosotros. Conoce nuestros deseos. Nuestras aspiraciones. Nuestros pensamientos más íntimos. Por supuesto que sabrá algo.

Eso estaba claro. La pregunta del millón era: ¿iba a interferir? A Ralph le vino a la mente la historia que Graham le había contado a Kaila, la de cuando su abuelo James había intentado burlar al Diablo matando una vaca en el bosque. El sacrificio no había contado, pero James McKinley no se había dado cuenta hasta que su amada Catherine murió por complicaciones durante el parto. El Contable no había intervenido. ¿Era porque ansiaba el sufrimiento humano de la misma manera que ansiaba un alma nueva y fresca cada noviembre?

No era más que una suposición. Pero era la última esperanza de Ralph.

—Bien —dijo Elizabeth—. Creo que todos estamos de acuerdo en eso. Pero Joyce y Marc se preguntan, con razón: ¿y si se niega a contárnoslo?

—Obligaremos a ese hijo de puta a hablar —intervino Marc—. Sin información, no hay sacrificio.

—¡Blasfemia! —gritó Graham, y a Luana se le acalambró una pierna. Harry volcó su vaso. Kaila se puso rígida. Al final, resultó que los ojos de Graham seguían teniendo la capacidad de arder—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

—Pero, Graham… —suplicó Joyce—. ¡Tenemos un pacto, joder! ¡Y esto…! ¡Esto es incumplimiento de contrato! —Graham la miró, atónito—. ¿Cómo va a ser esto suerte? ¡Mi pequeño ha desaparecido! ¡Y ya estaba desaparecido antes de los Días Oscuros! Esto no es suerte, es un infierno. ¡Jamás nos habría ocurrido si él hubiera seguido las reglas!

—Joyce…

—Nosotros siempre cumplimos con nuestra parte. Le llevamos comida todos los años, y se supone que a cambio tenemos suerte.

Esto no es suerte. ¡Esto es una pesadilla!

Maurice le lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Qué quieres hacer, demandarlo?

—Lo acorralamos —dijo Marc—. O nos devuelve a Liam, sano y salvo, o no habrá sacrificio. Si todos nos mantenemos firmes, no tiene alternativa.

—¿Y si Liam está muerto? —preguntó Gray Júnior.

—¡No digas eso! —chilló Joyce—. ¡No se te ocurra decir eso!

—Joyce, tienes que pensar en…

—¡No tengo que pensar en nada!

—¡Tía, supéralo! —soltó Maurice con la cabeza gacha—. A ver, es todo muy triste y muy bua, bua, bua, pero ¡hay que intentar ser realista!

—Uf, ¿por qué no cierras la puta boca hasta que hayas recuperado lo que te falta de mano? —le espetó Joyce—. Me han dicho que sigue husmeando por el bosque.

—Sí, y a mí me han dicho que te follaron tan fuerte por delante y por detrás que te reventaron el perineo en el bosque.

Marc se levantó de un salto de su asiento y se le habría echado al cuello si Graham no hubiera agarrado el bastón y hubiera estampado la cabeza de íbice de níquel contra la mesita de café. Todo el mundo se quedó callado al instante.

Graham había empalidecido.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Fijaos en eso! —Levantó el bastón para señalar hacia el otro lado de la mesa, donde Kaila levantó la vista, alarmada—. Tenemos una invitada esta noche. ¿Así es como nos presentamos? ¡Esto… no… es… civilizado!

Silencio sepulcral.

—Kaila, por favor, acepta mis disculpas por el comportamiento de tus vecinos. Esto no es representativo de quiénes somos.

La chica, sonrojada, se retorció en el sillón reclinable.

—No pasa nada. Esta noche todo el mundo está un poco alterado. Lo entiendo.

—Es una actitud muy madura por tu parte, pero no es excusa. Gente, podemos pedirle información al Contable, pero no vamos a desafiar al Diablo. ¡No vamos a chantajearlo! —Joyce quiso protestar, pero Graham levantó la mano. Al mismo tiempo, Ralph intentó captar la mirada de su hija para mostrarle su aprobación, pero Kaila volvía a tenerla clavada en las manos—. Joyce, tienes razón. Esto no es suerte. Pero la forma de no agravar aún más las cosas es llevar a alguien al bosque mañana y darle la vuelta a la situación. Y, luego, esperamos que el resultado sea bueno, rezamos por ello.

—Es de la vida de mi hijo de lo que estás hablando —dijo Marc con frialdad—. ¿Y quieres rezar por ella? Tenemos derecho a nuestra felicidad.

—¿Y si está muerto, Marc? —Joyce se aferró al brazo de su marido—. Ay, Dios, ¿y si Liam está muerto?

Una nueva ola de sollozos ahogó sus palabras, pero Marc estaba demasiado ensimismado para consolarla.

—No tenemos derecho a la felicidad, Marc —repuso Graham—. Nos prometieron felicidad, pero ¿quién? —Miró a su alrededor y finalmente posó la mirada en Ralph, quien sintió que se le formaba un nudo en el estómago—. Ralph, ¿qué opinas tú de esto?

—Eh… —Tuvo que aclararse la garganta y, aun así, la voz le salió ronca—. Jamás se sostendría ante un tribunal, desde luego. Aunque todo se viniera abajo, no se consideraría incumplimiento de contrato.

No tenemos garantías. Ni sobre la inmortalidad ni tampoco sobre la inmunidad.

—¿Por qué de repente te has puesto a hacer de abogado del Diablo?

—Marc, el pacto no dice que nadie pueda morir. Recuerda que hace unos meses perdimos a Dorothy.

—¡Era vieja! —soltó Joyce entre lágrimas—. ¡Tuvo una vida larga y feliz!

—Mi hermano se quitó la vida a los dieciséis años. ¿Crees que mis padres no se preguntaron cómo encajaba aquello en el pacto? ¿Cómo era siquiera posible?

«La delicada verdad es que aprendieron a ser felices con ello», pensó, pero no lo dijo. Joyce y Marc Wachowski se enfrentaban a ese mismo futuro horrible: más pronto que tarde —ominosamente pronto, de hecho—, el dolor agonizante de la desaparición de Liam se desvanecería. No lo habrían asimilado, pero lo habrían reprimido. Se despreciarían a sí mismos porque se había vuelto soportable, pero eso también pasaría, porque, al fin y al cabo, estaban programados para ser felices, así de simple. Y entonces la desaparición de Liam sería para siempre un Día Oscuro del pasado.

—Ralph tiene razón —dijo Graham—. Esperemos que el Contable muestre buena disposición hacia nosotros. La esperanza es lo último que se pierde. Pero, de momento, lo único que podemos hacer es esperar.

El reloj dio las ocho.

Se produjo una breve pausa en la que los vecinos de Bird Street, agradecidos, se encerraron en sí mismos. Juliette preparó unas

bebidas. Maurice se sumió en una especie de estupor y no se percató de la mosca que le correteaba sobre la sangre coagulada del pelo. Laura dio un respingo cuando se acordó del monitor del bebé y activó a toda prisa la imagen y el sonido. Al menos en eso tuvieron un golpe de suerte: los niños estaban jugando al Escondite inglés, los chicos a un lado de la biblioteca y las chicas al otro.

Los nervios de Ralph eran insoportables. La presión que sentía en el pecho le bajó al estómago y le provocó retortijones. El silencio era peor que hablar, porque le permitía especular. ¿Las cosas que había dicho eran las que habría dicho normalmente? ¿La forma en que las había dicho había despertado sospechas? No tenía respuestas para esas preguntas.

—¿Estás bien? —preguntó Juliette al ofrecerle un refresco—. Estás sudando a mares.

—Estoy bien. —Se tocó el cuello y notó el sudor en los dedos—. Bueno…, tan bien como tú, supongo.

Ella asintió con una expresión que podría significar cualquier cosa y volvió a la barra. Ralph se bebió el refresco de un trago. Uf. Mientras se secaba las lágrimas de los ojos, sintió el peso de la mirada de Harry sobre él.

«Lo sabe».

Ralph fingió no darse cuenta, pero Harry siguió mirándolo con intensidad.

«Lo sabe, ya ni siquiera lo duda. Puede que viera algo esa noche. Quizá estuviera asomado a la puerta delantera de su casa y viese tu faro roto. Tal vez se esté guardando ese triunfo en la manga hasta que llegue el momento adecuado».

Tonterías. Si las sospechas de Harry fueran más allá de una simple conjetura, las habría expresado. Su vecino le había tomado simpatía, pero el equilibrio de Bird Street era demasiado delicado como para permitir que una sola persona inclinara la balanza. Si Harry estaba convencido de que Ralph tenía algo que ver con la desaparición de Liam, no podría decir nada que lo persuadiera de lo contrario. Y eso lo hacía peligroso.

Ralph intentó desviar su atención hacia otro lugar. Hacia Kaila, por ejemplo. Mirarla le provocó una premonición muy distinta, aunque no menos preocupante. Cuando habían vuelto del bosque, la chica se había mostrado callada y distante, con una oscuridad en los ojos que su padre conocía demasiado bien. Antes de que Ralph los metiera en aquel lío, Luana y él estaban bastante seguros de que estaban haciendo un buen trabajo respecto a la gestión del camino de Kaila hacia su iniciación. Pero, entonces, todo se desmoronó y le habían perdido la pista justo antes de la meta. Ralph temía que esta deficiencia hubiera causado más daño del que parecía posible en tan poco tiempo. A veces, la depresión de noviembre de Kaila se comportaba como un coche trucado: con los Días Oscuros como motor de arranque y el caos actual como catalizador, su estado mental podía sobrealimentarse hasta convertirse en un desastre.

La chica sintió su mirada y levantó los ojos un instante hacia los de él, el tiempo justo para que su padre le preguntara moviendo los labios: «¿Estás bien?».

Un gesto de asentimiento rápido. Volvió a bajar la mirada. Así que no estaba bien. A partir de mañana, estaría ahí para ella. Más litio. Más atención. Jugar a juegos de mesa si a ella le apetecía. Y dejar de regodearse en su propia desdicha.

Juliette había rellenado todos los vasos y Graham sintió que había llegado el momento de hacer un repaso del día siguiente.

—La forma en que decidamos abordar la búsqueda de Liam dependerá de lo que nos cuenten esta noche. Pero también tenemos una cita con un paciente. Elizabeth, ¿debo contar con que sigue en pie?

—Sí, le he llamado esta tarde y sigue en pie. Con lo que ha pasado, no he podido brindarle todo el apoyo que me habría gustado, pero tengo la sensación de que, de todos modos, este hombre no lo necesita. Lo tiene claro.

—¿Cómo decías que se llamaba?

—Bill Nielsen.

—Ah, sí, el señor Nielsen. El relojero. ¿Qué hemos podido organizarle? —Aquella última pregunta iba dirigida a su hijo mayor, que lo miró con cara de desconcierto—. Para dignificar su final, quiero decir.

—Ah, eso. Con todo este lío, no hemos tenido tiempo. Mañana podemos llevar una silla o algo así al Lugar de la Ejecución, pero es imposible conectar los generadores y la luz.

—¿Qué pasa, que quieres electrocutarlo? —dijo Maurice riéndose entre dientes; por lo visto, no se había desmayado del todo.

—Ahógate con la campanilla. Me refería a la decoración. A lo mejor podemos poner una lámpara de propano o algo así. Llevar un reloj pequeño.

—¡Oh, qué bien! ¡Y no te olvides la barbacoa!

—¡Maldita sea! —A Graham volvían a temblarle los labios—. Ese hombre está entregando su vida por nosotros. ¿En serio eso es lo mejor que podemos hacer?

—Va a ser algo básico, Graham —intervino Harry—. Pero Nielsen no pide más. Lo importante ahora es que salga bien. Todo lo demás es secundario.

—¡La muerte de una persona no es secundaria!

—Papá, concéntrate en el objetivo, por favor. —Gray miró a su padre y, esta vez, no apartó la vista—. Sabemos cuál es tu postura. Ya has dicho lo que tenías que decir.

—¿Y si se echa atrás en el último momento? —preguntó Joyce sin ocultar ni un ápice toda su desesperación—. Me refiero a que no podemos fallar ahora…

—No se echará atrás, Joyce —aseveró Elizabeth—. Te lo garantizo.

—Pero ¿y si lo hace?

—Tenemos otros candidatos —comenzó Graham, pero Marc lo ignoró (lo ignoró deliberadamente y con desdén) y se volvió hacia Elizabeth.

—¿Quién va a subir con él?

—Harry, Gray y yo.

—De acuerdo. —Le lanzó una mirada severa a cada uno—. Cuando llegue el momento decisivo, aseguraos de que no se echa atrás. Por Liam.

Graham abrió la boca, pero Marc se levantó el dobladillo de la camisa y el patriarca la cerró con un golpe seco. Todos la habían visto: Marc llevaba su pistola embutida en el cinturón.

Las nueve en punto. Cuando Elizabeth sacó con cautela el tema de cómo debían afrontar los próximos días y semanas en el «improbable escenario» de que no encontraran a Liam, las cosas

estuvieron a punto de descontrolarse, porque los Wachowski no estaban preparados para afrontar esa perspectiva. Cuando Maurice sacó con mucha menos cautela el tema de los daños punitivos —al fin y al cabo, había perdido la mano buscando a su hijo—, la cosa ya se desmadró.

Esta vez nadie se apresuró a intervenir cuando Marc se abalanzó sobre él. Graham, Luana, Kaila y Ralph estaban o demasiado atónitos o paralizados. Los demás o llegaron demasiado tarde u olieron sangre. Desplomado en su sillón reclinable, Maurice no tenía ninguna posibilidad. Recibió unos cuantos puñetazos fuertes antes de que Gray y Elizabeth por fin se interpusieran, pero Wachowski golpeó sin querer con el brazo a esta última y la lanzó contra la mesa de centro. Esa fue la señal para que Harry le hiciera una llave de cabeza a Marc y apretara. Al final, fueron Laura y Juliette quienes lograron separarlos y empujarlos a sus respectivos asientos; sudorosos, jadeantes, acalorados, pero al menos satisfechos. Durante todo ese rato, Joyce puso la banda sonora: una sinfonía de chillidos.

Entonces, nadie volvió a hablar.

Esperaron.

«Todas estas personas se odian a muerte —pensó Ralph—. Y, sin embargo, no podemos separarnos unos de otros. Todos somos adictos a este abrazo maligno, y nadie tiene la osadía de decir: se acabó».

Graham permanecía sentado y pálido en su sofá Chesterfield, con la mirada clavada en su copa de ginebra intacta. No levantó la vista ni siquiera cuando una ráfaga de viento aullante sacudió el techo.

Luana tampoco se movía. Seguía aferrada a su bolso con nerviosismo, tenía la cara del color de un eclipse lunar. Y Kaila…

¿Qué narices le pasaba a Kaila?

No era capaz de entender qué le ocurría. Estaba demasiado callada, y eso le daba miedo. Por supuesto, era más que posible que esa noche de locos la hubiera dejado sin habla, pero intuía que había algo más. No paraba de meterse la mano derecha en la manga izquierda, de rascarse la muñeca como si tuviera un picor insoportable en esa zona. Ojalá se la hubiera llevado a un aparte para mantener una charla de padre a hija en casa, cuando aún había oportunidad.

Ralph sintió que se le ponía la piel de gallina. ¿Por qué lo miraba todo el mundo? Una parte de él sabía que no era cierto; aun así, no conseguía librarse de esa sensación, y cuando ya no pudo soportarla más, se levantó y se dirigió a la barra.

Smirnoff Gold. Uf. Lo ansiaba incluso en un momento así. Se sentía pura escoria, pero era verdad. El impulso le resultaba casi irresistible.

Rompió unos cubitos de la bandeja. El ruido lo hizo estremecerse. Se dio la vuelta y vio a Harry justo detrás de él. No lo había oído acercarse. Su vecino lo estaba estudiando con un desprecio fascinado, casi curioso.

—¿A qué estás jugando? —preguntó en voz baja para que solo lo oyera Ralph… de momento—. Sabes que a las diez saldrá a la luz. Si la has cagado, esta es tu oportunidad de confesarlo.

Ralph sintió que se le crispaba la mandíbula, que se le encogía la columna vertebral y se le contraía el cuero cabelludo. No podía hacer

nada para controlarse. Lo que le salió de los labios fue apenas un susurro:

—No tengo nada que confesar.

Cogió su vaso de la barra —solo con cubitos de hielo— y regresó a su asiento. Cerró los ojos y apretó las rodillas para evitar que le temblara el cuerpo entero.

Los minutos pasaban despacio. Eran las nueve y cuarenta.

Y fue entonces cuando Kaila se levantó.

—Os estáis olvidando de una cosa —dijo. Todo el mundo se estremeció. Todo el mundo la miró—. Os estáis olvidando de mí.

—Se suponía que esta noche iba a ser mi iniciación —les dijo Kaila—. Entiendo que este año es distinto y me siento fatal, como todo el mundo, pero esta tendría que haber sido una noche especial para mí. Mis padres me dijeron que sería mi rito de paso. Mi entrada a la mayoría de edad.

El rostro de Luana reflejaba el dolor y la culpa que le provocaba la situación, pero estaba demasiado conmocionada para consolar a su hija. Ralph ni siquiera era capaz de empezar a comprender lo que estaba ocurriendo. Por lo tanto, fue Graham McKinley quien tomó la palabra:

—Lo comprendo perfectamente, Kaila. Y lo siento muchísimo. En estas circunstancias, no podemos convertir esto en una ocasión festiva para ti.

—No, eso lo entiendo. Y más tarde, cuando el Contable esté aquí, todos estaréis concentrados en Liam. Y eso también lo entiendo. De verdad que sí.

—Escribirás tu nombre en su libro. Es un momento especial.

—Sí, lo sé. Pero he estado pensando que tienes razón. Las tradiciones son importantes, y la muerte de una persona no es algo secundario. Tenemos que honrar a la persona a la que llevasteis al bosque el año pasado, a quien le debemos otro año entero de prosperidad.

Murmullos de asentimiento.

—Que alguien entregue su vida de manera voluntaria por nosotros es muy importante. Bueno, ya sé que ellos no lo saben, y ya sé que los estamos ayudando de verdad, pero aun así… —Miró a su alrededor—. Porque eso es cierto, ¿no?

La mayoría asintió. Por el rabillo del ojo, Ralph vio que Elizabeth tenía los nudillos blancos. Él mismo estaba mudo de asombro, incapaz de asimilar la situación.

—Así que he pensado que quizá podríamos quitarnos todo el rollo ceremonial de encima ahora mismo y, así, centrarnos en Liam a partir de las diez.

—Tiene razón —dijo Laura tras un breve silencio.

Gray se mostró vacilante.

—¿Podemos hacerlo sin el Contable delante?

Nadie sabía la respuesta. Graham se volvió hacia Ralph.

—¿Has traído el artefacto del año pasado?

Y eso fue lo que al fin lo sacó de su aturdimiento.

—Bueno, el caso es que… —dijo— lo he tenido todo el año guardado en la caja fuerte. Estoy seguro, porque iba comprobándolo de vez en cuando. —Eso era quedarse más que corto: la pulsera de Levi había llegado a adquirir la solemnidad de un talismán, y el juez la había sacado de la caja fuerte innumerables veces, siempre que sentía la necesidad de estar más cerca del chico. Pero eso los demás

no tenían que saberlo—. Solo es que no tuve tiempo de traerlo. Y, cuando he ido a cogerlo antes de venir aquí, ya no estaba.

—¿Has perdido el artefacto? —preguntó McKinley en voz baja.

—No lo entiendo. Estaba allí. Hoy he revisado la caja seis veces y ya no está.

—¿Cómo coño es posible, Ralph?

Recordaba haber sacado la pulsera de la caja fuerte hacía unas semanas y haberla llevado puesta durante un par de días, pero ¿y después? Debía de haberse olvidado de guardarla, no había otra explicación. Pero ¿dónde podía estar?

—No lo sé —dijo—. Lo siento muchísimo.

Una ira nueva y amarga le sonrojó las mejillas a McKinley, pero Kaila se le adelantó antes de que pudiera decir nada:

—Bueno, podemos honrarlo incluso sin el artefacto, ¿no? ¿Cuál es el protocolo de este ritual?

Elizabeth les echó un vistazo a los trece cálices de cristal que había en el aparador.

—Mira, Kaila, tus intenciones son buenas, pero el que propone el brindis es el Contable. No podemos…

—Chicos, mirad… —Juliette se puso de pie de un salto y señaló la chimenea.

Todos siguieron su mirada.

Nadie había añadido troncos nuevos al hogar durante la última hora, así que el fuego se había reducido a unas cuantas brasas humeantes. Justo en el centro, debajo del arco de piedra, había una jarra de cobre. A Ralph se le cortó la respiración al ver que era la jarra que el Contable solía sacarse del maletín. Un destello rojo ardía en la superficie pulida.

—Vaaa… leee… —dijo Maurice, que se hundió aún más en su sillón reclinable, como si esperara que la jarra lo atacara—. Eso no estaba ahí antes, ¿verdad?

Marc se giró hacia Graham y observó:

—Parece que ya está todo listo.

Y, de repente, Ralph se alarmó.

—Esperad. No sé si…

Pero la voz de Graham sonó más fuerte cuando señaló a Kaila con la cabeza y le dijo:

—Si esto no es una señal, no sé qué podría serlo. ¿Nos harías el honor de proponer el brindis, chica?

Kaila rodeó el sillón reclinable de Maurice hasta llegar a la chimenea. Hipnotizada, contempló durante unos segundos el resplandor inquietante. Después, estiró el brazo.

—Cariño, ten cuidado… —comenzó Luana, pero, al igual que Ralph, ella tampoco podía moverse.

Kaila dejó las manos suspendidas sobre la jarra unos instantes… y luego la agarró. Todos los vecinos dieron un respingo.

—No está caliente —dijo. Cuando se volvió hacia los demás, sostuvo la jarra entre las manos y les mostró una sonrisa exultante —. Está tibia, pero no caliente…

Graham chasqueó los dedos para indicarles a Juliette y a Elizabeth que se dieran prisa y empezaran a repartir los cálices. Doce, porque el decimotercer invitado aún no había llegado. Ralph, con la boca abierta, miró a su hija, invadido por un respeto profundo y devoto. Al parecer, había malinterpretado las reservas de Kaila. En medio de las hostilidades, su hija había triunfado donde Graham y

los demás habían fracasado: en crear un momento de unidad entre los vecinos.

—El abuelo habría estado muy orgulloso de ti, Kaila —dijo, y notó que tenía un nudo en la garganta.

—Yo también lo creo —añadió McKinley—. El juez Lewis era un hombre distinguido.

Kaila esbozó una pequeña sonrisa, pero no los miró a los ojos. Uno por uno, fue pasando alrededor de los vecinos y llenándoles la copa con el vino humeante de color rojo sangre que tan bien conocían. Como siempre, la jarra siguió vertiendo mucho después de que la lógica indicara que tendría que haberse acabado. Pero, al llegar a la última copa, la de Kaila, no cayó ni una sola gota. La chica se asomó al interior, la agitó con cuidado entre ambas manos.

—Está vacía —dijo.

Sonó un gorgoteo, un burbujeo, como de agua que se acumula en un desagüe, y su cáliz comenzó a llenarse por sí mismo.

—Guau, qué flipada… —susurró Maurice.

Cuando el líquido llegó hasta el borde, se detuvo. Kaila volvió a dejar la jarra en la piedra del hogar y cogió su cáliz.

—Muy bien. Solo lo sé por lo que me han contado, pero creo que tenemos que estar todos de pie, ¿no?

«Algo va mal —pensó Ralph mientras los vecinos se levantaban—. Algo va muy mal».

Incluso Maurice se las arregló para ponerse en pie apoyándose en una muleta.

Bajo la cabeza de lobo sonriente, Kaila alzó su cáliz. Por primera y última vez aquella noche, miró a Ralph a los ojos.

—Por el chico del año pasado, entonces. Que viva en la prosperidad. Ofrecido voluntariamente.

El patriarca levantó su copa y exclamó un sonoro:

—¡Sí!

—Sí —repitió Juliette.

—Sí —se oyó susurrar Ralph. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Sí, cariño —dijo Luana, que miró a Kaila con la cabeza ladeada y una expresión que contenía todas las emociones de los últimos días—. Dios mío, te quiero tanto…

—Sí —dijeron Elizabeth y Harry al unísono.

—Hasta el fondo —proclamó Maurice y, para horror de todos los demás, empezó a beber. De hecho, se bebió el vino de un solo trago. Una vez que vació el cáliz, se dejó caer en el sillón reclinable con un bufido de lobo, se lamió los labios de color rojo sangre y sonrió de oreja a oreja—. Papi necesita su medicina.

Kaila ni siquiera pestañeó, sino que se quedó mirando a Joyce, expectante.

—Sí —dijo esta con lágrimas en la voz—. Y por Liam. Que todo acabe bien.

Marc asintió.

—Sí, brindo por eso.

—Bien hecho, cariño —respondió Laura—. Sí.

Y «Sí», dijo Gray, el último de la fila.

Kaila levantó los ojos hacia el cielo.

—Por ti, Levi —susurró.

Y bebió.

Todos bebieron. Y, mientras sentía que la bebida cálida y amarga se le arremolinaba dentro como un ser vivo o una nebulosa

estrellada o como azufre y fuego, Ralph se dio cuenta de que Kaila había dicho el nombre del chico.

Detrás de la chica, las llamas se elevaron con fuerza. La manga izquierda se le recogió cuando rompió el cáliz, y entonces su padre vio lo que le rodeaba la muñeca.

La pulsera de Levi.

Ralph pensó: «¿Kaila?».

Y entonces el reloj dio las diez.

Todos habían perdido la noción del tiempo por el brindis. Ahora, todas las cabezas se volvieron hacia la puerta de doble hoja. Elizabeth soltó un grito. Joyce ahogó un jadeo. Ralph sintió que se le secaba la boca.

Tras el tercer toque, los estruendosos golpes de la aldaba sacudieron el pasillo.

Dos veces. El Diablo siempre llamaba dos veces.

Nadie habló mientras todos volvían a acomodarse en sus respectivos asientos y dejaban el cáliz sobre la mesa. El salón del ala norte estaba a cierta distancia del vestíbulo de entrada, al final de un largo pasillo revestido con paneles de caoba. Sin embargo, todos oyeron el ruido resonante y metálico del cerrojo al abrirse. El crujido de la puerta principal al girar sobre las bisagras.

Con una mezcla de incomprensión y —mucho peor— de comprensión, Ralph observó a Kaila. Su hija se había arrellanado en su sillón y se estaba mirando las manos. Intentó pronunciar su nombre, pero no le brotó ningún sonido de los labios. Daba igual lo que hubiera querido decirle: ya era demasiado tarde.

La puerta delantera se cerró con brusquedad. Por fin, la corriente de aire llegó al salón. Las velas titilaron y se apagaron. A

continuación se oyó el tranquilo clic-clac de los mocasines de charol al repiquetear contra el mármol, así como un arrastrarse lento y sibilante. Graham resolló y Ralph entendió el porqué: el *déjà vu* le evocaba imágenes del año anterior, Dorothy arrastrando los pies camino de la sala de trofeos, deformada por el Parkinson y encorvada sobre su andador, barriendo el suelo con un pie inerte.

Los pasos se acercaron. La sibilancia los siguió.

Ralph pensó: «Si pudiera elegir acabar con mi vida ahora mismo, creo que lo haría».

Una ilusión de hojas de noviembre que se revolvían, de ramas que reptaban, de escarcha y niebla negra se derramó por el salón, y Ralph sintió que la temperatura de la sangre le bajaba de manera considerable. La habitación se oscureció; aquello, sin duda, no era una ilusión. La oscuridad les trepó a todos por el rostro. Se les acopló.

De las sombras emergió otra que emanaba un hedor pútrido. El Contable entró, vestido con su traje negro, su camisa blanca con chorreras y su pajarita negra. Imperturbable, avanzó dando zancadas. Al principio, Ralph no se dio cuenta de lo que arrastraba con aquel brazo anormalmente largo, porque el Chesterfield de McKinley le impedía la vista. Pero luego lo vio.

En una mano enguantada llevaba su maletín. Con la otra sujetaba una cabeza de pelo rubio y ensangrentado. Con un único movimiento como de marioneta, tan rápido que debería haber sido imposible según cualquier ley de la física o la anatomía, el Contable se inclinó hacia un lado, levantó lo que había estado arrastrando y lo estampó contra la mesita de centro. Los cálices se hicieron añicos.

Los vecinos se encogieron en sus asientos, se llevaron las manos a la boca con una expresión de repugnancia abyecta y paralizada.

Ante ellos yacía el cadáver mutilado de Liam Wachowski.

Hubo un momento en que la conmoción de Ralph fue tan colosal que sintió que abandonaba su cuerpo. Se le nublo la visión y le pareció que se alejaba de su vida en un desmayo. ¡Oh, ojalá ese pudiera ser el final! Pero el momento se prolongó solo unos instantes, y entonces el salón volvió a materializarse sin piedad ante sus ojos. Ralph Lewis comprendió que se suponía que debía soportar todo aquello con la mente intacta.

Joyce y Marc rompieron a gritar y se derrumbaron sobre su hijo, embarrado por la tumba en la que había pasado dos días enterrado. El Contable giró la cabeza con brusquedad hacia Ralph y siseó:

—Este no cuenta, padre…

Pero ¿de verdad era eso lo que había dicho? La palabra «padre» parecía ocultar el destello de alguna otra palabra, de una palabra de una lengua antigua y corrupta que Ralph entendía a la perfección a pesar de todo: el Contable lo había llamado «impostor», había escupido la palabra en una nube de vapor negro y odio chorreante.

Mientras Joyce chillaba y chillaba el nombre de su hijo y Marc solo emitía sonidos ahogados, los demás observaban la escena paralizados por la conmoción. La mayoría había oído lo que había dicho el Contable, pero todavía no habían asimilado el significado de sus palabras. Elizabeth se había olvidado de qué había que hacer para parpadear y las lágrimas se le escurrían. A Graham se le habían reventado las venas de las córneas amarillentas y se le estaban llenando los ojos de sangre. Luana estaba hiperventilando, pero no se movía. Hasta Maurice se había quedado mudo. ¿Y Ralph? Lo

único que podía hacer era contemplar el enlodado disfraz de Halloween de Liam, húmedo e infestado de algas. Un olor fétido le invadía las fosas nasales: el hedor de la podredumbre, que se extendía por el salón y se les metía en los pulmones.

Solo había una persona que no miraba el cadáver: Harry. En su lugar, no apartaba la vista de Ralph.

—¿Vas a hablar ya?

Todos los vecinos lo miraron boquiabiertos.

Él intentó decir algo. No pudo.

Fue Luana quien lo dijo:

—Fuimos nosotros. —Las palabras le salieron en ráfagas entrecortadas—. Oh, Dios, fuimos nosotros. Lo siento… Lo siento muchísimo.

Ralph miró a su esposa a través de los dedos y se le nubló de nuevo la visión. Luana no le devolvió la mirada; se giró hacia Joyce.

—Fue un accidente… Ralph lo atropelló con el coche. Llegó a casa, había bebido… Nos entró el pánico…

Buscó palabras que pudieran justificar lo que habían hecho, pero todas las razones que antes les habían parecido tan irrefutables ahora se le escapaban. Y Ralph lo sabía. No había motivos. No había excusas. Solo la verdad.

Por fin, recuperó la voz:

—Perdonadme —les dijo a Joyce y a Marc—. He sido increíble e imperdonablemente estúpido.

—¡No! —gritó Joyce. Soltó a Liam y se abalanzó sobre él—. ¡Cerdo asqueroso!

El impacto hizo que a Ralph le saltaran chispas delante de los ojos. Lo que siguió fue un azotar de manos, un desgarrar de uñas,

un golpeteo de puños, todo en una furia ciega. Ralph no tenía fuerzas para defenderse de ella y, aunque las hubiera tenido, no lo habría intentado porque se lo merecía. Y aún más importante: ella se lo merecía. Se limitó a levantar los antebrazos para protegerse la cara; el ansia asesina de Joyce tenía la precisión de un halcón y sus uñas postizas le apuntaban a los ojos.

—¡Asesino! —gritaba—. ¡Asesino! ¡Asesino!

Alguien la apartó de él, y la cara de Gray Júnior apareció en su campo de visión, bocabajo.

—Buen trabajo, pedazo de cabrón —dijo—. Ahora estamos todos jodidos.

Vio un destello blanco cuando el puño de Gray le golpeó el pómulo. Joyce solo le había dejado rasguños, ronchas y magulladuras, pero aquello era mucho peor. La cabeza se le desplazó de golpe hacia atrás, el mundo se le tornó borroso y se llenó de un chirrido agudo. Tuvo la nauseabunda sensación de que la carne de la mejilla se le había metido en el ojo derecho y no podía volver a su sitio. Se la tocó con la yema de los dedos, notó sangre y un intenso aguijonazo de dolor en el hueso subyacente.

Cuando se le aclaró la vista, Marc había sacado la Ruger y le estaba apuntando con ella.

—Levántate —le dijo haciendo un gesto—. Ahora.

Despacio, con paso vacilante, Ralph obedeció. Detrás de Marc, Joyce se desplomó en brazos de Laura y de Elizabeth, con el rostro sucio y cubierto de mocos. Los botones de la chaqueta se le habían saltado durante el forcejeo, el vestido se le había rasgado.

—Tú y yo nos vamos a ir a dar un paseo —dijo Marc—. Al bosque.

Ralph levantó las manos.

—Marc, fue un accidente…

—Llevarlo al bosque no fue un accidente. ¿Cómo te sentiste al dejar a otro niño ahí fuera?

—Marc, somos personas razonables. Todavía no es demasiado tarde.

Sus palabras provocaron una risa; carente de alegría, pero impregnada de auténtica sorpresa.

—Pues claro que es demasiado tarde. ¿No lo sabes?

Ralph miró a sus vecinos y se dio cuenta de que era cierto. Los rostros —el de Harry y el de Elizabeth; el de Juliette, el de Maurice, el de Gray y el de Laura, y, por supuesto, el de Joyce— no solo mostraban juicio. Transmitían una necesidad de venganza rayana en la sed de sangre. Aquello acabaría en un linchamiento popular. Juliette se levantó y se unió a los demás para dejar clara su postura. Ahora Luana se había quedado sola, sentada en una esquina del sofá, con los ojos oscuros, unos círculos vacíos que miraban una pesadilla, ya exiliada.

Solo Graham McKinley seguía haciendo gala de un velo de civilización.

—Marc, te ruego que no lo hagas —dijo el anciano—. Hay otras formas.

—Claro que las hay —masculló Joyce. Liberándose con una última contorsión del cuerpo, se plantó delante de Ralph para bloquear el disparo de Marc. En su estado parecía haberse fugado de un manicomio. Los labios se le curvaron en una sonrisa cruel—. No vas a dejar que se salga con la suya tan fácilmente. Ha matado a mi hijo. Vamos a ir a por Django y será a él a quien te lleves al bosque.

—¡Ni se te ocurra! —ordenó Luana.

«¿Estoy viendo esto?», pensó Ralph. Luana, que había aborrecido las armas de fuego durante todo el tiempo que llevaban casados, estaba ahora de pie y, con las manos temblorosas, apuntaba a Marc con una pistola. Estaba claro que la había sacado de su bolso, pero ¿y antes de eso?

—Me llevaréis al bosque a mí y, en el caso de Ralph, dejaréis que la justicia siga su curso. Yo seré el sacrificio de este año. No es necesario que más niños formen parte de este horror.

Ahora todas las miradas estaban clavadas en las dos pistolas, pero Ralph sintió que la suya se veía atraída hacia la izquierda como por un imán. Kaila era la única que no se había movido desde la llegada del Contable. Seguía sentada en su sillón reclinable, con la mirada perdida, ajena al caos que la rodeaba. Ni siquiera el cadáver que había sobre la mesita de centro daba la impresión de haberla perturbado. El Contable estaba de pie detrás de ella, y tal vez fuera un efecto de la luz, pero ahora parecía más alto que antes. Estiró los brazos, abrió la palma de las manos, echó la cabeza hacia atrás…

… e inhaló.

Los inhaló a todos.

Ralph lo notó: un tirón en la mente cuanto el tejido de su cordura se desgarró y la criatura empezó a saquear los restos de lo que lo había hecho humano. Fue muy consciente mientras sucedía, y también vio lo que asomaba detrás de ello: la superficie oscura y lisa de un espejo. En él vio pura barbarie.

Graham McKinley cayó de rodillas, gritando:

—¡No somos monstruos! ¡No somos monstruos! ¡No somos monstruos!

Pero entonces el Contable volvió a inhalar y el rostro del patriarca se retorció de un modo monstruoso hasta liberar una rabia primigenia: la única respuesta posible al darse cuenta de lo que habían sido durante todo aquel tiempo.

—Deja en paz a mis hijos, zorra —le gruñó Luana a Joyce.

—Tú eres la que tendría que haber dejado en paz a mi hijo, puta —espetó Joyce enseñándole los dientes. Tenía una mirada hambrienta y asesina. Como no podía llegar hasta Django, se abalanzó hacia Kaila con las manos extendidas.

Luana apuntó y apretó el gatillo. La bala le acertó a Joyce en plena cara. La mujer salió disparada hacia atrás con los brazos en alto como si estuviera celebrando un gol, salvo que ya no le quedaba boca con la que celebrar. Las piernas siguieron al resto del cuerpo y se golpeó la cabeza contra el sillón reclinable de Maurice.

—Conque así es como acaba todo —susurró Luana.

Ahora todos estaban gritando. Todos tenían el asesinato en mente. El traje del Contable desprendía volutas de vapor negro. Sin duda, se había hecho más grande; su sombra llenaba el salón. Unas venas negras y tóxicas se le arrastraban bajo la piel escarchada del cuello. Tenía la boca abierta y babeaba abundantemente. Ralph oyó el oouuuuhhhhh febril de la respiración que inhalaba, una respiración que no era oxígeno, sino el combustible con el que lo habían alimentado todos aquellos años. Absorbía su humanidad. Estaba devorando sobras… y las estaba saboreando al máximo.

Marc miró con incredulidad el cadáver de Joyce. Al darse cuenta de que había perdido tanto a su hijo menor como a su esposa, levantó la Ruger hacia Ralph con renovada precisión. A este último no le cabía la menor duda de que su vecino habría apretado el

gatillo de no haber sido por Maurice, que justo en ese momento expelió un grito largo y gutural. Todas las cabezas se volvieron de golpe.

El benjamín de los McKinley se incorporó en su sillón reclinable; se buscaba la garganta con la mano buena y se la presionaba con los restos de la otra. Abrió la boca, pero solo le salió un chorro de espuma que le salpicó el regazo. La mayor parte de él era de color rojo, manchado de sangre y de hojas otoñales mohosas. El resto era de un blanco inmaculado.

Ralph miró las esquirlas de los cálices esparcidas por el suelo y los dos cálices que —increíble pero cierto— permanecían intactos junto al cuerpo de Liam sobre la mesita de centro.

Se lo habían bebido. Todos se lo habían bebido.

Se le comenzó a dibujar una sonrisa en los labios. Ralph oyó a Maurice gorgotear. Vio que se le salían las córneas de los ojos, vio que pedaleaba con los pies y que apretaba las mandíbulas, y vio que los dientes le machacaban el labio inferior hasta hacérselo jirones. Pero nada de eso importaba ya, porque, por última vez, Ralph miró a Kaila.

Y pensó: «Bien jugado, chica».

KAILA

Lo que se contó. La decisión de Kaila.

2 DE NOVIEMBRE

Mientras la noche vomitaba sus horrores en el salón de los McKinley, Kaila permanecía sentada en medio de todo ello, atrapada en un trance de calma absoluta y controlada. La sensación de control le resultaba demasiado familiar: era la misma que experimentaba cada vez que saltaba desde el trampolín y el mundo se derrumbaba a su alrededor. Volaba envuelta en un capullo de autoconciencia, lo bastante rápido como para dejar atrás su trastorno y la carga que suponían los demás. Y, cuando rompía la superficie del agua con las manos, perforaba un agujero a través de los mundos y abría una puerta a un plano donde no podían encontrarla. ¿No era eso lo que siempre había deseado?

En realidad, estar sola en ese momento no fue tan malo. La cabeza se le llenó de música: Jax cantando una versión brutal de «Bohemian Rhapsody» para su público en la noche de karaoke. Django arrasando con «Great Balls of Fire» en el programa de James Corden y llevando al público al delirio. «Dynamite», de BTS, en sus AirPods. La música le llenó la cabeza de recuerdos cálidos y entrañables y relegó el ruido de aquel pandemonio a un segundo plano.

Y no estaba sola, ¿verdad? No, el Contable estaba justo detrás de ella. Físicamente, sí, pero también en ese plano introspectivo en el

que habitaba su mente. Sintió un golpecito suave, el equivalente espiritual de una palmada en el hombro.

Y, en su cabeza, oyó su voz: «Bien jugado, chica…».

¿Ves ahora que son unos monstruos reprobables?

Bueno, podrías haber sido un poquito más sutil al respecto. Como diría Jax: «Estás desesperado, tío…».

¿Se merecen algo mejor? No reconocerán los estragos que han causado hasta que les lances la verdad a la cara y los gusanos salgan en estampida.

Ahora Kaila también era consciente de ello y no sentía compasión por las personas a las que una vez había considerado sus padres y vecinos. La humanidad y la empatía se desmoronaban si pasaban el tiempo suficiente sometidas a la crueldad de otros. Eso no quería decir que la indiferencia de Kaila fuera absoluta.

¿Es justo para los demás? No han tenido nada que ver con esto.

Ah, pero tú no conoces sus historias, Kaila. Yo sí. Las conozco todas. Demasiado frías incluso para que yo me caliente con ellas. Créeme, todos se lo merecen.

Kaila reflexionó sobre sus palabras y llegó a la conclusión de que le estaba diciendo la verdad. Y pensar que le había faltado muy poco para unirse a ellos… Brrr.

Ya es casi la hora, Kaila. Los contratos antiguos están a punto de expirar. Hay que forjar otros.

No, por supuesto que no iba a unirse a ellos. Desde el momento en que había descubierto lo que hacían y con qué fin, le había repugnado. Se había negado en redondo a relacionarse con todo aquello, pues era incapaz de conciliar los actos de esas personas con

lo que ella creía que estaba bien. Y sin embargo, maliciosos como eran, habían logrado atraerla poco a poco hacia una falsa sensación de conformidad. En especial papá. Él, precisamente, con su ética por aquí y su moral por allá, la había llevado a creer, de manera engañosa, que aquel puto embrollo ético era el menor de los males.

Pero, la noche anterior, todo aquello había llegado a un final prematuro. Con el asesinato de Levi, habían cruzado una línea que llevaba a un punto sin retorno. Kaila lo sabía porque se lo había contado el propio Levi.

¿Y el Contable?

El Contable le había aportado una perspectiva totalmente nueva.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Kaila con la voz ahogada cuando lo vio alzarse de lo que hasta hacía unos instantes habían sido los tristes restos de Levi, esparcidos por el suelo del desván, pero que entonces no eran más que un remolino de partículas de… ¿hollín?

—Lo he enviado de vuelta a la oscuridad. Calladito se queda, entre las Cosas Muertas de la maleza. No te preocupes, queda bastante para después.

Una lengua larga y negra le culebreó entre los labios; daba la sensación de que no podía contenerse. Las partículas se dispersaron. El montón se hundió, las ramas cayeron al pozo y las tablas del suelo se unieron. Django seguía despatarrado e inconsciente, resollando con cada respiración. Su hermana lo protegía de la criatura…, aunque, ahora que por fin había aparecido, sentía curiosidad.

Un día antes. Solo para ella.

—Has armado un jaleo tremendo —le dijo—. Van a venir papá y mamá.

—¿Ellos? Están dormidos. Los he obligado. Veo sus sueños. Nada bonitos, nada bonitos…

—¿A qué has venido?

—A salvarte de los monstruos.

—¿Monstruos? ¿Qué monstruos?

—Las personas-padres.

Kaila negó con la cabeza.

—Mi madre no es un monstruo. Mi padre, quizá, pero mi madre no.

—La persona-madre es una criatura despreciable y rencorosa que nunca ha apreciado mi regalo…

La chica lo miró con los ojos abiertos como platos, sorprendida por el veneno que le teñía la voz.

—Es la verdad. Tú fuiste su hija-deseo, pero hasta su cuerpo se resistió a ti…

Levantó una mano envuelta en terciopelo y, a través de un remolino de humo negro, le mostró que había nacido azul, que el cordón umbilical se le había enrollado alrededor del cuello con tanta fuerza que los médicos apenas habían tenido tiempo para soltarlo y permitirle lanzar su llanto liberador en busca de oxígeno.

—Quería aplastarte esa cabecita tan bonita y frágil…

Y Kaila lo vio: mamá encorvada sobre su cuna, el rostro convertido en una máscara de odio, los dedos rozándole las fontanelas.

—Te quitó la voluntad de vivir…

Esta vez la chica no lo vio, sino que lo oyó: la nana de su madre invadiéndole el sueño hacía muy poco tiempo, el noviembre anterior: *Boi boi boi, boi da cara preta*. Y, a la mañana siguiente, se había despertado sin la piedra negra.

—*Noticia de última hora* —dijo el Contable mientras el humo se disipaba y el desván volvía a materializarse a su alrededor—. *No eras más que la hija-deseo de la persona-madre. ¿Y por qué?*

De pronto, Kaila lo comprendió.

—Era estéril…

—*¿Quién crees que te concibió? ¿La persona-padre?* —La risa del Contable rezumaba desdén—. *Su semilla era lenta. Tú nunca deberías haber existido, y Django tampoco. Pero aquí estás.* —Con un atisbo de inseguridad repentino, se alisó el traje. Cuando levantó la mirada hacia ella, la chica le vio un sobrecogimiento devoto en el rostro. Y… ¿amor? En la medida en que semejante criatura podía sentir amor: sí—. *Eres la primogénita, Kaila.*

¡PAM!

La palabra le resonó en la cabeza como un reloj dando las diez.

No podía creérselo.

Ella. No Damien Thorn de *La profecía*. No Adrian de *La semilla del diablo*. Kaila Lewis da Silva.

La hija del Diablo.

—*El pacto con las personas-padres y sus compañeros es finito* —prosiguió el Contable, impertérrito—. *Siempre lo ha sido, pues los humanos tienen fecha de caducidad. Se pudren. Tu hermanito dormido lo sabe muy bien, Kaila. Tu precioso hermanito dormido. La maldad de los humanos no conoce límites. No he sido yo quien ha devorado su humanidad, han sido ellos mismos. Los humanos son*

caníbales, ni siquiera en tiempos de abundancia son capaces de resistirse a devorarse a sí mismos. ¡Ñam-ñam-ñam! Como los sabuesos que hoy le han comido el brazo a Maurice, ñam-ñam… —Tras meterse la mano en la garganta, demasiado adentro, empezó a masticársela. Cuando volvió a sacársela, se sacudió la baba y salpicó el póster de Sophia Loren—*. Es obvio que es finito, Kaila. Y yo, yo también soy finito. Su maldad me ha llenado. Ya es suficiente. Ha llegado el fin.* —La miró a los ojos—*. Quiero proponerte un trato*.

Esa palabra la había mantenido despierta durante toda la noche. «Primogénita».

Aunque no a causa de la sorpresa; tampoco de la incredulidad. Kaila no era una criatura sobrenatural: era humana, de carne y hueso, y se parecía a sus padres en todos los aspectos. Tenía la piel de su madre y la mirada pensativa de su padre. Pero ¿acaso su mente no había contenido siempre cierta dualidad? La bipolaridad no era más que una parte de ella. La oscuridad había formado parte de su esencia durante toda su vida. Y a veces había salido a la luz. Demasiado pronto, con demasiada violencia: cuando aún no estaba preparada para ello.

Las visitas al servicio de urgencias.

El cuchillo.

Y ¿quién había querido protegerla de sí misma?

Sus padres no, desde luego, con sus medicamentos absurdos. Ni siquiera Jax, con su pulsera. Había sido *él*. Era como si Kaila estuviera predestinada para alguna tarea especial, pero su naturaleza bipolar y ella necesitasen superar esos años turbulentos y

peligrosos de la adolescencia antes de poder comprender su propio valor.

Entonces, ¿a quién se parecía más?

«*Tienes libertad de elección* —le había asegurado el Contable—. *Jamás he obligado a nadie a firmar. Pero te darás cuenta, Kaila. Este contrato está hecho a tu medida*…».

Al final, se sumió en un sopor entrecortado y soñó que su madre volvía a estar encorvada sobre su cuna. Sin embargo, esta vez el colchón estaba lleno de sangre. Cuando se despertó con las primeras luces del día, lo tenía claro: huiría. El miedo le corría por las venas. El miedo a sus padres, el miedo a la corrupción de Bird Street, el miedo al Contable y el miedo a la inevitabilidad de su destino que, a esas alturas, ya podía intuir, pero que nunca, jamás, aceptaría. Fue Django quien inclinó la balanza. Django era inocente de todo aquello y necesitaba una salida. Se llevarían el Forester de papá lo más lejos posible de allí.

No podría ser así.

—¡Uy, uy, uy! —había cacareado el Contable desde el asiento del copiloto cuando la chica se quedó paralizada junto a la portezuela abierta—. *No, no te lleves el coche; el coche bonito ha sido mancillado*…

Había sangre en el asiento trasero. El hedor a óxido le provocó arcadas. La máscara de Baby Yoda de Liam, en la parte de atrás, estaba empapada. Y su bicicleta de montaña también estaba allí.

Le brotaron flores negras delante de los ojos. Cuando volvió en sí, el Contable estaba encorvado en ángulos extraños sobre el banco de trabajo de papá: la cabeza colgando hacia abajo, los largos brazos de depredador a punto de rozar el suelo.

—Siento que hayas tenido que ver eso, pequeña. ¿Lo entiendes ahora?

Sí, lo entendía. Todo lo que él le había contado era verdad. Sus padres eran unos monstruos. Papá había atropellado y matado a Liam y había ocultado la verdad, y lo más jodido era que en aquel preciso instante estaba buscándolo en el bosque con los demás. Y mamá también era cómplice, porque lo sabía todo. La videollamada nocturna en el móvil de su padre lo demostraba.

Sintió que le fallaban las piernas. El Contable la agarró por los hombros justo a tiempo. La chica pensó: «Dios mío, llévame de vuelta al año pasado, al verano en Italia. Al año pasado, cuando no sabía nada».

Eso la destrozó. Se tapó la cara y lloró. Aun así, sintió que el Contable se acercaba a ella. El olor almizclado de su loción de afeitar, el de la lluvia y el bosque la abrumaron. Oyó el «oooouuuhhhh» voraz de la criatura mientras inhalaba sus emociones, pero no tenía fuerzas para preocuparse por ello. Era demasiado. Ya no le importaba nada.

Cuando lo peor hubo pasado, levantó la vista hacia él.

—¿Tú eres así? —preguntó él al mismo tiempo que señalaba el Forester.

Ella negó despacio con la cabeza.

Una sonrisa lobuna le deformó el rostro al Contable.

—Entonces, déjalos ir, Kaila. Al diablo con ellos. No vuelvas a tener nada que ver con ellos jamás.

—Pero ¿cómo va a ser mejor lo que tú haces? Vi lo que le hiciste a Levi. Te alimentas de las almas de los inocentes. ¿Cómo puedes defender eso?

—Uy, pero ¡tenemos que comer! Comer para limpiar, claro. Y en noviembre nos entra hambre…, ¡muchísima hambre!

—Eso no ayuda.

Pero se imaginó a un león atacando a la cebra más débil de la manada en el Serengueti. ¿No era eso la naturaleza? Cruel, sí, pero todas las cosas debían alimentarse. La naturaleza no era ni buena ni mala, solo estaba equilibrada. Y ¿no era eso lo que hacía el Contable, equilibrar la balanza? Más aún: Levi, Liam y todos los demás eran la maldad de sus padres y vecinos, no la del Contable. Así las cosas, ¿estaban realmente corrompidos por el Diablo, o acaso el Diablo se había asegurado de que su maldad estuviera canalizada para que no se hundieran aún más en la oscuridad?

Sus padres cometían maldades bajo la cortina de humo de la caridad. Esta criatura, como mínimo, era sincera al respecto y a todas luces transaccional. Un alma al año, ese era su precio. A cambio de esa cifra, mantenía un equilibrio innegable. Durante once meses al año, la gente de Bird Street era feliz y buena. Así que ¿hasta qué punto era mala?

El Contable la miró mientras le daba tiempo para reflexionar sobre todo ello y llegar a su propia conclusión.

—Está bien —dijo Kaila al fin mientras se enjugaba las lágrimas—. Haz que esto se acabe. Haz lo que quieras con ellos; pero, por favor, haz que esto se acabe.

—Tú eres la clave, Kaila. Eres mi legado. Eres libre de marcharte, pero no, tu porvenir no pinta bien…

La rodeó con los brazos y ocurrió algo extraño: el mundo se convirtió en un túnel, se formaron remolinos de humo negro y, de repente, Kaila lo vio todo. Vio su futuro, el futuro que le esperaba si

escapaba de su responsabilidad. Era una adaptación del guion que había escrito a principios de otoño para su solicitud de admisión en la Universidad del Sur de California. En la película, Django y ella huían a California, donde llevarían una vida desgraciada: ella haría malabares con una serie de trabajillos a tiempo parcial, aunque, inevitablemente, acabaría viviendo en la calle. Desesperada por mantener a su hermano pequeño, caería en la delincuencia, siempre huyendo de la policía, siempre habitando en las sombras, hasta que una noche estaría demasiado encocada como para cuidarlo. Django estaría rebuscando comida en los contenedores cuando, de repente, un zorro muy enfermo saldría de uno y lo mordería. Pero el zorro no tendría la rabia. No, sería un animal tótem, y Kaila ya lo había visto. Vagando en la oscuridad, nada menos que desde el estado de Washington, los había encontrado. Y mientras ella estaba a un paso de sufrir una sobredosis en un colchón sucio —sobre el que al día siguiente se cortaría las venas de pura pena—, Django comenzaría su viaje de regreso al norte en solitario. Los ojos le brillarían como el fuego, el pelo le susurraría como las hojas de noviembre… y llevaría un maletín de cuero.

Porque Django era el segundo hijo.

El destino de su hermano y la elección de Kaila eran intrínsecamente lo mismo.

Vio todas esas cosas y supo que sucederían. A menos que…

—Vale, muy bien —dijo. El humo negro se disipó al instante. Estaban de nuevo en el garaje. En realidad, no debían de haber salido de allí, supuso—. Solo hay una cosa más.

—Una cosa. Veamos…

—Quiero proponerte un trato.

Y así habían llegado hasta el desmoronamiento del pacto de Bird Street, allí, en el salón de los McKinley. Pero se forjarían nuevos pactos. Así funcionaba el mundo.

Kaila se levantó mientras, en el suelo, sus antiguos vecinos pataleaban y se retorcían en charcos de sus propios fluidos. Aquel había sido su último brindis, y no lo habían hecho solo con vino. Kaila se arrodilló junto a sus padres. En sus últimos estertores, se habían aferrado el uno al otro en una posición que podía ser tanto un abrazo como una llave de estrangulamiento. Entonces, pareció que sentían la presencia de su hija (no podían verla, no, no en aquel estado), porque extendieron hacia ella las manos marchitas, con la mirada clavada en las lúgubres profundidades de su propia mente.

—Adiós, papá —dijo en voz baja—. Adiós, mamá. —Se levantó y se volvió hacia el Contable, que había terminado de inhalar las vidas —. ¿Y Django y los otros niños? —preguntó.

—Arriba. A salvo y fuera de la vista de las personas-padres durante toda la noche. Una, por desgracia, ha caído en la oscuridad y no he podido salvarla de las sabandijas, no. Los demás están a salvo. Django también.

—Y quedan libres.

—Hecho.

—Sin ningún recuerdo de esto.

—Hecho.

—Django tendrá una vida normal. Una buena vida. Seguirá tocando el piano.

—¡Hecho, hecho, hecho!

—Y quiero que Jax se olvide de mí. Quiero que sea feliz.

—Los chicos de su edad olvidan rápido, Kaila. No me necesitan para eso.

Aquello le resultó deprimente, pero decidió que no importaba.

El Contable sacó el libro del maletín. Empezó a arrancar las páginas con el nombre de sus padres y de sus vecinos y fue lanzándolas al fuego de una en una. Tenía que hacer sitio para los nuevos nombres que, sin duda, llegarían.

Cuando terminó, Kaila le preguntó:

—¿Dónde firmo?

Él cerró el libro.

—Pero, Kaila…, ya lo has hecho.

La chica sintió un pinchazo en el estómago y se levantó el jersey y la camiseta. Las viejas cicatrices del cuchillo de pelar patatas, que aquella mañana no eran más que unas marcas cada vez menos visibles, le estaban sangrando y trazaban palabras irregulares:

KAILA LEWIS DA SILVA

El Contable se quedó plantado delante de ella. Daba la impresión de que quería decirle algo, pero le temblaban demasiado los labios. Ella estiró una mano y le recolocó la pajarita con delicadeza.

—No pasa nada —dijo con una sonrisa—. De verdad, no pasa nada.

El Contable asintió. Por última vez, su traje y su cabello comenzaron a desprender humo negro. En ese humo, Kaila vio la vida de la criatura: su pasado y su futuro, sus sueños y su hambre, eternamente ligados al ritmo de las estaciones, siempre esperando

la llegada de noviembre. Ella lo aceptó y él empezó a alimentarla con su vida.

Cuando acabó, el Contable se había ido.

La chica miró a su alrededor. Aunque en el salón reinaba el silencio, ahora oía cosas: el resoplido emocionado del lobo gris —cuya cabeza descansaba ahora sobre la repisa de la chimenea, pero que en otro tiempo había vagado por el bosque cazando ciervos canadienses—; el bramido del alce, cuyas astas se exhibían sobre la puerta, en época de celo; el delicioso chisporroteo de la savia de pino en las brasas de la chimenea y el brotar del árbol joven del que procedía el tronco.

Todo muy raro.

Tenía el jersey arrugado, así que se lo alisó. Luego, cogió su maletín.

Sabía que las promesas del Contable para Django eran ciertas, porque ahora también veía por sí misma el futuro de su hermano. Sonrió.

Con cuidado de no tropezar con los cadáveres de las personas-padres, salió del salón. Al principio sus andares eran vacilantes, como los de un animal joven que aprende a ponerse en pie por primera vez, pero no tardó en ganar confianza.

Inhaló el futuro. Su sonrisa se tornó más amplia, eufórica.

¡Era cierto, la esperaban un sinfín de cosas!

Ya las oía susurrar entre la maleza.

Kaila salió de la casa de los McKinley y se internó en el bosque que había detrás.

Bitsch, Suiza, 17 de enero de 2022 –

Niza, Francia, 4 de agosto de 2022

AGRADECIMIENTOS

Este libro trata temas bastante oscuros, como la depresión, el deseo de morir y el suicidio. Si estos temas te resultan conocidos, tal vez porque tú mismo o alguna persona cercana a ti estáis teniendo problemas con ellos, por favor, ten en cuenta que no estás solo. Por muy negros que parezcan tus días, los días oscuros no te definen. Mi consejo es que hables de ello. He visto de cerca lo tenebrosa que puede parecerles la vida a algunas personas. En cuanto hablamos de ello, se encendió una luz. A veces, no fue más que un breve destello. Pero, al cabo de un tiempo, surgió más luz y, por fin, encontramos la salida de la oscuridad. Así que habla de ello.

Este libro no habría podido escribirse sin la ayuda de Hajnalka Bata, Siep Hendriks, Diana Sno, Vincent Docherty, Francine Olde Heuvelt y John Pomeranz, quienes me asesoraron sobre diversos aspectos de la historia y evitaron que me cayera en los agujeros del bosque. Gracias a todos, pero en especial a Hajnalka. No solo eres una editora *pur sang*, sino también una amiga, y trabajar contigo ha sido uno de los puntos álgidos de mi carrera. Este libro está dedicado a ti.

Lia Belt es, quizá, la mejor traductora que conozco. Fue la primera traductora en ganar un más que merecido premio Hugo. Estoy encantado de que volvamos a trabajar juntos. Quiero darle las gracias a ella y a todos mis traductores, que llevan a cabo la inestimable labor de hacer que mis historias crucen fronteras.

Gracias a mis agentes, Jenny Savill y Melissa Danaczko, por darle a *Días oscuros* hogares nuevos y muy acogedores a ambos lados del Atlántico. Gracias, Sean Daily, por tu trabajo en mis acuerdos cinematográficos y televisivos. Y gracias, Michaël Roumen, por tus consejos y los buenos ratos.

Estoy en deuda con un montón de gente por conseguir que *Días oscuros* luzca tan buen aspecto. En Gran Bretaña, entre ellos se cuentan los maravillosos Simon Taylor, Vivien Thompson, Ollie Martin, Lucy Upton, Anna Carvanova, Helen Bleck, Richard Shailer, Damien Mammoliti y todo el equipo de Transworld, Bantam y Penguin. En Estados Unidos, se trata de los estelares Liz Velez, Samantha Lubash, Nicole Sklitsis, Milan Bozic, Nikki Smith, Jonathan Burnham y todos los miembros de sus diferentes equipos en Harper Books. Gracias a todos por vuestra confianza.

Por último: gracias, David, por compartir los días oscuros y los luminosos por igual. Eres mi mundo.

Notas

[1] «Happy little clouds» era la frase que repetía Bob Ross cada vez que pintaba una nube en su programa *The Joy of Painting*. (N. de la T.)

Table of Contents

Portadilla
Copy
Dedicatoria
DÍAS OSCUROS
Bird Street
Residentes de Bird Street
PARTE 1
RALPH
DJANGO
LUANA
KAILA
RALPH
KAILA
LUANA
KAILA
DJANGO
RALPH
KAILA
LUANA
DJANGO
RALPH
PARTE 2
RALPH
KAILA
DJANGO
LUANA
RALPH
LUANA
RALPH
DJANGO
KAILA
LUANA

DJANGO
RALPH
KAILA
Agradecimientos
Notas